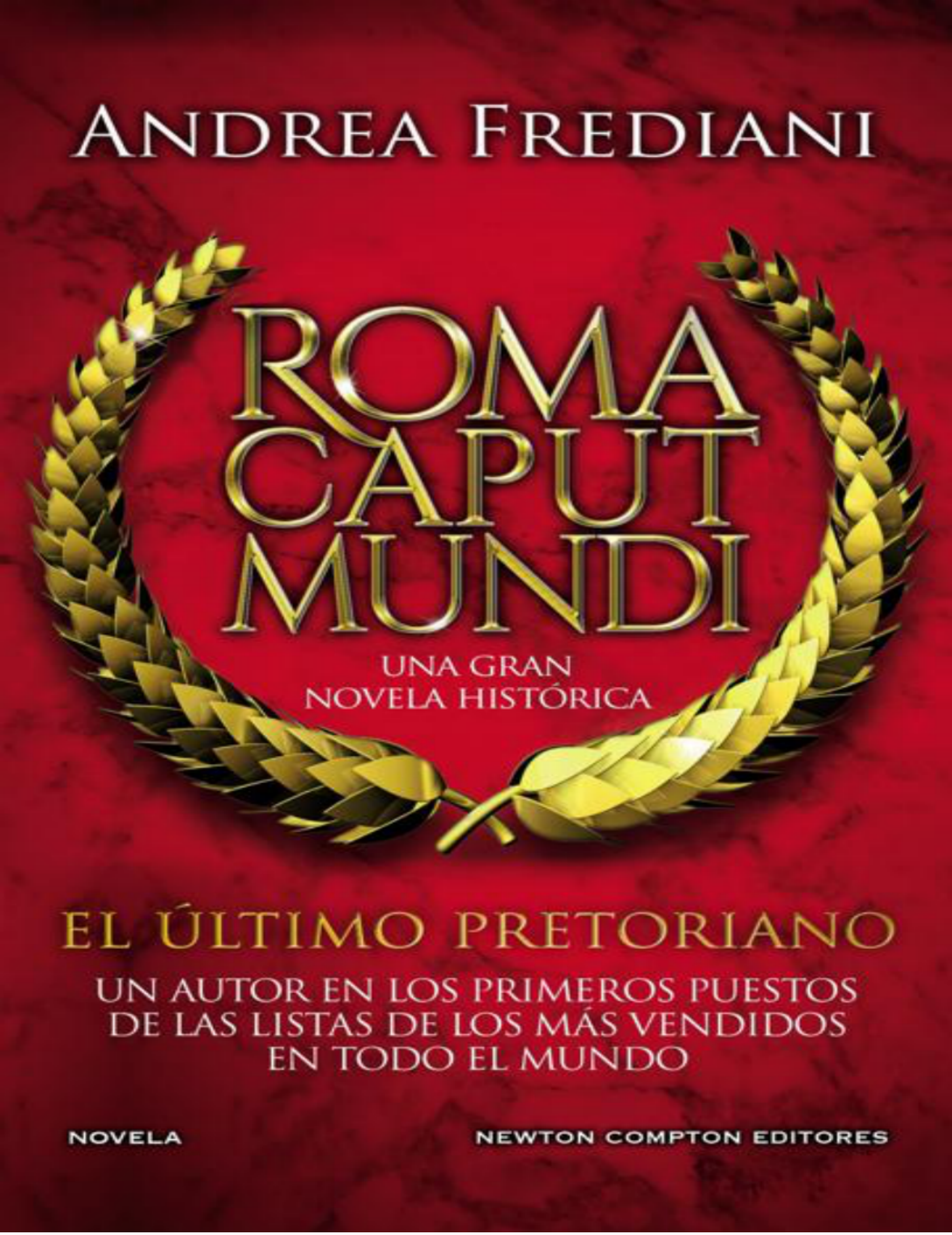
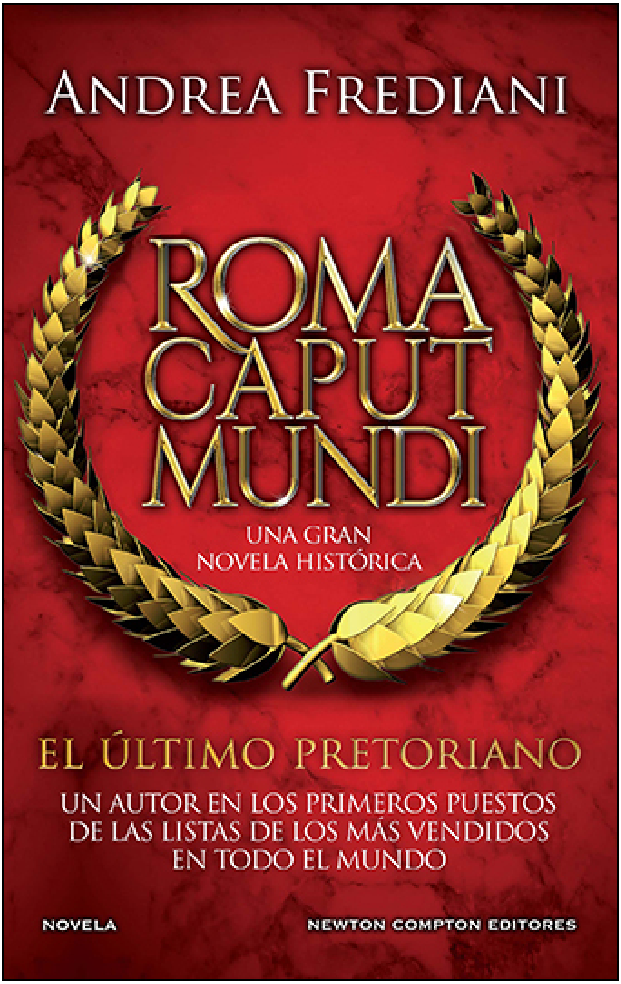

ANDREA FREDIANI
ROMA
CAPUT
MUNDI
UNA GRAN
NOVELA HISTÓRICA
EL ÚLTIMO PRETORIANO
UN AUTOR EN LOS PRIMEROS PUESTOS
DE LAS LISTAS DE LOS MÁS VENDIDOS
EN TODO EL MUNDO
NOVELA
NEWTON COMPTON EDITORES


ANDREA FREDIANI
ROMA CAPUT MUNDI
UNA GRAN NOVELA HISTÓRICA
EL ÚLTIMO PRETORIANO
UN AUTOR EN LOS PRIMEROS PUESTOS DE LAS LISTAS DE LOS MÁS VENDIDOS EN TODO EL MUNDO
NOVELA
NEWTON COMPTON EDITORES

Roma Caput Mundi

El último pretoriano

Andrea Frediani

Newton Compton Editores

Barcelona, 2023

Portadilla

Tabla de contenidos

CAPÍTULO I

Margum, Panonia, 285 d. de C.

¿Hojas rojas como en otoño?

A Sexto Martiniano le pareció raro que el árbol que estaba más cerca de él tuviera matices rojizos en su follaje. Pero luego, evitando una nueva embestida del adversario con un ágil movimiento de cuerpo, le pareció aún más extraño que un recluta, en su primera batalla, tuviese tiempo y sangre fría para apreciar el aspecto de la vegetación.

«Salpicaduras de sangre… Por eso, de repente, en pleno verano, los árboles se teñían de los colores que preceden a la siguiente estación», se dijo a sí mismo acercando el escudo al del compañero de al lado para cerrar filas y resistir a la presión enemiga. Llovía sangre sobre los cascos de los combatientes, que se enfrentaban por el dominio del imperio, como había ocurrido tantas veces a lo largo de los años anteriores. No eran hordas bárbaras sedientas de botín, que también presionaban a lo largo de las fronteras, ni ejércitos extranjeros con armas desconocidas, sino hombres de los que únicamente se diferenciaba por el símbolo de sus respectivas legiones.

En otro periodo de la historia de Roma lucharían codo con codo contra un enemigo común.

Pero eso hubiera sido en otra época. Martiniano recordaba las historias de su padre senador, y de su abuelo, que también se contaba entre los padres conscriptos; incluso ellos habían combatido contra romanos en un tiempo en el que las guerras civiles y los cambios de régimen estaban a la orden del día. Veinte emperadores en menos de cincuenta años, y todos habían ascendido al poder por la fuerza de las armas. Había algo en el imperio que no iba bien.

Martiniano se preguntó si su soberano, Carino, valía el sacrificio que él y sus hermanos de armas estaban realizando. Aunque ganara aquella batalla contra el nuevo pretendiente al trono, Diocles, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que lo eliminara un nuevo aspirante a la corona o un golpe de Estado? ¿Y de qué valdrían todos aquellos muertos que veía a su alrededor en los dos bandos? Para despejarle el camino quizás a los bárbaros, que con la próxima invasión encontrarían las fronteras aún más indefensas…

Se percató de que estaba pensando demasiado. «Un buen pretexto para acabar muerto», se dijo mientras el centurión le gritaba que empujara más fuerte con el escudo contra la barrera de espadas, lanzas y escudos enemigos. Un soldado no debía permitir que sus reflexiones condicionaran sus acciones, tenían que ser máquinas de

matar; eso le habían enseñado durante el adiestramiento cuatrimestral, el cual había concluido hacía poco. Veía a los reclutas a lo largo de su línea mucho más decididos que él, pero aquello no le sorprendía. Pertenecían todos a la plebe, muchachos acostumbrados a actuar, más que a pensar. Pero a él… los años de estudio de los autores clásicos, la vida acomodada como hijo de un senador en Roma, viviendo entre la diversión y las termas, desde luego no le habían preparado para la dura existencia del soldado ni para los riesgos de un combate campal. ¡Él se aferraba con uñas y dientes a la vida! Mucho, para pelear con convicción.

Sin embargo, pronto se convertiría en tribuno, como todos los hijos de los senadores. No podía permitirse mostrar miedo ni incompetencia. En el futuro tendría que dar ejemplo a los hombres que estarían bajo sus órdenes. Cuando el empellón de un adversario lo desequilibró, corriendo el riesgo de caer al suelo y ser pisoteado por sus propios compañeros, decidió que nunca permitiría que dejaran en mal lugar a su padre ni el buen nombre de su distinguida familia. Era hijo de Roma –recordó–, heredero de una ilustre tradición, y jamás iba a ser un cobarde en el campo de batalla.

Lanzó un grito de aliento, más para sí mismo que para los compañeros, y extendió la lanza hacia delante, buscando las partes sin protección del soldado que se balanceaba frente a él. La presión era enorme, adelante y atrás; el joven escuchaba en sus oídos los gritos de los guerreros, los impactos de armas y corazas contra su casco le retumbaban en la cabeza, le aparecían decenas de magulladuras en el cuerpo, el sudor le acosaba con hilos de olor acre y su olfato reconoció además el hedor penetrante de heces y orina. Al parecer, alguien tenía más miedo que él.

No había nada que hacer. Su lanza no acertaba en el objetivo. Repitió las estocadas varias veces, pero o un compañero lo empujaba haciéndole perder el punto de apoyo o sus camaradas apartaban al enemigo. No era así como se había imaginado una batalla; pensaba que tenía que poner a prueba sus habilidades con las armas en combate, y en cambio no se trataba más que de una caótica refriega en la que a duras penas se distinguía a los amigos de los enemigos y los golpes se asestaban sin ton ni son. Los soldados caían al suelo muertos o heridos, aunque no siempre habían sido el blanco de sus verdugos. Otros se tambaleaban cubiertos de sangre, obstaculizando a sus compañeros más activos, quienes terminaban usándolos como escudos contra las arremetidas enemigas.

Él también cayó. Martiniano malogró su verdadero objetivo y atravesó a su primera víctima, pero no pudo disfrutarlo. El hombre ya estaba medio muerto antes de que él le alcanzara, solo que no había caído al suelo porque los reducidos espacios no se lo habían

permitido. El joven intentó sacar la lanza, pero le estorbó la presión de sus compañeros. Mientras tanto, un enemigo había conseguido dar un paso hacia él y apuntarle con la lanza. Martiniano pensó que estaba acabado, a merced del legionario. Trató de oponer resistencia con el escudo, pero se dio cuenta de que si giraba el tronco expondría el flanco descubierto a otro adversario que lo acosaba. Acabó soltando la lanza y desenvainó la espada. Fue el instinto de supervivencia lo que le permitió desviar la estocada del asta enemiga con la espada con un movimiento de abajo a arriba.

El otro se inclinó dando un paso más hacia delante y Martiniano se lo encontró a un palmo, con el cuello casi bajo su nariz. Seguía teniendo la espada levantada y el entrenamiento que recibió en los meses anteriores fue lo que le sugirió que dejara caer el mandoble de vuelta justo sobre aquel blanco vulnerable. La hoja se hundió en la tela del pañuelo enrollado justo por debajo del guardanuca; la tela cambió de color rojo y se volvió más oscura. A Martiniano le impactó un potente borbotón de sangre que terminó sobre sus ojos y le impedía ver. Precisamente en ese instante sintió que el estómago le daba un vuelco de miedo por ese momento de impotencia y de triunfo al haber acabado con su primer adversario.

Sintió el sabor metálico de la sangre en la boca. ¿Se había mordido la lengua o era la de su víctima? No le importó. Detuvo un débil golpe enemigo con el escudo y pudo dar un nuevo tajo con la espada, pero el contrario fue lanzado hacia atrás por la presión de los hombres del emperador. Toda la fila rival retrocedió uno o dos pasos y al moverse muchos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo. El centurión les gritó que avanzaran y su línea ocupó el espacio que habían dejado libre los legionarios de Diocles, abalanzándose sobre aquellos que tenían menos posibilidades de defenderse. Martiniano le propinó una patada a un soldado que intentaba levantarse y luego le clavó la punta de la espada antes de que consiguiera ponerse en pie. Se sorprendió por la facilidad con la que se le podía quitar la vida a un hombre. Pero aquello solo duró un instante. Volvió a blandir la espada, mirando a su alrededor para comprender si el combate había avanzado realmente. Sin embargo, el cuerpo a cuerpo era demasiado intenso y no le permitía ver más allá de los cascos y los crestones de los hombres que tenía más cerca. En aquella zona limitada en la que actuaba estaba claro que el ejército imperial se estaba imponiendo. Pero no podía decirse que ocurriera lo mismo en otras partes.

Confiaba en que los comandantes tuvieran una panorámica más amplia que la suya.

—Vamos ganando —declaró el gobernador de Dalmacia, Constancio Cloro, quien observaba desde su puesto en la colina, montado a caballo, el campo de batalla que se extendía a lo largo del río Margo.

–Eso parece –admitió Galerio, uno de los oficiales más altos del Estado Mayor del emperador Carino.

Los dos, acompañados por sus guardaespaldas, observaban los movimientos del sector central del ejército imperial, el cual comandaban. Asimismo, disfrutaban de una visión general de la confrontación, desde el flanco izquierdo al derecho, donde se encontraba el emperador Carino. Los dos ejércitos bullían en la llanura de debajo, fluctuando adelante y atrás, pero el adversario iba poco a poco cediendo terreno hacia el río; «un poco más», pensó Constancio, y muchos de los rebeldes acabarían cayendo al agua.

–Ese Diocles no está hecho para esto –continuó el gobernador, negando con la cabeza–. Tanto esfuerzo para convencer a ese idiota de Carino de que reduzca el centro con el pretexto de ampliar el frente y luego no lo aprovecha…

–Te dije que no lo conseguiría –recalcó Galerio–. No se puede romper una línea si no se aumenta la profundidad de las filas incrementando la fuerza de ataque. Y ese Diocles se ha empeñado en ir contra nuestra derecha solamente porque está el emperador, sin darse cuenta de que es precisamente la más guarnecida porque está Carino.

–Está claro que ha abordado la batalla pensando únicamente en el emperador; cuando muera él, por otra parte, el imperio será suyo – declaró Constancio.

–¿Estás seguro? ¿No vamos a esperar un poco más? Todavía podría conseguirlo… –insistió Constancio.

–¿Y correr el riesgo de perder la batalla? Me parece que no fue eso lo que acordamos –objetó Galerio.

–Pero ¿recuerdas lo que ha especificado su emisario? Que necesitaba una victoria sólida para hacerse con el prestigio necesario para unificar el imperio bajo su cetro. Nosotros solo debíamos intervenir en caso de problemas…

–Exacto. Me parece que no hay duda alguna de que está en problemas.

–Ya –asintió después de dudar un poco Constancio, que volvió a mirar, abatido, el campo de batalla. El ataque del flanco izquierdo de Diocles había encallado contra la robusta falange de la derecha de Carino, y ahora las brechas de los agresores se habían interrumpido, abriendo camino a un contraataque. Sacudió la cabeza, se resignó, espoleó el caballo y, seguido por su compañero y sus guardaespaldas, empezó a galopar hacia el costado del ejército imperial.

Le hubiera gustado evitarlo. Por mucho que Carino fuese un incompetente, y que muchos lo consideraran un tirano, seguía siendo su emperador. Además, era también el hijo de Caro, el hombre que lo había tenido en la palma de la mano y le había conferido la provincia

de Dalmacia. Aunque solo fuera por el recuerdo de su padre, a Constancio le hubiera gustado librarse del ingrato deber en el que lo había involucrado Galerio. Pero sabía que cualquier emperador que sucediera a Carino sería mejor que él, y más apreciado. Mientras estuviera en el trono, sus abusos y su ignorancia solo servirían para provocar revueltas y golpes de Estado, ofreciéndoles a los bárbaros nuevas oportunidades de cruzar las fronteras. Y él, que administraba precisamente una provincia fronteriza como Dalmacia, necesitaba concentrar sus fuerzas contra las amenazas externas, sin tener que decidir cada mes con qué partido alinearse en otra guerra civil.

Además, la corona ya estaba a merced de cualquiera. Si se hubiera manifestado como un sólido defensor del imperio, tal vez él también podría haber aspirado al trono, un día u otro. Sabía que Galerio también cultivaba esa ambición, y que un día tendría que enfrentarse con él por un trono.

«Pero por el momento –pensó– solo tenían que encargarse de entregarle el imperio al pretendiente más indicado». Y Diocles, al gozar del apoyo de los territorios orientales, parecía serlo. Llegaron a las proximidades de la colina donde se encontraban el emperador y sus escoltas. Cuando empezaron a remontar la pendiente al galope, a Constancio le empezó a latir el corazón con fuerza. ¿Y si no lo hubieran logrado? A Carino le hubiese gustado que a la campaña contra Diocles se sumaran las familias de sus principales colaboradores, que había apilado en la ciudad vecina de Margum; lo hizo, como de costumbre, para retenerlos como rehenes. Era consciente de que no lo amaban y procuraba tener garantías; pero también para seguir divirtiéndose con las mujeres y las hijas de sus súbditos, cuya virtud se sabía que perturbaba, por pura lascivia o simplemente para afirmar su poder sobre cualquier persona. Y en Margum se encontraba en ese momento la concubina de Constancio, Elena, con su hijo Constantino. Serían las primeras víctimas de la represalia imperial si su intento hubiera fracasado.

De modo que era preciso que lo consiguiese. Al verlos llegar al galope, los guardaespaldas de Carino se colocaron de manera instintiva para proteger al emperador. Todos excepto uno. Constancio se encontró con la mirada de Licinio, el joven oficial que ardía en deseos de poder vengarse de su señor, y le hizo un gesto de asentimiento. Luego miró fijamente a Galerio, que asintió a su vez.

–¿Qué hacéis aquí? La situación está bajo control, tanto aquí como en vuestro sector –los recibió arrogante el emperador cuando estuvieron lo bastante cerca como para oírlo por encima del fragor de la batalla, a escasa distancia. Carino los miró con recelo, procurando darle a su figura poco marcial talante de soberano. En cambio, la nariz larga y puntiaguda, la barba espesa y la frente amplia hacían que

pareciera aquel sátiro que todos ya conocían.

Su cómplice Licinio, con rostro de rasgos marcados y el cuerpo achaparrado, colocó la mano en la empuñadura de la espada, que seguía en la vaina. Su caballo estaba un paso por detrás de los demás, dispuestos entre el emperador y los que acababan de llegar.

–Mi señor, nadie cree que sea digno del imperio –declaró Constancio–. Ni siquiera sus guardaespaldas, a cuyas mujeres ha violado. –Era la señal para Licinio.

El oficial desenvainó la espada sin que sus compañeros lo advirtieran.

Carino parecía confundido por las palabras de Constancio. La respuesta no pudo escapar de su boca, quedándosele el rostro paralizado en una expresión de indignación, cuando la espada de Licinio le penetró justo por debajo de la axila. Por su parte, los guardaespaldas del gobernador y de Galerio, debidamente entrenados, avanzaban extendiendo las lanzas al frente. Los del emperador, sorprendidos, tardaron en reaccionar, y cuando oyeron el estertor de Carino, que se desplomaba sobre la silla, no supieron si avanzar hacia Galerio y Constancio o sobre el compañero traidor.

–¡Así mueren los tiranos! –gritó Licinio con todas sus fuerzas.

–Sí, así mueren los tiranos, hombres de Carino –repitió Galerio. Le hizo una señal a uno de los suyos, que espoleó al caballo y salió al galope hacia la llanura donde estaban luchando–. En breve los nuestros conocerán la muerte de este imbécil –continuó, dirigiéndose a los guardaespaldas del soberano asesinado–. Y todo aquel que sea tan estúpido de aferrarse a su recuerdo, será aniquilado al instante. Diocles es el único emperador que queda y todos le debemos obediencia a él. Nuestro nuevo soberano sabrá recompensar a quien no le haya puesto obstáculos.

Los guardaespaldas parecían dudar. Se miraron unos a otros, algunos también miraron a Licinio. Este le asestó una patada desdeñosa a Carino, que aún agonizaba y se revolvía débil en el suelo, tratando de desenvainar la espada. Luego le escupió encima, se la quitó y, sorprendiendo a Constancio, la agarró por la hoja ensangrentada ofreciéndosela a un compañero. Este lo miró perplejo.

–Escoge con quién usarla, camarada –dijo el joven oficial.

El hombre vaciló un instante. A continuación, bajó del caballo, asió el arma por el puño, miró a Licinio, luego al emperador, que mascullaba palabras incomprensibles, y dio un paso adelante. Se situó entre el compañero y Carino, mientras los demás guardaespaldas seguían dudando si evitar a los soldados del gobernador o asistir al inminente espectáculo.

Duró un momento. El soldado levantó el brazo. Licinio permaneció impasible, con pequeños ojos brillantes y fuera de sí que de repente se

agrandaron. Pero la espada se dirigió hacia Carino, cayéndole de punta sobre el cuello, del que acto seguido brotó a borbotones un torrente de sangre.

Los otros guardaespaldas imperiales aprobaron el gesto del compañero. Licinio le puso una mano en el hombro. Constancio miró a Galerio y soltó un suspiro de alivio.

Había terminado.

La orden de atacar murió en la boca de Osio. Sus hombres estaban listos para lanzarse sobre las huestes de Carino, a la espera solo de su señal, cuando vio a los soldados de las primeras filas del flanco derecho imperial tirar las armas y rendirse.

Y no le gustó en absoluto.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó a su ordenanza–. ¡Ve ahora mismo al mando de sección a informarte! –Luego cabalgó hasta una posición más elevada para conocer personalmente la situación. Cuando alcanzó una modesta altura justo a la espalda de la unidad de la que era responsable, trató de observar el campo de batalla hasta donde le permitía la vista.

Todo el flanco derecho enemigo se había rendido, incluso aquel en el que se encontraba el emperador. Los soldados se movían con los brazos levantados en dirección al flanco izquierdo de Diocles, encomendado a Maximiano, jefe de Estado Mayor del comandante supremo. Osio solo era uno de los legados de legión encargados de la primera línea, pero tenía la intención de jugar un papel mucho más decisivo en la batalla de lo que le permitía su grado.

A favor de Carino.

Observó que en el centro todavía se peleaba ferozmente, mientras que no estaba en condiciones de seguir los movimientos de las tropas del flanco opuesto. De lo que fuera que hubiese pasado en el sector del emperador no habían llegado aún noticias a ninguna parte. Tal vez todavía había tiempo de remediar el desastre de Carino por la derecha. Las cosas parecían ir bien hasta ese momento. Había hecho que le encomendaran la primera línea y había conducido sus huestes a un ataque prematuro, permitiéndoles a los hombres de Carino mantener la posición y prepararse para el contraataque. En el Estado Mayor nadie podría acusarle de incompetencia o mala fe: se había limitado a interpretar las órdenes al pie de la letra. En todo caso, lo podrían haber tachado de falta de imaginación, pero no se trataba de acusaciones que pudieran poner su cabeza en peligro. No tenía futuro a las órdenes de Diocles, pero no le importaba, él tenía la vista puesta en el emperador legítimo.

De hecho, según los acuerdos con Carino, lo acompañaría a Oriente, como segundo emperador legítimo, en el lugar de Diocles, que había sido elegido por sus soldados justo después de la muerte del hermano

de Carino, Numeriano.

Por otra parte, ¿por qué no? Diocles solo era un soldado rudo que procedía de los escalafones más bajos del pueblo y de una sombría aldea del Danubio. Él, en cambio, estaba respaldado por una ilustre familia íbera, por ello tenía sin duda más derecho que su comandante supremo a una corona. Era precisamente aquella ambición lo que le había motivado a entablar contactos en secreto, meses atrás, con un colaborador cercano de Carino, Minervio, para ofrecerle en bandeja de plata la victoria en la inminente e inevitable batalla campal entre los dos contendientes. También se las había ingeniado para congraciarse con los subordinados fundamentales de Diocles, y sobre todo con Maximiano, su brazo derecho, de quien había llegado a ser muy íntimo, haciéndose ejecutor indispensable de todas sus medidas. Hacía tiempo que había comprendido que los poderosos premiaban mejor a los colaboradores fieles que a los valientes, y había puesto mucha atención en secundarlo en cada ocasión, aunque solo fuese un soldado ordinario, incluso más que Diocles, por su mente primitiva y necesidades primarias. Gracias a su actitud prudente, había estado en el lugar adecuado en el momento oportuno, e iba a poder ofrecerle con discreción la victoria a Carino, reclamando su justa recompensa.

Si tan solo los hombres del emperador no se hubieran rendido de pronto.

–El emperador ha caído –le gritó su ordenanza, que llegó al galope junto a él–. ¡Parece que lo han asesinado sus propios hombres! ¡Y en cuanto se ha difundido la noticia, sus tropas han empezado a rendirse a Diocles!

Osio estuvo a punto de soltar un improperio, antes de percatarse de que, frente a sus hombres, debería mostrarse eufórico. Se obligó a levantar el puño en alto en señal de triunfo, esbozó una sonrisa forzada y le pidió al hombre que les comunicara a los centuriones que aceptaran la rendición de los soldados de Carino a medida que bajaban las armas.

En ese momento tenía mayores problemas.

Volvió a observar el campo de batalla. En el centro también empezaba a cesar la resistencia de algunas unidades. La noticia de la muerte de Carino estaba llegando rápidamente a las filas de cada sección del ejército imperial. Con demasiada rapidez. Debía darse prisa. Tiró de las riendas de su caballo y galopó hacia el puesto de Maximiano, a quien encontró ocupado hablando con Diocles. Los dos eran viejos compañeros de armas, casi inseparables, pero sus posturas habían quedado claras por la inteligencia superior del segundo: Maximiano parecía consciente de ser menos capaz que el amigo, y aceptar con tranquilidad su subordinación. Y si Diocles, alto e imponente, pero de rasgos feroces, parecía ya de por sí poco apto para

representar la grandeza imperial, Maximiano habría sido el menos probable de los soberanos, con un físico robusto y desgarbado, y cara ancha de luchador, que lo hacían parecer un guardaespaldas del próximo emperador en lugar de su semejante.

–Solicito su atención, señor –declaró Osio, intentando que notara su presencia, y que, al oír su voz, diera un par de pasos hacia él.

–¿Has visto? El día es nuestro –lo recibió el general–. Pero ya sabíamos que ganaríamos, de un modo u otro…

A Osio aquello le sorprendió:

–¿Qué quiere decir, señor?

–Habíamos tomado medidas en caso de que no consiguiéramos imponernos en el combate. Digamos que… sabíamos que Carino tenía muchos enemigos en su Estado Mayor. Y nos han echado una mano…

El íbero se quedó con la boca abierta. Entonces, había habido gente que había hecho un trato con Diocles y Maximiano, al igual que había hecho él con Carino. Más valía que solo el ministro estuviera al tanto de sus contactos con Minervio. Tenía que ser así: a un comandante supremo no le gusta que se sepa que ha vencido gracias a artimañas.

Con mayor motivo había que darse prisa. No tardó en recuperar su sangre fría.

–Señor –replicó–, ¿es posible que algún miembro del Senado aproveche la ocasión para elegir a un nuevo emperador? Si Carino se había granjeado enemigos, no cabe duda de que llevaban tiempo planeando sustituirlo, y tal vez tras las murallas de Margum ya hayan elegido al sustituto. A fin de cuentas, todavía cuentan con gran parte del ejército intacto…

Maximiano lo observaba mientras pensaba.

–Deberíamos apresurarnos en entrar en Margum… –dijo al fin.

–Eso es –señaló Osio, satisfecho con que el superior le estuviese preparando el camino–. Si lo considera conveniente, marcho ahora mismo sobre la ciudad y hago que me abran las puertas. Cuando vos y el emperador lleguéis, lo encontraréis todo en orden. Sabe que puede fiarse de mí.

Maximiano pensó en ello un momento y luego asintió.

–Podemos hacerlo. Espera, se lo diré al emperador –respondió, encaminándose hacia Diocles. Debatió con él y, cuando Osio vio que el soberano lo aprobaba, dejó escapar un suspiro de alivio. Todavía estaba a tiempo de ocultar su traición.

Maximiano volvió hasta él.

–Al emperador le parece bien –le contestó–. Pero lleva contigo una legión del ejército de Carino, elige una de las que ya se han rendido. Así será más fácil que te abran las puertas.

«Podría ser peor», pensó Osio, que asintió, se marchó a caballo y llegó hasta su unidad. El campo de batalla se extendía bordeando un

amplio tramo del río. De lejos podía ver algunas zonas más alejadas donde aún arreciaban los combates. Difundió la orden de ponerse en marcha y la de agregar una legión enemiga a la suya, exhortó a sus subordinados a que se dieran prisa y por último se puso a la cabeza de la columna que se dirigía a la ciudad vecina.

Estaba seguro de que dentro encontraría a Minervio. Era miembro de la corte del emperador, no un soldado, y seguramente se había quedado a resguardo dentro de las murallas de Margum, junto a todos los demás ministros, el personal de la corte y las familias de los generales que, como era sabido por todos, Carino tenía como rehenes. Y conforme se acercaba a las murallas, en su cabeza tomaba forma el plan para evitar ser acusado de asesinato. Pensó, sonriendo complacido por su propia astucia, que los autores de un homicidio no siempre se salen con la suya; los de una masacre sí.

Minervina escuchó a los mayores decir que el ejército imperial iba perdiendo. Había rumores incluso de que el emperador había muerto. No se sintió mal por ello, Carino siempre le había parecido odioso; cada vez que su madre lo veía volvía la cara para otra parte, adoptando una expresión de disgusto y, le parecía, de vergüenza. En cambio, el padre siempre lo seguía como un perrito faldero, con actitud servil, y velaba por complacerle por todos los medios, sin molestarse demasiado si el emperador llegaba a dejarlo a la altura del betún delante de todo el mundo.

Desde su punto de vista, cualquiera que lo hubiera matado habría hecho bien. Carino había enfadado de algún modo a su madre y humillado continuamente a su padre. Además, los padres discutían a menudo por su culpa. Para una muchacha de trece años, aquello era suficiente para detestar a un hombre. Aunque se tratara del emperador en persona.

Pero el auténtico problema era que los soldados en los que confiaba su padre iban perdiendo. Minervio estaba inquieto, pero no aterrorizado, como podría suponer su hija. Se podía esperar que les diese órdenes a los sirvientes para que prepararan la huida, y sin embargo había reunido a los demás funcionarios de la corte y a los senadores, y les estaba instruyendo sobre cómo recibir y apoyar a los vencedores una vez que entraran en la ciudad. Parecía estar deseando organizar una especie de comité de bienvenida y la mujer lo miraba con una expresión de asco mientras sacudía la cabeza.

Minervina no lograba entender qué separaba a sus padres y por qué la madre reprobaba el comportamiento del marido. Ella los amaba a los dos y lo único que deseaba era que se pusieran de acuerdo. Por el contrario, aprovechaban cualquier excusa para discutir. Como en ese momento, por ejemplo. Minervio quería que salieran del palacio y fueran a la tribuna. La madre se negaba.

–¿Pero es que nunca dejarás de postrarte ante los poderosos? ¿No tienes ni un poco de dignidad? –protestó la mujer–. Has sido el colaborador más cercano del emperador, ¿cómo puedes pretender que Diocles vaya a considerarte creíble?

–Necesitan funcionarios expertos en Occidente –respondió el padre–. A ellos les interesa servirse de mi experiencia, y mi intención es convencer al nuevo emperador de que no puede hacerlo sin mí. No veo qué hay de malo en querer salvar la piel y al mismo tiempo prestar servicio al imperio.

–Me das asco.

–¿Qué me importa a mí? ¿Te crees mejor que yo? ¿Es que tú tampoco te has postrado ante Carino?

La mujer lo fulminó con la mirada. Minervina pensó que, si su madre la hubiese mirado a ella de esa manera, se habría puesto a llorar.

–A mí me obligaron, como a todas. Y tú no dijiste ni hiciste nada… –siseó entre dientes.

–¿Querías que me cortaran la cabeza? ¿Tanto te preocupaba? –Minervina los había escuchado mil veces decir aquellas insinuaciones, pero no entendía qué significaban–. Ya basta, ¡vayamos a su encuentro! –concluyó el padre contundentemente.

La mujer meneó la cabeza con una mueca, pero al final obedeció. La niña con mucho gusto habría prescindido de él. Habría preferido quedarse en el palacio, quizá jugando con el resto de los hijos más jóvenes de los generales que participaban en la batalla junto al emperador. Entre los niños, en especial, había uno que le fascinaba. Era un joven alegre, de lejos el más resuelto de todos, hasta el punto de ser capaz de imponerse incluso sobre los que eran mayores que él.

–¡Constantino! –exclamó Minervina cuando se lo encontró en las escaleras. Él también salía con la madre, Elena, concubina del gobernador de Dalmacia, Constantino Cloro, de los aposentos donde el emperador deseaba que esperaran las familias de sus colaboradores–. ¿A dónde vas? –le preguntó. El niño tenía una luz en los ojos que dejaba vislumbrar una voluntad férrea, sin importar lo que hubiera decidido hacer en ese momento.

–Están llegando los soldados y quiero verlos al menos desde las almenas porque no puedo ver directamente la batalla –dijo solemnemente, mientras la madre alzaba resignada la vista al cielo.

Los dos se unieron a la comitiva de dignatarios guiada por Minervio, que recorrió la calle hasta que llegó a la altura de la puerta de entrada principal. El ministro subió a la tribuna y de su séquito solo Constantino se acercó para seguirle. La madre apenas trató de retenerlo, pero el niño se escurrió con decisión y ganó la rampa de acceso, donde dos soldados le bloquearon el camino cruzando las

lanzas. Pero el chico no se dio por vencido, se agachó y rodó a través de la parte inferior de la x, escapando después cuando lo intentaban apresar y llegando hasta Minervio. El padre de Minervina se lo encontró por sorpresa a su lado, pero se limitó a sonreír y le dejó quedarse allí.

Los demás permanecieron junto a la puerta esperando con impaciencia. Desde lo lejos llegaba el sonido de la batalla, pero enseguida Minervina empezó a oír la rítmica marcha de sandalias tachonadas de clavos y el estruendo cadencioso de los cascos de caballos, cada vez más cerca de la muralla. La tensión creció entre los presentes. Incluso el padre, observó la niña, apretó los puños, revelando un evidente nerviosismo.

Solo Constantino permanecía impasible, observando con un interés casi profesional la que debía de ser una columna de legionarios y caballeros acercándose a la ciudad. Minervio, en cambio, sacudía los brazos para llamar la atención de los soldados. Cuando ya podían escucharlo, Minervina lo escuchó darles la bienvenida e informarse de quién guiaba la columna, deshaciéndose en una larga serie de elogios hacia el vencedor. El ministro dio orden de abrir las puertas, pero Constantino le tiró de la manga y sacudió la cabeza con una señal de negación. Luego el niño bajó la rampa y fue hasta los guardias de la entrada, gritando:

–¡No abráis, no abráis! ¡Los primeros de las unidades en cabeza agarran las astas de las lanzas con fuerza! ¡No es seguro!

Los soldados se lo quitaron de encima de un empujón y Minervio lo miró enfadado. Las pesadas puertas se abrieron con un chirrido inquietante que Minervina entendió inmediatamente como un oscuro presagio de la muerte. De repente sintió que la invadían los mismos temores que habían asaltado a su joven amigo Constantino.

Pero solo a ella. A su alrededor vio que todos, el personal de corte, los mismos habitantes de la ciudad, las familias de los generales parecían tranquilos, reconfortados por la seguridad de Minervio, y se amontonaban a los lados de la calle, impulsados por la curiosidad de asistir en primera fila a la entrada triunfal del ejército vencedor. Instintivamente, la joven dio unos pasos atrás, mientras la madre intentaba agarrarla de la mano y llevarla más cerca de la entrada. La mujer la miró sorprendida y ella negó con la cabeza; la invadía una sensación de angustia. Mientras tanto, observó que Constantino cogía a la madre del brazo e intentaba llevársela de allí. Elena lo miraba atónita y mostraba resistencia, pero al final no pudo hacer nada contra la férrea voluntad del hijo, que por lo menos consiguió mantenerla a cierta distancia de la entrada.

Y por fin, por la puerta irrumpió la cabeza de la columna, al frente de la cual iba el que debía de ser un gran general, con casco

emplumado, amplia capa, coraza taraceada, sobre un imponente caballo blanco. Iba rodeado de guerreros de mirada severa y aspecto salvaje, vestidos con pieles y curiosos gorros, además de portar armas poco habituales. A lo mejor eran los que habían asustado a Constantino, pensó Minervina.

El general dijo que se llamaba Osio, enviado por el Estado Mayor del emperador Diocles para tomar posesión de la ciudad. Después de preguntarle a Minervio cómo se llamaba y qué cargo tenía, mandó que le presentaran a todos los ministros y al personal de la corte, que entre tanto se habían aglomerado detrás del padre de Minervina. El senador Claudio Martiniano, a quien Minervina conocía como un buen amigo de su familia, avanzó hacia él para invitarlo a bajar del caballo y a seguirlos hasta palacio para el traspaso de poderes.

Osio lo miró fijamente un largo rato y después un destello cruel le centelleó en los ojos. Levantó el brazo y uno de los guerreros que tenía a su lado arremetió contra Martiniano, que estaba a unos metros de distancia, clavándole el arma en el pecho con tanta violencia que la punta salió por la espalda. Y mientras el senador caía al suelo en mitad de un silencio fantasmal, levantando una nube de polvo, otro guerrero desenvainó una extraña espada curvada, espoleó el caballo para que avanzara unos pasos, se abalanzó sobre Minervio y le propinó un golpe secó que le separó al instante la cabeza del cuello. Horrorizada, Minervina la vio rodar hacia ella por la tierra batida de la calle como si fuera una pelota. Se le ocurrió pensar que el padre quisiera despedirse por última vez acercándose a ella con lo que quedaba de él, mientras su cuerpo decapitado caía lentamente sobre sí mismo. Se aferró instintivamente a la madre, a la que sintió rígida como el mármol y sin hallar alivio en ella. De inmediato, los ojos se le empañaron de lágrimas y el estómago se le contrajo en un nudo intenso.

Solo entonces, mientras los guerreros de Osio se dispersaban en todas direcciones, ocasionando cortes con espadas cada vez más rojas y chorreando cada vez más, los allí presentes empezaron a gritar.

Y a escapar.

Altercados. «En la ciudad está ocurriendo algo inesperado», pensó Sexto Martiniano poco después de haberse detenido con su unidad a poca distancia de las murallas de Margum. El joven recluta ocupaba el puesto de cola en la columna y no podía ver qué estaba pasando. La unidad en cabeza de la legión de Diocles era la única que había cruzado la entrada, mientras que la que había sido de Carino antes de rendirse la habían dejado de reserva. Las puertas habían sido abiertas de forma pacífica, después de un intercambio cortés, y por lógica, no tendría que haber pasado nada; solo parecía un trivial traspaso de poderes. Sin embargo, desde el interior de la ciudad llegaban chillidos

horripilantes, de miedo y de dolor.

De muerte.

Le extrañó que alguien se hubiera atrevido a mostrar resistencia. El resultado de la batalla ya era obvio: el emperador había caído, y Diocles tenía el imperio en sus manos. Si los soldados de Carino se habían rendido, no había razón por la que no lo hicieran los civiles, aunque fuesen los altos dignatarios comprometidos con el abominable régimen del soberano asesinado. A fin de cuentas, cuando Osio vino a retirar su unidad, manifestó que necesitaba una legión del ejército derrotado para demostrarles a los habitantes de Margum que no tenían intenciones hostiles.

Pero en cuanto abrieron las puertas, las cosas no fueron como se había previsto, estaba claro. Y ahora, Martiniano temía por su padre, que se contaba entre los personajes más influyentes que había dejado el emperador en la ciudad.

Salió de filas y fue hasta su legado.

–General, ¿qué está pasando? –le preguntó.

El hombre lo miró de reojo, escandalizado porque un soldado raso, por otra parte un recluta tan joven, osase dirigirse a él directamente. Luego reparó en que tenía delante al hijo de un reputado senador y cambió de actitud

–No lo sé. Es más, estoy tratando de entenderlo. He mandado a un escolta para que se informe –respondió.

–Tal vez deberíamos acercarnos a la puerta –se aventuró Martiniano.

–Hemos recibido la orden clara de mantenernos en la fuerza de relevo. Hasta nueva orden… –respondió con sequedad el comandante.

–¿Qué nueva orden? ¿No ve que está sucediendo algo? ¡Debemos intervenir! –estalló el joven.

Al general se le cambió la cara:

–Si crees que ser hijo de un senador te da derecho… –contestó.

Pero justo en ese momento apareció el escolta al que había enviado a la muralla. Ambos dirigieron su atención al soldado.

–Legado, parece que los dignatarios de la corte han elegido un nuevo emperador en lugar de Carino y se preparan para atacar la columna. Osio está ejecutando a todos los que han participado en la conspiración. Pero los habitantes también se están viendo involucrados… –dijo el hombre.

Martiniano quedó desconcertado. Si era verdad, el padre no tenía nada que ver. O había ocultado sus intenciones. Pero le pareció extraño; Claudio Martiniano siempre había sido un político prudente y de ninguna manera habría promovido una elección que no tuviera ningún apoyo ni posibilidad de sobrevivir a la victoria de Diocles.

«Pensándolo mejor –pensó–, nadie podía estar tan loco como para organizar una conjura tan absurda». Así pues, Osio se había creado un

motivo para hacer lo que le convenía.

–No es posible. ¡Tenemos que entrar a detener la masacre! –le protestó al legado.

–No haré tal cosa. ¡Que se las arreglen ellos! –fue la respuesta impasible del general.

Martiniano no se contuvo y lo agarró por el borde de la túnica.

–¡El senador Claudio Martiniano podría acabar en mitad de esos altercados! –le gritó en la cara–. ¡Sería una pena para ti si se enterara de que no has hecho nada para ayudarle!

La velada amenaza pareció surtir efecto. En el imperio las relaciones personales con los poderosos contaban más que cualquier puesto o circunstancia. El legado resopló.

–Como quieras, ¡por Mitra! –dijo al fin–. ¡Centurión, coja su unidad y vayan a proteger la ciudad! –le espetó al superior directo de Martiniano.

El joven recluta no tardó en flanquear al oficial a la cabeza de la centuria, que recorrió toda la columna a buen ritmo hasta que llegó a la altura del portón. Los batientes estaban cerrados y custodiados. Por el hueco que quedaba en medio se podían ver figuras retorciéndose, a caballo y a pie, espadas que giraban, lanzas que salían disparadas. Le exigió al centurión que entrara.

–¡Debemos intentar mantener el orden! ¡Deprisa! –gritó, y el oficial no se hizo de rogar.

Con toda probabilidad él también tenía algún amigo, o incluso una amante, dentro de la ciudad.

Cargaron sobre los soldados que vigilaban la puerta y a continuación el oficial les ordenó a sus soldados que ampliaran un poco el espacio entre las hojas y cruzó la entrada, seguido inmediatamente de Martiniano y un puñado de hombres. El espectáculo ante el que se encontró el joven lo dejó consternado. A lo largo de la calle y a ambos lados de esta yacían decenas de cadáveres, muchos de los cuales estaban decapitados. Pocos tenían una armadura; la mayoría eran civiles. Vio a mujeres que lloraban sobre los cuerpos de los hombres, a los heridos arrastrarse por el suelo dejando una estela de sangre, niños que deambulaban llorando entre los muertos, llamando a sus padres, mujeres que buscaban a sus hijos, mientras los bárbaros mercenarios del ejército de Diocles se movían de un extremo al otro de la calle para cercar a todo aquel que se encontrase en la zona.

Osio se había quedado al margen, rodeado por sus guerreros, contemplando con aparente satisfacción la carnicería, sin tomarse la molestia de interrumpirla, a pesar de que hubiera mujeres y niños implicados. Estaba utilizando a sus bárbaros para llevar a cabo la matanza, pues no habría encontrado a ningún romano dispuesto a hacerlo.

Su padre. Tenía que buscar a su padre. Escuchó que el centurión le gritaba a la unidad que se mantuviera unida y cerrara filas, y luego creara un cordón para proteger a los civiles de las correrías de los bárbaros, pero él lo ignoró y se puso a darle la vuelta a los cuerpos que vestían las prendas más valiosas. Buscó la banda laticlavia de senador en la toga de los cadáveres, suspirando de alivio cada vez que comprobaba su ausencia. Tuvo que evitar un par de veces los cascos de los jinetes bárbaros, que seguían correteando por todas partes, ignorados por su comandante. Quedaba aún algún dignatario que intentaba huir de sus espadas. Pero Claudio Martiniano ni siquiera se encontraba entre esos.

El joven empezaba a tener la esperanza de que el padre se hubiera resguardado a tiempo en el palacio, cuando una niña rubia que lloraba abatida encima de dos cadáveres llamó su atención. Motivado por el instinto natural de protección, no pudo evitar aproximarse. El cadáver del hombre sobre el que estaba tirada la niña era el de un alto dignatario sin cabeza, y a unos metros de este yacía el cuerpo de una mujer. Aquella joven debía de ser la hija de un alto mandatario, tal vez el del presunto usurpador. Se fijó mejor; no, no era tan joven. Era una adolescente, quizá tuviera trece años, catorce años, y era preciosa. Sus ojos azules, profundos y vivaces no parecían apagados ni bañados en lágrimas.

–¡Aléjate, aquí corres peligro! –intentó agarrarla de la mano arrodillándose sobre ella. En ese preciso instante, un caballero pasó raudo junto a ellos y las pezuñas de su montura le rozaron la cabeza a la niña. De forma instintiva, ella se tiró entre los brazos de Martiniano y estalló en un llanto irrefrenable.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó el joven, que empezó a acariciarle su hermoso cabello, suelto sobre los hombros después de perder el elaborado peinado característico de las mujeres de su clase social.

–Mi… Minervina –respondió sollozando la joven, lo que le permitió a Martiniano saber de quién era hija. Minervio era amigo de su padre y el estómago le dio un vuelco.

–Yo soy Sexto Martiniano –le respondió intentando que no se notara que estaba inquieto–. Soy el hijo de Claudio Martiniano. ¿Te acuerdas de él? Es amigo de tu padre… –Mientras tanto, la levantó en brazos para llevarla tras el cordón de soldados de su unidad.

La joven seguía sollozando. Después de caminar unos metros, se detuvo y señaló con mano trémula un cadáver que estaba a poca distancia del de sus padres. Martiniano no lo había visto porque estaba demasiado cerca de Minervina, que le había llamado la atención.

Vio que tenía la banda laticlavia.

CAPÍTULO II

Londres, Britania, 296

Desde que se había levantado, Minervina seguía sentada en la cama mirando la carta. Aquella carta. El documento que condenó a su padre, al revelar sus ansias de poder. Con frecuencia, desde hacía once años, en los momentos en los que se quedaba a solas, la sacaba del aparador y la observaba, tratando de distinguir las huellas del padre que perdió cuando era niña. Se la había pedido a Osio, su antiguo tutor, que la había robado de la documentación oficial para agradarla y le había permitido quedarse con ella. Y ella, desde hacía mucho tiempo ya, había aprendido de memoria su contenido, sin poder reconocer en el autor de la misiva –un hombre sin escrúpulos y ambicioso que se afanaba por llegar a ser emperador en lugar de Carino– al padre pusilánime y prudente que recordaba haber conocido. E incluso ahora que era una mujer casada con un emperador, no se podía creer que la hubiese escrito Minervio. Pero Osio sostenía que había sido un traidor, y Osio siempre había sido bueno con ella.

Por otra parte, no había razón alguna para que mintiera. Se había ocupado de ella después de la masacre en la que dieron muerte a sus padres, la había cuidado, criado, había pensado en su educación, la había convertido en una matrona culta y deseada por muchos de los herederos de la aristocracia de la provincia. Sin él, habría sido una niña abandonada, sin familia y sin dinero, después de la confiscación del patrimonio de Minervio como traidor. No le hubieran quedado otros parientes a los que acudir, y si no hubiera sido por él, que la tomó bajo su protección en Margum, habría acabado sin duda siendo una esclava. O quizá, en el mejor de los casos, pariendo hijos para algún vulgar granjero del Danubio.

Sin embargo, ahora gracias a él era incluso emperatriz.

Osio, de hecho, hasta le había buscado un marido que, por azares de la vida, había ascendido hasta el cargo más alto del Estado. Todavía no se lo creía; había pasado hacía pocos días, aunque a Minervina le costaba comportarse de forma distinta a como había hecho en el pasado. Su cónyuge, Alecto, le había dicho –y Osio se lo había confirmado– que los soberanos debían mantener una actitud distante de sus súbditos, mantener la quietud el mayor tiempo posible y, si acaso, moverse muy despacio, evitando arrebatos, articulando las palabras, manteniendo siempre una posición más elevada con respecto a cualquier interlocutor y evitando mirarle a los ojos. Eso hacía

Diocleciano, el augusto anciano, y con esa actitud se habían conformado todos los demás soberanos y aquel complicado sistema de gobierno, al cual llamaban tetrarquía, instaurado desde hacía tres años, para defender el imperio de las invasiones de los bárbaros: en Oriente el augusto Diocleciano con un emperador subordinado, el césar Galerio; en Occidente el augusto Maximiano con su césar, Constancio Cloro. Cuatro soberanos, a los que se habían sumado otros dos, elegidos por los soldados: Domicio Domiciano en Egipto y, en su día, Carausio en Britania.

Minervina estaba segura de que sobre todo este asunto sobrevolaba la zarpa de Osio. Alecto no había manifestado propósitos tan ambiciosos, hasta ahora, satisfecho con su función de ministro de Hacienda del emperador Carausio, que le permitía enriquecerse de manera desmesurada sin exponerse demasiado al reproche de los tetrarcas, considerados por la mayoría los únicos soberanos oficiales del imperio.

Pero Carausio, le explicaron Alecto y Osio, había resultado ser un incompetente por dejar que el césar Constancio Cloro le arrebatara toda la Galia, y los soldados querían su muerte. Alecto era el personaje de mayor prestigio en la isla y Osio le había pedido que vistiera de púrpura para poder tratar con Maximiano y Constancio Cloro, con el objetivo de conseguir ese reconocimiento oficial que su predecesor no había tenido nunca. Minervina respondió que aquello podía ser peligroso. A fin de cuentas, todos los emperadores morían de muerte violenta, al menos en las últimas décadas. Pero Alecto la tranquilizó: no había ningún riesgo de que Constancio y Maximiano fueran a Britania. Tenían sus problemas en el continente, con los bárbaros presionando por toda la frontera, y si en nueve años de régimen de Carausio ni siquiera habían intentado una invasión de Britania, no había motivo para que lo hicieran en el futuro. Concluyó que, aunque no lo reconocieran como emperador adjunto, no podrían impedirle ejercer sus funciones.

Minervina colocó la carta en el aparador. Era hora de dejar los malos recuerdos atrás y mirar hacia delante. Si bien la parte del imperio que administraba su marido era ridícula, como mujer de un soberano tenía muchas responsabilidades y era el momento de concentrarse en su nuevo papel. Por suerte, Osio estaba ahí para aconsejarla. Osio no la había abandonado nunca, llevándola con él a todas partes: primero a la Galia, donde acompañó a Maximiano tras la victoria de Diocleciano en Margum, y después a Britania, donde vio nuevas oportunidades de carrera con Carausio. Seis años antes había hecho que se casara con Alecto, entonces desconocido senador britano, y la elección había resultado ser un buen partido: su carrera había sido rápida y prestigiosa y ella no tenía nada de qué lamentarse.

Alecto era mucho más anciano que ella y los hijos no habían llegado, pero siempre la había tratado con respeto. Minervina entendía que debía haber algo más entre un hombre y una mujer, su cuerpo se lo sugería cuando, después de tener relaciones con el marido, quedaba con una sensación de insatisfacción que aplacaba ella sola. Pero, al contrario que otras damas, no recurría a esclavos o gladiadores para apagar sus deseos. Alecto la amaba y ella se hubiera sentido culpable si hubiese acogido a otro hombre en su lecho.

Además, temía decepcionar a Osio.

Con mayor razón, ahora como emperatriz sería irreprochable. Había otras cinco emperatrices, pero ella seguía siendo una de las damas principales de Roma, una de aquellas sobre las que recaían las miradas de todos. La gente establecería quién era la más hermosa, la más elegante, la más generosa, y ella tenía la intención de mostrarse a la altura de las expectativas, cuando no de vencer la competición. Y colaboraría con su marido para que obtuviera un reconocimiento oficial, para que un día pudieran permitirse salir de Britania y volver a la ciudad que daba nombre al imperio.

Nadie consideraba ya Roma como la capital y menos aún el centro del mundo. Era la sede principal de Maximiano, pero no la única, y el soberano más importante, Diocleciano, residía en Nicomedia, Constancio Cloro en la Galia y Galerio en Tesalónica. Luego estaban Domicio Domiciano en Alejandría y el mismo Alecto en Londres. Pero ella nunca la había olvidado. Allí había vivido sus primeros trece años y soñaba con volver un día, al menos de visita, a respirar el ambiente caótico al que se había acostumbrado de pequeña, a las calles de tantísimos colores, la majestuosidad de edificios con una historia de siglos de antigüedad a sus espaldas, las antiguas ruinas que le hablaban de gestas épicas, de hombres extraordinarios, de aflicciones, alegrías y acontecimientos y acuerdos que habían decidido el destino del mundo durante mil años.

Además, Roma era también el centro de la religión que más le atraía de entre todas las que circulaban por el imperio. De hecho, los cristianos parecían haberla elegido su capital, aunque otras sedes metropolitanas le disputaban el liderazgo. Concebido como un credo para pobres, el cristianismo estaba extendiéndose también entre las clases más altas, y Minervina había podido hablar de ello a menudo con otras damas sin prejuicios. Osio, que sin embargo no parecía poseer una fuerte sensibilidad religiosa, sostenía que su fuerza motora le permitiría suplantar en poco tiempo todas las demás religiones, y nunca había frenado su deseo de profundizar en su conocimiento. El marido, por su parte, creía firmemente en los antiguos dioses tradicionales que habían acompañado a Roma en su ascenso, mientras que Carausio y su adversario, Constancio Cloro, eran seguidores del

Sol Invicto, una entidad indefinible y bastante abstracta para ella que no alcanzaba a comprender. Mucho más clara y accesible a su pensamiento era la imagen del dios cristiano, que había mandado a su propio hijo a la tierra para inmolarse y reunir en él todos los pecados del mundo y redimir a la humanidad, permitiéndole acceder al reino de los cielos en el final de los tiempos.

Los cristianos eran más buenos que los demás, era algo que había observado al profundizar en su religión. Practicaban la caridad con los necesitados, se ayudaban los unos a los otros, habían sido martirizados en el pasado por emperadores extremadamente intolerantes sin mostrarse rebeldes y sin reaccionar de otro modo que alabando a su dios. Predicaban sobre todo el perdón, «ponían la otra mejilla» a quien les hacía daño. Para ella era suficiente para elevarlos por encima de quien creyese en dioses punitivos y vengadores. Sí, era la religión que necesitaba ella y no le gustaba que allí, en Britania, pocos la profesaran.

La mujer despertó de sus pensamientos y decidió que ya era hora de vestirse; hacía tiempo que el sol brillaba alto en el cielo. Estaba a punto de levantarse de la cama cuando oyó alboroto en casa. Poco después, su marido irrumpió en el cubículo. De repente, le pareció mucho más anciano de sus 50 años.

–Debemos despedirnos, querida. Constancio Cloro ha zarpado desde las costas de la Galia. Nos vemos obligados a hacer frente a una invasión –anunció con la voz rota por el abatimiento.

Y a Minervina se le vino abajo el mundo.

En cuanto Sexto Martiniano puso pie en las aguas que bañaban el litoral de la Britania meridional, una flecha pasó rozándole el yelmo, siseando como una serpiente ansiosa por inyectarle su veneno. A pesar de todo, comprendió de inmediato que sería una empresa dura.

El prefecto del pretorio, Asclepiodoto, que comandaba la mitad de la flota en la que se encontraba Sexto, no se esperaba desembarcar sin oposición. Alecto tenía sus espías en el continente, y no podía concebirse que no estuviese listo para hacer frente a la invasión que el césar Constancio Cloro llevaba tanto tiempo preparando. Precisamente por esto, los comandantes habían decidido dividir la flota y desembarcar en distintos puntos de la isla. Por lo menos, el usurpador, una vez se conocieran los movimientos del enemigo, se vería obligado a dispersar a sus tropas para proteger los posibles puntos de atraque. Así que Asclepiodoto se había dirigido hacia el sur y Constancio al norte.

Otra flecha alcanzó en el ojo al compañero que tenía más cerca, haciendo que cayera sobre él con un aullido desgarrador. Martiniano perdió por un instante el equilibrio y tuvo que apoyar la rodilla en el lecho marino y luego volvió a ponerse en pie. Miró a su alrededor

para ver si los enfermeros estaban a su alcance y luego sostuvo al soldado, que se debatía en el agua con el rostro transformado en una máscara de sangre. Esperó un momento hasta que llegaron para socorrerle y luego volvió a avanzar. Después de avanzar unos metros llegó a la orilla, dándole gracias a los dioses por poder al fin correr sin ser frenado por el agua, convirtiéndose tal vez en un objetivo menos fácil para los oponentes.

En cuanto estuvo más cerca de las defensas del enemigo, trató de comprender mejor qué era lo que le esperaba. Los hombres de Alecto se habían colocado detrás de una línea de rocas, troncos de árboles y arbustos apilados de manera apresurada para crear una suerte de barrera. Aunque el usurpador había sido informado de la empresa de Constancio, no le había dado tiempo a actuar mejor. Los invasores, alentados por aquellas modestas defensas, corrían entusiasmados dejando atrás a sus oficiales, a pesar de la lluvia de flechas cada vez más densa, rota en ocasiones por la caída de las rocas lanzadas desde las catapultas.

Sin embargo, el tramo que había que recorrer era amplio y abierto. Los arqueros de Alecto podrían darse alguna satisfacción antes de permitir que los invasores atacaran la barricada. Si hubiera sido un oficial superior, Martiniano les habría ordenado a los hombres que formasen en tortuga en vez de atacar en masa, como bárbaros, a medida que alcanzaban la playa. Pero no era oficial. La muerte de su padre en Margum, once años antes, lo había dejado sin un protector de prestigio, y las protestas que le dirigió a su asesino, el legado Osio, le valieron el anonimato entre las filas del ejército durante años, hasta que su reconocido valor en campañas posteriores le brindó al menos el rango de *optio*.

No le quedó otra que secundar el espíritu combativo de los miembros de su unidad y correr aún más rápido para no quedarse atrás. Pero cuando avanzó unos metros, observó que la arena que había en la parte delantera de la barricada estaba muy removida y entendió que sus rivales no se habían limitado a realizar únicamente la barricada a toda prisa. Les gritó a sus hombres que prestaran atención justo cuando uno de los que estaban más cerca del enemigo desapareció de repente bajo la tierra. Los que iban detrás se quedaron congelados, convirtiéndose en un blanco fácil para los arqueros, que abatieron a dos. Pronto otros soldados fueron tragados por la tierra, mientras que los compañeros se detenían para no acabar de la misma forma. Y quien no tenía la precaución de oponer el escudo al tiro enemigo, se veía con una flecha en la garganta sin ni siquiera haberla visto venir.

–¡Al suelo! –gritó Martiniano cuando llegó a la altura de las primeras fosas.

A continuación, se tiró a la arena, justo a tiempo para evitar una flecha que le pasó silbando por encima de la cabeza, se arrastró hasta el borde y echó un vistazo al interior: un soldado colgaba en el vacío, suspendido sobre un poste afilado que lo había atravesado, asomando la punta ensangrentada y repleta de vísceras hacia el rostro del *optio*.

Las flechas le seguían rozando la punta del casco. A su espalda, gritos de dolor: las flechas habían encontrado un blanco. A su lado, un recluta aterrorizado bajó a la fosa para evitar acabar como el compañero. No, aquello era intolerable; le llamó la atención y le ordenó que volviera arriba, señalándole la primera línea con la expresión más agresiva que pudo adoptar. Fue entonces cuando el soldado se percató de la presencia del oficial y pareció avergonzarse por haber demostrado cobardía ante sus ojos. Con la actitud de un condenado a muerte, remontó la pared y, tras moverse a gatas por el borde, se armó de valor y se puso en pie.

Martiniano le instó a seguirle y juntos reanudaron la marcha. Frente a ellos, las fosas que habían quedado al descubierto por la caída de un legionario se alternaban con los cadáveres atravesados sobre la arena o con los heridos que se arrastraban con flechas en el cuerpo para ponerse al resguardo de la flecha mortal. El recluta volvió a sentir miedo al ver la carnicería de compañeros a su alrededor, y disminuyó el ritmo vagando sin rumbo. Martiniano no pudo culparlo. Él, en todos los años que llevaba en el ejército, nunca se había expuesto de forma tan directa al peligro, avanzando en campo abierto contra un adversario imperceptible, sin el apoyo de los compañeros a su lado, como solía ocurrir en las batallas con los legionarios que luchaban codo con codo. Y también él experimentaba una sensación de abandono, de condena como si tuviera que ir al encuentro de un destacamento encargado de ejecutarlo. Formar parte de una falange cohesionada por la que uno se sentía instintivamente protegido, se daba cuenta ahora, era la única manera de controlar el miedo.

Se acercó al muchacho. Aquel recluta, a fin de cuentas, le despertaba ternura. Pero un momento antes de que pudiese agarrarlo por un brazo, una enorme mole oscura se lo llevó sin hacer ruido. Miró en la dirección por la que había desaparecido y vio la roca de una catapulta unos metros por detrás de él, con lo que quedaba del recluta reducido a una papilla sanguinolenta, aplastado contra el suelo por el peso.

Escuchó que alguien lloraba. Otro joven soldado había caído de rodillas poco más allá de la roca, abatido con las manos en el casco. Otra roca cayó a poca distancia de ellos y un momento después, un hombre se desplomó en el suelo sin una pierna. Se miraba incrédulo el muslo mutilado sin entender cómo había ocurrido. Mientras tanto, gritos de ánimo se entremezclaban con los de dolor; con sus bastones,

los centuriones exhortaban a los soldados a avanzar, pero no había ningún atisbo de cohesión. Cada uno corría en base al valor del que disponía, más que a sus fuerzas, y los oficiales no eran capaces de mantener unidos a hombres de la misma unidad.

Martiniano no tardó en darse cuenta de los daños que aquel caos provocaba en las filas del prefecto del pretorio. Los más rápidos y decididos llegaron demasiado aislados frente a la barricada, y acabaron siendo una presa fácil del enemigo, al que le bastaba con extender las lanzas más allá de la protección para dar en un objetivo. El triste final de aquellos valientes hizo que los que les seguían perdieran toda convicción al instante. Los demás aflojaron el ritmo y los defensores tuvieron todo el tiempo de apuntar. Rápidamente, una ráfaga de flechas acribilló a todo aquel que no había tenido el sentido común de continuar corriendo.

Martiniano empezó a perder toda esperanza de que la operación de desembarque pudiera tener éxito. No había manera de saber cuántos soldados había apostado Alecto tras al parapeto, pero parecía que era suficiente un puñado de hombres para repeler el ejército invasor. Confiaba en que las cosas le estuvieran yendo mejor al césar por el norte. Después se decidió a hacer valer su rango, gritándoles a todos los que estaban a su alrededor que formaran una columna con los escudos sostenidos hacia delante y que comenzaran a avanzar en dos filas, para ofrecerle una menor amplitud de objetivo al enemigo y ganar mayor fuerza para la penetración. Cogió por los brazos o por la túnica a todos los que tenía a su alcance e intentó que formaran, pero las flechas continuaban silbando entre las filas y nadie estaba en condiciones de mantener la posición. Además, en un momento perdió a tres hombres, a los que los arqueros de Alecto alcanzaron de forma impecable. Al final se vio obligado a renunciar, maldiciéndose por la frustración. A esa altura, no veía de qué otra manera podían los hombres del prefecto entrar en contacto con el enemigo. Pero debía cumplir con su deber; suspiró profundamente y se preparó para recorrer el último tramo que lo separaba de la barrera.

Luego escuchó retumbar las trompetas tras él. Se volvió y vio a los soldados avanzar en columna, a paso ligero manteniendo al mismo tiempo las filas cerradas y los escudos apoyados unos sobre otros; era la guardia de Asclepiodoto.

Los pretorianos.

Cuando vio llegar al césar Galerio con su ejército, Constantino sabía que los dos emperadores, con sus fuerzas por fin reunidas, se apoderarían de Alejandría. Diocleciano, como se hacía llamar Diocles desde la época de su ascenso al trono, les hizo una señal a él y a todos los miembros de su Estado Mayor para que avanzaran a su lado. El joven hijo de Constancio Cloro trotó en su caballo y se detuvo al lado

de Licinio, el oficial más detestable entre los colaboradores del emperador. Después se escrutó el horizonte, viendo cómo se distinguían cada vez mejor las siluetas de los soldados, con el césar a la cabeza de la columna.

Vio que la columna que avanzaba a lo largo de la orilla del mar en dirección a su encuentro era muy pobre.

–Serán unos dos mil hombres. ¿Qué hacemos con ellos? –dijo Licinio dirigiéndose al oficial apostado al otro lado de Constantino, un hombre cuyo nombre era Severo; nunca se dirigía a él, ni siquiera se dignaba a mirarlo. En cambio, a Severo parecía que le caía bien el joven.

–Tal vez el emperador no ha querido desguarnecer la frontera con el imperio persa. Con la derrota recién sufrida en Calinico por el césar Galerio, desplazar tropas a Egipto le habría dado al enemigo la oportunidad de invadir Siria –consideró Severo, dirigiéndose también a Constantino.

–Ah, entonces más hubiera valido que el césar se quedara allí. Aunque, a juzgar por los resultados, no habría ayudado mucho… –respondió Licinio encogiéndose de hombros.

Eran las mismas preguntas que se estaba haciendo Constantino. La rebelión en Egipto había estallado durante el intento de invasión de los persas en Siria, que Galerio había intentado bloquear cobrándose por el contrario una tajante derrota, mientras Constancio Cloro intentaba poner fin a la usurpación en Britania. Al parecer, cuatro emperadores no eran suficientes para evitar la amenaza de las rebeliones: la tierra de los faraones había coronado a un tal Lucio Domicio Domiciano, y desde hacía ocho meses, Diocleciano llevaba a cabo una campaña por todo el Nilo para devolver a la obediencia las ciudades rebeldes. Las había reconquistado y destruido una a una, pero la capital resistía a pesar del cerco y del corte de los acueductos. Mientras tanto, el calor de principios de verano empezaba a cosechar las primeras víctimas entre las tropas de asedio.

Si Alejandría no caía en pocas semanas, Diocleciano tendría que volver a su capital, Nicomedia, con la cola entre las piernas, y su prestigio se vería afectado. Y si el prestigio del emperador más respetado quedaba minado, lo quedaría el de toda la tetrarquía. Constantino se daba cuenta de que, en ese caso, los usurpadores lloverían con una frecuencia aún mayor y el sistema ideado por Diocleciano colapsaría. Galerio, con su derrota, ya había pensado en darle un duro golpe al órgano imperial; otro fracaso habría representado el golpe de gracia, ya que el éxito de la empresa de Constancio Cloro en occidente no era, ni mucho menos, algo seguro.

Se preguntó, como hacía a menudo, si un día formaría parte de la tetrarquía; no era más que el hijo bastardo del actual césar de

occidente, pero tenía pensado llegar lejos y conquistar la confianza de Diocleciano, igual que habían hecho su padre, Maximiliano y el mismo Galerio. Sabía que estaba a la altura, y no podía esperar para demostrarlo. Formar parte del Estado Mayor imperial con apenas veinte años, por ser hijo de Constancio, le daba la oportunidad. Pero era también consciente de estar con el emperador como rehén tácito, para que al césar no se le pasara por la cabeza sobrepasar su función, la cual debía estar siempre subordinada a la de los emperadores.

Constantino se preguntó asimismo por qué Diocleciano había querido encontrar al césar a una milla de distancia de Alejandría. Le parecía curioso que el emperador más importante se dignara a ir al encuentro del subordinado. Pero cuando empezó a distinguir los rasgos toscos y robustos del césar, pensó que pronto descubriría el motivo del extraño comportamiento del emperador.

Galerio avanzaba con la cabeza agachada mientras Diocleciano estaba erguido en la montura y lo miraba fijamente sin decir una palabra. El césar esquivaba su mirada, y su expresión estaba lejos de ser aquella segura y distante típica de un soberano. Constantino se dijo a sí mismo que no aparecería nunca así en público cuando llegara a ser emperador. No obstante, le pareció extraña aquella actitud de renuncia por parte de un hombre que disfrutaba la fama de un valor admirable. Debía de estar condicionado por la vergüenza tras su derrota. Cuando llegó en presencia de Diocleciano, Galerio levantó el brazo en señal de saludo.

–Ave, augusto Cayo Aurelio Valerio Diocleciano. Tengo el placer de poder felicitarle por el feliz desarrollo de la campaña, y me honra que quiera tenerme a su lado para conquistar la capital –declaró en voz alta, para beneficio de los presentes.

Diocleciano esperó unos instantes antes de responder.

–Ave, césar Cayo Galerio Valerio Maximiano. Nosotros, por el contrario, no podemos felicitarle por el resultado de su campaña. Además, le invitamos a bajar del caballo cuando hable a su señor –dijo con frialdad.

De repente el aire se volvió pesado. Constantino se sintió desorientado. Diocleciano había llegado hasta allí con su Estado Mayor y la escolta, mientras que a Galerio le acompañaban unos dos mil hombres. Provocarlo podía ser peligroso. De hecho, el César no se movió y su expresión se volvió más dura.

–Te hemos ordenado que bajes del caballo, césar –reiteró Diocleciano en voz baja para que solo lo oyera su Estado Mayor–. Haz lo que te decimos y volveremos a ser compañeros y parientes como si nada hubiera pasado. Iniciar batalla en inferioridad numérica es de locos, y nos ha costado muchos soldados valerosos. No nos hagas pensar que le hemos entregado nuestra hija a un idiota… Y no pienses

que nosotros lo somos, considerando que no tenemos medios para obligarte a acatar nuestras órdenes.

Galerio se estremeció por la indignación, pero evitó responder en el mismo tono. Miró a su alrededor, dirigió una mirada inquisitiva a los barcos amarrados en el tramo de mar que tenía delante y, tras un instante de indecisión, bajó de la silla.

–¡Bien! Por fin podemos irnos ya. Síguenos, hijo mío. ¡En marcha! –proclamó Diocleciano, que empezaba a trotar hacia su campamento frente a Alejandría. Galerio tuvo que seguirlo justo detrás de la cola del animal, rodeado por los guardaespaldas del emperador, mientras su ejército también se ponía en movimiento. Poco después, desde los barcos se oyó un toque de trompeta e inmediatamente una lluvia de flechas cayó un poco más allá de la orilla, no muy lejos de la columna de Galerio.

–¿Has visto? El emperador ha querido demostrarle al césar que lo tiene en la palma de la mano –comentó Severo con Constantino.

–Y yo que pensaba que estábamos solo nosotros… –dijo el joven.

–Yo también, pero no me he preocupado –asintió Severo–. Diocleciano no es un incauto como Galerio y nunca habría venido a este encuentro sin tomar precauciones. Así quedaba también explicada la decisión del emperador de querer encontrarse con el césar a una milla de la ciudad. Quería humillarlo públicamente haciendo que recorriera a pie, detrás de él, aquella distancia…

–Pero ¿por qué hacerlo en público? Tengo entendido que Diocleciano mantiene la armonía entre los tetrarcas. Dejar ver que están en desacuerdo podría no resultar ventajoso –se preguntó Constantino.

–Sin embargo, sí es una ventaja. De esta manera deja claro ante todos que él no tiene nada que ver con la desastrosa iniciativa del yerno, y que el emperador es él; Galerio no es más que un ayudante que debe esperar su turno para sustituirle, y lo hará solo si es digno de ello. Ahora la gente, y sobre todo los soldados, saben que no hay favoritismos, ni siquiera por relación de parentesco. Así pues, su conclusión será que el sistema funciona: un subordinado del emperador se ha equivocado y lo está pagando.

Durante el trayecto, Constantino fue reflexionando. Al final, la tetrarquía era una tomadura de pelo. Solo había un emperador, como siempre había sido; la diferencia era que sus principales subordinados, en vez de llamarse «prefectos del pretorio», se llamaban augustos o césares, y tenían sus zonas de competencia. Incluso Maximiano, que aun estando a la altura de Diocleciano, estaba obligado a respetar sus normas.

Pero tenía sentido así, concluyó: si no hubiese una jerarquía, si todos fueran realmente soberanos, la guerra civil habría sido

inevitable. Tarde o temprano, en realidad, alguno habría querido extender su área de competencia a costa de otro, como había ocurrido en los triunviratos tres siglos antes, y habría intentado eliminar a sus compañeros; eso había hecho Octaviano con Antonio, y antes ellos dos contra Lépido; por no hablar del conflicto anterior entre César y Pompeyo. Los gobiernos colegiados eran una tontería, y la decadencia de la república lo atestiguaba enormemente; si alguna vez llegaba a convertirse en tetrarca, no dejaría de aspirar a ser el primero, porque el primero era el único que contaba.

El calor era asfixiante. El joven no podía evitar mirar cada vez con más frecuencia a Galerio a medida que se acercaban a la ciudad. El césar, que llegó con el equipo completo, con armadura, casco y manto encima de la dalmática y los pantalones, sudaba copiosamente, y arrastraba cada vez más los pasos. Pero Diocleciano no se giraba ni modificaba el ritmo al que trotaba su caballo. Parecía que estaba dispuesto a dejar a su yerno bajo la canícula el mayor tiempo posible. Y no aumentó la velocidad ni le mandó subirse a la silla ni siquiera cuando un escolta le dijo que los defensores habían aprovechado su ausencia para hacer una incursión.

–¡Qué hombre! ¡Qué sangre fría! ¡Así se comporta un emperador! No se ablanda ni ante un vínculo de parentesco… –exclamó, dirigiéndose a Severo. Tenía que recordar la lección para cuando le tocara a él, añadió, guardándose su opinión.

CAPÍTULO III

Les decían a todos que eran soldados desfilando. Que se ganaban el sueldo de gorra, sin llevar a cabo nada más que tareas de policía en la ciudad, ocupándose de borrachos y prostitutas, ciudadanos indefensos cuyo único error era ponérseles a tiro. Cuando los pretorianos avanzaron por la playa hacia los puestos enemigos, todos los demás soldados se dispersaron y los dejaron pasar, observándolos con una mezcla de curiosidad y de hastío. Incluso Martiniano siguió con atención su marcha. Ganaban mucho más dinero que un legionario, pero rara vez se les empleaba en campañas contra verdaderos enemigos. Los emperadores contaban con pocos durante una campaña militar, y solo para utilizarlos como guardaespaldas para proteger su seguridad, sin ponerlos en riesgo en primera línea.

La decisión del prefecto del pretorio de valerse de ellos como cuña para romper las filas enemigas, como parecía que era su intención hacer, era toda una sorpresa para Martiniano, al igual que para cualquier otro miembro del ejército de invasión. Y el *optio* estaba seguro de que muchos de entre sus compañeros iban en su contra, deseando que fracasaran.

Los privilegios del cuerpo pretoriano siempre habían suscitado descontento en la tropa, y su presunta ineficiencia bélica hacía mucha gracia. Durante la travesía del continente, nadie había manifestado en ningún momento intención de congraciarse con ellos, ni ellos habían hecho nada por mostrarse amables con los demás. Parecía que miraban a los demás soldados por encima del hombro, y aunque se sabía que algunos de ellos procedían de las filas del Ejército regular, era como si una vez que se convirtieran en pretorianos no quisieran tener nada que ver con sus antiguos compañeros.

En realidad, a Martiniano no le importaba mucho cómo se comportaban o qué pensaban. La única cosa importante era que demostraran ser combatientes válidos. Y por lo que parecía, estaba a punto de comprobar si valían el dinero que el Estado invertía en ellos.

Al verlos, daban la impresión de potencia y eficiencia, pensó. No era casualidad, a pesar de la desconfianza general, que todos se pararan cautivados por su avance, sin apenas preocuparse por los amenazadores proyectiles que llegaban desde las líneas enemigas. Marchaban en líneas compactas de cuatro, con las lanzas extendidas hacia delante, casi agazapados detrás de sus escudos ovalados, resplandecientes en sus corazas imbricadas de bronce, con sencillos cascos cónicos de cuatro segmentos con las carrilleras, pantalones,

dalmática y botas cerradas. Sus oficiales los dirigían con seguridad, acompañándolos al lado de las filas, con capas majestuosas y ricas en adornos, las corazas anatómicas y los cómodos yelmos con protector nasal y amplias paragnátides, embellecidas con incrustaciones y piedras preciosas, los pteruges de cuero blanco y caían sobre los brazos y los muslos.

«Si yo fuese el enemigo, tendría miedo», pensó Martiniano. De hecho, le pareció que las ráfagas que llegaban de las posiciones de Alecto disminuyeron de intensidad. Quizá muchos adversarios no podían evitar sentirse impresionados por aquella serpiente dorada que acababa de surgir de las aguas como si la hubiese mandado el propio Neptuno.

La verdad, reflexionó, era que todos mostraban su desprecio porque los envidiaban. A todos les gustaría formar parte de aquel cuerpo de élite. También a él, admitió para sí mismo. Y no porque se lo pasaran bien, ni porque estuvieran al lado de los poderosos y del emperador, sino por la tradición que ostentaban, por el espíritu de cuerpo y el peso que tenían en el imperio. Casi no era de extrañar si miraban a los demás soldados con tanto engreimiento. Su inmensa y prestigiosa historia, tan antigua como el imperio, aunque repleta de actos indecorosos, corrupción y traiciones, se lo permitía.

Los pretorianos tuvieron que dispersarse cuando llegaron al sector salpicado de hoyos que cada soldado tuvo que sortear. pero hicieron bien permaneciendo en grupos de tres o cuatro para conformar una barrera con los escudos y oponerse a las flechas que, mientras tanto, volvían a llover sin interrupción. Cayó un pretoriano, luego otro, pero el grueso avanzaba sin dudar, sin reducir el ritmo por el incesante hostigamiento enemigo, que con cada paso les llenaba los escudos de más puntas.

Martiniano se dio cuenta de que ahora todas las defensas enemigas se concentraban sobre los pretorianos.

–¡Ahora! ¡Ataquemos por el flanco! –les gritó a los legionarios que estaban más cerca y no dejaban de observar los movimientos de la guardia sin continuar con el asalto.

Tuvo que agarrar y empujar a algunos para que los demás se movieran, al mismo tiempo que los otros oficiales y suboficiales se preparaban para renovar el ataque.

Durante el primer tramo pudo aprovechar que los disparos se concentraban en los pretorianos para avanzar sin ser molestado. Luego, ya a poca distancia de la barricada, las flechas volvieron a silbar a su alrededor y a causar víctimas a su lado. Pero eso significaba que, al mismo tiempo, la presión sobre los pretorianos se aligeraba, y eso era lo más importante. Habían conseguido constituir una formación, por lo que a ellos les correspondía la ruptura, y era justo

que los demás se sacrificaran para permitirles llegar al choque con fuerza y efectivos de sobra. Oyó cómo en su escudo resonaba el impacto de una flecha, cuya punta vio surgir al otro lado de la madera, rozando el agarre y su antebrazo. Un soldado que estaba a su lado salió disparado hacia atrás por una flecha que le había alcanzado en el cuello. Otro tenía el pie clavado al suelo por una flecha. Martiniano continuó exhortando a los suyos para que avanzaran; por lo menos –gritó para animarlos–, ya no corrían el riesgo de ser arrollados por las rocas de las catapultas.

Vio que su centurión, su superior inmediato, intentaba formar una agrupación en cuña con una decena de soldados. Aquello le pareció una buena idea y trató de hacer lo mismo, ordenándoles a los suyos que se alinearan con los escudos apuntando hacia delante, él en cabeza, dos hombres en la segunda línea, tres en la tercera y cuatro en la cuarta. Decidió salir al asalto de la posición enemiga al mismo tiempo que el centurión, pero cuando se giró hacia su superior vio que la formación se había disuelto: dos hombres yacían en el suelo atravesados por las flechas y los demás se estaban dispersando. Entre los que estaban en el suelo, se encontraba también el oficial.

Ahora era él quien comandaba la centuria. Permaneció un instante reflexionando sobre la situación. Estaba a punto de dar la orden de ataque cuando oyó un estruendo junto a él. Desvió la mirada y vio que los pretorianos acababan de abalanzarse sobre la barricada. Al momento se creó un entramado de lanzas tensadas desde ambas partes. Las astas desgarraban objetivos por encima del montón de piedras, troncos y arbustos que separaba a los atacantes de los defensores. Pero algunos pretorianos se reclinaban y empujaban la barricada con todo el peso de su cuerpo, tratando de debilitarla. Cuerpos sin vida se amontonaban a ambos lados, gritos salvajes resonaban en la aglomeración de tropas que se había creado en el intento de fractura.

A Martiniano le pareció ver abrirse una fisura. «¡Sí!», exclamó cuando vio a un par de pretorianos al otro lado de la barricada. Se trataba de una brecha. Pero los dos valientes desaparecieron enseguida en una selva de lanzas. Pronto llegaron otros, pero también estos fueron repelidos. Mientras tanto, los defensores se afanaban en recolocar las piedras en su lugar para cerrar la fisura. Los pretorianos intensificaron la presión, pero mientras tanto, los rebeldes acudían en número cada vez mayor a la parte amenazada, y cuanto más tiempo pasaba más difícil era para los agresores abrirse una fractura. No obstante, lograron abrir otra brecha, esta vez más amplia, por la que pasaron bastantes, pero solo para verse rodeados por un número abrumador de enemigos.

Martiniano aprovechó su nuevo papel de comandante y gritó:

—¡Todos a la brecha! ¡Hay que ayudar a esos valientes!

La única forma de avanzar era hacer confluir el mayor número de hombres posible en ese punto. Algunos vacilaron, probablemente molestos por tener que ayudar a los odiados pretorianos. Pero cuando Martiniano se movió, casi todos le siguieron. El *optio* corrió en paralelo a la barricada, cargando el escudo de lado para defenderse de las flechas y fue el primero en alcanzar la columna pretoriana. Empezó a empujar sobre la espalda del soldado que tenía delante, y no tardó en notar también la presión en sus hombros. Alzó el escudo para defenderse de las puntas de lanza que volaban en su dirección, justo a tiempo para detener varias estocadas; luego levantó el brazo derecho y a su vez intentó golpear a algún adversario por encima de los cascos de los compañeros que le precedían.

La multitud era asfixiante. Notaba codos en el esternón y rodillas contra los muslos; la respiración entrecortada de los compañeros le retumbaba en los oídos, al igual que sus gritos de estímulo, mientras su olfato se veía inundado por el olor familiar de la sangre. Se sentía recubierto de moratones por todas partes, luego aguantó la respiración, ahogado por la turba que lo estaba aplastando, impidiéndole cualquier movimiento. La cabeza le palpitaba hasta volverlo loco; hubiera querido quitarse el casco para despejarse las sienes, pero no podía mover los brazos: el derecho había quedado suspendido sobre el hombro del hombre que tenía delante y sentía los músculos cada vez más tensos; el izquierdo lo tenía aplastado sobre el pecho por el escudo, cuyo borde le cortaba la nariz o la barbilla.

Luego sintió un derrumbe repentino. La masa de pretorianos de sector cayó hacia delante y muchos perdieron el equilibrio, acabando por los suelos al otro lado de la barricada. Martiniano terminó a cuatro patas encima de un compañero que quedó tirado y con otro que se desplomó sobre su espalda.

Todos quedaron a la merced de las lanzas enemigas.

Constantino estaba totalmente decidido a recibir los elogios del emperador antes de que acabase el día. Deseaba fervientemente ganarse el aprecio de aquel extraordinario hombre para convencerle de que lo tuviera en cuenta como sucesor de su padre, por supuesto, pero también porque lo tenía en alta estima, ahora más que nunca. Después de humillar públicamente a su yerno y césar Galerio, obligándole a seguirle a pie a lo largo de una milla, Diocleciano lo había despedido invitándolo a volver de inmediato a Siria para preparar la defensa de la provincia, sin ni siquiera permitirle participar en el enfrentamiento que se anunciaba justo tras las murallas de Alejandría, como consecuencia de la incursión de los asediados.

En definitiva, lo había hecho venir desde tan lejos para castigarle y

recordarle quién mandaba. Un verdadero líder, un auténtico emperador, y lo confirmó ordenando con gran acierto un contraataque inminente a sus tropas, con la orden directa de aprovechar el desequilibrio enemigo para intentar penetrar en la ciudad. Había llegado el momento de ponerle fin, gritó, a aquel asedio interminable. A continuación, le asignó a Licinio la columna envolvente, que estaba a cargo de cortarles el camino a los merodeadores, mientras el resto del ejército frenaba su retirada emprendiendo batalla de frente.

Pese a la antipatía que sentía por el oficial, a Constantino le alegraba encontrarse con Licinio; si alguno de los sitiadores hubiera tenido la posibilidad de atravesar las murallas, eran precisamente ellos. Las tropas egipcias habían llegado a los márgenes de la ciénaga y, aprovechando la desbandada imperial causada por la ausencia de Diocleciano, habían eliminado las defensas enemigas rompiendo el despliegue en dos. Pero el regreso del emperador había provocado una reacción en los sitiadores, y los romanos terminaron cerrándose sobre los atacantes, impidiéndoles destruir las máquinas de asedio y forzándoles al repliegue. Entre tanto, Licinio y su columna dieron un amplio rodeo, pasando por la ciénaga para acercarse por el este a la puerta por la que habían salido los egipcios.

Pero Constantino se dio cuenta de que no era tan fácil alcanzar el objetivo antes que el enemigo. Habían infravalorado el escenario, que no favorecía en absoluto la rapidez de movimiento. Desde que entró en la ciénaga, se sintió como una mosca atrapada en la tela de una araña. Tenía la impresión de que los pies le pesaban como después de acabar una larga marcha, y las fétidas miasmas que emanaba el agua pútrida mezclada con el fango y la arena le cortaban la respiración. Al mirar a su alrededor, se percató de que también los demás soldados sufrían como él los peligros de los paúles, y su ímpetu se detuvo rápidamente. Muy pronto entendió que la maniobra estaba destinada al fracaso, mientras Licinio continuaba tercamente avanzando, maldiciendo a los soldados, que en su mayoría andaban a duras penas.

Cuando más tarde vio a los primeros egipcios acercándose a la puerta que se abría frente a ellos, temió haber perdido la oportunidad de demostrar su valor e intentó mover las piernas con mayor fuerza. Ganó posiciones y no tardó en llegar a la primera fila junto a Licinio, que lo situó intencionadamente en la retaguardia. El oficial lo miró molesto, pero no dijo nada, y volvió a gritarles a los rezagados que retomaran el paso. Pronto los enemigos se agolparon frente al acceso, dándoles así tiempo a los imperiales para alcanzarles. Ya no había manera de cortarles el camino, pero podían intentar entrar junto a la multitud. Constantino se lanzó al ataque con todo el ardor que sentía, a pesar del lodo que tenía bajo los pies, y se abalanzó sobre la espalda de uno que huía, al que estrelló contra un compañero, reduciéndolo a

su merced: le fue fácil, además, asestarle un golpe con la espada que tenía en la mano y liberarse del adversario. Pero enseguida se encontró con otro, y luego con otro más; los soldados enemigos se dieron cuenta de la amenaza en su flanco y reaccionaron creando un cordón de guerreros que se replegaba sin darle la espalda al enemigo.

Devolvió mandobles y estocadas ganando terreno con dificultad. Por otra parte, a los egipcios les interesaba más salvar el pellejo en el interior de las murallas que inmolarse por compañeros cuyo único mérito había sido correr más rápido que ellos. De repente se dio cuenta de que estaba en el umbral y se puso a empujar con el escudo para traspasarlo junto a los oponentes. Ni siquiera le prestó atención a los compañeros que se unieron a él: daba empujones y hacía fuerza con las piernas para permanecer de pie, aplastado tanto por la presión que ejercía como por la que sufría sobre los hombros.

A continuación, alguien desde dentro decidió que había que cerrar las puertas, aunque aquello implicara dejar fuera a soldados de la guarnición. La presión se intensificó y no fueron los agresores los únicos que empujaban, sino también los que huían, que no tenían ninguna intención de quedarse fuera. Durante unos momentos dejaron de luchar: los soldados de ambas partes se unieron con el objetivo común de avanzar a pesar de los intentos de los defensores por bloquearles. Pero duró poco, porque el impulso de los que seguían fuera o en el umbral triunfó rápidamente, y la irrupción fue como un río que se salía por los márgenes: las puertas se abrieron y a quien estaba justo detrás del umbral le embistió una ola de choque devastadora que partió la multitud en dos y permitió a los asaltantes llegar en un momento a los edificios más cercanos a la muralla.

Licinio propagó la orden de lanzar la ofensiva final contra la guarnición. Llamó a todos los hombres que pudo para dirigirse al barrio de los Palacios, en el Puerto Grande, donde creía que se había atrincherado el usurpador Domicio Domiciano. Sin embargo, Constantino sabía que aquello era un error: Domicio Domiciano no era el cabecilla de la revuelta, sino Aquileo, su general; el levantamiento no tendría fin hasta que este no dejara de causar daño. Miró a su alrededor, avanzó hacia un soldado egipcio que había tirado al suelo las armas y le preguntó:

–¿Dónde está Aquileo? –El soldado dudó un momento, y Constantino le puso la espada en la garganta–. No te lo repetiré –añadió con mirada amenazadora.

–En el Serapeum, para la defensa avanzada. Pero en este momento se estará retirando para que no le bloqueen los puertos y pueda huir en su barco –se apresuró a responder el prisionero.

Constantino hizo memoria. Había estudiado el mapa de la ciudad con todo el Estado Mayor, y lo que decía el soldado tenía lógica: el

templo de Serapis estaba cerca de las murallas meridionales, y era admisible que el comandante supremo coordinase las defensas desde aquel puesto, al igual que lo era que un civil como Domicio Domiciano estuviese a salvo hasta el puerto. Llamó la atención de todos los soldados que pudo, ignorando las órdenes de Licinio y haciendo pesar su figura como miembro del Estado Mayor imperial. Muchos dudaron, otros vieron en él solamente a un muchacho y lo ignoraron, otros siguieron corriendo directamente hacia el Licinio, pero el factor tiempo era esencial, y el joven decidió actuar cuando dispuso de una veintena de hombres entre legionarios y auxiliares.

Les instó a que lo siguieran en dirección al Serapeum, esperando encontrar allí al general atrincherado. No necesitaban buscar el edificio: este se alzaba sobre las murallas, justo al otro lado, imponente sobre una gran plataforma que podía transformarlo de templo en sólida fortaleza. Cuando estuvo cerca, Constantino se preguntó cómo podría atrapar al enemigo en aquel baluarte, más inexpugnable aún para quien disponía tan solo de un puñado de hombres. Corría el rumor de que los egipcios esperaban la llegada de los persas en su ayuda, y tal vez, si hubieran aguantado, les habrían permitido a sus supuestos aliados llegar a ellos.

Constantino pensó en el fuego. Quizá provocando un incendio forzaría al adversario a rendirse. Le dio varias vueltas al templo en busca de una grieta donde apilar la madera, que mientras tanto les había ordenado ir a buscarla a tres soldados. Pero cuando llegó a la parte posterior, vio que un pequeño grupo de hombres salía por una puertecita.

Esa era la clave. Ahí era donde debía apuntar, tanto si entre ellos se encontraba Aquileo escapando como si el general seguía aún dentro.

Solo había cuatro soldados a sus espaldas, a los demás los había dejado delante del sector frontal.

Eran suficientes.

Martiniano pensó que tenía que ocurrir antes o después. En los diez años que llevaba haciendo carrera como soldado había participado en diferentes batallas, y ahora más que nunca se sentía acabado: en el suelo, en una maraña de cuerpos de compañeros magullados que le inmovilizaban los brazos.

Y decenas de lanzas y espadas cerniéndose sobre ellos.

Las puntas y las hojas empezaron a clavarse. Martiniano oyó el grito desgarrado y desbordante de un compañero con el que se encontraba cara a cara en el suelo: una lanza le había penetrado en el cuello, dejándolo con una expresión demencial. Al joven le cayó una cascada de sangre caliente y trató de darse la vuelta; si el verdugo hubiera querido dirigir la espada solo un palmo más allá, le podría haber pasado a él. Se detuvo al golpearse la espalda y tuvo que quedarse

donde estaba. Entonces intentó levantarse, pero de cadera para abajo estaba bloqueado por otro soldado, a su vez aprisionado por otros. Recibió un fuerte golpe en el casco; alguien le había pegado una patada. Creyó ver una lanza volando sobre él y se imaginó en los Campos Elíseos. Intentó moverse una vez más, pero se percató de que nunca lo conseguiría: estaba aturdido, dolorido, aprisionado. Luego vio el arma clavarse en el esternón del soldado que tenía encima. Justo después sintió que los muslos le ardían, y se dio cuenta de que la punta había atravesado al pretoriano y le había traspasado la carne.

Quiso liberarse del cadáver, pero un cuerpo sin vida pesa más que uno vivo. Sin embargo, consiguió mover el brazo y extraer la espada de la funda. Intento hacer palanca entre él y el cuerpo, pero de repente la punta de una lanza cayó sobre su pecho. La coraza la desvió y acabó en el suelo. Martiniano descargó un golpe instintivo de lado a lado, cortando la lanza. El hombre que la empuñaba perdió el apoyo y cayó encima de él con violencia. El peso de su equipo casi ahogó al joven, que no tardó en bloquearlo con el antebrazo, apretándole el cuello. El soldado jadeó, pataleó e intentó agarrarle el brazo y también desenvainar la espada, así que llamó la atención de un compañero que estaba de pie. Este analizó a Martiniano intentando darle con la lanza, pero la silueta del compañero se lo impedía. Entonces el joven trató de girar sobre el lado, exponiendo la espalda. El soldado no vaciló en aprovechar la oportunidad y hundió la lanza, pero, un momento antes, Martiniano giró de nuevo y se puso boca arriba, ofreciéndole el cuerpo de su prisionero al arma. La punta le atravesó la cara al soldado, y por fin el joven pudo apartar al adversario, cuyo cuerpo empujó a los pies del hombre que lo había matado. Este perdió el equilibrio y no le dio tiempo a detener la espada de Martiniano, que le cortó un brazo.

Cubierto por la sangre del otro, el joven pudo al fin ponerse en pie. Enseguida un soldado se abalanzó sobre él, pero no comprendía si era amigo o enemigo. Lo empujó contra otro que, en ese preciso instante, se transformó en un busto sin cabeza después de recibir un tajo certero. Intentó saber lo que ocurría a su alrededor. Parecía que los pretorianos se habían adueñado de la zona que había justo después de la barricada, gracias también a la ayuda de sus hombres. Entretanto, más soldados del ejército imperial atravesaban la brecha, que cada vez era más grande. Ya era un cuerpo a cuerpo en una línea muy extensa, una clara señal de que se habían abierto otras fisuras en la muralla. Los hombres de Alecto intentaban formar una línea de escudos para rechazar la presión y reorganizar sus filas justo detrás, pero cada vez tenían más enemigos encima, destrozando todos sus intentos de mantener la formación.

Martiniano recogió el escudo de un cadáver y lo utilizó para abrirse paso, dando violentos golpes con el brazo izquierdo, mientras que con

el derecho blandía la espada para alejar las puntas de las lanzas que surgían de la barrera de escudos. Era como avanzar por un espeso bosque en el que tenía que cortar los matorrales por todas partes. Empujaba y a su vez le empujaban, y recibía continuos empellones y golpes allí donde ya tenía moratones. Se sentía bañado en sudor, cubierto de baba y sangre, de polvo y de barro, con el cuerpo lleno de heridas y contusiones y todos los músculos tensos, la visión parcialmente nublada por el esfuerzo, por el aturdimiento y por las gotas saladas que le corrían por la frente. Daba golpes casi a ciegas, contra figuras borrosas que tenía delante con la única certeza de tener que abrirse paso entre aquellas siluetas.

El hombre que tenía delante no pudo aguantar otro empellón con el escudo. Dio unos pasos atrás, se desequilibró, y Martiniano aprovechó la oportunidad para derribarlo, alcanzándole en la garganta con la punta de la espada. Al sacar la espada de la carne viva, dio de forma instintiva un tajo a la derecha, bloqueando la trayectoria de una lanza que iba dirigida a él. Seguidamente, se encontró entre las líneas enemigas, pero no estaba solo, y eso fue lo que le salvó. Los compañeros impidieron que dos soldados se lanzaran sobre su flanco descubierto, abordándolos en el cuerpo a cuerpo, y el joven pudo hacer frente a un nuevo enemigo, que se detuvo ante él con una lanza. Evitó una estocada girando bruscamente el torso y después intentó cortar el palo mientras su rival lo echaba para atrás. Pero falló el objetivo y el otro volvió a intentarlo. Esta vez, Martiniano se protegió con el escudo, que por el impacto con la punta le hizo perder el equilibrio. El enemigo lo acosó intentando sorprenderlo mientras continuaba con la guardia abierta. El joven lo volvió a esquivar y la lanza le pasó a dos dedos del tórax, entre el pecho y el brazo derecho. Martiniano apretó el brazo contra su coraza y bloqueó el palo mientras el otro la retiraba para cargar una nueva arremetida. Dio un tirón y atrajo al enemigo hacia él, al que pegó con el escudo y lo atolondró, dejándolo a su merced; rematarlo con la espada de un solo golpe fue pan comido.

Ahora tenía espacio ante él. Los soldados de Alecto empezaban a replegarse desordenadamente, aunque la suya todavía no pudiese definirse como una fuga. Los pretorianos que habían conseguido librarse de sus adversarios avanzaban en pequeños grupos, eliminando las bolsas de resistencia, mientras aún más allá, los que parecían los jefes de los rebeldes intentaban organizar otra línea de defensa entre los árboles. Había que impedirlo. Se giró e hizo acopio de los soldados que tenía más cerca. Los pretorianos no le hicieron caso, pero los legionarios reconocieron su rango y se pusieron a sus órdenes. Reunió a una veintena y se dirigió hacia una modesta colina que se veía entre los troncos de los árboles, donde parecía haberse afianzado el Estado

Mayor de Alecto. Era el lugar mejor defendido, con el mayor número de hombres en la base, pero allí era donde se tenía que triunfar si se quería poner fin a la batalla y hacerla decisiva.

Otros hombres se unieron a su grupo cuando comprendieron qué pretendía hacer. El prestigio de la muerte o de la captura de Alecto era tentador para todos. Martiniano notó que los pretorianos querían imitarle, pero por su cuenta. Con una eficacia vertiginosa formaron una columna no muy lejos de la suya y, llegados a ese punto, la maniobra se transformó en una competición entre las dos formaciones. Cuando el joven *optio* dio la orden de cargar, los pretorianos hicieron lo mismo, y dos cuñas se dispusieron a atacar el mismo sector. Martiniano les gritó a los suyos que no eran inferiores que la guardia imperial, e incrementó la carrera para llegar antes al impacto. Pero tuvo que constatar que su unidad improvisada se deshacía, mientras que la pretoriana, posiblemente una formación ya experimentada, no se debilitaba, conservando al mismo tiempo un ritmo considerable.

Llegaron cerca de la línea enemiga casi al mismo tiempo. Poco antes del impacto, Martiniano miró hacia arriba, a la colina que se elevaba sobre él. Había varios jinetes francos y alamanes alrededor de un hombre con prendas y capa de color púrpura, que sin duda era Alecto. Pero junto a él había también un romano con equipamiento de oficial superior. Su silueta rolliza lo hacía bastante ridículo. Montaba a caballo de una manera extraña pero que le parecía familiar, rígido como un palo, como si estuviera incómodo. Solo había visto a un hombre montado de aquella manera, hacía muchos años, y con aquella corpulencia tampoco marcial.

Recordó quién era justo mientras se lanzaba contra los soldados enemigos, en el mismo momento en el que lo hacían los pretorianos.

Osio, el asesino de su padre.

–¿Cómo ha sido posible? –se preguntó en voz alta Alecto al observar a los soldados enemigos intentando llegar a la colina en la que estaba apostado.

–Los pretorianos… Ellos son los que han conseguido penetrar. Si no hubiera sido por ellos, habríamos devuelto al mar a los soldados del emperador –declaró Osio, mirando con atención al hombre al que había llevado a vestir el manto púrpura, preguntándose si no había vuelto a hacer una elección perdedora. Igual que muchos años atrás, cuando traicionó a Diocleciano por Carino. Esperaba crear un reino independiente en Britania manipulando a Alecto, pero tal vez hubiera hecho mejor entregándole la isla a Constancio Cloro a cambio de un cargo importante; quién sabría después, el imperio era muy grande y, en esos tiempos, a nadie se le negaba una corona…

«Bueno, puede que todavía esté a tiempo», pensó.

Intentó calcular qué probabilidades tenían los soldados enemigos de

penetrar también en la última línea de defensa. Los invasores habían caído sobre sus tropas de asalto, con un estruendo devastador que sonó incluso en la cima de la colina, y se enredaron en una tupida pugna de la que era difícil establecer quién saldría vencedor. Desde su posición podía ver el enjambre de soldados involucrados en un feroz cuerpo a cuerpo, en el cual hojas de espadas y puntas de lanza volaban por encima de los cascos tiñéndose de rojo a cada instante, los escudos chocaban unos contra otros en una percusión arrítmica y salvaje, las corazas y dalmáticas se manchaban de barro, polvo y sangre haciendo que los legionarios de ambos ejércitos parecieran cada vez más muñecos de arcilla. Todos, excepto los pretorianos: con sus armaduras escamosas, sus filas siempre compactas y la fuerza de ataque de la que eran capaces despuntaban sobre el resto de los combatientes como semidioses en la tierra que participaban en el conflicto entre los hombres.

Y como semidioses, hacían que la balanza se inclinara de la parte que habían elegido apoyar.

De pronto, se dio cuenta al ver que los suyos reculaban por el empuje de los soldados del pretorio. El sector donde actuaban estaba manifestando señales de claudicación; ninguno de los oficiales responsable estaba demostrando ser capaz de armar una línea de defensa un poco decente. Tarde o temprano, las tropas britanas cederían.

Alecto también lo vio.

–Mandemos parte de la fuerza de relevo allí abajo. No podemos permitir que avancen, de lo contrario, cogerán por la espalda a los demás legionarios preparados en los flancos –dijo el emperador.

«Este hombre es una causa perdida», pensó Osio.

–¿Y luego qué? ¿Cómo defiendes tu capital si no tienes reservas? Consérvalas si las cosas se ponen realmente feas –respondió decidido. No tenía sentido retrasar lo inevitable: Alecto estaba destinado a la derrota, bien podría favorecerla y sacar alguna ventaja personal.

Pero a pesar de que el emperador era un ciudadano totalmente privado de artes militares, tenía el sentido común suficiente como para entender que insertar tropas frescas en el combate podía cambiar el resultado.

–¿Y quieres que lo pierda todo ya, cuando aún puedo vencer? No, tenemos que reforzar la línea. Ya –insistió.

Osio se mantuvo firme.

–Puedes vencer igualmente –respondió– si en vez de utilizar la reserva retrasada desplazas fuerzas desde el ala derecha, que parece que no corre riesgos, hacia el centro. Verás que los devolvemos al mar.

Pareció que Alecto sopesó el asunto, más que nada por dejar ver que no aceptaba dócilmente la sugerencia de su general. Pero era

consciente de que no era un soldado, y el temor que alimentaba por Osio acabó convenciéndolo.

–De acuerdo. Da la orden –dijo al fin, poco convencido.

Osio tomó las medidas necesarias y en poco tiempo una columna abandonó el flanco derecho para colocarse frente los pretorianos. Eran demasiado pocos para oponerse a la furia de aquellos aguerridos soldados, pero bastantes para desguarnecer el ala y dejarla a merced del enemigo, que hasta ese momento parecía estar en dificultades en ese sector. Luego se quedó esperando la inevitable evolución.

En el centro, el impulso de los pretorianos menguó, pero no mucho. Pronto su organización superior les permitió a los hombres de Asclepiodoto volver a ganar espacio. Desde arriba parecían un arado que hendía la tierra, abriendo un surco en la fuerza enemiga. Los soldados britanos, embestidos por su violenta presión, acabaron estorbándose unos a otros y amontonándose a los pies de la colina, cada vez con menos espacio disponible para combatir, convirtiéndose en una presa fácil para las lanzas enemigas.

Además, por la derecha las cosas se pusieron inmediatamente peor. La sustracción de unidades dio valor a los oponentes, que renovaron su ímpetu al encontrar una oposición debilitada. Asclepiodoto notó que aquello se había convertido en un punto potencial de ruptura y hasta allí mandó más tropas, que acentuaron la presión. Los soldados de Alecto se vieron arrollados, desequilibrados, aplastados, y las defensas cedieron. Quien pudo se dio a la fuga por la pendiente de la colina o hacia el mar o los bosques, pero muchos no dieron más que unos pasos antes de terminar atravesados por la espalda por las lanzas enemigas. El avance sumió en un estado de pánico amplias capas del bando britano. Por el centro, los pretorianos aprovecharon el desaliento enemigo y abrieron una brecha que pronto se convirtió en un espacio bastante grande como para permitirles ascender la colina.

–¡Nos han derrotado! –empezó a gritar Alecto en cuanto se dio cuenta del desastre–. ¡Ahora no nos queda otra que replegarnos hasta Londres!

Por su mirada de odio, Osio vio que estaba enfadado con él, y que le hubiera gustado gritarle a la cara toda clase de insultos, acusarlo de ineptitud e incluso arrestarlo; tal vez arremeter contra él y matarlo… Pero le faltaba valor.

Aun así lo podría haber logrado. Convenía actuar pronto, antes de que se atrincherase en Londres obligando a Constancio Cloro a un largo y arriesgado asedio. También porque en poco tiempo se verían rodeados, pensó al observar a los soldados enemigos avanzar hacia ellos.

Le hizo una señal al comandante de sus diez guardaespaldas para que mandara marchar a todo el escuadrón detrás de él.

–Alecto –dijo en voz alta acercándose al emperador–, has sido derrotado. Yo no. Yo nunca lo seré.

Y antes de que el emperador y sus guardias, ocupados sobre todo en seguir el avance enemigo por la ladera, pudieran darse cuenta de sus intenciones, desenvainó la espada y con un golpe limpio abrió un tajo en el cuello del hombre, del que salió disparada una nube de sangre oscura que terminó en el hocico de su caballo.

La cabeza de Alecto colgó unos instantes sobre el torso, con la boca burbujeante y los ojos desorbitados en una expresión de estupor, después el cuerpo se tambaleó en la silla, antes de resbalar por el lateral del caballo y caer al suelo. Sus guardaespaldas quedaron desorientados el tiempo suficiente para que los soldados de Osio los rodearan y obligaran a rendir las armas.

–Arráncale la cabeza a ese imbécil y dámela –le ordenó el general a uno de sus subordinados. Sería la garantía de su salvación. Reunió a su Estado Mayor, desarmando a aquellos que se mostraban más contrariados por el asesinato de Alecto, luego buscó con la mirada a algún oficial superior enemigo al que ofrecerle la rendición y el valioso trofeo, y se dirigió hacia la columna de pretorianos que estaba subiendo la colina. Obtendría mayor prestigio rindiéndose a ellos en vez de al ejército regular. Pero otra columna de robusta magnitud que avanzaba por la derecha se interpuso entre su posición y los hombres de Asclepiodoto. Al frente había un *optio*. Solo un *optio*. Pero ya no tenía elección: si no se rendía, pensó, tendría que mantener un combate de resultado incierto. Osio lo maldijo y se resignó a ofrecerle la rendición a aquel suboficial, que lo alcanzó a la carrera. Aún le quedaba aliento, pese al ascenso desde la llanura.

–Hoy es tu día de suerte, *optio* –empezó Osio en cuanto tuvo al hombre delante–. Es probable que te hagan centurión antes de esta noche, si no tribuno. Esta es la cabeza de Alecto y yo soy…

–Eres Osio, el asesino de mi padre –lo interrumpió el *optio* con un destello de odio en los ojos y, levantando en alto la espada y exhortando a sus hombres a que atacaran, añadió–: La batalla aún no ha terminado.

CAPÍTULO IV

Entre los contornos de los edificios de Alejandría empezaban a titilar incendios. Las llamas y el humo espesaron el aire y lo hicieron irrespirable, aumentando la temperatura del sol egipcio que Constantino tenía que soportar, al igual que todos los guerreros, desde el amanecer de aquel día plagado de acontecimientos, desde la humillación de Galerio hasta la caída de la ciudad. Y no había acabado.

Había que capturar a Aquileo.

Quizá lo tenía ante sus ojos. Clavó la mirada en el grupo de diez hombres que salía por una pequeña puerta secundaria del Serapeum y les ordenó a cuatro soldados que estaban con él que se escondiesen; no debían ahuyentarles hasta que no estuvieran seguros de poder detenerlos. Cómo conseguirlo, siendo cuatro contra diez, era un problema que surgiría de inmediato. Permaneció agazapado tras la esquina de un edificio y los vio bajar las escaleras que llevaban del podio del templo a la calle. Esperó a que le dieran la espalda, luego les indicó a sus hombres que permanecieran a su lado, salió del escondrijo y los siguió. Mientras tanto, un número mayor de soldados de Diocleciano se apilaba alrededor del Serapeum. «Probablemente –pensó Constantino– otros han acudido para conocer la presencia de Aquileo en el edificio, o lo consideran simplemente uno de los lugares más rentables que saquear».

No le quedaba más que esperar que Aquileo se encontrase entre los que huían. En caso contrario, ese día tendría que dejar de lado todo propósito de gloria.

Los egipcios cogían callejones estrechos y apartados para que no los vieran los asediadores, ya diseminados por toda la ciudad, y estaba claro que su meta era el puerto. «Esto confirma que Aquileo se encuentra en el destacamento: si se hubiera quedado en el edificio, de hecho, no habría permitido que se marcharan algunos defensores», pensó Constantino.

Cuando entraron en un callejón al cabo del cual había un estrechamiento, decidió actuar. Aumentó la cadencia de los pasos y se abalanzó sobre los últimos de la fila. Él y sus hombres apuñalaron a cinco por la espalda a la vez, luego Constantino sacó la espada del cuerpo de su víctima y atacó también a otro soldado que había justo delante, que cayó al suelo herido en la pierna. Los supervivientes trataron de escapar, pero sus hombres alcanzaron a otros dos y los detuvieron, poniéndoles la espada en la garganta. Los dos primeros de

la fila, sin embargo, escaparon. Constantino hizo un gesto de rabia y enseguida le preguntó al hombre al que había herido si Aquileo estaba entre ellos. No consintió ni un momento de indecisión; antes de que le respondiese, le hundió la punta de la espada en la herida que le había causado en el muslo, haciéndole gritar de dolor.

–El general… está más adelantado… –masculló el hombre. Constantino lo obligó a mirar a los que habían detenido; el soldado los miró y luego negó con la cabeza. El joven blasfemó, luego les ordenó a los suyos que soltaran a los prisioneros y que lo siguieran más allá del estrechamiento del callejón. Continuaron corriendo y no tardaron en volver a ver a los dos que huían. Pero ya les llevaban ventaja, y Constantino temió no poder alcanzarlos antes de llegar al puerto. Los dos los vieron y aceleraron el paso. La galopada de la mañana bajo el sol abrasador y la batalla de la tarde lo habían puesto a prueba, pero Constantino apretó los dientes y continuó corriendo a pesar de que se le nublara la vista y la falta de aire le hiciera un nudo en la garganta. Cuando vio que los edificios de alrededor se espaciaban y ante él se abrían los amplios espacios que precedían a los muelles, fue presa del espanto. Había decenas de embarcaciones atracadas, listas para hacerse a la mar cargadas de refugiados. Las bajas aguas de los dos puertos de Alejandría, repletas de escollos y bajíos, impedían que los grandes barcos de la flota imperial se acercasen y bloquearan la ciudad por el mar, por lo que había bastantes probabilidades de que Aquileo evitara ser capturado, en caso de haber zarpado.

Sobre todo, de ser capturado *por él*.

Vio que los dos hombres alcanzaban la maraña de evacuados que intentaban subir a las embarcaciones. Temió perderlos de vista, y por un momento, de hecho, desapareció entre la multitud; pero luego vio que la muchedumbre se abría: de los dos soldados que había seguido, uno empujaba a la gente con soberbia, y los ciudadanos se apartaban con deferencia, mientras que el otro soldado, más joven, le abría camino.

Solo podía ser alguien importante si le resultaba tan fácil pasar por delante de los demás, que luchaban por salvar la vida. Empezó a correr en su dirección y llegó hasta la multitud. La gente se asustó al ver a Constantino y a sus hombres. Algunos se dispersaron, encaminándose apresuradamente a otra parte del muelle, otros se organizaron en una línea bloqueando a los agresores, y algunos sacaron espadas improvisadas, palos, hachas o azadas. Constantino empezó a luchar con la espada, y lo mismo hicieron sus hombres, pero en ese momento no hundió la hoja; no quería hacerles daño a los ciudadanos a no ser que se viera forzado a ello.

Una piedra le golpeó en el casco, dejándolo aturdido unos segundos. En cuanto recobró el control, oyó un grito desgarrador a su lado, y vio

a uno de sus soldados contemplar incrédulo su brazo en el suelo, cortado de cuajo por un espadazo. Constantino sintió cómo le invadía la ira, y sus golpes se volvieron letales. Alcanzaron caras, brazos, torsos, arrojando salpicaduras de sangre que lo inundaron todo. En poco tiempo desaparecieron muchos, y el único obstáculo entre el joven y Aquileo fue la pila de muertos y heridos que causaron las espadas de Constantino y sus tres soldados por todo el muelle. El general egipcio los miró trastornado e intentó de nuevo abrirse camino entre las mujeres y los niños que se amontonaban cerca del barco más cercano.

Entre los numerosos gritos de terror se oyó uno diferente de los anteriores:

–Pero ¿por qué debo morir por un general que escapa en vez de hacer su trabajo y defenderme?

Otra voz añadió:

–¡Es cierto! ¡Cogedlo si queréis, mejor él que yo!

Aquileo tiró al agua a una mujer con un niño en brazos, luego empujó a un anciano al suelo e intentó aferrarse a la escalera que conducía a la proa del barco. Pero dos hombres y una mujer lo agarraron y trataron de empujarlo hacia Constantino.

–¿Si te lo entregamos nos dejarás partir en paz? –le preguntó un hombre al joven.

–Puedes estar seguro –respondió Constantino impaciente. Entonces también él se lanzó contra Aquileo, que mientras tanto había dado un espadazo a uno de los hombres que intentaban retenerlo, abriéndole una herida en el vientre. El hombre cayó al suelo sosteniéndose las entrañas, pero otros tres tomaron su lugar e inmovilizaron al general. Aquileo trató de zafarse, dio patadas e insultó a sus conciudadanos; luego, de repente, recordó que era un personaje de graduación y asumió un comportamiento más acorde a su posición, quedándose impasible, sacando el pecho y manteniendo la barbilla alta. Sin embargo, a Constantino le pareció ridículo. pero no perdió demasiado tiempo en juzgarlo: estaba deseando llevárselo a Diocleciano.

Le agarró el brazo al prisionero y, abriéndose paso entre la multitud, se lo llevó haciendo en sentido inverso el camino que había recorrido hasta el puerto. Escoltado por los suyos, se dirigió hacia el sur sin que lo atrajeran las escenas de violencia que, como bien sabía, seguían a la conquista de una ciudad, sobre todo cuando a los sitiadores les había costado ocho meses tomarla. Torturados por el sol abrasador, por los mosquitos de las ciénagas colindantes y por la falta de provisiones debida a las incursiones de los pueblos del desierto, los legionarios ahogaban sus frustraciones no solo con los soldados, se hubieran rendido o no, sino también con los civiles que no se habían dado prisa en llegar cuanto antes al muelle. «Probablemente el emperador dio la

orden de darle una lección ejemplar a los rebeldes, y no les puso límites a sus hombres», pensó; Diocleciano nunca le había parecido un hombre cruel.

Les preguntó a unos compañeros que acababan de salir de una casa aristocrática con un rico botín dónde se encontraba el emperador. Le dijeron que estaba justo al otro lado de las murallas, esperando entrar en cuanto a la situación en la ciudad se hubiera normalizado. Dejó atrás el Serapeum y llegó a la puerta por la que había entrado, ahora vigilada por centinelas imperiales, la cruzó y se dirigió sin demora hasta Diocleciano, su escolta y parte del Estado Mayor: formaban con los uniformes más lustrosos para desfilar por las calles de la ciudad después de una entrada triunfal, como le correspondía a un soberano y a un conquistador que había aplastado una rebelión. Al acercarse, observó que también había llegado Licinio, situado justo detrás de un hombre que se estaba arrodillando e inclinaba la cabeza ante el emperador.

No necesitó que le dijeran quién era. El oficial había capturado a Domicio Domiciano. Pensó que tenía que esperar su turno con respecto al superior, pero luego decidió que Licinio no había hecho nada para merecerse su simpatía y avanzó hacia Diocleciano, tratando de atraer con discreción su atención, o al menos la de su secretario, pero dado que el emperador tenía la mirada puesta en el rebelde, que sin duda estaba reconociendo su error, fue el segundo quien lo vio y se dirigió hacia él.

–Es un gran momento, muchacho. Licinio nos ha traído al usurpador. Vuelve a la ciudad a divertirte y llevarte tu parte del botín y no oses volver a molestar al emperador –dijo molesto el hombre, con un tono autoritario que no encajaba bien con su rostro descuidado.

–Tengo algo mejor que el usurpador –respondió Constantino con una sonrisa, señalando con la barbilla a su prisionero.

El hombre clavó la mirada en Aquileo.

–Mejor solo puede ser…

Constantino asintió incluso antes de que pronunciase su nombre.

El secretario volvió a examinar al general con desconfianza. Luego pareció convencerse.

–Espera aquí –declaró, y se dirigió a Diocleciano, susurrándole algo al oído.

Fue entonces cuando el emperador cayó en la presencia de Constantino, y con un movimiento de cabeza apenas perceptible, lo invitó a acercarse.

–Al parecer hoy el joven hijo de nuestro césar ha destacado más que cualquier otro –dijo con solemnidad.

Y justo después, Constantino sintió que Licinio le lanzaba una mirada de odio profundo.

Henchido de rabia, Sexto Martiniano se abalanzó contra Osio, impelido por todas las frustraciones que había acumulado en aquellos largos años desde que su encuentro le cambió la vida. El general dejó caer la cabeza de Alecto y dio un paso atrás, estupefacto. El joven dio un primer golpe para vengar la muerte de su padre, el segundo por su carrera, que se torció por aquel hombre, un tercero por la masacre que Osio había provocado en Margum. Después, uno más por el padre, uno por su carrera, uno por la masacre de once años antes…

Pero ninguno dio en el blanco.

Osio espantó al caballo varias veces, evitando todos sus golpes, los cuales Sexto lanzaba desde abajo sin coherencia, previsible y desesperadamente. Entretanto, a medida que llegaban los hombres del *optio*, los dos grupos de soldados empezaron a enfrentarse casi de forma individual. El joven se dio cuenta de que sus emociones estaban primando sobre la experiencia acumulada en años de vida militar, y se paró por un instante para recobrar el control. No acabaría con un adversario a caballo sin prestar atención y sin recurrir a todas sus habilidades.

Por otra parte, Osio no parecía tener intención de enfrentarse a él. A juzgar por su comportamiento evasivo, parecía buscar únicamente la manera de liberarse.

—¡Vosotros, desplegaos por las alas y cerradlos por detrás! —se apresuró Sexto a ordenarles a sus hombres en los flancos, que empezaron a abrirse en abanico. Escuchó que a su vez Osio ordenaba la retirada. El general intentó abrirse paso entre sus propios hombres para llegar a la retaguardia de la unidad que lo rodeaba: un centenar de personajes entre guardaespaldas bárbaros, oficiales superiores, soldados rasos e incluso ciudadanos de alto estatus, según la costumbre habitual de los emperadores de ir acompañados por sus senadores para controlar sus movimientos. Una costumbre que le costó la vida al padre.

Sexto también se abrió paso entre la multitud para seguirle de cerca, pero el combate se había vuelto intenso y ya no era posible elegir al adversario. Sobre todo si este quería evitar el combate. Reparó especialmente en empujar con el escudo para liberarse de los contrarios, pero espadas y lanzas surgían por todas partes, golpeando su coraza, cayéndole sobre el casco, deteniendo su avance, mientras observaba con amargura cómo el asesino de su padre ponía cada vez más distancia entre los dos.

Dejó escapar gritos de frustración y espadazos a su alrededor volteando la espada, animando a los suyos a empujar con él. Al ver que su comandante se retiraba del combate, los hombres que habían sido de Alecto fueron abandonando poco a poco su empeño y su resistencia se desmoronó rápidamente. Unidades enteras tiraron las

armas y levantaron los brazos, otros se dieron a la fuga dando la espalda al enemigo y otros continuaron la lucha, pero solo para replegarse en orden. En cuanto Sexto vio que se abría una fisura ante él, salió corriendo y empezó a bajar la ladera de la colina por el lado opuesto, buscando con la mirada a su oponente.

Tardó un tiempo en encontrarlo; se le había empañado la vista por el esfuerzo y por la ira, y alrededor corrían los combatientes en todas direcciones, algunos huyendo y otros persiguiéndole. Cuando logro distinguirlo, comprendió que estaba a punto de perderlo. En el valle formaba la reserva de Alecto, la cual iba a alcanzar Osio, y era demasiado grande como para esperar superarla con los pocos hombres que llevaba consigo. Volvió a mirar a su alrededor y vio a un caballero franco que se había quedado atrás para proteger la fuga de Osio. Se lanzó al galope para alcanzar a su comandante, pero tenía un brazo desgarrado. Sexto recogió una lanza abandonada, corrió en dirección al adversario poniéndose en su camino, esperó a tenerlo encima, se apartó y empleó el arma para desmontar al bárbaro, interponiendo el palo entre él y el cuello del animal.

El hombre, embotado por la herida, no pudo reaccionar y acabó en el suelo. A continuación, el caballo se encabritó, pero en cuanto apoyó las cuatro patas en el suelo, Sexto agarró las riendas y saltó sobre su lomo. Solo necesito un momento para familiarizarse con la montura. Luego arreó al caballo y lo lanzó al galope hacia la figura cada vez más confusa de Osio, con el objetivo de alcanzarlo antes de que este se uniera a la reserva. El general estaba rodeado por tres guardaespaldas, pero Sexto consideró que su rabia, contenida durante mucho tiempo, permitiría derrotarle.

Cabalgó sin pausa y vio que estaba ganando terreno. Ya era la punta más avanzada del ejército imperial, expuesto al riesgo de acabar rodeado por el enemigo, pero no le importaba. Tenía la mirada clavada en Osio, el hombre que había cambiado su vida; nada de lo demás le importaba. Cuando se encontró a unos metros de distancia de su objetivo, el corazón se le ensanchó con la esperanza de poder alcanzarlo. La reserva se mantenía firme a la espera de órdenes, y era todavía una imagen confusa en la llanura. Después, Osio, al oír los cascos del caballo que le seguía, se giró y pudo verlo. Habló entonces con los guardaespaldas y dos de ellos se detuvieron para dirigir sus lanzas contra el joven.

–¡Cobarde! –exclamó desesperado Sexto–. ¡Ven a luchar en vez de escapar! –Pero Osio lo miró con una sonrisa pérfida y continuó cabalgando hacia la reserva. El joven se forzó a superar el desaliento y se lanzó contra los dos bárbaros, sin otro plan que el de abrir su línea y continuar hasta alcanzar al general. Se agachó sobre el cuello del caballo y se dirigió al estrecho espacio que había entre los dos, y ello

le obligó a protegerse de ambas lanzas. Cuando entró en contacto, siguió su instinto: llevó el cuerpo al lado derecho del animal para evitar el arma del adversario de la izquierda, extendió el brazo con la espada y eligió bien el momento del impacto; luego soltó un espadazo que cortó el palo del caballero de la derecha, un instante antes de que la punta pudiera darle.

Estaba convencido de que lo había conseguido cuando se vio en mitad de los dos guerreros y con Osio a unos metros de él. Pero el caballo del bárbaro de la izquierda de repente hizo algo extraño, oponiendo el dorso a las patas delanteras de la montura de Sexto, que tuvo que detenerse. Los dos animales chocaron y el franco se desequilibró, cayendo de la silla. Molesto, el romano se dio prisa en dirigirse al otro enemigo, que ya había tirado la lanza, prácticamente inservible, y desenvainó la espada. Detuvo un mandoble, luego otro, y con la mirada puesta en Osio, que se le volvía a escapar, pasó al contraataque, asestándole un golpe en la espalda al adversario. Mientras tanto, el otro bárbaro se levantó del suelo. Sexto lo observó con el rabillo del ojo e hizo girar el caballo para que su oponente directo se interpusiera entre él y el compañero, luego empezó a golpearle sin tregua, hasta que lo sorprendió en el muslo, donde le penetró en profundidad provocando que el bárbaro se cayera del caballo.

El otro aprovechó para subirse enseguida a la silla de montar en lugar del compañero, pero no le dio tiempo a asentarse cuando la espada de Sexto lo alcanzó en la garganta, atravesándosela de lado a lado. El joven emitió un aullido de triunfo que, sin embargo, se apagó en cuanto se dio cuenta de que Osio había desaparecido, engullido por el destacamento enemigo que se preparaba para la retirada. Lo vio mientras gesticulaba dando órdenes y tuvo el impulso de espolear el caballo en dirección a aquellos soldados, pero el instinto de supervivencia se impuso y lo hizo parar. Si sobrevivía, se permitiría vengarse en un momento más favorable. Vio que los legionarios enemigos empezaban el repliegue de forma ordenada, y juró que en cuanto recibiera la orden y los refuerzos, los seguiría hasta Londres, donde seguramente tenían la intención de atrincherarse.

¡Por todos los dioses, él era quien había recuperado la cabeza del usurpador! El prefecto del pretorio y el emperador no le negarían nada.

–Los exploradores tenían razón –les dijo Severo a los oficiales que lo acompañaban–. Por el fuego que veo elevarse sobre el pueblo, los hemos cogido in fraganti. Continuemos.

Luego invitó a Constantino a galopar a su lado, y juntos, después de haber hecho sonar las trompetas, condujeron la columna al ataque del poblado que habían utilizado como cebo para atraer a los blemios a

una emboscada.

Mientras cabalgaba con el rostro azotado por la arena del desierto que levantaba el viento, el joven se preguntó si aquella campaña en los confines de Egipto contra tribus primitivas le daría impulso a su carrera. Si tan solo Diocleciano, tras la caída de Alejandría, lo hubiese mandado con Galerio contra los persas, entonces sí habría podido luchar en el escenario principal… En cambio, decidió enviarlo a curtirse con Severo para recuperar de una vez por todas la provincia egipcia del azote de las incursiones de los pueblos del desierto. ¿Y qué clase de méritos podría ganarse en el desierto, en el extremo más lejano del mundo conocido?

Capturar a Aquileo le valió la notoriedad entre las tropas y la estima de los demás oficiales, además de la atención del emperador. Ya no era simplemente un heredero recomendado por ser hijo de un césar, sino un oficial recompensado por el mismo Diocleciano, que para recompensarle le había asignado la función de segundo al mando en la aún modesta campaña contra los blemios. Al menos, se decía para consolarse, con Severo, su superior directo, tenía una relación excelente; si hubiera estado de nuevo bajo las órdenes de Licinio habría sido un castigo, no un premio.

Llegaron al poblado desde cuatro direcciones distintas para rodear a los saqueadores. Habían tenido todo el tiempo del mundo para organizarse; el mismo Constantino había ideado el plan. La aldea había sido en los últimos tiempos una de las que los blemios habían atacado más a menudo, y el joven le sugirió a Severo hacerle llegar bastante avituallamiento a los perjudicados habitantes para compensarles por las vejaciones sufridas. Al fin y al cabo, uno de los motivos que llevó a los egipcios a rebelarse contra la autoridad del emperador era precisamente la escasa tutela que Roma ejercía sobre las fronteras de aquellas tierras, exponiendo a sus súbditos a los peligros que llegaban del desierto. En todo caso, estaba seguro de que los ladrones se enterarían del ingente botín apiñado en aquel poblado y no tardarían en agredirlo. Por lo tanto, consiguió que Severo acampara en los alrededores para acechar al enemigo.

Su comandante lo colmó de elogios acogiendo con entusiasmo su proyecto, y lo exhortó a que cabalgara a su lado. Severo era un buen hombre, y Constantino lamentaba que no gozara del favor del emperador como Licinio. Si aquella campaña podía tener un objetivo para él, era ayudar a su amigo a ganarse mayor atención de parte de Diocleciano.

La irrupción entre los pobres edificios de paja y barro de las cuatro columnas romanas fue casi simultánea y cogió por sorpresa a los blemios, que ni siquiera se habían preocupado de dejar centinelas en las afueras del poblado. Ocupados en el saqueo y en la destrucción,

oyeron llegar a los soldados únicamente cuando fue demasiado tarde para reaccionar. Los jinetes auxiliares romanos irrumpieron al galope y cortaron cabezas con una facilidad apabullante, mientras la infantería barría poco a poco a cualquier guerrero que entrase en su radio de acción. Los blemios no tuvieron siquiera tiempo de tensar las flechas en los arcos, y su equipo ligero, sin ningún arma defensiva, no les permitió poner resistencia alguna a los legionarios.

Constantino encontró cadáveres de civiles por la calle o colgados de las puertas de entrada de sus casas con las flechas con las que los habían atravesado, o quemados por el fuego que había incendiado los edificios, y le dio un vuelco el estómago al saber que había sido él la causa de aquella masacre. Pero otros civiles salvados por la intervención de las columnas legionarias fueron a su encuentro y les dieron las gracias emocionados a él y a Severo. Muchos de ellos habrían muerto de todas formas si los saqueos hubieran continuado y su conciencia dejó de atormentarlo. Su estrategia para aniquilar a los blemios, por otra parte, solo estaba en la primera fase. Severo le hizo una señal de asentimiento con la cabeza y, como estaban de acuerdo, el joven dio la orden de que llevaran a los prisioneros ante ellos.

–Estas no son cosas que debiera hacer un comandante. Encárgate tú, muchacho –dijo Severo cuando los soldados acercaron a un grupo de blemios, y se alejó desapareciendo de la vista del joven.

Constantino esperaba que el general le asignase la función de verdugo a alguien y no había pensado en cómo comportarse en esas circunstancias. Formaba parte de su plan sacarles información a los prisioneros para continuar con la campaña, pero siempre había asumido no tener que ocuparse de eso. Desorientado, pensó unos instantes en la naturaleza del poder al que aspiraba. Si encontraba repulsivo obligar con todos los medios a un salvaje a que le permitiera salvar a la población de una provincia de Roma, no estaría hecho para ascender a las altas cumbres a las que se sentía destinado. Así pues, decidió de inmediato que no decepcionaría a Severo. Sin embargo, no se veía como un torturador, y mandó llamar a uno de los ancianos del pueblo, un viejo con la piel quemada por el sol que miraba con odio a los prisioneros; probablemente los había visto saquear y matar durante décadas a su gente.

–Viejo, en tu opinión, ¿qué deberíamos hacer con ellos para obligarles a revelar dónde está su cuartel general? –le preguntó.

El hombre miró a su alrededor, observando con desolación la carnicería causada por la incursión, luego volvió a mirar a los prisioneros.

Al final dirigió de nuevo los ojos entornados a Constantino.

–Hacerles lo que le han hecho a mi pueblo.

El joven asintió.

–Entonces, diles a todos lo que les haremos si no nos lo dicen.

Luego, mientras el anciano llevaba a cabo su mandato, llamó a los arqueros sirios y les ordenó a algunos legionarios que alzaran sobre las paredes y las puertas de los edificios más cercanos a una decena de blemios. Por último, encargó a los arqueros que atravesaran a los libios con flechas suficientes como para dejarlos erguidos cuando los legionarios dejaran de sostenerlos. En cuanto los orientales empezaron a disparar, no se movió ningún soldado de los que sostenía por los brazos a los prisioneros; la destreza de los sirios era conocida, y no había que temer que, a tan corta distancia, erraran en el blanco.

En cuestión de segundos, los diez blemios quedaron clavados a las viviendas, con las flechas incrustadas en la intersección entre brazos y hombros, sosteniéndolos y provocándoles una muerte lenta y dolorosa.

–Diles que cualquiera que quiera hablar será bajado. De lo contrario, buscaremos otro lugar y ejecutaremos a otros diez –ordenó Constantino el viejo, que no tardó en traducir sus palabras en voz alta para que lo escucharan tanto los torturados como los que estaban a punto de serlo.

Tuvieron que colgar a treinta y cinco antes de que alguno se decidiera a hablar.

–¡El emperador ha muerto!

–¡Ya era hora!

–¡Nos han ganado!

–¿Y ahora quién nos defenderá?

–¡Era un inútil!

–¡No, era una persona noble!

–¿Cómo ha muerto? ¿Lo ha ejecutado el emperador Constancio Cloro?

–¿Ha caído en combate?

–¡No, lo ha matado a traición su general Osio!

–¡No es verdad, lo han visto caer a la cabeza de sus tropas!

–¡Os digo que ha sido el general!

–¿Y ahora? ¡Los soldados de Constancio Cloro saquearán la ciudad!

–¡No, Osio nos defenderá! ¡Tratará la rendición!

–¡Pero si Osio lo ha matado es porque quiere ocupar su lugar y convertirse en emperador!

–¡Te digo que no lo ha matado!

–Lo ha matado, sí, ¡pero porque quería rendirse!

–¡No, lo ha asesinado porque no quería rendirse y por su culpa nos habrían masacrado a todos por resistir a toda costa!

Minervina se estremecía con cada palabra que escuchaba de los guardaespaldas de su marido que se habían quedado defendiendo su palacio de Londres. Hacía más de una hora que se asomaba a la ventana y entraba para luego asomarse de nuevo, presa de la angustia

por lo que podía haberle ocurrido a su esposo.

Al parecer, había muerto, pero lo que hacía inverosímil todo el asunto eran las especulaciones de los soldados, que daban a entender que había sido precisamente Osio quien lo había matado. Osio, su protector, su mentor, el hombre bueno y atento que siempre había cuidado de ella. Le había elegido el marido, no podía imaginarse que también lo hubiera asesinado.

Por tanto, si no había podido ser él quien lo mató, tal vez ni siquiera estuviera muerto... Minervina estaba inquieta, preocupada y apenada. Pero no desesperada. Se preguntó por qué. Tan solo la idea de que su marido estuviese muerto debería haberla sumido en la más oscura desesperación, en el desconsuelo más absoluto. En cambio, se sentía más angustiada por su suerte que por la del cónyuge. Si estaba muerto, ¿qué sería de ella?

Pero a lo mejor Osio, como había hecho siempre, ya lo había pensado.

Volvió a prestarle atención a lo que decían los guardias, que mientras tanto estaban abrumados por las preguntas de los ciudadanos, que se habían reunido alrededor del palacio para tener noticias. A ojos de la gente común, tener algún tipo de uniforme significaba representar a la autoridad, y por tanto estar informado más y antes que los demás.

–Pero a ver, ¿lo ha matado Osio o ha sido otro?

–Solo hay que preguntárselo a Osio. Por fin ha llegado con el resto de su ejército.

Minervina dio un respingo. Habría salido a toda prisa de casa para preguntarle a quien había hablado si su antiguo tutor había llegado solo o con Alecto. Pero tenía miedo. Había alguno que despotricaba contra su marido, y temía que la tomaran también con ella. Los guardias, a fin de cuentas, eran pocos con respecto a las personas que se estaban reuniendo frente al edificio más importante de la ciudad.

Pero era la emperatriz, y refugiarse en casa no habría beneficiado de todas formas a su reputación. Debía armarse de valor y salir con la cabeza alta entre sus súbditos; debía ser ella quien los tranquilizara, no sus soldados. Llamó a su sirvienta y, sin hacer caso a su asombro, le pidió que le diera la estola, que la acompañara fuera y que mandara llamar a los porteadores de su litera; si realmente Osio estaba entrando en la ciudad, iría a su encuentro como era apropiado que hiciese una soberana para con su general más importante. Y poco importaba que reinase solo en una isla, una pequeña parte de un imperio muchísimo más vasto gobernado por monarcas mucho más poderosos y legítimos; allí era ella la emperatriz, y se comportaría como tal.

El portero le abrió la puerta de entrada y Minervina trató de cruzar

el umbral con aplomo y paso decidido, esperando que nadie notase el temblor que la invadía. Se sintió más animada al ver que muchos enmudecían al verla; había aparecido en público con el marido en diferentes circunstancias, y evidentemente la gente se acordaba de ella.

–¡Aquí está la puta del tirano! –Un gritó la dejó helada, haciéndole sentir el impulso de volver enseguida a casa. Los guardias se cerraron alrededor de ella apuntando con las flechas a la multitud, y Minervina se armó de valor, intentando ignorar los insultos. La consolaba va a oír también gritos de aprecio. Esperaba que la población se acordase de cómo se había desvivido por los indigentes.

–¡Es una buena mujer! ¡Se merecía un marido mejor!

–Ha sido muy caritativa. ¡Alimenté a mi familia durante semanas con lo que ella me dio!

–¡A mí no me dio nada! ¡Pero me habría llevado algo suyo con mucho gusto! ¡Por lo menos es hermosa!

–Gracias, señora, por todo lo que ha hecho por nosotros. ¡Es mucho mejor que su marido y que todos los que tenía a su alrededor!

Cuando vio salir por la puerta de servicio a los esclavos que llevaban la litera, Minervina dejó escapar un profundo suspiro y se subió al transporte, mientras la muchedumbre se mantenía a la debida distancia, amedrentada por las armas de los soldados. De los veinte guardias armados que formaban frente al palacio se llevó a la mitad para que la escoltaran, luego mandó que le indicaran por qué puerta había entrado Osio y se encaminó a reunirse con él. Durante el recorrido, echando un vistazo por los visillos, vio que algunos de los que se habían congregado frente al palacio imperial la seguían, señalándosela a los viandantes. Algunos miraban su litera con desconfianza, otros con odio manifiesto, y el impacto repentino que sintió junto a la cara, con la inesperada abolladura de la cortina, le hizo entender que alguien había tenido el valor de tirar una piedra en su dirección, a pesar de la presencia de los soldados. No se atrevió a volver a sacar la cabeza.

Los auxiliares se pusieron nerviosos y apuntaron las lanzas contra la gente, amenazando con usarlas si el incidente se volvía a producir. La advertencia tuvo efecto: el resto del trayecto hacia las murallas resultó bastante tranquilo; los ciudadanos más alborotadores se limitaron a hacer ruido y murmurar, mientras la mayoría de la gente que se cruzaba con el cortejo saludaba con respeto a la emperatriz. Cuando notó que los porteadores se pararon, Minervina sacó la cabeza y vio una columna de soldados avanzando hacia ella con las prominentes murallas a sus espaldas.

Los observó buscando a Osio y, en su caso, a Alecto. Reconoció al general, junto al cual no estaba su marido, lo que parecía confirmar

los rumores de su muerte. Pero lo que más le impactó fueron las condiciones de los soldados y de los guerreros que seguían a su mentor. Aunque no le hubieran dicho que habían sido derrotados, lo entendió por su aspecto. Muchos de ellos estaban destrozados y heridos, caminaban cojeando apoyados en sus compañeros, tenían vendas ensangrentadas en la cabeza en lugar de cascos, no llevaban armas y andaban a duras penas con la cabeza gacha, o caminaban con la mirada fija y ausente en el camino, con la humillación en los ojos.

Entre los pocos que marchaban aún erguidos, con las túnicas vistosas y cubiertas de pieles, el pelo recogido sobre la cabeza y sus grandes hachas, Minervina vio a los mercenarios francos que Alecto había reclutado en la Galia. Avanzaban unidos, mirando a su alrededor con expresión hostil, y encontraban incluso el tiempo y la manera de divertirse asustando con muecas y gestos obscenos a las mujeres y a los niños que los observaban con una mezcla de curiosidad y temor.

A Minervina le pareció adecuado bajar de la litera. Pero no avanzó, ordenándole a uno de los soldados que le comunicara a Osio que tenía la intención de hablar con él. Cuando le informaron, el general se separó de la columna y fue a hablar con ella. Se bajó respetuosamente del caballo y le hizo una reverencia.

–Mi señora, lamento tener que informarle de que su marido ha muerto en combate contra los invasores y que las cosas no han ido como esperábamos –declaró con una voz que era poco más que un susurro.

Minervina trato de no alterarse.

–Siento decir… –vaciló, con miedo a contrariarlo– que lo has asesinado tú.

Osio levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos, transmitiéndole con aquella mirada toda la autoridad que aún tenía sobre ella. Antes de responder, esperó un tiempo que a la muchacha le pareció eterno.

–He tenido que hacerlo, mi señora. Habría hecho que nos masacraran a todos, y yo, una vez clara la derrota, en vez de apoyar su idea de tirarnos por el precipicio, me he preocupado por salvar el mayor número de vidas posibles, para tener aún una fuerza disuasoria con la que hacer frente al emperador y tratar una rendición honrosa –concluyó con tono decidido.

Minervina se armó de valor y se arriesgó.

–Por la calle dicen… que lo has hecho para convertirte en emperador…

Un destello que a la chica le pareció de crueldad atravesó la mirada de Osio.

–¿Es que me ves vistiendo de púrpura?

Tuvo que admitir que tenía razón. Lo observó tratando de convencerse de que había actuado de buena fe.

–Escúchame, Minervina… –Osio asumió un tono embaucador–, tu marido jamás fue un soldado, y en el campo de batalla ha intentado ahogar sus frustraciones con un ataque insensato que he tenido el deber de impedir. Si hubiéramos perdido a todos los soldados, ¿quién habría defendido Londres de las hordas de los auxiliares de Constancio Cloro? Tus súbditos acabarían bajo el filo de sus espadas, las mujeres serían violadas, los niños torturados, la ciudad saqueada y destruida, y tú misma acabarías siendo presa de su codicia.

Minervina ya se había convencido y estaba a punto de darle las gracias cuando oyó el grito desgarrador de una mujer. Desvió la mirada sobre los hombros de Osio y vio a una joven llevarse las manos a la cabeza aterrorizada mientras uno de los francos sacaba su espada del vientre del que debía de ser su padre. Al mismo tiempo, los demás bárbaros se dispersaron abatiendo a los soldados que tenían más cerca, demasiado exhaustos para luchar, y fueron irrumpiendo entre la multitud, que se desperdigaba en busca de refugio, dejando atrás cadáveres y heridos.

Osio la miró espantado:

–¡Ven! –le dijo haciendo que subiera la litera con él–. Vayamos a palacio. No se atreverán a atacarnos allí.

Minervina no estaba tan convencida. Si aquellos bárbaros habían decidido aprovechar la desbandada del ejército britano para atacar la ciudad, el palacio imperial sería uno de sus objetivos más probables.

Pero no se atrevió a decirlo.

–Esa es la Gran Barrera –dijo el guía señalando un altiplano de piedra caliza y arenisca que se extendía ante ellos hasta donde alcanzaba la vista, recortándose por encima del nivel del desierto.

Constantino miró un largo rato, en silencio, lo que debía de ser el cuartel general de los blemios; luego miró a Severo, junto al que avanzaba. El comandante de la expedición, agotado por la larga marcha, por el calor asfixiante y por la falta de agua y comida, al igual que todos los soldados que los seguían, de repente se había revigorizado; ver el objetivo le había devuelto el espíritu marcial.

–Hay que atacarles ya –dijo sin vacilar–. No son más que unos salvajes, y no vale la pena malgastar más tiempo en estos rincones olvidados por los dioses y los hombres.

Constantino se giró para mirar la larga columna que tenía tras de sí. Los legionarios y los auxiliares, azotados durante días por el viento procedente del sur, que había depositado en su piel y en su equipo la arena que levantaban con los zapatos, se habían transformado en estatuas grisáceas. Ya casi no se distinguía a los soldados rasos de los oficiales, a una unidad de la otra; incluso las enseñas que se

recortaban sobre la multitud habían perdido sus colores originales y adquirido siluetas curiosas e irreconocibles. Los soldados caminaban arrastrando los pies por la arena, algunos a duras penas sobre las pendientes más escarpadas de las dunas; otros, vencidos por el cansancio, tropezando y rodando en las bajadas, levantándose tan solo con la ayuda de los camaradas. La mayor parte, contraviniendo las órdenes del general, marchaba sin ponerse el casco, cubriéndose en la cabeza con el pañuelo que solían usar para el cuello, que se ponían en el pelo después de empaparlo en la poca agua de la que disponían. Los que estaban en las condiciones más lustrosas ya no caminaban, sino que se tambaleaban, con la expresión abatida y la mirada ausente de quien tiene la mente ofuscada por el gran esfuerzo.

–¿Acaso has visto en qué condiciones están tus hombres, Severo? –se atrevió a decir Constantino–. Si haces que luchen sin dejarles descansar al menos esta noche, te arriesgas a una derrota tan dolorosa como este sol.

El general hizo un gesto de indiferencia con la mano.

–El enemigo es inconsistente –pontificó–. ¿No viste cómo huyeron sus unidades en la vanguardia ante nosotros? Debemos atacarles de inmediato, de lo contrario, se dispersarán por el altiplano y nos podríamos ver obligados a peinar estas tierras durante meses. Y el emperador espera que nosotros resolvamos el problema enseguida. Necesita limpiar la provincia de toda amenaza para devolverles a los egipcios la confianza en Roma.

–Craso reaccionó de la misma forma, en Carras, y sabemos cómo acabó… –respondió el joven.

–Estimado muchacho, ¡aquellos eran persas! –replicó el general–. ¿Cómo puedes comparar a guerreros con una ilustre tradición militar a sus espaldas con estos salvajes?

–Puede que sean salvajes, pero pelearán en su terreno y sabiendo que acabamos de llegar. Seguro que están preparados para recibirnos.

–¿Y con qué? ¿Con sus flechas de caña? Hazme caso, esos no están acostumbrados a pelear en combate cuerpo a cuerpo, y lo único que harán será escapar. Nuestro trabajo es impedírselo. Así que atacaremos de inmediato y les cortaremos las vías de huida. Si realmente nos esperan en la periferia del altiplano.

Justo después, dio la orden de que la columna se dividiese en tres secciones.

–Tú, Constantino, guiarás la columna de la derecha –le dijo al joven, sorprendiéndolo bastante–. Espero que ataques sobre el flanco de los blemios mientras nosotros los tenemos ocupados por el frente, impidiéndoles eludir nuestro ataque. Estoy seguro de que tu padre me agradecerá haberte dado la oportunidad de distinguirte.

Aunque desaprobase la iniciativa del general, la cual le parecía

inadecuada e inoportuna, Constantino se sintió a su pesar emocionado por la perspectiva de poder dirigir, con solo veinte años, una acción decisiva al mando de una columna de al menos cincuenta mil hombres. Pero también experimentó cierta decepción; al parecer, Severo no le confiaba aquella tarea porque lo considerara capaz, sino para congraciarse con su padre.

Los soldados formaron las filas de batalla con cansancio, y a muchos tuvieron que atizarles los oficiales con sus bastones para que se pusieran en posición. Algunos se desplomaban sobre la arena por la desesperación, otros gritaban en señal de protesta, aprovechando la multitud para esconderse de la vista de los comandantes. Constantino contempló el cielo: el sol aún estaba alto, y sus rayos implacables y tentaculares parecían cuidar de aquel misterioso altiplano, lanzando rayos cegadores contra las tropas del ejército romano, como un arma letal de la que disponían los blemios para mantener a los enemigos alejados de su feudo.

«No tengo mucha experiencia –pensó–, pero Severo, que sí la tiene, ha de saber que no se ataca a contraluz».

Los hombres emplearon mucho más tiempo de lo habitual para colocarse en formación. Constantino solicitó que con él fueran al menos dos prisioneros blemios de los que se habían salvado para que los condujeran a su fortaleza. Estaba seguro de que le serían útiles. Dio la señal de avanzar, poniéndose a la cabeza de la columna y alejándose del altiplano para evitar que los centinelas enemigos viesen su movimiento. Cuando llegó a una distancia que consideró suficiente para pasar inadvertido, comenzó a marchar en dirección al objetivo; los hombres que se habían quedado con Severo eran ya pequeños puntos en la distancia que el sol volvió resplandecientes.

Empezó a examinar con atención el terreno elevado para saber con qué dotación contaba y por dónde podría acceder con mayor facilidad. Según el convencimiento de su comandante, la mayoría de los blemios debía converger hacia la columna principal, la central, dirigida por el mismo Severo. A medida que se acercaba a las laderas del altiplano, empezó a ver algunas siluetas apostadas en los bordes. Pero no estaba seguro de que se tratase de hombres.

Cuando estuvo al alcance de un disparo de flecha, los vio con mayor claridad. Y también los vieron los soldados. Entre las filas del ejército surgieron gritos de terror y empezaron a romperse las filas. Contagiados por el pánico, los caballos enloquecieron. Constantino temía que pudiese ocurrir, aunque esperaba que las leyendas sobre los blemios no tuvieran ningún fundamento real.

Y no lo tenían, no podían tener ningún fundamento. Estaba totalmente decidido a demostrárselo a la tropa para recuperar su control.

Espoleó el caballo, del que apenas conseguía sujetar las riendas, y lo lanzó al trote entre las filas descompuestas de los legionarios. Llegó hasta los dos prisioneros blemios y llamó al egipcio al que se había llevado como intérprete. Luego les gritó a los oficiales que tenía más cerca:

–¡Decidles a vuestros hombres que los de allí arriba no tienen nada sobrehumano! ¡Son hombres como nosotros! ¡Ahora os lo demostraré!

Lo repitió varias veces, pero sus palabras quedaron ocultas bajo las de los legionarios aterrorizados: «¡Caminan sin cabeza!». «¡No, tienen cabeza, pero en el pecho!». «¡Lo que decían era verdad, son monstruos!». «¡No, son mitad animales, mitad hombres!». «¡No tienen cabeza!».

Constantino volvió a mirar hacia la meseta. Contó al menos una veintena. Una defensa irrisoria que los suyos aplastarían en un momento.

Si no se hubiesen asustado tanto por el aspecto del enemigo… Al menos la mitad de los bárbaros parecían no tener cabeza, aunque estuvieran de pie y moviéndose como cualquier ser humano.

Le habían dicho que los blemios sabían esconder la cabeza, pero se había convencido de que solo era una leyenda difundida por aquellos saqueadores para asustar a sus víctimas. Sin embargo, había tomado sus contramedidas, con la esperanza de que funcionaran. Mandó que llevaran a los prisioneros y al intérprete al frente de la primera línea, hacia el altiplano, para que todos los soldados los vieran. Luego obligó al intérprete a traducirles a los dos blemios:

–Diles que, si quieren conservar la cabeza, tienen que moverla como lo hacen los de ahí arriba.

Cuando el egipcio terminó de hablar, los dos se miraron perplejos, con expresión de sorpresa, como si no entendieran. Constantino sonrió con desdén, seguro de que fingían no comprender. Se acercó a uno de los dos, desenvainó la espada y, con un golpe súbito en horizontal, le cortó de cuajo la cabeza, que rodó hasta los pies del otro. Luego esperó mirando al lado del que quedaba, confiando simplemente en haber matado al más resuelto. Mientras tanto, observó que los soldados de las primeras filas se habían parado a ver la escena.

El saqueador parecía desorientado. Constantino comenzó a blandir la espada. «Por muy mal que fuese –pensó–, los legionarios pensarían que matarlos era fácil, aunque pudieran parecer demonios». Pero él pretendía demostrar que no lo eran, y esperó que el bárbaro lo ayudase. Se acercó al hombre suspendiendo la espada con la pericia que había adquirido en un duro, tenaz y constante entrenamiento. El blemio levantó los brazos pidiéndole que esperara, cerró los ojos, respiró profundamente y empezó a hacer movimientos con el cuello, estirándolo cada vez más veces, hasta que Constantino asistió a un

espectáculo que apenas podía creerse. Las primeras filas del ejército enmudecieron, y enseguida todos los soldados callaron, discutiendo, en el mejor de los casos, para hacerse con los mejores puestos y asistir a aquella increíble escena.

En unos segundos, el cuello del saqueador pareció estirarse permitiéndole bajar la cabeza hasta colocársela tendida sobre el pecho. Luego, con un esfuerzo aún mayor que pareció costarle mucho, el hombre volvió a levantar la cabeza y la puso de cara a Constantino, mirándolo con ojos implorantes. Ahora parecía que de verdad la cabeza estaba apoyada en el pecho, como si estuviera colocada sobre un estante que sobresalía de entre los pectorales.

Para el joven fue suficiente. En ese momento, no le interesaba saber cómo podía hacer aquello.

–¿Habéis visto? –les gritó a los soldados–. Es un hombre normal que puede hacer esta monstruosidad totalmente inútil gracias a un prolongado entrenamiento. ¡Nada que los soldados romanos no puedan aplastar en un momento!

Se ordenó a los oficiales que reorganizaran las filas y los legionarios se sumaron con entusiasmo, impacientes ahora por borrar con una fuerte carga el pánico anterior.

Cuando Constantino dio la orden de atacar, ni siquiera volvió la vista atrás, pues estaba seguro de que lo seguían todos.

CAPÍTULO V

Constancio Cloro estaba furioso. Consigo mismo, con sus soldados y con el Sol Invicto, que esta vez no le había ayudado en absoluto. Se vio tentado, como a menudo le ocurría desde que desembarcó en aquella isla que parecía maldita, a ofrecerles un sacrificio a los dioses tradicionales, pero temió perder definitivamente el favor de su dios, que quizá solo lo estaba poniendo a prueba. Creía que las divinidades que habían acompañado el ascenso de Roma en el pasado ya no podían garantizar su supervivencia si hacía siglos que el imperio se estremecía por las invasiones bárbaras y las guerras civiles. Desde joven, así pues, había apoyado con convicción el culto más difundido en las zonas de la frontera con el Danubio, sobre todo entre los soldados que aún veneraban la memoria del mayor emperador que había vivido en el último siglo: Aureliano, el primer defensor oficial de la religión del Sol Invicto.

Constancio conoció a Aureliano cuando era soldado raso, y tan solo unas semanas antes de caer víctima de un complot urdido por sus oficiales, veintitrés años antes. Le impresionó su fuerza interior y su determinación, su capacidad para mantener unido a un imperio que se estaba haciendo añicos, y concluyó que solo una deidad poderosa podría otorgarle a un hombre la confianza en sí mismo para afrontar las responsabilidades que, de lo contrario, lo habrían destrozado o incluso corrompido. Aureliano fue un hombre inflexible e íntegro hasta el final, y Constancio lo había convertido en su modelo con la esperanza de poder conjugar en todo momento su ambición con el equilibrio y la constancia de aquel extraordinario hombre. Y dependía del apoyo del Sol Invicto para conseguirlo: un culto monoteísta dirigía toda la fuerza de la oración a un solo dios; por tanto, parecía más productivo y lógico que un culto politeísta, en el que había tantos dioses compitiendo por la adoración de los hombres.

Y esta vez, su equilibrio había sido puesto realmente a prueba por los reveses de fortuna que le habían pasado desde el principio de la invasión.

Se arrodilló frente a la imagen en relieve que llevaba siempre con él: un joven sin barba, con los rayos del sol que le radiaban de la cabeza junto a una aureola, y empezó a rezar. Desde que Diocleciano lo nombrara césar, había sentido la tentación de imitar a Aureliano llevando una corona de rayos, pero luego había temido ofender al emperador y decidió esperar al menos a convertirse en augusto.

Recordó a aquel joven que parecía mirarlo con severidad en las

pruebas padecidas desde el inicio de la campaña. La tormenta que había dispersado su flota, obligándola a desembarcar de emergencia por toda la costa britana; el arduo esfuerzo y el tiempo perdido en reunir todas las embarcaciones y contar las que se habían perdido durante el rastreo de un amplio tramo de mar a lo largo de la isla; las dificultades que afrontaron contra los britanos, que con las llegadas escalonadas del ejército invasor habían tenido toda la facilidad de prepararse para el enfrentamiento, rechazando una y otra vez cada contingente e impidiéndole durante días que construyeran cabezas de puente; el desánimo de los hombres, que ya se habían convencido de haber emprendido una campaña bajo una mala estrella y no mostraban la determinación que debían poseer; pero sobre todo, los éxitos de su prefecto del pretorio Asclepiodoto, que había tenido mucha suerte, había desembarcado con fuerzas más al sur y, por las últimas noticias recibidas, se había enzarzado de inmediato en una batalla con el grueso de las fuerzas enemigas dirigidas por el usurpador en persona. Su éxito habría hecho parecer al emperador como un incapaz en la batalla, dejándolo terriblemente abochornado.

Le pidió al dios que le recompensara por la devoción demostrada hasta entonces, y empezase de una buena vez por todas a favorecerle. Y al igual que Aureliano había construido un templo en Roma en su honor, él prometió que haría lo mismo en su capital, Tréveris.

En cuanto se levantó, su ordenanza se acercó para comunicarle que una columna de soldados había llegado desde el sur para darle la noticia del resultado del enfrentamiento. Y por su expresión satisfecha, estaba claro que Asclepiodoto había ganado. Era lo que se temía, aunque le comunicó al subordinado que hiciera entrar al comandante. Si el perfecto hubiera sido derrotado, habría podido hacerse cargo y arreglar las cosas, destacando en su papel; pero después de una victoria, ¿qué más podía hacer para conseguir la gloria? Esperó que al menos el éxito no fuese definitivo.

Poco después, en su tienda de campaña entró un *optio* bastante joven con la expresión decidida y rasgos nobles, que dejaban ver su extracción aristocrática y unas dotes de mando mucho más arraigadas que el grado que ostentaba.

–César, me llamo Sexto Martiniano y estoy aquí para comunicarle que el prefecto del pretorio Asclepiodoto ha conseguido un éxito total sobre las tropas rebeldes –dijo el suboficial. En la mano llevaba un saco del que sacó una cabeza–. La prueba de nuestro éxito es la cabeza del usurpador Alecto, que le he quitado personalmente al comandante de las fuerzas enemigas, Osio, y que el prefecto me ha ordenado entregarle. Asclepiodoto, además, espera sus órdenes sobre cómo proceder para aniquilar a las tropas residuales del enemigo que Osio ha conducido hasta Londres.

Constancio asintió. Al parecer, aún había algo que hacer. Y Asclepiodoto se había comportado bien, parándose a esperar órdenes en vez de seguir al enemigo hasta la capital. Por lo que parecía, la confianza que había puesto en él había respondido bien: el prefecto tenía el buen juicio de no procurar ni siquiera dejarlo en la sombra.

–¿De cuántos soldados dispone ahora Osio? –preguntó, empezando a elaborar los planes para asediar la capital rebelde.

–No sabemos cuántos se dejó en Londres, pero yo mismo lo he visto abandonar el campo de batalla con la reserva, que más o menos debía ascender a seis mil hombres. Pero al menos hemos capturado a mil de ellos en la persecución del mismo día, antes de que cayese la noche, y, de todos modos, muchos estaban en malas condiciones –respondió Martiniano.

El emperador valoró la situación.

–No sabemos qué nos encontraremos. Puede que nos espere un duro asedio, así que la victoria del prefecto ha servido de poco… –dijo, arrepintiéndose enseguida de su mezquindad.

El suboficial pareció no darle demasiada importancia.

–No necesariamente, césar –respondió con convicción–. Si me lo permite, creo que si decidiera enviar ahora mismo una pequeña columna de soldados a Londres, se podría intentar penetrar antes incluso de que Osio organice las defensas. Si espera que ante las murallas llegue en unos días el grueso del ejército imperial, un destacamento que llegase por la noche antes de mañana lo cogería totalmente desprevenido, y podría infiltrarse abriendo las puertas a usted y a su ejército.

–Sí –pensó Constancio, el hombre que tenía delante valía sin duda más que el grado que ocupaba.

Tras unos momentos de reflexión declaró:

–Tu idea es buena. Organizaremos el envío inmediato de una columna de unos doscientos hombres a Londres.

–Ejem… –Martiniano se aclaró la voz–. Concédame este honor, césar. A mí y a mi columna. Estamos listos para marchar sobre Londres y somos ciento setenta. Si lo desea, cédame treinta de sus soldados más leales y le aseguro que, igual que os he traído la cabeza de Alecto, os traeré también la de Osio.

–Habéis marchado desde el sur hasta aquí. Necesitaréis descansar y no podemos permitirnos perder tiempo, como has dicho con acierto –objetó Constancio, cada vez más admirado por el *optio*.

–Le puedo asegurar que nuestras capacidades de resistencia están fuera de toda duda. Prométales honores a mis hombres, lo que le daría en cualquier caso al primero que entrara en la ciudad, y conquistarán la capital en su nombre.

La expresión «en su nombre» convenció definitivamente a

Constancio de que podía confiar plenamente en el hombre que tenía delante.

–Que así sea, pues. Te vemos muy entregado, Sexto Martiniano –dijo finalmente.

–Más de lo que cree, césar. Tengo motivos personales para hacerme con la cabeza de Osio –respondió el suboficial con expresión aliviada.

–Algo no va bien –comentó Sexto Martiniano después de observar largo tiempo el perfil de las murallas de Londres. Caía la noche cuando el joven y su columna divisaron la ciudad; Sexto se detuvo lo suficientemente lejos para valorar la situación y explicarles a sus hombres el plan que tenía en la cabeza. Pero lo que veía ponía en duda cualquier proyecto que hubiera preparado durante la marcha. El primer elemento que le llamó la atención fueron las volutas de humo que se elevaban sobre las almenas. Al observarlas con mayor detenimiento, distinguió destellos de fuego en la parte baja. Había incendios.

Además, en las almenas no había nadie. Estaban totalmente desprotegidas. Y con la expectativa de sufrir de un momento a otro el ataque de las tropas del emperador, las circunstancias eran algo increíble.

–Debe de haber mucho revuelo allí dentro –comentó su oficial, dándole voz a los mismos pensamientos de Sexto.

–De lo que nos aprovecharemos ahora mismo –respondió el *optio*. Ya fueran ajustes de cuentas tras la muerte del usurpador, un intento por ocupar su lugar que terminó mal o una lucha entre defensores de Alecto y de Constancio Cloro, para él se trataba igualmente de la oportunidad de entrar de una manera más fácil de lo que había previsto en la ciudad, vengándose así de Osio y, al mismo tiempo, ganándose nuevos reconocimientos para darle una sacudida definitiva a su carrera.

Mientras ordenaba a sus hombres que bajaran del caballo y avanzaran con los ganchos, les agradeció a los dioses la oportunidad que le habían dado. Si estaba allí, frente a las murallas de Londres, con la posibilidad de alcanzar sus objetivos, se lo debía únicamente a las razones políticas que le habían impedido a Asclepiodoto hacer lo más lógico y racional: avanzar sobre la capital justo después de la victoria, sacando el mayor provecho de la desbandada del ejército enemigo. Constancio Cloro había aprobado formalmente el comportamiento del prefecto, pero era un soldado demasiado experimentado para no saber que aquella era la peor estrategia posible. Sin embargo, si Asclepiodoto hubiese avanzado hasta Londres, de una manera u otra el emperador le habría hecho pagar el no haberle cedido el honor de conquistar la ciudad. A menudo, las razones políticas aplicadas a la guerra habían provocado desastres, y

ahora le correspondía a él evitar que ocurriese. Constancio debía conseguir la ciudad, y él su venganza.

Los ganchos arponearon el borde de las murallas orientales por muchos puntos, permitiéndoles a los soldados ascender sin problemas. Sexto estaba entre los primeros que llegaron a las almenas, que, como había previsto, estaban sin centinelas. Y mientras los demás miembros de su columna lo imitaban, comenzó a mirar hacia abajo. Confirmó la explosión de varios incendios, pero lo que quería entender era el porqué. Les ordenó a los suyos que bajaran y se agazaparan en la base de la muralla para ser menos visibles y continuó estudiando la ciudad. Las calles que podía ver, las que estaban más cerca de la muralla y por donde se extendían las llamaradas de fuego, parecían desiertas. Pero a lo lejos se oían gritos. Gritos de terror y gritos salvajes.

Concluyó que no podía entender nada sin adentrarse en el corazón de la población. Bajó de las almenas y animó a sus hombres a que le siguieran, organizándolos en formación cuadrada para estar listos para enfrentarse a una amenaza que llegase de cualquier parte. Se movieron hacia el oeste en dirección al palacio del gobernador, que Alecto había escogido como sede del gobierno. Sexto nunca había estado en Londres, pero en el *praetorium* del emperador había estudiado el mapa de la ciudad y esperaba saber dónde iba. Sabiendo que el edificio estaba cerca del Támesis, decidió avanzar bordeando el río. Pronto empezaron a encontrarse los primeros rastros de seres humanos. Pero se trataba de cadáveres que yacían en la calle con heridas de arma blanca en todo el cuerpo. Eran ancianos, jóvenes e incluso mujeres, estas muchas veces desnudas y sin duda violadas antes de ser asesinadas. De tanto en tanto encontraba enseres abandonados por la calle, como si alguien hubiese intentado sacarlos de las casas pero luego no hubiese podido llevárselos. También había joyas diseminadas por el adoquinado, como si las hubiera perdido alguien que tenía prisa.

Se trataba de un saqueo, no había duda. Quién lo llevaba a cabo no podía saberlo.

Los chillidos se volvieron cada vez más frecuentes y cercanos. Sexto vio escurrirse en la oscuridad, justo delante de él, la silueta voluminosa del que, gracias a su enorme y característica hacha, reconoció como guerrero franco. El guerrero vio la columna romana y corrió gritando palabras incomprensibles. Sexto mandó que sus hombres aceleraran el paso para seguirle, pero el bárbaro ya había desaparecido más allá de los edificios más cercanos. Los romanos continuaron marchando, favorecidos tanto por la luz de las llamas como por la de la luna, que se reflejaba en las aguas oscuras del Támesis, hasta que llegaron frente a un amplio complejo de caseríos que despuntaba sobre los que tenía alrededor. Martiniano entendió

que había llegado no solo por su tamaño, sino también por la escena que apareció frente a él.

El palacio estaba asediado por un grupo de francos.

Evaluó rápidamente la situación. Contó a ojo al menos un centenar de bárbaros, que habían incendiado un ala del edificio, tratando claramente de hacer salir a quien se había atrincherado dentro. Desde las ventanas, algunos arqueros disparaban a los agresores, obligándoles a mantenerse lejos de la entrada. Los saqueadores, por su parte, estaban rodeados por carros hacinados del botín saqueado en la ciudad, pero estaba claro que esperaban encontrar más en el palacio, y desahogaban su frustración con los desventurados a los que habían hecho prisioneros, esperando atemorizar así a los ocupantes del edificio. Al joven le dio tiempo de ver a un hombre colgado cabeza abajo, por lo que parecían sus tendones, en una horca improvisada con tres palos; lo estaban torturando con hierros al rojo vivo, igual que a otro tendido en el suelo, atrapado por los muslos y los antebrazos con espadas hincadas en la tierra después de haberle atravesado las extremidades.

Vio a otros a los que habían tratado así antes de que los francos los vieran a él y a sus hombres y reaccionaran dándose a la fuga. Pero no se podía permitir dejar que todos aquellos bárbaros anduvieran libres por la ciudad. Eran los mercenarios que Alecto había reclutado en la Galia, y aquellos holgazanes habrían supuesto una amenaza para la llegada del emperador. Si habían aprovechado la derrota de su ejército para dedicarse a saquear, continuarían rapiñando durante las siguientes semanas. Ahora recaía en él la tarea de normalizar la situación, capturando a los bárbaros y neutralizándolos, antes de que llegara Constancio Cloro, que al día siguiente por la mañana estaría frente a las murallas esperando encontrar una ciudad liberada de todo peligro.

Pero en el interior del palacio debía de estar Osio, y sus ansias de venganza reclamaban prioridad. Se llevó con él una escolta de treinta hombres para que lo acompañaran dentro y les ordenó a los demás que siguieran a los francos y eliminaran al mayor número posible. Los pocos supervivientes no le darían miedo ya a nadie. Por último, les asignó a unos cuantos hombres el ingrato trabajo de liberar a los prisioneros de su sufrimiento.

Desde las ventanas del palacio los ocupantes lo aclamaron, entusiasmados por su oportuna llegada. Sexto estaba a punto de entrar cuando vio salir por la puerta de entrada precisamente a Osio, sonriente y con expresión de alivio, seguido de un grupo de senadores. El general frunció el ceño en cuanto lo reconoció, se detuvo perplejo y luego pareció adoptar de nuevo su seguridad y continuó avanzando con decisión hacia él.

–Espero que esta vez aceptes mi rendición, *optio* –comenzó diciendo el general–. No creo que puedas hacer otra cosa.

–Al contrario. No veo qué me impide despellejarte, bastardo –siseó en voz baja para que no lo escucharan ni los guardias ni los senadores.

–El hecho es que, si me matas, el emperador no sabrá jamás dónde está escondido el tesoro de Alecto, que servía para pagar a los mercenarios de los que has venido a salvarnos.

–Yo creo que no tienes ningún tesoro si esos bárbaros han decidido buscar por su cuenta una recompensa por sus dudosos servicios –respondió con sequedad, más que nada por no perder tiempo. La respuesta de Osio lo había desorientado.

–¡Vaya si lo tengo, *optio*! –replicó el general, restregándole su diferencia de autoridad–. Pero los francos deben de haber pensado que un emperador muerto ya no paga, así que están buscando una recompensa a su manera, sin preocuparse por preguntarme qué intenciones tenía yo…

Sexto guardó silencio unos segundos, cada vez más confundido.

–Solo yo sé dónde está, te lo aseguro. Lo escondí junto con Alecto, y los soldados que nos ayudaron a hacerlo cayeron en combate; los mandamos a primera línea adrede, en caso de que tuvieran ideas extrañas después del enfrentamiento…

El joven no sabía si creerle o no. Pero si existía la más mínima posibilidad de que aquel tesoro existiera, al emperador no le hubiera gustado que eliminaran a la única persona que conocía su ubicación.

–Tú eres Sexto Martiniano, ¿verdad? –Una voz de mujer llamó su atención. La mujer que vio salir del edificio principal era el ser más encantador que jamás había visto. Y lo conocía. Se dirigía hacia él con una sonrisa radiante.

Logró asentir torpemente, embelesado por su paso elegante y grácil. Y a medida que ella se acercaba, pudo distinguir rasgos en un rostro que jamás podría haberle cansado o incomodado.

Y supo que la amaría siempre.

–*optio*, te presento a la emperatriz… Bueno, debería decir la exemperatriz, o quizá la mujer del usurpador. Minervina, viuda de Alecto –dijo con solemnidad Osio.

Minervina… ¡Aquella Minervina! Sexto recordó las imágenes de Margum once años antes. Aquella hermosa y dulce niña se había convertido en una magnífica mujer.

–Al parecer, tienes la costumbre de salvarme, Sexto Martiniano –dijo Minervina en cuanto lo tuvo delante, renovando aquella sonrisa franca y casi infantil de la que se sintió embrujado. Sus ojos, azules como el mar en un día lleno de sol, los cabellos rubios como espigas de trigo listas para la siega y su cuerpo esbelto pero escultural, como la efigie de una diosa, lo cautivaron al momento.

Y se olvidó de Osio y de su venganza.

Constantino ya no sentía ningún temor por el emperador. Aquella quietud, sus escuetas y bien pronunciadas palabras, el suntuoso ceremonial que lo rodeaba cada vez que recibía a sus subordinados no lo intimidaban en absoluto, es más, sabía que se trataba de una actitud dirigida solamente a recalcar la distancia entre él y sus súbditos, como si quisiera situarse a medio camino entre un hombre y un dios, para volverse intangible e inaccesible. Después de todo, le parecía una solución razonable teniendo en cuenta la facilidad con la que, en las décadas anteriores, los soberanos habían sido derrocados o, peor aún, masacrados por gente que, por supuesto, los consideraba hombres tan comunes que no les tenían ningún respeto.

Diocleciano quiso recibir al joven y a Severo en su residencia de Nicomedia sin hacerles esperar demasiado en cuanto volvieron de Egipto, tras haber reprimido las últimas amenazas del desierto. Admitió que tres días no podía considerarse una espera demasiado dilatada; los secretarios particulares del emperador le dijeron que había gente de clase alta que esperaba desde hacía más de un mes.

¡Pero ellos habían vencido a los blemios! Claro, Diocleciano habría recibido con mayor gusto a quien hubiera vencido a los persas, y seguramente se habría alegrado más al saber que los usurpadores britanos habían sido derrotados, pero una provincia importante para el imperio había vuelto al orden, y en parte era mérito de Constantino. Los soldados, en realidad, consideraban que era mérito exclusivamente suyo, y lo habían aclamado en el campo de batalla tras la victoria en la meseta, llevándolo sobre los escudos como hacían los bárbaros. Su ardid había demostrado que los blemios no eran más que guerreros comunes dotados de arco y flechas y de ningún otro poder sobrenatural, empujando a los imperiales a irrumpir en la fortaleza enemiga por el flanco y a arrollar las defensas con facilidad. Su trabajo había sido decisivo, compensando el desastre que había pisoteado al ejército frontal de Severo, donde el comandante no supo remediar el pánico que se apoderó de los soldados al ver a los monstruosos adversarios. La columna de Constantino había empujado al enemigo hacia Severo y el otro contingente, que habían tenido tiempo para reorganizar las filas y completar el cerco.

El comandante se desvivió en alabanzas desmesuradas para con él, secundando el humor de la tropa, sin manifestar ninguna molestia por cómo habían ido las cosas. «Seguramente –pensó Constantino–, si le hubiera pasado a él le habría molestado, viéndose expuesto al ridículo por un novato». Sin embargo, Severo parecía sinceramente contento por haberle permitido lucirse; mejor dicho, decía sentirse orgulloso por haber sido el primero en intuir su potencial, asignándole una tarea tan importante. Por eso había estado entre los más entusiastas al

alegrarse y en la celebración de su hazaña, prometiéndole que hablaría largo y tendido con Diocleciano.

«En realidad era un hombre bueno», continuaba repitiéndose Constantino mientras aguardaba en la sala de espera, observando a su comandante. No como Licinio, que no solo no le habría permitido asumir un mando, sino que más bien habría hecho cualquier cosa para eclipsarlo. Licinio no era tan diferente de los demás oficiales que gravitaban alrededor del emperador; a todos les consumía la ambición y estaban dispuestos a cualquier iniquidad con tal de ascender en la escala jerárquica, sabedores de que eran tiempos en los que también un soldado raso, de origen humilde, como lo eran los dos emperadores, así como muchos de sus predecesores, podía llegar al trono del imperio más poderoso que se conocía.

Por otra parte, se daba cuenta de que no era diferente. Sentía que la ambición lo consumía desde que era niño, y el ascenso del padre había acrecentado sus aspiraciones. Ni las había apagado el matrimonio que Constancio Cloro había contraído con la hija de Maximiano, con el nacimiento de hijos legítimos. Pero sabía que tenía una determinación superior a la de cualquier otro, y en el momento oportuno haría valer su papel de primogénito, aprovechando la menor edad de sus hermanastros. Y sin duda, tampoco temía a Severo, por el que incluso había llegado a sentir afecto y, tras el ridículo en Egipto, también ternura. Seguramente aquel hombre no se contaba entre los que podían aspirar al trono: era demasiado afable, demasiado complaciente y bondadoso. Aquellos eran tiempos en los que el poder no se le regalaba a nadie; la última dinastía, la de los Severos, en la que los hijos incapaces habían heredado la corona del padre, se había extinguido casi un siglo antes. El poder, ahora y desde hacía décadas, había que conquistarlo con uñas y dientes, y el general bajo el que había militado en Egipto podía aspirar como mucho a ser un diligente subordinado. Cuando se convirtiera en césar, decidió Constantino, lo elegiría como colaborador. Al menos tendría uno de cuya lealtad podía estar seguro.

Cuando el ujier le indicó a Severo que el emperador podía recibirlo, el general se levantó casi de golpe.

–Te llamaré en cuanto empiece a hablar de ti –le dijo, dejándolo en su sitio.

Constantino se molestó un poco; Severo le había prometido que se aseguraría de que entraran juntos, y le pareció que se había puesto de acuerdo en eso con el secretario. Fue a este último, que se había sentado tras un escritorio, con la cara arqueada en mitad de una pila de documentos, y le preguntó:

–¿No estaba previsto que entrásemos juntos?

El hombre, un individuo con una papada que tocaba la superficie de

la mesa, lo miró molesto durante un instante.

–No me consta –respondió después de volver a hojear sus documentos.

Constantino habría deseado responder, pero calló, sintiendo las miradas de las demás personas presentes en la sala: algunos eran senadores, a los que estaba previsto que el emperador recibiese después que a Severo.

Por lo visto, su estimado general le había tomado el pelo; a pesar de sus promesas, nunca tuvo la intención de que entrara con él. Su estado de ánimo cambió hacia un nerviosismo tenso que lo llevó a pasear de un lado para otro de la gran sala, forzando al cabo de un rato a que uno de los guardias lo llamara al orden, invitándolo a sentarse en su sitio. Se vio obligado a sentarse en la bancada donde se había puesto anteriormente, pero se sobresaltó con cada ruido, esperando cada vez que se tratase de la puerta de la sala de audiencias abriéndose para que entrara también él. Pero el tiempo seguía pasando y la puerta seguía cerrada. ¿Qué diablos se esperaba Severo para llamarlo? Dio un pisotón en el suelo, tamborileó con las manos en la superficie de la bancada, resopló, pero aquello no le ayudaba a que el tiempo pasara a más velocidad. Le parecía que había pasado una eternidad cuando la puerta se entreabrió y el general apareció.

A Constantino se le encogió el corazón, con la esperanza de que lo hiciera entrar. En cambio, Severo avanzó hacia él con expresión satisfecha.

–Pero ¿por qué no me has hecho entrar? –le preguntó el joven poniéndose en pie.

–Yo no soy quien decide quién entra y quién sale, querido muchacho –respondió Severo con una sonrisa.

De repente, se sintió humillado con aquel «querido muchacho».

–No soy un muchacho, soy el hombre que ha hecho que quedaras bien ante el emperador con su victoria –respondió mosqueado.

–La victoria es mía, como ha reconocido el emperador –precisó Severo, cambiando repentinamente de expresión. Su mirada se volvió de hielo y la mandíbula se le tensó–. Lo único que deberías hacer es darme las gracias por haberte permitido, siendo tan joven, mandar una unidad.

–Soy tribuno, y era perfectamente legítimo que encabezara un mando subordinado –protestó Constantino.

–Eres tribuno solo porque eres un recomendado de buena familia. No te has hecho a ti mismo, como yo, que vengo del pueblo y me he labrado un porvenir –siseó Severo con cuidado de no llamar demasiado la atención.

–¡Soy tribuno porque en Alejandría me comporté como un valiente, más que tú! –estalló el joven, provocando una mirada de reproche por

parte de todos los presente.

Severo lo miró disgustado.

–Agradéceles a los dioses que a su pregunta sobre cómo te comportaste en la campaña haya respondido "dignamente". Te hubieras merecido una reprimenda por tu engreimiento. Y gracias a mí ahora el emperador marcha con Galerio, al frente persa, como deseabas.

Y se fue con paso decidido.

Constantino se quedó mirándolo mientras se alejaba. «Dignamente»… Él, que le había permitido ganarse un sinfín de méritos con sus hazañas. Aquel bellaco las había callado…

Se juró a sí mismo que no volvería a fiarse de nadie. Severo era como Licinio, como todos los demás.

Como él.

Minervina estaba feliz.

Sin embargo, debería estar afligida como nunca lo había estado antes en su vida. Había perdido a su marido. Había perdido el papel de emperatriz. Había perdido la vida acomodada que había llevado hasta entonces. Estaba a la espera de conocer el juicio del emperador para con ella, y para nada se preveía que fuese clemente con quien había apoyado a un usurpador.

Pese a ello, estaba feliz.

El mérito era todo de Sexto Martiniano. Y no solo porque la había tranquilizado en la breve charla que habían tenido frente a frente en la que había adquirido cierta influencia en Constancio Cloro, de la que se valdría para procurarle un futuro más que respetable. Osio le había dicho que tenía la intención de incluir en la negociación de su salvación también la de ella, y que tenía motivos válidos para pensar que la conseguiría.

No, era feliz porque había descubierto que aquel joven que la protegió hacía once años, y en el que había pensado tan a menudo en los años posteriores, tanto como para poder reconocerlo incluso de lejos después de tanto tiempo, sentía por ella los mismos e intensos sentimientos.

Se dijeron con la mirada, las sonrisas y las medias palabras más de lo que habían hecho ella y el marido en años de matrimonio. Y ahora no podía esperar más para encontrarse de nuevo cara a cara con él. Pero era el momento de afrontar el juicio del emperador, que la esperaba en la sala de audiencias, en el trono en el que se había sentado Alecto hasta hacía unos días. Osio le había recomendado mostrarse diferente y arrepentida. En lo demás pensaría él, dijo.

Fue cuando estaba delante de la puerta de la sala, escoltada por dos guardias del emperador, cuando se dio realmente cuenta de que se encontraba en uno de los momentos más decisivos de su vida, y un

ligero temblor empezó a invadir su cuerpo, mientras el estómago se le cerraba. La puerta se abrió y en el fondo de la habitación vio al hombre que había provocado la muerte de su marido, pero por el que no sentía ningún rencor. Se acercó con la cabeza agachada, mas mirando de reojo la majestuosa figura que representaba el poder en aquella parte del imperio. Constancio se mantenía inmóvil en el trono, con la mirada fija al frente, y aunque estaba sentado parecía mucho más imponente que Alecto cuando estaba de pie. Su expresión fría estaba alimentada por el color pálido de su piel, que le había dado el apodo de «Cloro». Transmitía más autoridad que cualquier otra persona que hubiese conocido, y eso aumentó su tensión. Hasta que no reparó en que Osio estaba al lado del emperador, a los pies del podio, y Sexto entre los presentes, en el lado contrario, no consiguió tranquilizarse. La mirada profunda del joven, los labios fruncidos en una leve pero tranquilizadora sonrisa, hicieron que sintiera un escalofrío por la espalda y le dieron de nuevo valor para afrontar el careo con el soberano.

Constancio Cloro estaba exhibiendo toda su realeza para dejarles claro de inmediato a los notables de la isla, todos allí presentes, que ahora era él quien representaba al imperio. Vestía una diadema tachonada de diamantes en la cabeza, y una dalmática dorada profusamente decorada sobre unos pantalones amarillos. Estaba envuelto en un manto de color púrpura y en una mano aguantaba el cetro y en la otra una esfera. Minervina pensó que Alecto nunca había destacado su papel con tanta solemnidad, y tal vez por ello muchos no lo habían tomado en serio.

El maestro de ceremonias presentó al emperador con una serie de títulos y atributos altisonantes que Minervina no escuchó en gran parte. Se estaba dando cuenta de que Alecto solo había jugado a hacer de emperador: el que tenía delante era un auténtico soberano.

–Mi buen amigo Osio, aquí presente –empezó diciendo Constancio señalando a su tutor–, me dice que eres una muchacha valerosa, Minervina, arrastrada por acontecimientos mucho mayores que tú, a tu pesar. ¿Tienes opinión propia al respecto?

Minervina se sintió un poco contrariada porque no la considerase capaz de tener opinión sobre un asunto tan importante como una usurpación. A fin de cuentas, había sido emperatriz durante un período breve, y había tenido que abordar responsabilidades desconocidas para casi todas las mujeres del imperio. Pero debía hacer de tripas corazón; obviamente, Osio la había hecho pasar a propósito por una niña tonta inconsciente de lo que ocurría a su alrededor.

–Solo puedo responderle, mi señor, que una mujer siempre debe obedecer a su marido –respondió– y evitar meterse en política, que es asunto de hombres. Pensaba que hacía bien desempeñando mi función

en beneficio de los indigentes. Por lo demás, siempre esperé que mi marido, como tenía intención de hacer, llegase a un acuerdo con personas como usted, que tenían y tienen responsabilidades mucho mayores que la administración que una sola isla. No quería que se convirtiera en un rebelde a ojos del Estado.

Constancio asintió con solemnidad.

–Precisamente yo que tengo inmensas responsabilidades no puedo rebajarnos a alcanzar acuerdos con quien se rebela contra nuestra autoridad. Tu marido no hubiera tenido problemas en ser investido con el gobierno de Britania si se hubiese puesto a nuestra disposición, en vez de seguir los pasos del rebelde Póstumo. Pero tú no tienes ninguna culpa de lo que ha pasado, así que tienes derecho a una segunda oportunidad. Osio nos ha dicho que tienes parientes en Roma, por lo que es mi interés enviarte allí para que piensen ellos en casarte con personas que no puedan conducirte por mal camino como tu anterior cónyuge.

Minervina agachó la cabeza en señal de agradecimiento y se inclinó hasta casi arrodillarse para despedirse, pero uno de los encargados de la ceremonia le indicó que se sentase con los demás asistentes en los laterales de la sala. Al parecer, nadie salía de la habitación antes de que lo hiciese el emperador.

Para su sorpresa, inmediatamente después el maestro de ceremonias pronunció el nombre de Sexto Martiniano, que se movió tras lanzarle una rápida mirada delante de Constancio.

–Sexto Martiniano –dijo el emperador sin cambiar de expresión–, tanto durante la batalla contra el usurpador como con motivo de la ocupación de la capital de la provincia, te has comportado con valor y sabiduría, mereciéndote en el rango de tribuno y la *corona vallaris*. No obstante, consideramos que no son premios suficientes para recompensar tus hazañas y devolverle a tu ilustre linaje el lugar que se merece. ¿Hay algo que desees que te pueda dar tu emperador?

Sexto se aclaró la voz y habló con orgullo, con respeto, pero sin miedo. Minervina se sintió orgullosa de él, como si ya fuese su marido.

–Mi señor, me honra mucho más allá de mis méritos –dijo el joven–. Agradezco el aprecio que me demuestra y haré cualquier cosa para ser digno de él. Lo que deseo es servirle aún mejor, y eso puedo hacerlo en un cuerpo que, desde siempre, se ocupa de la persona del soberano. Durante la batalla quedé asombrado por la gran organización y el valor indómito que demostraron los soldados del prefecto Asclepiodoto. Convertirme en pretoriano sería para mí la culminación de un sueño, y me permitiría volver a Roma, donde están mi padre y mi familia.

Sexto concluyó su discurso lanzándole de nuevo una mirada fugaz a Minervina, y la chica entendió que lo hacía para estar cerca de ella.

Y tenía la esperanza que sus tíos y el emperador le permitieran casarse con él.

CAPÍTULO VI

Una guerra en la guerra. Desde que se encontraba en el frente persa, Constantino se había dado cuenta de que tenía que luchar no solo contra los ejércitos del rey de reyes sasánidas, sino también contra sus propios rivales en la lucha por la sucesión. Y también ahora, que escrutaba el horizonte en busca del enemigo persa, tenía que guardarse las espaldas para evitar que alguien le jugara una mala pasada.

Se encontraba en mitad de la nada, y solo él tenía la culpa. Había elegido guiar el escuadrón de avanzadilla para demostrarle al emperador Galerio que era más valiente y audaz que los demás, pero no solo eso; lo había propuesto también para escapar de las tretas de la corte a la sombra del soberano, que continuaban y se volvían cada vez más maliciosas durante una campaña; en su campamento siempre tenía la sensación de que algún sicario pudiera atacarle mientras dormía, y prefería desarrollar su papel de soldado en todos los aspectos, en vez de estar pegado al emperador en su cuartel general solo para ser visto y hablar mal de los demás oficiales del Estado Mayor. Su objetivo era ganarse en el campo de batalla el mérito de suceder a su padre Constancio, callando con sus hazañas las malas lenguas que, a pesar de sus gestas en Egipto, lo describían siempre como un privilegiado.

Licinio sobre todo se esforzaba por desacreditarlo, pero ahora estaba también Severo, con el que se consumó la ruptura tras las mentiras que el general había dicho al terminar la campaña contra los blemios. De este modo, le había tocado hacer frente común con un personaje realmente desagradable pero que se encontraba en su misma situación: Maximino Daya, sobrino de Galerio, también él considerado un simple niño rico. Pero Maximino militaba bajo el mando directo de su tío, y nadie se atrevía a permitirse hacerle daño en serio, mientras que él no contaba con ninguna forma de protección, con el padre en la otra punta del imperio y sabiéndose solo un rehén en manos de los emperadores orientales. Si le ocurría algo, no le importaría ni siquiera a Diocleciano; es más, probablemente su muerte le hubiera sacado muchas castañas del fuego al soberano, además de alegrar a los oficiales que, como Licinio y Severo, no podían jactarse de una ascendencia importante.

–Yo tengo bastante. Hace calor y la reserva de agua escasea. Sugiero que volvamos –le dijo Maximino, que se había sumado al escuadrón únicamente para no quedar mal ante él.

–Lleguemos hasta aquellos relieves de allí abajo –respondió Constantino, señalando unas modestas lomas a poca distancia de ellos–. Desde allí tendremos buena vista de lo que sigue, y podremos decir que hemos cubierto una vasta extensión de territorio más allá de la frontera.

–Uf… A esta hora, si los sasánidas tuvieran realmente intención de invadirnos, ya nos los habríamos encontrado –se quejó Maximino.

–No necesariamente –respondió Constantino–. Esperan al césar lejos de sus líneas de suministro, como la otra vez, cuando lo derrotaron. Pero esta vez tu tío les tiene reservada una buena sorpresa.

Maximino resopló al recordar el desastre sufrido por el emperador, que a Galerio le costó la humillación que Diocleciano le infligió frente a las murallas de Alejandría.

–Cuanto más avancemos, más riesgo corremos de terminar como la otra vez. Podríamos esperarlos dentro de nuestras fronteras…

–No nos invadirían. Están cerca de las fronteras para sacarnos y derrotarnos de nuevo en el campo de batalla. De lo contrario, no combatirían; y al césar le hace falta una victoria campal clara para recuperar el prestigio, ante los augustos y ante el rey de reyes –explicó con paciencia. Maximino no le gustaba: se emborrachaba con facilidad, era holgazán y le interesaban poco los asuntos de Estado y militares. Además, era cruel incluso cuando no había necesidad, y parecía experimentar placer humillando a las personas de rango inferior. Pero era el único aliado en el que podía tener un mínimo de confianza en una corte y en un ejército de serpientes, y trataba de no mostrarle el desprecio que sentía por él.

–Pero hace calor. Nuestros soldados llegarán cansados al combate –volvió a quejarse Maximino.

Constantino hizo una mueca, pero no respondió. «¿Cómo puede la gente compararme con semejante individuo?», pensó. Luego se concentró en la delicada operación de la que eran la punta más avanzada. Y expuesta. Aquel pendenciero tenía razón en una cosa: hacía calor. Él se había llevado solo caballería ligera, pero podía imaginarse cómo estaría sufriendo el calor el grueso del ejército, dirigido por Galerio en persona; los legionarios llevaban ya horas caminando por el desierto, que se abría más allá de los confines de Siria, y a cada paso estaban cada vez más cansados, eran más lentos, menos atentos o más vulnerables al ataque enemigo. Eso era obviamente lo que quería el rey sasánida y Galerio le había hecho creer que podía caer otra vez en la trampa.

El césar ansiaba vengarse, y no había hecho caso a quien le había sugerido esperar y no poner otra vez en peligro no solo su vida, sino también su relación con Diocleciano, que no le perdonaría una segunda derrota. Galerio quería demostrarle a quien lo había

nombrado segundo emperador que se merecía aquel puesto y había tomado todas las precauciones para limitar los riesgos. Pero cuanto más se acercaba al corazón del imperio sasánida, más riesgo corría la estrategia de resultar frustrada. Y cuanto más se alejaba de la frontera, Constantino y sus hombres, como escuadrón de avanzadilla, en un mejor anzuelo se convertían.

Tenía que limitarse a esperar que las columnas que lo seguían hubieran avanzado a un paso lo bastante rápido como para no distanciarse demasiado. Y confiar en que los encargados de la logística hubieran tenido debidamente en cuenta la acción del calor y hubiesen llevado suministros de agua adecuados. Avanzó hacia las colinas que tenía delante y, de repente, notó todo el peso de las extremas condiciones atmosféricas: sintió el sudor cayéndole por las sienes y empapándole la dalmática, la coraza quemándole el pecho, las armas y el escudo pesados como peñascos y el casco estrujándole la cabeza como unas tenazas. Hasta entonces, había estado tan imbuido en su papel que no le había prestado atención.

Intuyó que era una señal; algo iba a pasar. Y presintió la presencia de los persas un momento antes de verlos aparecer sobre la cima de la colina. Supo así que estaba hecho para la guerra: tenía el instinto natural del soldado, más que cualquier otro de sus superiores con un mayor número de años de experiencia a sus espaldas.

Identificó a una decena de ellos, en las monturas de sus robustos caballos, con larguísimas lanzas centelleantes al sol como árboles desnudos en lo alto de la cordillera.

–Ahí están. Los hemos visto y ya no podemos volver atrás.

La voz quejumbrosa de Maximino interrumpió sus reflexiones sobre qué hacer.

–¡De ninguna manera! Tenemos que ver también *cuántos* son –respondió espoleando el caballo e invitando con el brazo levantado a los demás a hacer lo mismo.

–Estás loco. Yo vuelvo con mi tío –respondió Maximino.

–Adelante, informa de esta posición. Cuando yo vuelva, diré cuántos son y el césar podrá arreglárselas mejor –contestó.

El otro dudó, sin saber si quedarse a dar prueba de su valor, o replegarse mostrándole al emperador ser menos decidido que él. Al final optó por la retirada, espoleó al caballo y se llevó sus guardaespaldas. Constantino se quedó con la mitad de los hombres del escuadrón, a los que animó a subir la pendiente con él. Contaba con que también por parte de los sasánidas se tratase solamente de una patrulla avanzada, y que no atacarían. Se acercó a los enemigos, que al verlo avanzar desaparecieron en silencio tras la cima de la colina. Se aproximó con más cuidado, tirando de las bridas y forzando a su animal a ir más despacio. El terreno pedregoso cedía el paso a rocas

cada vez mayores, a través de las cuales era más complicado abrirse camino.

Cuando llegó a la cumbre, se encontró en medio de formaciones rocosas que creaban fuertes naturales, con barrancos, cuevas y gargantas por todas partes. Se bajó de su montura y se subió a una roca más alta que las demás para ver al otro lado. Y cuando se levantó, se encontró frente a un espectáculo que jamás habría imaginado ver.

Por debajo de él, hasta donde le alcanzaba la vista, se extendía un manto oscuro. Entornó los ojos para comprender de qué se trataba, luego llamó a uno de los soldados que tenía más cerca, un veterano de la batalla que había perdido Galerio hacía cuatro años, que acudió enseguida:

–Parecen pieles. Una enorme extensión de pieles… –le dijo.

El soldado asintió.

–Son eso, pieles, tribuno. Han levantado tiendas de piel no solo para protegerse del sol, sino sobre todo para ocultar el reflejo de sus armas. Está claro que querían darnos una sorpresa. Y ahí en medio hay una tienda más alta y grande que las demás; no cabe duda de que es el rey.

–Y tiene varias con él. Pero no suficiente para derrotar a nuestros dos contingentes. Hay que volver ahora mismo.

El veterano se bajó de la piedra, pero Constantino lo detuvo:

–¡Espera! Más allá veo algo más. Pero está lejos.

–¿De qué se trata?

–No lo sé. Podrían ser otras tropas o solo vegetación.

Oyó un repiqueteo entre las rocas. Un destello reveló la presencia de los soldados que había identificado con anterioridad.

Miró a su alrededor, estudió la formación del escenario y tomó una decisión: si escapaba obligando a algún otro a sacrificarse, su comportamiento tendría un efecto pésimo sobre la tropa, la única que lo apoyaba, por el momento. Tenía que arriesgarse en primera persona:

–Tú, soldado, corre al césar a avisarle y llévate a estos cinco hombres –ordenó, señalando a unos soldados. Dirigiéndose al grupo que tenía más cerca y que no superaba la decena, añadió–: Dile que está el rey de reyes y tiene… unos siete, ocho mil hombres. Puede adoptar la táctica establecida. ¡Vosotros, bajad del caballo y venid aquí!

El soldado lo miró perplejo. Pero el repiqueteo parecía más cerca, hasta que apareció, a unos metros de ellos, un escuadrón de jinetes enemigos.

–He dicho que os vayáis, tú y los demás. Yo me ocupo de esto –ordenó.

El soldado agachó la cabeza en señal de conformidad, con un gesto

les indicó a los demás que le siguieran y bajó la pendiente. Constantino levantó el brazo:

–¡Venid conmigo! –gritó.

Luego se movió hacia una formación rocosa muy empinada que había visto poco antes al echar un vistazo a los perseguidores. Como había previsto, aminoraron el paso, sin saber si seguir al escuadrón que huía o al suyo. Esperaba que lo eligieran como objetivo, permitiéndole así al veterano que avisara al emperador, y mientras tanto empezó a trepar el baluarte natural que había elegido. Cuando llegó arriba, constató satisfecho que era el lugar ideal para atrincherarse y estudiar las posiciones enemigas. Los perseguidores se detuvieron a los pies del repecho con gestos de rabia, dándose cuenta de que no sería fácil atrapar a los romanos.

«Ahora solo queda ver cuánto tarda Galerio en llegar», pensó el joven tribuno.

O los persas en moverse.

Minervina miró con una mezcla de compasión y repugnancia al hombre lisiado al que el diácono Silvestre le entregaba harina y dinero. Le faltaban más dientes de los que tenía y estaba segura de que era más joven de lo que aparentaba: el niño tan pequeño que llevaba en brazos la mujer demostraba que no podía haberlo tenido siendo tan viejo como parecía.

Estiró el cuello y miró por detrás del indigente a la familia que llegó junto al obispo Marcelino en primer lugar. Una gente desdichada que hacía cola dentro y fuera del ágape, todos a la espera de recibir su parte de caridad, que la comunidad cristiana de Roma ponía a disposición de los pobres. Según lo que le había dicho Silvestre, había niños huérfanos, viudas que no tenían ningún sustento tras la muerte de su marido, hijos jóvenes de prisioneros, enfermos o minusválidos; gente de ínfima condición con la que ella nunca había tenido nada que ver.

–¿Tienes miedo? –le preguntó el diácono, intuyendo sus pensamientos, o tal vez interpretando su expresión; Minervina temía no poder esconder su aversión.

–Un poco sí. ¿No son peligrosos? –respondió con espontaneidad. Pero enseguida se arrepintió. Le encantaba ser frívola, pero odiaba dar la idea de parecer estúpida.

Silvestre despidió a un hombre lisiado y, antes de dirigirse al siguiente mendigo, la miró con una sonrisa condescendiente. Era un hombre bueno, Minervina lo sabía, por lo que tendía a prestar atención a sus palabras.

–Mira a tu alrededor, Minervina –le explicó–. Entre nosotros, en el ágape, también hay personas de baja condición social junto a gente de la alta nobleza como tú. Para nosotros los cristianos no existen

diferencias entre un rico y un pobre porque somos un único corazón y una sola alma, reclinados hacia Dios, como se lee en los Hechos de los Apóstoles. «La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común». Por eso, todo buen cristiano se preocupa de sus hermanos. Se puede leer: «Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno».

El diácono la alentó a que le pasara otro saco de harina, que el hombre que tenían delante esperaba con evidente inquietud. Minervina se lo dio a Silvestre, que se lo entregó al plebeyo. Este hizo la señal de la cruz, hizo una reverencia y se marchó a toda prisa, cediéndole el puesto a una mujer que debía de tener más o menos la edad de Minervina, aunque por su estado parecía más anciana. Se la imaginó arreglada con el mismo cuidado que se dedicaba a sí misma, ataviada con telas finas, el pelo peinado como correspondía a una matrona romana, y la piel impecable gracias a los ungüentos que usaba. Y al final les dio las gracias a los cristianos por enseñarle, después de un encuentro en uno de sus lugares de reunión, que todos los seres humanos eran iguales, y que solo las circunstancias fortuitas del nacimiento los hacían diferentes.

Se culpó por haber mostrado siempre tanta indiferencia por el vulgo. No tenía ningún derecho. Solo habían tenido peor suerte que ella, si es que se podía considerar afortunada a una mujer que, con ni siquiera treinta años, había perdido a su padre y a su madre, al primer marido poco después de casarse y a la que luego obligaron a casarse con un hombre al que no amaba y que era mucho más viejo, sin ni siquiera tener el consuelo de un hijo.

Estos eran también los motivos que la habían llevado a acercarse a los cristianos. No tenía otra cosa, al igual que aquellos indigentes que se habían dirigido a Dios para tener una forma de consuelo y de esperanza, en una vida de miseria y angustia. Observaba a aquellos pobres, poco más que piel y huesos por la falta de comida y por una existencia malsana, dándose cuenta de que su falta de apetito, provocada por la tristeza y la desilusión, la había dejado como ellos: más arreglada y peinada, mejor vestida, pero débil y decaída, como las mujeres que veía frente a ella.

Solo la animaba la curiosidad por aquella religión que cada vez hacía más prosélitos, caracterizándose por una bondad de propósitos que ya no veía en la veneración por los dioses antiguos, incapaces ya, le parecía, de darles razones nobles a los hombres de su época. Los augustos se declaraban muy cercanos a los dioses de sus padres, y si Diocleciano había tomado expresamente el nombre de Júpiter,

asociándose con el padre de los dioses, su compañero Maximiano, que residía en Roma, había asumido el de Hercúleo. Pero en sus edictos no se hablaba de ayudar a los demás, de salvar a la humanidad, de sacrificio, como en la religión cristiana, sino solo de orden y unidad, en nombre de una obediencia ciega a los emperadores. Un mensaje árido que nunca había bastado; «Los dioses debían hacer a los hombres mejores, no esclavos», pensaba.

Y el marido se lo había permitido. Incluso le había consentido que se llevara el dinero para donarlo a la caja común gestionada por el obispo Marcelino. Jamás se había imaginado, ni remotamente, acompañarla, y había considerado su iniciativa con cierta condescendencia, incluso con desprecio, increpando a los cristianos como estrafalarios parásitos que amenazaban con echar a perder el imperio. Le había hablado de un centurión, de nombre Marcelo, que dos años antes, en África, con motivo del aniversario de la asunción de los títulos de Júpiter y Hercúleo por parte de los augustos, se negó a prestar servicio militar para no romper el juramento que lo unía a Cristo; y de un veterano llamado Tipasio, que había rechazado el donativo a las tropas porque las monedas tenían la efigie de los emperadores representados como dioses.

Pero su marido pensaba como el viejo militar que era y Minervina no podía compartir su escepticismo. Y se alegraba de que no la hubiese acompañado en futuras ocasiones para participar en los ágapes, donde vio una manera de hacer algo que no la relacionara necesariamente con él. Siempre se había sometido a él, como se esperaba de su función, y había tratado de todas las maneras darle un heredero, pero este no había llegado. Sentía la necesidad de tener un poco de libertad y le sorprendieron las primeras palabras que le dijo Silvestre cuando lo conoció: «Creer en Cristo hace libre también al último de los esclavos». Y ella deseaba liberarse de los vínculos que aquel incómodo matrimonio le había impuesto, sumándose a las obligaciones a las que estaba sujeta como hija de un hombre considerado rebelde y ejecutado, excónyuge de un usurpador del trono y como mujer. No detestaba a su marido; le tenía cariño, como le había tenido siempre antes incluso de tener que casarse con él, pero no había nada en su matrimonio que la hiciera feliz o que le permitiera soñar, si no para escapar con la fantasía. Se sentía en realidad prisionera, como esos pobres que tenía delante. Por eso acogió con gratitud la invitación de Silvestre para acompañarla en un ágape, participando en primera persona en la distribución de alimentos a los menesterosos.

El obispo Marcelino impuso silencio y todos se giraron hacia él, un hombre venerable y aparentemente bondadoso, con una larga barba blanca y en la cabeza tan solo un anillo de pelo cano. Estaba junto a

un altar improvisado en el atrio de la elegante *domus* en la que se celebraba el encuentro, y a su lado se encontraba el dueño de la casa, un mercader adinerado que también había hecho negocios con el marido de Minervina.

–Queridos míos –empezó diciendo el prelado cuando tuvo la atención de todo el mundo–, me alegra ver que nuestra comunidad aumenta a diario de hermanos y hermanas en Cristo que deciden dedicarle su tiempo y poner sus bienes a disposición del próximo menos afortunado que ellos, demostrando un amor que les otorgará la salvación en el reino de los cielos. Escribió san Pablo en la Carta a los Corintios: «Que el fuerte no olvide al débil y que el débil respete al fuerte. Que el rico socorra al pobre y que el pobre bendiga a Dios, a quien debe el socorro del rico».

Un ruido de botas con tachuelas sonó de repente en el vestíbulo.

–Exactamente, así es, que el débil respete al fuerte –dijo un joven con tono altivo que se dirigía hacia el obispo abriéndose camino a empujones entre la pobre gente que esperaba. Lo seguía un destacamento de soldados, con un tribuno en uniforme de gala y casco crestado en primera fila.

Entre los murmullos de la gente, Minervina reconoció al joven: Majencio, el hijo del augusto Maximiano. Pero quien más la impactó fue el oficial que iba a su lado, a quien reconoció como el hombre que creía amar.

Sexto Martiniano.

Era la primera vez que Constantino los veía de cerca. Pero no pensó siquiera en poder detenerse a estudiarlos: estaba demasiado ocupado en defenderse de su ataque. Los persas, ya fueran una parte o los sasánidas, habían sido de siempre una pesadilla para los romanos, desde la brutal derrota de Craso en Carras más de tres siglos antes. Todo aquel que quisiera acumular experiencia bélica de prestigio, quería enfrentarse a ellos, antes o después, y Constantino por fin tenía la posibilidad de luchar con ellos. Por desgracia, sin embargo, no iba a hacerlo entre las filas de todo un ejército, protegido por los escudos de los compañeros, sino solo, con un puñado de hombres, en mitad de rocas que formaban un baluarte natural, rodeado por un vastísimo ejército.

Pensó en cómo podría repeler los ataques enemigos. Contaba con una decena de lanzas, tantas como soldados, pero no tan largas como las de los persas, y espadas. No tenía más opción que confiar en las numerosas piedras que tenía bajo sus pies. Pero antes o después estas también se acabarían. Mientras tanto, les ordenó a los soldados que cogieran un par cada uno. Vio que los sasánidas subían la pendiente por la única vía de acceso disponible; detrás de los romanos, de hecho, había una cima impracticable, imposible de escalar. Los enemigos

eran solo el doble que ellos y todos formaban parte de la caballería ligera: no tenían coraza, y como única protección llevaban cascos cónicos, y algunos contaban con arcos. Cuando se encontraron a poca distancia de los romanos, los arqueros se detuvieron y apuntaron con los arcos.

–¡A cubierto! ¡Inmediatamente! –les gritó Constantino a los suyos, que se agazaparon tras las rocas. Justo después, una ráfaga de flechas cayó sobre su posición. El joven las oyó silbar por encima de él o pegar contra las rocas que lo protegían. De inmediato, los oponentes estaban preparados para lanzar otra vez, y de nuevo sus disparos se quedaron en nada. Pero entonces repitieron la operación y Constantino, desde su limitado campo de visión entre una roca y otra, vio que estaban cubriendo el avance de unos quince lanceros.

Esperó a que los sasánidas se acercaran hasta el punto en el que sus compañeros no pudieran cargar las flechas sin evitar darles. Luego se levantó y gritó: «¡Piedras!». Dio ejemplo asomándose un poco por encima de la roca y lanzando la piedra contra el guerrero que tenía más cerca, al que golpeó en mitad del pecho. El hombre se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, resbalando por el suelo pedregoso. Se paró contra un saliente rocoso, contra el que se golpeó la cabeza y, pese a protegerse con el casco, se quedó inmóvil; Constantino no sabía si estaba muerto o desmayado.

Inmediatamente después lanzaron más piedras. Con algunas fallaron, pero cada soldado al que le daban, aunque fuera de refilón, perdía el equilibrio en el terreno resbaladizo y caía.

–¡Otra vez! –exclamó Constantino, concentrado en aprovechar los blancos aturdidos e inmóviles.

La nueva lluvia de proyectiles cayó sobre los hombres que había en el suelo. Dos no se levantaron, pero los demás volvieron a subir, mientras una nueva ráfaga de flechas respaldaba el avance. Poco después también los arqueros avanzaron con ímpetu para hacer frente al ataque.

Constantino recogió las piedras más próximas y volvió a tirarlas, secundado por sus compañeros. Los guerreros persas, acostumbrados a usar la lanza con las dos manos, no portaban escudos y muchos tuvieron que volver a sufrir el impacto de los proyectiles. El tribuno se atrevió a inclinarse con más confianza, consciente de que las lanzas enemigas no estaban hechas para ser lanzadas. Sin embargo, cuando los enemigos estuvieron cerca de la barricada, tuvo que retirarse para evitar sus cargas. Las mezquinas puntas de las largas astas de madera se colaron por encima y entre las rocas, y uno de los soldados romanos fue demasiado lento como para evitar el golpe, que lo alcanzó en la espinilla. Cayó al suelo con un grito desgarrado, se arrastró hacia atrás y dejó libre su área, donde su agresor pudo acercarse y empezar a

pasar por encima de la roca. Constantino corrió y el enemigo, al verlo, hundió de nuevo la lanza. El tribuno lo esquivó con un movimiento rápido del torso, agarró el palo y dio un violento tirón que le arrancó el arma de las manos al persa. Este, desequilibrado, cayó a sus pies, y Constantino utilizó la misma lanza que le había arrebatado para clavarlo al suelo, con una estocada en vertical que lo atravesó justo entre los hombros.

Mientras tanto, el soldado cojo se levantó y acudió a él.

–Puedo continuar, tribuno –le dijo.

Constantino lo miró perplejo, pero cuando una nueva lanza se deslizó por su lado, el hombre cortó el asta con la espada de un golpe seco, rompiéndola en dos y dejándola inservible. Constantino asintió satisfecho y recuperó su posición, con muy poco tiempo para ayudar a un compañero contra el ataque de dos guerreros adversarios. Los persas treparon hasta la cima de la barrera rocosa, haciéndose así vulnerables a la lanza del romano, que le clavó a uno en la cara, atravesándole un ojo. El hombre dio un grito de dolor desgarrado, se llevó las manos a la cara y cayó encima del compañero, que se desequilibró exponiéndose a su vez a la espada de Constantino, quien solo necesitó darle un espadazo para cortarle un brazo.

El tribuno miró a su alrededor. Por la barricada, sus hombres parecían tener el control de la situación. Al menos seis cadáveres yacían sobre las rocas o justo a los pies, y todos eran enemigos. Otros tres se arrastraban heridos por la pendiente. En ese momento, los demás empezaron a replegarse, pues sabían que no tenían ninguna esperanza de conquistar el bastión. Se establecieron a una distancia prudente, pero una parte se dirigió a la llanura. «No hay duda de que van a buscar refuerzos», pensó Constantino. Estaba claro que su posición podía conquistarse solamente con una aplastante superioridad numérica.

Pero el joven no tenía intención de limitarse a aguantar la presión enemiga. Se quedó allí por un motivo concreto. Les ordenó a los suyos que vigilaran a los enemigos y se acercó a la cumbre que tenía por encima. Luego empezó a escalarla, trepando por la roca. Cuando llegó a la cima, estaba cubierto de cortes y raspaduras. Se puso en pie y contempló la llanura de abajo. El ejército enemigo había empezado a moverse, pero siempre bajo la cobertura de las pieles. Una parte estaba subiendo la pendiente, otra rodeaba la colina, y el rey de reyes iba con la primera columna. No había duda de que querían sorprender al ejército de Galerio con una maniobra de pinza: de frente con las tropas de debajo, por el flanco con las que iban a situarse sobre la colina rocosa.

Pero lo que le preocupaba era la mancha oscura que vieron previamente en el horizonte. Le pareció que se estaba acercando, lo

que descartaba que se tratase de vegetación. Luego miró hacia el otro lado y vio que se acercaba el ejército romano. A este también le seguía, en segundo plano, otra mancha oscura.

De repente todo le encajó. Galerio había pensado sorprender al enemigo, pues iba seguido de soldados de remplazo que debían intervenir cuando los persas creyeran que les habían ganado la partida a sus enemigos; la presencia de la reserva marcaría la diferencia con respecto a la derrota anterior.

El problema era que el rey de reyes había tenido la misma idea. Él también había mantenido a cierta distancia un contingente adicional, listo para hacer el relevo en el momento oportuno.

En ese instante oyó, justo debajo de él, relinchos de caballos, golpeteos y chillidos. Miró por detrás del escuadrón de sus hombres y vio que subía la ladera, en dirección a su puesto, un destacamento de decenas, quizá cientos de guerreros, con armamento pesado. Así pues, habían decidido ocuparse de él y de sus hombres ya.

Esta vez, las defensas no se mantendrían. Pero ya no importaba; lo que importaba ahora era avisar a Galerio de que le esperaba una emboscada.

Debía hallar la manera de marcharse de allí enseguida. Antes de que le bloquearan el paso por completo.

Pero justo en ese momento, con un grito unánime, los soldados enemigos comenzaron a atacar su reducto.

CAPÍTULO VII

–En mi opinión, esto es sedición –declaró Majencio con una sonrisa malévola, dirigiéndose con tono melifluo al obispo Marcelino. Sexto Martiniano casi no pudo reprimir un gesto de hartazgo: cuando les pidió a los emperadores entrar a formar parte del cuerpo de pretorianos, no se imaginó acabar de protector de las niñerías del hijo del augusto. Pero era deseo explícito de Maximiano que un oficial y una pequeña escolta acompañasen a Majencio allí donde fuese y lo protegieran incluso de los problemas que le acarreaba su carácter extravagante. Y puesto que se trataba de una tarea ingrata y detestada por todos, el prefecto del pretorio se lo asignó a él, que era el tribuno con menos antigüedad de servicio.

Martiniano estaba convencido de que Majencio no era un mal muchacho. Solo tenía una concepción desproporcionada de su realeza y se había tomado muy en serio el título de Hercúleo que se había atribuido el padre, asignándoselo también a él mismo por pertenecer al mismo linaje. Daba por hecho poder aspirar a ser el próximo césar, pero no hacía nada concreto para prepararse, y Martiniano estaba seguro de que Maximiliano, y sobre todo Diocleciano, lo habían notado: los dos emperadores eran hombres hechos a sí mismos, y para la tetrarquía que habían concebido buscaban hombres capaces y con experiencia militar a sus espaldas. Dudaba de que, cuando llegase el momento, eligieran a Majencio como heredero. Pero el chico, que había llegado a la veintena sin haber desempeñado jamás ninguna función que no fuese meramente honorífica, no parecía preocupado.

–¿Desde cuándo, príncipe, darles de comer a los necesitados es sedición? –respondió el obispo con un leve temblor en la voz.

–Desde que el dinero acumulado para estas donaciones sale del erario, por ejemplo. O desde que no se ofrecen sacrificios al emperador antes de comenzar una ceremonia –respondió Majencio, sacando la espada y provocándole un evidente escalofrío a Marcelino, que se puso tenso. La hoja pasó lentamente por el saco de harina que tenía una mujer, el cual reventó derramando el contenido en el elegante suelo de mosaico de la casa. La mujer se echó hacia atrás y fue entonces cuando Sexto observó sus facciones.

Ella.

Sintió un nudo en el estómago por la emoción, y las palabras de los protagonistas de la escena le llegaron difusas, como si procedieran de una habitación al otro lado de la pared.

–Perdóname, príncipe –insistió el obispo–. Pero este dinero proviene

de donaciones libres de ciudadanos que ya contribuyen de manera significativa a la hacienda. Y se trata de una distribución caritativa, no de una misa ni de cualquier otra ceremonia. Por lo tanto, no es necesario realizar un sacrificio en nombre del emperador más de lo que haya que hacerlo antes de una clase en la escuela.

A Majencio se le borró la sonrisa socarrona y adoptó una expresión contrariada. Visiblemente avergonzado al darse cuenta de que no tenía argumentos, se aclaró la voz y acabó respondiendo:

–Aunque así fuera, dado que estás en mi presencia, exijo que hagas un sacrificio en honor de los emperadores. Eso valdrá por todas las veces que, según me cuentan, no los hacéis antes de una de vuestras ceremonias.

–Pero no tenemos obligación de realizar estos sacrificios –respondió de nuevo rápidamente Marcelino.

–La ley los exige –insistió Majencio.

–Querrás decir que los haremos la próxima vez que celebremos misa –trató de apaciguarlo el obispo.

–Ahora. Los exijo ahora. Quiero veros rezar por la salud de mi padre, como haría todo buen ciudadano romano –respondió enfadado el joven príncipe.

A Marcelino se le empapó la frente de sudor. El obispo calló unos segundos con la mirada puesta en sus fieles. Mientras tanto, muchos pobres habían abandonado la fila y se habían ido discretamente del vestíbulo. Otros permanecían quietos, paralizados por el miedo.

Sexto sintió miedo por Minervina.

–Príncipe, estoy seguro de que si acordamos una fecha en la que puedas asistir a una de sus funciones, te acogerán con un sacrificio a tu divino padre para que puedas comprobar su respeto por las instituciones –se arriesgó a decir dirigiéndose a Majencio–. El emperador no desea disturbios, y desde luego no tiene nada contra los donativos a los pobres.

Majencio lo miró como si lo viera por primera vez. Arrugó la frente y reflexionó un momento, luego les dirigió una mirada furiosa a los presentes. Se golpeó con el plato de la espada en la palma de la mano izquierda, resopló y al final dijo:

–No me interesa estar presente en una de las ceremonias de estos chiflados. Irás tú, tribuno, y me informarás de su comportamiento, dado que has hecho esta propuesta. Vayámonos ya de aquí, lejos de esta chusma.

A Sexto no le quedó más que asentir. Y mientras Majencio se giraba para marcharse, les indicó con un gesto a los soldados que lo acompañaran.

–Yo me quedo para arreglar la fecha, príncipe –le dijo al joven. Después, cuando Majencio hubo salido, se acercó a Marcelino–. Sé que

celebráis vuestras ceremonias en domingo. Vendré aquí el próximo a esta hora. Y por favor, procurad demostrarme que sois súbditos respetuosos del emperador.

El obispo asintió.

–Bien –añadió Sexto–. Visto que estamos de acuerdo, permitidme ahora tener unas palabras con esa señora. Me gustaría presentarle mis respetos a su ilustre marido. Vosotros continuad con vuestras distribuciones.

Luego fue hasta Minervina y la invitó a seguirle por el lado del atrio opuesto a donde se reunía la gente.

–Parece que por fin los dioses nos han ofrecido una oportunidad para hablar, mi señora –le susurró para que los demás no escucharan.

Ella lo miró de reojo. Sin embargo, aquellos ojos, de un azul claro e intenso, lo estremecieron.

–Esperaba que lo hiciera hace mucho tiempo, tribuno. Pero quizá estaba demasiado ocupado en seguir sus ambiciones de carrera… –respondió con un mohín que a Sexto le pareció delicioso.

–Me hubiera gustado, créeme. Más que cualquier otra cosa. No ha habido un día en que no haya pensado en ti desde que te vi en Britania, hace tres años –contestó–. Pero te prometieron como esposa de ese hombre antes de que yo pudiera tomar cualquier iniciativa.

–Podrías haberle preguntado al emperador. Si tú también te hubieras propuesto como marido, el augusto habría podido valorar tu ofrecimiento. En ese momento no te hubiera negado nada. –Su tono era dulce, a pesar de sus palabras ásperas. Parecía que aquella mujer no podía ser desagradable.

–No podía competir contra la oferta de tu marido. Es un hombre que consigue siempre lo que quiere, e importa mucho más que yo y que mi familia. Yo soy el hijo de un traidor, o eso parece. Al igual que tú.

Minervina guardó silencio, evitando cruzarse con su mirada. Vio que apretaba los labios y deseó besarla más que nunca.

–Para mí no ha cambiado nada –dijo por último la mujer.

¿Era una propuesta? Sexto se sintió abrumado por la emoción. La sola idea de poder tener entre los brazos a una mujer tan hermosa, capaz de aunar la dulzura con la sensualidad como ninguna otra, lo hizo temblar de deseo. Su naturaleza masculina lo empujaba violentamente a aprovechar las circunstancias. Pero su orgullo lo detuvo de inmediato.

–Para mí sí –respondió él haciendo mucho más hincapié en sus palabras de lo que le hubiera gustado–. Ahora estás casada. Presenta mis respetos a tu marido y dile que no lo he olvidado.

Luego silenció sus impulsos y se giró, dirigiéndose hacia la salida.

Y mientras se abría paso entre la gente, se reprochó haber sido tan estúpido y haber permitido que el orgullo le ofuscara la mente,

llevándolo a olvidar por un instante que era la mujer de Osio.

El asesino de su padre.

Acostarse con ella habría sido una especie de venganza, ante la imposibilidad, por el momento, de castigarlo como se merecía.

Pero la verdad, reconoció, era que no lo habría hecho como despecho a Osio, sino porque lo deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Fue su conciencia la que lo rechazó, no su orgullo. No quería manchar un sentimiento tan puro como el que sentía desde el primer momento en que la vio siendo ya mujer con pequeños instintos de represalia.

Esta vez podía dejar a sus hombres allí sin temor a parecer un cobarde. Constantino sabía que corría más riesgo que ellos al abandonar el bastión en el que se habían atrincherado. Sus soldados, al menos, tendrían la posibilidad de resistir tras las rocas a la marea humana que se disponía a cruzar la colina. Él, en cambio, se aventuraría solo en una llanura repleta de persas para avisar al emperador de la trampa en la que estaba a punto de caer.

Siempre y cuando hubiese conseguido llegar a la parte inferior de la montaña de una pieza.

Por el lado que daba a donde sus hombres habían levantado la barricada no podía bajar: el enemigo estaba ocupando la pendiente por completo. Solo le quedaba la cara más escarpada, adonde había subido para escrutar mejor el horizonte. Pero si su orografía le había protegido del riesgo de que lo atacaran por la espalda, ese mismo motivo convertía el descenso en una hazaña al límite de lo imposible.

Mas había que hacerlo, a cualquier precio. Informó de su decisión al soldado que lo había seguido quedándose un poco más abajo a la espera de sus órdenes. Constantino le mandó que le lanzara el escudo y se despidió, deseándole buena suerte. Luego observó el despeñadero. Abajo no había nadie: los persas estaban en lo alto de la colina o, en su mayoría, por el lado opuesto, donde eran más fáciles las conexiones entre las dos secciones en las que se había dividido el ejército del rey de reyes. Con una cuerda atada a uno de los salientes de la cima bajaría con relativa seguridad, pero sin ella solo podía intentar deslizarse, esperando que alguna piedra diseminada sobre el terreno no lo aplastaste. Estaba demasiado empinado como para que pensara en bajar caminando o corriendo.

La única posibilidad era usar el escudo.

Dudó una vez más. Le parecía una locura. Las probabilidades de estrellarse eran mucho mayores que las de sobrevivir. Y aunque lo hubiese conseguido, ¿habría podido correr hacia el emperador para avisarlo o habría quedado tan mal parado que se convertiría en una presa fácil de los persas que pudieran ir tras él? Entendió que tenía que tirarse y nada más. Caminó hasta el borde, más allá del cual se

abría algo parecido a un precipicio, e intentó identificar una trayectoria que le permitiese, dentro de lo posible, evitar las rocas puntiagudas del terreno. Después de encontrar una, apoyó el escudo en el suelo y se sentó encima, luego desenvainó la espada. A continuación se acomodó, evitando coger velocidad con la espada, la cual apuntó hacia el suelo por la parte delantera usándola como freno. Con la otra mano agarró fuerte el escudo contra su trasero.

Desde el principio se dio cuenta de que no solo era imposible frenar, sino que si insistía en repercutir el suelo se arriesgaba a volcar. Sentía el viento cálido del desierto azotándole la cara mientras cogía más velocidad. El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho, los latidos aceleraron, al mismo tiempo que se le cerraba el estómago. Los saltos eran cada vez más violentos, mientras que una quemazón más y más intensa en la mano izquierda, con la que se agarraba el borde del escudo, le hacía comprender la cantidad de veces que el dorso rozaba el suelo. Desde arriba, el tramo que tenía que recorrer le había parecido corto, y esperaba que no le diera tiempo a coger velocidad antes de llegar a la parte inferior. Pero vio que se había convertido en un rayo casi de inmediato, a pesar de sus intentos por evitarlo. Ya no podía controlar ni la trayectoria ni su estabilidad en el escudo.

Vio que iba directo a un saliente y que se iba a estrellar. Tuvo que pensar en una fracción de segundo cómo evitarlo. Un momento antes, abandonó el escudo y se tiró a un lado. Chocó con violencia contra el suelo pedregoso, sintiéndose como si le agredieran mil puñales por todo el cuerpo. Rodó por el polvo, golpeándose sin parar, sin saber ya dónde se encontraba y en qué posición. La cabeza le giraba de forma descontrolada y solo el casco evitó que tuviera repercusiones fatales. A pesar de todo, sintió que las sienes le palpitaban fuera de control y el revestimiento de cuero interno no fue suficiente para protegerlo de los impactos continuos del metal contra la tierra y las piedras.

Cuando se detuvo, no estaba seguro de estar totalmente consciente. No había una parte del cuerpo que no le doliese y su primer pensamiento fue que no podría ponerse en pie. Luego vio que no tenía ni la espada ni el escudo. Cualquiera habría podido acabar con él en un momento. Jamás se había sentido tan impotente y le invadió un miedo cerval. Mira a su alrededor, pero tenía la visión borrosa y el dolor le obligaba a retorcerse y a entornar los ojos. Se forzó al menos a sentarse y en ese momento se dio cuenta de que tenía la mano izquierda literalmente destrozada. Tuvo que apoyarse solamente en el brazo derecho, por donde le corría copiosa la sangre de numerosos cortes.

Cuando se le aclaró la vista no parecía tener personas alrededor ni en las proximidades. Sin embargo, vio surgir el perfil del ejército imperial, que se acercaba a él. Galerio estaba peligrosamente cerca de

la colina, donde lo cogerían por sorpresa tres columnas enemigas. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero enseguida sintió que las piernas le cedían. Las observó constatando que los pantalones estaban hechos jirones y ensangrentados, pero creyó que no tenía nada roto. La armadura lo había protegido de posibles lesiones en las costillas y las vértebras y el dios Apolo de fracturas en las extremidades. No obstante, los dolores eran casi insoportables, y en cuanto sometía los músculos a un esfuerzo notaba las contusiones. Se sentía como si hubiera salido de una pelea en la que se había llevado la peor parte, pero no tenía intención de echar a perder el imperio, su carrera y su propia vida por no haber vencido el dolor. Tendría que vencer otros muchos desafíos en la vida para conseguir los objetivos que se había propuesto.

Dejó escapar un rugido y se puso en pie. Si bien se tambaleaba, logró dar un paso adelante, luego otro y uno más hasta que el dolor se convirtió en un compañero de viaje natural. A medida que aumentaba el ritmo, pero tan solo después de lo que le pareció una eternidad, logró mantener un paso de marcha casi satisfactorio. Pero no era suficiente. Tenía que correr si quería ser útil. Intentó aumentar el paso, pero sus pies se arrastraban por el suelo, golpeando contra las piedras que se esparcían bajo sus botas tachonadas. Se armó de fuerza para ir más allá de sus propios límites, imaginándose en un trono, al igual que Diocleciano, y decidió que no renunciaría por nada en el mundo a hacer realidad aquella imagen. Y como por arte de magia, sus piernas empezaron a aplastar la tierra.

Pero cuanto más corría más se le empañaban los ojos por el esfuerzo. Temió desmayarse de un momento al otro. Vislumbraba las siluetas cada vez más grandes de los romanos, pero estaba todo difuminado, confuso y durante unos instantes no estuvo tan seguro de que se tratase de sus hermanos de armas. Sintió que se asfixiaba y un momento después se vio con los brazos y las rodillas en el suelo andando a gatas. La mano izquierda no aguantó y todo su cuerpo cayó sobre el polvo. Persiguió de nuevo la imagen de su futuro reinado. Se levantó apoyándose precisamente sobre la mano destrozada para derrotar con una explosión de vitalidad su necesidad de rendirse. Dio un par de pasos más y volvió a caer. Se levantó de nuevo arrastrándose hacia delante. De repente, sintió que un fuerte abrazo lo sostenía.

–Príncipe, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? –La voz le llegó como un eco lejano y necesitó un tiempo para distinguir las palabras.

Ante él vio a un centurión mientras dos soldados lo aguantaban.

–El emperador… Tengo que hablar ahora mismo con él –murmuró.

–No temas, los hombres que enviaste a avisarnos llegaron y nos informaron de todo. Sabemos que hay persas –respondió el oficial–.

Nos estamos preparando para la batalla.

–No… No lo sabéis todo… Tengo que hablar con el emperador –insistió.

–El emperador está en el centro, lejos de aquí. Dime, Constantino. El césar me ha confiado esta ala.

Constantino vio que Licinio se acercaba. Sintió al instante que recobraba las fuerzas y se liberó con un tirón de los dos soldados; no quería parecer débil a ojos de un rival. Luego apenas pudo reprimir un gesto de rabia. Hubiera preferido ver a Galerio en vez de pasar a través de uno de sus subordinados más traicioneros. Pero no le quedaba elección; no había tiempo que perder.

–Los persas están usando nuestra misma estrategia. Las dos columnas que están a la altura de esta colina no son las únicas. Tienen una reserva no muy lejos.

Licinio lo miró con desconfianza y en silencio y luego sacudió la cabeza.

–Estás delirando. Y en tus condiciones, no me sorprende. Llevadlo a resguardo en la retaguardia –mandó al centurión, luego se giró para irse, se detuvo y se volvió a dirigir a los subordinados–: Mejor, arrestadlo: este cobarde ha abandonado a sus compañeros –ordenó, alejándose definitivamente.

«¿Vendrá?», continuaba preguntándose Minervina, dando vueltas en el sillón donde había querido esperar al hombre que no había dejado ni un instante de estar presente en sus pensamientos desde el día en que lo vio en el ágape, una semana antes. Cuanto más tiempo pasaba esperando, más absurdo e inconcebible para alguien como ella le parecía lo que había hecho: mandarle un mensaje a un hombre con el que había hablado un par de veces antes, enviarle una propuesta para reunirse de forma clandestina, idear una excusa para justificar que salía de casa por la noche mientras el marido estaba fuera de la ciudad, exponiéndose al riesgo de verse sola con él en un edificio de la periferia. Había alquilado el apartamento para una sola noche, teniendo al margen incluso a su doncella, contactando en el mercado de Trajano con una posadera que, según le dijeron una vez sus esclavos, invirtió su dinero en inmuebles. Esperaba que la solidaridad femenina no la traicionara y le había pagado incluso más del valor del alquiler para comprar también su discreción.

Y todo por un hombre que probablemente ni se presentaría. Al menos esto le permitía pensar en el comportamiento de él en el ágape. Pero en cambio, Minervina contaba con lo que le pareció que la conectaba a él desde el primer momento, en Britania, tantos años antes; nunca había sentido que la miraran de esa manera, con dos ojos que la envolvían en un abrazo y la hacían sentir protegida y tranquila. Creyó leer de nuevo esa mirada, una semana antes, y se lo escribió en

el mensaje que le envió al Castro Pretorio, con la esperanza de hacerle cambiar de idea, que en esa ocasión se había mostrado firme.

Pero ahora empezaba a tener dudas. ¿Qué locura era aquella? No vendría y ella se humillaría ante él. Es más, quizá no solo ante él; a lo mejor Sexto les había enseñado la carta a todos sus camaradas y la había avergonzado. O vendría y le haría daño. A fin de cuentas, no le había dicho a nadie dónde estaba y el edificio ni siquiera tenía portero; si le pasara algo, nadie podría acusar a Sexto, y si desapareciera, nadie sabría dónde buscarla.

Había hecho una estupidez tremenda. Se levantó del triclinio, decidida a irse antes de que fuese demasiado tarde. Pero luego recordó que los porteadores del transporte público que había contratado para la ocasión, para no implicar a los esclavos domésticos, se habían ido; les había ordenado que volvieran poco después del amanecer, porque no quería que tuvieran motivos para chismear si veían llegar a Sexto. En Roma los cotilleos corrían rápido, y tanto ella como Martiniano, un tribuno pretoriano, eran personajes públicos.

De repente empezó a tener más miedo de que él apareciera. Sola, con un extraño, que además tenía motivos para odiar a su marido y podía hacerle daño a ella para herir a Osio. No lo había tenido en cuenta. Pensó que corría menos riesgo intentando llegar a su casa sola después de todo. Corrió hacia la entrada, la abrió y vio que ya había caído la noche. Las calles de alrededor estaban oscuras, el cielo velado con un manto de nubes que enredaba la luz de las estrellas y de la luna. Aquella no era una de las calles principales que la gente y los carros autorizados a cruzar las murallas después del atardecer recorrían de noche acompañados con antorchas; y Minervina sabía que la gente rica se aventuraba por las calles en las horas nocturnas solo con guardaespaldas armados, mientras que los pobres ni se atrevían. No había nada más fácil que ser víctimas de criminales.

Pero debía intentarlo. a lo mejor tenía más posibilidades de conseguirlo así que quedándose en casa a merced de un hombre que tenía más motivos para odiarla que para amarla.

Dio un profundo suspiro, apretó los puños y dio un paso adelante, cuando, de repente, una sombra se materializó ante ella bloqueándole el paso. Minervina dio un grito e intentó entrar en casa instintivamente, pero alguien la agarró por el brazo, murmurándole algo que sus gritos no le dejaron entender. Le soltó una patada al desconocido en las piernas y este dio un respingo, pero no la soltó.

—¡Minervina! ¡Mi-ner-vi-na! ¡ Soy yo, Sexto Martiniano!

Necesitó un momento para darse cuenta de que el hombre la estaba llamando por su nombre. Paró y por fin lo miró a la cara.

Era él.

Y tuvo más miedo aún.

Constantino no se resignaba. El ejército de Galerio no solo corría el riesgo de sufrir una derrota de proporciones espantosas que todavía se podía evitar, sino que a él se le consideraría nada menos que un cobarde. Y todo por culpa de Licinio. Si alguna vez se convertía en emperador, se lo haría pagar. El problema era que, por el cariz que habían tomado las cosas, muy pronto no sería más que un cadáver, pues si no lo mataban los persas después de ganar, sería ejecutado por los propios romanos por cobardía.

El cuerpo le dolía por todas partes, pero se sentía preparado para luchar si se lo hubieran permitido. Sin embargo, había guardias allá donde mirase que no lo perdían de vista. Lo habían metido con los pertrechos, lejos de la primera línea, justo detrás de una irregularidad rocosa de modesta altura, pero suficiente para ocultarle al enemigo la reserva, desplegada un poco más allá. No podría llegar hasta Galerio sin abrirse paso por la fuerza. Su única esperanza era hablar con algún pez gordo que lo sacara de los problemas y le permitiese cambiar el curso de la batalla, marcado ya de forma nefasta por la insensata decisión de Licinio. Pero no había nadie al que dirigirse; en una corte donde todos podían aspirar a la sucesión imperial, todos los peces gordos lo consideraban un rival en potencia, y no lo habrían ayudado en modo alguno. Se lamentaba de no poder servir a las órdenes de su padre; con cualquier incomprensión que surgiera con los otros oficiales superiores podría haber apelado a él, que siempre lo habría tratado con trato preferencial. ¿Por qué lo habían separado de Constancio, obligándolo a militar bajo los otros emperadores, mientras Maximino Daya podía servir a las órdenes de su tío?

Pensar en el sobrino de Galerio hizo que se le ocurriera una idea. Llamó al centinela más cercano:

–¡Tú! Tráeme aquí al tribuno Maximino Daya. ¡Quiero hablar con él ahora mismo!

El hombre lo miró molesto y luego se giró hacia otro lado.

–¡Estoy hablando contigo! –insistió–. ¿Sabes quién soy? No te vayas a creer que van a castigar al hijo del césar Constancio, amigo mío. Y el día de mañana podría acordarme de quién me ha obstaculizado…

El hombre resopló y después adoptó una expresión incómoda. Miró a los compañeros, que se giraron a su vez, sin querer tener nada que ver con una decisión tan delicada. «Probablemente se alegran de que no les haya preguntado a ellos», pensó Constantino.

–Por el contrario, si acabo bien, recibirás una gran recompensa. mi padre sabrá ser muy generoso… –dijo para animarlo.

«Una amenaza –pensó– surte más efecto si va acompañada de una lisonja». Para conseguir de sus subordinados el mayor compromiso debería recordar aquello también en el futuro.

Escuchó que se justificaba con el compañero diciéndole que, al fin y

al cabo, solo tenía que informar al sobrino del emperador de que Constantino estaba arrestado y que quería hablar con él. El joven lo vio alejarse y hablar con otro soldado que holgazaneaba por la zona, para luego volver a su puesto. Esperó con impaciencia: cada segundo era muy valioso para evitar la catástrofe. Mientras tanto, podía ver a lo lejos que las tropas formaban en tres columnas, mientras que la reserva ocupaba su posición justo detrás de él. Estudió con interés el planteamiento romano, viendo que el emperador había preparado una a la derecha más sólida que la opuesta, añadiéndole la caballería. Estaba claro que su intención era coger al enemigo en una trampa entre el frente y el flanco para bloquearlo hasta la llegada de la reserva. Pero Galerio no sabía que su flanco pronto sería investido por la reserva pereza, cuya existencia ignoraba.

–¿En qué lío te has metido? –La voz de Maximino Daya interrumpió sus pensamientos.

–Querrás decir en qué lío se ha metido el emperador –se apresuró a responder. En cuanto se le acercó el tribuno, le contó lo que había visto.

–¿Y ese imbécil de Licinio no ha querido escucharte? –preguntó incrédulo Daya.

–Siempre me ha odiado y ahora ha aprovechado para humillarme.

–Ya lo sé. También me odia a mí, supongo que por el mismo motivo; para él no tengo más mérito que ser el sobrino del emperador –admitió Daya.

Constantino, al menos en esto, podría estar de acuerdo con Licinio, pero buscaba desesperadamente un aliado y no quiso expresar su opinión. En cambio, dijo:

–Entonces tendremos que hacer frente común contra él. Haz que me saquen de aquí y vamos juntos a ver a tu tío para avisarle del peligro.

–Y de los problemas en los que Licinio, por despreciarme, ha metido a nuestro emperador.

–Y de los problemas en los que Licinio, por despreciarme, ha metido a nuestro emperador –repitió Constantino.

Maximino se quedó un momento en silencio. Constantino estaba seguro de que valoraba la oportunidad de ir solo a ver a Galerio para avisarlo, llevándose todo el mérito de la operación. Al fin y al cabo, aunque por poco tiempo, el sobrino del emperador había estado en la avanzadilla con él, y podría soltarle cualquier mentira al tío. No podía fiarse de él ni de Licinio, y lo más probable era que estuviera valorando de qué rival le convenía librarse primero. Constantino debía esperar que el joven temiese más a Licinio que a él.

–Guardias, me voy con el hijo del césar Constancio, dejadnos paso –dijo al fin, provocando un llamativo suspiro de alivio en Constantino.

Los centinelas dudaron mirándose unos a otros.

–Pero… –dijo uno– el tribuno está bajo arresto.

–Por orden de un legado, no del emperador. Yo vengo en nombre del césar Galerio y asumo la responsabilidad.

Los soldados no dejaban de dudar, pero luego se abrieron permitiéndoles el paso a Maximino y a Constantino. Ambos subieron al caballo y galoparon hasta la primera línea, pero justo en ese momento oyeron que las trompetas tocaban la señal de ataque.

Las tropas empezaron a marchar en dirección al enemigo. La batalla había empezado.

Sexto no sabía qué pensar. Ella lo había reconocido y, sin embargo, seguía siendo reacia.

–Minervina, soy yo. Tú me has dicho que viniera. He traído tu nota conmigo –le susurró con el tono más dulce del que era capaz.

La mujer lo miró con expresión asustada. Sexto intentó tranquilizarla con la mirada, queriendo transmitirle todo lo que había sentido cuando la vio por primera vez, como le había dicho ella en la carta. Trató de hacerle comprender con una sonrisa y con los ojos clavados en ella que ya formaba parte de él.

Aquello funcionó. La mujer empezó a relajarse, sus rasgos faciales se suavizaron.

–Tú… no me harás daño nunca, ¿verdad? –murmuró con un tono de niña que puso los pelos de punta a Sexto por la ternura.

–Eso sería como hacerme daño a mí mismo –le respondió, soltándole un brazo y llevándole la mano a la mejilla, sobre la que se detuvo un instante y le acarició su suave piel. Minervina se dejó caer sobre su mano, cerrando los ojos y dejando ver una sonrisa. Le soltó también el otro brazo, pero ella se lo volvió a coger y le apretó la mano. Abandonó toda duda; era la mujer de Osio, pero antes que eso era la mujer a la que había amado desde el primer momento en que la vio. Ella agachó la cabeza, avergonzada, él llevó la mano de la mejilla a la barbilla y se la levantó con delicadeza. Buscó su mirada y la encontró, cálida y agradable, pero al mismo tiempo inocente y cándida. En un momento, casi sin darse cuenta, las dos bocas se acercaron y los labios se fundieron en un beso que coronaba cuatro años de suspiros.

La estrechó contra su cuerpo y en ese momento se percató de lo delgada que estaba. Sintió sus costillas contra su esternón y le impresionó la prominencia de sus caderas, que parecían casi salírsele de la fina capa de carne que las revestía. Escuchó incluso cómo le batía el corazón, como si lo único que la protegiese fuesen sus ropas. Pero se dejó llevar por los labios que se enredaban con los suyos con desesperación, permitiéndole saborear una respiración, un aliento y un gusto que le hicieron desear vivir en un mundo hecho de esas sensaciones. Era todo tan delicado y natural que no pensó que estuviera besando a otra persona, sino a alguien al que estaba

acostumbrado desde el nacimiento, como si fuese a sí mismo.

De repente, Sexto se dio cuenta de que seguían en el umbral con la puerta abierta. Se separó de ella con dificultad, la cogió en brazos y la llevó dentro. Minervina dejó que lo hiciera, de hecho, le rodeó el cuello con los brazos y recostó la cabeza sobre su pecho. El pretoriano anduvo el pasillo que le permitía acceder a una habitación con un mobiliario modesto y limitado. La acomodó en un triclinio de confección barata y con agujeros en los cojines, y se sentó junto a ella. Luego siguió besándola, recorriéndole el largo y esbelto cuello con las manos, los elegantes hombros, y después cayendo sobre el pecho, apenas perceptible, pero con los pezones turgentes y prominentes. Ella suspiró con una voz rasposa que nunca se hubiera imaginado tener. De niña se había convertido de repente en mujer. Entonces decidió que seguiría adelante hasta que ella no lo detuviese.

Se desabrochó la capa y, al ver que ella lo observaba con una mezcla de curiosidad, admiración y deseo, continuó con la dalmática, quedándose con el torso desnudo. A continuación, se sentó otra vez a su lado y comenzó a acariciarla por todo el cuerpo. Se detuvo en mitad de las piernas, pero ella, avergonzada, incluso asustada, quiso creer él, se apartó. Él le sonrió y siguió acariciándole el pecho, luego la besó, al principio delicadamente, casi rozándole los labios y la lengua, luego en un modo más fogoso, provocándole nuevos jadeos. Y cuanto más lo envolvían sus labios, más tiempo deseaba permanecer pegado a ellos. Sintió su boca fundirse por completo con la de ella, sintió que una fuerza inimaginable contenida en una mujer tan pequeña lo devoraba. Consiguió despegarse con gran esfuerzo, pero solo para intentar quitarle la estola. Dócilmente, lo dejó hacer, y entonces Sexto le desató el cinturón de la túnica y se la quitó.

Minervina se puso tensa, avergonzada. Sexto la observó, sorprendido por su delgadez. Las piernas eran largas pero delgadas, casi como simples huesos envueltos en piel. Las vértebras eran perfectamente visibles y los hombros, aunque amplios, eran huesudos y un profundo surco le caía bajo cada tríceps. El vientre era totalmente plano, los brazos finos y largos. Lo envolvió en un momento, atrayéndolo hacia ella como para impedirle que la viera. Sexto siguió besándola, en el cuello, por los hombros, en el pecho y luego se apartó para mirarla de nuevo. Su piel parecía transparente, como un pergamino muy fino.

Creyó que no sería capaz de reaccionar como le hubiera gustado. A la altura de la cadera no sentía la pasión que esperaba comprobar. Estaba excitado, la deseaba, pero estaba también desorientado por aquel cuerpo que le parecía el de una niña. Y emocionado por la fuerza de sus sentimientos hacia aquella mujer que parecía enteramente una muchacha asustada e ingenua, necesitada de protección y ternura.

–¿No… no te gusto? –intuyó ella hablando con una voz más infantil todavía.

Sexto le acarició el rostro. ¿Cómo se lo podía explicar? Le gustaba mucho, le parecía la elegancia en persona, pero no le parecía una mujer; era algo totalmente diferente a lo que estaba acostumbrado y a lo que se esperaba.

–Claro que me gustas –le respondió–. Tanto que estoy seguro de que me parecerás aún más hermosa bajo lo que te ha quedado.

Luego le desató el ceñidor del pecho. Ella se cubrió de forma instintiva, pero él le apartó los brazos con dulzura, miró sus pechos casi inexistentes, admirando sin embargo los dos largos pezones que se perfilaban en el pecho plano; agachó la cabeza y empezó a besarlos, rodeándolos con la lengua.

Minervina se echó hacia atrás por instinto, pero pasados unos instantes se abandonó, dejándose llevar por el placer, jadeando y agarrándole la nuca, que achuchó hacia ella. Sexto sintió la tentación de cogerle la mano y ponérsela en el pubis, pero lo notaba aún inerte y renunció. Sin embargo, fue bajando con la mano, pero antes de que pudiese tentar entre sus piernas, Minervina lo detuvo. Sexto le acarició el brazo y volvió a ir al pecho, que rozó con la yema de los dedos, jugando con su aureola. Después, cuando vio que se había vuelto a relajar, bajó y le cogió el borde de la ropa interior, empezando a quitársela y tocándole con la otra mano el trasero. Notó un glúteo mullido y acogedor en el que hundir los dedos y al fin sintió un escalofrío. ella dejó que le quitara la prenda, pero luego cerró las piernas en cuanto Sexto buscó su sexo con la mano.

El hombre dejó que sus dedos le bailaran por los muslos, esperando encontrar una abertura, pero la mujer seguía estando rígida. Le susurró que no debía tener miedo, pero él mismo lo tenía. Porque se encontraba ante un cuerpo que no comprendía y lo desorientaba o porque la emoción por un encuentro tan esperado y deseado lo paralizaba, o incluso porque estaba acostumbrado a mujeres más descocadas, no sabía decirlo.

Trató de animarla y animarse quitándose los pantalones. Tras vacilar un momento, se quitó también la ropa interior y se tumbó junto a ella. La abrazó y se tocó el miembro, sintiendo que empezaba a crecer. Entonces se armó de valor, le cogió la mano y se la llevó hasta él. Ella lo siguió, pero movió los dedos cohibida, apretando levemente el sexo. Él puso la mano sobre la de ella y acompañó el movimiento. Mientras tanto, con la otra mano intentaba abrirle las piernas suavemente. Cuando por fin lo consiguió, le pareció que se contraía. Ojalá Minervina también sintiera la intensidad del momento.

Deseó más que nunca fundirse con ella, y cuando su miembro estuvo lo suficientemente endurecido, se levantó y la recostó sobre el sillón,

listo para penetrarla. La contempló y, una vez más, se quedó impresionado por su delgadez. La circunferencia de la cintura y sobre todo de las caderas era increíblemente estrecha. Parecía una persona a la que habían dejado morir de hambre, enferma. Estimuló en él un instinto de protección que en parte apagó su excitación. Cuando se reclinó sobre ella, ya sabía que no podría penetrarla.

Minervina se dispuso a recibirlo con una expresión tensa, casi de miedo y con las extremidades rígidas. Se echó sobre ella sintiendo el contacto con las caderas protuberantes, pero en cuanto su miembro estuvo entre las piernas apenas abiertas de la mujer, perdió la débil consistencia que había conseguido. Sexto se lo tocó, empujó hacia ella, pero ya se sentía bloqueado, y le cogió del brazo y la levantó para sentarla a su lado. La abrazó y empezó a acariciarla con ternura.

–¿Puedo… hacer algo para ayudarte? –dijo ella sumisamente, tendiendo la mano con timidez hasta su miembro derrotado.

Sexto dibujó una sonrisa amarga.

–No te preocupes. No depende de ti. Eres preciosa –le respondió para tranquilizarla.

–Puede que sí. Al parecer, causo este efecto la primera vez. A mis maridos también les pasó.

Para Sexto no fue ningún consuelo. No supo qué decir y prefirió besarla, regresando a aquella extraordinaria sensación que había sentido cuando sus labios se unieron. No se separaron y poco a poco los labios dejaron de moverse, quedándose apoyados unos sobre los otros. Sexto tenía los ojos cerrados y sintió que el sueño lo invadía. Notó que la respiración de ella aumentaba de intensidad y se dejó llevar hasta un dulce duermevela que pronto se transformó en un sueño profundo.

Cuando se despertó, vio que un suave resplandor se filtraba por la ventana. Se acercaba el amanecer. Estaba en el suelo, encima de la estola que le había quitado a Minervina la noche anterior. La mujer dormía tumbada junto a él, acurrucada a su lado, y Sexto sintió la calidez de su respiración, la tibieza de sus extremidades, descubriendo con estupor que su cuerpo, entrelazado con el de la mujer, se adaptaba perfectamente a la esbelta figura de ella, como si juntos formaran una entidad completa.

Y se sintió muy emocionado.

CAPÍTULO VIII

Era demasiado tarde para evitar la batalla: romanos y persas estaban a punto de entrar en contacto. Constantino empezó a pensar en una estrategia alternativa. Junto a Maximino Daya llegó hasta Galerio, que cabalgaba por el flanco interior del ala derecha, sin saber que se exponía al ataque de la reserva enemiga.

Llegaron hasta el emperador después de superar varias filas de soldados y se colocaron a su lado. Se había situado con los guardaespaldas y su Estado Mayor en un montículo de tierra y los legionarios pasaban a toda velocidad alrededor de él. A Maximino lo reconocieron los guerreros que estaban junto a su tío y se acercó:

–¡César, es posible que se trate de una trampa! –gritó llamando su atención.

Constantino se puso tenso. No, estaba seguro, no era solo «posible». El emperador le prestó atención.

–Nuestro valeroso Constantino se adelantó en vanguardia mucho más que yo y ha visto con sus propios ojos una reserva persa no muy lejos del cuerpo principal, al igual que hemos hecho nosotros. Se lo dijo enseguida al legado Licinio, pero no le creyó y mandó arrestarlo –continuó Maximino.

Licinio, que estaba al lado del césar, fulminó con la mirada al sobrino de Galerio y a Constantino.

–Ese hombre ha llegado aquí en condiciones lamentables. Estaba delirando, no tenía duda, y lo he arrestado porque ha abandonado a los hombres de los que era responsable –protestó.

–Ciertas decisiones deberíamos tomarlas nosotros, legado –precisó Galerio con frialdad–. No estamos hablando de un tribuno cualquiera. –Esta vez esta vez fue el emperador quien miró a Licinio de reojo–. De todas formas, estás en muy mal estado, Constantino. De hecho, podrías haberte confundido en estas condiciones…

Constantino sintió que la desesperación se apoderaba de él.

–Pero ¿para qué me mandáis de avanzadilla si luego no creéis lo que os digo? –respondió enfadado y arrepintiéndose enseguida–. Perdóname, césar, pero es verdad que he visto la reserva. Fue antes de que acabara así. Los persas son muchos más de los que parecen, y si mandas intervenir a tu reserva para cercar al ejército enemigo, debes saber que no será el último contingente en intervenir sobre el campo de batalla. El riesgo de ser cercados lo correremos nosotros.

Galerio reflexionó un momento en silencio.

–Incluso admitiendo que sea verdad, ¿qué podríamos hacer? No

podemos retirarnos sin perder prestigio. Y ya sería demasiado tarde –admitió viendo desconsolado cómo avanzaban sus tropas hacia el enemigo. La primera ráfaga de flechas sasánidas alcanzó las primeras líneas, clavándose en los escudos que fácilmente opusieron los soldados romanos, pero causando también algunas víctimas.

–No creo que sea verdad. Me parece que el «príncipe» ha soñado con la reserva –intervino Licinio, enfatizando con desprecio el título de Constantino.

–Podrías esperar que metan su reserva en el combate, si es que existe, y justo después lanzar la suya, césar –añadió Severo. Estaba claro, comprendió Constantino, que Licinio y Severo ya habían hecho frente común, pero estaba igualmente claro que se traicionarían el uno al otro cuando fuera necesario.

Igual que él y Maximino Daya.

–Yo creo que tengo una idea mejor, si me lo permiten –declaró Constantino, que mientras tanto había elaborado un plan.

Todos lo miraron y el joven se animó. Estaban confundidos, no sabían qué camino tomar y tal vez el emperador estaba más receptivo a una sugerencia sensata que le permitiese salvar su reputación. Para su asombro, esperaron a que hablara. Constantino se aclaró la voz:

–Es verdad, es demasiado tarde para impedir la batalla, pero no lo es para suspenderla antes de llegar a un resultado decisivo para uno o para otro.

Todos lo miraron sin entender. Pero él solo se dirigió a Galerio.

–Nuestra reserva y la suya hacen que el enfrentamiento sea muy incierto. Dependiendo de quién la utilice más tarde, cada uno de los dos ejércitos podría sufrir una debacle. Si hacemos que lo entienda el gran rey, podría inclinarse por llegar a un acuerdo. César, manda que una pequeña delegación vaya a ver al rey Narsés para que le expliquen que hemos visto su reserva y que nosotros también contamos con una. Me ofrezco voluntario para ir. Estoy seguro de que puedo convencerle. Si se suspendiera la batalla cuando aún está en igualdad, tu prestigio no solo quedaría intacto, sino que además se acrecentaría: podrías volver dentro de los límites del imperio presumiendo de haber detenido la invasión, y la harías pasar por victoria, además casi sin derramamiento de sangre, manteniendo los efectivos necesarios para hacer frente a otras en el futuro.

Licinio resopló, Severo sonrió, Maximino Daya adquirió una expresión de perplejidad. Pero Constantino seguía mirando a Galerio. El joven sabía que al emperador le inquietaba repetir un nuevo desastre, más aún de lo que anhelaba la victoria; Diocleciano no le perdonaría una derrota más.

–Es ridículo. ¿Quiere poner toda la campaña en manos de este crío, césar? –intervino Licinio.

–A mi entender, tenemos todas las posibilidades de ganar. Me parece absurdo renunciar de esta manera –añadió Severo.

–Suponiendo que el rey de reyes acepte –apostilló Maximino Daya.

–Enviar una delegación sería señal de debilidad. El rey persa ganará confianza y nos aplastará –continuó Licinio.

–No sabemos siquiera si este muchacho dice la verdad. A lo mejor no hay ninguna reserva sasánida y si interviene la nuestra obtiene su mayor victoria, césar –siguió Severo.

Maximino Daya estaba a punto de intervenir de nuevo cuando Galerio lo paró con un gesto perentorio de la mano.

–Vale la pena intentarlo –declaró con un tono de voz que no admitía réplica–. Si estás en condiciones de cabalgar, visto el estado en el que te encuentras, cámbiate y llévate parte de nuestra escolta, Constantino, y ve a ver al rey de reyes evitando el campo de batalla y con una señal de paz. Pero no le concedas nada: solo queremos que lo convenzas para que dé la vuelta conformándose con haber mostrado su poderío. Dentro de tres horas, si no has vuelto con buenas noticias o si Narsés no suspende las hostilidades, avanzaremos con la reserva.

A Constantino le hubiera gustado mandarle una mirada de triunfo a los demás oficiales del Estado Mayor, pero consideró que no debía fomentar la ya enconada rivalidad entre ellos y mantuvo un perfil bajo.

–Me honra su consideración, césar, y haré lo que sea para merecerla. Estoy listo para partir ahora mismo –se limitó a responder, luego agachó la cabeza en señal de deferencia y se fue a cambiar rápidamente su deteriorado equipo.

–Una cosa más, tribuno –lo llamó Galerio–. Licinio, queremos que vayas con él –añadió, dejando helados tanto al joven como al otro general.

Minervina seguía dormida cuando notó que Sexto le cogía la mano con suavidad y se la ponía en lo que, tras unos segundos de confusión, supo que era un miembro erecto. Abrió lentamente los ojos y vio que faltaba poco para que amaneciera, pero en vez de preocuparse por volver a casa, tenía realmente ganas de volver a sumergirse en la intimidad con el hombre que tenía a su lado.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda y un calor intenso la invadía entre las piernas, y no solo la envolvía la excitación, sino también la emoción de despertarse junto a un hombre que le parecía especial. Había dormido mal después de caer rendida con la duda de si a Sexto no le parecía ni atractiva o sensual. Le había parecido sincero cuando le explicó que no dependía de ella, pero el cuerpo no mentía, y temía que todo lo que había imaginado ocurriendo entre ellos quedara únicamente como un producto de su ilusión.

Cogió el pene con decisión porque creía que así lo quería Sexto y

porque también lo deseaba ella. Empezó a mover la mano con rapidez y sintió la necesidad de tocarse. Pero Sexto se anticipó, metiéndole la mano entre las piernas. Sus dedos se adentraron en ella con destreza, buscaron discretamente el punto de más placer y no tardaron en encontrarlo. Minervina dejó escapar un suspiro áspero y arqueó las caderas, como para satisfacer la mano del hombre e invitarlo a penetrarla aún más. Sexto intuyó su deseo; a juzgar por cómo palpitaba su sexo, anhelaba la misma lujuria. Le hubiera gustado poseerla en el momento, sin más preliminares, pero de nuevo parecía estar interpretando sus deseos, le rodeó la cintura con un brazo y la subió encima de él.

Minervina no se hizo de rogar y ella le complació. Sintió cómo entraba sin fricciones ni forzamiento y la penetraba, hasta que notó toda la fuerza de su erección. El apetito que la invadió poco antes se convirtió en fuego ardiente y pensó que un río de lava le atravesaba todo el cuerpo. Sexto movió la cadera y ella también. Como por arte de magia, enseguida encontraron una sincronización que le permitió sentir de inmediato una forma de placer cercana al clímax. No pudo controlarse y aumentó la velocidad, mientras sentía que Sexto le apretaba los pechos y los pezones, provocándole un estremecimiento nuevo y desconocido. Se dio cuenta de que ya no controlaba las reacciones de su cuerpo y se dejó llevar por completo, sintiendo que en su interior explotaban espasmos de una intensidad que nunca había experimentado.

Se detuvo y él la siguió. Pasados unos instantes, le entraron ganas de volver a empezar. En el pasado, rara vez le había dado tiempo a alcanzar el clímax del placer antes de que llegasen sus maridos, y jamás con semejante potencia. Le pareció increíble y comenzó a moverse. Miró a Sexto a la cara y observó su expresión sorprendida y divertida. Sintió la obligación de justificarse.

–No… nunca lo he hecho así –susurró, sin poder hacer otra cosa que aumentar la velocidad de sus movimientos.

Él le acarició la cara con un gesto dulce y sensual al mismo tiempo, tan dulce y sensual como era su manera de complacer los movimientos que ella realizaba en busca del placer.

Sintió que sus manos le acariciaban y apretaban las nalgas, que las yemas de los dedos recorrían su espalda, que se detenían en su rostro siguiendo sus facciones, como si no quisieran perderse ni un centímetro de su cuerpo. Nunca antes se había sentido tan importante y, de nuevo, con una rapidez que la sorprendió, el apetito que sentía se transformó en fuego y después en una explosión devastadora. Se inclinó sobre él, incrédula por lo que le estaba pasando, le sonrió y vio que él también estaba asombrado. Se besaron, luego el hombre la estrechó contra él y empezaron a moverse otra vez, esta vez pegados

el uno al otro, pecho con pecho. El contacto de su boca y su respiración le provocaron espasmos aún más fuertes a la altura de la pelvis, y una vez más, al cabo de un rato, llegó al éxtasis.

Nunca había imaginado poder alcanzar el clímax tantas veces y en tan poco tiempo. Había tenido más orgasmos en esos breves instantes que en todo un año con su marido, y con el anterior. Quiso descubrir su cuerpo y le pareció que Sexto estaba listo para hacerle gozar todo el placer posible de su fusión. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban realmente fundidos en un único ser. Su miembro formaba parte de ella, ya no era un cuerpo extraño, y pensó que podría usarlo eternamente, como si el placer no pudiese cambiar a lo largo de toda una vida.

Alcanzó el orgasmo varias veces antes de que él la cogiera en brazos y la recostara boca arriba, para después ponerse sobre ella y volver a penetrarla. Minervina soportaba todo el peso de Sexto, pero se sintió protegida y encantada, no se ahogaba como le pasaba cuando hacía el amor con sus maridos. Le acariciaba la cara mientras se la cogía, le besaba por todo el rostro, acompañando en todo momento la dulzura con la sensualidad. Todo era perfecto y era magnífico sentirse invadidos por aquella atmósfera surrealista en el silencio del alba. Los dos amantes parecían haber estipulado un acuerdo tácito para no pronunciar una palabra y dejar hablar a las inmensas sensaciones que los unían.

La presión sobre la cadera hizo que llegara de nuevo al orgasmo. Sexto ya había entendido sus tiempos y disminuyó durante unos segundos que le ayudaron a saborear aquel último apogeo, luego empezó a moverse otra vez, tocando su cuerpo con los brazos hasta apretarle el trasero con las manos. Apretó con fuerza, provocándole espasmos. Ella lo abrazó presionándolo aún más contra ella y a su vez llevó las manos a sus glúteos. Aquel fuego ardiente volvió a despertar, pero él no se detuvo. Aumentó el ritmo y sus suspiros se volvieron más fuertes. Minervina entendió lo que estaba a punto de ocurrir y renunció gustosamente a su momento de calma para complacer al hombre, que no tardó en transmitírselo también a ella. Y cuando él llegó al orgasmo, a la mujer le pasó lo mismo.

Sexto se abandonó por completo sobre ella y Minervina notó por primera vez su peso. Pero antes de que le faltara el aire, el hombre se apartó y se puso a su lado, buscó su boca y la besó con una intensidad aún mayor que antes.

Aquello la dejó gratamente sorprendida. Era la primera vez que un hombre la buscaba justo después de haber llegado al culmen de su placer. Para Sexto no terminaba con el orgasmo. Para él, ella era importante de verdad.

«¿Y ahora?», se preguntó mirándolo a los ojos mientras se tocaban

con la punta de la nariz.

Mientras Constantino se acercaba al extremo de la formación enemiga, pensó en los motivos que habían hecho que Galerio le dejara ir y que ordenara que Licinio le acompañase. El emperador conocía la antipatía que el general le profesaba y quería asegurarse de que lo vigilaba correctamente y que le transmitía una versión de los hechos alternativa a la que le contaría él.

Si sobrevivían.

El césar, de hecho, debió acoger con satisfacción su voluntad de sacrificio. Galerio no tenía razones concretas para mantenerlo con vida; al fin y al cabo, era un personaje incómodo, el hijo de un tetrarca que nunca había ocultado sus ambiciones, y que un día, al suceder a su padre, podría dar lugar a una dinastía; justo lo que el sistema tetrárquico intentaba evitar. Su presencia siempre había sido motivo de vergüenza en la corte de Diocleciano, y no se podía descartar que el Augusto le hubiese dado a Galerio total libertad para exponerlo al peligro. Una muerte en la corte habría sido motivo de enfrentamiento diplomático con Constancio Cloro, pero una en batalla se podía justificar con facilidad.

Ahora que veía avanzar hacia él un escuadrón de jinetes acorazados no se sentía tan seguro de haber tomado una buena decisión. Comprobó que el trapo blanco que llevaba uno de sus guardias en la punta de la lanza se viese bien, cruzó una mirada con Licinio, que se mostraba furioso, y se preparó para afrontar su destino. No pudo evitar estremecerse cuando los caballeros se acercaron y lo rodearon. Sus efectivos eran al menos cinco veces más y sus armaduras escamadas, las cuales cubrían todo el cuerpo de los soldados y gran parte del de los caballos, brillaban al sol emitiendo rayos de luz que los hacían parecer seres sobrenaturales bajados del cielo. Los amplios cascos y el fajín de cota de malla, que les cubrían casi toda la cara, les conferían un aspecto aún más inquietante; era la primera vez que veía de cerca a los caballeros catafractos y pensó que habrían ganado muchas batallas sin necesidad de usar sus larguísimas lanzas empuñadas con las dos manos, solo aterrorizando simplemente al enemigo con su majestuoso y monstruoso porte.

–¿Sois… desertores? –dijo el que parecía el comandante con un latín impreciso.

Constantino sabía que a lo largo de la frontera había un tránsito frecuente, en ambos sentidos, de soldados que elegían pasarse al frente contrario, y no le sorprendió la pregunta. De hecho, había pensado en aquella ambigüedad para evitar el riesgo de ser alcanzado por los arqueros en cuanto hubiese puesto un pie en el radio de alcance de las flechas adversarias.

Licinio respondió indignado:

–Ahora también tengo que pasar por…

Constantino lo interrumpió con un gesto imperativo del brazo.

–No, no somos desertores. Hemos venido en nombre del césar Galerio para hablar con el rey de reyes Narsés. Yo soy el príncipe Constantino, el hijo del césar Constancio Cloro –declaró con solemnidad, esperando que su rimbombante presentación lo protegiese de una mala pasada.

El hombre se mantuvo en silencio e inmóvil un momento, examinándolo y valorando sus palabras

–Entregad todas las armas y seguidme –dijo al fin.

Una carreta hasta entonces escondida por la inmensa cantidad de jinetes apareció de pronto y cuatro hombres se acercaron a los romanos. Al joven le pareció claramente un sistema ya probado con los desertores. Constantino se dio prisa en quitarse el talabarte que llevaba pendiente la vaina con la espada y los demás hicieron lo mismo, entregando asimismo las lanzas y los escudos. Solo Licinio opuso resistencia, demorándose hasta que las lanzas de los catafractos se volvieron contra él.

«Este imbécil va a echarlo todo a perder», pensó Constantino fulminándolo con la mirada, mientras se dirigían hacia la formación principal de los sasánidas. Licinio le devolvió una expresión de profundo odio y al joven le quedó claro que, desde entonces, tendría que guardarse las espaldas de un rival con un bocado tan venenoso. Siempre y cuando saliera bien parado de aquella aventura.

La batalla se encontraba todavía en las primeras escaramuzas, los jinetes arqueros sasánidas se acercaban a las primeras líneas romanas y disparaban sus flechas para descomponer las filas; luego volvían cerca de sus tropas, antes de que la caballería y la infantería auxiliar imperial, encargadas de hacer de pantalla de las legiones, le impidieran replegarse. Algunos elementos, además, cabalgaban hacia las filas romanas pretendiendo una pelea individual con adversarios dignos de ellos. Constantino esperó que al rey de reyes le intrigara bastante su presencia como para concederle audiencia enseguida. De lo contrario, no tendría ninguna posibilidad de impedir la contienda.

Mientras atravesaba los pasillos que separaban una unidad de la otra, le impresionó la extrema variedad de pueblos y de armamento presentes en el ejército persa, reflejo de un imperio inmenso, que se extendía desde Mesopotamia hasta casi la India. En su mayor parte eran soldados sin armadura, con lanzas y yelmos cónicos, largas túnicas decoradas con motivos zoomorfos, como águilas y dragones, o el sol y la luna, y pantalones abullonados metidos por las botas; pero también había destacamentos de arqueros con extraños ojos rasgados y tez olivácea, largos abrigos acolchados y tocados de cuero y piel, corsés laminados, arcos en la espalda y aljabas en la cintura. Los

nobles y los comandantes, todos a caballo, se distinguían sobre todo por el armamento pesado y por sus curiosos tocados; algunos parecían pelotas incrustadas en una corona, otros incluso pájaros posados sobre sus cabezas.

Sobre los cascos de los soldados descollaban numerosos estandartes: algunos eran sencillos y pequeños gallardetes y otros lienzos rectangulares que colgaban de un palo. Después vio uno especialmente imponente: una banda de cuero que según sus cálculos debía de medir de largo al menos como cuatro hombres extendidos en horizontal y de ancho como tres, con figuras amarillas, rojas y violetas, sobre los que destacaban gemas y perlas y del que pendían listones de colores. Alrededor de la bandera, cinco hombres que parecían sacerdotes cantaban alabanzas probablemente a su dios.

Al fin se acercaron al puesto del rey de reyes. Narsés estaba sentado en un trono colocado en la cima de la colina sobre la que Constantino había estado un rato antes. Estaba rodeado por sus guardaespaldas y banderas, y por un montón de carros en la parte baja de la colina, de los que Constantino vio a mujeres subiendo y bajando. El comandante del escuadrón que se había hecho cargo de los romanos cruzó unas palabras con el que parecía un oficial de los guardaespaldas; este se dirigió hacia el puesto del soberano, desapareciendo entre la selva de gente que había alrededor para reaparecer bastante tiempo después y decirles a los recién llegados que subieran.

–Hubiera preferido morir en el campo de batalla, maldito idiota, en vez de degollado como un cerdo entre estos bárbaros –susurró Licinio mientras se movían–. Me gustaría sobrevivir solo para vengarme.

Constantino le echó una ojeada antes de concentrarse otra vez en el objetivo de su misión.

–Estoy seguro de que tendrás la oportunidad, al igual que lo estoy de que lo pagarás caro si lo intentas –respondió.

Su discusión se interrumpió cuando llegaron ante Narsés. Y mientras el heraldo, en un latín pasable, enunciaba la larga lista de títulos del soberano, Constantino aprovechó para estudiar al hombre que tenía delante. Narsés estaba sentado en su trono dorado, cubierto con un sayo morado que dejaba entrever una coraza escamada sobre una túnica y pantalones blancos ribeteados en naranja. Un amplio penacho abullonado coronaba un tocado de piel que tenía una suerte de aletas a los lados, una cobertura de cuero como guardanuca y una cinta que le recubría barbilla y mejillas, como dos paragnátides unidas. En la cara, ensombrecida por una expresión de curiosidad y desprecio por los recién llegados, destacaban ojos oscuros y totalmente maquillados, y un amplio bigote que casi la cortaba por la mitad.

Parecía un hombre inteligente. Tal vez existía la posibilidad de que razonara.

El heraldo y traductor declaró que Narsés saludaba al vicemperador de los romanos infieles y preguntaba que le llevaba a querer hablar con la batalla ya en marcha.

–¿Tal vez el miedo a sufrir una nueva derrota? –dijo.

Licinio estaba a punto de intervenir, pero Constantino lo volvió a cortar.

–Aquí soy yo el que tiene mayor rango, no te olvides. El rey de reyes se considerará insultado si eres tú quien le habla. ¿Quieres perder ya la cabeza? –susurró.

El general resopló, pero se calló. Constantino pudo al fin hablar.

–Gran rey, mi señor Galerio no teme tanto la derrota como sí un derramamiento inútil de sangre. Hemos visto su reserva, pero a lo mejor vosotros no habéis visto la nuestra. Si continuamos con la batalla, el riesgo de una masacre sin vencidos ni vencedores sería mayor que vuestras esperanzas de victoria.

Esperó a que el traductor le transmitiera sus palabras a Narsés, que las valoró y comentó entre bromas con sus cortesanos y con los demás dignatarios que lo acompañaban. Era otra vez el turno del traductor.

–El príncipe de los creyentes piensa que has visto nuestra reserva porque le han hablado del escuadrón de vanguardia que había en esta colina, del que naturalmente no ha sobrevivido nadie. Pero también considera que mientes al afirmar que tu césar también tiene una. Nosotros desde aquí nos vemos nada y en unos momentos desencadenaremos el ataque con fuerza.

–Está bien, no podéis ver nada, mientras que yo veo muy bien vuestra reserva ahora mismo, porque me he dado cuenta de que desde aquí se ve la llanura colindante, y el césar ha tomado sus medidas correspondientes; nuestra reserva es muy sólida y ahora se encuentra tras aquellos peñascos de allí –explicó, señalando los promontorios rocosos tras los cuales estaban amontonados los pertrechos y los enfermos, y donde había pasado su corto periodo de detención.

Los vio debatir otra vez tras la última traducción. Luego el heraldo tradujo:

–Aunque así fuese, Ahura Mazda quiere que el combate continúe hasta el sacrificio definitivo de los creyentes. Su protección le permitirá a mi señor vencer una vez más.

Constantino pensó que le había dado casi la misma respuesta que Galerio: se trataba de una cuestión de puro prestigio, pero ahora arropada por motivos religiosos.

–Tal vez. O tal vez no –respondió–. Y en todo caso, ¿a qué precio? ¿No sería mejor para su señor volver a la capital con un ejército aún completo para poder hacer frente a posibles revueltas y el prestigio adquirido por haber obligado al césar del imperio romano a tener que pactar con él con la simple exhibición de su fuerza? Romanos y persas

han firmado muchas treguas en el pasado, ¿por qué no esta vez que se dan todas las condiciones? Un comandante sabio fuerza la situación si está seguro de poder aprovechar una ventaja plena, no cuando debe enfrentarse a tantas incógnitas…

Volvieron a reunirse.

–Mi señor tiene que ver vuestra reserva para creeros –dijo al fin el traductor.

–Si estuviese con mi césar, le pediría que se la mostrara, gran soberano –replicó Constantino–. Pero estoy aquí, entre vosotros, demostrando su buena voluntad, y solo podrá verla cuando sea demasiado tarde. Para todos.

Las discusiones se caldearon bastante.

–Mi señor acepta retener a su ejército hasta que el tuyo no muestre que lo que dices es verdad, haciendo avanzar la reserva. –declaró el traductor al cabo de unos instantes–. Por lo tanto, vosotros volveréis con los infieles y nosotros suspenderemos las operaciones para una tregua; si dentro de tres horas no hemos visto nada, continuará la batalla.

Constantino asintió satisfecho. Aunque confiaba en el éxito de su misión, no creía que pudiera ser tan fácil. Miró a Licinio con una expresión de triunfo, recibiendo a cambio una de frustración. Luego esperó a ser despedido. No había tiempo que perder.

–Pero las negociaciones suponen el intercambio de rehenes –añadió el heraldo–. Así pues, príncipe, permanecerás aquí con nosotros. El señor de los creyentes, en cambio, mandará a uno de sus sobrinos con tu emperador en cuanto vea vuestra reserva con sus propios ojos.

Constantino miró a Licinio con consternación. Y esta vez fue el general quien le lanzó una mirada triunfal.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Osio a su mujer, irritado por su repentina reticencia. Era ya la tercera vez que, cada vez que intentaba besarla en los labios, Minervina le ofrecía la mejilla, retrayéndose como nunca antes. Intentó no mostrar demasiado su disgusto, pero al mismo tiempo quería que entendiera que se había percatado de su actitud y que le molestaba que no lo tratara con el respeto que merecía.

–No pasa nada, marido –respondió Minervina con indiferencia y mirando a otra parte.

–Yo no diría eso, querida –contestó él intentando adoptar un tono condescendiente–. No pareces muy contenta de que haya vuelto. No me espero un festín, pero al menos sí una acogida decente…

–Tienes razón –respondió, sin mirarlo todavía a los ojos–. Estoy un poco cansada estos días. A lo mejor no estoy bien. Debería acostarme.

–¿He hecho algo para merecerme tu rechazo? –le preguntó–. ¿Habrías preferido que no me fuera?

–¡Ni lo pienses! –respondió ella, recuperándose de repente–. Eres siempre impecable y doy gracias a quien vela por nosotros porque cuides de mí. Estoy muy cansada y me gustaría descansar. Eso es todo.

Osio intentó aprovechar la referencia a los dioses por parte de su mujer para entablar conversación.

–¿Cómo van tus visitas a esos cristianos? ¿Te sienta bien ir a sus oficios?

Al parecer sí, no cabía duda: en poco tiempo había vuelto a florecer, había vuelto a comer al menos un poco más que para sobrevivir y, aunque seguía estando más delgada de lo normal, ya no le faltaba nada para pensar que su cuerpo era perfecto.

De hecho, Minervina se iluminó.

–Seguro que me sienta bien. A cualquiera le sentaría bien ver a gente que se propone como objetivo ayudar a los demás. Son un ejemplo que todos deberíamos seguir; en el mundo no habría maldad. Me viene bien poder ser útil y ayudar a los demás y estar con ellos me permite conocer a muchas personas buenas que son un gran ejemplo.

–Pero tú eres buena. No le harías daño ni a una mosca.

–Estando con ellos me he dado cuenta de que solo era inofensiva, no buena. Una persona buena piensa en los demás, sobre todo respeta a todo el mundo, incluso a quien le hace daño.

A Osio le hubiera gustado responderle que solo respetan a los que les hacen daño los estúpidos que renuncian a servirse de los dones que les dan los dioses, no los buenos, pero se calló. Minervina siempre había sido una ingenua y él no tenía ninguna intención de hacerla cambiar: si los cristianos consolidaban su naturaleza, a él le parecía bien; se volcaría más todavía en su marido y estaría más sometida, y él no correría el riesgo de perderla a pesar de la gran diferencia de edad, la falta de amor y su belleza, que seguramente la convertía en objeto de deseo de amantes potenciales mucho más fogosos que él. Le gustaba que dijeran que se había casado con una de las mujeres más bellas de Roma y no la repudiaría ni siquiera si no llegaba a darle un heredero.

–Entonces sigue frecuentándolos –dijo al final–, si crees te hacen ser mejor persona. Para mí, de todos modos, ya eres la mejor así. Ahora si quieres vete a descansar. Supongo que me harás más compañía cuando te sientas mejor.

Le hubiera gustado añadir que deseaba estar con ella en su habitación. Pero la notaba distante y no se atrevió a forzarla. No quería disgustarla de ninguna manera y se resignó a la idea de no poder ejercer sus derechos de marido.

–Será un placer hacerlo –respondió cortés Minervina, con una sonrisa forzada pero también sorprendida por su condescendencia hacia los cristianos, la cual no había manifestado antes.

Después desapareció del *tablinum*, dejándolo solo. Osio se quedó pensando que había pasado por casa precisamente para saludarla y acostarse con ella, con la esperanza, nunca descartada después de tres años, de poder unir al placer de poseerla el de engendrar por fin un hijo. Siempre la había querido como a una hija, desde que empezó a ser su tutor tras la guerra civil, y ese sentimiento no había menguado con el matrimonio. Siempre la había respetado y nunca había dejado que le faltara nada, y la mujer, que indudablemente no lo amaba, pero le tenía mucho aprecio, siempre se había comportado con gratitud, adaptándose con resignación al papel que la vida había elegido para ella. Por eso, le sorprendía la actitud fría que ahora mostraba hacia él.

Se encogió de hombros y prefirió considerarlo solo un episodio pasajero, concentrándose en lo que tenía pensado hacer. Desde hacía un tiempo, las relaciones de su mujer y lo poco que sabía de los cristianos le habían dado una idea para mejorar la suerte de sus ambiciones, momentáneamente adormecidas tras haber elegido el partido equivocado en Britania. Había sido astuto a la hora de salvarse del desastre y negociar no solo su salvación, sino también su nombramiento como senador y el matrimonio con Minervina, protegiendo además todos sus bienes. Pero no podía conformarse con ser solo uno de los muchos padres conscriptos de Roma que malvivían desde hacía siglos a la sombra de los emperadores sin contar para nada, al menos en política, en una ciudad que se había convertido ya en la periferia del imperio. El suyo, y de esto era mucho más consciente que sus correligionarios, era un título meramente honorífico; a ellos les bastaba con holgazanear en sus pasatiempos y los cultos vacíos por tradición, entreteniéndose en actividades marginales con sus desproporcionadas fortunas. Tampoco les importaba ya participar en las decisiones del soberano que, teniendo otros tres homólogos, se dirigía a ellos antes de tomar una decisión importante, y no al Senado, como era en el pasado. Cada reunión colegial, ahora, era totalmente formal: las deliberaciones se tomaban a un nivel más alto, es decir, en el colegio tetrárquico, o las tomaba un único emperador con sus cortesanos.

No, no se resignaría a semejante vida. Él había nacido para mandar, para influir en el destino del mundo. Los dioses no le habrían dado la fuerza y la determinación para hacer lo que era necesario, en todo momento y sin ningún tipo de remordimiento, si no era con miras a conseguir objetivos importantes. Eran características de rey, esenciales para cualquiera que tuviese grandes responsabilidades sobre pueblos enteros; alguno las hacía confluir bajo la definición de «crueldad», pero él prefería llamarlas «realismo». En todo caso, sabía que contaba con ellas y eso lo convertía en la persona apropiada para llegar a la cima del Estado.

A cualquier precio.

Salió de casa poco antes del horario previsto para la cita con los líderes de la iglesia cristiana de Roma. Ellos eran la clave para lograr sus objetivos. El cristianismo era una fuerza en ascenso, con posibilidades más evidentes que solo los viejos dioses, anticuados y venerados por todos de forma atenuada, conformista y superficial, sino también de los más recientes cultos monoteístas, como Mitra y el Sol Invicto, que proponían fórmulas demasiado elitistas, comprensibles solo para limitados estratos de la población. El mitraísmo, además, estaba reservado solo a los hombres, y para Osio no tenía esperanzas de sobrevivir a largo plazo.

¡Pero el cristianismo sí que era una buena idea! Era tan eficaz que no se sorprendería si pronto los emperadores lo consideraban un peligro para la cohesión del imperio y lo atacaban, abriendo una nueva época de intolerancia, como la de medio siglo antes bajo el emperador Decio. El credo cristiano, como había dicho su mujer, se presentaba como la religión de la bondad y de la generosidad hacia el prójimo, así que podía justificar cualquier acción en su nombre. Encajaba perfectamente con su falta de escrúpulos, permitiéndole a él y a quien lo profesase adoptar cualquier medio, lícito o no, para llevar a cabo sus fines bajo su protección. ¿Quién podría decir que una empresa motivada por la bondad y la generosidad fuese condenable? En nombre de tan noble motivación se podía justificar cualquier infamia. Por lo tanto, la fe de los cristianos podía representar una cómoda coartada para quien, como él, apuntaba al poder absoluto. Un tal Jesucristo, al parecer, se había sacrificado para asumir todos los pecados del mundo y redimir así a la humanidad, salvándola. Al mismo tiempo, podía proponer sacrificios o fingir que podía hacerlos, para promover la difusión de la bondad y la generosidad en el mundo.

Lo del sacrificio era una idea genial, quienquiera que la hubiera tenido; «quien afirma que se sacrifica –pensaba Osio– puede hacer que los demás carguen con el peso de su acto y se sientan culpables; es más, puede incluso animarlos a imitarlo». Hasta se podía crear un ejército vastísimo de parias que no tenían nada que perder y estaban por tanto dispuestos a sacrificarse por un mundo mejor, en la tierra o donde su dios quisiera mandarlos más tarde. Por eso esa religión tenía tanta acogida entre la gente pobre: les daba la posibilidad de ser rescatados de la vida miserable que tenían. Pero era eficaz también con los ricos, a los que hacía sentir mejores moviéndolos a la generosidad. Osio se leyó sus textos a toda prisa, pero la producción de volúmenes considerados sagrados por los cristianos era tan copiosa y a veces contradictoria que no tardó en hartarse de documentarse. Pero había entendido la esencia del mensaje, que le pareció manifestarse principalmente en las palabras de Saulo de Tarso, un

ciudadano romano al que llamaban Pablo.

Lo que le parecía importante de ese credo no eran tanto las motivaciones ideales y estrictamente religiosas como las aplicaciones prácticas que podían tener en la mente de las personas. Las otras religiones no hacían que la gente se sintiera mejor; la tranquilizaban, como mucho, haciendo que creyeran que tenían la confianza y la protección de los dioses, o de los que se encontraban cerca de los dioses, como los emperadores. Pero el cristianismo podía hacer que un hombre se sintiera próximo a su dios, incluso *en comunión* con su dios, y esto le parecía un mensaje con una fuerza inaudita: podía hacer feliz incluso a personas que no tenían ninguna razón para serlo, y por tanto hacía que fueran muy manipulables.

Si no existiera una religión así, se la podría haber inventado para servirse de una herramienta eficaz para conquistar el poder.

Llegó a una elegante *domus* en el Esquilino, cuyo propietario había puesto a disposición de los cristianos para celebrar sus oficios. Tenía una cita con Marcelino, el líder de la comunidad, con quien se había puesto en contacto hacía unos días por medio del hermano senador del obispo. Con él tuvo tan solo una breve conversación, fingiendo estar interesado en su culto y deseoso de conocerlo mejor, y le había dado la impresión de ser un individuo fácil de manejar. Un esclavo lo condujo hasta el *tablinum*, donde el anciano lo recibió rodeado de otros tres hombres. Vestían prendas ceremoniales y Osio apenas pudo reprimir una sonrisa: para ellos, él representaba sin duda una vaca a la que ordeñar, un rico senador al que introducir en la secta para que donara parte de sus bienes a la comunidad y a los pobres. Seguramente habían considerado el dinero que de vez en cuando les daba Minervina como un anticipo y ahora apuntaban al objetivo principal.

Pero a él no le engañarían como a otros amigos suyos, que sí habían caído. Él tenía otras ideas.

CAPÍTULO IX

A pesar de la desagradable situación en la que se había metido, Constantino estaba encantado de que le hubieran asignado una esclava para satisfacer *todas* sus exigencias. Le explicaron que era una de las siervas del harén de Narsés y que, hasta que no concluyeran las negociaciones, se ocuparía de su persona. Miró a la mujer mientras se levantaba de la cama, desnuda, e iba a buscar un vaso de agua, como le había pedido. Era joven y atractiva, aunque bastante corpulenta, y le había gustado acostarse con ella. Pero lo que más apreciaba de aquella mujer era que hablaba griego, y eso le permitía conseguir información muy valiosa sin tener que recurrir a otras personas. El intérprete le había dicho que el rey la había elegido porque conocía un idioma que ambos podían hablar. En realidad, también le habían ofrecido un muchacho, pero el joven había rehusado cortésmente.

–Eres una mujer realmente hermosa –exageró mientras la contemplaba–. En tu porte se ve que no naciste siendo esclava. –Se llamaba Farah y la capturaron de pequeña durante una de las incursiones persas en la frontera de Siria. Por tanto, era una ciudadana libre del imperio romano, además de buena familia, antes de acabar en manos de los sasánidas. Por su nivel de cultura y educación, la habían destinado a servir en el harén del gran rey.

Farah sonrió, avergonzada, y Constantino se dio cuenta de que le gustó especialmente el cumplido. No le debían de haber hecho muchos en un harén colmado de las mujeres más bellas del enorme reino sasánida, donde ella pasaba completamente desapercibida incluso a ojos de los guardaespaldas, los eunucos y demás esclavos.

–Eres demasiado generoso, mi señor. Sé muy bien que no valgo mucho –se resignó.

–Yo no diría lo mismo. No me sorprendería si un buen día el rey, o uno de sus hijos, te viese y añadiese a la lista de sus mujeres –continuó adulándola.

–Te gusta bromear, mi señor –respondió ruborizada la joven, que volvió con el agua. Constantino se sentó sobre las sábanas, cogió el vaso, bebió un poco de agua y el resto lo tiró sobre el modesto pecho de la esclava, luego se le subió encima y la secó con la boca. La muchacha se tapó la cara con las manos, desconcertada, y él le agarró la cadera subiéndosela encima. Volvieron a hacer el amor, y esta vez él se involucró mucho más que la vez anterior. Inmediatamente después, acostada sin aliento a su lado, lo miró con expresión embelesada.

–¿Vuestra capital está lejos de aquí, Ctesifonte? –le preguntó Constantino, que le acariciaba las caderas.

–No mucho –respondió la mujer, sorprendiéndose por la pregunta.

–¿El rey ha dejado muchas tropas defendiéndola? –le urgió.

–Bueno… No lo sé… Como siempre, supongo.

–¿Como siempre? ¿Te refieres a que para esta expedición no se ha traído soldados de la capital?

«Esta estúpida no sabe nada», pensó Constantino impaciente.

–Tienes razón. Sé que han traído un gran contingente de la guarnición de Ctesifonte… ¿Por qué?

El joven le dirigió una sonrisa tranquilizadora y la besó con dulzura.

–No importa. No es más que la típica curiosidad de un soldado. Solo quería conocer vuestras costumbres –le susurró.

La mujer disimuló una mueca de enfado.

–No son «mis» costumbres, señor –precisó–. A mí me capturaron los sasánidas, y aunque lleve con ellos desde niña, era y me considero aún una ciudadana de Roma.

–¿Y te gustaría volver al imperio? –le preguntó él.

A la muchacha se le iluminó el rostro.

–¡Por supuesto! ¿Me comprarías y me llevarías contigo?

En ese momento, Constantino oyó unos gritos fuera de su pabellón. Caballos al galope hicieron temblar la tierra, resoplaron y relincharon mientras la gente de alrededor se agitaba y corría de un lado para otro.

–¿Qué pasa? –preguntó la joven.

La esclava intentó escuchar las palabras que gritaban los hombres desde afuera. Se concentró un momento y luego abrió la boca para hablar. Pero dos soldados y un dignatario irrumpieron en la tienda. El personaje de alto rango, al que Constantino ya había visto con anterioridad junto al rey, se acercó a él con decisión.

–Príncipe, al parecer tus amigos no aprecian tu persona. Nos están atacando durante la tregua pactada en las negociaciones.

Constantino se quedó horrorizado. Y se sintió perdido. Era la confirmación de que Galerio lo consideraba prescindible, y por tanto también Diocleciano. No había duda de que Licinio había convencido al emperador. Por un instante, consideró la posibilidad de escapar; observó a los dos guardias y su armamento y descartó la idea como impracticable. Pero decidió que prefería morir en el intento, en vez de terminar encadenado sufriendo una horrible tortura, como estaba seguro de que le sucedería en breve.

–¿No te indigna saber que en la corte se respeta tan poco a una persona de tu valor? ¿No te gustaría que lo pagaran? –añadió el dignatario.

Constantino vio la oportunidad.

–Claro que me indigna. Realmente he creído que se daban las condiciones para un armisticio. Y me he expuesto en primera persona para que se pactara –respondió, sin necesidad de mentir.

–Te creo, príncipe. Por eso pensamos que tienes toda la razón para querer vengarte. Han jugado sucio contigo. Así pues, nuestro señor y soberano ha querido dejarte un periodo de tiempo razonable para que decidas unirte a nosotros y pongas a nuestra disposición todo lo que sabes del imperio, para atacarle donde es más vulnerable.

El joven no hizo caso a lo que acababa de escuchar.

–Agradécele a tu señor la generosa oportunidad que me concede. Dile que consideraré seriamente su oferta y no tardaré en comunicarle qué he decidido –respondió, permitiendo que el noble se despidiese sin decir nada más.

Un renegado… En esto querían convertirlo. No sería ni la primera ni la última vez que un romano de alto rango se unía a los persas e iba a la guerra contra su propio pueblo: Quinto Labieno, poco después de la muerte de Julio César, era el capitán de los lugartenientes del hijo del rey durante la invasión de Siria. Y ahora él tenía toda la razón para emularlo.

Pero él era Constantino, hijo del césar Constancio Cloro. Estaba destinado a dominar el imperio. Y no avergonzaría al padre ni a sí mismo con una traición.

Pero ahora había ganado un poco de tiempo. Miró a la esclava y le sonrió, mirándola fijamente a los ojos.

El fragor de la batalla. Constantino lo escuchaba muy cerca y ansiaba participar en ella, ser su protagonista. Su instinto de soldado casi prevalecía sobre el de supervivencia, forzándole a dejar de lado el miedo por su suerte como prisionero. Trataba de entender qué estaba pasando y quién se estaba imponiendo, qué táctica había elegido Galerio y cómo había reaccionado Narsés. Pero no había manera de saberlo, salvo a través de las palabras de la gente que había a su alrededor, pero que no podía entender sin la presencia de Farah.

En el campamento persa reinaba el caos. Soldados y civiles corrían de un lado a otro, desmontaban tiendas, reunían caballos y bestias de carga, preparaban filas de carros y recogían vituallas. A Constantino lo sacaron de su pabellón y llevaron con un grupo de autoridades civiles escoltados por guerreros. No muy lejos de él, otro grupo, pero solo de mujeres, se disponía a subir en carros. Dedujo que eran las mujeres y las concubinas del rey, y entre ellas debía de estar la esclava que había amenizado las pocas horas que pasó en aquel campamento.

Lo empujaron, instándole a subir a un carro. Él les siguió la corriente con la esperanza de que, desde una posición un poco más alta, pudiera ver más allá de las cabezas de las personas que tenía alrededor. Ya en el medio de transporte, miró en la dirección desde

donde oía llegar los sonidos de la contienda. Pero los cascos de miles de caballos y las botas tachonadas de decenas de miles de soldados habían levantado una gigantesca nube de polvo que creaba una cortina por toda la llanura, ocultando el escenario bélico. Era como si se hubiera desatado un tornado a tan solo unos cientos de pasos de Constantino, que sentía el miedo de la gente, incapaz de entender la evolución del enfrentamiento.

Se preguntaba dónde estaba el rey, si en la batalla o en la retaguardia, ya replegándose. Seguro que el ataque romano había sorprendido a los persas, que debían de haber tardado en reaccionar, si no se veían capaces de defender el campamento y se apresuraban a desmovilizarlo. Asimismo, se trataba de entender qué papel jugarían las reservas y cuántas posibilidades de llevarse la victoria tenían realmente los hombres de Galerio con la suerte que habían buscado.

Luego, una avalancha de soldados a caballo salió de la nube.

Se lanzaron al galope y, al principio, Constantino no entendió si eran persas huyendo o romanos que atacaban el campamento. Tan pronto como se corrió la voz, a su alrededor, la gente se paralizó, y las operaciones de evacuación, en vez de agilizarse, se detuvieron. Los caballeros se acercaban cada vez más, siluetas amenazantes y furibundas sobre la arena del desierto, y el joven comprendió antes que los demás que eran hombres del emperador. Habían abierto brecha en el frente o burlado el flanco enemigo, y su inminente llegada le reconfortó, pero después se dio cuenta de que eran demasiado pocos para superar a tantos soldados como quedaban en el campamento y temió estar entre los primeros en sufrir las consecuencias de la ira persa. Miró alrededor para encontrar el modo de librarse de los guerreros que lo vigilaban, pero eran demasiados, y, además, durante cientos de metros solo había persas cerca.

De repente cayó del cielo. Una roca del tamaño de un jabalí provocó un estruendo que hizo retumbar el suelo a unos metros de él. Las catapultas habían entrado en acción. Los civiles empezaron a gritar, y el pánico se adueñó en un momento de lo que quedaba del campamento. Luego cayó otra, y esta vez el estrépito fue devastador: dio en uno de los carros que tenía delante. En medio de vigas destrozadas, Constantino vio un buey desplomado en el suelo con el lomo desgarrado y a dos hombres inmóviles en un charco de sangre, con el tronco y las extremidades en una postura antinatural. Otras dos personas se arrastraban por el suelo y entre la madera, magullados y aturdidos.

Los guerreros que le rodeaban se dispersaron de manera instintiva. Cuando cayó otra piedra, cortando en dos un burro y rebotando contra un grupo de esclavos que recogían trastos, nadie le prestó atención al prisionero. Constantino buscó un caballo con la mirada, con el

objetivo de reunirse con la columna de jinetes auxiliares del emperador que acababan de precipitarse sobre el campamento. Pero todos tenían un hombre montado. Tendría que haberlo desensillado cuando su carro de pronto se movió; el cochero eligió ese mismo momento para partir. En ese mismo instante, una roca cayó justo delante del caballero que estaba más cerca. El caballo se desbocó, tirando al soldado de la silla. Constantino no lo dudó, se lanzó al suelo y se subió al animal, tratando de coger las riendas. Pero el persa se levantó y el joven tuvo que hacerle frente. El hombre desenvainó la espada amenazante, mientras que toda la gente escapaba y el carro partía sin él.

Constantino se vio impotente ante el adversario e intentó poner al caballo entre él y el persa. Pero el hombre lo siguió y blandió el arma contra él. De repente, sin embargo, se desmoronó, con los ojos de par en par por la sorpresa. Detrás del guerrero apareció la figura de Farah, con un puñal ensangrentado en la mano. Constantino la miró con gratitud.

–Me llevarás contigo, ¿verdad? –dijo ella.

–Pues claro. Lo habría hecho aunque no me hubieses salvado la vida –respondió él.

Le hizo una señal para que lo siguiera, mientras dos soldados los habían visto y no sabían si detenerlos o escapar. Al final decidieron ir tras ellos, pero entretanto, Constantino y la muchacha empezaron a correr. Pasaron a través de un montón de gente que huía, pero el joven vio que los dos soldados no se daban por vencidos. Empujaron, dieron codazos y golpes por doquier hasta que la esclava lo acercó a la caravana de las concubinas. La chica subió a un carro, abriéndose paso entre las mujeres, invitándolo a subir él también. Constantino se quedó un momento desconcertado; se giró y vio a los dos soldados abriéndose camino entre la multitud. Aquello fue suficiente para hacer que se subiera. Las mujeres, todas vestidas con prendas magníficas, lo observaron con odio, mientras los dos soldados se pararon a unos metros de distancia, buscándolo con la mirada, desorientados.

Una de las mujeres gritó para llamar su atención, pero un momento después cayó al fondo del carro, a los pies de las demás concubinas. Farah sacó el puñal de nuevo, amenazando a las demás e indicándoles que se callaran con la otra mano. Una de las concubinas, que se encontraba justo detrás de ella, la golpeó dándole un puñetazo en la nunca. La muchacha se tambaleó un poco, luego lanzó una puñalada instintiva, pero no dio en el blanco. Inmediatamente después otra mujer se le acercó y le arañó la cara con las uñas. De una mejilla le salió un borbotón de sangre. Otra también le dio una patada, haciéndole perder el apoyo en una pierna. La esclava perdió el equilibrio y otra patada la hizo caer de rodillas. Recibió un rodillazo

en la cara, por la espalda alguien le tiró del pelo, mientras a su alrededor se elevaron gritos llenos de furia.

En muy poco tiempo, la cara de la mujer se había convertido en una máscara de sangre. Cayó al suelo, mirando a Constantino, que la miró con compasión; había sido todo demasiado rápido y él ya no podía hacer nada. Cuando vio que las mujeres empezaban a propinarle violentas patadas a la cabeza ya sin vida de Farah y, al mismo tiempo, lo observaban amenazadoras, se quitó de encima a las que tenía más cerca y se lanzó a por el cuchillo que aún sujetaba la muchacha. Se lo quitó de la mano y lo esgrimió contra las concubinas, que se echaron atrás. Luego se giró para ver a qué altura se encontraban sus compañeros.

De pronto se los encontró delante, mientras muchos civiles y soldados persas levantaban las manos en señal de rendición.

–Bien, bien… Mira lo que tenemos aquí. Parecen las concubinas del rey –exclamó su oficial observando los carros llenos de mujeres.

Constantino reconoció a Severo y se adelantó.

–No solo eso, Severo. El césar te agradecerá haber salvado al hijo de un tetrarca –declaró con una mirada desafiante.

–Ilustre senador, para mí es un honor y un verdadero placer recibir tu visita. Me impresiona enormemente que una persona de tu importancia demuestre también tanta sensibilidad espiritual y se muestre receptivo al mensaje de Jesucristo –comenzó diciendo Marcelino–. Estos son los diáconos Silvestre y Eusebio, y el presbítero Melquiades, que se encargan de todas las obligaciones que mi edad ya no me permite asumir. El Verbo de Nuestro Señor es una responsabilidad demasiado pesada para la frágil espalda de un pobre anciano.

«Palabras insensatas», pensó Osio mientras lo acomodaban. Los examinó a todos con rápidas miradas, intentando entender con quién estaba tratando. Se jactaba de saber juzgar a los hombres a primera vista y, sobre todo, de saber reconocer tanto a los que eran como él como a sus víctimas. Creyó que el que se llamaba Melquiades estaba hecho de su misma pasta; probablemente había entrado en la secta por ambición. Tal vez los dos tenían los mismos objetivos prácticos y podrían entenderse. No obstante, esperaba no estar frente a gente intransigente y exaltada; le hacían falta personas flexibles, capaces de combinar sus ideales con sus intereses personales.

–Querido Marcelino, me gustaría que dejara de considerarme un mediador entre el poder del César, como decís vosotros, y el poder de Dios. Estoy convencido de que no existe una razón para que las dos almas del imperio, vuestra bondad y la fuerza del Estado, no puedan coexistir e incluso fundirse, y me gustaría hacerme cargo de todo para que eso ocurra –respondió, midiendo bien sus palabras.

Si a Marcelino le sorprendió su introducción, no lo demostró. Osio quería hablar claro, pero corría el riesgo de herir los sentimientos de aquellos devotos. Era mejor ir poco a poco.

–Muchos son los caminos que conducen a Cristo. Yo no tengo intención de señalar el que deberás seguir tú para alcanzarlo –respondió el obispo.

–Sí, pero… deje claro el concepto, senador, si no le importa –añadió Melquiades.

Osio se complació; estaba en lo cierto: aquel hombre era el más pragmático.

–La vuestra es sin duda la religión que más une a todas las clases sociales, así que pienso que el fin último de los cristianos debe ser el de hacer prosélitos hasta que el imperio entero esté constituido de seguidores de vuestra fe, ¿correcto? –argumentó.

–Bueno, el mismo Jesucristo animaba a sus discípulos a difundir su palabra. Está en nuestra misión hacer prosélitos –afirmó Eusebio.

–Ya. Vuestro culto tiene una capacidad de atracción extraordinaria, en mi opinión. Más que cualquier otra religión, porque les brinda un sueño a sus miembros.

–Pero no es un sueño. Es la realidad. Es la palabra del Señor –lo interrumpió Eusebio con un tono seco que le hizo entender enseguida a Osio que tenía delante a un integrista al que era inútil enfrentarse.

–Me he expresado mal –se disculpó–. Perdóname, diácono, pero no estoy aún familiarizado con vuestra religión. Quería decir… que es de consuelo y aliento para todo aquel que necesite una esperanza. Y, a fin de cuentas, todos necesitamos una esperanza, desde el más desgraciado plebeyo hasta el emperador. ¿Qué sería la vida sin la esperanza?

–Parece que quieres hacer de ella un instrumento. No me gusta. La palabra del Señor señala el camino a seguir para la salvación y la vida eterna, no un consuelo –insistió Eusebio, y todos los presentes asintieron.

Tal vez había ido demasiado lejos. Pero ya no podía volver atrás.

–Como he dicho, no comprendo aún vuestra fe del todo. Pero como ha declarado el obispo, cada uno tiene su camino para llegar hasta el Señor, ¿no? ¿Y qué hay de malo si me acerco a él considerándolo un consuelo? Con el tiempo entenderé su mensaje más íntimo. Y, si lo piensas, Eusebio, lo mismo podría valer para un pobre hombre que no sabe cómo alimentar a su familia, para el tendero que se arruina, para un general derrotado en la guerra o un emperador que tenga problemas con la administración del Estado.

–A ti no te importa que sea verdad. Lo importante es que haga felices a las gentes, ¿verdad? –intervino Silvestre.

–Ya sería un logro. La gente contenta es gente más dispuesta a hacer

el bien. Si la felicidad es la antecámara del encuentro con Dios, es siempre mejor que acercarse a Jesucristo sufriendo o hiriendo a los demás –arguyó.

Se sentía acorralado, pero tenía que mantenerse firme.

–Nuestros hermanos han sido víctimas de persecuciones frecuentemente en el pasado. Nuestros mártires no se han reunido con Dios con alegría –señaló Silvestre.

–Cierto, se sacrificaron, pero según tengo entendido les hizo felices inmolarse por su dios. Como decía, incluso en los peores momentos, el cristiano siente a Dios cerca de él y no teme nada. Vuestra religión otorga valor, felicidad y bondad, ¿qué más se le podría pedir a una fe?

–Olvidas la salvación. Ofrece la salvación, que es lo más importante –concretó Eusebio.

–Bien, supongo que estáis acostumbrados a hablar con las personas capaces de hacerlo para explicar vuestra fe –dijo para rebajar un poco la tensión, mientras un esclavo entraba en la habitación y les ofrecía a los asistentes un cesto de fruta–. Soy un profano, deseoso de aprender, pero también de ser útil con mis cualidades. Mi mujer es una persona buena que sin duda sabrá ayudaros con los pobres, pero a mí me gustaría ayudaros con los ricos.

–¿Por qué habrías de hacerlo? –preguntó Melquiades.

–Porque creo que vuestra fe es victoriosa y que es el futuro del imperio romano. Ofrece mucho más que las demás, e incluso que la de nuestros padres y antepasados. Con el tiempo, los convertidos serán una marea imparable, pero se necesitarán décadas, quizá siglos, y seguramente no será un proceso sin dolor, el cual podría perjudicar la estabilidad del imperio y entregárselo a los bárbaros, que cada vez presionan más en las fronteras.

–Entonces, ¿qué sugieres tú? –preguntó Melquiades.

–Sería más fácil si eligierais personajes clave a los que convertir. Protagonistas de la vida política, hombres importantes… tal vez los propios emperadores o sus colaboradores más cercanos. Si los soberanos se hicieran cristianos, sus súbditos seguirían sus pasos, tarde o temprano. En todo caso, los monarcas promulgarían leyes favorables para vosotros. Si me dais vuestro apoyo, podría hablar en vuestro nombre con el augusto e intentar ganarme su confianza. Tarde o temprano, Maximiano se vería obligado a reconocer la importancia de los cristianos, y lo mismo harían los demás emperadores. ¡Y quizás hasta uno de los futuros césares podría ser cristiano! –aventuró.

–O quizá, contando con nuestro apoyo, podrías ser tú uno de los próximos césares –lo interrumpió Eusebio.

Osio se quedó de piedra ante la interpretación del diácono, que en realidad reflejaba su fin último. Pero fingió estar sorprendido e indignado.

–¿Cómo dices? Mi objetivo es exclusivamente la paz y la cohesión en el imperio. Y creo que vuestra fe es realmente el único instrumento capaz de asegurarla a largo plazo. Pero hace falta apuntar alto, no a la gente pobre que no tiene nada que ofrecer. ¡Hay que convertir a quien de verdad puede hacer algo por vuestro Jesucristo!

Los cuatro sacerdotes se miraron unos a otros y enseguida un esbozo de sonrisa se dibujó en sus rostros. Marcelino lo observó con aire compasivo y luego le dijo:

–Me sorprende, querido senador, que no te hayas dado cuenta de lo impermeable que pueden ser a una doctrina como la nuestra personajes como príncipes, nobles y emperadores: ellos tienen el deber de mantener la tradición y se oponen a cualquier novedad…

–Sin mencionar que –añadió Silvestre– ha habido varios episodios de objetores de conciencia en los últimos años. Varios soldados cristianos se han negado a empuñar las armas y matar a otros seres humanos, y otros no han querido honrar las imágenes de los soberanos.

–Así que, si hay alguien con razones para tomarla con nosotros, son precisamente los emperadores –aclaró Eusebio.

–¡Pero no es verdad que los soberanos no estén abiertos a nuevos cultos! –protestó Osio, que se sintió consternado por haber perdido el control de la situación–. El césar Constancio Cloro es un devoto seguidor del Sol Invicto, como lo era el gran Aureliano. Y las objeciones de conciencia en el ejército solo han sido casos esporádicos.

–Pero cuando el culto cristiano se extienda, verás que muchos más soldados se negarán a pelear o a reconocer las imágenes de los emperadores –explicó Marcelino.

–¿No fue Pablo quien dijo «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios?». Eso quiere decir que se puede ser buenos cristianos y al mismo tiempo súbditos leales de los emperadores. Cada ciudadano del imperio debe cumplir con su deber, y si uno es soldado, eso implica matar a los enemigos de Roma –se defendió.

–Un cristiano debe hacer lo que le dicta su conciencia –rebatió Eusebio–. Pablo se refería al pago de los impuestos, como buen ciudadano romano que era. Pero en lo que respecta a las muertes, eso es otro tema. No se puede ser soldado y cristiano al mismo tiempo.

–No creo que se pueda permitir poner la otra mejilla al bárbaro que te ataca a ti y a tu familia. Eso no es bondad, es estupidez, es indolencia. Nuestros padres conquistaron y ampliaron el imperio, nosotros lo defendemos –volvió a protestar Osio.

–Será la voluntad del Señor lo que determine nuestro destino –declaro Eusebio.

–¡Sin duda! Y si no encontramos a nadie dispuesto a luchar, significará que en el futuro crearemos un ejército de mercenarios

bárbaros paganos. ¿Al menos querréis encontrar dinero para reclutar a mercenarios, si no tenéis valor para enfrentaros a los enemigos, o dejaréis que los bárbaros lleguen hasta aquí a robar, violar y matar a vuestros familiares? –contestó Osio, desesperado y furioso. Eran sin duda alguna un hatajo de idiotas. En las manos de gente así, el cristianismo se disolvería en poco tiempo, en vez de prosperar como podría hacerlo. Sin embargo, por lo que él podía inferir, su Pablo parecía un hombre desaprensivo, y gracias a su falta de escrúpulos aquella religión había sobrevivido y se había consolidado durante los siguientes siglos. Ahora también hacía falta alguien así…

–Tus motivaciones no son claras, senador –intervino Marcelino–. Si quieres estar con nosotros sin ningún otro motivo que el de salvarte, siempre serás bien recibido. Pero no busques a Jesucristo solo para saciar tus ambiciones. No es un instrumento en manos de los avariciosos.

Osio se sintió humillado y ofendido. Les había ofrecido su ayuda y le habían respondido con desprecio. Se levantó y dijo:

–Si me disculpas, obispo, prefiero dejaros pensando en mis palabras. Con el tiempo entenderéis lo sabias que son y cuántos problemas os evitaríais. Pero en este momento resulta evidente que no os las tomáis en serio.

Después no esperó siquiera su despedida y salió de la habitación.

Pero no sin notar, con el rabillo del ojo, que Melquiades hizo un leve gesto de asentimiento.

Por lo menos, uno de aquellos cuatro imbéciles mostraba un poco de sentido común. Tal vez, si ese hombre pudiera tener más peso en la jerarquía de la iglesia, ellos dos podrían entenderse.

Cuando Constantino estuvo ante el emperador en su cuartel general, acababa de caer la noche y las hostilidades en el campo de batalla habían cesado. Le pareció que estaba furioso y, después de dedicarle una rápida mirada, Galerio se dirigió a Maximino Daya, que estaba delante de él:

–¿Como que «no han querido pelear»?

–Así es, césar –respondió avergonzado el sobrino, ante la mirada curiosa de Licinio, Severo y los demás oficiales del Estado Mayor. Algunos de ellos se percataron de la presencia de Constantino, pero nadie le dedicó más que un rápido saludo con la cabeza; esperaban que al menos desapareciera un rival y estaban evidentemente decepcionados–. No he podido cerrar la pinza por culpa de esos cobardes. Si no, además del harén del rey, ahora tendríamos en nuestro poder gran parte de su ejército.

–Eso solo parecen justificaciones por tu ineptitud –respondió brusco Galerio, que por lo menos parecía capaz de tratar al sobrino con objetividad.

–Permíteme que te diga que no merezco tus acusaciones, césar –protestó Maximino, buscando entre los compañeros un apoyo que no halló; «lo que sea que ha sucedido, los demás disfrutan viendo cómo lo humilla», se dijo Constantino–. Todos mis oficiales fieles aún a las tradiciones, a Roma y a ti, señor, han podido ver con sus propios ojos que los cristianos se han negado a pelear. Fueron a primera línea para mostrar, según ellos, que no son unos cobardes, luego tiraron las armas diciendo que su religión no les permite matar al prójimo.

–Pero habrán sido muy pocos en la legión que comandabas… –intervino con maldad Licinio.

–Al menos un tercio –replicó con decisión Maximino–. Y algunos de ellos eran oficiales. Esa maldita plaga debe de haberse propagado desde que partimos. Alguno de ellos debe de haber hecho prosélitos durante estas semanas. Pero en ese momento, la unidad de la legión estaba minada, e incluso quien estaba dispuesto a atacar tenía miedo de no conseguirlo. Intenté exhortar por lo menos a los soldados más inclinados a organizarse de nuevo, pero la confianza había disminuido y no he podido hacer nada. Me habría enfrentado a un desastre si me hubiera llevado a los pocos que querían luchar con convicción.

El emperador reflexionó.

–Han dicho que también ha pasado en otro destacamento. Pero eran pocos y no han influido en las operaciones –dijo–. Amenaza con convertirse de verdad en una plaga. Hasta ahora se habían limitado a no participar activamente en los sacrificios antes de la batalla y habían dejado pasar. Pero ahora es demasiado. Traednos a uno de los oficiales amotinados – añadió.

Al instante, un ordenanza salió de la tienda para obedecer la orden.

Constantino consideró que había llegado su momento. Dio un paso adelante intentando llamar la atención de Galerio, pero sin intervenir. El emperador lo miró otra vez.

–Has salido airoso… Nos alegramos, Constantino –se limitó a decir.

–Por suerte, imagino. Mejor dicho, más bien con la ayuda de los dioses –respondió con prudencia.

–Y también del ejército, que ha acudido a salvarte –precisó Severo.

–Me pregunto, sin embargo, si puedo –continuó el joven–, qué te ha llevado a atacar mientras era rehén durante la fase acordada de la negociación. Creía que te había convencido de que lo mejor era llegar a un acuerdo con el rey Narsés.

–No tenemos que rendir cuentas de nuestra política a nuestros oficiales. Las circunstancias cambian, y Licinio, cuando volvió de la misión diplomática, nos describió la disposición del ejército enemigo, convenciéndonos de que sería una buena oportunidad para lograr una victoria decisiva.

–No tenía ninguna duda de que te había convencido Licinio, césar –

respondió Constantino, mirando de reojo al general, que le devolvió una mirada de desprecio absoluto–. Sin embargo, me parece que esa victoria no ha llegado. Ni llegará mañana, a pesar de la conquista del campamento enemigo. Su ejército, por lo que he entendido, sigue estando bastante intacto y no han utilizado la reserva. Corremos el mismo riesgo que ellos de ser derrotados.

–¿A no ser que…? –inquirió Galerio.

–A no ser que aprovechemos que Narsés ha dejado su capital Ctesifonte desprotegida para robársela. Lo tenemos aquí amarrado con una parte del ejército y con la otra vamos hasta allí. En ese momento sí que podremos llevar a cabo las negociaciones desde una posición de ventaja, y para ti será un triunfo. Si salimos ahora, en mitad de la noche, no podrían hacer nada para impedirnos asaltar la ciudad… –sugirió.

Galerio lo miró sin hablar. Licinio intervino:

–¡Menuda tontería! ¡Correríamos el riesgo de sufrir dos derrotas, aquí y frente a la ciudad, si dividiésemos el ejército!

–No, si aquí nos limitamos a una defensa activa y a la capital mandamos un número suficiente de soldados. No se necesitarán más de tres legiones; no encontrarán demasiados soldados en la ciudad –respondió Constantino con decisión.

–¿Y tú cómo lo sabes? –preguntó Galerio.

–Me he informado mientras estaba allí. Y he podido hacerlo de manera mucho más precisa que Licinio –subrayó. Le hubiera gustado añadir que los persas incluso le habían propuesto traicionar al imperio por el desaire que había recibido, pero prefirió no decir nada más que pudiese incordiar o acusar al emperador. Estaba manteniendo el equilibrio en una cuerda floja.

En ese momento, el ordenanza regresó con un hombre, al que presentó como el centurión Máximo. La atención de Galerio cambió al recién llegado.

–Pues bien, parece que hoy te debemos a ti y a los que son como tú nuestra que no nos hayamos llevado la victoria –le dijo como recibimiento–. Entonces, ¿eres un rebelde?

Máximo pensó un momento antes de responder, incrementando la tensión en la tienda:

–No soy ningún rebelde, césar –declaró–. Soy un fiel súbdito del imperio y tu leal defensor. Pero no puedo realizar acciones contrarias a las que me ha enseñado mi dios.

–Supongo que, si tu dios te dice que no mates, has elegido la profesión equivocada –comentó rudo el emperador.

–Puede que sí. O puede que no –respondió el centurión–. A lo mejor podría matar si los persas nos atacaran dentro de nuestras fronteras, pero antes sin duda haría cualquier cosa para evitarlo, y no pretendo

hacerlo atacándoles en su territorio, o por vengar una de sus incursiones –explicó.

–Si todos reaccionaran así, dejaríamos de tener un territorio que defender y quedaríamos a merced de cualquier bárbaro que quiera conquistarnos e imponernos sus costumbres. Y no creo que te dejaran en paz celebrando ritos por tu dios –respondió Galerio–. En todo caso, no te corresponde a ti valorar la estrategia del alto mando. Si decidimos que para defendernos tenemos que anticiparnos a su ataque, que sin duda ocurriría, ¿quién eres tú para juzgarnos o hablar de venganza? Los dioses son quienes apoyan nuestro trabajo, así que estamos convencidos de actuar siempre de la manera correcta.

–César, existe un único dios, cuyo hijo Jesucristo bajó a la tierra. Los otros supuestos dioses solo son una creación de los hombres, o de los demonios perversos que los confunden, llevándolos a realizar actos malvados –respondió el centurión con firmeza, con un valor y una determinación que Constantino no pudo dejar de admirar.

Entre los presentes se elevaron murmullos de indignación. Galerio se levantó de la silla y se dirigió hacia Máximo.

–¿Y no te consideras un rebelde? –le gritó a la cara–. ¡Eres un hombre peligroso, centurión, y como tú todos los que siguen tu absurdo credo! ¡Negáis a los dioses y todo lo que representan, e insultáis a vuestro emperador, que es el intérprete de su voluntad! Vuestra plaga amenaza con poner en peligro todo lo que Roma ha conseguido durante siglos, ¡y debe ser erradicada! ¡Que lo ejecuten junto a todos sus correligionarios, por insubordinación, blasfemia y lesa majestad! –Luego se dirigió a sus oficiales y añadió–: Es más, ¿quién de vosotros quiere dar ejemplo y castigar a este loco como se merece?

Licinio y Severo dieron un paso al frente al unísono desenvainando su espada. La de Licinio fue la primera que cayó sobre el cuello del centurión, separándole parte de la cabeza del cuello y provocando una explosión de sangre que salpicó incluso a Galerio.

Aquello al emperador no pareció molestarle.

–Constantino, creo que tu plan puede funcionar –le dijo–. Que les den la orden a tres legiones de salir enseguida hacia Ctesifonte por el Tigris con la flota. Irás con ellos, pero quiero que el mando lo asuma Licinio, así tendrás la oportunidad, general, de aprovechar tu deseo de conseguir de inmediato una victoria decisiva, lo cual nos llevó a violar la tregua y a faltar a la palabra dada. Un gesto tan desagradable socava nuestro honor, y solo lo puede suavizar un triunfo, ¡así que asegúrate de conseguirlo! Nosotros llegaremos con el resto del ejército por tierra, pero para entonces deberéis haber entrado en la ciudad, si no Narsés nos acorralará entre su ejército y las murallas y no tendremos escapatoria.

Licinio asintió, con el ceño fruncido, mirando a Constantino con un rencor cada vez mayor. El joven, por su parte, estaba feliz de poder participar por fin en una operación decisiva. Pero no conseguía sacarse de la cabeza la valentía del centurión que yacía en un charco de sangre a sus pies. Era un demente, no había duda; si todos los cristianos eran como él, el imperio colapsaría inmediatamente. Pero por suerte no lo eran. Había oído decir que muchos de ellos no consideraban incompatible su religión con el oficio de soldado.

Y con soldados dotados de semejante determinación, si se les convenciera de luchar en nombre de su dios, se podría llegar lejos.

–Ya no puedo hacerlo con él desde que lo hacemos nosotros. –Minervina se había acurrucado en posición fetal junto a Martiniano, que la abrazaba después del último y rápido asalto al placer. Sexto sabía que aquel reposo duraría unos minutos tan solo y le sorprendió que ella le hablase. No lo hacía nunca, ni cuando hacían el amor ni en los escasos momentos de reposo en los que se limitaban a saborearse mutuamente.

–¿Está protestando? –se limitó a preguntarle, acariciando su frágil cuerpo desnudo.

–Con suavidad. Pero me temo que antes o después se pondrá agresivo. Sobre todo porque no ha renunciado a buscar heredero, creo –respondió ella.

–¿No te ama?

Minervina se quedó pensativa un momento.

–Me quiere mucho, estoy segura, pero no creo que se trate realmente de amor. Por lo menos, no lo que parece haber entre nosotros.

–Dudo que muchas personas hayan tenido la oportunidad de sentir, aunque sea solo una vez en la vida, lo que nos ha pasado a nosotros –concretó Sexto.

Ella lo besó.

–Tienes razón. No me puedo creer que cada vez sea más bonito. Después, la vez siguiente resulta que puede serlo más todavía –dijo con una sonrisa.

Empezaron a besarse con avidez y deslizaron las manos sobre sus sexos, descubriéndolos preparados. Sexto la subió dulcemente sobre él y ella le cogió el miembro con rapidez, moviéndose con frenesí. Minervina llegó al orgasmo poco después, pero como siempre, al momento estaba otra vez lista, con la misma voracidad, la misma voz áspera, mientras Sexto se deleitaba apretándole ora los pechos, ora las caderas. Se sorprendía siempre de la resistencia de la mujer en aquella postura, que la obligaba a hacer fuerza con los tobillos. Se la propuso de broma hacía un tiempo y ella quiso probarla de inmediato. Desde entonces, vieron que les permitía a los dos sentir el placer más intenso

y era en la que más tardaban.

Sexto pensó por enésima vez, mientras observaba cómo llegaba de nuevo al clímax del placer y luego volvía a empezar, que era extraordinaria. Hacía que todas las demás mujeres que había conocido parecieran desgarbadas y pasivas, incluso las meretrices con las que había estado alguna vez cuando estaba en la guerra. Y cada vez estaba más convencido de que se aburriría estando con otra. Parecía que Minervina no se cansaba nunca de sentir placer, ni de hacérselo sentir, era generosa e insaciable al mismo tiempo, y su sexo era tan acogedor que siempre lo encontraba dispuesto, húmedo, suave y relajado. No había ninguna oposición física entre ellos, parecían estar hechos para fusionarse, como si sus cuerpos estuvieran cincelados el uno para el otro desde la primera vez.

Y eran capaces de continuar durante horas, con un ardor que Sexto no había experimentado antes. Estaba seguro de que a ella le sucedía lo mismo. Bastaba con que se acercaran y pasaba siempre algo emocionante; incluso después de haberlo hecho tantas veces. Para él se estaba convirtiendo en una dependencia permitirle disfrutar, y cuanto más la veía alcanzar sus inolvidables orgasmos, más deseaba volver a provocárselos. Se veían desde hacía pocas semanas, pero estaban tan unidos como si llevaran haciendo el amor desde niños. Y en ese corto espacio de tiempo, Sexto había visto a su amante florecer, fortalecerse, desarrollar un cuerpo aún más torneado y agraciado y liberar una sensualidad que lo había fascinado por completo. Pero seguía siendo una niña más que nunca, siempre deseosa de alcanzar el placer, y esto le otorgaba también una dulzura natural que, combinada con su libido, la hacía única, explosiva, capaz de hechizarlo en todo momento.

Su único límite eran sus respectivos vínculos. Él, como oficial de los pretorianos, debía pasar mucho tiempo en el Castro Pretorio o escoltar al emperador y a su familia en sus desplazamientos; ella, mujer casada, no podía ausentarse demasiado a menudo y demasiado tiempo. Sexto estaba convencido de que, si estuvieran juntos, no se cansarían nunca de hacer el amor, pues tal era la explosión de los sentidos en su mutua compañía. El olfato, el gusto, el tacto, la vista y hasta el oído estaban continuamente estimulados cuando estaba con Minervina, de una manera que jamás habría creído que fuera posible. Cuando ella se inclinó sobre él, necesitando al fin recuperar la respiración, decidió expresarle sus pensamientos.

–¿Sabes? Creo que no nos cansaremos nunca de estar juntos –le susurró.

–Es verdad. Sea lo que sea lo que nos une, no hace más que crecer, independientemente de lo que hacemos nosotros –respondió ella.

–¿Y tú qué harás cuando tu marido se harte de tus negativas?

–¿Qué quieres que haga? Dímelo tú.

–Sabes muy bien cuánto lo odio. Y tú también deberías odiarlo, pues es el responsable tanto de la muerte de tus padres como de la de los míos. Una parte de mí querría que continuaras haciéndolo sufrir.

Ella se incorporó.

–Sabes bien que no me gusta oírte hablar así. Siempre ha sido bueno conmigo. Lo que hizo fue por necesidad del Estado.

–No, fue por pura y despiadada ambición. Un día entenderás de qué pasta está hecho –le respondió él displicente.

–No digas eso. Eres injusto. Incluso ahora es bueno y paciente conmigo y desde luego no me lo merezco –contestó ella, también resentida.

Minervina se volvió a tumbar, pero esta vez alejándose de Sexto. Se quedaron un buen rato en silencio, con la mirada clavada en el techo, y luego, de repente, ella lo abrazó.

–No discutamos. No tenemos motivo. Y además me duele –le susurró, y él la acarició con suavidad.

Se besaron con más ardor aún y las manos de Sexto se deslizaron por todas partes; creía que había pasado una eternidad desde que le pareció una mujer inacabada, demasiado delgada para gustarle de verdad. Ahora encontraba su cuerpo perfecto, y a las demás mujeres nada menos que sosas; sus dedos no se despegaban de su cuerpo, y lo que al principio le pareció demasiado pequeño, ahora le parecía delicioso y embriagador. Nada de su cuerpo le incomodaba, ni le habría cambiado nada; nunca había un momento en que sus sabores y olores lo hubieran molestado, o que le hubiera parecido falto de gracia alguno de sus movimientos.

A pesar de que le costó, él fue quien se despegó. Ella, entre sus brazos, no se daba ya cuenta de nada.

–Acuérdate de que tienes que ir a ver a tus amiguitos cristianos. No nos gustaría que tu marido empezara a sospechar –le dijo.

Ella asintió.

–Lo dices con burla… Son personas muy buenas que me ayudan a ser mejor y a descubrir el significado de la vida.

–Yo estoy descubriendo el significado de la vida contigo –respondió él, mientras Minervina se levantaba y empezaba a vestirse–. Si no fuera porque nos sirven y te dan una coartada, cada vez que vienes a mi casa, me parecerían unos locos. –A menudo, para verse, Minervina siempre decía que iba a las reuniones de los cristianos, y a veces iba de verdad, para que la mentira fuera más creíble, después de estar en una de las casas de la familia de Sexto.

–¿Unos locos? Te aseguro que, desde que los conozco, todo aquel que no sigue sus sanos principios me parece un loco –replicó la mujer.

–Ah, claro, esas tonterías de «pon la otra mejilla» y cosas así –

comentó despectivo Sexto, contemplando su magnífico cuerpo mientras se vestía–. Pero ¿tú crees en serio que ese Jesucristo resucitó después del suplicio de la cruz? ¿No lo vio solamente algún pobre diablo de su secta? ¿No te parece una chorrada monumental?

Minervina no respondió en el momento, y Sexto temió haber exagerado. En definitiva, ella creía en esas tonterías y él debería haber respetado sus convicciones.

–Deberías venir algún día para entender realmente en qué creen –respondió fría.

Sexto se levantó de la cama y se acercó, abrazándola y besándola en el cuello.

–Lo siento –se excusó–. Me educaron en los valores de los dioses tradicionales, y de hecho me parecen herejías los cultos del Sol Invicto y de Isis, imagínate el de los cristianos, que considero todavía más distante de aquello en lo que lleva siglos creyendo mi familia. Me parece que creer en algo distinto que los dioses que elevaron a Roma a la cima del poder equivale a traicionar a la misma Roma.

–Yo no traiciono a nadie intentando ser más buena. Sí, deberías venir alguna vez, si eso no diera lugar a habladurías.

A Sexto le hubiera gustado, aunque solo fuera para contentarla y hacerle ver lo importante que era para él.

–Me gustaría, pero soy oficial pretoriano, y se hablaría mucho de mi presencia en esas reuniones que, como sabes, no ve con muy buenos ojos el emperador. Ya conoces los casos de los soldados que se han negado a…

–Sí, lo sé, y no te lo puedo pedir, tienes razón –lo interrumpió ella, devolviéndole el beso–. Podría perjudicar tu carrera.

A Sexto le dio la impresión de que se lo decía con sarcasmo, pero prefirió evitar discutir. A él siempre le parecía demasiado poco el tiempo que pasaban juntos y no tenía intención de pasarlo discutiendo. La volvió a abrazar, dejando que los sentidos aliviaran la tensión de ese momento. Al igual que había hecho ella poco antes cuando tocaron el tema relativo a su marido.

Y funcionó una vez más.

CAPÍTULO X

–Tenemos que entrar antes de mañana. Mañana los persas del gran rey ya podrían estar aquí –declaro Licinio después de observar nuevamente las murallas de Ctesifonte, desde que, solo unas horas antes, su columna llegara frente a la ciudad–. ¡Ataquemos directamente! Los soldados han viajado en barca, así que no están cansados. ¡Aprovechemos la ocasión antes de que se organicen!

–¿Y cómo pretendes avanzar, legado? –preguntó tajante Constantino, que estaba a su lado. Ambos, junto a otros oficiales superiores, se encontraban en una elevación en la orilla opuesta del Tigris, a las afueras de las ruinas de Seleucia, la antigua capital del imperio parto.

–Fácil. Todos en columna, con las escalas, concentrándonos en la puerta principal. Nos hacemos con las almenas aprovechando nuestro número y entramos. Luego saludamos desde las cañoneras a Narsés, cuando llegue, y que vea que detrás de él tiene al emperador.

–Perdona, general –objetó Constantino–. Pero si atacamos por un solo punto, concentraremos todas sus fuerzas en ese único sector y nos repelerán. Aunque sean menos, siempre pueden contar con las murallas y con sus máquinas lanzaderas.

–No tenemos tiempo para tácticas alternativas o más sofisticadas –respondió molesto Licinio–. Y, de todas formas, la superioridad numérica siempre compensa. Si nos repelen, significará que, a pesar de lo que nos has dicho, dentro había todavía demasiados defensores para tres legiones. Y el emperador tendrá que saber que has comprometido esta campaña con tu estupidez…

Constantino pensó que había sido la estupidez de Licinio la que la había complicado y que ahora amenazaba con comprometerla del todo con su torpeza. No podía permitírselo.

–No perderíamos tiempo si dividieses tu ejército en tres columnas: cada legión podría atacar un punto distinto de las murallas, ¿no? –protestó–. Y ellos se verían obligados a dividir las ya escasas fuerzas de las que disponen; ningún sector estaría lo suficientemente protegido y por uno o por otro lograríamos entrar.

–¡Tonterías! –replicó el general–. Ninguna de las tres columnas tendría bastante potencia como para penetrar. No. ¡Atacamos todos juntos!

–¡Entonces dame al menos media legión! –propuso–. Simularé un ataque desde atrás, haciendo que acudan a mí parte de los defensores, permitiéndote asaltar las murallas por la parte contraria con el grueso

del ejército. Tú tendrás el ejército escondido hasta el último momento en esta parte del Tigris y después atacarás.

Licinio iba a abrir la boca y responder de nuevo, pero luego se paró a pensar.

–De acuerdo –dijo al final–. Coge a mil hombres, navega hasta la punta meridional de la ciudad y ataca las murallas. Nosotros atacaremos desde el norte.

A Constantino le sorprendió la facilidad con la que Licinio cambió de idea y le pareció sospechoso. Pero no tenía alternativas. Le molestaba mucho contribuir a la victoria de un hombre que se las había ingeniado para intentar que lo mataran los persas y que ambicionaba el trono tanto como él. Aun así, si no cumplían la tarea que les había asignado Galerio, él sería el primero que saldría perdiendo, y podría incluso llegar a arrepentirse de no haber aceptado las propuestas de los persas, o de no quedarse en su poder.

Mandó que los centuriones reunieran las unidades que Licinio le había permitido llevarse y empezó a bajar un tramo corto del curso del Tigris. Los persas lo observaban desde las murallas, preguntándose indudablemente cuántas tropas más había transportado el resto de la flota que habían visto atracar e intentando saber si el suyo era el cuerpo principal o una simple columna de distracción. El joven, sabiendo que podía convertirse en el blanco de sus proyectiles, se mantuvo junto a la orilla opuesta y desembarcó a cierta distancia del alcance de sus arcos. Estudió la disposición de los defensores en las almenas y pensó un sistema para ejercer presión sin perder demasiados hombres, a la espera de que Licinio lanzara su propio ataque.

Después, dividió a los soldados en diez columnas, a cuya cabeza colocaron las escalas con las que contaban. Le ordenó a cada contingente que se pusiera a cincuenta pasos del más cercano: no demasiado próximos como para concentrar el ataque en un espacio demasiado limitado y fácil de defender, y no muy lejos para no aislarse los unos de los otros sin poder prestarse ayuda recíproca. Mientras completaba el despliegue, vio que en las almenas se amontonaban los soldados enemigos. Por lo menos, ahora podía estar seguro de que su acción estaba atrayendo a la guarnición del sector que había frente a él.

Levantó el brazo y los centuriones silbaron al ataque. Por un instante, sintió un escalofrío al saber que estaba solo en su segunda acción como comandante, aunque de subordinado, después de la de Egipto hacía unos años; y también pudo apreciar la ironía de debérselo a Licinio. Salió corriendo junto a sus hombres, a la cabeza de la columna del ala derecha, y en ese mismo momento vio que del otro lado de las cañoneras salían rocas disparadas, describiendo una

trayectoria bombeada y aterrizando justo enfrente de las líneas más internas. Los proyectiles rodaron por la tierra, pasando entre una columna y la otra.

En la mayor parte.

Una segó la cabeza de una línea, abatiendo al soldado que llevaba la escala y los que iban detrás. Pero una vez que la piedra agotó su impulso, los supervivientes recogieron la escala y continuaron corriendo. Cuando salió la segunda descarga, los romanos ya habían pasado ese punto, y las rocas cayeron detrás de ellos; pero ahora había un segundo obstáculo que superar antes de llegar a la base de la muralla.

Un silbido y luego otro le confirmaron que habían entrado en juego los arqueros. Gritó que se mantuvieran en línea, un soldado detrás del otro, y que aguantaran los escudos por delante del cuerpo para ofrecer menos objetivos a los tiradores, y los centuriones hicieron lo mismo. Oyó varias veces el impacto del hierro contra la madera, y a veces gritos de dolor, pero desde su posición pudo ver que todas las columnas seguían avanzando, aunque ya no estuvieran a la misma altura. Ahora estaba lo bastante cerca de las almenas como para poder distinguir con claridad las figuras que esperaban agarrarlo en cuanto intentase subir. Mientras tanto, las flechas continuaban acribillándoles a él y a sus hombres.

Poco antes de entrar en una franja de terreno que estaba demasiado cerca de la muralla para que los arqueros pudiesen tirar, al hombre en cabeza de la columna que iba junto a la suya le alcanzaron en el cuello. Llevaba la escala y el impacto lo lanzó hacia atrás a él y el equipo, provocando que el soldado diera casi una voltereta, cayendo de espaldas sobre el compañero que lo seguía. La escala cayó sobre este, que tropezó y acabó en el suelo. El legionario que iba detrás terminó encima, así como el que le seguía. En un momento se creó una montaña de romanos sobre la que los arqueros pudieron disparar con total facilidad.

–¡No os paréis! ¡No os paréis! –gritó Constantino, pidiéndole a los demás que no se dejaran condicionar por el destino de la desdichada columna. Luego, cuando por fin estuvieron cerca de las murallas, le arrebató la escala al soldado de su línea y él mismo la apoyó encima de la barricada. Antes de subir el primer travesaño, pensó que en poco tiempo descubriría si los dioses habían decidido que estaba predestinado a grandes hazañas.

Subió pendiente en todo momento de llevar el escudo por encima de la cabeza y cuando casi estaba en lo alto, un fuerte impacto le hizo temblar el brazo. Reconoció el sonido de una espada contra la madera; agarró firmemente la escala con la mano que sostenía el escudo y con la otra empezó a lanzar espadazos a ciegas. Sintió que le caían más

golpes encima, se tambaleó sobre los travesaños, se agazapó bajo el escudo y se impulsó para volver a subir, hasta que adivinó la silueta de al menos dos hombres inclinándose por encima del parapeto. Había llegado a la altura de las almenas.

Detuvo un golpe del soldado que estaba a su izquierda y, con un equilibrio precario sobre la escala, le asestó una estocada al de la derecha. No tenía coraza y Constantino le dio mortalmente en el torso. Sacó la hoja, se aferró al parapeto con la mano que le protegía el escudo, se impulsó y con un salto lo superó, parando otro golpe antes de pegar un mandoble horizontal que abrió un surco en el lado del adversario. Un borbotón caliente de sangre lo alcanzó en el brazo.

Sin más enemigos directos en las cercanías, miró a su alrededor un momento. Otra gente de las almenas se dirigía hacia él, pero, mientras tanto, algunos de sus hombres pudieron atravesar las cañoneras, a sus espaldas y desde otras escalas. Dentro de la ciudad, otros soldados acudían al sector amenazado.

En ese momento tendría que haber entrado en acción Licinio.

Pero desde la otra parte no escuchaba ningún toque de trompeta.

Maldito Licinio… Constantino vio avanzar en su dirección y la de sus hombres, cuando llegaron a las almenas de Ctesifonte, a más soldados de los que podía hacer frente. Convergían de todos los puntos de la ciudad hacia los romanos y no hacía falta ser adivino para prever que pronto los repelerían. Los que se quedasen morirían en el sitio o arrojados desde las murallas.

Se preguntó si debía ordenar la retirada antes de ver cómo masacraban a todos sus soldados. Le parecía absurdo haber entrado con un puñado de hombres en la capital persa, un mérito que muy pocos romanos habían conquistado para tener que huir de inmediato o morir asesinado, únicamente porque Licinio ni siquiera había intentado poner en práctica la maniobra de pinza prevista. Pero no se podía replegar: avergonzaría a su padre, Constancio Cloro, y lo recordarían solamente por su vergonzosa huida. No tenía alternativas; tenía que resistir hasta la muerte y esperar que Licinio decidiera moverse.

Reunió a los suyos, asegurándose de que protegieran un sector homogéneo de las almenas, para ayudarse entre sí y garantizarle a los que seguían escalando la muralla un acceso seguro para aumentar sus fuerzas. Sin embargo, ahora los persas no solo aparecían desde abajo, desperdigándose entre los edificios hasta formar columnas de ataque, sino también desde los otros sectores de las almenas; los enemigos llegaban desde tres direcciones diferentes.

Mandó a sus hombres que formaran en media luna, escudos y lanzas extendidos hacia delante, los laterales pegados a las cañoneras. Mientras tanto, a medida que los suyos llegaban a las almenas, los

colocaba detrás de la primera línea, creando una formación compacta y cerrada de infantería pesada que a los persas con armamento ligero les costaría trabajo disgregar. Sin embargo, muchos enemigos se detuvieron y dejaron que fueran los arqueros los que les abrieran el camino. Constantino les ordenó a sus hombres que se arrodillaran, todos, y que se agazaparan detrás de los escudos. Lo hicieron justo a tiempo: una lluvia de flechas se abatió sobre los romanos, provocando un intenso repiqueteo sobre los escudos, que enseguida se llenaron de púas. Alcanzaron a algunos, sobre todos aquellos que seguían escalando por los merlones, cayendo encima de los demás y socavando la consistencia de la formación.

Por suerte, observó Constantino, los arqueros eran pocos, y tras varias ráfagas con escaso éxito, renunciaron a los arcos y desenvainaron las espadas para unirse al asalto de los compañeros:

—¡Levantaos! ¡Lanzas extendidas hacia delante! —gritó el joven tribuno, levantando el brazo con la espada ensangrentada. Los soldados obedecieron y demostraron que estaban preparados cuando los primeros persas llegaron al choque.

El primer ataque enemigo fue repelido con facilidad. En las almenas de los laterales solo había espacio para un par de atacantes a la vez y los persas se inmolaron sobre las lanzas romanas sin ni siquiera llegar al cuerpo a cuerpo. Enfrente, los defensores de la ciudad tenían que subir las rampas de acceso y llegaron uno tras otro, sin contar con la competencia necesaria para disgregar la línea romana. En el segundo ataque, los persas aprendieron algo. En los flancos y por delante, los más rápidos se pararon a esperar la llegada de los compañeros por detrás y fue entonces cuando se abalanzaron sobre la línea romana, empujándose unos a otros para conseguir fuerza de impacto. Constantino sintió que le embestía una avalancha, y únicamente la barrera formada por el parapeto impidió que los romanos retrocedieran. Pero ya con el primer impacto, las lanzas romanas atravesaron a varios persas, cuyos cuerpos sin vida o agónicos previos a la muerte les sirvieron a los romanos para repeler a los compañeros que se acercaban después que ellos, tirando a alguno que otro sobre los tejados de las casas más cercanas.

Algunos persas pudieron cortar las astas de los romanos, llegando a abrir una brecha entre los escudos enemigos, pero acabaron aplastados entre los cuerpos acorazados de los legionarios. En un primer momento, Constantino tuvo que resistir al impacto tensando los músculos detrás del escudo, luego empujar con su escudo y asestar mandobles con la espada sin tener una idea clara de a quién estaba golpeando. Oyó que provocaba gritos de dolor y vio que las figuras que se agitaban frente a él perdían el equilibrio y desaparecían más allá del borde de las almenas, pero enseguida se presentaban otras

sombras amenazadoras con hojas deslumbrantes que vibraban ante sus ojos nublados por el esfuerzo.

Junto a él vio que caía un legionario que obstaculizó a un compañero, abriendo su guardia y exponiéndolo a la estocada de un enemigo que blandía la espada. En un momento, dos romanos habían muerto y los persas que tenía delante se movieron para filtrarse por el paso que se había creado. Constantino aprovechó para atravesarle el costado a un adversario distraído por el entusiasmo, y después retrocedió para cerrar el espacio, animando a los soldados que tenía más cerca a que hicieran lo mismo. La barricada se reconstruyó en muy poco tiempo, pero estaba claro ya que no podría resistir mucho más a la presión cada vez más acuciante de los enemigos. A cada instante caía un romano y un compañero de la segunda fila tomaba el relevo, pero ya casi todos los hombres del tribuno habían subido a las almenas y pronto no quedarían repuestos para taponar las grietas que se habían abierto en la primera línea.

Cuando dos legionarios, sobrepasados por la presión enemiga, cayeron al suelo y fueron aplastados por sus propios compañeros, Constantino comprendió que se había acabado. Se abrió una brecha imposible de cerrar y los persas acudieron en masa. La presencia de los dos hombres en el suelo, que luchaban por sobrevivir, debilitó el equilibrio de los primeros atacantes y les permitió a los romanos atravesarlos, pero los demás presionaban y las puntas de sus espadas empezaban a llegar a los legionarios que estaban más cerca. El tribuno comenzó a empujar hacia delante con el escudo, pero no logró avanzar ni un palmo.

Al menos hasta que escuchó el sonido de las trompetas.

Los persas se quedaron paralizados. Los romanos enardecieron. En unos momentos, un buen número de sasánidas cayeron muertos, otros recularon de manera espontánea, otros incluso se dieron la vuelta instintivamente, ofreciéndoles la espalda a los legionarios, que las encontraron a su antojo. La resistencia de los defensores de repente se desvaneció y la guarnición se dispersó por todas partes, intentando abandonar las almenas aun a riesgo de arrojarse al vacío. En ese momento, cada uno pensaba en sí mismo y de nada servían los gritos de los pocos oficiales, que trataban de llamar al orden a la soldadesca. Pero los desertores no tardaron en caer en manos de los romanos que acababan de escalar las murallas desde el otro lado, acorralando a los enemigos en una pinza.

Constantino inspiró hondo y se quedó contemplando cómo los soldados imperiales se apoderaban de la capital del reino sasánida. Demasiado tarde para su gusto. Se había salido con la suya y juró recordárselo a Licinio, que al parecer se lo había tomado con calma. Reparó en que a lo lejos se aproximaba el general, que caminaba por

la que debía de ser la calle principal de la ciudad. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para reconocerse, Licinio lo vio y por un momento asumió una expresión de disgusto, antes de levantar la mano en señal de saludo. Y Constantino lo entendió.

Se escuchaba el avance de un ejército. Inconfundible, aunque la oscuridad de la noche no permitía distinguirlo.

Pero, sobre todo, no permitía distinguir qué ejército era.

¿Romanos o persas? ¿Galerio o Narsés? Constantino estaba seguro de que cualquier veterano que pudiera oír aquellos ruidos se estaba haciendo las mismas preguntas. Y eso mismo valía para Licinio, no muy lejos de él, que se asomaba entre las cañoneras, escuchando. Desde que conquistaron Ctesifonte, los dos comandantes casi no se habían dirigido la palabra; el general se había limitado a dar la orden a sus subordinados de que vigilaran a los prisioneros y a la población civil, pero también que prepararan la defensa con las máquinas bélicas que se encontraban en las almenas y distribuyeran por igual a los hombres en cada sector. Constantino se limitó a asentir, sin comentarios y sin reprocharle su tardanza. Ni siquiera cuando, tras encontrarse con los supervivientes de la columna del tribuno, Licinio había afirmado: «Gracias a vosotros, guerreros, nos hemos impuesto con facilidad. Al renunciar a atacar pronto, les he hecho creer que vosotros erais el único contingente que atacaba y han terminado confluyendo todos sobre vosotros. Después ha sido pan comido entrar. Si lo hubiera intentado antes, habrían muerto muchos más romanos, ¡y tal vez de forma inútil, ya que quizá ni habríamos conquistado la ciudad!».

Entre la tropa solo se rumoreaba una cosa: «¡Eso díselo a todos los que han muerto mientras te esperaban!», por los que Licinio no se había preocupado. Por lo demás, todos estaban emocionados por haber sido protagonistas de la conquista de la capital persa, un acontecimiento del que se hablaría durante siglos. Sin embargo, más tarde, cuando la noche comenzó a caer, la tensión tomó el control de la tropa por lo que había podido ocurrir. No se tenían noticias de Galerio y no se podía saber si había tenido problemas para penetrar en territorio sasánida, ni se podía saber a qué velocidad se había replegado el rey persa. De haber llegado con demasiada ventaja sobre los romanos, no habría tenido mucha dificultad, con el aplastante número de soldados a su disposición, a la hora de reconquistar la ciudad.

Constantino escuchó murmurar a los soldados aún despiertos en las almenas. En el silencio de la noche y del desierto, el viento transportaba el rítmico sonido de los zapatos por los caminos, el eco de algún relincho o bufido de los caballos, el sonido prolongado de las ruedas de los carros sobre el empedrado. Por mucho cuidado que

tuvieran los oficiales en que el ejército no hiciera ruido, en ese contexto era la naturaleza la que ampliaba incluso los sonidos más marginales, que en otros lugares y de día nadie habría percibido a esa distancia. Comprendió lo alterados que estaban los soldados; acababan de luchar por conquistar una ciudad en la que, con toda probabilidad, morirían para defenderla. Su hazaña tenía una sensación de inutilidad que erosionaría la moral incluso del soldado más motivado.

Constantino no aprovechó su turno de reposo a pesar del esfuerzo que había realizado durante el ataque del día. Pensaba que, si tenía que ser su última noche, quería pasarla despierto. Ya faltaba poco para el amanecer. Una tenue claridad se extendía por el cielo haciendo que desaparecieran poco a poco las estrellas que habían impedido a aquella noche ser del todo oscura. Mientras tanto, los ruidos eran cada vez más claros e intensos, sonando por todas partes y dando la sensación de que la ciudad estuviese rodeada.

Pero pronto, tal vez, lo estaría de verdad.

En ese momento, Constantino oía las oraciones de sus hombres. Había quien se dirigía a los dioses tradicionales, o a Mitra, o al Sol Invicto, o a la gran madre Cibeles, a Isis o a Osiris, había quien hablaba con los misterios eleusinos o con los dionisiacos, con sus lares, y hasta los cristianos entonaban letanías a su Jesucristo. Él se preguntaba si debía rezar y a quién: siempre se había considerado una persona de religiosidad débil y jamás se le había ocurrido dirigirse a un dios cualquiera en los momentos más críticos. Estaba convencido de que el hombre era el artífice de su propio destino y se limitaba solo a esperar que los dioses, quienesquiera que fueran, vieran en él a un hombre digno de su confianza.

Los dioses tradicionales siempre le habían parecido tan terrenales que pensaba que eran fruto del hombre y una manifestación de sus necesidades. El de su padre, el Sol Invicto, una entidad tan abstracta que no tenía ninguna relación con el mundo de los hombres. Los demás no los conocía lo suficiente como para expresar un juicio, pero era probable que, si no existieran esos, tampoco existieran estos. Su dios, había concluido por el momento –sin excluir, para el futuro, profundizar en el tema y encontrar nuevas convicciones–, era el demonio interior que lo empujaba a creer en sí mismo y a perseverar con determinación por lograr sus elevadas metas.

Esperaba alcanzarlas de verdad, cuando vio surgir de la oscuridad cada vez menos intensa una patrulla de jinetes. Miró con atención, pero alguien antes que él gritó que eran auxiliares romanos. Un gran suspiro de alivio e incluso algún grito de ovación por el césar Galerio corrió por las almenas. Los jinetes se comunicaron con gestos para que los reconocieran y pidieron que les confirmaran el nombre de las unidades presentes en la ciudad. Constantino ignoró a Licinio y bajó a

la puerta, donde encontró a casi todos los demás oficiales superiores. Cuando las puertas se abrieron, Licinio avanzó para explicarles con claridad a los caballeros que él era el capitán, y por tanto el hombre al que debían dirigirse.

–Salud, legado –exclamó el primero de la columna, apeándose de la montura con agilidad. Constantino reconoció a Severo–. Vengo a traeros noticias del césar, que esperaba encontrarte aquí dentro –declaró en voz alta–. Hemos visto las almenas custodiadas por centinelas romanos y no hemos dudado en acercarnos. Confieso que temíamos encontrar la ciudad todavía en manos sasánidas.

–El mismo temor que teníamos nosotros de ver aparecer a los persas en vuestro lugar –respondió Licinio adusto–. Dime, Severo, ¿dónde está el emperador?

–El césar no está lejos, legado –respondió Severo mirando a Constantino con desconfianza–. Me ha pedido que forme una patrulla y la mande para reconocer el terreno y yo he preferido venir a ver personalmente la situación. –Constantino pensó que haría cualquier cosa para lucirse. Y no podía reprocharle a Severo, ni siquiera a Licinio, su ambición, que era similar a la suya. Los reprobaba por la mala conducta de la que habían dado muestra en repetidas ocasiones. Por lo menos él era alguien que jugaba limpio.

–Si no estaba lejos, ¿por qué no nos ha ayudado hoy? –preguntó Licinio.

Severo se encogió de hombros.

–Durante la marcha, que ambos ejércitos contrarios han realizado siguiendo rutas casi paralelas, ha habido entrevistas, sobre todo, debo decir, porque el harén de Narsés ha acabado en manos de Galerio –explicó–. Los mensajeros enviados por los soberanos se han visto en una isla en mitad de un río y al final se ha pactado que dejarían al destino la resolución de sus disputas. Los acuerdos eran que, si tomabais Ctesifonte antes de pasada esta noche, el rey sasánida declararía estar dispuesto a reconocer un estado de igualdad entre los dos imperios y negociar la paz sobre la base de este supuesto; en caso contrario, nos deberíamos retirar hasta más allá de la frontera sin más enfrentamientos, pero dejándoos en sus manos. Ahora, gracias a vuestro esfuerzo, negociaremos desde una posición ventajosa y mientras tengamos el harén y la capital del rey, podremos presionar para conseguir al menos una parte de Mesopotamia y el reconocimiento del vasallaje de Armenia. Estoy seguro de que el emperador estará muy agradecido…

Constantino y Licinio se miraron y, por una vez, el joven tribuno supo que estaban pensando lo mismo. Galerio podía estarles agradecido, pero mientras tanto había tomado decisiones sin ni siquiera informarles y no tendría el menor reparo en sacrificarlos sin

titubear.

Después de todo, solo eran carne de cañón.

CAPÍTULO XI

Una vez más esa tarde, Sexto Martiniano sintió que un calor líquido le invadía la zona púbica y sintió como nunca que pertenecía a Minervina. Con la voz ronca por la emoción y el placer, le pidió que lo volvieran a hacer, y ella aumentó de nuevo el ritmo mientras lo dominaba, danzando sobre su pene erecto. Poco después, Sexto volvió a sentir lo mismo. Las sábanas y el colchón estaban empapados de ella, había rastros de su presencia por todas partes, el aire estaba impregnado del aroma que liberaba su sexo… Era como si Minervina pudiera darle forma al mundo que la rodeaba cuando hacía el amor, y cada vez que sentía el máximo placer era como si lo arrastrara lentamente a esa dimensión mágica, donde todo sabía a ella, todo era ella.

–Han pasado más de dos años desde que empezamos… pero cada vez es más bonito, más intenso –murmuró Sexto cuando ella se dejó caer sobre él para retomar el aliento. Mientras tanto, le acariciaba el pelo y buscaba su respiración para que el agradable olor que emanaba de su boca le embelesara y se adueñara de él. No quería ni por un momento escapar de aquel paraíso para los sentidos que era su cuerpo, cada vez más ávido de sensaciones que sabía darle.

–Sí… así es… no pararía nunca –respondió ella jadeando.

–Pues no pares.

Minervina no perdió tiempo en satisfacerlo. Se volvió a levantar, haciendo alarde de sus pequeños pechos erguidos y empezó a moverse con velocidad, frenética, violenta, con la inesperada potencia de la que era capaz. Se convirtió una vez más en la fiera en la que se transformaba cuando disfrutaba, puro instinto animal, y Sexto la seguía, liberando al mismo tiempo sus instintos más bajos, como nunca le había pasado con ninguna otra mujer. Pero ninguna otra mujer tenía esos poderes inmensos de los que estaba dotada Minervina. Parecía haber nacido para hacer el amor; cada parte de su cuerpo parecía concebida para sentir y dar placer. Sus orificios eran suaves y elásticos, su néctar tan copioso que salía a chorros, como la eyaculación de un hombre, la frecuencia de sus orgasmos continua, su resistencia extrema, su participación total, su abandono al goce, absoluto.

Y cada vez era más intenso. Cuando creía que no podía alcanzar un éxtasis superior, un encuentro más fogoso que el anterior lo desdecía oportunamente. Estaba seguro de que no acabaría nunca. Lo que había entre ellos no hacía más que crecer: cuando estaban juntos, nunca

sentía un paso atrás en el deseo, nunca sentía un paso atrás en la sintonía.

Cuando estaban juntos.

Le parecía injusto que fuese oficialmente la esposa de otro. Que además estuviera casada con su peor enemigo solo hacía más amarga la situación. La atención en la preparación de sus encuentros, para evitar que los descubrieran, limitaba enormemente sus visitas, condicionaba su espontaneidad y a veces frustraba la relación, en la que el sexo tenía un papel relevante. Pero no era el único elemento que los unía. A Sexto le encantaba ver el mundo a través de los ojos de Minervina. Eran los ojos de una niña que se emocionaba por una nadería y frente a cada nuevo descubrimiento: la misma emoción que ponía al hacer el amor.

Su marido no había movido un dedo para hacerla crecer. Probablemente le había parecido cómodo dejar que siguiera siendo tan infantil e ingenua para impedirle que se diera cuenta de su naturaleza cruel y ambiciosa. Esas raras veces en que hablaban de eso, de hecho, Minervina siempre hablaba bien de Osio, y no había nada que Sexto pudiera decir para convencerla de lo contrario. Así, el pretoriano dejaba el tema, prefiriendo disfrutar los momentos que conseguían pasar juntos, siempre demasiado fugaces comparado con lo que le hubiera gustado.

Cuando fue él quien alcanzó la cumbre del placer, no hizo otra cosa que renovar el éxtasis experimentado más veces con anterioridad. Le parecían tan espectaculares los orgasmos de su compañera que casi los sentía él mismo, como si la intensidad de ella se le transmitiese de una forma natural. A lo largo de los años, de hecho, se había producido un proceso de fusión tal que Sexto ya apenas necesitaba llegar al orgasmo para sentir el máximo placer: lo sentía a través de ella y quedaba saciado.

Se abandonaron el uno junto al otro, pero poco después sintieron la necesidad de abrazarse y estrecharse, intercambiando tiernos besos. Se quedaron entrelazados un rato, medio dormidos, hasta que Sexto empezó a acariciarla.

–Soy una mujer feliz, Sexto –dijo Minervina–. Sí, no he tenido hijos, pero tengo un buen marido, te amo y es recíproco, y Jesucristo me está envolviendo con su amor.

–¿Debería estar celoso? –respondió sonriendo Sexto–. Creía que era yo quien te envolvía con su amor.

Ella frunció el ceño y le dio unas palmadas en la sien.

–¡No seas irrespetuoso! –protestó–. Me gustaría mucho que hallaras la manera de venir de una vez por todas a uno de nuestros oficios, así te darías cuenta de cuánta bondad y justicia hay en las enseñanzas de Nuestro Señor.

–Iría por darte el placer, querida mía. Pero si se llegara a saber, ahora más que nunca estaría mal visto por mis superiores. Los cristianos son considerados una amenaza en el ejército, y sobre todo entre los pretorianos. Somos los soldados más cercanos al emperador, y sería incalificable si a uno de nosotros le interesara un credo que no solo empuja a un hombre a no empuñar un arma, sino que además niega la sacralidad del soberano y de nuestros verdaderos dioses.

–Pero no son verdaderos. No son más que proyecciones de nuestras necesidades. Dios, en cambio, es amor.

–¿Y es que el amor no es una de nuestras necesidades? –objetó Sexto–. Así que no veo por qué debería oponerse a los dioses que han permitido que prosperara Roma. No tendría ningún problema en coexistir con ellos.

Minervina se incorporó, mostrando su cuerpo delgado pero majestuoso.

–Pero Dios es el único dios. ¿Cómo puede coexistir con lo que no existe?

–Creo que vuestro dios es muy intolerante. Ninguno de nuestros dioses pretende ser el único. Así cada hombre puede venerar al dios que necesite o el que prefiera.

–Pero vosotros adoráis trozos de mármol. Simples ídolos que no pueden hacer nada por vosotros.

–¿Por qué? ¿Vuestro dios puede hacer algo por vosotros? Mi padre me contaba que vio cómo los leones devoraban a los cristianos durante el reinado de Decio, y no parecía que vuestro dios se preocupase mucho por su suerte.

Minervina se apartó y empezó a vestirse, revelando cierta molestia.

–Quien no conoce nuestro credo no puede entenderlo. Dios nos salva. Nos da la vida eterna en el reino de los cielos, que es la que realmente importa; esta solo es una vida de paso. Para los justos que se sacrifican por su fe existe la salvación en el final de los tiempos.

–Bonito consuelo –se burló Sexto–. Prefiero vivir en esta vida segura antes que morir para poder vivir una vida eterna que nadie puede demostrar.

–¡El sacrificio no es solo la muerte! Es una vida recta, consagrada a Dios, haciéndole el bien al prójimo y respetando las leyes del Señor.

–No hace falta creer en vuestro dios para llevar una vida recta y según los principios justos. Yo creo que soy un hombre honesto y…

–Tú matas –precisó ella, mirándolo con severidad.

–Si es necesario. Y no disfruto. Solo es mi trabajo.

–Pero cometes un pecado mortal –explicó ella–. Jamás podrías alcanzar la gracia. Además, también yo vivo en el pecado: cometo adulterio contigo, traiciono a mi marido. Pero mi amor por ti me parece una cosa maravillosa y no puedo creer que Dios lo censure. Sin

embargo, debo limpiar mis pecados. Por eso pronto me bautizaré.

Sexto estaba horrorizado. Había escuchado decir que el bautismo sancionaba oficialmente la entrada de un cristiano en la comunidad de los fieles. De algún modo, notaba que esto los distanciaría.

–Me parece una tontería –protestó–. Soplan malos vientos para vosotros los cristianos, ¿no lo notas? En alguna provincia los gobernadores han confiscado los bienes de alguno de tus correligionarios, con la excusa de que no habían hecho sacrificios a los emperadores. Y en un par de casos los han mandado ejecutar. Y los augustos no les han tocado ni un pelo. No me gustaría que se llegara a lo que pasó hace medio siglo. –Se acercó a ella antes de que se marchara y la estrechó en sus brazos, besándola en el cuello para rebajar la tensión que se estaba creando desde que habían abordado ese tema. Pero ella se puso tensa.

–Estoy segura de que no sucederá nada. Medio siglo no ha pasado en vano. Y, además, Dios nos protegerá –dijo ella con una sonrisa forzada, soltándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Sexto deseó que no los protegiese como había hecho con sus correligionarios, tan desafortunados por vivir bajo el reinado de Decio.

Osio recibió impaciente la visita del liberto que había enviado a seguir a la mujer. Lo llevaba esperando largo rato, nervioso, en el *tablinum* de la vivienda a las afueras de la ciudad, a donde se había trasladado durante dos días para hacerle creer a Minervina que estaba de viaje. Hacía mucho tiempo que estaba seguro de la presencia, en su vida, de alguien que absorbía su atención y la alejaba del afecto que le debía. Cuando ella empezó a renunciar a sus deberes conyugales, esperó con paciencia que fuese una fase pasajera y toleró su frialdad; luego, cuando Minervina continuó ignorando sus acercamientos, se convenció de que, como muchas damas romanas, tenía un amante más joven que él, y se limitó a esperar a que se le pasase el antojo. Pero no se le pasaba, por lo que dedujo que no se trataba de un simple amante, sino de una relación seria y profunda.

No se había atrevido a reprenderla ni castigarla, y ni siquiera había sacado nunca el tema en sus conversaciones. Cuando más lo ignoraba Minervina, más cuenta se daba él de haber consolidado con los años, para ella, un sentimiento verdadero, concreto, tal vez el único sentimiento de amor que había tenido alguna vez en su vida. Se preguntaba cómo había podido suceder; quizá era por la naturaleza de la mujer, tan dócil e ingenua, que llevaba a protegerla; quizá era un sentido latente de culpa por haber provocado la muerte de sus padres. O quizá porque ella era la única que lo veía como una persona buena y generosa, él, a quien nadie amaba y a quien todos temían, por su carácter desprejuiciado y sin escrúpulos.

La amaba, sí, y si existía una débil esperanza de ser al menos en

parte correspondido, Osio temía que con una escena o impidiéndole hacer lo que quisiera la perdería para siempre. Y no quería que eso ocurriese. Necesitaba a Minervina, más que a cualquier otro ser humano, para tener una opinión mejor de sí mismo. Y nunca haría nada para disgustarla. Siendo niño, a sus padres les pareció que debían instarlo a menudo a mostrar más humanidad hacia sus coetáneos, a ser menos dominante, calculador. Y a medida que crecía nunca llegó a hacer amigos: cualquiera que intentase acercarse, antes o después se apartaba disgustado o simplemente molesto por su egoísmo. Pero a él no le importaba; estaba seguro de que había nacido para gobernar, y quien gobierna no necesita amigos, solía pensar. Al contrario, no debe tenerlos, así no se deja condicionar ante decisiones importantes. Desde niño había tenido en cuenta no darles demasiado peso a los sentimientos. Minervina era su punto débil y lo sabía. Pero sabía igualmente que, en su afán por alcanzar sus objetivos, no se dejaría condicionar ni por ella ni por las pusilánimes enseñanzas cristianas que la había empujado a seguir.

–¿Y bien? –le preguntó a su colaborador en cuando este se sentó ante su escritorio.

–Es lo que pensaba, *dominus* –confirmó el liberto–. La señora se encuentra con un hombre en una casa cerca de las murallas al otro lado del Esquilino, cerca de los jardines de los Licinii.

–¿Conoces al hombre? –le preguntó Osio, que sintió en su interior cómo le invadía la rabia.

–Sí. Antes de venir aquí me he informado. El edificio en el que se han visto es una de sus propiedades.

–Entonces es un hombre acaudalado.

–E importante. Un tribuno pretoriano, de ilustre familia.

Osio esperaba que le dijera el nombre. Tamborileó en la mesa con los dedos y le lanzó una mirada amenazadora.

–Se llama Sexto Martiniano, *dominus* –dijo al fin el hombre.

Osio se estremeció. Pero dejó escapar también un suspiro de alivio. Despidió al liberto con un movimiento de mano y se puso a pensar. Sexto Martiniano… era ya la tercera vez que se cruzaban sus caminos, y sin duda, en estas circunstancias no era una coincidencia. En Margum mató a su padre, y en Britania había escapado por los pelos de su venganza, durante la batalla en la costa. Y ahora, aquel canalla seducía a su mujer: había que asegurarse de que lo hiciese solo por el deseo de revancha. El amor no tenía nada que ver, y eso lo tranquilizaba. Aunque Minervina se hubiese enamorado, seguramente el tribuno la usaba solamente para humillarlo a él.

Esto hacía las cosas más fáciles. Pero no para Martiniano. Él pagaría caro el haber violado una propiedad suya.

–¿Te has enterado del escándalo entre los pretorianos, querida?

No… claro que no… ¿Cómo ibas a enterarte? Ya lo han tapado todo. Yo me he enterado gracias a mis amistades. –Minervina levantó la mirada del plato al oír las palabras de Osio y sintió que le palpitaba el corazón cuando escuchó el cuerpo al que pertenecía Sexto. Y la conversación durante la cena adquirió para ella, de repente, un motivo de interés.

–¿Un escándalo? ¿De qué se trata? –preguntó ella con curiosidad. Del trabajo de Sexto sabía muy poco; en sus fugaces encuentros no le gustaba hablar de asuntos militares, pues la turbaban por su estrecha conexión con la muerte y el mal. Pero un escándalo era algo muy distinto.

–Bueno, un tribuno pretoriano ha ido a un burdel con una matrona que, más tarde, se ha descubierto que era su amante habitual –continuó el marido–. No conozco su nombre, pero se trata de una mujer de alta alcurnia. Bueno, este, no contento con disfrutar las gracias de la señora, la ha corrompido hasta el punto de hacerla participar con él en orgías con las meretrices del lugar, de las que se acompañaba muy a menudo.

Minervina se inquietó, pero se dio cuenta de que su perturbación derivaba asimismo de la excitación; se imaginó, por un instante, en el lugar de esa dama, pero desechó enseguida la idea, horrorizada.

–¿Y por qué ha sido un escándalo? Supongo que, en privado, los pretorianos no son todos intachables –preguntó.

–Cierto. Pero en este caso ha habido un accidente –precisó Osio–. El tribuno y su señora se emborracharon, chocaron con un brasero e incendiaron el mobiliario. En definitiva, tuvieron que llamar a los bomberos y se descubrió toda la historia. El prefecto del pretorio tuvo que pagar los daños y su oficial se llevó una buena reprimenda… Para la dama, además, fue humillante: el marido no se lo ha tomado bien, como puedes imaginarte.

Minervina apenas reprimió una sonrisa. ¡Menuda imagen! Era un tema del que podría hablar con Sexto en su próximo encuentro. Y tal vez podría preguntarle también quién era su compañero.

–Pobrecillo ese Sexto Martiniano… Putero y borrachuzo. Buena reputación se habrá ganado entre sus compañeros de armas. Ahora ningún subordinado lo tomará ya en serio –añadió Osio.

–¿Cómo has dicho? –A Minervina le pareció no haber oído bien.

–He dicho que ese Sexto Martiniano no se habrá ganado muchos admiradores con su comportamiento…

–¿Sexto Martiniano? –repitió atónita.

–Sí, por lo que he sabido, así se llama.

Minervina sintió que le abandonaban las fuerzas. Una mordaza le apretó la garganta y la vista se le nubló, mientras las sienes latían y todo parecía dar vueltas a su alrededor.

–Perdona… yo… no me encuentro bien. Me voy a la cama.

Se levantó del triclinio con la ayuda de Osio.

–Habrán sido los mejillones, querida. Quizá no estaban muy frescos. Haré que azoten al cocinero. Un buen sueño te pondrá en forma otra vez –escuchó decir al marido, que luego añadió, dirigiéndose a la esclava que acababa de llevar a la mesa el último plato–: ¡Tú, llévala a la cama!

Minervina se apoyó en la criada hasta que llegaron a su celda, donde la esclava la desnudó para ponerle el camisón de noche. En un estado de estupor, se dejó reclinar en la cama donde, una vez sola, empezó a darle vueltas a lo que le había contado Osio. Había dicho exactamente Sexto Martiniano. *Su* Sexto. Tenía otra amante. Entonces la traicionaba habitualmente. No se lo podía creer: siempre le había dicho que ya no podría divertirse con otra mujer después de haber estado con ella. Que no le interesaba ninguna otra. Le pareció que lo que los unía excluía cualquier impulso por otras personas. Por eso, desde que empezó la relación con Sexto, no había dejado que la tocara Osio.

Las lágrimas le caían copiosamente, empapando la almohada. No sabía desde cuándo la engañaba. Y también descubrió, con sorpresa, que una parte de ella lo odiaba por no haberla hecho partícipe de las orgías con las prostitutas, y sí a aquella dama. Sexto siempre decía que ella estaba hecha para el amor, estaba hecha para el sexo… que sus habilidades, sus características físicas y su resistencia, su actitud totalmente desinhibida durante la intimidad la convertían en una diosa del placer. Y luego, ¿se llevaba a otra al gimnasio del placer?

Entonces le decía eso a todas. A saber cuántas amantes más tenía. O era solo esa la verdadera amante, quizá incluso su verdadero amor, y ella solo un pasatiempo divertido… Luego recordó lo que sospechó al principio: un pensamiento que la pasión desatada por sus encuentros había eliminado.

Sexto se acostaba con ella solo porque odiaba a Osio.

No le importaba nada de ella. Le había tomado el pelo siempre. No podía ser otra cosa. Sin quererlo, su marido le había abierto los ojos. Querido, viejo Osio… que la había soportado con paciencia, sin protestar nunca frente a las heridas que ella le había infligido, negándose a sus deberes como esposa. Y todo por un hombre que incluso quería su muerte. Ella había ayudado a un enemigo de su marido a hacerle daño… No se lo perdonaría jamás.

El bautismo llegaba en el momento justo. La purificaría de sus terribles pecados. No era casualidad que Sexto quisiera impedírselo: no era un hombre bueno y no podía entender el valor de aquel acto. Siempre se había sentido culpable por su relación con él, no solo porque traicionaba la confianza de una persona comprensiva como

Osio, sino también porque negaba los preceptos de Jesucristo, convirtiéndose en una cristiana horrible. Siempre se había justificado con el sentimiento puro que sentían el uno por la otra, pero si Sexto solo se beneficiaba con intenciones malévolas contra su marido, ella se había hecho cómplice de sus maldades, pecando despiadadamente.

De repente, sin embargo, la idea de renunciar a Sexto la aterrorizó. Su amante fomentaba a la perfección su lado oscuro, el cual había descubierto desde que aquel hombre había desenterrado sus impulsos más íntimos. Era como si él hubiera desvelado su verdadera naturaleza. ¿Con quién más habría podido mostrar aquello de lo que solo una prostituta era capaz? La idea de volver a la privacidad trivial con un hombre como había sido con Osio le repugnaba, y además le asustaba la idea de renunciar por completo a un amante que parecía haberla comprendido más que cualquier otro, la había hecho sentirse importante como mujer, y no por el papel de esposa que desempeñaba.

Se preguntó si su cuerpo reaccionaría con Osio o con cualquier otro como lo había hecho con Sexto. Todos aquellos dones que había descubierto que tenía, y que tanto placer le daban a ella y a su compañero íntimo, ¿desaparecerían sin él o los mantendría? En el segundo caso, Osio encontraría a una mujer diferente, a lo mejor hasta le hubiera horrorizado, y al menos sospecharía que en todo el tiempo que lo había rechazado, la mujer hubiese conocido en profundidad los placeres del sexo…

Tenía miedo de depender de Sexto para el placer, y por tanto de estar destinada a desearlo siempre. Pero no podía seguir viéndolo sin condenarse a la maldición eterna, viviendo en el pecado y con un pecador pertinaz, que además ni siquiera la amaba…

Pero siempre le había faltado decisión. Solo esperaba que Jesucristo la ayudase y le diese fuerzas para resistir a las tentaciones.

CAPÍTULO XII

–Cerca está el fin del mundo y el último día, y el juicio del dios inmortal. Inexorable será el castigo que caerá sobre Roma: llegarán tiempos de horror y desgracia. Maldita seas, itálica tierra, grande y bárbara nación. –La irrupción de Galerio en la sala de audiencias sobresaltó a Diocleciano, que, al escuchar aquellas inquietantes palabras, pronunciadas por su yerno y césar, abandonó su habitual quietud en el trono. Los generales, los oficiales de alto rango y Constantino, reunidos para planificar los cambios en la paz pactada cuatro años antes con el imperio sasánida, entendieron enseguida de qué hablaba el otro emperador: se trataba de la obsesión de Galerio, y con ese comienzo se podía jurar que llevaría la reunión a temas de otro orden diferente a los militares y políticos de ese día.

–¿No solo llegas tarde a esta reunión, césar –lo recibió atónito Diocleciano–, sino que te permites agredirnos con estas palabras delirantes?

Galerio tomó asiento en la única silla que quedaba vacía, colocando a su lado una pila de documentos.

–Estas palabras «delirantes», como bien las defines, no son mías sino de un texto cristiano –especificó–. Como ves, no ocultan su voluntad de destruir todo lo que has construido y de querernos a todos muertos. Y tú permites incluso la presencia de uno de sus edificios de culto, una iglesia, como la llaman, aquí mismo en Nicomedia, ¡delante de tu palacio!

Diocleciano hizo un mohín, mientras se levantaba un murmullo entre los asistentes. Palabras tan enardecidas no eran una novedad ni para Constantino, pues había podido comprobar el fanatismo de algunos sectores marginales de cristianos por las calles de la ciudad cuando se peleaban por motivos que le parecían oscuros.

–Sí, conocemos sus profecías sobre la destrucción de Roma, el fin del mundo y la llegada del reino de su dios –admitió el augusto–. Pero a la postre solo se hacen daño a ellos mismos. Sabemos dónde quieres llegar, hijo mío, pero recuerda que nuestro deber es mantener el orden público y preservar los equilibrios sociales; perseguir a los cristianos socavaría la solidez del Estado, que tanto esfuerzo ha costado conseguir. Ahora muchos de sus líderes ocupan puestos de responsabilidad en el imperio…

–Precisamente porque tenemos el deber de mantener los equilibrios que hemos restablecido tras décadas de guerras civiles debemos impedir que se desencadene otro conflicto. ¡Tenemos que atacarles y

despuntar sus armas antes de que sean ellos los que nos ataquen! –insistió Galerio–. ¿Pero cómo puedes conciliar la restauración del antiguo orden y el respeto por los dioses con la existencia de estos impíos?

–Es la razón de Estado, hijo mío. Estamos obligados a transigir con ellos. Lo que hacen en la esfera privada no nos interesa; lo importante es que en público se comporten como ciudadanos romanos ejemplares.

–¿Y en tu opinión son ciudadanos ejemplares los que no hacen sacrificios a la gracia del emperador, no queman incienso, niegan la existencia de los dioses y se niegan a prestar servicio militar?

Diocleciano guardó silencio, lo que le permitió a Galerio acosarlo. La discusión estaba avergonzando a todos los presentes, y Constantino, como los demás, no tuvo más alternativa que cambiar de postura en la silla.

–Según ese Hipólito –continuó el césar, leyendo uno de sus documentos–, el imperio romano sería la cuarta bestia de Daniel, signifique lo que signifique. Nos compara con un animal con los dientes de hierro y las uñas de bronce, y sostiene que nuestro emperador hace que lo adoren como un Anticristo. ¿Lo ves? Te consideran un Anticristo, es decir, un enemigo de su dios, al que llaman Jesucristo. Tú no los consideras enemigos, ¡pero ellos a ti sí! Y escucha a este Tertuliano, para quien el imperio es un enemigo al que combatir, incluso sin armas y disturbios, de forma pasiva pero igualmente dañina: «La deserción de tantos ciudadanos en cualquier rincón lejano de la tierra sería suficiente para hacer caer vuestro imperio… Buscaríais en vano a vuestros súbditos y los enemigos a las puertas serían muchos más que vuestra propia población.

Sus lecturas hicieron que varios de los presentes hicieran algún comentario.

–Para los dioses, al parecer, les bastaría una palabra de sus líderes, y entonces todos los cristianos se negarían a servirte –declaró Licinio–. ¿Cómo podrías encargarte del Estado, augusto? Y yo, ¿cómo podría llevar a cabo la tarea que me has encomendado?

–Lo que es verdad –añadió Maximino Daya– es que ahora son un Estado dentro del Estado, con sus usos y costumbres. Si restableciste el imperio, augusto, fue porque fuiste muy devoto al mantener el favor de los dioses. Y has llevado a tus súbditos también a la devoción, alentando la recuperación de las tradiciones religiosas que hicieron grande Roma. Pero estos cristianos ni siquiera reconocen a los dioses.

–¡Estos locos arrogantes pretenden que no haya existido nunca ningún dios antes que un siniestro carpintero muerto en la cruz en tiempos de Tiberio! ¿Qué puede ser más ofensivo que eso? –volvió a intervenir Galerio.

–Son unos parásitos que reclaman todos los derechos de los

ciudadanos romanos sin cumplir con las obligaciones religiosas que eso conlleva –señaló Severo.

–Entonces, ¿qué deberíamos hacer? –respondió con tono casi acobardado Diocleciano, que parecía sufrir la agresividad del yerno. Constantino se percató de que había envejecido y que reflejaba sus sesenta años. Lejos habían quedado los tiempos en que humilló al césar frente a Alejandría. Ahora los papeles parecían haberse invertido.

–Si por mí fuera, los mataría a todos –respondió decidido Galerio–. Pero como tú justamente consideras, ya son demasiados. Así que yo diría lo siguiente: asustémosles declarando ilegal su religión. Obliguémosles a entregarnos esos libros obscenos, a suspender sus ritos, a celebrar sacrificios, condenando a muerte a todo aquel que no respete las normas. Verás cómo en poco tiempo, al menos formalmente, no quedará ni un cristiano en la faz de la tierra.

–Eres muy optimista. No parece que la persecución de Decio y Valeriano surtiera ese efecto –respondió Diocleciano–. Se diría que buscan la muerte en nombre de su fe: lo llaman martirio y están orgullosos de ello. ¿Qué se puede hacer con exaltados de esa clase, aparte de llegar a un acuerdo?

–¿Qué se puede hacer con exaltados de esa clase, aparte de exterminar a todos los que no obedezcan nuestros decretos? –se mofó Galerio–. Con los fanáticos no se discute, es inútil.

–¿Exterminarlos? Estaríamos privándonos de gran parte de nuestros súbditos, con evidentes reflejos en los impuestos y en las defensas de las fronteras –objetó el emperador–. Pero algo hay que hacer, lo reconozco. Podríamos imponerles los sacrificios a los dioses y que demuestren su lealtad al emperador, y que entreguen los textos que consideran sagrados, amenazándoles con prisión, no con la muerte. Los personajes de rango superior que se han convertido en cristianos son capaces de comprometerse y sabrán orientar a la plebe –supuso Diocleciano.

–Te has ablandado. Hace falta la muerte, no la prisión. ¡Quemémosles vivos! –gritó Galerio con una luz siniestra en la mirada.

Diocleciano pareció indignado por el comportamiento irrespetuoso de su yerno.

–Ven ahora mismo conmigo –dijo con rotundidad, levantándose del trono.

Lo condujo hasta la habitación contigua, donde Galerio lo siguió con un semblante poco humilde; la puerta se cerró y, desde ese momento, los presentes solo oyeron una charla indistinta en un tono cada vez más encendido. Constantino observó las expresiones de los demás para entender su orientación. Era el más joven y tenía cuidado de no hablar, percatándose de que su presencia apenas era tolerada y su

posición envidiada. Su política, a esas alturas, consistía en intentar mantener un perfil bajo en la corte hasta que se le presentara la oportunidad de destacar. Diocleciano no quería más cortesanos que gravitaran a su alrededor con evidente adulación, en un intento constante por ganarse sus atenciones y sus favores.

–Galerio tiene razón. Con esa gente no se razona. Son felices muriendo por su dios y niegan todos los demás dioses. ¿Se ha visto alguna vez semejante intolerancia? –declaró Licinio.

–Estoy de acuerdo también en que Diocleciano se ha moderado. Galerio debería ser el augusto aquí en Oriente –señaló Severo, echándole un vistazo a Maximino Daya. Estaba claro que todos querían ganarse el favor de la nueva promesa: la victoria sobre Persia había incrementado su prestigio y esperaban que Maximino se lo comentara a su tío. No se daban cuenta de que Maximino, como todos, pensaba sobre todo en sí mismo, y procuraría no favorecer a los competidores directos al trono.

En todo caso, si Galerio quería una cacería, todos habrían presionado hacia la cacería con tal de darle el gusto. Y poco importaba que se tratase de una solución absolutamente desproporcionada para el problema que representaban los cristianos. Para Constantino, aquellos individuos solo eran la secta más eficiente y difundida, más o menos monoteísta, que trataban de compensar la evidente inacción de los dioses tradicionales a la hora de dar respuestas a la desazón interior que sufría la mayoría de los hombres; la búsqueda de un dios supremo, superior a los demás –que podían ser divinidades subordinadas o incluso no llegar a existir– era un proceso que le parecía inevitable e imparable en el alma de sus contemporáneos. Su padre Constancio lo había hecho, encontrando una dimensión espiritual suya en el Sol Invicto, divinidad suprema pero no exclusiva.

En cuanto al fin cercano de los tiempos, probablemente no creían ni ellos mismos. Podía ser solo una manera de impulsar a los demás a adherirse a su culto con la perspectiva de salvarse. La cristiana era una religión poderosa, con una estructura organizada, y cuestionaba que toda solución concebida por los emperadores tuviera razón. Se preguntó qué pensaría su padre y lamentó no estar en la corte con él. Pero si quería que Diocleciano le tuviera cierta consideración para la posible sucesión, ahora que se acercaba la alternancia en la cúspide del imperio, debía estar en Nicomedia.

En aquel nido de víboras.

–Ya era hora de que llegase este decreto –manifestó Majencio después de que el padre le pasara el rescripto imperial promulgado por Diocleciano–. Creo que no tendrás ninguna duda en firmarlo, ¿verdad? –añadió, dirigiéndose a Maximiano.

El emperador se rascó la cabeza asintiendo mientras pensaba.

Cambió de postura en el trono, que ocupaba el centro de la sala de audiencias de su palacio en el Palatino, y tras unos segundos de silencio respondió:

–Nuestro compañero augusto tiene toda la razón. Los cristianos realmente recuerdan muy de cerca a los maniqueos con su integrismo: ningún otro dios aparte del suyo es tan incompatible con las creencias, las tradiciones y las costumbres que nosotros cuatro, soberanos, nos hemos propuesto restaurar. Ninguno como ellos socava la estabilidad y la cohesión del imperio.

–Es preocupante que uno de esos fanáticos incluso le haya metido fuego a un templo, y en Nicomedia precisamente, en la capital de Diocleciano y delante de sus narices. A saber lo que podrían hacer aquí en Roma, que sin duda es para ellos el símbolo de todo lo que rechazan –insistió Majencio–. Además, sé que ha sido justo aquí donde fundaron una comunidad que se considera superior a todas las demás, y su sacerdote principal, el llamado obispo, presume de una superioridad sobre sus colegas de las demás sedes, basándose en que un tal Pedro, que murió en Roma en tiempos del emperador Nerón, fue investido por ese Jesucristo con el papel de cabeza de su iglesia. Pero por lo que sé, muchos impugnan esta superioridad y a menudo discuten entre ellos.

–Eso es, también esa fuerte agresividad entre comunidades, y por los matices, por lo que tengo entendido, no es bueno para la estabilidad del imperio –comentó Maximiano–. Con frecuencia los administradores de las ciudades deben intervenir para aplacar disturbios callejeros entre facciones cristianas contrarias. Eso serviría para dejarlos fuera de la ley; ningún otro culto le ha dado nunca tantos problemas al imperio.

–Por no hablar de los que sabotean la cohesión del ejército negándose a luchar. Ha pasado varias veces, sobre todo en Oriente. Casi arruinan la campaña persa de Galerio –intervino uno de los cortesanos presentes.

Sexto Martiniano, presente en la sala como responsable de la escolta, no podía estar más de acuerdo. Majencio tenía un carácter irascible, pero una mente lúcida y plena conciencia de las necesidades de un imperio. Los cristianos representaban una amenaza y si los dejaran a sus anchas, no tardarían en privar a Roma de las defensas necesarias para soportar la presión bárbara en las fronteras. Pero no solo eso; como bien había observado el cortesano, habrían hecho de las ciudades sitios inhabitables con sus eternas disputas. Le parecía una verdadera lástima que Minervina se hubiese adherido a esa desafortunada secta, mucho más ahora que formar parte de ella podía ser muy peligroso. Tenía mucha curiosidad por saber qué establecía el rescripto imperial, pero Maximiano y Majencio no habían informado

todavía a los presentes de los detalles de su contenido.

–Ni podemos continuar ignorando el hecho de que sean los únicos ciudadanos de Roma que se niegan a hacer sacrificios en honor a los emperadores –indicó Maximiano–. ¡Eso es subversión!

–Ven a los tetrarcas como una emanación directa de esos dioses a los que consideran demonios o inexistentes –explicó Majencio–. Así que, padre, te consideran un impostor. Te definen a ti y al augusto Diocleciano como Anticristo, en oposición a su dios, Jesucristo. Me sorprende que no hayan atentado aún contra vuestra vida.

–Seguramente lo harán, antes o después. Hay que atacar antes de que lo hagan ellos. Debemos incrementar las medidas de seguridad –respondió Maximiano, estupefacto.

–Son una verdadera plaga –admitió Majencio–. Sin embargo, si no fueran tan peligrosos, podríamos hasta reírnos de ellos. He leído atentamente a Porfirio, que los analiza en profundidad. Las enseñanzas de ese tal Jesucristo requieren una fe irracional, dice el docto estudioso; una exigencia absurda para cualquiera que esté acostumbrado a pensar y tenga cultura. Así que está bien para los pobres que no tienen nada que perder y desean que el mundo acabe pronto, como predice su gente, a favor de una vida mejor en el más allá. Me sorprende que algunos hombres cultos y adinerados se hayan adherido al cristianismo. Tal vez lo hacen para superar alguna desilusión humana o para sentirse falsamente mejores. Al parecer, de hecho, ese Jesucristo enseñaba a ayudar a los más débiles y a amar a todo el mundo, incluso a los enemigos.

–¿Y qué dice Porfirio de sus ritos? –preguntó con curiosidad el emperador, que no destacaba precisamente por su cultura.

–¡Ah! –exclamó el hijo, muy complacido con la pregunta–. Porfirio cita uno de sus textos sagrados, de un tal Juan, que en un pasaje dice textualmente: «Si no coméis la carne del hijo del hombre…». Palabras brutales, para él, que no tienen paralelo ni siquiera entre los pueblos más salvajes. Nos extraña que se nieguen a matar al enemigo en la batalla, pero no que no duden en matarse entre ellos… Pero encima luego se bautizan, dicen. Con el agua se limpian todos los pecados y eso solo puede ser un incentivo para cultivar nuevos vicios y fechorías.

–Sé que ese Jesucristo resucitó de entre los muertos. Pero lo vieron solamente unas mujeres desconocidas… –añadió otro cortesano.

–¡Qué casualidad! –comentó despectivo Majencio–. Exactamente lo que menciona Porfirio. ¿Por qué no se le apareció a Pilatos, a Herodes, o aún mejor, al Senado romano? Debería haber elegido un escenario más digno y creíble para su aparición… Así le habría ahorrado un buen número de persecuciones a sus seguidores y habría convencido a todos de su poder divino, y se habrían disipado todas las dudas sobre

su misión. Pero la verdad es que no tenía ningún poder divino; solo hay que leer sus textos sagrados para confirmar la opinión de Porfirio, que señala cómo temía tirarse del pináculo del templo, que no tenía ningún poder sobre los demonios, cómo fracasó ante los sumos sacerdotes y el gobernador Pilatos. En definitiva, son precisamente sus textos los que describen su pasión y su presunto sacrificio en la cruz como indignos de un ser divino. Dado que los autores de esos libros se inventaron claramente los hechos, ¡al menos se los podrían haber inventado mejor y ser más convincentes! –refunfuñó–. Hasta ese Pedro parece no estar a la altura de su encargo –continuó–. Pensad que reniega de Jesucristo varias veces y se deja pisotear por otro discípulo, un tal Pablo, o Saulo, un ciudadano romano de Tarso; este es un ser despreciable. Porfirio lo considera desagradecido, ambiguo, mentiroso, contradiciéndose en todo momento, siempre ocupado en corregir lo que afirma con anterioridad. Después de perseguir él mismo a los cristianos, empezó a predicar el inminente fin del mundo y la resurrección de los muertos, pero desde su época han pasado casi tres siglos y no ha ocurrido nada de eso.

–No obstante, podríamos decir que los mismos cristianos son los que amenazan con provocar el fin del mundo. De nuestro mundo –concretó Maximiano, impresionado por el arrebato de su hijo–. Sus textos sagrados son muy peligrosos; Diocleciano hace bien en querer que los entreguen.

–El hecho mismo de que nada de lo que predijeron sus profetas haya sucedido debería hacer que estos fanáticos abandonaran este absurdo culto y volvieran a abrazar la fe de sus padres y los nuestros –añadió Majencio–. Los dioses anunciaron la grandeza de Roma y favorecieron su ascenso. Además, son tolerantes y no se han opuesto nunca a los romanos que se entregan a otros cultos: el césar Constancio Cloro es un célebre seguidor del Sol Invicto y ciertamente ha gozado del favor divino en su carrera. Los cristianos, en cambio, desprecian a todo aquel que no pertenezca a su credo: si tuviesen el camino despejado, expulsarían sin dudarlo a todas las demás religiones. Si nos paramos a pensar que son capaces de masacrarse unos a otros por matices dentro de su propia religión…

–Ya… Nosotros los romanos hemos provocado guerras por muchas razones, pero jamás por la religión –admitió el padre–. ¡Ellos lo harían sin dudarlo si ocuparan puestos dominantes en el imperio! Extirpar esta plaga antes de que crezca más es el deber de todo buen gobernante. Así que firmaremos de buena gana este decreto, que desde luego pondremos en práctica antes de celebrar el vigésimo aniversario de nuestro gobierno aquí en Roma, el próximo otoño.

Majencio ojeó el texto:

–Mmm… Revocación y exilio para quien no entregue los textos

sagrados y se niegue a hacer sacrificios por los emperadores… Esperemos que sea una amenaza suficiente para que doblen la cerviz.

Así que ya sabía Sexto qué medidas adoptaría el Estado contra los cristianos. Tenía que hacer entrar en razón a Minervina. Decidió contactar con ella en su primer permiso, con la esperanza, por lo menos, de que aceptase verlo. Últimamente, la mujer había estado bastante fría con él y desde hacía unas semanas evitaba incluso verlo. Esperaba que lo echara de menos, pero al parecer sabía resistir muy bien sin él. Y eso le había sorprendido; no pensaba que pudiera llegar a suceder y estaba convencido de no haber hecho nada que pudiera herirla. Probablemente, concluyó, aquella maldita secta la había distanciado de él, haciendo que se sintiera culpable por su adulterio. O tal vez habían sido las discusiones sobre el tema y las profundas diferencias entre sus puntos de vista. Pronto descubriría qué había pasado. Y haría cualquier cosa para salvarla de la locura en la que se había metido.

Osio tenía las ideas claras. Cuando le anunciaron que el emperador podía recibirlo, después de horas de antesala en el palacio, suspiró profundamente y se levantó decidido de la silla, consciente de que estaba jugándose su propio futuro. A lo largo de los años, Maximiano se había convertido en el acicate del Senado: ningún otro de los cuatro tetrarcas había eliminado a tantos notables como él. Había mandado asesinar a numerosos senadores con la excusa de la traición, pero decían que el único motivo que lo empujaba a ejecutarlos era la expectativa de confiscar sus bienes. En todo caso, era un individuo al que abordar con cautela, y exponerse como Osio pretendía hacer podía causarle problemas. Pero al menos podía estar seguro de que el augusto no lo mataría por su patrimonio, uno de los más modestos, al menos por el momento, de la ilustre asamblea. Solo eso le animaba a abandonar el perfil bajo que había mantenido hasta entonces y desafiar su suerte para ascender a los altos cargos que anhelaba desde joven.

Al entrar en la sala de audiencias, donde vio al emperador sentado en el trono con su hijo Majencio al lado, se fijó en Sexto Martiniano, y despreció su presencia. No tenía ninguna intención de revelar sus proyectos a uno de sus peores enemigos. Y por la manera en que lo miraba el tribuno pretoriano, estaba claro que esperaba que diera algún paso en falso para aprovecharlo. Después de que el maestro de ceremonias de la corte hiciera las presentaciones, haciendo gala de la nomenclatura ritual, se atrevió a preguntar:

–Lo que he venido a hablar, augusto, no deben escucharlo oídos indiscretos. Así pues, solicito poder hablarte en privado. Se trata de un asunto que guarda relación con la seguridad del Estado.

En el rostro de Maximiano se dibujó una expresión de desconfianza.

Miró a su hijo, que abrió los brazos con un gesto de indiferencia, y al final asintió, urgiendo al maestro de ceremonias a que saliera con los guardias. Majencio fue el único que no se movió. Osio le lanzó una mirada envenenada a Sexto, que se retiró a regañadientes. Cuando ya estaban solos, el emperador dijo:

–Pues bien, senador Osio, ¿qué tienes que decirnos tan importante? ¿Te has enterado de una conspiración más?

Era lícito que lo pensase. Si un senador pedía audiencia privada con el emperador, normalmente era para denunciar a algún rival político y disfrutar con su ruina.

–No son malas noticias las que traigo, augusto, sino buenas. Quiero proponerte un proyecto para reforzar tu poder y afianzar y cohesionar más aún el territorio bajo tu jurisdicción.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué beneficio sacarías tú? –intervino enseguida Majencio, con una expresión divertida.

–La satisfacción de vuestra gratitud, en primer lugar. Y luego, obviamente, un beneficio personal en términos de cargos y riquezas, que intentaría ganarme con mi lealtad y mi eficiencia.

–Veamos, ¿cómo pretendes ganarte estos cargos? –preguntó Maximiano con curiosidad.

–Valiéndome de los cristianos –precisó, decidiendo que era hora de acabar con los rodeos–. Empezaré diciendo que no soy cristiano, pero precisamente por esto no tendré escrúpulos a la hora de aprovechar sus insulsas creencias para sacar todo el provecho posible a favor de la corona. A ti, augusto, te hace falta alguien que actúe como interlocutor entre el Estado y estos fanáticos, que viven al margen de las instituciones y de nuestra sociedad, amenazando el orden social. Bien sabrás que su líder, aquí en Roma, controla todas las iglesias de Occidente. Pues bien, tengo contactos dentro de la comunidad que me permitirían favorecer el ascenso de un personaje complaciente, que podría encaminar el favor de los cristianos hacia tu real persona y tu familia…

El emperador y su hijo no dejaban de mirarlo en silencio, con una expresión imperturbable. Se sintió autorizado a continuar:

–Me explicaré mejor. Estos sujetos tienen una determinación y una convicción superior a todos los demás, nadie puede negarlo. Si mediante nuestro hombre consiguiésemos convencerles de que los soberanos, y en especial tú, mi señor, actúan en su interés y los protegen, podrían ser funcionarios y administradores solícitos y diligentes. Reciben montones de donaciones, y si conseguimos que tú seas quien administra los legados a su favor, podrías dar con una nueva fuente para incrementar el erario público, al que acudir para tus iniciativas. Tendrías un ejército de leales a tu servicio, si los eligieses como aliados. Y aquí es donde yo entro en juego: sería el

garante de esta alianza, tu fiduciario entre ellos y tu intermediario. Y como no soy cristiano, nunca podrás temer que proteja sus intereses, sino los tuyos y los de los dioses a los que todos veneramos y respetamos.

Una vez más, Maximiano y Majencio se miraron sin hablar. Pasados unos minutos que a Osio le parecieron increíblemente largos, el hijo se echó a reír y de inmediato contagió al padre. Luego, los dos empezaron a desternillarse de la risa, dejando estupefacto al candidato. Con lágrimas en los ojos y con las manos en la barriga, el augusto parecía, a pesar de su cargo, el viejo y tosco soldado borrachuzo que hubiera sido si no se hubiese convertido en el amigo más cercano de Diocleciano. Cuando por fin logró articular palabra, le dijo:

–Esta es la situación más cómica que nos hemos encontrado desde que estamos en el trono… Solo por eso no te vamos a ejecutar, pobre inútil…

Osio no se atrevió a preguntarle el motivo. Majencio intervino, secándose a su vez las lágrimas por el ataque de risa:

–Acabamos de echar al mensajero que nos ha traído un edicto del augusto Diocleciano, imbécil… Dentro de poco entrará en vigor una ley que perseguirá a todo cristiano que no entregue sus libros sagrados, siga celebrando sus ritos y no haga sacrificios a los dioses.

Osio necesitó un tiempo para que aquellas palabras se asentaran en su cabeza, para estar seguro de lo que había escuchado. Una nueva persecución… y justo en el momento en que le proponía al emperador que confiara en los cristianos. Se dio cuenta de lo cerca que había estado de que lo ejecutaran. Pero, aunque le hubiera ido bien, saldría de allí con fama de imbécil, y sin duda el soberano y el príncipe le contarían a todo el mundo su inoportuna propuesta. Estaba acabado, políticamente hablando, aunque hubiera salvado la cabeza. Nadie lo volvería a tomar en serio. A menos que…

A menos que revirtiera la situación a su favor.

–Bueno… aún puedes aprovechar todos mis conocimientos a tu favor, augusto –dijo, mientras todavía el emperador y el príncipe se sobresaltaban por las últimas carcajadas.

–A ver de qué otra manera nos puedes hacer reír. La verdad es que te estás ganando un cargo: el de bufón de la corte –dijo Majencio, provocándole otro ataque de risa al padre.

Osio trató de sofocar la humillación pensando en la venganza que tramaría sobre aquellos dos siniestros personajes que disfrutaban mostrando desprecio por él. Había ido a ayudarles y ahora estaba totalmente decidido a arruinarlos. Continuó hablando:

–Si tenéis que perseguir a los cristianos, yo soy la persona a la que podéis recurrir para hacerlo con mayor eficacia. Se burlarán de

vosotros cuando les pidáis entregar sus libros sagrados, dándoos volúmenes que para ellos no significan nada. Os mentirán cuando os digan que han renunciado a sus ritos, e incluso cuando quemen incienso, antes de cubriros de insultos, tan pronto como tengan la certeza de que no los escucháis. Yo podré señalar y denunciar a todos los que finjan respetar vuestras normas, podré ejercer presión en sus sacerdotes para que hagan que la comunidad vaya por buen camino. Os hace falta alguien como yo, y si pensáis que soy un bufón, echadle un vistazo a mi currículum militar y las funciones que he desempeñado desde la guerra civil de Margum en adelante. Solo os pido, a cambio, que mi mujer sea protegida, aun siendo cristiana. Todo lo demás me lo daréis si demuestro ser capaz de mantener mis promesas.

Maximiano dejó de reír y lo analizó. También Majencio adquirió una expresión seria y empezó a valorar sus palabras. Antes incluso de que hablasen, era cierto que un espía les convenía demasiado como para renunciar a él.

Ahora había que ganarse al cristiano al que había escogido como contacto. Y convencer a Minervina para que no se expusiera demasiado.

CAPÍTULO XIII

Minervina se detuvo frente a la entrada de la casa en la que Sexto la había citado y dudó en llamar a la puerta. De nuevo, se sintió tentada a dar media vuelta, como había estado a punto de hacer varias veces durante el trayecto en litera. Desde que Osio le reveló en qué abismo abyecto había caído su amante, se había obligado a no responder a sus mensajes y se había impuesto no verlo. Le había costado muchísimo. Le había parecido antinatural mantenerse alejada de él, rechazarlo, como renunciar a comer o a beber. Su cuerpo había protestado, había experimentado sensaciones de enajenación, casi de sufrimiento a veces, con un ardor que la devoraba por dentro y entre las piernas.

Se decidió al enésimo intento por contactar por parte de Martiniano solo porque él le había escrito que era cuestión de vida o muerte. Y, sin embargo, seguía dudando, debatiéndose entre el enorme deseo de volver a verlo, de verse de nuevo entre sus brazos, y el disgusto por lo que había oído hablar de él. Antes de hacerse cristiana, tal vez habría podido incluso perdonarlo, pero ahora, ver a un hombre de esa clase sería totalmente contrario a los valores que Silvestre le había transmitido.

Pero ¿por qué su cuerpo le decía lo contrario? Los impulsos que sentía por él hacían que se avergonzara de ella misma y que se sintiera sucia, pero los sentimientos que siempre había albergado por él le parecían tan puros y sinceros que el Señor solo podría aprobarlos. «Si Jesucristo es amor –pensaba–, estoy en lo correcto»; pero si los cristianos condenaban el adulterio, erraba y mucho, además, con un hombre tan inmoral. Su dilema la desgarraba y le hubiera gustado hablar de ello con Silvestre, pero no se atrevía, tanto por miedo a perder su aprecio como porque nunca tendría el valor de hablar de esos temas con otro hombre.

Decidió llamar, con sentimientos encontrados y el corazón latiéndole casi como la primera vez que se citó con Sexto. El hombre fue a abrir personalmente al cabo de unos instantes y su hermoso rostro se iluminó con una amplia y honesta sonrisa. Le parecía difícil pensar que se tratase de la misma persona de la que le había hablado Osio.

–¡Minervina, por fin has venido! –dijo Sexto invitándola a entrar–. Te he echado de menos, dulce dama.

Ella entró, sin saber si acompañar su entusiasmo. Le hubiera gustado decirle que ella no lo había echado nada de menos, pero lo habría hecho solo por no darle la satisfacción. En realidad, lo había echado de menos y mucho. Pero, aunque su cuerpo la empujase a tirarse en

sus brazos, tenía claro que quería mantener una actitud distante. A fin de cuentas, había ido solo para saber a qué se refería Sexto con «cuestión de vida o muerte».

El hombre parecía decepcionado de que ella no le respondiese como se había esperado. Aun así, en cuanto Minervina cruzó el umbral, cerró la puerta, la agarró delicadamente por la cintura y se acercó a su rostro buscando su boca. La mujer retrocedió instintivamente, pero sin decisión, y Sexto la volvió a buscar, hasta que los labios se enredaron en aquella deliciosa fusión que conocía demasiado bien. Y pese a lo que pensaba de él, enseguida se sintió envuelta por el calor que sentía cada vez que lo besaba. Como siempre, le pareció que los pies se le elevaban del suelo y creyó estar volando junto a él hasta un lugar que no existía en la tierra.

Pero no debía ceder.

Cuando se separaron, no sabía cuánto tiempo había pasado. Seguramente más de lo que había previsto.

–Bueno, por lo menos, me parece que la magia entre nosotros sigue siendo la misma –dijo él, indicándole el camino hasta el triclinio, donde la invitó a sentarse en uno de los sillones–. Con mucha más razón, pues, me sorprende tu frialdad. A lo mejor ahora me puedes explicar qué está pasando.

Ahí estaba: el momento que más temía. Minervina sabía que debía hablar con él, darle la oportunidad de explicarse. Al fin y al cabo, por todo lo que había existido entre ellos y que, como acababa de comprobar, existía más que nunca, sería justo concederle la oportunidad. Pero estaba terriblemente avergonzada, se avergonzaba de las cosas que Osio le había contado y no encontraba la manera de exponérselas o acusarlo.

–¿Te he hecho algo, Minervina? –quiso saber Sexto.

–No… No me has hecho nada –fue lo único que pudo responder.

–Sabes que no haría nada que pudiera herirte, ¿verdad?

Ella asintió, pero tuvo la impresión de que lo había hecho con escasa convicción. No sin razón Sexto insistió:

–Son esos cristianos, ¿verdad? Sus enseñanzas hacen que te sientas mal por esta relación, ¿a que sí? –le preguntó.

Minervina vio una vía de escape. Tras un largo silencio, respondió:

–No puedo vivir con ese sentimiento de culpa. Lo que estamos haciendo es injusto.

Sexto apenas le dejó tiempo de terminar. Se levantó de su sillón, se sentó junto a ella y la rodeó de nuevo con el brazo, esta vez con más fuerza, besándola sin que ella opusiese resistencia. La mujer sintió sus manos contra sus pechos, luego bajarle por las caderas, mientras su ansiosa boca le envolvía los labios haciéndola sentir suya. Sintió unos escalofríos muy intensos y un calor líquido entre las piernas. Cayó en

que su mano había ido a parar, de manera instintiva, a la pelvis de Sexto, sintiendo que se endurecía en muy poco tiempo.

–¿Te parece injusto lo que sentimos? –le susurró él al oído, acompañando las palabras con suspiros profundos y ásperos suspiros.

–No, no –alcanzó a decir ella antes de estremecerse por el contacto de la mano de Martiniano con su centro del placer. Sintió como el compañero jugueteaba con su habitual capacidad de presionar e insinuarse en los puntos y las maneras que la llevaban al éxtasis, y enseguida se abandonó a un rápido orgasmo. Sexto no esperó mucho; conocía demasiado bien su cuerpo y sus reacciones y empezó a darle placer en el mismo momento en el que ella estaba de nuevo lista para sentirlo. «Nunca encontraré otro hombre así», pensó, abandonándose por completo. Dejó que le quitara la ropa, luego se arrodilló, ansiosa por darle placer a su vez, le levantó la túnica y le quitó la ropa interior, luego empezó a besarle el miembro con el instinto voraz que lo volvía loco. No pasó mucho tiempo antes de que él la levantara y se la pusiera encima, acompañándola en el movimiento rítmico que los hacía navegar por los mares del olvido.

Cuando al fin se separaron, jadeantes y satisfechos, Minervina había perdido la cuenta de las veces que había llegado al culmen del placer. Y se sentía bien. Se acomodó en el sillón junto a él, acunándose en la sensación de bienestar y seguridad que le provocaba el contacto con Sexto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había ido a verle con otros propósitos muy distintos.

–¿Quieres permitirles a los cristianos que te quiten todo esto? –le dijo a la amante mirándola con ternura, con los ojos tan pegados a los suyos que las cejas se podían tocar.

–No hables de ellos como si fuesen una cosa extraña a mí. Yo *soy* cristiana –respondió–. Pero no una buena cristiana, por desgracia. Ojalá tuviera más fuerza de voluntad. Espero que el bautismo me dé la suficiente como para ser capaz de resistir a las tentaciones.

Sexto se levantó, apoyándose en el codo, y la miró incrédulo:

–¿Esa ridícula ceremonia en la que te sumergen en agua? ¿Y después piensas borrar toda nuestra relación? ¿Para ti solo soy una tentación?

Ella también se incorporó para sentarse:

–Ya te dije una vez que no hablases con desprecio de mi culto y de sus ritos. ¡El bautismo es el momento fundamental para un cristiano!

–Te lo repito –insistió él–. ¿Pretendes acabar conmigo después de tu bautismo?

–Sí –respondió ella, conteniendo las lágrimas a duras penas.

Sexto hizo un gesto de rabia, golpeando el borde del triclinio:

–Entonces, ¿ser cristiana te lleva a renunciar al amor? ¿Acaso no alardeáis de profesar la religión del amor hacia el prójimo? Me parece toda una contradicción…

–De hecho, yo amo. Amo a Jesucristo y por tanto amo a todo el mundo. Jesucristo es amor. Pero mi amor debe ir en la dirección que los sagrados vínculos me imponen –aclaró–. De todas formas, me llamaste para hablarme de una cuestión de vida o muerte… –añadió, para salir del callejón sin salida en el que la había metido la indiscutible lógica de Sexto.

Sexto refunfuñó:

–Con eso precisamente tiene que ver. Tus cristianos no solo te están privando de la cosa más bonita que te ha pasado en la vida, es decir, nuestro amor, ¡sino de la misma vida!

Minervina lo miró inquieta:

–¿Qué quieres decir?

–Que si te quieres convertir en una mártir, tu momento está a punto de llegar. Me temo que va a empezar una nueva persecución, como la de hace medio siglo.

–El tuyo es un miedo sin fundamento. Los cristianos son ya una realidad que nadie osará volver a tocar; somos demasiados. Ya no es como en tiempos de Decio.

–Esto demuestra lo fuera que estás de la realidad. Sin embargo, las señales estaban todas ahí: habéis irritado a los soberanos y ellos han decidido hacer que vayáis por buen camino. Está a punto de entrar en vigor un edicto que persigue a todo aquel cristiano que afirme serlo, no haga sacrificios en honor del emperador y no entregue vuestros libros sagrados. Quien ocupe puestos de responsabilidad será destituido, los demás exiliados, y no descarto que contra los más fanáticos se lleven a cabo penas de muerte.

Minervina resopló:

–Solo lo dices para hacer que renuncie a mi fe. Crees que es un obstáculo para ti. Me quieres solo para ti y no piensas en mi salvación.

–¡Pienso justo en tu salvación! –se indignó él–. Y no en la espiritual, como hacéis vosotros, sino en la física. Estaba presente cuando el augusto Maximiano firmó el decreto de Diocleciano. Pronto empezará a aplicarse y podemos estar seguros de que aquí en Roma serán especialmente severos, ya que dentro de poco los augustos celebrarán su vigésimo aniversario.

La mujer escrutó la expresión de Sexto para entender si hablaba en serio. Y comprendió que no bromeaba. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y el estómago se le retorció en una punzada de terror. Pensó en lo que le esperaba. Se imaginó exiliada en algún lugar sombrío en los confines del mundo, lejos de su gran amor. Pero también pensó en el consuelo que le había ofrecido conocer a Jesucristo.

–¿Y bien? ¿Vas a dejar a esos locos? –insistió Sexto.

Poco antes le había pedido al Señor que le diera fuerzas para resistir a las tentaciones. Ahora tenía que pedirle fuerzas aún mayores que le

permitiesen resistir al miedo al dolor y a la muerte si era necesario. Iba a convertirse en un soldado de Jesucristo con el bautismo; sería un gesto pusilánime renunciar a él por miedo a las consecuencias en su cuerpo si la perspectiva era la de la salvación eterna.

–Jamás en mi vida me he enfrentado a pruebas que forjaran mi carácter –respondió convencida–. Y me he dejado dominar por todos. El bautismo será lo que me dé la fuerza que me falta para hacer frente a las pruebas que me esperan, cualesquiera que sean. Y será el Señor quien decida mi destino –añadió mientras empezaba a vestirse sin prestarle atención a la expresión desconcertada de su amante.

–¿Una persecución? –Melquiades se quedó atónito ante el anuncio de Osio. Se derrumbó en la silla, mirándolo incrédulo, pero el senador no tenía intención de permitirle renunciar a luchar. Sin él no recuperaría nunca el honor perdido ante el emperador.

–Ahora conozco muy bien tus ambiciones, Melquiades. Y es hora de que las llevemos a cabo juntos –le urgió.

El presbítero abrió los brazos:

–¿Cómo? Terminarán masacrándonos, como en la época de Decio… Y ahora el imperio está más organizado que entonces, gracias a Diocleciano.

–Pero los cristianos sois muchos más y tenéis a vuestra gente en puestos de prestigio. Tenéis recursos, riquezas, una organización perfecta. Sabréis resistir con los consejos adecuados.

–Me quemarán vivo o me enviarán al Coliseo con los animales salvajes… –continuó lamentándose Melquiades.

Osio hizo un gesto de impaciencia; había creído identificar en el presbítero a un hombre sin escrúpulos como él, y sin embargo se encontraba ante un cobarde. Lo zarandeó y le gritó en la cara:

–¡Hazme caso y saldrás de esta más fuerte que antes, idiota! ¿No querías ser obispo? ¡Este edicto te da la posibilidad de deshacerte de tus adversarios y serlo con más facilidad!

Melquiades lo miró perplejo, luego se apartó y se recompuso. Al parecer, había recuperado la sangre fría:

–¿Y cómo piensas que podría lograrlo, muerto o exiliado? –le preguntó.

–Sencillo. Entregarás los textos sagrados que os pedirán, te mostrarás diligente al informar dónde se esconden los libros que el obispo se negará a entregar… Y luego, con discreción, me dirás quiénes son los más fanáticos. Que puede que sean tus rivales directos para el cargo que persigues… Marcelino es anciano y pronto criará malvas.

El presbítero hizo una mueca:

–No cabe duda de que serán muchos los que cedan ante la perspectiva de una condena y entregarán los libros o empezarán a

hacer sacrificios a vuestros dioses y a los emperadores… Pero ¿cómo pretendes que me elijan obispo si no me muestro intransigente? Me despreciarán…

–Solo te despreciarán los fanáticos que no acepten las reglas imperiales –le explicó–. Pero esos caerán por su propio pie, porque el Estado los condenará y allanará el camino. ¿Acaso no son los sacerdotes los que te eligen? Pues bien, en vuestro colegio, tras la purga del emperador solo quedarán los que hayan estado dispuestos al compromiso. Y tú serás su líder. Además, si puedes asegurarle al emperador que tu comunidad es capaz de cumplir con los deberes de todo buen ciudadano, verás que será él mismo, a través de mí, quien te apoye en tu ascenso; le convendrá un obispo que lo escuche…

Melquiades reflexionó un momento. Y enseguida le brillaron los ojos. Osio estaba seguro de que valoraba y apreciaba las atractivas perspectivas que se le abrían.

–No les digas nada, por ahora, a tus correligionarios –le sugirió–. Cuando se haga público el edicto, estarás preparado para hacerle frente, los demás no, y te mostrarás como el más firme ante un asunto que aterrorizará a todos los cristianos, ganando apoyos y siendo el guía ideal para tu comunidad.

–Me parece una idea excelente, Osio –respondió convencido el presbítero–. Tienes razón. Esta historia representa para mí una gran oportunidad. Al fin y al cabo, si el edicto es tan suave como dices, contemplando como mucho el exilio para los sacerdotes que no colaboren, no tengo nada que temer. Es más, lo tengo todo por ganar, porque siempre he apoyado la necesidad de colaborar con las autoridades. Son personas como Eusebio y Silvestre, además de Marcelino, los que no le dan al césar lo que es del césar…

–Entonces, tendrás que concentrar tus esfuerzos en contra de ellos –replicó Osio, que se despedía. Salió de la casa del sacerdote muy satisfecho consigo mismo. En un par de horas había transformado una aparente derrota en una victoria. Tampoco olvidaría cómo se habían reído Maximiano y Majencio de él; de ahora en adelante entraban por derecho propio en su lista de personajes de los que vengarse, al igual que Sexto Martiniano.

Le entraron ganas de celebrarlo y se encaminó hacia el Esquilino, donde sabía que encontraría un par de cálidos brazos dispuestos a abrazarlo y oídos encantados de escucharle. Como siempre, desde que Minervina se negaba a sus deberes conyugales. Se plantó ante la elegante vivienda en la que vivía su amante y llamó. Fue a abrirle un esclavo, que lo reconoció y lo invitó a entrar, y lo acomodó en el triclinio. Osio pasó el tiempo observando la exquisita artesanía de los mosaicos de las paredes y el valioso mobiliario. Como de costumbre, le pareció irónico e incluso injusto que la mujer tuviera una casa más

elegante que la suya. Pero la elevada asignación que había puesto a su disposición el césar Constancio Cloro le permitía llevar una vida más que acomodada; no estaba nada mal para una mujer que, como le confesó en una ocasión, de joven era posadera en una pequeña ciudad fronteriza a orillas del Danubio.

La mujer apareció en el umbral de la sala, vestida solamente con una túnica y con el pelo toscamente peinado. El maquillaje, más cargado que nunca, ocultaba las profundas arrugas que le surcaban el rostro mustio, borrando sin embargo esa expresión decidida y pícara que le impresionó desde la primera vez que se vio con ella durante un almuerzo que ofrecía un senador. Examinó su cuerpo rechoncho pero provocador, gracias a movimientos y miradas que hacía desde que era joven, satisfaciendo a viandantes que se paraban en su posada. A pesar de su avanzada edad, la mujer todavía sabía cómo cautivar a los hombres; al menos a los de su edad o mayores, y Osio empezó a saborear aquello que le esperaba. No era amor, por lo menos para él, sino solo un parche sobre los deseos que Minervina le suscitaba sin ya satisfacerlos.

Para ella, en cambio, era amor.

–Sabes que estas sorpresas siempre me hacen feliz –empezó diciendo Elena–. Mi vida, ahora, se centra en los pocos momentos en los que vienes a visitarme…

Osio se sintió avergonzado. La había elegido amante, la había halagado, adulado, por un motivo muy preciso que formaba parte de sus ambiciosos planes. Además, había aprendido que estar con ella también era agradable. Ella hacía que se sintiera importante, cosa que Minervina no conseguía desde hacía años.

–¿Y tú lo sabes, Elena, que tienes un encanto y una sensualidad imperecederos? –respondió.

Ella sonrió con amargura.

–Si es una forma delicada de decirme que soy mayor, lo sé perfectamente.

Luego se acercó al hombre y lo estrechó contra ella con energía. Parecía que ya no le asustaba nada: era recia, decidida y segura como ninguna otra mujer. La veía más como una amiga que como una amante; era inteligente, sabía escuchar y hablar, y habría sido una digna emperatriz si Constancio Cloro no se hubiera visto obligado a deshacerse de ella para casarse con la hija del augusto Maximiano. Ella no parecía haberse ofendido con el césar, de quien no le hablaba nunca mal. Como persona sensata que era, sabía que la vida, gracias al encuentro con aquel soldado de futuro brillante, le había dado mucho más de lo que le había reservado la fortuna de nacer en una sombría familia de provincia.

–No estaría aquí si creyera que eres ma… –intentó decir para

justificarse. Pero ella no le dejó terminar y le besó con vehemencia, con el propósito de demostrarle que su espíritu seguía siendo joven. Por otra parte, pensó que antes que dejarse arrastrar por el torbellino del deseo, mejor una amante madura pero activa que una mujer joven y guapa pero distante. Y a Elena, la fe cristiana, a la que se sumó incluso antes que Minervina, no le impedía dejarse llevar como una ramera en un prostíbulo.

Se le subió encima como nunca había hecho Minervina, y como siempre, le gustó tanto que todo fue demasiado breve. Normalmente podía sentir un placer prolongado únicamente cuando tenía tiempo para quedarse a un segundo coito; en el primero nunca conseguía entretenerse. Se tumbaron uno junto al otro jadeando, y Osio sintió que Elena temblaba. Sabía que debía ayudarla a alcanzar el máximo placer, pero no pretendía arruinar aquella sensación de relajación que experimentaba después del orgasmo, y como siempre, dejó que se encargara ella.

Cuando también ella se sintió saciada, se miraron largo rato en silencio, sonriendo. A Osio le hubiera gustado hablar de todo lo que le había ocurrido ese día, pero no pensaba que su amistad debiera llegar a tanto, por eso empezó con sus habituales desahogos sobre Minervina:

–Qué pena que tengas una edad en la que ya no puedas tener hijos. Dudo que Minervina me dé uno ya. Por cierto, ¿sabes que he descubierto que se sigue viendo con su amante a pesar de que le he hecho creer que se relaciona con un putero?

–Tiene que estar muy enamorada… –comentó Elena. Le pareció molesta, pero no le importó.

–Puede ser. Lo cual me obliga a medidas más radicales. De todas formas, su relación se ha enfriado, porque se ven con menor frecuencia y durante periodos más breves.

–Entonces es una relación que acabará muriendo. Me pregunto si continuarás viniendo a verme cuando ella vuelva contigo…

–Si vuelve del todo conmigo, veremos… Creo que te echaría de menos igualmente…

–¿Pues sabes quién viene a verme? Mi hijo Constantino –dijo Elena cambiando radicalmente de tema–. Me ha escrito que estará en Roma con los tetrarcas para celebrar el vigésimo aniversario. ¿Sabes que no lo veo desde hace más de diez años?

Osio dejó escapar un suspiro ideal de alivio. Justo lo que esperaba; parecía que las cosas se ponían a pedir de boca.

–Me lo presentarás, ¿verdad? Sé que ha destacado especialmente en Oriente contra los persas. Sería un honor, para mí, conocer a un soldado tan valiente.

–Por supuesto que lo haré. Estoy tan orgullosa de él… –respondió

emocionada Elena, haciéndolo feliz. Tras los acontecimientos de aquel día, Constantino no solo sería un valioso aliado para alcanzar sus objetivos, sino también un instrumento útil para llevar a cabo su venganza contra Maximiano y Majencio.

CAPÍTULO XIV

Roma, noviembre de 303

Constancio Cloro contempló la larga procesión de carros que se acercaba a las puertas de Roma, ante las cuales esperaba desde hacía días la llegada de Diocleciano para que iniciasen los eventos de celebración de las dos décadas de gobierno de los dos augustos. Escudriñó entre los oficiales a caballo que iban a la cabeza de la columna, intentando identificar a Constantino. No veía a su hijo desde que era apenas un niño y tuvo alguna dificultad para reconocerlo en la plétora de cortesanos y funcionarios que rodeaban al emperador Diocleciano. Así pues, esperó que fuese Constantino quien se acercara a él, algo que, sin duda alguna, sucedería cuanto antes; sabía que se había distinguido en Oriente y conocía sus ambiciones, las cuales notó desde que tuvo que dejarlo, de muchacho, en manos de Diocleciano. Era el primer precio que había tenido que pagar para convertirse en césar, pero no el único; el otro, igual de doloroso, fue el abandono de la mujer con la que lo había engendrado, Elena, a la que realmente amaba.

Miró a su mujer, Flavia Maximiana Teodora, la hija del augusto Maximiano, con la que se había tenido que casar tras los acuerdos imperiales: era hermosa y dulce, pero le hubiera gustado tener a su lado el carácter tenaz y la belleza más exótica de Elena. Le hubiera gustado que Teodora no lo acompañase, pero la situación era demasiado importante como para que uno de los tetrarcas se presentase en Roma sin consorte ni descendencia. Y él podía jactarse de tener una muy numerosa. Por eso temía encontrarse con Constantino: un emperador estaba obligado a darle prioridad a un hijo legítimo, y el hijo de Elena era a todos los efectos un bastardo.

Se encargó de que sus guardaespaldas abrieran paso entre la multitud de cortesanos y le permitieran avanzar para honrar al augusto, al cual le debía su nombramiento como césar. Ambos tendrían que esperar que se celebrase el triunfo, antes de hacer entrada en Roma, justo como en tiempos antiguos. Constancio se había visto con Maximiano unos días antes, en cuanto llegó a la urbe, pero sabía que su destino dependía de Diocleciano. Le correspondía al supremo regente del imperio tomar decisiones sobre el futuro marco constitucional de ese complicado sistema de gobierno que él mismo había elaborado.

Cuando llegó hasta el emperador, le impresionó el número de surcos que le había abierto el tiempo en la cara. Estaba muy viejo, y si

realmente tenía intención de cumplir con sus propósitos, aquel era el momento de hacer sitio a los césares: las celebraciones de sus veinte años de reinado, junto a la década de los dos césares, él y Galerio, parecía la ocasión perfecta para anunciar la rotación. Había tanteado el terreno con el suegro, pero el otro augusto no había dejado que se filtrara nada. «Probablemente ni siquiera él conocía la orientación del compañero», pensó.

Al arrodillarse ante Diocleciano en señal de respeto, vio que junto al emperador estaba Galerio. Así que era verdad lo que decían: el césar estaba cada vez más sujeto a la influencia del yerno. Miró al compañero con desconfianza, recibiendo una mirada igualmente repulsiva. Sus reflexiones se vieron interrumpidas por un hombre que con actitud servil se presentó como maestro de ceremonias. Él fue quien le explicó cómo se desarrollaría el desfile triunfal del día siguiente, qué puestos ocuparían los cuatro soberanos y qué tendría que hacer. Lo escuchó distraído. Sus colaboradores le recordarían el protocolo poco antes de que empezara el desfile, en ese momento no le apetecía perder el tiempo con detalles banales. Era consciente de que se trataba de un acontecimiento histórico. Por primera vez después de una década, y posiblemente la última, los tetrarcas se reunieron en el mismo lugar, y no en un lugar cualquiera: en Roma, la ciudad en cuyo honor existía el imperio, pero que él y los propios Diocleciano y Galerio no habían visto nunca. Estaba deseando cruzar las puertas de la ciudad y ver en nombre de qué había luchado durante décadas, además de su propia ambición.

–Constancio, ¿no te afecta haber reinado más tiempo que gran parte de los emperadores romanos que te han antecedido en los últimos cien años? –La voz desagradable de Galerio interrumpió sus pensamientos.

–La verdad es que un poco sí. Pero debería afectarles más a Diocleciano y a Maximiano saber que ningún emperador, desde tiempos de Marco Aurelio, ha reinado tanto tiempo como ellos –respondió–. Y estamos hablando de hace ciento veinte años.

–Podría decirse que por fin hemos estabilizado una institución destinada a no percibirse ya como tal…

–Sí, eso parece –contestó, poco interesado en conversar con Galerio.

–Y deberíamos seguir así –continuó el compañero–. Sin embargo, tengo entendido que no te estás dedicando a conservar nuestro gobierno.

–Yo no diría eso –replicó molesto Constancio–. Las penetraciones de francos y alamanes por el Rin son ya insignificantes, en los últimos tiempos, después de las expediciones que hemos llevado a cabo en sus territorios. Y en Britania los escotos ya no representan ningún problema. Creo que no se puede decir lo mismo de las fronteras encomendadas a tu custodia. ¿Cuántas incursiones bárbaras has tenido

este año?

Galerio resopló.

–Me refería a que no te estás dedicando a luchar contra el amigo interno, mucho más peligroso. He oído que no haces cumplir las normas del edicto de los augustos contra los cristianos…

Ahora fue Constancio quien refunfuñó.

–Las hago cumplir, pero con moderación y raciocinio, evitando tensiones inútiles o posibles rebeliones. Sin embargo, lo que yo sé es que tú vas más allá de las reglas imperiales y a menudo impones sentencias de muerte. Eso no es lo que prevé el edicto…

–El edicto debe perfeccionarse y estoy trabajando en ello –contestó Galerio–. Las medidas que hemos tomado son insuficientes y a veces hace falta dar un ejemplo más firme para obtener mejores resultados. ¡Si supieras cuántos de esos libros indecentes hemos encontrado ejecutando a las personas adecuadas y atemorizando a sus hermanos! En otros lugares, he podido saber, sus obispos les han entregado libros médicos a los funcionarios, haciéndolos pasar por libros sagrados, ¿y sabes por qué? ¡Porque no tenían miedo de las consecuencias!

No era un tema que tuviera ganas de abordar y deseaba encontrar un pretexto para escapar de aquella engorrosa conversación. Para él los cristianos no habían hecho ningún daño y le parecía inútil obligarles a aparentar una adhesión al régimen con sacrificios que no querían hacer y a los que renunciaban en la intimidad. La fe era un asunto personal y tenía mucho cuidado de no interferir en la de los demás. Tampoco quería que por una política incompetente sus territorios se vieran debilitadas por levantamientos y rebeliones, lo cual pondría en riesgo el mantenimiento de las defensas contra los bárbaros que no dejaban de presionar en las fronteras. Cuando vio a un joven de cuello grueso dirigiéndose hacia él, esperó que fuese Constantino.

Cuando el muchacho lo saludó con una sonrisa supo que se trataba de él y no dudó en decirle a su interlocutor:

–Y ahora, césar, si me disculpas, ahí está mi hijo, al que no veo desde que era niño. Tengo muchas ganas de abrazarle y hablar con él, como te puedes imaginar.

Galerio lo miró con un recelo que rayó el desprecio.

–Nuestra función está a punto de cambiar, césar, y debemos encontrar una política común *para todo*. De lo contrario, seremos dos imperios distintos y podríamos incluso llegar a ser rivales. Harías bien en recordarlo, amigo mío, antes de mandar al traste todo lo que tu benefactor ha construido en estos últimos veinte años… Hemos levantado un imperio cohesionado y no queremos que vuelva a descomponerse, ¿verdad? –dijo con un tono ligeramente intimidante antes de marcharse.

–¡Padre! ¡Siento una gran emoción y una alegría inmensa de volver a verte! –exclamó Constantino cuando caminaba hacia Constancio Cloro, para luego detenerse un momento antes de abrazarle, frente a las lanzas que le apuntaban los guardaespaldas del césar.

Constancio les hizo una señal a los soldados para que bajaran las armas. Extendió la mano y el hijo se la estrechó.

–No podría estar más feliz ahora que, con motivo de las celebraciones de nuestro décimo aniversario, vuelvo a ver a mi hijo mayor–dijo el emperador.

–Se cumplen también diez años desde la última vez que nos vimos… –no pudo evitar decir Constantino con una pizca de amargura.

–Por razones de Estado, hijo mío –se justificó Constancio–. De todos modos, ahora no serías el hijo privilegiado de un césar si no te hubiera educado a la sombra del mayor emperador desde los tiempos de Trajano, del que seguramente habrás tenido oportunidad de aprender más cosas que conmigo.

–En estos años tú también has hecho grandes cosas en toda la frontera, padre. Seguro que también hubiera podido aprender muchísimo contigo –matizó Constantino. Aunque le constaba que el padre no pudo hacer otra cosa, y estuviese seguro de que, en su lugar, hubiese hecho lo mismo, nunca lo había podido perdonar. Había arrastrado siempre una sensación de abandono que, junto a la admiración y al afán por emular al padre, también le provocaba resentimiento.

–En realidad solo he luchado contra los bárbaros –declaró el padre–. Tú, en cambio, te has curtido ni más ni menos que con los persas, y con gran valor me cuentan. Has hecho que esté orgulloso de ti, hijo mío.

–Espero que te sientas tan orgulloso como para apoyar mi causa por la sucesión entonces. Pronto serás augusto, ¿no?

–Sí… –Constancio manifestó un evidente malestar–. Diocleciano todavía no se ha pronunciado al respecto…

–Pero Maximino Daya tiene excelentes posibilidades, y solo porque es sobrino de Galerio. Te aseguro que nunca ha hecho nada valiente o relevante. Si un sobrino se convierte en el viceemperador del tío, ¿por qué no iba a serlo un hijo de su padre?

–Por ahora no se prevé ninguna alternancia. Cuando llegue el momento, veremos –atajó Constancio, que luego intentó cambiar de tema–. Ven, Constantino, quiero que conozcas a tus hermanos y hermanas. Tienes muchos, ¿sabes? –Lo cogió del brazo y lo llevó hasta una mujer rodeada de cinco niños. El mayor no podía tener más de nueve años y el más pequeño estaba aún en brazos de la doncella.

–Esta es mi mujer, la hija del emperador Maximiano, Teodora –explicó el padre–, y estas cinco encantadoras criaturas son tus dos

hermanos Flavio Constancio y Flavio Dalmacio, y tus hermanas Anastasia, Eutropia y Constancia.

Constantino miró a los críos sin entusiasmo.

–Hermanastros y hermanastras –señaló. Pero no dejaban de tener su misma sangre, al menos solo la mitad, y les sonrió. Había aprendido hacía tiempo, mientras vivía en la corte de Diocleciano, que en los círculos donde solo contaba el poder, las únicas personas de quien uno podía mínimamente fiarse eran los parientes. Se arrodilló delante del mayor–: Apuesto que tú eres Flavio Constancio. Dime una cosa, ¿qué te gustaría ser de mayor? –le preguntó.

–Emperador, como mi padre, naturalmente. ¡Y guiar los ejércitos a la victoria! –respondió el niño con decisión.

Constantino se levantó y le puso una mano en el hombro:

–En estos tiempos es algo a lo que aspiran muchos… –se burló. Luego se acercó de nuevo al padre–: ¿Sabes si abordaréis el tema de la sucesión durante estas fiestas?

Constancio abrió los brazos, desesperado.

–No lo sé, de verdad. Diocleciano no nos ha adelantado nada.

–Pero es lícito pensar que lo hará. ¿Cuándo os encontraréis de nuevo los cuatro en el mismo sitio para poder discutirlo y buscar a los candidatos? –insistió el joven.

–Evidentemente, aunque hayas vivido con Diocleciano, no te has enterado de que él es el único que decide. Cuando llegue el momento, se limitará a comunicarnos su voluntad.

Constantino no se dio por vencido. No podía aceptar la idea de que ser hijo de un césar no sirviera para nada.

–Viviendo con Diocleciano he corrido muchos riesgos porque los demás me ven como un posible candidato –insistió–. Y es una corte a la que me enviaste tú. Espero por lo menos que abordes el tema en estos días en los que tienes el emperador al alcance de la mano. Y sobre todo que lo hagas con tu suegro; estoy seguro de que a él también le competerá la decisión.

–Si me da la posibilidad, lo haré, puedes estar seguro –trató de tranquilizarlo el padre–. Pero desde el principio, Diocleciano dijo que la institución de la tetrarquía no preveía la sucesión de padre a hijo, y dudo que haya cambiado de idea.

El joven perdió la paciencia.

–Y entonces, si uno demuestra ser más hábil que ese puñado de idiotas del Estado Mayor que le lamen el culo, ¿lo condenan de todas formas a no heredar lo que le corresponde por derecho solo porque ha tenido la mala suerte de nacer hijo de un césar? –gritó enfadado–. La tetrarquía, por lo que sé, la crearon para garantizar que los mejores hombres llevaran las riendas del imperio, pero si ser hijo de un césar no es un requisito para que te elijan césar, ¡tampoco debería serlo

para *no* ser elegido césar!

Su arrebato en voz alta asustó a los niños y la más pequeña empezó a llorar.

Constancio miró a su alrededor.

–Nos estás dejando en vergüenza, hijo mío –dijo, haciéndole una señal con las manos para que bajara la voz–. ¿Crees que no deseo yo mismo que sea la sangre de mi sangre la que me apoye en el imperio? Pero eso crearía un claro desequilibrio que los demás no podrían aceptar. Y Diocleciano siempre ha sido un hombre justo. Por lo tanto, te diré la verdad: será muy difícil que ocurra.

Constantino iba a responder, pero decidió darse la vuelta y marcharse, mostrándose así ofendido. Aquella conversación le pareció inaceptable: ser hijo de un emperador no podía hacer las cosas más difíciles. Durante siglos las había simplificado, y bastante. No podía pasarle justo a él, que merecía el imperio por encima de sus lazos de sangre. Pero luego recordó que había otra persona en su misma situación. Pensó que hablaría con él.

CAPÍTULO XV

Constantino sabía que debía concentrarse en la ceremonia triunfal, pero no podía evitar estudiar y admirar los lugares por los que desfilaba la comitiva de la que formaba parte. Le parecía increíble no haber visto la ciudad nunca antes, pero, por otra parte, el emperador supremo Diocleciano tampoco había estado en la ciudad en sesenta años, e incluso se hizo de rogar para que celebrara el triunfo allí, después de que empezara a prepararlo en su capital, Nicomedia.

Sin embargo, Roma merecía cualquier regalo que se le hiciera. Ya cuando llegó frente a sus murallas, en la vía Flaminia, Constantino se dio cuenta de que en ninguna otra ciudad un triunfo tendría tanto significado como en la urbe. El cinturón amurallado erigido por el emperador Aureliano tan solo treinta años antes dominaba imponente la campiña que la rodeaba, como si fuera un cofre que guardara toda clase de tesoros. Le permitía presagiar asimismo lo que había visto en cuanto se unió a la comitiva en la vía Triumphalis, ocupando su lugar entre el Estado Mayor de Diocleciano, cerca de Licinio, Severo y Maximino Daya, entre otros. Le habían explicado que la magnífica construcción a su izquierda era la Naumaquia vaticana, un estadio lleno de agua que había sido escenario de numerosas batallas navales simuladas, con gladiadores y prisioneros de guerra entre los luchadores, en la época en que las cuentas del Estado podían permitirles a los emperadores costes tan locos. La había construido Trajano dos siglos antes para usarla con motivo de su triunfo.

Un poco menos majestuoso era el Gaianum, un circo más pequeño que, según contaban, Calígula solía usar para entrenarse para las carreras de cuadrigas que luego se celebraban en el estadio que llevaba su nombre, al otro lado de la calle. Constantino pudo admirar su amplio perfil a su izquierda, pero lo observó pocos segundos, pues acabó concentrándose en la otra parte, donde destacaba el mausoleo del emperador Adriano. Rematado con una estatua del mismo sobre una cuadriga, puesta sobre un templete a su vez colocado sobre un cuerpo cilíndrico coronado por todas partes por estatuas y apoyado en una base cuadrada, el edificio lo impresionó más que cualquier otro hasta entonces. Y se convenció al momento de que todo el que aspirase a gobernar y ostentar el poder, al ver un monumento de esa clase, desearía tener uno igual para que lo recordaran eternamente.

Eusebio terminó la lectura de las Sagradas Escrituras y dio las últimas instrucciones litúrgicas. Por fin estaba todo listo. El acontecimiento que llevaban esperando dos años estaba a punto de

tener lugar. Minervina estaba emocionada y por un instante lamentó no tener a Sexto a su lado. A Sexto, no a Osio. Pero fue solo un instante; se avergonzó de ensuciar el momento de mayor pureza de su vida con el deseo por un hombre que todavía creía en los ídolos y en los demonios, y que se había reído de ella y la había humillado con su libertinaje. Si aún lo seguía viendo era solo porque su vínculo físico y emocional era tan fuerte que no podía romperlo con facilidad.

Trató de dejar de lado la esclavitud de los sentidos, que la perseguía incluso en ese momento de solemnidad, y se concentró en la ceremonia. Observó a las demás personas que iban a recibir el bautismo e intentó adoptar su misma compostura humilde y sumisa, como debían hacer los penitentes que se preparaban para pedirle a Dios que les perdonara sus pecados. El diácono Eusebio, que presidía la ceremonia, controlaba el nivel del agua en la pila bautismal tallada en el impluvio de la elegante *domus* donde se celebraba la ceremonia. El religioso examinó con severidad a los bautizandos y, cuando se cruzó con su mirada, Minervina agachó la cabeza, sintiéndose sucia e indigna. Justo después buscó consuelo en los ojos comprensivos de su garante, el diácono Silvestre, que le devolvió una sonrisa de aliento. Dentro de poco le tocaría a él.

Eusebio empezó a preguntar al hombre que respondía por otra mujer que se bautizaba, y Minervina escuchó las preguntas con atención, dándole gracias al cielo porque tuviese que ser él quien respondiese; en algunos casos, ella tendría que mentir, o al menos ocultar la verdad, y probablemente aquellos hombres píos y tan cercanos a Dios se habrían dado cuenta. Observó que todo lo que chirriaba en ella con los preceptos que profesaban los cristianos dependía de su relación con Sexto y se culpó por no ser capaz de ponerle fin. Pero tal vez el bautismo le transmitiría la fuerza para hacerlo de una vez por todas.

Cuando Eusebio pronunció su nombre se sobresaltó, y cuando el diácono se dirigió a Silvestre, soltó un suspiro de alivio imperceptible.

–Entonces, Silvestre –dijo el oficiante–, tú que has seguido a esta mujer en su recorrido hacia Jesucristo, ¿podrías decirnos si se ha dirigido a Él con la constancia y la intensidad que se espera de quien lo busca de verdad?

–Así ha sido –respondió Silvestre.

–¿Ha respetado las prácticas penitenciales prescritas por el recorrido que la ha llevado a este dichoso día de renacimiento? ¿Ha mantenido el ayuno y ha respetado las oraciones?

–Así ha sido.

–¿Ha escuchado con atención la lectura del Evangelio en los momentos en que ha participado en los oficios?

–Así ha sido.

–¿Qué obras buenas ha llevado a cabo para demostrar ser una buena cristiana, respetuosa con los preceptos del Señor y sus enseñanzas?

–Minervina visitó a un enfermo al menos cada tres días, desde hace dos años hasta ahora, dándole consuelo con toda la entrega posible; yo mismo he visto a esta pía mujer lavar a un pobre anciano que ya no podía levantarse de la cama, aplicar hierbas médicas en las heridas purulentas de un niño que se hirió en la calle, llevar comida a familias menesterosas, consolar a una viuda apesadumbrada por la reciente pérdida de su marido y hablar de Jesucristo a quien aún está lejos de él o no conoce su mensaje.

–¿Esta mujer está casada? –Minervina tragó saliva. Se avecinaban las preguntas incómodas.

–Sí, está casada.

–¿Y es una mujer fiel, dedicada a su marido y a sus hijos, respetuosa y amable con los esclavos?

Silvestre no dudó.

–Es fiel y dedicada a su marido, y muy humana con los esclavos, pero no tiene hijos, aunque me ha dicho que lo intentó durante mucho tiempo. No podemos saber la causa de su esterilidad, pero si el Señor ha establecido que tenga más tiempo para dedicarse a los hijos de los demás, a los huérfanos y a los enfermos, hágase su voluntad.

Eusebio asintió seriamente y Minervina sintió que se quitaba un peso de encima.

Constantino jamás se hubiera imaginado que se quedaría tan conmocionado frente a la majestuosidad y la magnificencia del lugar donde nació todo, de la ciudad que había visto nacer a muchos de los héroes que lo habían precedido e inspirado. En cuanto cruzó la Puerta de Nerón, que introducía la vía Triumphalis hasta el otro lado de las murallas, su impresión se multiplicó. Siempre había pensado que tendría que asistir al desolador espectáculo de una ciudad en declive, con templos demolidos y pastos para vacas y cabras donde antes había edificios populares. Sin embargo, cuando vio el Campo de Marte, se desplegó ante sus ojos un escenario multicolor: junto a amplias zonas en las que parecía que seguía en la campiña, se levantaban otros edificios que celebraban la gloria del imperio y de sus antiguos protagonistas. Y no pudo reprocharles a los romanos que aún se consideraran los hijos de Furio Camilo, Escipión el Africano, Julio César, Augusto y fueran celosos de sus privilegios; ni a los fundadores de la religión tradicional, que podían con toda la razón vanagloriarse de la protección divina de la que habían beneficiado a la ciudad y a sus habitantes durante mil años. Enseguida se sintió investido por el ambiente mágico de aquel lugar en el que se respiraba grandeza, y deseó más que nunca convertirse en parte de aquella legión de héroes de los que podía ver testimonio por todas partes.

Escuchó decir a uno de los oficiales que el circo que había a su derecha, justo después de la puerta, era el Trigarium de César; el dictador lo mandó construir para las carreras de trigas. Pero no le dio tiempo a observar las características con detalle, ya que, a su izquierda, apareció majestuoso el que debía de ser el circo alejandrino, es decir, el viejo estadio construido por Domiciano y reestructurado por Alejandro Severo. Espectacular en su longitud, el edificio pronto estaría lleno de gente deseosa de asistir a las carreras en honor a los emperadores. Pero ya en ese momento, el recinto exterior estaba lleno de personas congregadas en la puerta para asistir a la entrada de la comitiva triunfal.

Lo mismo ocurría en la parte contraria, en la orilla del Tíber, donde la gente agitaba los brazos y lanzaba flores a los cuatro emperadores, que iban delante del joven tribuno, cada uno en una cuadriga tirada por caballos blancos. Los dos augustos estaban uno al lado del otro y vestían prendas de color púrpura; Diocleciano con el rostro oculto tras una máscara roja asemejándose a Júpiter, un cetro en una mano y una esfera en la otra, y Maximiano con una maza en lugar del cetro para mostrar su relación con Hércules. Detrás de ellos iban los dos césares, Galerio y Constancio Cloro, con la corona de laurel en la cabeza y la toga tachonada de estrellas encima de una túnica bordada en púrpura. Al lado de cada tetrarca un esclavo, en el carro, le sostenía sobre la cabeza una corona de oro. Los emperadores estaban inmóviles como estatuas, con la mirada clavada en el frente, aparentemente imperturbables ante el alborozo de la multitud que los rodeaba. Debían parecer dioses a ojos del vulgo, o por lo menos una derivación del poder divino que le había permitido a Roma llegar a cimas inimaginables para Rómulo y los primeros reyes que la fundaron y forjaron.

Diocleciano había desatado su ofensiva y Constantino se dio cuenta al ver todo el apoyo que se estaba granjeando con aquella puesta en escena; la gente lo adoraba, cantaba su nombre más que el de los demás tetrarcas. Era el restaurador, al igual que Augusto tres siglos antes. Mientras atacaba a los cristianos, considerados una seria amenaza para todos los valores que intentaba recuperar en su pureza originaria, exhibía al mismo tiempo frente al mundo toda la potencia de la que el imperio era capaz gracias al respeto por los dioses y por la tradición.

No obstante, Constantino seguía convencido de que no habían sido los dioses los que habían forjado el destino de los hombres, sino los propios hombres. Fuese cual fuese el dios que hubieran decidido adorar.

–Esta reunión no está autorizada. ¿Quién es el responsable? –declaró Sexto Martiniano irrumpiendo, a la cabeza del escuadrón de

pretorianos, en la *domus* que le había indicado el funcionario de la corte. El obispo Marcelino, un anciano con barba y una larga sotana con casullas, dio un paso al frente, esforzándose por demostrar una actitud orgullosa. Pero Sexto tenía ya suficiente experiencia, sobre todo en la batalla, para entender que solo estaba intentando esconder su miedo.

–Si buscas a alguien que pueda representar a estas personas que ves aquí presentes, ese soy yo, tribuno –dijo el prelado con voz temblorosa. Sexto no podía decir si era por el miedo o por la edad.

El tribuno echó un largo vistazo a su alrededor. En el atrio había al menos una decena de personas vestidas solo con túnica cerca del impluvio, otras tantas detrás de ellas, y tres sacerdotes con frascos en la mano junto a un altar, sobre cuya superficie había apoyados una cruz y un par de libros; probablemente los que habían ido a incautar. Le sorprendió la relativa calma que reinaba entre aquellos cristianos; creía que su irrupción provocaría pánico, pero se agarraban unos a otros y lo miraban, manteniendo un porte más que respetable, aunque la mayoría estaban visiblemente preocupados.

Respiró profundamente aliviado cuando constató que Minervina no se encontraba entre ellos.

La mujer sabía que debía bautizarse en esos días, pero ignoraba cuándo tendría lugar. O tal vez, simplemente, no quería decírselo.

–Estáis violando el edicto imperial que prohíbe la celebración de estos ritos basados en estos textos profanos –dijo dirigiéndose a todos los presentes y señalando los volúmenes apoyados en el altar–. Tú, anciano, ¿eres el responsable? –le preguntó al obispo.

–Me llamo Marcelino, tribuno, y respondo por todos por lo que consideras una violación de la ley –respondió firme el hombre.

–Pues bien, entonces serás quien me entregue esos libros que consideras sagrados. Y después quemaréis incienso en honor de los emperadores delante de mí.

El prelado dudó, luego respondió:

–Para nosotros estos libros tienen un valor inmenso. Los Evangelios son la palabra de Dios. No te los entregaré. Pero si quieres un gesto formal de respeto hacia los emperadores, quemaremos incienso para demostrar que no somos traidores.

–No es suficiente. Esos libros envenenan las mentes de los ciudadanos romanos y deben ser quemados. Por tanto, entrégame no solo los que veo, sino también los que guardáis escondidos –insistió. Los soldados dieron énfasis a sus palabras golpeando el extremo posterior de sus lanzas contra el suelo.

Los cristianos apenas se sobresaltaron. Y aquello le dio más valor a su obispo.

–No lo haremos. Puedes usar la fuerza para llevarte lo que ves, pero

por lo demás, no puedes hacer nada, tribuno.

Al oír sus palabras, todos los cristianos se colocaron alrededor del altar, creando una cortina defensiva que hizo sonreír a Sexto.

–Pero puedo hacer mucho –respondió–. Con los cuatro emperadores en la ciudad, que necesitan todo el apoyo y el favor posible de los dioses, estoy autorizado para ir más allá de los límites que establece el edicto. Tú, Marcelino, vendrás conmigo a la cárcel Mamertina y serás sometido enseguida a tortura, mientras mis soldados se quedan aquí reteniendo como rehenes a tus correligionarios. Si tú no hablas, volveré a sacar a uno de tus ayudantes y, a continuación, a uno de los presentes, hasta que alguien me diga lo que quiero saber.

Al fin vio al anciano temblar. Sin embargo, Marcelino suspiró, cerró los ojos y negó con la cabeza:

–Si el Señor quiere que nos sacrifiquemos en su nombre, estaré más que preparado, es mi misión.

Sexto suspiró.

–Pero bueno, ¿de qué te servirá? ¡Alguien hablará y de todos modos perderéis estos libros! ¡Para los dioses solo son palabras y pergaminos! No quiero recurrir a la fuerza bruta, maldita sea, pero si no lo hago yo lo hará otro, y será mucho más violento que yo. Podría incluso mataros y no sucedería nada. ¡No malgastéis vuestras vidas por unos libros!

El anciano pensó un instante. Uno de sus ayudantes se le acercó y le susurró algo al oído. Marcelino volvió a negar con la cabeza.

–¡Eusebio no querría eso y tendría razón! –dijo a continuación en voz más alta.

–Eusebio no está aquí y el obispo eres tú. Sé que serías martirizado, y yo también… ¿pero ellos? –dijo su ayudante, señalando a los demás cristianos–. ¿Tenemos derecho para decidir sobre sus vidas? Ellos creen en Dios, pero no han consagrado sus vidas a él, como nosotros.

«Este sí es un hombre razonable», pensó Sexto. Una lástima que fuese cristiano.

–Pero en tiempos de Decio, nuestros correligionarios no flaquearon… –continuó protestando Marcelino. Pero podía verse que vacilaba.

–Los tiempos han cambiado. Este ahora es un imperio más estable, en el que vale la pena vivir –insistió su ayudante.

–Pero yo soy el obispo. El sucesor de Pedro…

–Exacto. Tienes el deber de proteger a tu rebaño. Y, además, sabes bien que Pedro también se batió en retirada cuando fue necesario. De lo contrario, no habría podido continuar su apostolado.

«Este tipo sabe ser realmente persuasivo», pensó Sexto. Algunos de los cristianos presentes asintieron, pero otros hicieron un mohín de desprecio. Fuera lo que fuere que decidiera el obispo, después

discutirían entre ellos. Aquella gente nunca se ponía de acuerdo en nada.

–De acuerdo entonces. Pero que quede claro que lo hago por ellos –dijo Marcelino, señalando a sus fieles.

Pero uno de ellos gritó:

–¡Por mí no lo haces, cobarde! Si yo fuera el obispo, me sacrificaría y punto, ¡porque ese sería mi deber!

Otro trató de callarlo tapándole la boca con la mano y otras personas le reprocharon su pronto.

–Hazlo tú–dijo al final Marcelino desolado, pidiéndole a su ayudante que hiciera la entrega. Se acercó al altar y, mientras los fieles se apartaban, cogió los libros y se los entregó a uno de los soldados de Sexto.

Luego se acercó al tribuno.

–Me llamo Melquiades –le dijo–. Ven conmigo

Sexto lo acompañó hasta el *tablinum*, donde el sacerdote fue hasta un aparador, el cual abrió y le mostró los numerosos volúmenes que guardaban allí.

–Estos son todos los libros que puedes encontrar aquí, tribuno –dijo–. Y como yo no quiero problemas con el Estado y me considero un ciudadano romano a todos los efectos, incluso siendo profundamente cristiano, quiero ayudarte y revelarte otro sitio donde encontrarás textos sagrados y una ceremonia que está teniendo lugar igual a la que has interrumpido. Ve ahora mismo a la *domus* de Manio Quintilio, en el Aventino, y los pillarás en el acto. Estoy seguro de que se mostrarán tan razonables como nosotros.

A Sexto le sorprendió la actitud colaborativa del religioso. Siempre había pensado que los cristianos eran unos ineptos e intolerantes.

–La… ceremonia que he interrumpido… es un bautismo, ¿verdad? –preguntó. Cuando su interlocutor se lo confirmó moviendo la cabeza, le dio un vuelco el estómago; todavía existía la desagradable posibilidad de que sorprendiese también a Minervina.

Y esperaba que allí fueran de veras igual de razonables.

El teatro, la curia y el pórtico de Pompeyo Magno… Constantino no podía sentirse parte de la comitiva con la que desfilaba. Estaba completamente abrumado por los recuerdos que evocaban los monumentos que le rodeaban. Observó el complejo de edificios construidos en nombre del gran rival de César, el tantas veces vencedor que realizó en cuatro ocasiones su mismo recorrido; vio aparecer la curia donde mataron a Julio César, la casa y los jardines donde se alojaba Marco Antonio, con el magnífico pórtico que demarcaba la zona hasta las gradas del teatro. Siempre había soñado con visitar el histórico conjunto y se propuso hacerlo en los siguientes días.

Ahora, allí a donde dirigiera la mirada, además de la gente cada vez más numerosa, veía testimonios de un ilustre pasado. Al otro lado de la calle le señalaron el templo de Marte, poco después vio el teatro de Balbo, pero quedó estupefacto con el pórtico de Octavia: en medio de sus columnas pudo contar al menos dos templos y algunas estatuas de bronce que sabía que habían sido realizadas por Lisipo, el gran escultor de Alejandro Magno, sobre las hazañas del gran rey macedonio. Se asombró de que estuviese todo aún en excelentes condiciones. Un oficial le dijo que las habían restaurado varias veces, siendo la última hacía menos de un siglo a cargo del emperador Septimio Severo.

Ante él se alzaba el inminente perfil del Capitolio, meta final de la procesión, sobre el cual se recortaba el tejado del templo de Júpiter. A sus pies se maravilló al ver un anfiteatro que creyó que era el Coliseo, antes de que le explicaran que se trataba del teatro de Marcelo. Tuvo escalofríos al imaginar que Augusto le dedicó aquel edificio al sobrino elegido como heredero del imperio que murió muy joven. Fue entonces cuando se percató de que había llegado a la altura de la célebre isla en mitad del Tíber. Lo invadió la emoción de encontrarse en el centro del mundo, y por un momento se abandonó al sueño de ser en el futuro él mismo *el* centro del mundo.

Atravesó los foros un tanto aturdido. Reconoció en una estatua a su padre, Constancio Cloro, al lado de las de los otros tres tetrarcas, dominados por una efigie aún más grande de Júpiter. Ahora había gente hasta donde alcanzaba la vista que producía un ensordecedor clamor. Los templos y las basílicas abundaban, y dejó de prestarles atención a los comentarios de los más conocedores, presionados continuamente por preguntas sobre la identidad, la función y la historia de los monumentos y de las estructuras que los adornaban. Solo podía pensar en que un día sería el dueño de todo lo que veía, o que moriría intentando serlo.

No podía concebir nada menos para él. Jamás toleraría compartir el imperio con otros, como hacía Diocleciano. Augusto, a fin de cuentas, se negó a compartirlo con Marco Antonio, y así levantó la fortuna del imperio. Anhelaba convertirse en césar y luego augusto, pero no se detendría hasta convertirse en único emperador. Era la única manera de garantizar la supervivencia de Roma, demasiado tiempo desgarrada por guerras civiles por pensar que podía seguir siendo estable con más de un soberano capaz de tener opinión. Si la tetrarquía había funcionado hasta entonces, se debía únicamente al enorme prestigio de Diocleciano en comparación con los colaboradores que había escogido. Pero en cuanto saliera de escena, solo los estúpidos podían pensar que le sobreviviría aquel tortuoso sistema.

Se detuvieron justo debajo del arco que el Senado acababa de erigir

en honor de Diocleciano por su triunfo. El sonido de las trompetas se mezcló con los gritos de aclamación de la muchedumbre, que anunciaban el ascenso al Capitolio de los dos augustos para el sacrificio ritual. Constantino se bajó del caballo para ir a pie a la vía Sacra, que tendría que remontar con los pocos elegidos autorizados a seguir a los emperadores. Delante de él se había apiñado la larga fila de carros que habían exhibido las representaciones de las victorias de los tetrarcas. Un mapa geográfico en un panel enorme mostraba las conquistas realizadas por el colegio imperial durante los veinte años de Diocleciano en el poder. Los guardaespaldas lo protegieron del gentío mientras pasaba junto a un cartel en el que Constantino reconoció el harén de Narsés y la ciudad de Ctesifonte. Luego se encontró bajo otro cartel que narraba las victorias de su padre contra los alamanes en el Rin, y se preguntó qué imágenes ilustrarían su futuro triunfo, de qué territorios y de qué pueblo.

Y cuando empezó a subir la vía Sacra, miró atrás y vio a los senadores que se quedaron a los pies de la colina, y detrás de ellos a los soldados que habían desfilado.

Ya era más importante que todos ellos. Un día estaría delante de todos.

Eusebio les hizo a los otros garantes de los bautizandos las mismas preguntas que le había hecho a Silvestre, y luego anunció que había llegado el momento del exorcismo. Juntó las manos y dijo:

–Señor Jesucristo, Verbo de Dios Padre y Señor del universo, les diste a los apóstoles el poder de expulsar a los demonios en tu nombre y de vencer cada agresión del enemigo; Dios santo, de entre todas las maravillas que has realizado, también diste la orden de espantar a los demonios; Dios fuerte, que en tu poder invencible derrotaste a Satanás como un rayo del cielo: con temor y temblor te suplico que inculques en mí tu fuerza para que, firme en la fe, pueda combatir al espíritu maligno que atormenta a esta tu criatura, tú que vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos y el mundo con el fuego. Amén.

Todos los presentes le respondieron con un «amén» unánime.

Luego se acercó a la pila bautismal, tomó agua ahuecando las manos y la dejó caer otra vez dentro, diciendo:

–Oh, Dios, para salvar a todos los hombres encerraste en la realidad del agua las señales más grandes de tu gracia. Escucha nuestra oración y dale a esta agua tu bendición, para que, en el servicio de tus misterios, sea portadora de la eficacia de tu gracia para ahuyentar a los demonios y vencer las enfermedades. Que todo aquello que sea rociado con ella sea liberado de toda influencia del Maligno; que en las casas de tus fieles no habite el espíritu del mal y se alejen todas sus trampas. Que, gracias a la invocación de tu santo nombre, tus fieles puedan salir ilesos de cada agresión del enemigo. Por Jesucristo

nuestro Señor.

Se repitió un «amén» unánime.

Los ayudantes, a la izquierda y a la derecha del sacerdote, con los aceites consagrados en la mano, indicaron a los bautizandos que se quitaran la ropa. Minervina se quitó la palia, las pulseras y el collar, luego se soltó el pelo y se quedó solamente con la túnica, como todos los demás, poniéndose en fila con las mujeres, que se reagruparon detrás de los hombres. Esperó su turno rezando para espantar todos los pensamientos que no debía tener y pidiéndole al Señor que la ayudara a resistir a las tentaciones.

Cuando le llegó el turno, se vio cara a cara con Eusebio, y este, mientras los ayudantes le indicaban que se dirigiera hacia occidente, la instó a que pronunciara la fórmula ritual.

–Renuncio a ti, oh, Satanás, y a todas tus seducciones y a todas tus obras.

Inmediatamente después, el diácono le ungió la frente con el aceite del exorcismo.

–¡Que todos los espíritus malignos se alejen de ti!

Más tarde, Eusebio la cogió de un brazo y la llevó hacia la pila bautismal. Cuando estuvieron frente a la pila, uno de los ayudantes la invitó a entrar junto a él. Eusebio se acercó a Minervina.

–¿Crees en Dios, padre omnipotente? –preguntó, poniéndole una mano sobre la cabeza.

–Creo –respondió ella, mientras el diácono le echaba un chorrito de agua en la cabeza.

–¿Crees en Jesucristo, hijo de Dios, que fue concebido del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María, que fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilatos, que fue muerto y sepultado, que al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre, que vendrá otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos?

–Creo.

–¿Crees en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia y en la resurrección de la carne?

–Creo.

A Eusebio le pasaron el aceite de acción de gracias y le ungió de nuevo la frente

–Te unjo con el aceite santo en el nombre de Jesucristo.

El ayudante la invitó a salir de la pila. El diácono oficiante se volvió a acercar a ella, murmurando una oración:

–Oh, Señor, invoco el descenso de la gracia de Dios sobre esta mujer pía para que Te sirva según Tu voluntad. –Le ungió de nuevo la frente con el aceite, haciendo la señal de la cruz, y la besó diciendo–: Que el Señor esté contigo.

Minervina respondió como le habían enseñado.

–Y con tu espíritu.

Al final, el diácono se alejó de ella y fue a dedicarse a la siguiente mujer que se bautizaba.

Minervina apenas pudo reprimir su alegría y fue casi corriendo hacia Silvestre.

–Ya estás bautizada –le dijo su amigo diácono–. Ahora estás preparada para tu primera eucaristía, hija.

Y la mujer, feliz, no podía esperar a comer y beber por fin el cuerpo y la sangre de Cristo para recibir la fuerza de voluntad que buscaba desesperadamente y así no volver a pecar.

–Cuando tronas, oh, señor de la luz, ante ti tiemblan todos los dioses del cielo, te escuchan tronar. Oh, Júpiter Óptimo Máximo, padre omnipotente, rey de todos los dioses, Latino, adivino, tronador, Fidio, festivo, hospitalario, capitolino, arcano, o cualquier otro nombre que desees, al hacerte esta ofrenda, ruego con buenas oraciones, que seas favorable a mí, al otro augusto y a los dos césares, al pueblo de Roma y de todo el imperio que hemos restablecido bajo tus auspicios. Te ofrezco estos sacrificios y sé favorable a mí en mi obra. Tú que has levantado la mole del imperio romano hasta los frontones más altos del mundo, te imploro y te invoco, en nombre de este pueblo: guarda, salva y protege este estado de prioridades, esta Paz, a estos emperadores; destina a ellos sucesores cuyos hombros puedan aguantar el dominio del mundo tan valientemente como sentimos que han sido los nuestros y complace, si son píos, los propósitos de los ciudadanos y hazlos vanidosos si son impíos. Que esta ofrenda mía te brinde consuelo.

Al terminar la oración a Júpiter, Diocleciano, con la cabeza cubierta con la toga, levantó los brazos al cielo y ofreció el cuchillo al sacerdote. Este masculló una nueva oración y dio un golpe seco en el cuello del toro medio adormecido que, sujetado por dos siervos, estaba ante el altar preparado frente a la escalinata del templo de Júpiter Capitolino. El animal se removió un poco mientras en la cabeza se le abría un profundo tajo del que brotó un río violento de sangre, y tras tambalearse unos segundos, se desplomó en el suelo con un ruido sordo. Una salva de aplausos estalló desde la parte donde estaban los cortesanos, los oficiales, los sacerdotes y los senadores que se encontraban en lo alto del Capitolio, en un espléndido escenario en el que el color rosáceo del atardecer entre las nubes servía de sombrero a los tejados de los magníficos edificios religiosos que coronaban la cumbre.

Constantino observó al padre, inmóvil y metido en su papel, esperando su turno para el sacrificio. Era el último, después del otro augusto y Galerio, todos quietos como estatuas con sus túnicas

triunfales. A sus espaldas, una fila de ayudantes para los sacrificios supervisaba una larga procesión de toros, ovejas, cabras, cerdos pintados y engalanados para ser ofrecidos a los dioses. Y al pie de la colina y por sus laderas, en las escaleras Gemonías y en los tejados de los edificios a los pies de la loma, la gente se había arremolinado a la espera del oráculo de la conclusión del rito. Desde abajo se oían gritos que aclamaban a Diocleciano, pero no a Maximiano, que, según se decía, había sido muy duro con Roma, ni a los césares, percibidos probablemente como figuras de segundo plano. Y también se escuchaban gritos contra los cristianos, señalados por algunos como enemigos del Estado y por otros como impíos.

Al parecer, la discriminación de la que eran objeto estaba empezando a causar efecto. Hasta entonces, la gente los había dejado en paz, sin considerarlos demasiado diferentes a los demás, pero ahora que el Estado los perseguía, se habían convertido de repente, a ojos de muchos, en individuos a los que condenar de forma despiadada. Oyó a alguien que reclamaba la *damnatio ad bestias*, otros querían que los quemaran vivos. Por lo que sabía, ese tipo de cosas solo se habían dado en los territorios administrados por Galerio, mientras, según decían, en la parte del imperio que pertenecía a Constancio Cloro, los cristianos podían continuar celebrando sus ritos sin ningún problema: los dos extremos de una ley que podía interpretarse a gusto de cada tetrarca. Al parecer, solo los dos augustos la estaban respetando al pie de la letra, limitándose a condenar al exilio y la destitución a quien desobedeciera.

Si él gobernara una parte del imperio, pensó, haría como su padre. Los cristianos eran una fuerza a la que adular y cultivar, a lo sumo, no a la que discriminar o, peor aún, perseguir. En lo que a él le concernía, negarse a hacer sacrificios en honor del emperador o negar la existencia de los dioses tradicionales, si ello no implicaba ningún acto concreto de rebelión, no representaba un crimen.

Dirigió de nuevo su atención a Diocleciano. El emperador, tras haber terminado su sacrificio, se acercó a Maximiano y habló con su compañero, que parecía contrariado. Al final, el augusto de Roma asintió con una mueca y acompañó al compañero ante el altar. Diocleciano levantó de nuevo los brazos al cielo y dijo:

–Oh, Júpiter Óptimo Máximo, padre omnipotente, rey de todos los dioses, Latino, adivino, tronador, Fidio, festivo, hospitalario, capitolino, arcano, o cualquier otro nombre que desees, me comprometo con todo mi ser a respetar la implantación de tu nuevo descendiente y del descendiente de Hércules, tal y como lo requiere la ley, y a abandonar junto a mi compañero, cuando llegue el momento, el poder imperial que tú me has generosamente entregado y permitido conservar, para mantener a Roma siempre a salvo de sus enemigos y

próspera como corresponde a un gran imperio.

Las palabras de Diocleciano provocaron las reacciones más diversas entre su Estado Mayor. Constantino se estremeció de la emoción: un anuncio de ese tipo estaba en el aire, pero nadie podía estar seguro de que realmente lo hubiera hecho. Vio que su padre y Galerio faltaban por un momento a su imperturbabilidad y al primero asentir con la cabeza y al segundo hacer una mueca de satisfacción, mientras los posibles candidatos al cargo de césar se miraban unos a otros desafiantes, como sancionando oficialmente el comienzo de la lucha por la sucesión. Constantino notó la mirada de Licinio, Severo y Maximino Daya y de muchos otros que creían que tenían posibilidad de éxito en aquella despiadada carrera hacia el poder.

Pero enseguida, y casi en el mismo momento, todos centraron su atención en Maximiano, al que Diocleciano observaba con seriedad, esperando sin duda que dijese las mismas palabras, aquel solemne compromiso. Maximiano vaciló de nuevo, se mordió los labios, pasó el peso del cuerpo de una pierna a la otra, manteniendo a todos en suspenso. Constantino se preguntó qué podría pasar si se hubiese negado. ¿Destitución? ¿Juicio por traición? ¿Guerra civil? ¿Colapso de la tetrarquía? Seguramente, el gobierno que había creado Diocleciano hacía aguas por algún lado: la ambición personal de los hombres con poder, que aborrece toda disciplina.

Cuando por fin Maximiano se dirigió en voz alta a Júpiter Óptimo Máximo, todos respiraron tranquilos.

Sexto Martiniano analizó la elegante *domus* a la que le había dirigido Melquiades. Todo parecía en calma. El guardia estaba frente a la entrada de su puesto y no había ninguna litera aparcada delante de la fachada. Pero, naturalmente, los cristianos debían pasar inadvertidos; la ley no decía explícitamente que sus reuniones estuvieran prohibidas, pero aquellos locos eran muy cuidadosos con no llamar la atención, pues sabían que el Estado los podía acusar aun así de reunirse sin hacer sacrificios a los dioses y a los emperadores. De acuerdo con su prefecto del pretorio, Asclepiodoto, además, mantener esas reuniones mientras los tetrarcas desfilaban por la ciudad, sin rendir por las calles de Roma el debido tributo a los soberanos, constituía una afrenta intencionada y deliberada que debía ser perseguida.

Con una señal les indicó a los suyos que le siguieran y se acercó al guardia.

–En nombre del augusto Maximiano, abre esta puerta y déjanos entrar –ordenó con voz autoritaria.

–Pero… el amo está descansando… Es mayor… y está enfermo –masculló el esclavo.

–Déjanos entrar, he dicho, o echamos la puerta abajo –reiteró con

mirada severa–. Es un escándalo que un senador no esté en el desfile… y sospechoso.

–Pero solo porque está enfermo –insistió el guardia–. De lo contrario, habría ido. Es un súbdito leal del emperador.

–Nosotros seremos quienes decidamos eso. Abre.

–Dejadme al menos que lo avise de vuestra visita.

«Pues claro, para poder esconder todos los libros», pensó el tribuno. Sexto hizo un fuerte gesto para negarse y el esclavo abrió el portón. El tribuno entró en el vestíbulo a la cabeza de los demás pretorianos. Fue al atrio y no encontró a nadie. Luego una esclava apareció en una de las puertas de entrada al resto de la casa, dejando caer el cesto de la ropa que sostenía por el susto. Sexto pensó que debían de estar reunidos en el *tablinum* y avanzó en la dirección que pensaba encontrarlo. Pero cuando irrumpió en el estudio, lo encontró vacío. Probó con el triclinio; a lo mejor habían elegido el comedor… Pero esa sala también estaba desocupada.

–¿Qué queréis? –Una mujer de mediana edad y de apariencia poco cuidada, sin maquillaje ni peinado, y solo con la túnica, fue a su encuentro con gesto arrogante–. ¿Cómo osáis irrumpir aquí? ¿No sabéis de quién es esta propiedad privada?

–Lo sabemos muy bien. Y por eso estamos aquí. ¿Dónde están celebrando la reunión?

–¿Qué reunión? –preguntó la mujer, sorprendida.

–Lo sabes muy bien. La de vosotros, cristianos.

La matrona se indignó.

–Pero ¿cómo te atreves? Nosotros no somos cristianos y aquí no encontrarás a gente de esa –respondió desdeñosa.

Sexto estaba perplejo. Normalmente los cristianos no negaban, más bien se enorgullecían de airear su pertenencia a aquella extraña religión.

–Tengo conocimiento de que aquí se está celebrando una ceremonia cristiana. Por lo que debo registrar toda la casa, señora, si no me ayudas.

–Aquí solo hay una persona que está enferma, tribuno, es decir, mi marido.

–Ya lo veremos. Discúlpame si lo compruebo. Debo rendir cuentas a gente muy importante.

–No te preocupes, mi marido también puede dirigirse a gente muy importante. *Pero muy, muy importante* –respondió la mujer, nada intimidada.

Con menos seguridad en sí mismo, Sexto les ordenó a sus hombres que inspeccionaran el resto de la casa y luego le dijo a la mujer:

–Llévame con tu marido.

–No puede recibir a nadie.

–No se trata de una visita de cortesía.

La mujer sacudió la cabeza y después le indicó con brusquedad que la siguiera. Llegaron ante una habitación con la puerta entornada donde entró la matrona. Sexto la imitó y enseguida sintió que le lloraban los ojos por el ambiente cerrado y viciado, que se caracterizaba por un fuerte olor que mezclaba el incienso con algo muy desagradable. Notó unos humos que quemaban, y no eran sin duda para hacer sacrificios por los emperadores.

–Hemos tenido que diseminar algunas esencias para atenuar el mal olor –le confirmó la mujer.

Sexto se acercó a la cama y vio la cabeza de un hombre muy anciano surgir de entre las sábanas. Junto a la cama, había una palangana y paños, uno de los cuales lo tenía el hombre en la frente. La mujer se sentó a su lado y se la quitó, dejando ver una piel enteramente manchada y en algunas partes casi inexistente.

–Se está despellejando por todo el cuerpo –explicó la matrona–. En algunas partes está prácticamente en carne viva. Y ya no controla las funciones corporales.

Sexto apartó la mirada, impresionado y avergonzado. Sin embargo, no debía dejar que aquello le influyera. Era posible que el senador, a punto de morir, quisiera conseguir la salvación predicada por los cristianos permitiéndoles celebrar sus ceremonias en su casa. Pero le pareció inútil hablar con el anciano y salió de la habitación hacia el atrio esperando recibir el informe de sus hombres. Mas no tuvo que esperar mucho; poco después, se encontraron todos en el impluvio y cada soldado le confirmó lo mismo: no había ninguna reunión, ni la inspección de la biblioteca en el *tablinum* había revelado nada prohibido. Allí fue su *optio*, que sabía leer y escribir, y no tenía ninguna duda.

–¿Habéis mirado también en los armarios?

–En todas partes, tribuno. No hay nada.

–Tal vez haya una cripta aquí abajo, en algún sitio –insistió–. A lo mejor hace tiempo esta casa servía como de reunión para el culto de Mitra y hay un mitreo que ahora usan como iglesia…

–Lo descarto, señor –dijo un soldado–. Hemos comprobado todas las vías de acceso a la casa.

Sexto estaba perplejo. Parecía claro que le habían tomado el pelo. Luego volvió a aparecer la mujer.

–¿Necesitas algo más, tribuno? ¿Cómo te llamas?

–Me… me llamo Sexto Martiniano, señora –balbuceó–. Y si me he equivocado, ruego me perdones. Solo hacía mi trabajo.

–Y lo has hecho mal. El emperador, que se preocupa mucho por la salud y la tranquilidad de mi marido, recibirá una protesta formal por esta intrusión. Puedes estar seguro.

Sexto agachó la cabeza en un gesto instintivo de deferencia y de disculpa. Y se marchó enseguida, con la impresión de haberse metido en un lío.

CAPÍTULO XVI

Constantino era muy consciente de que, tras la fachada cordial de las celebraciones del vigésimo aniversario de los augustos y de los diez años de los césares, se extendía una red de intrigas de los pretendientes a la sucesión de los emperadores. El anuncio de Diocleciano, incluso estando previsto, había desencadenado asimismo entre el pueblo, pero sobre todo en la corte, un torbellino de hipótesis sobre los posibles herederos, y la gente estudiaba la actitud de los augustos para entender a quién iría su favor. El gran banquete que ofrecieron los tetrarcas el día después del triunfo era una buena oportunidad para comprender con quién poder contar en la carrera hacia la sucesión y de qué apoyo o patronazgo disfrutaban sus rivales. Pero, sobre todo, era el momento de hablar por fin con Majencio, el único que se encontraba más o menos en su misma situación.

Constantino miró a su alrededor buscando al hijo de Maximiano. Quería hablar con él antes de que empezasen las libaciones, durante las cuales se vería atado al sitio que le asignara el protocolo. La gran terraza del palacio de los césares en el Palatino estaba abarrotada, a la espera de que llamaran al gran número de invitados para que ocuparan su lugar en el triclinio. En la zona situada debajo, mientras tanto, entre la colina y el circo Máximo, donde acababan de terminar las carreras de las cuadrigas, el pueblo se había congregado alrededor de las mesas acomodadas para la ocasión, con comida de toda clase que probablemente los plebeyos nunca volverían a comer en su vida. La calle y las laderas del monte seguían llenas de flores, festones y guirnaldas utilizadas para la glorificación del día antes, formando una alfombra multicolor de la que parecía estar cubierta toda Roma. Constantino se quedó embelesado unos instantes con el escenario que se le abría desde el Palatino: la ciudad se presentaba en toda su magnificencia y se preguntó si alguna vez tendría la posibilidad de vivir allí como soberano y embellecerla aún más, con monumentos y obras públicas en su nombre.

Pero aquello duró un momento solamente. Estaba allí por razones muy concretas que tenían que ver con su futuro, no para admirar las vistas.

–Lo que ha sucedido es un episodio de mucha gravedad.

–Soy consciente de ello, prefecto.

–No. No creo que seas consciente. Tendrías que haber estado presente en el sermón que me ha dado el emperador Maximiano hace unas horas. Jamás en mi vida me he sentido tan humillado. Y la culpa

es solo tuya.

–Lo lamento muchísimo, prefecto.

–Aún no sabes cuánto lo lamentarás.

Sexto Martiniano mantenía la cabeza agachada desde que entró en el *tablinum* del prefecto del pretorio Asclepiodoto. Al recibir la convocatoria, había temido que no fuera solo para informar sobre el servicio policial que había llevado a cabo el día de la glorificación. De algún modo, sabía que las amenazas de aquella matrona no caerían en saco roto. Y, de hecho, el prefecto lo recibió furioso y ni siquiera quiso escuchar los resultados de sus irrupciones. Desde el primer momento, lo único que parecía importarle fue el allanamiento de morada de un amigo íntimo del emperador. Incluso sin los insultos y las críticas de su comandante, Sexto ya se habría sentido lo suficientemente estúpido por haber sido tan ingenuo como para creer en la información de Melquiades sin ni siquiera comprobarla.

–¿No tienes nada que decir? –le preguntó el prefecto tras un momento de silencio cortante.

Dijera lo que dijera, no haría otra cosa que empeorar las cosas:

–No tengo excusas, prefecto –se limitó a decir.

Asclepiodoto asintió, se levantó de la silla y, con las manos detrás de la espalda, empezó a caminar por la sala. Sexto lo siguió con la mirada.

–Y pensar que eras mi mejor tribuno. Por ti y por tu brillante carrera habría puesto las manos en el fuego, pero para hacer carrera hace falta también un mínimo de sensatez política, y podría decirse que tú careces de ella–dijo con amargura.

Sexto callaba.

–Por si quieres saberlo, el emperador me ha sugerido que te eche del cuerpo de los pretorianos y te mande a las fronteras del imperio, a algún bastión remoto con una unidad de línea –continuó el prefecto.

Sexto tragó saliva y notó que se le encogía el estómago. Que lo expulsaran del cuerpo pretoriano era el colapso de un sueño… y la perspectiva de acabar lejos de Minervina insoportable. La desesperación lo invadió. Una sandez y el capricho de un viejo ofendido podían borrar de un plumazo todas las hazañas de las que había sido protagonista para mayor gloria de Roma y de sus emperadores.

El prefecto abrió un rayo de esperanza.

–Sin embargo, he tratado de hacerle entender que eres un buen militar –añadió–. Un idiota, sin duda, pero un gran soldado. Le he recordado cómo te has distinguido en el campo de batalla, animándole a considerar lo útil que puede ser un guerrero como tú en nuestro cuerpo…

Tras unos segundos de silencio, a Sexto le entraron ganas de decir:

«¿Y bien?». El corazón le latía cada vez más fuerte, sabía que en ese momento se estaba decidiendo su destino.

–Bueno, al final, ha decidido que degradarte será suficiente. Vuelves a ser un soldado raso, Sexto Martiniano –dijo Asclepiodoto–. Devuélveme ahora mismo tu equipo y ponte a las órdenes del centurión Marco Aquilio.

Sexto se llevó las manos a la cara. Ya había sido degradado en otra ocasión por culpa de Osio. Si su padre siguiera vivo aún, se habría avergonzado de él. Ahora tenía que volver a empezar de cero para devolverle a su familia el lustre que le correspondía. El prefecto lo despidió de repente y él saludó, saliendo del despacho del pretorio desolado y con talante serio. Estaba orgulloso de ser un tribuno pretoriano y no podía imaginar cómo sería su vida, de ahora en adelante, como soldado raso, recibiendo órdenes de todos a los que había mandado hasta entonces. Al menos esperaba que los compañeros de armas mostraran respeto por un hombre que les había guiado con valor y justicia.

¿Y Minervina? Mientras le quedara ella, no podía decirse que su vida estuviera destruida. Por lo menos, mirando el lado positivo, como le había enseñado a hacer ella… al tener menos responsabilidades tendría más tiempo para reconquistarla. Que Asclepiodoto hubiera podido convencer al emperador para que no lo enviara lejos de Roma fue una suerte impagable, que nunca le podría agradecer lo suficiente a su comandante.

Sí, eso era lo que debía hacer para que su existencia fuera más aceptable y buscar los estímulos adecuados para recuperar los grados perdidos. Minervina sería su prioridad. La mujer se estaba alejando, probablemente por culpa de esos malditos cristianos que también habían sido la causa de su humillación: para defender a sus correligionarios, Melquiades lo había despistado intencionadamente. Pero ahora le haría ver a su amante que su amor trascendía cualquier división religiosa y toda convención social.

Su vínculo era más sagrado que cualquier credo. Mientras estuviera ella en su vida, podía considerarse afortunado.

Constantino encontró por fin a Majencio. Estaba ocupado hablando con un senador. Decidió no perder tiempo y se acercó a los dos. El príncipe lo vio y le sonrió, pero con una desconfianza que al joven no se le escapó.

–Salve, Majencio –le dijo intentando ser lo más amable posible–. Me gustaría hablar contigo de asuntos de interés común. Estoy seguro de que tenemos muchos…

Antes de que Majencio pudiese responder, intervino el senador:

–Príncipe, permíteme presentarme. Me llamo Osio y sería un honor para mí intercambiar puntos de vista contigo.

–Estoy seguro de que no faltarán ocasiones para ello –lo cortó Constantino–. Sin embargo, ahora, el príncipe y yo tenemos cosas importantes de que hablar, por lo que, si nos disculpa… –El senador miró perplejo a Majencio, que asintió y no le quedó más remedio que apartarse.

–¿Y bien? ¿De qué quieres hablarme, gran héroe? –comenzó Majencio con evidente sarcasmo.

Constantino no tenía constancia de que el príncipe hubiese participado alguna vez en una campaña bélica; estaba claro que sufría la comparación con otro vástago de los tetrarcas que, en cambio, se había distinguido especialmente en la guerra. A ojos de los dos padres, ambos soldados experimentados, Majencio era una anomalía. Se dio cuenta de que tenía que actuar con cuidado con él.

–Supongo que tú también te estás preguntando a quién elegirán tu padre y Diocleciano para sustituir a los césares cuando se retiren…

–Conozco actividades más divertidas en las que emplear mi tiempo, pero… sí, digamos que me lo he preguntado. Y quizá se lo haya preguntado a mi padre también –replicó con cautela Majencio.

–Yo también he hablado con el mío. Pero es un césar y no sabe qué piensan los augustos –respondió Constantino.

–Creo que mi padre tampoco sabe qué tiene Diocleciano en mente al respecto –contestó Majencio–. Sabrás mejor que yo, al estar en su corte, que en realidad es él quien decide; una situación que mi padre siempre ha llevado mal. Pero le debe demasiado como para rebelarse, o simplemente para protestar o tratar de exigir lo que le corresponde por derecho, como augusto de igual rango.

–Entonces, ¿no sabes nada de posibles sucesores? –le apremió Constantino–. Eres su hijo y supongo que está planificando confiarte el cargo de césar a ti.

–Como te he dicho, está demasiado sometido a Diocleciano como para actuar con autonomía –explicó Majencio–. Diocleciano no cree que yo sea soldado, así que dudo que me tenga en cuenta. Mi padre suele apoyarlo y, al final, también él me culpa por mi falta de espíritu marcial.

–Yo espíritu marcial tengo –dijo Constantino–. Pero me temo que a mí tampoco me tendrá en cuenta; parece que no está en el espíritu de la tetrarquía que los hijos sucedan a los padres. De hecho, creo que es hasta un atenuante.

–Efectivamente. Para Diocleciano es una cuestión de principios: el imperio alcanzó su máximo esplendor cuando los hijos no sucedían a sus padres, entre Nerva y Marco Aurelio. Al revés, las dinastías solo han traído problemas.

–Personalmente, no me interesa lo que ocurrió en el pasado –comentó Constantino–. Creo que es injusto que nos excluyan de la

sucesión solo porque somos hijos de un emperador. Y no voy a aceptar que se elija a alguien de orígenes más dudosos que los míos, o que tal vez haya sido menos hábil que yo, solo porque no tiene parentesco con la casa imperial. Y tú estás en mi misma situación, por lo que deberíamos unir fuerzas.

–Yo no diría que estamos en la misma situación –concretó Majencio con arrogancia–. Yo soy hijo de un augusto, tú solo de un césar. Tendría mucho más derecho que tú al trono si cabe.

Constantino apenas reprimió su indignación.

–Pero yo tengo una reputación militar que tú no tienes –reaccionó–. Y creo que te vendría bien contar con un aliado así.

–La reputación militar la conseguiré cuando llegue el momento –especificó Majencio–. No quiero crecer como un soldado ignorante al igual que mi padre, que toda la vida no ha hecho más que pensar en luchar y ahora no tiene ni idea de cómo se gobierna.

Por algún motivo, Constantino sintió que la crítica iba dirigida también a él, pero lo dejó pasar. Necesitaba a Majencio.

–Piénsalo, amigo mío –dijo otra vez con suavidad.

–Tú ya estás en Roma, y cuando tu padre deje el trono, bastará con que te quedes donde estás; con el apoyo de los pretorianos, nadie podría moverte de aquí, ni siquiera el césar designado…

–¿Y tú cómo podrías serme útil?

–Yo iría donde estuviera mi padre en cuanto los dos augustos abdicaran y lo convencería para que te apoyara. Al hacerlo, crearía un precedente y, por su propio interés, abriría el camino a la sucesión a su hijo, es decir, a mí.

–Pero, amigo mío –le respondió Majencio con una sonrisa burlona–, cuando tu padre muera, sus otros hijos serán mayores y serán los legítimos, con la sangre de dos augustos. Siempre y cuando quiera violar las normas impuestas por Diocleciano, Constancio no tendrá en cuenta para la sucesión a un hijo bastardo.

Se produjo un momento de silencio en el que los dos príncipes se miraron el uno al otro amenazantes.

–Así que, como ves, no te necesito para nada. Es más, tu apoyo podría incluso perjudicarme… amigo mío –añadió el hijo de Maximiano.

Preciosa. Ver a una magnífica mujer en la estancia del triclinio reservada a las esposas de los nobles de Roma desvió la atención de Constantino durante la mayor parte del banquete. Se distrajo varias veces, abstrayéndose de la conversación para mirarla, sobre todo después de notar que ella le devolvía las miradas. La había pillado observándolo varias veces mientras él le daba la espalda, obligándola a bajar la mirada ruborizada en cuanto la cogía en el acto. Sus ojos azules brillaban hasta tal punto que se distinguía el color incluso de

lejos, y sus cabellos rubios estaban vívidamente iluminados, en comparación con los de todas las demás comensales. Estaba muy delgada, pero sus hombros anchos y elegantes le conferían un semblante regio. Podría ser la mujer de uno de los tetrarcas, por la majestuosidad de su figura, pero no le constaba que los emperadores tuvieran consortes tan bellas. Así, esperaba impaciente el final del almuerzo para acercarse a ella.

La mujer se percató de que Constantino se dirigía a ella y buscó cualquier punto con la mirada con tal de no cruzarla con la de él. Cuando estuvo lo bastante cerca, inmediatamente le asaltó el deseo de poseerla, sintiendo cómo se multiplicaba mil veces el impulso que había experimentado desde el momento en que la descubrió entre la multitud. Cuando veía a una mujer que estimulaba sus sentidos, solía invadirle el anhelo de poseerla, por el puro deseo de conquista o simplemente porque, como príncipe y héroe de guerra, *podía*. Y nunca se había encontrado ninguna que no se hubiera sentido halagada por sus atenciones hasta el punto de ceder a él con facilidad, incluso cuando se trataba de las mujeres de otros. No temía a las negativas porque estaba convencido de que un hombre que aspiraba al imperio y a grandes hazañas no podía tener miedo a desafíos tan triviales e inofensivos.

La actitud de la mujer, claramente turbada, le reveló que pronto sería suya. Debía de tener su misma edad, o tal vez solo algún año más.

–Sabes que eres la más bella de las mujeres presentes en esta fiesta, ¿verdad? –Lo dijo como una constatación, no como una pregunta.

Ella sonrió, cada vez más ruborizada, hasta el punto de que las mejillas se le pusieron moradas. Sus magníficos ojos centellearon un instante al encontrarse con los de él, antes de volver a bajar la mirada, y Constantino estuvo tentado de ordenarle que lo mirara para disfrutar al máximo su intensidad. Intuyó una profunda candidez en aquella mujer. Sí, sería fácil conquistarla.

–¡Y también eres la más dulce!

De nuevo, ella le lanzó una mirada fugaz.

–Y la más sensual…

Se puso más colorada aún y meneó la cabeza.

–Y diría que también la más callada –añadió irónicamente.

–Perdóname, príncipe… Es que no estoy acostumbrada a que un extraño me llene de halagos.

–Entonces, me conoces.

–¿Quién no conoce a Constantino, el hijo del césar Constancio Cloro, el héroe de la campaña persa? Ayer todo el mundo pudo admirarte en el desfile triunfal.

–Bien. Así que conoces mi nombre, pero yo no conozco el tuyo…

–Me llamo Minervina.

Tenía una voz divertida. Era agradable escucharla.

–Bueno, visto que te supone un problema recibir halagos de un extraño, y yo no tengo intención de parar, vamos a asegurarnos de que no soy un extraño, ¿no?

–¿Y cómo piensas hacerlo?

–Conociéndonos mejor, naturalmente. La fiesta casi ha acabado. ¿Nos vamos a donde me alojo?

Ella se puso tensa.

–Pero ni siquiera me has preguntado si estoy casada… –protestó, aunque levemente.

Y tampoco estaba indignada.

–Para mí es irrelevante. Dentro de unos días probablemente tendré que irme y no me perdonaría no haber pasado todo el tiempo posible con una criatura encantadora como tú. Estoy seguro de que sería el recuerdo más hermoso que me llevaría de Roma, más aún que la victoria en la que he participado.

–Pero *estoy* casada. –Lo dijo con malestar. Por lo tanto, podía ser irrelevante también para ella.

–Eso te impediría casarte conmigo, no verme durante unos días, si realmente quieres –la apremió.

–Y también soy cristiana. No me da vergüenza decírtelo. La familia imperial despreciáis a los cristianos…

–Yo no los desprecio en modo alguno. Es más, veo en ellos una fuerza interior que es de admirar, y que podría beneficiarle al imperio. Si por mí fuera, no los discriminaría. Y es bien sabido que mi padre es muy tolerante con ellos –quiso precisar, seguro de que sería el argumento decisivo.

El hermoso rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa franca y sincera.

Sí, en efecto, era el argumento decisivo.

A Osio le hubiera gustado ir a donde estaba su mujer. Sobre todo, desde que vio que Constantino había encontrado con ella el tiempo y las ganas de hablar que no había tenido con él. Pensó que Minervina se sentía visiblemente atraída por él y, aunque no le gustase tener que constatar una vez más su coquetería, por lo menos, pensó, significaba que sus atenciones a Martiniano estaban menguando; el trabajo de descrédito que había orquestado contra él estaba dando resultado y no dudó de que pronto la vida del hombre que aspiraba a matarlo sería destruida.

Se deshizo de dos cortesanos y se dirigió hacia la pareja. Ahora Constantino no tendría excusas para librarse de sus propuestas. Pero justo en ese momento, Majencio se acercó a él.

–Parece que has hecho un buen trabajo en estos últimos días y sobre

todo ayer, Osio –le dijo.

El hijo del augusto no era alguien que pudiera permitirse quitarse de encima. Osio se resignó a hablar con él, mientras le lanzaba una mirada desconsolada a la mujer y a su descarado pretendiente.

–Eres magnánimo, como siempre, príncipe. Espero que también tu padre, el augusto, haya valorado mis recomendaciones.

–Sí, esta mañana ha querido ir al depósito donde se han almacenado todos los libros que hemos confiscado gracias a tus infiltrados entre los cristianos y se ha divertido personalmente metiéndoles fuego. No obstante…

–¿No obstante, mi señor?

–No obstante, no todas las indicaciones de tus hombres han resultado ser ciertas. Ayer entraron en la casa de un senador al que sin duda no se le puede llamar cristiano y que siempre ha apoyado a mi padre en el Senado a capa y espada.

Osio sabía que se lo reprocharía.

–Un episodio desagradable y lo lamento, príncipe. Pero creo que fue una iniciativa personal del tribuno responsable de la operación. Mis fuentes jamás han pronunciado el nombre de Manio Quintilio. Las indicaciones que le di al prefecto, y se lo puedes preguntar a él, no lo incluían.

Majencio se echó a reír.

–¡Déjalo! Sin duda, el tribuno será castigado, pero solo para contentar al senador. ¡En realidad, mi padre disfrutó al conocer la humillación de ese escurridizo viejo de actitud servil!

Osio suspiró aliviado. Sabía que el emperador apenas aguantaba al senador, a pesar de que fuese uno de sus partidarios, y había calculado el riesgo. Melquiades había hecho su trabajo de manera convincente; era un hombre con el que podía contar. Pero no pudo evitar notar cómo, una vez más, Maximiano y Majencio disfrutaban con las humillaciones que les infligían a los demás. Claro que sí, se lo haría pagar…

–Me alegro de que mis esfuerzos le hayan sido útiles al Estado. Y que hayan satisfecho a mi emperador y a mi príncipe, a los que dedico mi más absoluta e incondicional lealtad y entrega –se sintió obligado a decir.

Majencio le clavó una mirada penetrante.

–Eres un buen bribón, senador. Yo no me fío de ti, pero mi padre cree que tu oportunismo puede representar una ventaja para él. Y el emperador es él, por suerte para ti…

Osio prefirió callar. Maximiano era un soldado tosco e ignorante, más a gusto en los campos de batalla que en una corte, y resultaba fácil manipularlo. Pero Majencio, si bien haragán y cobarde, no era para nada estúpido, y estaba pendiente de él. Llevarle la contraria

significaría caer en desgracia con el padre, en quien el joven tenía indudablemente una clara influencia política.

–Te demostraré que estás equivocado, príncipe, y me ganaré tu confianza –declaró solemne, pensando entretanto en cómo ganarse la de Constantino, que le interesaba mucho más.

Majencio se marchó con una mueca de suficiencia y lo dejó por fin solo. Osio dirigió de nuevo la mirada hacia Constantino y Minervina, pero ya no los veía. Los buscó con empeño y también recorrió toda la sala escabulléndose entre la gente, que todavía se estaba levantando de los triclinios. No los vio por ningún lado. La furia empezó a hervir en su interior. Miró fuera, en la terraza, e intentó salir. Ya se había hecho casi de noche y el sol flotaba rojizo en el horizonte, dibujando las siluetas oscuras de las colinas y de los edificios frente al Palatino. Al final encontró a los dos conversando apoyados en la balaustrada que se asomaba al valle del circo Máximo. Trató de entender qué sucedía entre ellos, pero no le pareció que hicieran nada distinto a las numerosas personas que hablaban mientras observaban el paisaje sobre la baranda no lejos de ellos.

–¡Príncipe! Veo que mi esposa te está entreteniendo con su agradable conversación –comenzó al tiempo que se acercaba a ellos–. Y eso es lo que debe hacer una buena mujer: abrirle el camino a su marido, que ahora la sustituirá.

Constantino lo miró sorprendido.

–¿Eres su marido? Osio… ¿verdad?

–Veo que tienes buena memoria, príncipe. Ahora que has hablado con una bella señora, estarás más dispuesto a escuchar mis palabras.

Constantino sonrió sin alegría.

–Estaré más dispuesto mañana, senador. Creo que ha llegado la hora de que me vaya –respondió–. Ven a última hora de la mañana a casa y por supuesto que hablaremos. Me despido de ti y de tu encantadora mujer y voy a visitar a mi madre, a la que aún no he visto desde que llegué.

Le dedicó una amplia sonrisa a Minervina y se marchó, dejando a Osio de piedra. El senador miró serio a la mujer, que bajó la mirada, avergonzada.

Al parecer, acababa de destruir a un amante únicamente para dejarla en las manos de otro mucho más peligroso.

CAPÍTULO XVII

Minervina le echó un último vistazo al mensaje de Sexto Martiniano, luego rompió el pergamino y lo tiró con ostentosa indiferencia. Por él no se sentía culpable por lo que estaba a punto de hacer. Se lo recordó a sí misma más de una vez para convencerse definitivamente. No, debía sentirse culpable por Osio, que siempre había sido bueno y tolerante con ella, pero sobre todo con Dios, cuyos preceptos estaba violando una vez más pese a que había sido colmada con su gracia.

Se volvió a mirar al espejo para ver si su doncella le había hecho justicia, quedó satisfecha con lo que vio y, por último, salió de casa. Subió al carruaje y, en cuanto el medio se puso en movimiento, empezó a recordar las veces que se había preparado para ir a ver a Sexto, con el mismo temor con la que ahora abordaba su nueva aventura. Volvió a recordar las tristes palabras que acababa de leer, la desesperación que reflejaban sus pocas líneas pautadas del que creía que era el amor de su vida y ahora sentía tan lejos. Del pretoriano ya la separaban la intolerancia que Sexto mostraba contra su sensibilidad religiosa, su conducta inmoral y, sobre todo, descubrir que no había sido la única para él. Y se sorprendió por no conmoverse al enterarse de que había sido degradado y se había arriesgado a castigos mucho peores por sus errores. A fin de cuentas, se lo merecía, continuó pensando mientras se dirigía hacia la vivienda de Constantino.

Después de acordar el encuentro con el príncipe, pasó la noche anterior intentando entender cómo podían reconciliarse sus imparables impulsos con el mensaje del Señor. Sexto le había dicho muchas veces que en ella se daba una capacidad emocional y sexual que no podía ser contenida, que de un modo u otro debía explotar y que, una vez descubierta, siempre la condicionaría. Tal vez era así. Después de todo, Sexto la conocía y la había comprendido mejor que cualquier otro, haciendo que tomara conciencia de lo que ni ella imaginaba tener; y se sorprendió por cómo había podido pasar sin eso hasta entonces. Parecía una parte tan determinante de su carácter, de su personalidad, de su naturaleza, que parecía que ya no podía hallar su equilibrio si no era liberándola. Era como una bestia interior que la devoraba si no le permitía apaciguarse con la pasión que surgía cuando se veía con su amante.

Sin embargo, estaba a punto de descubrir si Sexto era el único hombre del mundo capaz de hacer que se sintiera así.

Había decidido aceptar la propuesta de Constantino porque él también había desatado un tumulto interior que, como entendió

enseguida, no podría detener por sí sola. La había mirado de una manera que la turbaba, se había sentido como una reina hablando con él. Y en ella se desencadenó enseguida un deseo irrefrenable de tener más que simples palabras y meras miradas. El deseo de sentirse amada, el cual Sexto ya no podía satisfacer, se había derramado en un momento sobre él. Al igual que el pretoriano, también aquel hombre desprendía sensualidad y le daba seguridad. Debería decidir preguntarle a Silvestre cómo podían conciliarse aquellos impulsos con la sensibilidad cristiana.

Tal vez, dedicándose aún más a la caridad y a la oración, podría compensar su innata lujuria, y el Señor la perdonaría. No podía dominar los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza, alimentando sus fantasías más salvajes. A veces deseaba no haber conocido nunca a Sexto, quien había sacado su lado oscuro. Pero, asimismo, como en ese momento, estaba contenta por haber encontrado la llave que le había abierto las puertas del placer de par en par. Por mucho que se culpase por su lujuria, no podía considerarla un pecado capital como lo entendía la Iglesia. No mataba a nadie, no le hacía daño a nadie –excepto, quizá, a Osio, que de todos modos no podía sentir lo que sentían ella y Martiniano– y, a cambio, mantenía su equilibrio, ya minado al descubrir que tenía una necesidad imperiosa de satisfacer su cuerpo. Cuando llegó a la entrada de la vivienda de Constantino, no dudó en llamar, como había hecho la primera vez con Sexto. Un esclavo la condujo hasta el vestíbulo, luego la guio por el atrio y le indicó que entrara en una habitación que tenía la puerta entreabierta. Empujó un poco la puerta y vio a Constantino tumbado en la cama. Llevaba solamente la ropa interior y la mostraba como si ya estuviera listo para satisfacer sus deseos que ambos expresaban. Le sonrió mirándola a los ojos y luego le recorrió todo el cuerpo con la mirada, haciendo que se sintiera como si la desnudara. Entendió que era lo que quería el príncipe y se asombró al no sentir vergüenza de hacerlo. Antes incluso de acercarse a la cama, se quitó la estola, que dejó caer pretenciosamente al suelo, luego la túnica, quedándose ella también en ropa interior y banda para el pecho. Constantino fijó la mirada otra vez en las dos prendas. Era una orden que ella deseó cumplir. Encantada de complacerlo, se las quitó una a una. Constantino la observó y pareció que le gustaba mucho lo que veía. Luego el hombre se miró el perizoma. Aquello también era una orden.

Minervina se acercó al fin a la cama, se arrodilló a su lado y se lo quitó.

Luego Constantino no volvió a tener que darle órdenes mudas. Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Estaba allí para eso. Para ser su ramera.

Quería ser su ramera.
Y al cabo de un momento supo que sería precioso también con él.

Constantino sintió una gran vergüenza cuando la litera se detuvo frente a la casa de su madre. Desde que había llegado a Roma solo fue a verla una vez: el día después de la glorificación. Después no tuvo mucho tiempo, a pesar de que le había prometido que la visitaría con frecuencia. Y ahora que iba a marcharse, volvía solo para despedirse, sin saber cuándo volvería a verla; tal vez nunca más. Pero la verdad era que había pasado todo su tiempo libre con Minervina, ¡cielos, aquella era una mujer capaz de hacer que un hombre se relajara! La amante ideal, una lástima tener que dejarla. Si no estuviera casada, se la habría llevado y la habría convertido en su concubina.

Estaba seguro de que el padre tampoco había ido a ver a Elena. Constancio se encontraba en Roma con su mujer e hijos y no habría sido adecuado, ni aunque tuviera ganas, y Constantino no sabía si tenía alguna. Pero, por otra parte, no conocía lo suficiente a su padre para valorar sus sentimientos.

Fue a abrirle la propia Elena, una señal clara de que debía estar ardiendo en deseos de recibir su visita desde que, el día antes, el hijo le mandó el mensaje para avisarla. La observó sonriéndole e hizo un gesto de gratitud hacia ella por haberlo traído al mundo antes de que el padre la abandonase por razones de Estado. Seguía siendo una hermosa mujer a pesar de la edad y se preguntó si tendría amantes; ya era una matrona adinerada que podía permitirse también a jóvenes, y su conocida y antigua relación con un tetrarca la convertía en un buen partido como mujer o compañera para senadores u hombres bien situados. No era culta ni educada, era cierto, pero ¿a quién le importaba, si los propios emperadores eran soldados toscos y casi analfabetos?

–Hijo mío, es verdad que tienes porte real. No has salido a tu madre… –lo recibió Elena, abrazándole antes de que cruzase el umbral.

–¡No digas tonterías! –contestó el joven–. Para nada quedarías mal al lado de mi padre, como emperatriz. De hecho, quedarías mejor que esa Teodora, que no hace más que parir un hijo detrás de otro.

–Ah, pues tú estate atento a que ninguno de ellos te birle los cargos que te pertenecen como primogénito… A lo mejor no eres emperador, pero estoy seguro de que serás uno de los mayores generales del imperio –le dijo mientras lo guiaba hasta el atrio.

–Yo espero ser emperador, madre –indicó Constantino–. No me conformaría con menos. Y como emperador, también seré un gran general.

–Como general podrías convertirte en emperador solo mediante una guerra civil.

–Si es necesario… –Constantino abrió los brazos.

–¿No se ha filtrado nada? –preguntó nerviosa Elena.

–Nada. Diocleciano solo ha anunciado que los augustos dejarán el poder. Cuándo, no se sabe.

–Bueno… en cuanto a dejar el poder es más fácil decirlo que hacerlo. Quien lo tiene se aferra a él, incluso cuando se ha comprometido a dejarlo. Lo hizo Sila, y que yo recuerde, es el único en nuestra historia. César dijo que había sido un loco y que él no lo haría nunca. Y por eso lo mataron, para obligarlo a renunciar… –Una voz masculina lo recibió en el *tablinum*, a donde lo llevó Elena. Constantino examinó al invitado de su madre y su rostro le resultó familiar. Pero no podía recordar dónde lo había visto.

–Seguro que recuerdas al senador Osio, un buen amigo mío –dijo Elena, y Constantino recordó haberlo visto en la fiesta de la glorificación. Era el marido de Minervina.

–Claro que me acuerdo. Te pido disculpas por no haber podido recibirte en estas últimas semanas. He estado muy ocupado, ya sabes, con los cuatro emperadores aquí, he tenido que asistir a muchas ceremonias… –dijo para justificarse por no haber estado disponible cada vez que el senador les había pedido una audiencia a sus secretarios. En realidad, había elegido de forma deliberada pasar todo su tiempo libre con Minervina, negándose a ver a todos los solicitantes, incluso de alto linaje, que querían reunirse para congraciarse con él, por si se convertía en césar, o solo para que intercediera ante el padre respecto a sus asuntos personales. No había duda de que Osio era uno de ellos y le molestó encontrárselo incluso en casa de la madre.

–Yo también te pido disculpas por aprovecharme de mi buena amiga Elena para verte antes de que abandones Roma –se apresuró a responder Osio–, pero realmente necesitaba hablar contigo, y no sé si habrá otra oportunidad de hacerlo en el futuro.

Constantino miró disgustado a la madre que, por el contrario, asintió con una sonrisa. ¿Y si era algo más que una amiga para el senador? De todos modos, ya no había manera de evitar a aquel pelma. Constantino suspiró y se sentó en una de las sillas. Osio hizo lo mismo.

–Bueno, os dejaré solos para que habléis. Nos vemos luego, hijo mío –dijo Elena saliendo de la habitación.

–Espero que lo que me quieres decir valga el tiempo que le quito a mi madre para despedirme como se merece –comenzó diciendo Constantino, sin esforzarse por hacer que su interlocutor se sintiera cómodo.

Pero Osio no se descompuso y respondió:

–Tienes razón, príncipe, no debería robarle el tiempo a un hijo y a

una madre que se despiden. Pero Elena se preocupa por ti sin medida, y sabe que lo que te quiero proponer es también por tu bien. Así que se ha prestado con gusto a organizar este encuentro.

Una vez más, Constantino se preguntó por la naturaleza de la relación entre el senador y su madre y le preguntó:

–¿Ella sabe lo que me quieres proponer?

–A grandes rasgos –admitió Osio–. Y está encantada. Está convencida, al igual que yo, de que la iglesia cristiana es el futuro del imperio, y que esta persecución es solo un capítulo del que saldrá hasta reforzada. Y también ella, como yo, piensa que tú le puedes sacar provecho para tu carrera.

–¿Eres cristiano? ¿Y ella? –le apremió Constantino.

–La verdad es que no –explicó Osio–. Los dos simpatizamos, pero en estos tiempos es mejor no exponerse demasiado. Digamos que, si quisiera hacerse cristiana, yo le he aconsejado que se espere. Me limito a ver en los cristianos un fuerte potencial que podría darle cohesión al imperio. Y un emperador, o un aspirante a emperador, que, pasada la tormenta, es lo bastante sensato para favorecerlos, podría contar con su vasta estructura organizativa, con su solidaridad y su apoyo. Lo que lo convertiría en un personaje más poderoso de lo que lo han sido los últimos soberanos. Y haría más sólidas las aspiraciones de un pretendiente al trono…

Constantino se sorprendió de que otro romano hubiese tenido sus mismas intuiciones. Sí, los cristianos eran una fuerza que valorar y explotar; lo pensaba desde el momento en que admiró su determinación en la campaña persa. De repente, para él, Osio adquirió un gran interés.

–A ver, explícame tu plan –dijo poniendo atención en no manifestar demasiado entusiasmo; no pretendía hacerle la vida fácil, al menos no hasta que Osio apoyara la idea que se le acababa de ocurrir en ese momento.

Osio seguía profundamente alterado por la contrapropuesta de Constantino cuando volvió a casa. Debería sentirse aliviado, hasta contento, por la oportunidad que le había ofrecido: había encontrado de un plumazo a la persona en la que apoyarse para llevar a cabo su estrategia, al módico precio de librarse de lo que, en realidad, hacía ya tiempo que había perdido. O que tal vez nunca había tenido de verdad.

Pero no se sentía feliz.

Aun así, tenía que hacerlo. Si Minervina lo amara, a lo mejor se habría opuesto a Constantino. Sí, por ella, para tener su amor, renunciaría a colmar sus ambiciones. Pero ella no lo amaba; solo lo consideraba un fantasma del padre que perdió demasiado pronto. Lo quería y lo consideraba una buena persona, cierto, y esto para Osio ya

hubiera sido bastante si no se hubieran entrometido otros hombres. Pero no era suficiente para que renunciara a aquello por lo que había luchado toda su vida.

Sin embargo, cuando entró en el triclinio interrumpiendo su cena para hablar con ella, al observar su rostro, que se abría en una dulce, tierna y cálida sonrisa, esperó que ella rechazase aquella oportunidad para quedarse junto a él.

–Querida mía, ¿cómo estás? –le preguntó sentándose en el triclinio frente al suyo.

–Estoy bien, querido. Y no dejaré nunca de agradecerle al Señor que me haya dado un marido tan paciente y comprensivo –respondió ella.

Ambos sabían a lo que se refería. Era una pantomima que continuaba desde que empezó la relación de Minervina con Constantino. Él sabía muy bien lo que hacía y a dónde iba cuando se ausentaba, aparte de los pretextos formales que la mujer se inventaba para salvar las apariencias, y ella sabía que él lo sabía. Era una especie de acuerdo tácito que se había establecido solo porque los dos lo consideraban temporal; la estancia de Constantino en la ciudad terminaría pronto y todo volvería a ser como antes. Para Osio incluso mucho mejor que antes, ya que había dejado a Sexto fuera de juego.

Pero había llegado el momento de interrumpir la farsa.

–Estás bien también porque ahora estás feliz con él –dijo Osio. Minervina se quedó consternada, casi indignada, e hizo ademán de hablar, pero el marido, con un movimiento de mano, la invitó a dejarlo continuar–. Sí, sé muy bien que te hace feliz. Solo hay que verte para entenderlo. Se te había apagado un poco el rostro en los últimos meses, habías perdido esa luz que hace que también brillen las personas que te rodean. Pero, al parecer, has encontrado a alguien que puede encenderla de nuevo, mientras que yo no he podido.

–Pero si soy feliz te lo debo a ti también –protestó ella–. Tú eres el hombre que me mantiene en el suelo cuando sopla un viento fuerte, capaz de arrastrarme y llevarme.

–Esta vez el viento te llevará, si quieres tú –le dijo.

Minervina lo miró sin comprender.

–A Constantino le importas mucho, pero eso creo que tú ya lo sabes. Lo que no sabes es que me ha pedido formalmente que te deje marchar con él.

Minervina abrió los ojos como platos.

–¿Qué ha hecho? –preguntó con voz trémula por la emoción.

–Has oído bien. Quiere llevarte con él a Nicomedia.

Tras un largo silencio, la mujer dijo con voz ahogada:

–Y tú… le has respondido como se merecía, ¿no?

–Yo… Yo te pregunto a ti qué quieres hacer, Minervina.

La mujer lo miró sorprendida.

–¿Me lo preguntas a mí? ¡Pero si eres mi marido!

–Un marido solo de nombre, y de tiempo.

Ella agachó la mirada, afligida.

–Yo… tienes que darme tiempo.

–Pero no serías feliz, ya lo he entendido –respondió él–. Extrañarías siempre la pasión que has tenido y que conmigo no puedes repetir.

–Pero él no me ha dicho nada.

–Se ve que no te quería ilusionar. Antes quería hablar conmigo, naturalmente. Es un hombre que te aprecia y no quería hacerte sufrir –le sugirió.

–Tú… estás hablando bien de un hombre que quiere aprovechar su estatus de príncipe para llevarse a tu mujer.

–Si no fuese también tu verdadero deseo, me opondría. Pero sé muy bien que en tu corazón lo es. Yo estoy muy vinculado a ti, Minervina, y quiero que seas feliz. Si eso implica que tú lo seas con otro hombre en vez de conmigo, lo acepto sin turbación –dijo con solemnidad. No había necesidad de contarle los beneficios que obtendría de aquello y del acuerdo al que llegaría con Constantino si el asunto llegaba a buen puerto.

De los ojos de Minervina empezaron a brotar lágrimas que hicieron que le brillara el rostro.

–Lo que haces es un gesto de una nobleza de ánimo inaudita… Pero… la iglesia cristiana no aprobaría que yo te abandonara –murmuró la mujer entre sollozos.

«La iglesia cristiana…», pensó Osio. Le preocupaba más herir la sensibilidad de sus amigos cristianos que la de su marido…

–Yo en cambio creo que los cristianos se alegrarían mucho si tú normalizaras tu posición en vez de vivir en el pecado –le respondió.

Ella lo pensó un momento y luego asintió. Por último, se levantó del sillón, se acercó a él y lo abrazó, haciendo que temblara de deseo, y le dijo:

–Eres la mejor persona que he conocido nunca, querido Osio.

Y Osio se grabó aquellas palabras en la memoria. Sabía muy bien que no se las volvería a escuchar a nadie más. Ni siquiera a Elena.

Constancio Cloro les ordenó a sus guardaespaldas que se mantuvieran alejados y se acercó a la entrada de la *domus* él solo. Sus soldados lo miraron perplejos mientras llamaba a la puerta; nunca se había visto que un emperador fuese personalmente a una casa privada, por añadidura, no de especial prestigio. Además, el césar iba de incógnito y, si no hubiera sido por la presencia de sus cuatro guardias, nadie hubiera reparado más en él de lo que reparaban los romanos en cualquier senador que se paseaba por la ciudad.

Fue a abrirle un esclavo.

–Dile a tu ama que está aquí el padre de su hijo. –El hombre abrió la

boca al máximo por la sorpresa y lo hizo entrar enseguida, pidiéndole luego que esperara en el vestíbulo. Volvió al cabo de un momento y lo acomodó en el triclinio.

Elena apareció después de un largo rato. El emperador se puso en pie, la observó en silencio y vio que se había peinado muy bien, aplicándose en la cara un maquillaje tan pesado que hacía imposible adivinar su edad.

También Elena guardó un largo silencio. Pero lo rompió diciendo:

–Te parezco muy vieja. Te lo leo en la cara.

–Si me hubiese quedado como general, me habría gustado que envejecieras a mi lado de la misma manera en que lo estás haciendo, estando siempre hermosa –le dijo. Y era sincero.

–Pero tienes una mujer joven, además de bella, ahora que eres emperador –respondió ella, cortante, mientras se sentaba.

–Pero que no me escucha y no sabe aconsejarme como hacías tú –respondió sentándose él también enfrente. Y era verdad: la había echado muchas veces de menos cuando había necesitado hablar con alguien. Nunca había estado seguro de que Teodora no le contase todo al padre, ni que fuera capaz de entenderlo en profundidad, como sabía hacer Elena; hasta el punto de no hacer ningún drama cuando la tuvo que dejar. Ni había reclamado nunca más de lo que le daba para llevar una existencia más que respetable.

–Bueno, no se puede tener todo, ¿no? –dijo la mujer.

–No, supongo que no.

De nuevo se hizo el silencio.

–¿Para qué has venido, césar? –le preguntó Elena.

–Para ti soy Constancio.

–Vale, Constancio. ¿Para qué has venido a verme? Te arriesgas a las habladurías de la gente y a levantar un escándalo en la corte. No para revivir los viejos tiempos o para un encuentro romántico, o para…

–Me muero, Elena –la interrumpió el emperador.

La mujer se quedó bloqueada. Sin desperdiciar palabras con inútiles exclamaciones, esperó más explicaciones. Le gustaba tanto también por eso, pensó Constancio admirándola.

–No sé cuánto me queda: dos, tres, cinco años… Pero de todos modos estoy condenado. En mi cuerpo se acumula líquido en las cavidades y debajo de la piel –añadió el emperador.

Si sentía lástima, o estaba desesperada, no lo mostró, limitándose a preguntar:

–¿Es de dominio público?

–Solo lo sabe mi médico personal.

–¿Y por qué vienes a decírmelo? –le apremió Elena.

–Porque no sé qué hacer.

–¿Te refieres a Constantino?

–Exactamente.
–Es un joven muy inteligente –dijo ella.
–Y muy ambicioso –convino él.
–Se merecería ser emperador. Y lo sabes.
–Tal vez. Pero es muy poco probable que Diocleciano lo elija césar. Sus férreas reglas sobre el parentesco… Y además Galerio me odia, y en este momento, él es el emperador que más influencia tiene en Diocleciano.
–Y tú no tienes intención de revelar tu enfermedad, ¿verdad?
–No. Me arriesgaría a perder peso político. Incluso podrían sustituirme ya, en vez de hacerme augusto, para garantizar la estabilidad del Estado y de la tetrarquía. Y esto también perjudicaría a Constantino, que perdería toda esperanza, también en el futuro, de ser nombrado césar.
Elena asintió, adoptando una expresión pensativa. Se levantó y empezó a caminar por la habitación reflexionando. Al final, le preguntó:
–¿Cuándo crees que los augustos dejarán el poder?
–No se puede saber. La gente cree que ya estamos todos de acuerdo y que no queremos revelarlo, pero la verdad es que Diocleciano no nos ha dicho nada, y no tenemos ni idea de cuánto tiempo piensa conservar el trono todavía.
–Entonces, si lo conservara por mucho tiempo aún, tú podrías morir antes de que él abdicara… –comentó pragmática Elena.
–Eso es.
–Y esto dejaría fuera definitivamente a Constantino, que se quedaría sin apoyos.
Constancio asintió.
–Así pues, solo podemos esperar que Diocleciano decida retirarse. Sin su abdicación no se puede hacer nada –estimó Elena.
–Naturalmente. Pero incluso con la abdicación, no tengo manera de influir en sus decisiones y ayudar a nuestro hijo.
–No necesariamente. Cuando seas augusto, tendrás mucho más poder y podrás allanarle el camino para la sucesión, si no de inmediato, en el futuro.
–Pero estará obligado a respetar las reglas establecidas por Diocleciano –explicó Constancio–. Cada uno de los tetrarcas está, por así decirlo, «controlado» por los otros tres. De hecho, por eso Constantino está en la corte de Diocleciano: para vincularme a los pactos, en caso de que quisiera apartarme. Y, además, se me agota el tiempo; probablemente no tendré posibilidad de consolidar mi poder hasta el punto de favorecer el ascenso de Constantino.
–Pero precisamente porque vas a morir pronto, tu única preocupación debería ser la de que tu hijo te pueda sustituir. ¡Y que

las reglas se vayan al cuerno!

–Aunque quiera, no le veo solución…

–Pero yo sí –dijo Elena con seguridad al tiempo que se acercaba.

«Tendrá que salir, antes o después», pensó Sexto Martiniano mientras estiraba las extremidades contraídas por el frío de diciembre. Había decidido aguardar frente a su casa para hablar, después de haber esperado inútilmente que Minervina respondiese a sus cartas cada vez más suplicantes y desesperadas. No la veía ni sabía nada de ella desde antes de la glorificación de los tetrarcas y creía que se estaba volviendo loco; nunca había pasado tanto tiempo sin contacto entre ellos. Sexto también temía que le hubiese ocurrido algo, pues siempre había sido muy frágil… Y además estaba el asunto de las represalias contra los cristianos; a lo mejor le habían hecho algo por su fe. O tal vez había sido culpa de aquel bautismo, que le había impuesto una especie de castidad. O el marido la había recluido en casa. Quizás se había enterado de su relación y estaba haciendo de todo para apagar lo que había entre ellos, o la trataba mal solo porque era un hombre agresivo, como bien sabía él.

Ahora ella era todo lo que le quedaba. Al haber sido degradado a soldado raso, había perdido el respeto de los compañeros que, como envidiaban su carrera anterior, despreciaban su caída. Le habían confiscado parte del enorme patrimonio familiar para pagar una multa que silenciara las protestas del senador cuya propiedad había violado. Sexto ni siquiera había tenido fuerzas para dar con aquel Melquiades que le había dado la información falsa para que pagara por la broma. Y en una ciudad que se regocijaba por haber vuelto a ser el centro del mundo gracias a la presencia de todos los emperadores, creía que era el único hombre triste. Y se sentía solo, ahora que no tenía a Minervina.

Había empezado a beber desde hacía unos días, justo después de su primer mensaje sin respuesta; había ido a una taberna y había intentado combatir con vino la decepción por una espera frustrada. Y allí se había refugiado tras haber esperado en vano una respuesta a su segundo mensaje. Desde aquel momento había recurrido al falerno a diario, perdiéndose en las tardes sin sentido ni beneficio, desplomado sobre las mesas con un vaso en la mano, añorando, en los pocos momentos de lucidez y a menudo en voz alta, sus pasadas hazañas de guerra y el gran amor que le había robado el corazón y le había conquistado. A veces se despertaba fuera del local con moratones y cortes, y con recuerdos confusos de peleas y refriegas. Otras veces había reaccionado con rabia a la indiferencia de Minervina, acabando en un lupanar con una meretriz cualquiera, cerrando los ojos mientras la poseía con violencia e imaginando que lo hacía con ella. Pero siempre acababa insatisfecho, sin ni siquiera haber sentido una

pequeña parte del placer que podía regalarle su amante.

Sus superiores, los mismos centuriones a los que antes mandaba él, lo habían reprendido por sus retrasos, por las condiciones en que se presentaba en el cuartel, por su desaliño, y con frecuencia lo habían metido preso, negándole el permiso o poniéndolo de centinela toda la noche en las murallas del Castro Pretorio. Y al final se decidió. Se había adecentado, había esperado a estar completamente sobrio y había ido frente a la casa de ella para entender definitivamente qué había sucedido. Había problemas entre ellos, cierto, pero no hasta el punto de justificar el silencio total de la mujer.

Se encontraba en la esquina del edificio que había frente a la *domus* de Osio y Minervina, cuando vio que se abría la puerta y la mujer salía en compañía de los esclavos porteadores. Se quedó un momento contemplándola y le pareció que estaba más bella que nunca. De hecho, estaba radiante; parecía incluso feliz como no la había visto desde hacía mucho tiempo. Sus ojos centelleaban desde lejos, espléndidos en su azul deslumbrante, su porte era siempre gracioso y majestuoso. Minervina se quedó en el umbral mientras sus siervos fueron al cobertizo a coger la litera. Exponiéndose a que lo viera el marido, que podía estar unos metros por detrás de la salida, Sexto decidió acercarse.

Ella lo vio y cambió de expresión. La sonrisa que tenía en la cara se le apagó, luego miró a su alrededor, y a Sexto le dio la impresión de que estaba buscando ayuda.

–¡Minervina, necesito hablar contigo! –exclamó, mientras continuaba acercándose a ella hasta que la alcanzó. Minervina trató de volver a casa. Evitaba mirarlo a la cara y parecía profundamente abochornada.

–Este no es el momento, Sexto –respondió al fin.

–¿Y cuándo lo es? ¡No respondes a mis cartas!

En aquel instante, aparecieron los siervos. Pero no llevaban una litera, conducían un carro, en el que se amontonaban enseres del hogar. Sexto lo observó y vio que se trataba en su mayoría de prendas de Minervina, y de una serie de baúles que, al parecer, guardaban sus efectos personales.

–Pero… ¿te marchas?

Minervina agachó la cabeza sin responder.

–¿Sin decirme nada? ¿Sin responder a mis cartas?

Más silencio.

–Pero ¿qué te he hecho?

La mujer continuó callando.

–Dime: ¿dónde vas?

–A empezar una nueva vida –respondió al fin.

Los siervos se acercaron y uno de ellos preguntó:

–Señora, ¿este soldado la está molestando?

Ella negó con la cabeza y, con un gesto de la mano, les ordenó que se apartaran.

–Dadme un momento solamente. –Y dirigiéndose al soldado, añadió–: Sexto, nos separan muchas cosas. Realmente muchas.

–Pero por lo menos nos unen otras muchas –contestó él, acercando su cara a la de ella. Ella se retiró con un movimiento de hastío; el hombre pensó que a lo mejor su aliento todavía traicionaba la presencia del vino que se había bebido la noche antes.

–No son suficientes. –Le pareció que le miraba con lástima.

–Han sido esos cristianos, ¿verdad? Te han convencido de que nuestro amor no es puro… Lo sabía; pertenecer a esa locura te traerá solo problemas…

–Yo no lo creo. Más bien me ha traído alegría.

–Entonces, ¿por eso estás feliz? ¿Gracias a ellos?

Minervina vaciló un momento y respondió:

–Claro.

–¿No hay otro hombre? Me refiero a otro aparte de tu marido.

Ella volvió a vacilar.

–No. Ninguno.

–Entonces, ¿por qué quieres renunciar a mí? Creía que nuestra unión era única e irremplazable. Yo sé que no puedo pasar sin ti, ¿cómo lo consigues tú? –le instó. Sabía que había adquirido un tono suplicante que no le gustaría en absoluto, es más, que lo descalificaba aún más ante ella, pero no podía hacer nada.

–Has hecho cosas… Entendí que no soy suficiente para ti. Que no soy lo bastante importante. Que te has burlado de mí –intentó explicarle ella. Dio un largo suspiro, como si le hubiese costado mucho decirlo.

Sexto se quedó desconcertado.

–¿Qué? ¡Pero si desde que nos vemos ni siquiera he mirado a otra mujer! ¡Siempre te he considerado mi prioridad más absoluta! –protestó, dándose cada vez más cuenta de cuánto había aumentado la distancia entre ellos.

–Por lo que sé, no es así. Además, no entiendes lo que necesito. Desprecias aquello en lo que creo y me hace estar bien.

–Te pido perdón por ello, Minervina. Si te perdiera por no haberle dado suficiente importancia a tu fe, jamás me lo perdonaría. ¡Pero a ti te he dado toda la atención posible, te lo puedo asegurar!

Ella volvió a bajar la cabeza, sin contestar. Sexto se percató de que le estaban brotando lágrimas.

La cogió del brazo, olvidándose del lugar donde se encontraban.

–¿Puedes decirme cómo te he hecho daño? ¿Y por qué me habría burlado de ti? Estos años tú has sido la única para mí.

–No es verdad –respondió ella, sin levantar la cabeza.

–¡Claro que sí! –Intentó levantarle la barbilla con un dedo, pero ella ofreció resistencia. Luego Minervina se apartó, soltándose de su agarre, que cada vez le apretaba más.

En ese momento intervinieron de nuevo los porteadores.

–¿Seguro que no nos necesita, señora?

–Ha llegado la hora de irse –dijo ella. Dos de los esclavos se acercaron y la escoltaron hasta el carro, ayudándola a subir. Sexto la siguió a una distancia prudente.

–¿No me das la posibilidad de compensar lo que te he hecho? Ni siquiera sé de qué me acusas… para mí es una pesadilla… –dijo quejumbroso.

–Yo no te acuso de nada, Sexto. Es solo que… somos diferentes, eso es todo. Yo quiero un hombre que me ame locamente y tú a distintas mujeres con las que divertirte. Tenemos distintas necesidades y es normal que ahora cada uno vaya por su camino –declaro Minervina, que a continuación le indicó al conductor que se pusiera en marcha.

–¡Pero no es verdad! ¡Somos iguales! ¡De verdad! ¡Yo solo quiero a una mujer! ¡Y eres tú! Pero ¿quién te ha dicho esas cosas? ¿Es posible que tu corazón no te inspire la verdad?

La mujer no respondió. Se giró y Sexto solo pudo ver su cabellera rubia ondeándole sobre los hombros hasta que desapareció tras la esquina del siguiente edificio.

Fue entonces cuando el soldado cayó de rodillas sobre la arena de la calle y no trató de contener las lágrimas.

Ahora sí que lo había perdido todo.

CAPÍTULO XVIII

Nicomedia, Bitinia, 1 de mayo de 305

Tras la muerte de su primer marido, Alecto, Minervina jamás se habría imaginado que formaría parte otra vez de un desfile imperial junto a uno de los protagonistas. Constantino no era todavía emperador, pero era legítimo suponer que, cuando completaran el trayecto hasta la colina donde se encontraba la estatua de Júpiter, su hombre sería al fin reconocido con el cargo de césar.

Volvió la mirada a la nodriza que la seguía de cerca para asegurarse de que Crispo estaba bien. La mujer miró en la cuna, la meció un poco con un empujoncito y le sonrió tranquila. Luego, Minervina no pudo evitar alargar el cuello y contemplar la maravilla que había parido menos de un año antes, alcanzando el colmo de la felicidad; había llegado allí donde con Osio había fracasado, dándole un heredero al hombre que amaba y a Constantino la posibilidad de continuar su estirpe, que su concepción regia de la familia consideraba necesario para convalidar sus ambiciones.

Se sorprendió, entonces, de que Constantino no se casara con ella. Estaban bien juntos, aunque su hombre le concediese mucha menos atención de la que le daba Osio, y sobre todo Sexto. Pero Constantino, tenía entendido, se encontraba en la fase más delicada de su existencia, y para él la prioridad era alcanzar aquel poder que, como hijo de un tetrarca, pensaba que le correspondía por derecho propio. Desde que Diocleciano cayó enfermo, con la idea de la abdicación cada vez más inminente, el hijo de Constancio Cloro no había hecho otra cosa que pasar su tiempo entre los soldados y en la corte, para contrastar la influencia de sus rivales en la carrera hasta el trono y ganarse reconocimientos y la consideración en la tropa. También la dejó sola durante tres meses, justo después de que naciera Crispo, para ir a luchar por Galerio contra los sármatas, y también en aquella situación destacó como el tribuno más valiente e ingenioso.

Estaba orgullosa de él, pero se daba cuenta de que Constantino tenía demasiados compromisos, demasiada presión, para amarla como había hecho Sexto. Martiniano solo era un tribuno pretoriano; su nuevo compañero, en cambio, se encaminaba a ser uno de los puntos de referencia del imperio. Pero algunas veces echaba de menos esos momentos de complicidad absoluta que había compartido con Martiniano, esos encuentros clandestinos y fugaces durante los cuales existían solo ellos, como si el mundo se arrodillase ante su amor. Pero solo era una ilusión, y posiblemente ya en aquel momento Sexto

estuviera pensando en otra mujer y en las meretrices a las que frecuentaba. Esto le hacía aceptar con menor amargura la participación cada vez más escasa de Constantino en sus apresurados momentos de intimidad; su hombre no conseguía nunca abandonarse por completo al placer que ella le ofrecía, y a menudo su mirada se perdía en un punto indeterminado, traicionando su atención hacia estrategias y tácticas en las que pensaba continuamente, incluso entre sus brazos. A veces había llegado a interrumpir bruscamente una relación íntima para levantarse y salir corriendo de la habitación para comunicarle a sus colaboradores la idea que acababa de ocurrírsele para ganarse la confianza de Diocleciano.

Tampoco en eso era como Sexto, que no podía desviar nada de su abrazo.

Pero lo amaba y estaba segura de ser correspondida. «Cada ser humano ama a su manera», solía decirse, y Sexto la había malcriado, impidiéndole juzgar con objetividad los sentimientos de un hombre como Constantino, que tenía otras prioridades y relaciones interminables. Echaba de menos también la sensibilidad de Martiniano, siempre atento a entender los matices de su humor y satisfacer sus necesidades, mientras que Constantino ni siquiera se daba cuenta del malestar que a veces le provocaba el sentirse descuidada. Pero la rabia con la que se abalanzaba sobre ella, sin preliminares y el abandono a la percepción de los sentidos, que tanto había apreciado con el amante anterior, atestiguaba sin embargo una pasión desenfrenada por ella, y un deseo que no había menguado nunca. Sabía que, de ahora en adelante, como concubina de un emperador correría el riesgo de sentirse olvidada aún más, pero estaba igualmente segura de que podía demostrar ser lo suficientemente madura como para aceptarlo.

Si su destino era ser la compañera de un emperador, como con Alecto, lo sería de manera impecable. La fe en Jesucristo, que no le había faltado nunca, la ayudaría a aceptar con serenidad su destino y todas las obligaciones que ello comportaba, amando al hombre con el que había tenido el privilegio de ser elegida, con la dedicación de una esposa, aunque él eligiera no desposarla nunca.

Miró también a Constantino. Estaba rodeado por sus guardaespaldas y seguía de cerca a Diocleciano y a Galerio, en la cabeza de la procesión que se alargaba tres millas, desde las puertas de la ciudad a la colina donde los dos emperadores se alternarían en el poder supremo. Minervina se encontraba un poco por detrás de la cabeza de la columna. Su presencia entre los participantes y no entre los espectadores la había querido e impuesto Constantino, pero ella tenía la impresión de que el motivo se debía sobre todo a Crispo: el padre quería que el hijo participase en la marcha como buen presagio para

un futuro como sucesor al trono.

A cada lado de la procesión, sendas alas de multitud aclamaban a los dos soberanos y gritaban el nombre de los otros dos en Occidente, suponiendo que, en ese momento, en Milán, Maximiano estuviese realizando el mismo procedimiento. Minervina reconoció incluso a algunos cristianos de la comunidad de la ciudad, que había empezado a visitar en cuanto llegó a la residencia imperial. No obstante, hacía más de un año que no se acercaba a ellos, por expresa prohibición de Constantino. Se produjo un incendio en la residencia de Diocleciano y desde entonces la discriminación se había transformado en una auténtica persecución. Los edictos contra los cristianos se habían sucedido uno tras otro mientras el emperador había salido de escena por una prolongada enfermedad, y Galerio, ya verdadero soberano absoluto del Oriente romano, había hecho cada vez más crueles las medidas: la religión cristiana ya no se aceptaba como permitida y se condenaba a muerte también a los laicos, además de a los sacerdotes, en el caso de que se negasen a hacer sacrificios a los dioses y a los emperadores.

Constantino nunca le había dicho una palabra en contra de los cristianos, y Minervina lo amaba también por esto. Mas, por su seguridad, le pidió que no los viera hasta que no pasara la tormenta que, estaba seguro, se apagaría pronto. Pero mientras tanto, oía hablar de suplicios atroces impuestos a quien mantenía su propia postura. Se hablaba incluso de una pequeña ciudad de Frigia, con una población de mayoría cristiana, que había sido quemada, matando entre las llamas a hombres, mujeres y niños mientras rezaban a Dios. La gente con la que hablaba no tenía nada contra los cristianos; de hecho, incluso sentía compasión hacia ellos, y no entendía por qué los emperadores permitían torturas de toda clase, decapitaciones y hogueras contra personas consideradas tal vez un poco extrañas, pero no peligrosas y, después de todo, respetuosas con las leyes.

Le llamó la atención una serie de patíbulos levantados cerca de la colina. Se podía contar al menos una decena de personas colgadas, con las manos atadas a la espalda y debajo de cada una de ellas un soldado arrodillado girando un rodillo en el que corrían las cuerdas atadas a sus pies. Aquel horripilante espectáculo de cuerpos la horrorizó, allí expuestos y un día como aquel. No pudo evitar observar mejor a sus desgraciados correligionarios. Vio consternada que alguno seguía todavía vivo a pesar de tener los brazos destrozados y la posición antinatural del cuerpo. Y le disgustó el comportamiento de algunos ciudadanos que se acercaron a ellos para tirarles piedras ante la mirada burlona de los soldados. Otros empezaron a insultarles, mientras un hombre se acercó con un garrote a uno de ellos con los ojos aún abiertos. Los escoltas se limitaron a observarlo y a dejarle

que siguiera. Y el hombre empezó a apalearle las piernas al cristiano, que estaba ya tan débil que solo podía emitir algún quejido en voz baja.

El día de su ascenso al trono supremo, el nuevo augusto, Galerio, había querido lanzar un mensaje certero a sus súbditos: el Estado no toleraba disidentes. A Minervina la invadió la vergüenza; ella también era cristiana, pero asistía tranquila a los suplicios de sus correligionarios sin manifestar su fe. Había oído que un gran número, a los que los más intransigentes llamaban «apóstatas», se habían apresurado a renegar de Jesucristo para salvar la vida. Ella ni siquiera lo había necesitado; como concubina del hijo de un césar, nadie se había atrevido nunca a preguntarle nada. Era una privilegiada y se preguntó qué habría pasado si se hubiera quedado en Roma. ¿Tenía vocación de mártir?

—¡Celebremos el sacrificio de nuestros hermanos! —oyó gritar a un hombre—. Ellos no se doblegaron ante el Anticristo y esperaron con confianza el momento de la salvación. Todo aquel que ofrezca incienso a los inmundos demonios se separa de Jesucristo, como una rama podrida tirada al fuego. Morirán también ellos entre los tormentos más atroces, ¡pero sin alcanzar la salvación!

Un hombre anciano con un hábito se había subido a una de las lomas e intentaba atraer la atención de la gente.

—¡Fieles! ¡No os dejéis atrapar por las terribles tempestades que arrollarán la tierra, por males jamás vistos desde los tiempos de la creación, cuando el maligno y sus secuaces serán destruidos! Y con ellos terminará ese mundo que han contribuido a crear, ni los campos, ni los árboles ni las viñas darán fruto, el sol se apagará, la luna será eclipsada por la sangre, las estrellas caerán en gran número y la luz desaparecerá del cielo, las altas montañas se hundirán en las llanuras y los mares se volverán innavegables. El juicio de Dios está llegando, decretando el fin de Roma y de sus falsos ídolos, y…

Le dieron una pedrada que lo dejó aturdido y acabó cayendo al suelo. Enseguida dos soldados se le echaron encima, frustrando cualquier intento posible por levantarse. Empezaron a darle patadas, luego un guardia bajó de la horca a uno de los cristianos que ya había muerto y les indicó a los compañeros que le llevaran al hombre. Estos lo levantaron y, todos juntos, lo ataron a las cuerdas del patíbulo, elevándole por último los brazos por detrás de la espalda. El cristiano gritó de dolor, obligando a que instintivamente Minervina se tapara los oídos para no escuchar sus gritos. Pero la mujer no pudo ocultar el sentimiento de vergüenza que la invadía por aquel martirio espontáneo, que le parecía casi una acusación por su cobardía.

Luego, cuando los pies del mártir quedaron enganchados al rodillo y los soldados empezaron a tirar, sus huesos se rompieron y Minervina

no pudo tapar tampoco sus gritos de dolor.

Sexto Martiniano corrió hasta un rincón de la estancia y volvió a vomitar. Era la tercera vez desde que se había despertado y ya no le quedaba nada en el estómago. El charco que se formó en el suelo aumentó el hedor que impregnaba la habitación. Se le humedecieron los ojos y tuvo que correr hasta la ventana para respirar aire puro.

–Tú, debilucho, ¿quién te manda aquí? –le gritó el carcelero, instándole con un gesto de la mano a volver a sus deberes. Mientras tanto, otros dos soldados se llevaban al hombre moribundo al que le habían metido varas puntiagudas en las uñas de las manos y de los pies hasta minarle y cavar en la carne de los dedos.

Sexto miró las carnes quemadas de la espalda del prisionero y torció el gesto. Sí, ¿quién lo había mandado allí? «Órdenes de arriba», se limitó a decirle su comandante cuando lo incluyó en el escuadrón de los soldados encargados de obligar a los cristianos a quemar incienso. Y sus compañeros eran la escoria de la guardia pretoriana: hombres que habían sido cobardes en la batalla, que habían sido sorprendidos estando borrachos de servicio, llenos de deudas del juego... Ir a torturar a aquellos desgraciados era una especie de castigo y él había sido seleccionado.

Detestaba a los cristianos desde antes que alejaran a Minervina de él. Los detestaba porque rechazaban todo lo que había hecho grande a Roma y el imperio en el que, con inmensa hipocresía, vivían y prosperaban. Ahora los odiaba, pero nunca hubiera llegado a infligirles, por iniciativa propia, lo que sus capitanes pretendían de él. Hacer de torturador no era su oficio; él era soldado, además de un hombre de noble extracción, y además pensaba que ni ellos se merecían esa clase de tormentos. A los cristianos él solo los habría expulsado más allá de las fronteras del imperio, entre los bárbaros, donde se merecían estar, dado que mordían la mano que les daba de comer.

–¿A qué esperas? ¡Muévete con ese yunque! –le dijo el carcelero. Sexto suspiró y puso al fuego el yunque de plomo que había sobre la mesa, esperó a que se derritiera y miró el metal fundido colándose en el recipiente que había justo debajo de las brasas. Cuando el contenedor estuvo suficientemente lleno, lo sacó con las pinzas, lo cogió con paños mojados y lo colocó en el soporte junto al prisionero. Ahora le tocaba la parte más insoportable, aquella por la que bebía hasta quedarse sin sentido, antes de los días en que estaba previsto que desempeñara aquel nauseabundo trabajo.

Miró a los ojos al anciano que tenía delante, sentado en un taburete y con el torso desnudo, con las manos atadas a la espalda. Sintió pena. No había bebido bastante, estaba claro. Aquella noche tendría que acordarse de beberse algún vaso más para no correr riesgos al día

siguiente.

–Entonces, tú eres Marcelino, ¿verdad? Eras el líder de los cristianos aquí en Roma, y por tanto de toda la cristiandad, según vuestras convicciones –dijo suspirando.

El anciano asintió, manteniendo silencio. Sin embargo, lo miró con orgullo, y Sexto comprendió que con él también tendría que recurrir a medios que le repugnaban. Daba gracias a los dioses cada vez que se encontraba alguno lo suficientemente aterrorizado por la amenaza de la tortura como para aceptar quemar incienso. Sabía muy bien que en su intimidad aquellos hombres seguían siendo cristianos, a pesar del sacrificio que se veían obligados a hacer. Sabía que se trataba de un asunto puramente formal, por eso le parecían unos locos aquellos que se negaban a ultranza, mostrándose dispuestos a sufrir el martirio de las formas más crueles que los jueces pudieran idear.

–Le entregaste vuestros libros sacrílegos al Estado cuando te los pidieron, ¿por qué ahora te niegas a hacer sacrificios a los dioses? –le preguntó.

–Entonces me engañaron con consejos equivocados y por ser débil –respondió el anciano–. Pero el Señor me ha dado la fuerza para soportar lo que ya han sabido afrontar hermanos más valientes que yo.

–Ya has visto lo que le ha pasado al hombre que se acaban de llevar. ¿Quieres sufrir tormentos incluso peores? –insistió él.

–Si este es el destino que Dios ha decidido para mí, me alegra seguirlo.

Sexto volvió a suspirar.

–¿Lo haces por orgullo? ¿Para demostrar algo? ¿Porque tus seguidores se lo esperan? –le urgió. No podía entender qué podía llevarlo a hacer semejante locura. Cuando intentó rechazar la tarea que su comandante le había asignado, le respondió que lo tratarían igual que a un cristiano y lo condenarían a ser descuartizado por las fieras en el anfiteatro. Así pues, decidió que no valía la pena acabar tan mal por gente que lo había arruinado. ¿Por qué para aquel anciano, en cambio, era tan importante tener una muerte tan terrible?

–Lo hago simplemente porque un hombre que no está preparado a defender sus convicciones hasta la muerte no es un hombre –respondió Marcelino.

Sexto se sintió como si le acabaran de dar un puñetazo. Se preguntó por qué habría estado dispuesto a morir. Sabía por quién: Minervina, al menos antes de que lo dejara. Por qué cosa, por qué ideal, por qué causa, no lo sabía. Había perdido toda convicción desde que su vida se había precipitado hasta un abismo de abyección y autocompasión.

–Haz lo que tienes que hacer, soldado –le instó el anciano, antes incluso que el carcelero, que poco después repitió las palabras de Marcelino.

Sexto pensó otra vez en las palabras del cristiano. No, al menos creía en algo: no era un hombre que torturaba a la gente. La mataba, si era necesario, pero no la torturaba. Y por eso, ahora, estaba dispuesto a morir. Gracias a Marcelino, acababa de entender que había cometido un error al aceptar el trabajo. Empujado por el miedo a que a él también lo mataran, y por el espíritu de revancha contra los cristianos, había faltado a sus principios, que siempre le habían impuesto no hacer daño a los débiles.

–Has dicho bien, anciano, soy un soldado –respondió–. Lucho y protejo, nada más

Luego se encaminó hacia la salida de la habitación.

Pero el carcelero le cortó el paso.

–¿Dónde crees que vas?

–A cualquier sitio, pero no aquí –contestó.

El carcelero le hizo una señal con la cabeza a otro soldado, que se apresuró a coger un cazo y a meterlo en el plomo fundido del recipiente. Justo después se lo roció en la espalda al prelado, que por mucho que lo intentara, no pudo ahogar el grito desgarrador de dolor. Luego cogió otro y se puso delante del anciano, que se retorcía. Le levantó la barbilla y le tiró el contenido entre las piernas. Otro grito de dolor, esta vez sin ni siquiera el intento de controlarlo. Sexto no pudo evitar echarle un vistazo a la espalda del cristiano, que parecía un manto de lana roja hecho jirones.

Miró al carcelero a los ojos y lo apartó con un brazo, dirigiéndose hacia la salida sin que este, espantado por su expresión decidida, intentase detenerlo. Sin embargo, le gritó por la espalda:

–No te librarás tan fácilmente. ¡Tus superiores se enterarán de esto!

Pero a Sexto no le importó la amenaza. No sería menos valiente que un anciano. Si no querían que los cristianos triunfaran, si querían evitar que corrompieran y deformaran el espíritu que había hecho grande Roma, era inútil perseguirlos. Más bien, había que superarlos en valor y determinación. Y demostrar ser mejores que ellos.

Constantino podía ver claramente la estatua de Júpiter en lo alto de la columna, en la cima de la colina. Le parecía que toda la guarnición de la ciudad de Nicomedia había formado alrededor del monte, adonde mientras tanto habían llegado Diocleciano y Galerio. Miró desafiante a todos los candidatos más acreditados para el cargo de césar, el cual habían mantenido en secreto los emperadores incluso para sus colaboradores más próximos. Estaban todos, cada uno convencido de que en breve el soberano supremo pronunciaría su nombre. Había sido una auténtica carrera por el trono durante el último año y medio, o desde que, durante el vigésimo aniversario, los dos augustos anunciaron que querían respetar la ley sobre la sucesión. Desde entonces, no había habido restricciones por parte de ninguno de

los favoritos de los soberanos. Durante un año se había temido por la vida de Diocleciano, que había desaparecido de la vida pública delegando en el césar todas las responsabilidades supremas, y solo en los últimos tiempos el anciano emperador había vuelto a escena, pero únicamente para garantizar el traspaso de poder.

Para Constantino, el ascenso cada vez más prepotente de Galerio había supuesto una verdadera desgracia. Con Diocleciano todavía lúcido y activo, tenía la esperanza de ser juzgado por su valor y sus hazañas, que había seguido acumulando incluso en los últimos tiempos. Pero el césar contaba con dos buenos motivos para no tenerlo en cuenta: detestaba a su padre Constancio, y simplemente por rencor no ascendería al hijo. Además, Constantino había estado entre los más tenues partidarios de su despiadada política anticristiana, en una corte donde todos se afanaban por complacer al césar mostrándose tan crueles e intransigentes como él. Galerio sabía que tenía una concubina cristiana, y no había ocultado su desaprobación, exigiéndole varias veces que la obligara a hacer sacrificios a los dioses. El joven príncipe se había limitado a decirle que lo había hecho, aunque lo considerase un gesto tan vacuo que ni siquiera se lo había preguntado a Minervina.

Sin embargo, el joven no desesperaba. Su padre, Constancio, se había mantenido en contacto con Diocleciano. Además, Constantino había conseguido entre los soldados una aceptación mayor que cualquier otro pretendiente; era más joven y valiente que los demás, compartía la mayoría de los contendientes de la vida de la tropa y los legionarios lo habían aclamado en repetidas ocasiones, tanto en el campo de batalla como en los ejercicios de entrenamiento. Asimismo, su padre era una leyenda entre los soldados, que no ocultaban que preferían a su hijo antes que a cualquier otro. Diocleciano tenía en cuenta la opinión de los militares, con los que había construido su poder, y muchas veces había alabado sus gestas; si el viejo soberano seguía teniendo la personalidad y la fuerza para resistir a la injerencia de Galerio, era probable que apoyara su nombre. Sobre todo, si el césar insistía en Maximino Daya, su sobrino. Si la familia de Galerio regía el Oriente, un emperador sabio como Diocleciano tendría que equilibrar el peso asignándole la parte occidental a la familia de Constancio Cloro.

Al menos eso era lo que pensaban los soldados, que saludaban a Constantino con entusiasmo cuando este pasaba, para desesperación de los demás candidatos. El príncipe se sentía observado por las miradas de todos, de sus subordinados que lo admiraban, y de los rivales que le temían, pero se percató de que necesitaba alimentarse de ambos sentimientos enfrentados para reunir fuerzas y afrontar cualquier cosa que le reservara la suerte en el periodo crucial que de

todas maneras lo esperaba. Su padre le había enviado una carta en la que lo animaba a prepararse para partir, siempre y cuando no fuera nombrado césar, para reunirse con él en la Galia, donde se mantenía ocupado en operaciones fronterizas contra los pueblos que presionaban en los *limes*. Solo tenía que esperar su solicitud oficial, que debía seguir a la proclamación de los césares; le había dicho que no había tenido nada que ver con la elección, y que tampoco Maximiano había sido consultado. Como siempre había sospechado Constantino, la sucesión era un asunto gestionado exclusivamente en Oriente, aunque tenía que ver con un césar de Occidente.

Pero hacía tiempo ya que todos callaban. Diocleciano y Galerio acababan de terminar el sacrificio a Júpiter cuando el augusto subió a la tribuna preparada entre el altar y la columna, levantando el brazo tembloroso para reclamar silencio absoluto.

Como si fuera necesario.

Constantino lo analizó. La enfermedad lo había puesto a prueba más todavía que los años transcurridos en el poder, convirtiéndolo en un sexagenario demacrado y pálido, la sombra del hombre robusto que fue en otros tiempos. Aunque no hubiese previsto una ley para la abdicación, era ya hora de que se retirara.

–¡Ciudadanos! ¡Soldados! –comenzó diciendo el emperador, y por la voz temblorosa que no oía desde hacía tiempo, Constantino pudo constatar una vez más su agotamiento. Creyó verlo también derramando alguna lágrima–. Los dioses a los que siempre hemos sido devotos nos han protegido y nos han ayudado en estos largos años de incesante trabajo, en el cual hemos mirado por el bien del Estado por encima de cualquier cosa, incluso de la ambición personal. Al enfermar y debilitarnos, también nos han recordado que nos merecemos un merecido descanso. Por suerte, los dioses también nos han inspirado a la hora de elaborar un aparato de gobierno que garantizase la estabilidad del imperio y asegurase una sucesión sin traumas, permitiéndonos dejar el Estado en manos más jóvenes y fuertes, pero ya con más de una década de experiencia en su administración. Galerio, mi yerno aquí presente, y Constancio Cloro, han demostrado con su justo gobierno y sus grandes victorias sobre los enemigos de Roma que son personas de fiar y competentes. Con ellos el imperio continuará prosperando y sus fronteras quedarán firmemente custodiadas bajo su control: los pueblos que han visto su pericia militar procurarán no amenazar de nuevo nuestros límites, y los malhechores sabrán que el Estado no tolera a quien no respeta los deberes a los que se debe cada ciudadano que lo conforma. ¡De ahora en adelante, por tanto, ellos dos serán vuestros augustos, y a ellos deberéis el respeto que siempre habéis mostrado hacia mí y mi compañero Maximiano!

Con la voz desgarrada por la emoción y por el esfuerzo, Diocleciano interrumpió el discurso y mandó que le trajeran agua, dejando que los soldados bulleran en una ovación por los nuevos emperadores. Galerio subió a su vez al estrado para recoger el tributo de la tropa, que saludó con las dos manos levantadas. Luego se apartó otra vez, dejando que el soberano saliente siguiera hablando y anunciara lo que todos esperaban. Constantino sintió que tenía el corazón en la garganta: había llegado el momento por el que tanto había peleado.

–Pero, como hemos aprendido en estos años, también los más válidos administradores necesitan colaboradores igual de válidos para un imperio tan vasto –continuó Diocleciano, con la voz cada vez más insegura y débil–. Los dioses y la fortuna, hace doce años, nos dieron a mí y a Maximiano dos césares que han satisfecho por completo nuestras expectativas. Así pues, estoy seguro de que también nos han dado la misma sabiduría para elegir a los dos nuevos césares que acompañarán a los augustos a los que les corresponde la responsabilidad suprema del Estado. ¡Con la suprema inspiración divina y la protección de Júpiter y Hércules, nombro césar para Oriente a Maximino Daya, y para Occidente, con la responsabilidad directa de Panonia, Italia y África, a Severo!

Diocleciano continuó hablando, pero Constantino ya no lo escuchaba. Muchos ya no lo escuchaban. Entre los soldados se elevaron murmullos, y el joven escuchó que muchos buscaban la confirmación de los nombres que habían oído. Alguien preguntó si por casualidad Constantino había cambiado su nombre por el de «Maximino», otros estaban convencidos de haber entendido mal, y lo consideraban a él como el nuevo césar para Oriente. Un par de legionarios fueron incluso a saludarlo desde la distancia dándole la enhorabuena.

Pero él estaba convencido de que había escuchado bien: Maximiano Daya y Severo. Maximino, ese cobarde e incompetente, que en la guerra nunca había hecho nada extraordinario, cuyo único mérito era ser el sobrino de Galerio; y Severo, el hombre que había traicionado su confianza y a quien él mismo hizo quedar bien en los tiempos de la campaña contra los blemios, casi diez años antes…

Constantino sintió que una rabia devastadora le brotaba en su interior. Galerio había sido quien había elegido, estaba claro, y él no había tenido ni la más remota posibilidad. Ahora el imperio sería administrado en tres cuartas partes por el nuevo augusto o por hombres leales a él. A lo mejor, con el tiempo incluso asediarían también a su padre Constancio y lo obligarían a abdicar.

La cosa no podría haber ido peor. La decepción era amarga y al joven le hubiera gustado llamar viejo decrépito al emperador, que le había permitido a su yerno una gestión tan manifiestamente

incorrecta y desequilibrada de la sucesión. Mientras tanto, muchos soldados se preguntaban quién era Maximino Daya, y algunos manifestaban abiertamente su desacuerdo, silbando y vituperando al augusto. Constantino miró a su alrededor, dándose cuenta de repente de que, por cómo se habían desarrollado las cosas, su vida corría peligro.

CAPÍTULO XIX

–Pido disculpas, augusto, pero ¿no deberíamos hablar de la carta que has recibido de mi padre? –le preguntó Constantino a Galerio, mientras el emperador, tendido en su triclinio, mordisqueaba un huevo duro. Los invitados al banquete, que se encontraban en los tres triclinios en torno al comedor del augusto, se pusieron tensos y el silencio se apoderó de la habitación. Todos sabían que el joven hijo de Constancio Cloro acababa de abordar un tema candente, y Constantino no dudó que serían todo oídos. Decidió poner al emperador entre la espada y la pared y la mejor manera de hacerlo era obligarle a darle una respuesta ante testigos.

Galerio no ocultó su molestia y respondió seco:

–No me parece este el momento de abordar ciertas cuestiones. Esta noche estoy aquí para divertirme y relajarme.

–Perdóname si insisto, pero nunca parece el momento adecuado. Hace un mes que recibiste la misiva y desde entonces te pido audiencia para hablar de ella, pero siempre tienes cosas más urgentes que tratar, o, cuando tengo la oportunidad de hablar contigo, aplazas el asunto o aduces excusas para evitarme… –se aventuró a decir.

–Salta a la vista que es así; tenemos cosas más urgentes que tratar –se justificó Galerio–. Acabamos de asumir la más alta responsabilidad del imperio, por si se te ha olvidado… Antes de ocuparnos de un ciudadano que no tiene ningún cargo oficial, debemos ocuparnos de los nombramientos y de las funciones de los que sí tienen uno.

–Tu compañero ha solicitado mi presencia en su corte. ¿Qué resulta tan complicado de decidir? ¿Y por qué eso debería representar un problema? –insistió Constantino, que conocía muy bien el problema, pero quería que el augusto lo dijera explícitamente, delante de todos.

Galerio suspiró y miró a los comensales, avergonzado.

–Mi ilustre amigo tiene sus buenos motivos para querer a su hijo a su lado, pero yo tengo los míos para mantenerte aquí en Nicomedia. Tu valor y tu influencia en los soldados nos serán muy útiles en las próximas campañas –respondió diplomáticamente, para luego beberse de un trago una copa entera de vino. Constantino calculó que era más o menos la tercera desde el comienzo de la cena.

–En este momento las fronteras occidentales están mucho más sometidas a presión que las orientales –objetó Constantino–. A mi padre le vendría bien mi ayuda. Britania está bajo asedio por parte de las poblaciones al otro lado del Muro, por ejemplo, y le harían mucha falta buenos oficiales.

–Entonces digo que los buenos oficiales me gusta tenerlos aquí conmigo, para asegurarme de que le dedican todo su esfuerzo a la gloria del Estado. A veces, en la historia de Roma, para ciertos oficiales superiores el aprecio de los soldados ha sido un acicate para… aspirar a cargos que no le correspondían.

Al menos le había hecho admitir en público por qué lo retenía con él.

–Creo que he demostrado en repetidas ocasiones mi lealtad al imperio y a tu persona, augusto. Y me apena saber que me crees capaz de traicionar tu confianza –respondió fingiendo indignación.

Galerio no tardó en rectificar.

–¡No, Constantino, sabes que te tenemos en alta estima! Pero cuando la tropa aclama a un hombre como emperador, como ha pasado muchas veces en los últimos tiempos, incluso el personaje más puro y recto podría sentir el impulso de tentar a la suerte. Todos los hombres son sensibles a la vanidad…

Constantino estaba seguro de que le pesaría la actitud de los soldados. Pero desde la abdicación de Diocleciano y Maximiano, en Nicomedia no se hablaba de otra cosa; su nombre estaba en boca de todos los legionarios y no había ni uno que no se sorprendiera porque lo hubieran excluido de la sucesión. En algunos casos, la tropa incluso había interrumpido las arengas de los oficiales para cantar su nombre. Era lo que siempre había buscado para presionar a Diocleciano y que este lo tuviera en cuenta, pero ahora que no había sucedido, el asunto podía volverse contra él.

–Entonces, ¿quieres tenerme aquí casi como un prisionero? ¿Y tal vez hacer que me suceda algo para quitarte un peso de encima? –lo provocó.

–¡Espero que estés de broma! –Esta vez era Galerio quien parecía indignado, mientras todos los demás comensales disfrutaban la conversación–. ¿De verdad piensas que permitiría que le ocurriese algo al hijo de nuestro compañero? ¿Y crees que me jugaría mi popularidad entre los soldados creándoles la sospecha de haberte perjudicado? ¿No te das cuenta de que ese es el motivo por el que estás a salvo con nosotros?

No, no lo tenía nada claro. Es más, sabía que Galerio lo prefería muerto desde que estuvo con él contra los sasánidas. Y también Diocleciano, después de todo, lo consideraba una molestia, una personalidad demasiado incómoda que solo por respeto al césar que había elegido no había eliminado. Y todos, en la corte, a lo largo de los años, habían esperado que de sus empresas bélicas volviese entre los caídos, no entre los más laureados.

–Pero ¿no crees que tu amigo se podría tomar como un desaire el haber ignorado su solicitud? –le apremió.

Había observado que el augusto estaba un poco achispado, y si tenía alguna esperanza de sacarle la autorización, solo podía ser cuando estaba menos lúcido.

–Espero que entienda las responsabilidades de las que nos tenemos que hacer cargo.

–Pero no es justo. Mi padre no tiene a uno de tus hijos retenido. Vuestra situación no está igualada.

–Uf… esta conversación me está aburriendo… –suspiró Galerio cortando por lo sano, mientras un esclavo le servía a él y a toda la mesa un chivo con judías–. Comamos, amigos míos, divirtámonos y hablemos de otras cosas. Abordaremos temas importantes en otra ocasión.

–Pero yo no puedo divertirme sabiendo que mi padre me necesita y no puedo reunirme con él –contestó él.

–¡Constantino, si tanto te importa, márchate, por los dioses! ¡Siempre que no nos sigas molestando! –estalló al fin el emperador.

Constantino quiso que lo repitiera.

–¿Entonces puedo irme? ¿Con mi familia? –dijo en voz alta para que oyeran también los más distraídos, tal vez también los invitados de los otros triclinios.

–Sí, sí… vete… eres más molesto y tenaz que esos cristianos… –respondió impaciente el emperador, volviendo a dedicarse a la comida.

–Pero… augusto, ¿estás seguro de que es buena idea? Has expresado argumentos válidos para mantener al príncipe aquí contigo.

A Constantino le sorprendió que Licinio no hubiera intervenido aún. Naturalmente, lo hacía para sancionarlo. Él también estaba entre los decepcionados por los nombramientos y no soportaba que un rival directo aprovechara, por remota que fuera, la posibilidad de labrarse una carrera superior a la suya.

Galerio tuvo un ataque de nervios.

–¡He dicho que ahora no quiero volver a oír hablar de este asunto! ¿Qué tengo que hacer para que lo entendáis?

En ese momento, todos en la mesa callaron, e incluso Licinio agachó la cabeza y comió en silencio. Desde ese instante, el banquete continuó hacia una conversación mucho más frívola a la que Constantino no le prestó ninguna atención. Cuando llegó la hora de despedir a todos los invitados del palacio imperial, estaba seguro de que el emperador se retractaría, o lo incitarían a hacerlo. Cuando volvió a casa, al anochecer, lo primero que le dijo a Minervina fue:

–Prepara inmediatamente tus cosas y al niño y coge lo mínimo indispensable. Quiero que esté todo listo en dos horas, y no le digas nada a otros esclavos que no sean tu doncella y la nodriza. Nos vamos esta noche para reunirnos con mi padre.

La mujer se arrodilló entre la risa general. Sus correligionarios, en cambio, dieron un paso atrás ante el avance de las bestias en el anfiteatro, dando gritos de terror y agarrándose los unos a los otros. Osio vio que unía las manos y murmuraba lo que debía de ser una oración. Parecía la única que no tenía miedo de entre los condenados.

–Es la primera vez que sometemos a laicos a la *damnatio ad bestias* y es una auténtica decepción –comentó Majencio dirigiéndose a Osio, que estaba sentado a su lado en el palco reservado a las autoridades–. ¡Sus sacerdotes sí que mostraban valor! Nunca he visto a ninguno dar un paso atrás delante de las fauces de un león, y el único sonido que les salía de la boca eran sus letanías; ningún grito de terror. Yo pensaba que eran igual de decididos que ellos. Al fin y al cabo, los pillaron en flagrante delito mientras celebraban una de sus misas. Así que decidí dar ejemplo y mandarlos al Coliseo inmediatamente, aunque espero no tener que hacerlo muy a menudo, si no me quedaré con muy pocos ciudadanos a los que administrar.

Osio esbozó una sonrisa.

–Deberías ver cómo se cagan de miedo durante los interrogatorios. Las salas de tortura apestan a heces y orina, además de sangre y carne quemada. Solo hay que amenazarles con un par de pinzas para que se apresten a hacer sacrificios a los dioses. Al final son muy pocos los que están dispuestos a soportar cualquier presión por su dios.

–Ya… En Oriente suelen ser más fanáticos –comentó Majencio–. Tal vez porque su Cristo nació en aquellas tierras y de allí vienen todos sus profetas, Saulo, Pedro…

Osio asintió, pero no le dijo que la moderación en las actitudes de los cristianos en Roma era mérito suyo y de Melquiades, que habían convencido a los creyentes para que mostraran una pertenencia aparente a la religión oficial para salvar el pellejo antes de volver a manifestar su verdadera fe de una forma más abierta. Y no tenía intención de decírselo, porque si no, tendría que explicarle la razón, que no tenía nada que ver con la integridad de los cristianos. La preservación de la iglesia de Roma era la base sobre la que construir el poder de Constantino y por tanto el suyo, contemplando al mismo tiempo la ruina de Majencio.

–Entonces, el nuevo césar tendrá que lidiar con sus propios problemas –dijo Osio, que sabía que estaba introduciendo un tema incómodo para su interlocutor.

De hecho, Majencio resopló. Mientras tanto, un tigre más agresivo, o solo más hambriento que las demás fieras, se abalanzó sobre la mujer arrodillada, que no hizo el menor ruido ni movió un músculo cuando las fauces del animal se cerraron sobre su hombro, zarandeándola en la arena. Justo después, se desgarraron trozos de carne y el público aulló impresionado. La mujer rodó despacio por la arena mientras se

le acercaban otras bestias. Los animales se cerraron a su alrededor en un momento, sin permitirle al público que viera cómo la descuartizaban. Desde su posición, Osio solo pudo distinguir sus extremidades, o partes de ellas, vibrando en la boca de las bestias después de que estas se las arrancaran.

–Eso es asunto suyo. Galerio prefirió a su sobrino antes que al yerno, pero lo preveía. Maximino siempre ha sido su perrillo faldero todos estos años. Sabía que no serviría de nada casarme con su hija… –sentenció Majencio.

De las muchas características que detestaba de Majencio, Osio no podía aguantar en especial su apatía. Había sido excluido de la sucesión, él que era hijo de un augusto y yerno de un césar, y ni siquiera se indignaba. Continuaba con su vida de joven heredero consentido que disfrutaba sus riquezas y privilegios, sin haber tenido nunca un cargo oficial ni haber asumido una responsabilidad administrativa o militar.

Eso no le convenía para sus proyectos. Necesitaba un Majencio más ambicioso y estaba preparado para explotar el aprecio que se había ganado con él para convencer a aquel libertino de que su destino era ser emperador.

–Te lo tomas con filosofía –apostilló–. Sin embargo, me he enterado de que a tu padre le ha costado mucho renunciar a su cargo de augusto en Milán. ¿Es verdad que una vez en el estrado, dudó mucho rato antes de pronunciar el discurso de despedida, tanto que los soldados, en un momento dado, empezaron a cantar su nombre animándolo a permanecer en su puesto?

–Eso me escribió –admitió Majencio–. Pero siempre ha sufrido la personalidad de Diocleciano. Por otra parte, si se hubiese negado a abdicar, ¿qué le habrían hecho? ¿Galerio y Diocleciano se hubieran jugado una guerra civil?

Justo lo que le hacía falta a Osio.

–Creo que sí. Tal vez por eso al final ha respetado la ley. Le interesa el bienestar y la estabilidad del imperio –dijo–, más de lo que le preocupa el destino de su hijo. Si hubiera seguido siendo emperador, podría haberte hecho césar, y Severo, que usurpa la función que te correspondería a ti, no podría haber hecho gran cosa por impedírtelo…

–Ahora, sin embargo, soy el amo de Roma –declaró Majencio–. Severo se establecerá en Milán, como mi padre, y si me porto bien, sin protestar, espero que al menos me haga prefecto de la urbe. A fin de cuentas, eso es lo que me importa; los demás pueden decir lo que les plazca, pero Roma es la que le dio vida a este imperio, y la historia recordará a quien reside aquí y es responsable de ella. Así que a mí me basta.

«Pobre inútil», pensó Osio. Cómo lo despreciaba… Lo tenía ya todo para aspirar al poder supremo, pero no hacía nada para ganárselo. Él, en cambio, había tenido que empezar desde abajo, labrarse apoyos y planificar una estrategia. Lo merecía mil veces más que él, y lo conseguiría, de una manera u otra. Usándolo, que era claramente indigno de ello.

–¿Y qué me dices de ese pretoriano que me aconsejaste que destinara a los interrogatorios de cristianos? –le preguntó Majencio–. El que durante el vigésimo aniversario quedó como un imbécil… Me han notificado que ayer se negó a participar en las torturas. ¿Por qué no está ahí en la arena con los cristianos, si considera que no merecen ser convencidos por las malas, cuando no quieren por las buenas?

–Tiene un currículum bélico impecable, príncipe –se justificó Osio–. He pensado que, si las cosas acabaran poniéndose feas y Severo te arrebatase todo lo que tienes por miedo a que puedas representar una amenaza, en el futuro te vendrán bien todos los hombres valientes. Pero ya he dado órdenes para que lo castiguen como es debido.

Majencio asintió, indicando que se le había agotado el interés por el tema, y Osio suspiró aliviado. El hombre que había alejado a su mujer de él no podía librarse con la muerte en el anfiteatro. Más bien tenía que hundirse cada vez más en el barro y satisfacer a diario sus ganas de revancha. Lo había escogido como el juguetito al que atormentar y con el que divertirse a su gusto, desahogando en él todas sus frustraciones, y lo usaría mientras fuese posible. A Majencio le había contado la verdad, por lo menos en una cosa: ya había tomado medidas para castigarlo por su insubordinación.

Un canto coral le llamó la atención. Se volvió de nuevo hacia el estadio y vio a los cristianos avanzando hacia el cadáver despedazado de la mujer que había demostrado firmeza ante la muerte. Caminaban todos cogidos de las manos y formando una sola línea, hombres, mujeres y niños, mirando al cielo y alabando a Cristo redentor. Las bestias dejaron de pelearse por los restos del cadáver y empezaron a moverse en su dirección. El público interrumpió los gritos y observó la escena conteniendo el aliento. El salto de un león sobre un anciano representó una especie de señal para los demás animales, que lo imitaron eligiendo una presa cada uno.

Los cristianos se dejaron atacar y despedazar aún cogidos de las manos y cantando mientras les fue posible. Osio vio a una mujer arrodillarse y rezar mientras, a un palmo de ella, un tigre devoraba a un niño que debía de ser su hijo. Cuando llegó su turno, le pareció incluso que estaba sonriendo.

Eran fanáticos, pero por suerte entre ellos también había muchas personas con sentido práctico como Melquiades. Y él necesitaba tanto a unos como a otros; serían el ejército inconsciente que lo conduciría

al poder.

Minervina no podía entender el motivo de toda aquella urgencia. Ni se atrevía a pedirle explicaciones a Constantino, al que veía muy nervioso y concentrado en lo que parecía una fuga en toda regla. El día antes estaba tranquila en casa cuidando de su Crispo, con la vaga perspectiva de tener que volver un día a Britania, donde fue emperatriz diez años antes. Ahora se sentía una fugitiva sin razón, y deambulaba por el imperio con la esperanza de llegar a un lugar seguro. De hecho, Constantino se limitó a decirle que solo estarían a salvo en la Galia. Por tanto, no debían detenerse más de un par de horas en las casas de postas, pidiéndole que durmiera todo lo posible en el carruaje.

Viajaron toda la noche llevando el carruaje casi al ritmo de un caballo, escoltados solamente por los cuatro guardaespaldas, tres bárbaros y un ciudadano romano, que Constantino se había llevado, aunque vestidos de civil y con las espadas como únicas armas. A pesar de consejo del compañero, no pudo dormir, pero en cambio, acunado por los movimientos del carro, Crispo no había tenido ningún problema. El amanecer la pilló casi aturdida por la agitación y la falta de descanso. Se sorprendió al verse en Bizancio, donde Constantino se dirigió rápido al puerto. Cuando estaban en el muelle, Minervina abrió las cortinas y admiró el paisaje que le ofrecían las vistas de la Propóntide. Al otro lado estaba Tracia, cuyas costas vio surgir en la neblina matutina de principios de verano. Constantino llamó a un capitán de un barco de carga y concertó con él un pasaje a la otra orilla, ofreciéndole una gran cantidad de dinero y exigiendo salir inmediatamente, pero sin revelarle su identidad.

Minervina se preguntó por qué no le dijo su nombre; el hombre se habría puesto en marcha de inmediato y tal vez ni le hubiera dejado que le pagara. Se avivó en su interior el temor a que tuvieran que huir de algo o de alguien y el miedo la invadió. Luego oyó que Crispo hacía ruido; se había despertado y quizá quería que lo cambiaran. O quizá tenía hambre. O, más probablemente, ambas cosas, creyó, intentando mantener la calma. Mientras fuera oía que Constantino perdía la paciencia, se obligó a concentrarse en sus deberes de madre. Eso era lo que su compañero esperaba de ella y no lo decepcionaría cayendo presa del pánico. Debía recordarse en todo momento que había sido emperatriz y que era la mujer de un personaje que aspiraba a convertirse en emperador.

Como solía hacer, quiso hacerse cargo en primera persona de las obligaciones relacionadas con el niño y lo cambió, dándole las telas sucias a la niñera. Luego la mujer le dio el cuenco con papilla y empezó a darle de comer a Crispo, cuando la distrajo lo que Constantino estaba diciéndole a uno de los guardaespaldas justo fuera

del carruaje.

–Te digo que no es posible que nos hayan alcanzado –susurraba su compañero–. En todo caso habrán ido a buscarme esta mañana y, al darse cuenta de que ya no estoy, mandarán a alguien para seguirme. A lo mejor lo están haciendo ahora. Por eso quiero zarpar ya; al cruzar la Propóntide, tendré una ventaja decisiva sobre cualquiera que Galerio haya enviado para seguirme.

–Pues yo estoy seguro de que aquel tipo nos está observando y que está aquí para avisar al emperador –le dijo el soldado, señalando supuestamente a un hombre no muy lejos de ellos–. Debe de haberlo enviado justo después del banquete para controlar tus movimientos. Tal vez estaba con alguien que, en este momento, habrá dado la vuelta para informar al augusto, mientras él se ha quedado para vigilarte. Galerio sabe que pasarías por Bizancio, por eso… Hazme caso, casi te doblo en edad y desde joven me acostumbré a seguir las marcas y las huellas en los bosques en mi tierra. Veo cuando alguien está siguiendo una presa.

–Si es así, tenemos que estar seguros –respondió Constantino–. Id a cogerlo.

Minervina no escuchó la respuesta, pero por las pisadas rápidas y pesadas entendió que el bárbaro había salido disparado para cumplir la orden de Constantino. No tuvo que esperar mucho para oír que volvía. El príncipe susurró:

–Metedlo en el carro, así no nos verá nadie mientras lo interrogamos. –Luego Constantino se asomó al interior del vehículo y le mandó que se bajara con el niño, la doncella y la niñera. Minervina quiso pedirle explicaciones, pero Constantino no parecía dispuesto a dárselas y ella no se atrevió a insistir, percatándose de que debía de tratarse de un momento delicado. Obedeció y, ya fuera, vio que su compañero subía junto con los dos bárbaros y un hombre inconsciente al que no había visto nunca.

Se resignó a esperar lo que Constantino pretendiera hacer. Dejó que la niñera se hiciera cargo del hijo y pegó la oreja intentando entender alguna palabra del interior del carro. Pero solo oyó murmullos en voz baja y, al cabo de un rato, gritos ahogados. Preocupada, quiso entrar para ver qué sucedía, pero luego se quedó bloqueada por temor a enfadar a Constantino. Tras un tiempo que le pareció interminable, su hombre salió del carro con uno de los bárbaros. Minervina pudo ver salpicaduras de sangre en su ropa, mientras él le decía:

–Vosotras subid al barco a pie, no hay tiempo que perder.

–¿Estamos en peligro, Constantino? –le preguntó.

Él la miró con dureza, luego relajó la expresión de repente, se le acercó, la acarició, le dio un beso al hijo y dijo:

–Si nos damos prisa en salir, espero que no.

Minervina recorrió con sus esclavas la pasarela que conducía al puente del barco, donde el capitán le mostró cómo acceder a la bodega. Después de ella, subió también Constantino, seguido de los bárbaros que sostenían el yugo de los caballos a los que estaba enganchado el carruaje. El príncipe instó imperativo al capitán a que saliera inmediatamente y el hombre les dio la orden de empezar a bogar a los remeros. La embarcación se separó del muelle y, guiada por el timonel, se dirigió hacia la boca del puerto, más allá del cual la tripulación izó la vela cuadra en el mástil. Ella, mientras tanto, junto a las otras mujeres y el hijo, se buscó un espacio bajo cubierta, a resguardo de las miradas curiosas de remeros y marineros.

Intentó distraerse meciendo al niño, pero el balanceo del navío empezó a causarle molestias y sintió náuseas. Trató de resistir, pero pronto sintió que tenía que vomitar. Así pues, le entregó Crispo a la niñera y subió al puente. El contacto con el aire libre y el viento de proa hizo que se sintiera mejor. Sin embargo, fue hacia la popa para evitar que la vieran si tenía que vomitar. Cuando llegó a la otra parte de la embarcación, vio su carro colocado junto a montones de mercancía y se acercó a la empavesada. En ese momento, distinguió a dos bárbaros y a Constantino izando un cuerpo por la borda; vio que tenía el rostro tumefacto y la nariz reducida a una excrecencia sin forma. Asimismo, le pareció ver que, en vez de una oreja, tenía un coágulo de sangre.

Pero no podía estar segura de lo que había visto. Un momento después, el hombre desapareció al otro lado de la empavesada y un ruido sordo atestiguó que se hundía en las profundidades del mar.

Entonces Constantino se giró y la vio. La fulminó con una mirada fugaz antes de que una sonrisa tranquilizadora se reflejase en su cara y le dijera con dulzura forzada:

–Esto no es para ti. Te basta con saber que ese hombre representaba una amenaza también para nuestro hijo.

Minervina le respondió con una sonrisa aún más forzada. «Sin duda es así», pensó. Debía ser así. Ella también habría recurrido a acciones extremas para salvar a su hijo.

–Dame otro –mascculló Sexto tambaleándose contra la barra de la taberna donde tenía la costumbre de buscar el olvido. Y aquella noche más que nunca necesitaba olvidarse de lo que le esperaba.

Probablemente la muerte.

La mujer encargada de distribuir la bebida vaciló un momento y le preguntó:

–¿No has bebido ya suficiente esta noche?

Sexto la miró incrédulo. Le costó enfocar los contornos de su cara, pero le pareció una muchacha muy joven y medianamente atractiva. No debía de tener más de veinte años.

–¿Quién eres, mi madre? –le respondió áspero.

La posadera adoptó una expresión compungida.

–Perdona. Soy de las que se meten en todo –respondió, más disgustada que ofendida, le pareció.

–Una pésima costumbre –contestó él, arrepintiéndose al instante. Pero no dijo nada más, porque ella le había dado el vaso, y en ese momento su contenido se convirtió en su prioridad; quería estar completamente inconsciente para cuando fueran a cogerlo. Porque estaba seguro de que irían.

Cuando vació el vaso miró a la mujer, que estaba lavando unos trapos.

–No te he visto nunca por aquí –le dijo, más que nada para que le disculpara por su comportamiento antipático poco antes–. ¿Eres nueva?

Ella se acercó.

–La verdad es que no. Es mi turno semanal de servir la barra. Normalmente estoy ahí detrás –respondió, señalando con un movimiento de cabeza la puerta que llevaba al prostíbulo contiguo a la posada.

–Extraño. Vengo casi todas las noches y no te he visto.

–A lo mejor no has reparado. Pero seguro que me has visto, porque te he servido otras noches también, soldado.

Sexto la miró mejor, intentando enfocar la vista ya nublada por el vino. No le decía nada. Pero no le parecía antipática.

–Entonces, normalmente entretienes a los clientes de otro modo…

–Eso es.

«¡Qué raro!», pensó. Pasaba casi cada noche de la taberna al lupanar en busca de una mujer que le regalase las mismas sensaciones que había vivido con Minervina, pero era inútil; no recordaba haberla visto ni siquiera allí.

–¿Y alguna vez hemos…?

La mujer asintió.

–Dos veces.

Sexto sacudió la cabeza.

–¿Y… cómo estuvo?

–Bastante mal, diría yo. Tal vez estabas muy borracho como para dar lo mejor de ti…

El pretoriano hizo una mueca. Poco después de que se hubiera marchado Minervina, se enteró de que se había ido con el hijo del césar Constancio Cloro, Constantino, a Nicomedia. Incluso pensó en ir a buscarla a Oriente, antes de darse cuenta de que sería inútil; ella volvería. No podría aguantar mucho tiempo sin él, al igual que él no podía vivir sin ella. No podría vivir con nadie más lo que vivían estando juntos y pronto se sentiría decepcionada con lo que le daba su

nuevo amante. Constantino tal vez aspirase a convertirse en emperador, pero jamás la haría sentir como la reina que sí la había hecho sentir él. Esperó mucho tiempo, por lo menos hasta que se enteró de que había tenido un hijo. Entonces se desmoronó toda resistencia y empezó a buscarla en las demás mujeres.

Pero las primeras veces que había estado con prostitutas ni siquiera llegó a excitarse. Cuando empezaban a tocarlo, casi le repugnaba un olor y un sabor diferentes a los de su amante, y todo le parecía más insulso. Tan insulso que, aunque las más expertas sabían cómo llevarlo a la excitación, toda llama se apagaba al poco tiempo por la desorientación que sentía cada fibra de su cuerpo. Tocaba un pecho y no era el suyo, besaba unos labios y no le recordaban ni de lejos a los suyos, metía el sexo allí donde le permitieran y solo sentía un lejano recuerdo de lo que experimentaba cuando ella lo abducía en las profundidades de su magnífico cuerpo.

Ella tenía dones que había descubierto con él y que le permitían amplificar sobremanera su placer. Ninguna otra mujer, incluso la más hábil y la más pasional, había recibido esos poderes mágicos de los dioses, y por mucho que se esforzara en darle placer, lo que Sexto vivía era tan solo una pálida sombra del éxtasis al que ya se había acostumbrado, y se cansaba pronto, dejándolo siempre insatisfecho, incluso frustrado.

Así las cosas, empezó a frecuentar el prostíbulo borracho con la esperanza de que el vino le diera la ilusión de sentir al menos un atisbo de las emociones vividas con Minervina. Pero no había funcionado tampoco de esa manera. Aun así, continuaba. Continuaba buscando, esperando encontrar a alguna mujer dotada de sus mismos y extraños dones. Pero sabía que ni aquello le bastaría; le faltarían también su entusiasmo, su ingenuidad, el placer insustituible de mirar el mundo a través de sus ojos de niña eterna y el contraste extraordinario y único entre su sensualidad de mujer en todo su esplendor y su naturaleza aniñada y perpetuamente inacabada.

–Siempre podemos repetir… –dijo al fin. Aquella muchacha lo estaba excitando, y eso ya era mucho más de lo que había recibido desde que se fue Minervina.

Ella le sonrió.

–Me llamo Melisa –respondió–. Salgo en una hora. Si no acabas tirado en la barra, búscame en el lupanar.

Sexto iba a responder justo cuando sintió que lo agarraban del hombro y tiraban de él con violencia. Tuvo que darse la vuelta y, ante él, creyó reconocer a cuatro compañeros.

–Tú te vienes ahora mismo con nosotros –le dijo uno de ellos. Eran chusma, los peores soldados que había conocido desde que entró en el cuerpo de los pretorianos, y no por casualidad también los habían

destinado al puesto de verdugos.

Cayó en la cuenta de que se había olvidado un momento del destino que le esperaba. Miró a la mujer con una sonrisa forzada y le dijo, encogiéndose de hombros:

–Una pena. Me parece que no tendremos otra oportunidad. Gracias, de todos modos, por hacer que me sintiera bien al menos una vez. –Le pareció que a ella se le humedecieron los ojos, pero no le dio tiempo a comprobarlo. Lo cogieron por los brazos y sacaron a rastras del local. Era de noche y llovía y el aguacero que le cayó de pronto hizo que se sintiera curiosamente como nuevo.

–A nuestros comandantes no les gustan los que desobedecen, amigo de los cristianos –dijo uno de los matones que lo arrestaron.

–¡Llevadme dentro y ahorradme los sermones, escoria carcelera! –respondió, del mismo modo en que los hubiera tratado si aún fuera tribuno.

En cuanto acabó la frase, un puñetazo en el estómago hizo que se doblara por la mitad, cortándole la respiración por un momento. Antes de que cayese al suelo, otro le propinó un puñetazo más, esta vez en toda la cara. Sintió una llamarada de calor en la mejilla y el ojo correspondiente dejó de ver. El estado de embriaguez no le permitió quedarse recto; se desplomó, pero uno de los pretorianos lo volvió a poner en pie y lo sostuvo, mientras los demás empezaron a ensañarse con puñetazos, codazos y guantazos contra él. Al poco, pensó que no le quedaba un centímetro del cuerpo, de la cintura para arriba, que no se hubiese llevado algún golpe. Se sintió como si una avalancha le hubiera pasado por encima, con tantas piedras como los palos que estaba recibiendo. Luego el hombre que lo sostenía lo dejó de repente. Cayó al barro y en el agua que corría por la calle, y cuando pensó que había acabado, volvieron los golpes, esta vez con las sandalias. Sobre él se abatieron un montón de patadas. Sintió que le palpitaban las extremidades, que se le rompían vértebras y huesos, que la sangre le brotaba más caudalosa que la lluvia que le repicaba en el cuerpo, hasta que solo le quedó el dolor.

No supo cuánto tiempo estuvo consciente, bajo la lluvia, sin poder moverse, antes de escuchar que una voz femenina le susurraba al oído que estuviera tranquilo. Intentó abrir el ojo que aún podía ver, pero la lluvia y la sangre le empañaron la vista. No pudo ni llevarse la mano a la cara para limpiarse, pero la voz le resultó familiar. Luego recordó que acababa de escucharla en el local. Era la mujer con la que había estado hablando. ¿Cómo se llamaba? No lograba recordarlo, pero le pareció entender que quería ayudarlo.

Esperó haber entendido bien.

–Solo el tiempo de comer algo y abastecernos. ¡Estaremos dos días

sin detenernos! –les ordenó Constantino a dos de sus compañeros en cuanto el reducido grupo de fugitivos se paró frente a la casa de postas. El príncipe se asomó al carruaje para asegurarse de las condiciones de su hijo y de Minervina: Crispo dormía y la mujer parecía cansada y asustada. Trató de tranquilizarla con una sonrisa fugaz, luego se llevó a los otros dos hombres e hicieron una batida alrededor del edificio. Era la primera parada que encontraba en Tracia después de una jornada de carrera desenfrenada para alejarse de la costa y no quería arriesgarse. Ya en Nicomedia sabían que había escapado y estaba seguro de que alguien le seguía los talones. Probablemente ya habían llegado al continente europeo.

«¡Maldito Licinio!», pensó, volviéndose a jurar que un día se la haría pagar. Lo que había averiguado tras torturar a aquel hombre en Bizancio lo dejó estupefacto, aunque no en demasía: desde el banquete con Galerio se dio cuenta de que el general se había lucido interponiéndose en su camino. Licinio intuyó enseguida su propósito de salir esa misma noche y mandó a dos de sus hombres a Bizancio para comprobar su fuga, y, como previó su hábil guardaespaldas, uno de los dos había vuelto para avisar a su comandante. Constantino ignoraba si a esa hora Galerio estaba metido en el asunto y había enviado él también a su gente para que le siguieran, pero estaba claro que su fuga inmediata le confirmaría al emperador las dudas que tuviese sobre sus ambiciones y desencadenaría una cacería por todo el imperio. Especialmente porque el augusto podía contar con otro césar leal a él, Severo, soberano de los territorios por los que Constantino estaba a punto de pasar.

Si no hubiera sido por Crispo, se habría ido solo, galopando incansablemente hasta estar a salvo en la Galia. Pero el hijo era su heredero, el que lo haría sobrevivir después de su muerte. Además, podía constituir un elemento de chantaje si lo hubiera dejado en Nicomedia, y un niño tan pequeño necesitaba a su madre, así que se había visto obligado a llevárselos a todos, con la consecuencia de tener que viajar con un carruaje que retrasaba más el paso con respecto a los perseguidores.

Examinó el edificio, formado por la fonda con la posada contigua, un almacén y un establo. Entró y contó una treintena de caballos. Habló con el caballerizo y compró un tercio, negociando el descuento por la entrega de los suyos. Luego llevó los animales frescos al carruaje y con la ayuda del hombre los sustituyó por los que había agotado, cambiando también su montura y las de sus hombres. Después esperó a que los soldados enviados a procurar avituallamiento volvieran. Los dos bárbaros salieron con tantos otros costales, indicándole que lo habían encontrado todo bien. Al parecer, nadie los había precedido, por el momento.

Minervina, que mientras tanto aprovechaba para estirar las piernas y que Crispo se moviera un poco, le preguntó:

–Nos vamos ya, ¿verdad?

–Vosotros sí. Yo os alcanzaré en breve –le respondió.

La mujer le lanzó una mirada inquisitiva, pero estaba acostumbrada a no discutir sus decisiones y agachó la cabeza asintiendo. Constantino asignó el carro a dos hombres de la escolta y observó cómo se alejaba el vehículo. Comió un rancho frugal fuera de la taberna, de pie, para que nadie pudiera describirlo a los perseguidores, luego observó la posición del sol y, tras calcular que había pasado al menos una hora desde la salida de Crispo, les indicó a sus dos hombres que le siguieran. Ya sabían lo que tenían que hacer, así que se limitó a dirigirse hacia el establo. Entró en el caserío, se acercó al caballerizo, sacó la daga y lo derribó de un golpe en la cabeza, mientras los bárbaros se ocupaban de los caballos. Uno tras otro, a los animales les cortaron los corvejones, y solo cuando ya no quedó ni uno a disposición de los perseguidores para el cambio, Constantino ordenó que dejaran el establo, se montaran a caballo y salieran hacia la siguiente posta.

Donde tendría que repetir la operación.

Se lanzó al galope hacia el carruaje del hijo, seguro de que por fin podría reunirse con su padre y empezar así una nueva fase de su existencia, ya no como rehén sino como auténtico príncipe heredero, comandante de ejércitos, héroe de guerra y administrador de un Estado.

Al fin corría hacia su destino sin ataduras y se sintió feliz.

CAPÍTULO XX

–¿Puedo probar yo? –le preguntó Osio al verdugo intentando ahogar con su voz los gritos del prisionero. El hombre asintió y le ofreció los dos instrumentos con los que había empezado a desollar al cristiano atado a la superficie de la mesa. Osio agarró el cuchillo con la derecha y la espátula con la izquierda y se acercó al pecho de la víctima, que mientras tanto luchaba por desprenderse de las correas que lo tenían inmovilizado. Por la parte contraria al corazón, observó el corte practicado por el torturador, que había levantado un jirón de piel, lo había doblado sobre sí mismo y lo había dejado en el cuerpo como una hoja. Le sorprendió la poca sangre que salía de la amplia herida.

–Debes prestar atención a no tirar demasiado, senador –le explicó el hombre, interpretando sus pensamientos–. Si no, se desangrará enseguida, haciendo que pierda el sentido y matándolo. Y eso no es lo que queremos, nuestra intención es redimirlo.

–Así que –continuó agarrándole las manos y guiándoselas con delicadeza hasta el prisionero–, corta con el puñal en diagonal, no en vertical, y hurga justo después con la espátula por el corte que has practicado, pero siempre en diagonal, sin dejar que te distraigan sus gritos y sus movimientos. Y presta atención, porque un repullo, tuyo o suyo, podría comprometer el trabajo.

Osio asintió y llevó el cuchillo a donde terminaba la incisión practicada por el verdugo.

–Entonces, buen hombre, ¿debo tirar o te declaras dispuesto a hacer sacrificios a los dioses? –se sintió obligado a decirle al cristiano. Con la esperanza de que mantuviese su obstinación, tenía que descubrir si el perverso placer que sentía al ver torturar a un hombre era solo una muestra de lo que sentía al infligir personalmente la tortura o si sería demasiado para él. Estaba en condiciones de hacerlo; se había ganado el privilegio de dirigir las operaciones contra los cristianos y pretendía sacarle el mayor beneficio posible, también en cuanto a conocer su propia esencia, para ver hasta qué punto era capaz de soportar la presión en asuntos para los que hacía falta un estómago fuera de lo normal.

El cristiano volvió a gritar su negativa y Osio apenas reprimió una sonrisa sádica. Empezó a empujar contra la piel, hurgando en la hendidura abierta por su predecesor. Los gritos del hombre aumentaron de intensidad de inmediato, pero descubrió que no le afectaba. Al contrario, le parecía incluso agradable ser la causa sin temer las consecuencias; le excitaba hacer con él lo que quería. Se

concentró en el trabajo de desollamiento, prestando atención a respetar las indicaciones del torturador. Pero se dio cuenta de que estaba cortando con demasiada suavidad, consiguiendo el único efecto de desgarrar la piel sin llegar a levantarla. Intentó inclinar un poco más el cuchillo y tirar más fuerte, luego se ayudó con la espátula para apartar la sección de piel que había perforado. Cuando por fin vio que se levantaba un buen trozo de piel, sonrió satisfecho, pero frunció el ceño de nuevo cuando le salpicó la sangre.

Miró abochornado al torturador, que con la mano le indicó que se lo tomara con calma. Luego miró al cristiano a los ojos. Necesitaba hacerlo para alimentarse de su dolor y usarlo como calmante para sus frustraciones. Por un instante, imaginó que era Sexto Martiniano y el pensamiento le provocó un escalofrío de placer por toda la espalda, que se le extendió por todo el cuerpo cuando el cuchillo cortó un trozo aún más grande de piel. Durante un momento se le ocurrió que podía mandar un monigote hecho con el pellejo del pretoriano a Nicomedia para que Minervina lo viese y lo reconociese, pero probablemente, a esa altura, no le causaría ningún efecto. Estaba enamorada de Constantino, tanto que había tenido un hijo con él, y en todo caso, con Sexto solo empezó a divertirse.

Sabía que tenía que marcharse. Se había citado con Melquiades justo en la puerta de la cárcel y seguramente el sacerdote lo estaba esperando fuera. Pero se deleitó con su nuevo pasatiempo un poco más, pillándole cada vez mejor el truco. Cuando se paró a contemplar su obra, que le había permitido arrancar la piel del pobre hombre en casi todo el pecho y el estómago, se dio cuenta de que el cristiano hacía rato que no se quejaba. Le miró la cara y parecía desmayado. Llamó al verdugo, en ese momento ocupado en arrancarle las uñas a otro cristiano y el hombre se acercó a echar un vistazo. Le palpó el cuello al condenado y luego sacudió la cabeza.

–El corazón se le ha parado. A veces sucede –dijo con indiferencia volviendo a sus obligaciones.

Osio se enojó. Ahora que empezaba a disfrutarlo… Fue a donde estaba el verdugo y le dijo:

–Me gustaría dedicarme también a este.

–Pero a este le estoy arrancando las uñas. ¿Crees que lo puedes hacer? –dijo el torturador.

Osio le miró las manos al cristiano. Dos dedos de la mano derecha terminaban en un bulto tumefacto y ensangrentado.

–No. Quiero practicar con el desollamiento –dijo, disfrutando con la expresión que se le dibujaba en el rostro a la víctima.

–Como quieras. Tú eres el jefe –respondió el verdugo encogiéndose de hombros.

–Eso es. –Osio se dirigió enseguida al cristiano con una mueva

burlona–. Hoy mismo tienes la suerte de ganarte la salvación eterna, sin tener que esperar la descomposición en la celda después de perder el uso de manos y pies… ¿Cómo te llamas?

–Me llamo Silvestre, y le temo más a traicionar a nuestro Señor que de morir en su nombre –respondió el cristiano, pero mientras tanto miraba aterrorizado el cuchillo que tenía Osio en la mano y, a su vez, a su correligionario, que acababa de morir bajo la hoja del senador. Osio pensó que quizá lo inmovilizaría tras los primeros cortes y le inquietó no poder practicar lo suficiente. Pero luego se le ocurrió algo.

–Silvestre… ¿Tú no te ocupaste de una mujer llamada Minervina y la acompañaste también en el bautismo?

El hombre lo miró atónito.

–¿Cómo lo sabes?

Osio soltó el cuchillo y la espátula. No podía torturar a un hombre al que Minervina le tenía tanto aprecio, como le había dicho. Además, su mujer lo describió como un hombre bueno y honesto. En el futuro podía resultar útil, cuando necesitara gente manejable para respaldar el poder de Constantino y por tanto el suyo.

–¡Tú! –llamó al verdugo–. Ve a llamar al hombre que espera frente a la cárcel y que venga aquí. Luego quédate fuera; no quiero a nadie más aquí dentro. Pienso convencer a este hombre de que desista de su locura y que les manifieste el debido respeto a los dioses y al Estado.

El torturador lo miró sorprendido, pero no pudo hacer otra cosa que obedecerle. Osio no le dijo nada a Silvestre hasta que apareció Melquiades, que entró cerrando la puerta tras él.

Cuando su amigo entró, Silvestre se puso tenso.

–¡Tú! –exclamó. También Melquiades se sorprendió e incluso se enfadó con Osio. El senador no tardó en tranquilizarlos a los dos.

–Cálmate, Silvestre, y tú también, Melquiades. Cualquier desacuerdo que haya entre vosotros debéis arreglarlo por el bien de la iglesia.

–Este hombre no es un hombre de Dios –protestó Silvestre–. ¡Fue el primero de nosotros que entregó los Evangelios y quemó incienso por los demonios! ¡Y ahora veo que es amigo de uno de nuestros perseguidores más feroces!

Melquiades, claramente enfadado con Osio, que había desvelado la relación entre ellos, iba a decir algo, pero el senador lo interrumpió diciendo:

–Te equivocas dos veces, Silvestre. Melquiades *es* un hombre de Dios y yo no soy un perseguidor. Pero tu compañero se preocupa por la iglesia cristiana mucho más que tú, que solo te preocupas por tu martirio y no piensas en la supervivencia de vuestro culto. Yo, por otra parte, estoy trabajando más que cualquier otro para que los cristianos superen esta tormenta, la última que se ha desatado sobre ellos, y vuelvan más poderosos e influyentes que antes, con un

emperador que los proteja y los haga prosperar.

Silvestre lo miró fijamente, visiblemente confundido.

–¡Estáis destruyendo nuestra religión, déjame de historias! Jesucristo no aceptó ningún compromiso con los fariseos ni los romanos y se inmoló en la cruz para no tener que renunciar a su misión…

–Pero, que yo sepa, Saulo de Tarso, a quien vosotros veneráis igual que a Jesucristo, buscó un camino para conciliar las exigencias de cristianos y no cristianos… ¿Cómo es eso de «Al César lo que es del César…»? –argumentó Osio–. Melquiades piensa, sensatamente, que ayudar al Estado a prosperar mediante sacrificios a los dioses que lo llevaron al máximo de su poder, es del todo compatible con ser cristianos. Y cuando acabe esta persecución, podréis volver a celebrar sin problemas vuestros ritos y le daréis las gracias a la gente como yo que os ha ayudado a sobrevivir.

–¿Así es cómo nos ayudas a sobrevivir, senador? –respondió Silvestre, señalando con un movimiento de la cabeza al hombre desollado vivo.

–Los más fanáticos de vosotros han provocado esta persecución –respondió decidido–. Su intransigencia y sus amenazas sobre el fin del mundo preocuparían a cualquier gobernante. Tenéis que aprender a ser más tolerantes y a estar de acuerdo con la sociedad en la que habéis elegido vivir. Melquiades y muchos de vosotros lo han entendido. Me gustaría que tú también lo hicieras. Te has encargado del alma de mi mujer Minervina, y ella siempre me habló bien de ti. No quiero sacrificarte si no me obligas. Por lo tanto, apartad vuestras absurdas disputas e intentad trabajar juntos para afianzar vuestro credo.

Silvestre calló unos segundos, mirándolos a él y a Melquiades. Osio se dirigió a este último:

–Explícale qué queremos hacer. Sin dar nombres.

Melquiades lo miró consternado, pero él asintió. El diácono se resignó.

–Bien, hemos tenido ya contactos con un personaje que, un día, podría ocupar el trono. No es cristiano, pero no tiene prejuicios contra nosotros. Si lo ayudamos a hacerse con la corona, él nos ayudará. Es fácil: necesitamos un protector muy importante para consolidarnos y llevar el mensaje de Jesucristo a quien todavía lo ignora, hasta que el cristianismo sea la más importante, si no la única, de las religiones del imperio.

–Ah, ¿sí? Y tal vez tú, Melquiades, entre tanto te haces con la tiara de obispo de Roma –comentó amargamente Silvestre.

–¿Qué tiene de malo? Ha sido el más prudente de vosotros, y en la cabeza de vuestra comunidad hace falta un político como él –intervino Osio–. A lo mejor no es ahora; le he aconsejado que se mantenga al

margen y que ahora no promueva ninguna elección. Un obispo sería el primero al que querrían atrapar las autoridades. Así que mantendréis un perfil bajo hasta que os lo diga yo.

–No me gustan estos juegos de poder. Jesucristo es humildad y no debe servir para satisfacer las ambiciones personales de quien actúa en su nombre –continuó protestando Silvestre.

–Vale, te he dado la oportunidad de librarte –se rindió Osio–. Eso solo significa que, en vez de llamar al verdugo y decirle que con la ayuda de un correligionario tuyo más razonable te he convencido para que quemes incienso, cogeré los instrumentos con los que he empezado a practicar y tú solo tendrás que rezarle a tu dios para que te mande un infarto, como al de ahí al lado.

Silvestre lo vio coger el cuchillo y la espátula, con una mirada que de un momento al otro se volvió de terror.

–Yo… De acuerdo, llama al carcelero –dijo a fin cuando los dos instrumentos se encontraban a un palmo de su pecho.

Tracia, Mesia y luego Dalmacia, después los territorios bajo la jurisdicción de Severo: Panonia, Nórico, Vindelicia y Recia. Fue un viaje interminable, duro y agotador como no habría esperado a través de todas las provincias danubianas del imperio. Minervina estaba exhausta y con frecuencia había tenido que reprimir ataques de llano para que Constantino no la viera en un estado que desaprobaría. Intentaba mantenerse fuerte, pero su hombre no parecía notar sus esfuerzos; se le veía constantemente preocupado y tenso y muy rara vez se permitía un momento de ternura con ella. Eran más frecuentes las manifestaciones de cariño hacia Crispo, al que a veces incluso se llevaba de caza, aislándose con él durante horas. En cambio, no sentía la necesidad de sacar momentos de intimidad con ella, en ninguno de los dos carros con los que habían empezado a viajar desde Tracia. En ocasiones, a Minervina se le ocurría que Sexto habría buscado el tiempo y el modo en cualquier circunstancia. Pero Sexto no aspiraba a ser emperador, y en su cabeza siempre podía reservar un rincón para ella.

Constantino no compartió muchas cosas, pero la mujer pudo entender que, si no se reunían con el padre, Constancio Cloro, se enfrentarían a serios problemas. Su hombre se limitó a explicarle que tenía muchos enemigos en la corte que lo querían muerto, y que el augusto podía dejarse persuadir de que lo persiguieran. A ella le parecía imposible que el hijo de otro augusto corriese esa clase de riesgos, pero reconocía que no sabía gran cosa de los equilibrios de poder. Cierto, había sido emperatriz, pero casi de broma, como una vez le explicó Osio, y de un pequeño reino imaginario.

En cualquier caso, estaba deseando llegar a Britania y retomar su vida de siempre. Sí, aquella isla un poco abandonada, sujeta a

invasiones bárbaras y en cierto modo menos civilizada que las demás provincias, sería la periferia del imperio y llevaría una existencia menos majestuosa que en Nicomedia, o que en Roma, pero después de un viaje como el que estaba a punto de concluir, cualquier residencia le parecería un palacio, por lo menos durante un tiempo.

Constantino le comunicó que en un día llegarían a Abusina, en el Alto Danubio. El río marcaba la frontera entre la diócesis de Panonia y la provincia de la Germania Superior, que formaba parte de las Galias. Y en cuanto lo cruzaran, se podrían considerar a salvo. Eso quería decir que, al otro lado de la frontera, la esperaban, por fin, una buena comida caliente y una noche de descanso en una cómoda cama en una fonda digna, y no una de las tascas en las que se había parado fugazmente para cambiarse y comer algo. Quizá también podría disfrutar de las comodidades de una gran ciudad gala, incluso de las termas, donde podría relajarse y recuperarse, antes de atravesar el mar que la llevaría hasta Constancio Cloro. Y tal vez, por fin, Constantino encontraría el tiempo y las ganas de pasar unas horas a solas con ella.

Cuando escuchó a uno de los bárbaros gritar que la frontera estaba a la vista sintió que recobraba la energía. Más allá del río se veía, gritó, el perfil del fuerte que defendía la frontera de la Germania. Le cogió las manos a Crispo y empezó a mecerlo, cantándole sonriente una nana al hijo. El niño, que llevaba días aburrido y nervioso, impaciente por el entorno angosto del carruaje e incluso, creía, por su compañía, recibió con desconfianza aquella repentina manifestación de alegría. Muchas veces en las semanas anteriores, al no atreverse a desahogar la tensión con Constantino, Minervina la había dirigido hacia el hijo, al que a veces hizo llorar sin querer. Se sentía una madre inepta y no tardaba en recuperar el control para volver a perderlo otra vez, y una vez más, cuando las ansias y las aflicciones de aquel viaje la asaltaban sin que Constantino se preocupase por despejarlas.

Iba a cambiar de humor cuando desde fuera oyó una frase que la estremeció:

–¡Hay un puesto de control en el camino, antes del fuerte!

–Entonces les ha dado tiempo a adelantarnos… Severo debe de haber puesto a alguien al final de cada camino de acceso al Danubio. Eso quiere decir que no pueden ser tantos. ¿Puedes ver cuántos son? –preguntó Constantino.

–Espera… creo que menos de diez.

–Son muchos –valoró el príncipe. Durante un momento hubo un silencio tenso que llevó a Minervina a sacar la cabeza por las cortinas para estudiar la situación. Luego Constantino añadió–: Solo podemos hacer una cosa. –Lo dijo con una seguridad y una rapidez que hacía suponer que hubiese pensado la solución desde el inicio–. Vosotros

continuad avanzando hacia esos auxiliares. Mi hijo, la madre y yo, en cambio, nos desviaremos e intentaremos llegar al fuerte más arriba. Si os preguntan, decid que sois soldados enviados por mí a mi padre Constancio Cloro, y que a dos de vosotros os acompañan vuestras mujeres. Seguro que sospechan, y supondrán que tú, Patricio, puedas ser yo, ya que respondes a la descripción que podrían dar de mí, y una de las mujeres del carro a Minervina. Se preguntarán dónde está mi hijo, pero tú les dirás que no hay ningún niño. Os pararán para hacer averiguaciones, y si encima queréis hacerles perder más tiempo, diréis que un niño ha muerto de hambre en el viaje. Tampoco creo que os arriesguéis tanto. Después de que aclaren que ninguno de vosotros es Constantino, podrían pensar que no tenéis nada que ver con mi huida y os dejarán seguir. Sin embargo, si no os creen e intentan haceros hablar por las malas, decidle que os separasteis de nosotros en Vindobona y no sabéis qué nos ha pasado.

Ninguno de los soldados se opuso, mientras que las otras dos mujeres, al escuchar lo que decía el príncipe, se mostraron preocupadas. Minervina no pudo evitar admirar el plan de su compañero, realmente lo había previsto todo desde Nicomedia, ya que de los cuatro guardaespaldas que había elegido había optado por un ciudadano romano que se parecía a él.

Sin embargo, luego la preocupación también se apoderó de ella. ¿Qué harían solos ahora?

Sexto Martiniano se despertó con su habitual dolor de cabeza. Y, como siempre, tardó un buen rato en darse cuenta de la identidad de la mujer que yacía con él en la cama. Era Melisa y lo miraba con dos ojos llenos de amor que lo incomodaron. Debía de llevar un rato despierta mirándolo. Sin decir nada, la abrazó y trató de reconstruir mentalmente qué había pasado la noche antes. En otra época, cuando era tribuno, podía dormir en sus propiedades cuando le apetecía, pero ahora, como soldado raso, solo podía evitar el cuartel por la noche corrompiendo a su centurión, al que le daba con regularidad una especie de paga para que le dejara quedarse fuera una o dos veces a la semana. En esas noches aprovechaba para ir a un prostíbulo a perseguir a sus sombras. Desde que conoció a Melisa, dejó de ir al suyo para no tener que dar cuentas de cuando tenía ganas de otra mujer que, esperaba, le hiciera vivir las sensaciones que buscaba. Pero ahora, con cierta regularidad, volvía a ella, le pagaba generosamente a su chulo y se la llevaba a casa, donde pasaba la noche emborrachándose y haciendo el amor.

Melisa lo amaba y él le había dado muchas posibilidades para conquistar su corazón. Pero la mujer, aun siendo una experta en la cama y dulce cuando estaba a su lado, le devolvía solo una mínima parte de las sensaciones que tenía con Minervina. Volvía siempre con

ella porque estaba desesperado por sentirse amado en una existencia que ya no le aportaba ninguna satisfacción, pero no podía considerarla ni una compañera ni una amante similar a lo que había sido el amor de su vida. Para él era una amiga con la que pasaba momentos placenteros y sabía que para ella era mucho más. Estaba seguro de que Melisa esperaba sus visitas ansiosamente y que conocía sus salidas por otros lupanares, pero nunca le había montado una escena ni se había quejado de forma alguna.

Ni siquiera cuando le hablaba de Minervina.

No lo merecía, y a veces le hablaba de ella para herirla intencionadamente y hacerle entender que no podía amar a un hombre tan ruin.

–Recuerdo cuando me despertaba con ella –necesitó decirle–. Enseguida buscaba sus labios para poder saborear el mágico mundo que encontraba en su boca. No había manera más emocionante de abrir los ojos y empezar el día.

Melisa lo miró sin disimular su tristeza.

–A mí también me gusta despertarme contigo. Haces que me sienta… importante –dijo, y Sexto no entendió si era ironía o un comentario serio. ¿Le estaba hablando de otra mujer y eso la hacía sentir importante?

Resopló y sacudió la cabeza, sonriendo amargamente.

–¿Importante? ¿Cómo es posible, si ni yo mismo lo siento? –declaró.

–Para mí lo eres –aseguró ella convencida–. Desde que me dijiste, en la taberna, que hice que te sintieras bien. Y además, si has amado tanto a una mujer, como yo nunca podré esperar ser amada por nadie, me halaga saber que sigues buscándome y estando conmigo. Significa que por lo menos, en parte, hago que vuelvas a sentir esas sensaciones.

«En realidad no es así», pensó Sexto, pero decidió no ensañarse. Necesitaba sus sentimientos y se dio cuenta de que ser importante al menos para ella era un consuelo que difícilmente podía evitar en ese momento de su vida.

La abrazó, pero como siempre, tuvo la sensación de frustración e insuficiencia que notaba cuando no sentía que el cuerpo le temblaba como le hubiera gustado al estar en contacto con una mujer. Con Minervina se hubiera demorado en aquel abrazo, pero con Melisa pensó que era suficiente. La acarició y se levantó, vistiéndose a toda prisa. Por otra parte, era hora de volver al cuartel. Se despidió con un beso en la mejilla, sin decirle cuándo volvería a buscarla la próxima vez, y le ordenó a uno de los esclavos que la acompañara al lupanar. Recorrió a pie las calles de la ciudad, pensando en la condena a la que estaba destinado: había tenido el privilegio de conocer y amar a una mujer con dones especiales, pero también la desgracia de no poseerla

para siempre, lo que le condenaba a no volver a sentir un placer y unos sentimientos aptos para su carácter. No podía compensar la aridez de su corazón y la incapacidad de disfrutar de las satisfacciones de su carrera, que ahora parecían estar cerradas. En ese momento, el suicidio le pareció la única solución para no pasar la vida lamentándose por lo que había perdido.

Después de todo, ¿qué sentido tenía continuar sobreviviendo? ¿Solo para que lo humillaran los compañeros, que lo ridiculizaban por su carrera «al revés»? Diocleciano había reducido el cuerpo de pretorianos a una simple guarnición ciudadana y ya no había oportunidad de distinguirse en la batalla, recuperando así el respeto de los superiores, que olvidaron muy pronto qué había sido capaz de hacer en la campaña de Britania. Y pasar el tiempo libre emborrachándose y compadeciéndose de sí mismo no era exactamente la manera en que había pensado disfrutar de la vida.

De repente, le pareció la única vía de salida. Casi había llegado al Castro Pretorio cuando decidió quitarse la vida. El Tíber estaba al otro lado de la ciudad e hizo un gesto de irritación; le hubiera gustado tirarse a sus aguas y hundirse hasta el fondo, simplemente desapareciendo de la faz de la tierra y ahorrándoles a los demás la molestia de celebrar su funeral, o simplemente de retirar su cadáver de la habitación donde se mataría.

Empezó a pensar en el momento y la manera de hacerlo. Pero el alboroto que parecía reinar en las torres del fuerte le llamó la atención. Gritaban, pero no entendía lo que decían. Los centinelas estaban reclinados sobre el pretil y hablaban con los compañeros de la corte, otros corrían por las almenas. Intrigado, aceleró el paso. Desde hacía tiempo, la vida en la urbe pasaba perezosamente y los pretorianos habían sido relegados a tareas de policía, sin que nunca ocurriese nada apasionante o espectacular. El imperio había alcanzado realmente la plena estabilidad con Diocleciano, con la institución de la tetrarquía y, más allá de las redadas contra los cristianos y de las tensiones relacionadas con la persecución –que por otra parte no le interesaban mucho a la gente–, pocas cosas turbaban el orden público.

Cuando cruzó la entrada del campamento permanente, vio delante de él a un gran número de soldados corriendo para reunirse frente a la tribuna. En el estrado vio al prefecto Ruricio Pompeyano, que tenía los brazos levantados invitando a guardar silencio. Él también corrió en esa dirección y se paró a los pies de la tribuna y le preguntó al compañero que tenía al lado:

–Pero ¿qué pasa?

–Algo terrible… terrible… –dijo el hombre sacudiendo la cabeza.

–¿El qué? –Lo cogió de un brazo y lo sacudió.

–Estamos acabados… –se lamentó el soldado.

Le iba a insistir cuando por fin reinó el silencio y el prefecto empezó a hablar:

–¡Soldados! –comenzó–. Estoy aquí para confirmaros que, por desgracia, la noticia de la que habéis escuchado hablar es verdad. Somos el cuerpo más prestigioso y antiguo del imperio, hemos participado en campañas y guerras como las dacias y las góticas, que hicieron a Roma más gloriosa y poderosa, nos hemos distinguido siguiendo a los soberanos más audaces, con una historia que ninguna otra unidad del imperio puede reclamar… Sin embargo, la ingratitud de los emperadores no conoce límites. ¡A los tetrarcas no les ha bastado con reducirnos a guarnición ciudadana y arrebatarnos la posibilidad de conquistar los laureles en la batalla, no! Hace tan solo unos días, el nuevo césar Severo se instaló en su capital, Milán, y uno de los primeros edictos que ha decretado ha sido… ¡la disolución del cuerpo de pretorianos!

Un grito coral de desaprobación se elevó desde las filas de soldados. Sexto se sintió abrumado y se sorprendió. Estaba convencido de que ya no le importaba nada más, y sin embargo aún quería visceralmente al cuerpo en el que se había dejado un ojo de la cara para entrar.

El prefecto volvió a pedir silencio y le costó conseguirlo.

–¡No hay duda de que somos víctimas de los juegos de poder! Severo, que no puede quedarse en Roma porque tiene que vigilar las fronteras septentrionales de la zona que le pertenece, no quiere en la urbe un potente ejército que apoye a un posible usurpador, que podría ser nuestro príncipe Majencio. Y, de hecho, en vez de nombrarlo prefecto, como hubiera sido justo, envía aquí a un hombre de su confianza. Mientras en Milán estaba el augusto Maximiano, podíamos dormir relativamente tranquilos porque estaba en la ciudad su hijo, de quien nada tenía que temer el emperador. Pero ahora, Severo tiene miedo de que Majencio quiera construir un dominio propio, y a pesar de haberlo dejado gobernar en Roma, ¡le quiere quitar las tropas! Pero yo mismo hablaré con el príncipe para convencerlo de que defienda nuestra causa, incluso con la fuerza si es necesario. Severo se acaba de instalar y no se arriesgará a una guerra civil solo para poder borrarnos de la faz de la tierra. Es demasiado débil, y Constancio Cloro no le ayudará. ¡Ya veréis cómo conseguimos mantener alto nuestro estandarte y seguiremos realizando grandes hazañas!

Los soldados aclamaron el nombre de Ruricio Pompeyano, pero también el de Majencio, y Sexto se vio uniéndose a los coros. Buscaba una razón para vivir y ya la había encontrado: defender el cuerpo del que quería formar parte y reconstruir su carrera a través de las posibles luchas que vendrían.

Por fin volvía a sentirse vivo.

–Deja el caballo. A partir de aquí tenemos que seguir a pie si no

queremos dejarlo cojo –le dijo Constantino a Minervina. La mujer dejó escapar un largo suspiro y obedeció. Luego miró abatida la ladera rocosa y boscosa que tendría que atravesar y dijo–: ¿Y el niño?

–Lo llevaré yo –respondió Constantino, que cogió en brazos a Crispo, echándoselo a la espalda. El niño hizo unos sonidos confusos de aprobación, como siempre hacía cuando sabía que podía jugar con el padre. El príncipe se puso en marcha, haciéndole una señal con la cabeza a la mujer para que le siguiera–. Ya verás que lo conseguimos –creyó oportuno tranquilizarla–. Al otro lado de estas rocas está el Danubio. Ya nadie nos puede encontrar. Se trata de hacer un último esfuerzo.

–No temas, no te retrasaré –respondió Minervina, y Constantino esperó que fuera así.

Subieron llevando los caballos de las riendas, hundiendo los pies en el sotobosque plagado de hojas y arbustos. Pero después la ladera se volvió dura y ondulada, salpicada de piedras, grietas y hondonadas, y su ritmo se ralentizó aún más. De vez en cuando se giraba para ver si Minervina seguía detrás y a veces la ayudaba a superar un punto más escarpado o un desnivel. Con todo, estaba satisfecho con ella; creía que se quejaría más durante un viaje que pondría a prueba el ánimo de cualquier matrona que no estuviera para nada endurecida por el esfuerzo. Como compañera no resultó tan estimulante como había pensado: era infantil en la cama, insaciable, frenética, sin esa sólida sensualidad que poseían mujeres más conocedoras de su atracción. Asimismo, era un par de años mayor que él, bastante mayor, en definitiva. Así pues, pronto sintió la necesidad de permitirse aventuras y relaciones con otras mujeres, de las que siempre había mantenido a Minervina al margen, por miedo a hacerle daño; era frágil e ingenua y todavía la veía muy enamorada de él. Y a fin de cuentas, seguía siendo la madre de su hijo: un mérito que no subestimaba. Tenía ya casi treinta años y sabía apreciar el valor de un heredero.

Cuando llegaron a la cima, le hubiera gustado orientarse mirando abajo, pero la densidad de los árboles se lo impedía. Le dijo a Minervina que se sentara y descansara un rato; él también estaba cansado, sobre todo por haber llevado al pequeño Crispo en la espalda.

–Ahí abajo debe de haber una aldea. Le pediremos una barca a un pescador y que nos lleven al otro lado –le explicó–. Después de eso, llegar a la ciudad será pan comido y desde allí solo tendré que presentarme al decurión para que nos dé de comer y nos ofrezca la posibilidad de viajar cómodamente hasta la costa gala.

–Me alegro. Parece que este viaje no termina nunca… –señaló Minervina–. Un día lo recordaremos como nuestra aventura más emocionante.

Constantino sonrió, pensando en todas las hazañas mucho más emocionantes que había realizado en batalla, y en todas las que esperaba llevar a cabo en el futuro. Antes de ponerse en marcha otra vez, vio que uno de los dos caballos estaba cojo y tuvo que matarlo. Les quedaba un único animal, con el que empezaron un descenso tan complicado como el ascenso. Pronto los árboles empezaron a menguar en número y Constantino pudo ver entre las ramas el escenario del gran río que corría a sus pies. Mirando por sus orillas, vio al otro lado el fuerte de Abusina al que pretendía llegar, y poco después pudo ver el centro habitado que esperaba encontrar en su orilla. Aceleró el paso, jugueteando con Crispo y animando a Minervina, que parecía estar ya en las últimas. Al final, tras verse obligado a renunciar también al caballo que le quedaba, alcanzó los primeros edificios; no parecía que la civilización romana hubiese llegado a aquella sombría aldea fronteriza, caracterizada en su mayor parte por cabañas de barro y paja y caseríos de madera y con muy pocas estructuras de piedra.

Se fue directo a la orilla, bajo la mirada curiosa y recelosa de los pocos habitantes que se cruzó, y le preguntó a un anciano si había algún barquero en el lugar. Al mismo tiempo, exhibió una bolsa que meneó ostentosamente en las narices de su interlocutor, haciendo tintinear su contenido para que lo oyeran todos los que se habían parado a mirar a los recién llegados.

–En realidad no hay ninguno, pero si buscas a Verso, seguro que él te lleva si le pagas bien –respondió el hombre, que luego le indicó a dónde ir. Llamó a la puerta de la casa de aquel tal Verso, pero le abrió una mujer que le dijo que esperara a que el marido volviera de cazar. Constantino aprovechó para pedirle algo de comida para Crispo, y lo mismo hicieron él y Minervina.

Pasadas un par de horas, el hombre se presentó en casa y Constantino tuvo que empezar un arduo regateo. Verso le mostró que la corriente era fuerte y que el esfuerzo requerido para llevarlos a la otra orilla era enorme. Constantino no tenía intención de darle todo lo que llevaba consigo; siempre podía servir en el fuerte, donde de todas formas contaba con recibir préstamos de las autoridades. Pero no estaba tranquilo con la presencia de los soldados del puesto de control en el camino más cercano. Después de todo, había caminado pocas horas y no debía de haberse alejado demasiado de la guarnición. Así pues, tuvo que aceptar un precio disparatado y solo entonces el hombre salió de casa y los condujo hasta la orilla.

Mientras se acercaba al río, alguien agarró del brazo a Constantino. Se giró y vio que era una mujer anciana.

–Presta atención si eres el príncipe al que todos buscan –le dijo–. Mi hijo sirve en una legión acuartelada en Nicomedia y me ha dicho que admire a ese príncipe. Por eso te digo que hace dos días estuvieron

aquí dos hombres que prometieron dinero a quien avisara de la llegada de un personaje importante con una mujer y un niño a la zaga.

Constantino confió en que Minervina no la hubiera escuchado; la miró y vio que, por suerte, estaba distraída con Crispo. Le sonrió a la mujer asintiendo y se dirigió apresuradamente al barquero, que había empezado a aflojar los cabos de su embarcación, una barcaza para transporte fluvial de modestas dimensiones, más útil para la pesca que para la carga. Le indicó a Minervina que subiera y la mujer dio un paso adelante con el niño. Acababa de subir a la barca cuando Constantino oyó el inconfundible ruido de las pezuñas de caballos al galope. Miró en la dirección por donde le llegaba el sonido y, a lo largo del río, vio que se acercaban dos caballeros. Mostró su molestia por no haber encontrado enseguida a aquel Verso; estaba claro que alguien había aprovechado el tiempo en que había estado comiendo para ir al puesto de control a avisar a los hombres de Severo.

–¡Zarpa, venga, vamos! –le gritó a Verso para que sacase a su mujer e hijo del alcance de los perseguidores. Después desenvainó la espada y se preparó para enfrentarse a ellos, mientras Minervina gritaba de terror. Avanzó hacia ellos con la intención de meterse entre los dos caballos y soltar un tajo en los corvejones para que se cayera al menos uno de los enemigos. Pero cuando estuvieron cerca, ambos se separaron y un caballero se dirigió hacia la embarcación, y mientras el otro se encargaba de Constantino apuntándole con una lanza, se bajó de la silla de montar y saltó a la barcaza, poniéndole la espada en la garganta a Crispo.

El príncipe no pudo hacer otra cosa que tirar la espada y levantar las manos.

Minervina no supo qué hacer frente a la espada que apuntaba a la garganta de Crispo. Estrechaba al niño entre los brazos, pero la punta de la espada bailaba frente al rostro del hijo sin posibilidad de escapar. Y Crispo, que no se daba cuenta del peligro, la tocaba con los dedos.

La desesperación invadió a la mujer. Miró a Constantino, que le devolvió una mirada fugaz, para recomendarle que se quedara quieta y no hiciera ninguna tontería. Pero no tenía intención de hacer nada, al menos no con su hijo tan expuesto al peligro.

–Aquí tenéis dinero si nos dejáis marchar –dijo Constantino, señalando una bolsa que llevaba en el cinturón.

–Nos lo llevaremos de todas formas después de matarte –fue la respuesta del que tenía la lanza.

–¿Os han ordenado que me matéis? Dudo que una orden de ese tipo venga del emperador –respondió el príncipe. Minervina se asombró con su sangre fría, pero no veía cómo podía escapar a un destino que parecía ya escrito.

–De todos modos, viene de muy arriba. Y está bien pagada –respondió el jinete.

–De Licinio o de Severo, supongo. Severo es tu jefe, ¿verdad?

El hombre no respondió, pero su silencio era claro.

–Podríais iniciar una guerra civil cuando se entere mi padre. ¿Estáis seguros de que queréis hacerlo? –siguió provocándoles Constantino.

–No se enterará nadie. Desaparecerás y punto.

–Aquí hay testigos. –Constantino señaló a la gente de la aldea, que asistía atónita y en silencio a la escena.

–Por tu culpa ya no habrá ninguna aldea. Dentro de poco aquí arderá todo, los habitantes con sus miserables cuatro chozas. Al salirte del camino principal los has condenado a todos –susurró el hombre para que no le oyeran los espectadores. Pero sus palabras llegaron a oídos de Minervina.

La mujer miró al oriundo que los iba a transportar al otro lado. El hombre le devolvió la mirada, indicándole que lo había escuchado. El soldado que sujetaba la espada contra Crispo no se dio cuenta de que la amenaza también había llegado a sus oídos y continuó sin prestarle ninguna atención.

Minervina, desde ese momento, mantuvo la mirada fija en Verso. El hombre empezó a tener sudores fríos por no saber cómo actuar. Ella quería decirle que actuara pronto; el otro soldado atravesaría a Constantino de un momento a otro.

–Bueno, lo has intentado, príncipe. Ya es suficiente –dijo el hombre que seguía montado a caballo, y sus palabras fueron como una señal para el nativo. Verso se abalanzó sobre el soldado, mientras Minervina, por instinto, intentaba cambiarse de sitio con el niño. El pescador empujó al militar, que perdió al equilibrio y cayó al agua. Constantino vio la escena y, con un recorte inesperado, se colocó de lado con respecto a la lanza que lo amenazaba y la agarró con las dos manos, tirando con violencia de ella. El jinete también perdió el equilibrio y cayó de la montura, pero Constantino, en vez de echársele encima, desenvainó la espada y corrió hacia el otro soldado, que justo en ese momento estaba saliendo del agua y, con la espada en la mano, se dirigía hacia Verso.

El nativo había separado la barca de la orilla y, con Minervina y Crispo, intentaba alejarse de él, metiéndose en el agua a suficiente altura como para que no les alcanzara. Sin embargo, el hombre los siguió y pudo agarrar el borde con una mano. Pero inmediatamente después, Constantino lo cogió, soltando un mandoble con la espada que le cortó el peto de cuero por el lateral, provocándole un corte del que brotó sangre. Este dio un grito salvaje, se dobló sobre sí mismo por un momento, pero luego recuperó la posición de defensa. Constantino volvió a agredirle. Los dos lucharon con el agua casi al

cuello y mientras tanto, el otro soldado se acercaba por detrás del príncipe.

–¡Cuidado! –gritó Minervina para avisarlo. En ese momento, Verso cogió un remo y empujó al herido, que se tambaleó hacia delante, cayendo contra la espada del príncipe. La hoja, esta vez, penetró hasta el fondo, pero eso anuló a Constantino frente al ataque desde atrás. Levantó la espada para cambiar de posición con su víctima, que recibió el golpe que iba dirigido a él. Ahora a Constantino le dio tiempo de extraer la hoja. El jinete hizo lo mismo y los dos se encontraron frente a frente. El príncipe comenzó a acosar al adversario con golpes para que retrocediera, y Minervina comprendió que lo hacía para alejarlo de Crispo y de ella. Los duelistas llegaron casi a la orilla y no había duda de que el soldado no podría resistir frente a la fuerza física superior y la mayor destreza con la espada de Constantino. El príncipe insistió, hiriéndole en el brazo, que empezó a sangrar, y luego en el muslo, donde le abrió un tajo. Llegaron casi al caballo del soldado y el hombre vio una vía de escape. Puso al animal entre él y el adversario e intentó subirse a la silla, pero la herida del muslo le impidió hacer el impulso necesario para subirse.

–¡Cuidado! ¡Os quería quemar vivos! –les gritó Verso a sus paisanos–. ¡No dejéis que escape!

Un grupo de oriundos formó un semicírculo enseguida frente a la trayectoria que podría recorrer el hombre que, mientras tanto, había conseguido montarse en el caballo. El jinete espoleó al animal, pero la carrera del caballo se desvaneció enseguida, ya que se vio rodeado por los paisanos. Presa del pánico, empezó a soltar mandobles a diestro y siniestro, arrancándole la parte superior del cráneo a un hombre, cuya cabeza se abrió como una cáscara. La suerte de la víctima asustó a los demás, que aflojaron la presión, y el auxiliar habría conseguido abrirse camino si Constantino no se le hubiera echado encima, cogiéndole la otra mano y tirándolo al suelo. Ya una vez en el suelo, el príncipe le dio una patada en la cabeza, dejándolo aturdido. Estaba en condiciones de no hacer daño y se lo dejó a los habitantes de la aldea que, enfurecidos, lo rodearon gritándole insultos.

Constantino apartó a uno y le dijo:

–Haced desaparecer los cuerpos ahora mismo y negad que yo u otro haya estado aquí. Así no os harán nada.

El hombre asintió y luego fue a participar en el linchamiento. Minervina oyó un grito desgarrador, luego vio que uno de los habitantes levantaba un brazo, con los fragmentos y los filamentos colgando por donde lo habían cercenado del busto.

Constantino no prestó atención y se acercó a la barca dirigiéndose al pescador:

–Te has ganado el dinero, Verso. ¡Muy bien! Y ahora, llévanos a

Germania antes de que manden más –le pidió, subiendo con ellos y abrazando a su compañera e hijo.

Minervina dio un profundo suspiro de alivio y se abandonó al abrazo, deseando que no terminara nunca.

CAPÍTULO XXI

Britania, julio de 306

–Los caledonios no nos molestarán durante un tiempo, hijo mío –dijo el emperador, que veía a los bárbaros retroceder ante la envión de las legiones–. Has sido muy hábil atrayendo su ejército a la batalla. Nosotros no lo habíamos conseguido nunca antes de que llegases tú. Siempre nos hemos tenido que enfrentar a grupos pequeños y no habíamos logrado una victoria decisiva.

–Pero esta victoria solo será decisiva si consigo cortarles la vía de escape, padre –contestó Constantino, que había dejado la primera línea, con el caballo agotado por el continuo ir y venir a la retaguardia para comunicarse con el augusto–. Déjame que ataque con la columna que he preparado en los bosques al lado del campo de batalla y verás cómo te entrego el triunfo.

–Te lo entregarás a ti mismo, y con razón. ¡Venga, adelante! –respondió el padre con voz jadeante. Constantino se preguntó si no sería mejor, para Constancio, quedarse en el muro esperando el resultado de la campaña en vez de recorrer aquellas tierras inhóspitas, frías y pobres, en las cuales solo podían estar a gusto aquellos salvajes pintados de azul. No estaba bien y se notaba. Desde que se reunió con él en la costa gala, lo encontró envejecido y más hinchado, y en los meses siguientes no había hecho más que empeorar. Estaba muy preocupado no solo por su salud, que parecía irremediablemente consumida, sino también por su debilidad, que acentuaba notablemente su condición de inferioridad frente a los demás tetrarcas, todos solidarios entre sí y con sus enemigos jurados. Había incluso que temer que se unieran e invadieran sus territorios. En sus condiciones, Constancio no sería capaz de oponer resistencia.

Desterró aquellos pensamientos de su mente y se lanzó de nuevo a la batalla, obligándose a concentrarse solamente en el combate. Subió a un caballo fresco y cabalgó al galope hacia el contingente de auxiliares alamanes que había ocultado a la vista del enemigo, justo en el flanco del terreno al que había atraído a los caledonios. Entró en el bosque y permaneció dentro el tiempo que necesitaba para que no lo vieran, observando entre los árboles los movimientos de las tropas imperiales, que aplastaban a los adversarios que huían. Había que darse prisa. De lo contrario, el armamento ligero de los bárbaros, que los había penalizado en el enfrentamiento contra los legionarios con el equipo pesado, les permitiría alejarse rápidamente y evitar perder el grueso de sus guerreros.

Se reunió con los aliados y se acercó a su rey, Croco.

–¡Seguidme, amigo mío, y te conduciré a tu mayor victoria! –le gritó.

–¡Estoy contigo, príncipe! –le respondió el soberano, un anciano adusto e imponente con la cara repleta de cicatrices.

Constantino se puso a la cabeza de la columna, como había hecho en todas las operaciones militares que el padre le había permitido dirigir como segundo al mando desde que llegó, y ordenó atacar. Los alamanes avanzaron entre los árboles intentando mantener la cohesión a pesar de la presencia de los troncos, y cuando aparecieron en la llanura donde se desarrollaba la batalla se encontraron más allá de la línea caledonia. Constantino comprobó que las unidades independientes se reagrupaban, luego las guio de nuevo adelante para cortar el campo de batalla en horizontal y crear una barrera frente a la huida de los bárbaros. Los caledonios vieron que iban contra el enemigo y empezaron a frenar y detenerse, sin saber qué hacer. Por detrás de ellos, de hecho, se acercaban los legionarios.

Constantino les ordenó a los alamanes que avanzaran unos junto a otros, con calma e inexorablemente, para cerrar en un cerco al enemigo. En cuanto los bárbaros a su mando empezaron a marchar, muchos caledonios cayeron víctimas del pánico y tiraron las armas, mirando a su alrededor en busca de una escapatoria. Algunos probaron la senda de los bosques, pero los perseguidores que tenían detrás se estaban cerrando en media luna sobre ellos, y pronto no tendrían salida ni por los laterales. Otros, al verse perdidos, lanzaron un rugido de guerra y se lanzaron de forma individual contra la barrera alamana. Pero los bárbaros atacaron sin ninguna coordinación entre sus filas, uno o dos a la vez, y sus ataques se hicieron añicos uno tras otro contra la barrera auxiliar. Mientras tanto, los legionarios que tenían detrás cada vez se acercaban más.

Los alamanes lo tenían muy fácil con los exaltados que se lanzaban contra ellos: los atravesaban o los despedazaban con mandobles entre dos o tres al mismo tiempo, y cuando los guerreros adversarios intentaban saltarlos desplegando impresionantes saltos acrobáticos, la segunda fila levantaba la espada en alto y los enemigos acababan sobre las hojas y terminaban empalados. Los torsos desnudos pintados de azul se teñían de rojo, y frente a la barrera de alamanes empezaron a amontonarse pilas de muertos. Constantino continuaba animando a sus guerreros, matando a su vez a cualquiera, entre los caledonios, que se le acercase pensando que podría vanagloriarse de haber matado a un general romano. Después vio a un hombre a caballo contra sus líneas, uno de los pocos, y el único que disponía de cota de malla y casco. Debía de ser su rey, o al menos un jefe importante. Observó que Croco dejaba sus filas y avanzaba hacia el prestigioso adversario. Entonces espoleó al caballo y cabalgó en dirección al rey alamán y se acercó gritándole:

–¡Déjamelo a mí! –y continuó al galope hacia el enemigo.

Con el rabillo del ojo, vio al anciano soberano asentir y sonreírle con orgullo, luego dirigió toda su atención al caledonio. Era un hombre

robusto que sobresalía sobre su caballo. Próximo al enfrentamiento, el bárbaro se alzó sobre el lomo del animal, cogió impulso y, con la espada en la mano, saltó sobre él. Constantino intentó desviarse, pero era demasiado tarde. Vio que le caía encima con todo su peso y el impacto lo tiró al suelo. Los dos cayeron en el barro casi al mismo tiempo, rodando unos metros y aferrándose el uno al otro.

Ambos habían perdido sus armas en el impacto y empezaron a darse puñetazos. Alrededor, los hombres se detuvieron y observaron el duelo, como si de él dependiera el resultado de la batalla. El caledonio le asestó un fuerte cabezazo a Constantino, sin poder coger demasiado impulso, pero el suficiente para romperle un pómulo. El romano se quedó un momento aturdido y el adversario aprovechó para despegarse e ir a por su espada. El príncipe se recuperó del momentáneo entorpecimiento justo a tiempo para rodar hasta el flanco y evitar el mandoble que le lanzó el bárbaro con seguridad. El caledonio, con un rugido de frustración, continuó blandiendo la espada, pero Constantino ya estaba fuera de su alcance y otra vez en pie. Sin embargo, su espada estaba detrás del adversario y no sabía cómo defenderse ni pretendía huir entre sus líneas.

El hombre avanzó hacia él recuperando un aire de seguridad y sonriendo burlonamente, seguro de que le iba a ganar. Por orden de Croco, un alamán se acercó y le lanzó una espada al romano que se clavó en el suelo, a pocos metros de él. Pero Constantino decidió ignorarla; si quería ganarse el corazón de los hombres tenía que arreglárselas solo. Fijó la mirada en la espada del caledonio y siguió sus movimientos buscando el momento y la trayectoria del siguiente golpe. El hombre se le echó encima y cargó el brazo. Constantino se quitó el yelmo y se lo puso en el puño izquierdo, que chocó con la hoja actuando como escudo. Sintió un dolor agudo, pero pudo aprovechar el desconcierto del rival para saltar a un lado y tirarse sobre su espada, la cual recogió rápidamente y enseguida se puso en posición de combate.

Sin darle tiempo para recuperarse al caledonio, lo atacó con varios mandobles. El hombre detuvo algunos y esquivó otros, pero no recuperó la estabilidad en las piernas y la energía de Constantino acabó desequilibrándolo. Tuvo que apoyar una rodilla en el suelo y fue entonces cuando el romano lo alcanzó en el hombro, abriéndole un considerable tajo en la cota de malla. El caledonio dio un grito feroz y se retorció, ofreciendo el otro hombro. Constantino no lo dudó y le golpeó de nuevo, ahora a la altura de la escápula. La estocada fue tan de cerca y con tanta potencia que atravesó el acero y se clavó en el hueso, provocando una explosión de sangre cuando sacó la espada. El hombre se desplomó en el suelo, temblando jadeante, con los ojos abiertos como platos y un chorro de sangre saliéndole por la boca.

Poco después dejó de moverse.

De las filas romanas y las de los alamanes se alzó al unísono un grito:

–¡Constantino césar! ¡Constantino césar!

Para ellos era el césar legítimo.

Así que llegó el momento. Parecía que ya se daban todos los elementos para llevar a cabo lo acordado con Elena, pensó Constancio Cloro mirando a su joven mujer e hijos. A Teodora la rodeaban las hijas, Constancia, Eutropia y Anastasia, y los hijos Constancio y Dalmacio, con quien se quiso reunir en Eboracum, justo por debajo del muro. Llevaba todo el día jugando con ellos y los había analizado para tratar de comprender quién, en el futuro, podría competir en determinación y valor con Constantino, y ver si merecían participar en el reparto del imperio. Pero concluyó que en realidad eran demasiado pequeños para poder crearse una opinión de ellos. Tendría que confiar en la lealtad de Constantino y en la ayuda del Sol Invicto para que tuvieran un destino digno de los hijos de un emperador.

Constantino les había infligido una humillación decisiva a los caledonios, pero los pueblos al otro lado del muro siempre estaban en continua tensión y no tardarían mucho tiempo en reorganizarse y aprovechar los escasos recursos de los que disponían los romanos en la isla para renovar las incursiones. A lo largo del Rin eran cada vez más frecuentes las invasiones de los francos, de los alamanes y de los brúcteros, y un soberano no podía estar en todas partes. Y el imperio, ahora, estaba en manos de Galerio, que había puesto al frente de los otros dos sectores a hombres de su confianza. Constancio se sentía cercado por enemigos externos e internos y ya no tenía fuerzas para hacerles frente ni para defender a sus cinco hijos y su mujer.

No tenía duda de que los otros tetrarcas aprovecharían su debilidad, de un modo u otro. Y sus hijos pagarían más que los demás. Si los soberanos no estaban ya planificando alguna acción conjunta contra él era solo porque no se había filtrado lo de su enfermedad, pero circulaban rumores por el imperio, y algún dignatario o enviado a su corte de su parte en los últimos tiempos tenía que haber informado de que no estaba en muy buena forma. Tal vez Galerio podría promulgar, «por el bien del imperio», una ley para destituirlo y elegir a un augusto de su agrado cuando estuviera seguro de que él no podría reaccionar. Desde que Diocleciano abdicó por cansancio, parecía legítimo que un emperador renunciase al poder si ya no podía administrarlo.

Y él ya no estaba en condiciones.

Constantino, en cambio, tenía un temperamento muy diferente. Estaba hecho de la misma madera que él a su edad, pero tenía algo más en cada ámbito: era más decidido, más fuerte, más ambicioso,

más implacable, más inteligente, más valiente… El hijo primogénito era el único recurso del que aún disponía para salvar lo que había construido y a su familia. Siempre y cuando le transmitiera todo el poder que necesitaba.

Oyó que estaba llegando. Lo sentía por los gritos de los soldados, que lo saludaban entusiasmados a su paso. Le había precedido su fama, cuando llegó a la Galia, y hasta la consolidó en los meses en que luchó a su lado, asumiendo cada vez más autonomía en las operaciones bélicas y demostrando ser un comandante con dotes excepcionales: infatigable, previsor, valiente y astuto. Ahora debía saber asimismo si estaba dispuesto a todo, con tal de realizar sus ambiciones, porque solo si hubiera sido así podría hacer frente a lo que le esperaba: una tarea incluso superior a la que se había enfrentado él para alcanzar el trono supremo de Occidente.

–¿Me has llamado, padre? –Constantino entró en el triclinio con su caminar habitual e impulsivo.

Constancio lo miró con admiración; era como si el mundo entero tuviera que inclinarse ante él cuando apareciera.

–Hijo, necesito hablar contigo. Vamos a mi *tablinum* –le respondió, levantándose y dirigiéndose hacia su oficina.

–Hemos hecho hablar a los prisioneros caledonios. Podrían conducirnos hasta los refugios de sus compañeros. Podríamos organizar una expedición al norte, para evitar de una vez por todas más ataques y poder volver al continente con total tranquilidad –sugirió Constantino.

–Cada cosa a su tiempo, hijo.

–Pero… He leído la correspondencia de tus legados… En el Rin nos necesitan ya –argumentó el joven.

–Nos necesitan en todas partes. Y yo estoy demasiado enfermo para estar en todas partes.

–Está bien, déjame aquí y ve tú al continente. O al revés –insistió Constantino.

Ya habían llegado los dos al despacho. Constancio tomó asiento en su escritorio, mientras que el hijo se sentó enfrente.

–Haremos más que eso –respondió el emperador–. Haremos que puedas ir a cualquier parte y con toda la legitimidad posible.

Constantino lo miró sin comprender.

Constancio sacó un frasco de una caja que tenía en la mesa, lo apoyó en el escritorio y lo empujó lentamente hacia el hijo.

–Esto es un veneno que me hará pasar del sueño a la muerte sin que me dé cuenta. Quiero que me lo des ahora mismo.

El joven desencajó los ojos.

–Evidentemente, estás de broma –dijo cuando se recobró de su asombro.

–En absoluto. Podría tomármelo yo. Pero quiero que lo hagas tú de forma consciente.

–En primer lugar: ¿por qué quieres hacerlo? Y en segundo: ¿por qué quieres que lo haga yo?

–Quiero hacerlo porque me estoy muriendo, pero con demasiada lentitud, y mi debilidad me expone a las ambiciones de los demás tetrarcas. Y quiero que lo hagas tú porque tengo que estar seguro de que siempre sabrás hacer lo que sea necesario para defender tu poder –respondió.

Constantino se levantó de golpe de la silla y empezó a caminar con la cabeza agachada por la estancia mientras reflexionaba.

–He visto cómo te adoran los soldados –continuó el padre–. Está bastante claro que te considerarían su emperador, como si fuese yo. He hablado con los jefes auxiliares y también con mis legados: todos te admiran, de forma incondicional, y si por ellos fuera, te deberían haber nombrado césar. Además, les he dado a entender que serías un comandante generoso. Recientemente he guardado mucho dinero, previendo una copiosa donación tuya a la tropa. Croco es un viejo amigo mío y ya sabe qué tiene que hacer cuando llegue el momento.

–Para Galerio me convertiría en un usurpador… –consideró Constantino.

–Aquí no serías ni el primero ni el último –resopló Constancio–. Pero serías un usurpador más poderoso y temible que el actual emperador legítimo, o que yo mismo. Y eso haría muy difícil atacarte. Si yo ahora te hiciera césar y siguiera con vida, añadiríamos un soberano a la tetrarquía, rompiendo la palabra dada a Diocleciano, y todos se unirían para atacarme. En cambio, si quedas solo tú, Galerio tendrá que llegar a un acuerdo contigo; ya no es un hombre que afronte riesgos gratuitos y tendría que aceptar el hecho consumado. Sobre todo porque conoce muy bien la influencia que tienes en los soldados y sabe que tus legiones lucharían hasta la muerte por defender tu derecho al trono. En definitiva, seguiríais siendo cuatro.

Constantino seguía reflexionando.

–Me estás pidiendo que haga algo que me pesará toda la vida, padre –dijo.

–No si las cosas marchan como espero –explicó Constancio con decisión–. A mí me ahorrarás una larga agonía, a ti un destino sombrío e inmerecido, y a mis otros jóvenes hijos la muerte tal vez.

–¿La muerte? –preguntó asombrado el hijo.

–Eres un joven inteligente, Constantino. ¿De verdad crees que este sistema de gobierno reinará tras la muerte de Diocleciano? –lo interrogó–. Si no se ha echado a perder todavía es solo por el respeto al anciano. Maximiano nunca aceptó renunciar al poder, su hijo Majencio aspira a lo mismo que tú, y con el tiempo cada vez más

serán los hijos, los sobrinos, los cuñados y los familiares de los tetrarcas quienes reclamarán su derecho a subir al trono. La idea de Diocleciano era buena para restaurar el imperio, pero para llevarlo adelante y mantener su cohesión hace falta un único emperador y una sola dinastía, o como mucho dos, para Oriente y para Occidente. Sin embargo, de este modo, pronto los potenciales herederos comenzarán a matarse entre ellos, y los más débiles sucumbirán. Y en este momento, los hijos de Teodora son los más débiles, pero tú eres el más fuerte: quiero que estés en condiciones de protegerlos a ellos y a ti mismo.

Constantino soltó un suspiró, pero Constancio conocía lo bastante a su hijo para saber que aquella propuesta lo atraía mucho.

–No podría volver a mirar a mi madre a la cara si colaborase en tu muerte –comentó.

Constancio sonrió.

–No solo tu madre está de acuerdo, sino que ha sido idea suya –respondió, seguro ahora de que el hijo lo apoyaría.

Constantino frunció el ceño. Constancio estaba seguro de que la mueca de su boca era una sonrisa reprimida a duras penas.

–Entonces dame ese frasco –respondió al fin el joven–. Además, dado que te irás esta noche, me dará tiempo a contarte el plan que he acordado con la nueva fuerza del imperio para que mi poder sea más resistente.

Constancio suspiró aliviado, satisfecho por haber tomado la decisión correcta.

Los soldados, formados en dos filas, golpearon rítmicamente las empuñaduras de las espadas contra los escudos en cuando se encendió la pira fúnebre. El cadáver de Constancio Cloro, augusto del imperio de Roma, empezó a arder y un fuerte olor a incienso se expandió por el aire. Minervina siguió la mirada de su hijo Crispo, que parecía hipnotizado por el crepitar de las lenguas de fuego que ascendían hasta el cielo llevándose los restos mortales de su abuelo.

Constantino acababa de terminar la oración fúnebre, en la que elogió los numerosos méritos del padre y celebró sus triunfos, su equilibrio y el sentido de la justicia que había caracterizado todas sus acciones. Había deseado públicamente poder conseguir por lo menos una parte de sus éxitos, pero Minervina estaba segura de que tenía intención de superarlos, y con mucho. No estaba segura de conocer a fondo a Constantino, pues era un hombre tan escurridizo que nadie, creía, podría jamás acceder a sus pensamientos más recónditos. Pero sí tenía la certeza de una cosa: no era un hombre que se conformara fácilmente, y esto hacía que estuviera siempre angustiada: por mucho que lo amase, estaba convencida de que no estaba a su altura, que no era digna de él, y no por el linaje. Simplemente, no se sentía lo

bastante fuerte y capaz como para poder estar al lado de un hombre de tanto valor y temía a todas horas perder su amor. De algún modo, esa inseguridad hacía que se pegara cada vez más a él y que estuviera cada vez más disponible y fuera más condescendiente, y sufría al verse poco considerada, a menudo casi olvidada, una sensación que nunca llegó a sentir con Sexto Martiniano, a pesar de lo que luego supo de él.

Desde el día anterior, por ejemplo, apenas le había dirigido la palabra. Se notaba que había algo que le preocupaba y absorbía su atención, pero como siempre, no quiso compartirlo con ella. Evidentemente, una vez más no la había considerado a la altura de formar parte de sus reflexiones. Luego, por la mañana llegó la noticia de la muerte del emperador. Se había marchado durmiendo, y Teodora, su mujer, le confió entre lágrimas que la noche anterior les mostró un cariño, a ella y sus hijos, que no había demostrado nunca. Fue, dijo, como si hubiera presagiado su final y hubiera querido despedirse de sus familiares con la mayor dignidad, avisándoles de los peligros que les esperaban y recomendándoles que tuvieran fe ciega en Constantino, en caso de que le ocurriera algo a él.

Ahora, entonces, estaban todos en manos de su compañero y señor. Sin embargo, por lo que entendió, el propio Constantino no se encontraba en una situación segura, y el primero sobre el que pesaban los peligros era precisamente él. ¿Qué sucedería ahora que había desaparecido el hombre que le había protegido y le había dado protección de sus enemigos?

–¡Constantino Augusto! –Un grito aislado se elevó sobre la multitud de soldados y guerreros apiñados alrededor de la pira.

–¡Constantino Augusto! ¡Constantino Augusto! –Los gritos se multiplicaron.

Pronto se convirtieron en un solo coro, tan potente que sacudía los terrenos que rodeaban la ciudad de Eburacum. ¡Los soldados querían a su hombre como emperador! Era una posibilidad que no había imaginado en lo más mínimo y que la perturbó. Luego vio una columna compuesta por los auxiliares, con su típico vestuario multicolor, las túnicas de rayas bajo los petos de cuero, los nudos en el pelo y los escudos variopintos, las hachas en el cinturón, entrando con arrogancia entre las dos alas dispuestas de soldados romanos. A la cabeza estaba el rey Croco, a quien solía ver junto al augusto. Se dirigieron hacia la pira funeraria, donde ya solo ardían las brasas, estos también aclamando a Constantino como augusto.

El hijo del emperador fallecido estaba de pie frente a la hoguera, imponente y escultural en su recia figura. Los alamanes lo rodearon poco a poco, hasta que Minervina no pudo verlo. Crispo le preguntó qué estaban haciendo y por qué su padre había desaparecido; tenía ojos solo para él, y con casi tres años mostraba ya un marcado espíritu

de emulación hacia él. La mujer no supo qué responderle, pero no tardó en volver a verlo: sobresalió por encima de las cabezas de los bárbaros, subido sobre una tortuga de escudos, mientras los gritos que asociaban su nombre al cargo de emperador aumentaban de intensidad. Cuando los legionarios lo vieron elevado en alto, sus vítores crecieron aún más. Algunos rugían de alegría, otros continuaban golpeando las espadas contra los umbos, otros seguían avanzando hacia él intentando tocarlo. Parecían realmente felices ante la perspectiva de tenerlo como comandante supremo o soberano.

Minervina se preguntó qué le pasaba por la cabeza a Constantino en ese momento. Aceptar sus peticiones significaría convertirse en un usurpador. Y ella ya había estado ligada a un usurpador, y precisamente en Britania. Parecía que el Señor le estaba dando una nueva oportunidad, y tal vez no por casualidad. A su lado, ahora, podría hacer mucho más por los cristianos, aunque en la zona del imperio sometida a Constancio nunca hubiese tenido que interceder ante la familia imperial para devolverles la dignidad a sus correligionarios, ya que más allá de algunos cristianos destituidos de cargos de prestigio, no había pasado nada abominable.

Le dijo a Crispo que se fijara en su padre, que lo llevaban sobre los escudos. Los alamanes, mientras tanto, comenzaron a moverse, formando de nuevo una columna que crecía con la presencia de los legionarios. De aquello resultó un desfile espontáneo que se dirigió hacia la tribuna del campo de entrenamientos, contiguo al campamento cerca de Eburacum. El niño señalaba emocionado a su padre, contento por su curiosa postura. Constantino se mantenía con inestable equilibrio sobre los escudos, tratando de mantenerse al menos sentado, levantando a veces un brazo y saludando a los soldados que más lo aclamaban o que reconocía, llamándolos por su nombre. Al final lo dejaron en el estrado, adonde el joven subió con gran seguridad, elevando ambos brazos para pedir silencio. Los soldados se colocaron alrededor de la tribuna y sus vítores disminuyeron hasta convertirse en un murmullo.

—¡Soldados! —gritó Constantino—. En este momento de gran dolor para mí, me dais una gran alegría al manifestarme vuestro cariño, y os doy las gracias por ello. Después de terminar el elogio fúnebre por mi padre, me veo obligado a hablaros otra vez, y esta vez de mí mismo. Porque un hombre que disfruta de la consideración de soldados como vosotros, que se han forjado bajo el mando de un general hábil como mi padre, puede llegar realmente a cualquier parte y realizar cualquier proeza. El imperio sufre graves amenazas, y lo que hace falta para protegerlo de aquellos que lo quieren destruir es justo una gran cohesión y camaradería entre un general y sus soldados. No sé cuántos comandantes más de Roma pueden jactarse de semejante privilegio. A

juzgar por vuestras manifestaciones de afecto, yo puedo, ¡y esto me capacita para defender el imperio igual que quien ya lo gobierna!

El joven hizo una pausa dejando que los soldados lo aclamasen, luego, a su señal, volvió a hacerse el silencio. Minervina vio que comían de su mano.

–En este momento –continuó–, Roma carece de alguien que asuma la responsabilidad de tutelarla en la Galia y Britania, y no es un lujo que el imperio pueda permitirse. Al único augusto que queda, Galerio, le llevará bastante tiempo nombrar a un cuarto tetrarca, y es complicado que consiga encontrar a un hombre que sea tan válido como mi padre, quien fue elegido por el gran Diocleciano en persona y que demostró en repetidas ocasiones no ignorar, como administrador y general, las expectativas que su mentor había puesto en él. En este tiempo, las poblaciones bárbaras, que se han enterado de que Constancio Cloro ha muerto, podrían aprovechar para lanzar sus ataques. Y el imperio podría sufrir daños irreparables, antes de que la burocracia siga su curso. ¿Queréis que vuestras familias y vuestros amigos de la Galia o aquí en la isla corran peligros solo porque tenemos las manos atadas?

El grito de negación fue global.

–Entonces, solo se puede adoptar una solución. Me habéis propuesto como augusto. Pues bien, me hago cargo de esta función y, al mismo tiempo que la muerte de mi padre, le daré a Galerio también la noticia de vuestra decisión de elegirme emperador en su lugar, pidiéndole que la ratifique. ¡Seré el cuarto tetrarca si queréis! Y esperemos, por vuestro bienestar y la seguridad de vuestras familias, que el augusto tenga la sensatez de entender que es la mejor solución y la más racional y que nos dé su aprobación. ¡Si no lo hace, le demostraré con los hechos y con mi valor que merezco el cargo que le pido! A partir de este momento, por tanto, soy vuestro emperador, y mi primera preocupación será la de premiaros por el respeto que habéis demostrado por la memoria de mi ilustre padre, ¡concediéndole un funeral digno del hombre que era!

A Minervina le impactó una ovación de una intensidad sin precedentes e instintivamente le cubrió los oídos a Crispo. Por tanto, volvía a ser la compañera de un emperador. O, mejor dicho, de un usurpador. «Pero esta vez –pensó– no seré una mujer ajena al privilegio que me he encontrado, indolente y apática como lo fui anteriormente con Alecto. Esta vez actuaré como emperatriz, pidiéndole expresamente a mi marido que legitime mi posición, y, además, ayudándolo como hicieron las mayores mujeres de la historia romana, empezando por Livia Drusila, la mujer de Augusto».

Constantino valía infinitamente más que Alecto y se merecía a una mujer mucho más inteligente que la que se casó con Alecto. No provocaría que se buscara otra mujer. Sería ella a la que necesitaría. A

costa de cambiar de actitud.

CAPÍTULO XXII

–¡Esto es inaudito! –Majencio salió de la piscina del *caldarium* de sus termas privadas y pidió una toalla con la que secarse, mientras Osio, encantado con el cariz que habían tomado los acontecimientos, ideaba las palabras para llevarlo a donde quería conducirlo.

–¡Sal tú mismo a la calle y echa un vistazo si no te lo crees! –le respondió al hijo de Maximiano–. Te digo que está desfilando una procesión de las imágenes de los nuevos tetrarcas y Constantino es césar junto a Maximino Daya. Galerio ha reconocido su usurpación, pero no el título de augusto que le habían otorgado los soldados, y que le ha asignado a Severo, obviamente.

–Por los dioses… Ahora cualquiera que disponga de un puñado de soldados puede hacerse elegir emperador, y mi suegro es demasiado miedoso para meterlo en vereda… Solo han pasado tres meses desde su usurpación y, en vez de invadir sus territorios, Galerio ratifica su fechoría… –comentó amargamente Majencio.

–Bueno, tú también tienes un puñado de soldados… y de la mejor clase, puesto que se trata de los pretorianos –insinuó Osio.

Majencio lo miró perplejo.

–¿Qué quieres decir? ¡Yo no he hecho nada!

–A lo mejor ese es tu error…

El príncipe reflexionó.

–¿Quieres decir que tendría que haberme comportado como Constantino? –dijo al fin.

–A ver, los pretorianos están muy descontentos por el trato recibido por el nuevo augusto –precisó Osio–. Los ha rebajado y humillado a policía ciudadana, reduciéndoles los sueldos a nivel de simples legionarios. Se trata de un cuerpo con un fuerte orgullo y estoy seguro de que recibirían con alegría la oportunidad de recuperar el prestigio apoyando las ambiciones de un príncipe de sangre imperial. Sobre todo, porque amaban a tu padre, y combatirían gustosamente por su hijo.

Majencio suspiró.

–Ahora hablamos de desatar una guerra civil, y yo sería el único pretendiente al trono que no tiene experiencia militar –admitió–. Moriría, hablemos claro. Creo que ese es el motivo por el que Galerio, en su momento, no me tuvo en cuenta a pesar de ser su yerno. Él quiere soldados.

Osio siempre había despreciado la actitud de renuncia de aquel cobarde descendiente de un augusto. Constantino estaba hecho

realmente de otra pasta. Sin embargo, tanto a él como a Constantino les hacía falta un Majencio más intrépido.

–Pero tú estás en Roma, los demás no –insistió–. Tienes la tradición de tu parte. Y si alimentas las dudas sobre tu pericia militar, invoca a tu padre; estoy seguro de que aprovechará la oportunidad de volver a entrar en juego, aunque solo sea para apoyar tu candidatura.

Majencio continuó pensando y argumentó:

–Pero Severo está en Milán. Tardará poco en reaccionar.

–Y tu padre está en Lucania, en un retiro que le queda muy cerca. Además, los soldados de los que dispone Severo son los que han militado con Maximiano, y no lucharán de buena gana con un ilustre desconocido con su querido comandante.

–Pero los pretorianos deben obediencia al vicario de Severo, Abelio. Es su prefecto. No lograré convencerles –continuó lamentándose Majencio.

–¿Acaso dudas de que acogerían gustosos tu propuesta de librarse de él y un rico donativo para convencerles de que hablas en serio? Una vez que estés en el poder, que Galerio lo reconozca o no, podrías acceder a las arcas públicas y restablecer su retribución habitual. Con promesas de ese tipo, te apoyarían a capa y espada, sobre todo si les dices que le has solicitado consejo a tu padre.

–Y según tú, ¿debería irme tranquilamente al Castro Pretorio y decirles a sus tribunos que se rebelen y me apoyen? Abelio me mandaría arrestar de inmediato. –Majencio se mostraba todavía escéptico.

–Si me lo permites, podría ocuparme yo –le presionó Osio–. No creo que tenga ningún problema en sensibilizar, con discreción, a sus tribunos acerca de tu causa. Con respecto a Abelio, está claro que primero debes dejarlo en condiciones de no poder hacer daño. Pero también en este caso puedo ocuparme yo; tengo una buena relación con Luciano, el responsable de la distribución de carne a los ciudadanos, y sé cómo meterlo en problemas. Tú solo tendrás que escribirle a tu padre para convencerlo de que te ayude, y preparar un discurso para los soldados. Pero estas tareas no deberían resultarte difíciles, eres un buen retórico.

Majencio lo miró de repente con desconfianza.

–¿Y por qué te expones así? Tú también te jugarías el cuello…

–Pero yo lo haría por una buena causa –respondió espontáneo Osio, que sabía que debía mostrarse convincente–. Yo te sirvo a ti y a tu padre desde hace años, y no veo por qué el trono de Occidente lo debe ocupar un soldado anónimo y no tú. Cuando os ayudé a limpiar otra vez Roma de fanáticos y alborotadores cristianos, lo hice por vosotros, no por el recién llegado. Y además, ¿recuerdas que Constantino me quitó a mi mujer? Tú serías mi revancha contra él, en cierto modo… y

en el futuro podrías hacerle la competencia.

–¡Ah! Galerio no se atreve a atacarle en sus dominios ¿y tengo que hacerlo yo? ¿Y solo para satisfacer tu afán de revancha? ¡Estás loco! –comentó con desprecio Majencio.

–Cada cosa a su tiempo –respondió tranquilo Osio–. Pensemos ahora en hacernos con el poder. Luego veremos cómo usarlo mejor.

Majencio pareció relajarse.

–Que así sea, entonces. Probemos. Les preguntaré a los oráculos sibilinos para saber si los dioses me son favorables –dijo.

Osio suspiró aliviado. La primera parte del gigantesco fresco que estaba llevando a cabo se había puesto en marcha. Tomó nota mentalmente de hablar también con el arúspice de Majencio y de tener que desperdiciar dinero también con él: el crédulo del príncipe no se movería sin la aprobación de los dioses.

Ahora, sin embargo, tenía que empezar a mover al segundo peón. Y era una tarea especialmente desagradable, ya que se trataba de Sexto Martiniano.

Sexto Martiniano sabía que debía volver al cuartel. El dinero que le había dado al centurión no bastaría para cubrir un permiso también por la mañana. Pero no podía abrir los ojos, que le pesaban por el vino que se había bebido la noche antes. Alargó la mano y sintió la presencia de un cuerpo femenino a su lado, pero no pudo recordar si se había llevado a casa a Melisa o a una meretriz cualquiera. No obstante, luego notó el aliento de la mujer, que le respiraba en la cara y comprendió que se trataba de ella; solo Melisa se ponía a mirarlo mientras dormía o descansaba, como si él fuese la cosa más bella del mundo o valiese la pena contemplarlo durante horas.

–¿Ha amanecido? –preguntó con voz pastosa, sin estar seguro de que se le pudiera entender.

Pero Melisa ya lo conocía bien.

–Desde hace rato, cariño. Hará ya tres horas que salió el sol.

Y podría jurar que llevaba observándolo desde entonces, pensó Sexto.

–Entonces tal vez es mejor si te vas ya –la instó–. Y yo también.

–Como quieras –respondió condescendiente la mujer. Nunca montaba escándalos. Iba a verle cuando se lo pedía, incluso avisándola poco antes, y lo dejaba cuando se lo ordenaba, contenta por haberle podido regalar unas horas de distracción. No pedía nada, incluso dándole tanto. Sin embargo, no había podido rozar ni de lejos el recuerdo de Minervina. Y se sentía impulsado a escapar de su amor apasionado y desinteresado para seguir viendo a otras mujeres para recordarse a sí mismo que jamás podría sustituir a la única a la que había amado. Aun así, no era capaz de estar sin Melisa más de una semana. Cuando se daba cuenta de que se había hundido más aún en

la abyección, volvía con ella para nutrirse de su sentimiento y sentirse otra vez un ser humano decente.

La utilizaba y eso le daba vergüenza. A pesar de que fuese una prostituta, no se lo merecía.

Antes de irse, Melisa, todavía atenta, lo ayudó a vestirse. Cuando salió, un esclavo le afeitó la barba y se preparó para llegar al cuartel. Pero el guardia le anunció una visita. En cuanto le preguntó quién era, detrás del hombre apareció una figura que conocía demasiado bien.

–He ido al Castro Pretorio y me han dicho que estabas de permiso, Sexto Martiniano –dijo Osio sonriendo–. Necesitaba urgentemente hablar contigo, así que me he tomado la libertad de molestarte.

Sexto se quedó de piedra. Nunca habría pensado que su peor enemigo pudiera entrar en su casa y, al parecer, sin intenciones hostiles. No se habían encontrado nunca y mucho menos habían estado cara a cara desde que estaban en Roma. Por instinto, observó el puñal que solía tener en el escritorio y que había pertenecido a su padre. En ese momento habría sido fácil usarlo…

–Ni lo pienses. –Osio intuyó lo que estaba pensando–. Aparte de los dos guardias que me esperan ahí afuera, y que no te dejarían salirte con la tuya, has de saber que matarías al único hombre que puede permitirte cambiar el rumbo que has tomado y ofrecerte la posibilidad de recuperar tu dignidad.

–¿Y cómo conoces el rumbo que he tomado? –respondió con desprecio.

–Te sigo desde hace mucho tiempo, aunque no lo sepas.

–Ah, ¿sí? ¿Y por qué? Para cubrirte las espaldas, naturalmente. Temes que te haga pagar tus culpas, antes o después… –insistió.

–No. No se le teme a un despojo como tú, sino que se le estudia para entender qué está dispuesto a hacer para levantar cabeza y reconquistar lo que perdió.

–Entonces quieres utilizarme. ¿Y crees que dejaré que me utilices… tú, además?

–¿Por qué no? Tú me utilizarías a mí para dejar atrás la vida miserable que llevas. A no ser que no te guste, por supuesto… En cuyo caso, me he equivocado de persona y puedo marcharme ya. No he venido para ver al borrachuzo y putero, holgazán y hombre despojado de ambiciones que eres ahora, sino para dirigirme a lo que queda en ti del pretoriano orgulloso de pertenecer a su cuerpo, valiente y hambriento por alcanzar los más altos grados a los que llegaste un día. Pero tal vez ese ya no existe… –dijo Osio, dándole la espalda y dirigiéndose a la salida.

Sexto se mordió el labio y apretó los puños de rabia, pero también le carcomían las dudas. Osio era un personaje traicionero, un gusano rastrero sin moral ni escrúpulos, y él debería haberse mantenido

alejado. Pero estaba desesperado. En realidad, ya no tenía nada que perder y Osio tenía razón al etiquetarlo con los términos tan desagradables con los que le había reprendido.

–¿Por qué has acudido a mí y no a otros? –le preguntó al fin, antes de que su interlocutor desapareciera tras el umbral de la estancia.

–He acudido a ti porque tenemos dos cosas en común.

Sexto miró con curiosidad.

–El amor por Minervina y haber sido abandonados por ella –afirmó solemne Osio.

Sexto lo miró asombrado.

–No… no entiendo –balbuceó, sin entender cómo sabía lo de él y su mujer.

–Lo sabía desde hacía mucho tiempo, Sexto Martiniano –continuó Osio–. Y nunca hice nada porque la veía feliz contigo, como nunca lo fue conmigo. Pero ella, después de conocer a Constantino, no se lo pensó dos veces y nos dejó tanto a ti como a mí.

Sexto estaba confundido.

–¿Crees que no la amaba? La amaba y muchísimo, y la amo todavía, a mi mujer –siguió hablando Osio–. Y recuerda que, aun siendo la concubina de Constantino, sigue siendo mi esposa.

–¿Tú… no la obligaste a interrumpir nuestra relación?

–En absoluto. Le hacía bien y yo quería su felicidad más que cualquier otra cosa –respondió, y parecía sincero. Le pareció incluso que se le estuvieran humedeciendo los ojos mientras hablaba de ella. Igual que a él.

–Pues no quiso volver a verme desde mucho antes de que Constantino llegase a Roma.

–Creo que fueron los cristianos quienes hicieron que se sintiera culpable. El adulterio es una culpa aún más grave para ellos que para nosotros, que seguimos la religión de nuestros padres, ya sabes. Además, la pasión que se desató en ella por Constantino debe de haber hecho que descuidara hasta los preceptos de su fe… –argumentó Osio.

«Puede ser», pensó Sexto, que ahora hallaba una explicación a muchas de las preguntas a las que no había sabido dar respuesta. Y de repente, por primera vez desde que lo vio matar a su padre, se sintió cerca de Osio. Era el único que podía comprender sus sentimientos y su estado de ánimo, después de todo. Y él tenía una necesidad imperiosa de que le entendieran.

–¿Qué has venido a proponerme, Osio?

–Una empresa que le devolverá a los pretorianos el honor que han perdido desde que Severo es emperador, y a ti la dignidad que te hace falta para motivarte –respondió su visitante, sentándose finalmente un momento antes de que Sexto lo invitase a hacerlo.

–¿Para qué hora lo has citado? –le preguntó Osio a Elena,

apartándose de ella todavía jadeante después de haber hecho el amor de la manera breve pero intensa a la que se habían acostumbrado los dos amantes.

–Debería llegar de un momento al otro –respondió Elena, levantándose para vestirse–. Y suele ser puntual.

Osio no la miró. Observaba el techo, pensando en lo que debía planear con Melquiades.

–Entonces, ¿cuándo lleguen los otros correligionarios, entretenles hasta que hayamos terminado. Se las arreglarán sin su diacono un rato.

–Pues claro. Hace ya unos meses que ofrezco mi casa para las reuniones entre cristianos, y Melquiades se preocupa mucho por mi formación. Dentro de dos años, podré recibir el bautismo. Así que no temas, estoy a gusto con ellos.

Osio no le dijo que había sido él quien había animado a Melquiades a ocuparse de Elena. Que la madre de Constantino, que de antes simpatizaba con los cristianos, se adhiriese por completo a su religión solo podía ser una ventaja para sus planes, gracias a la influencia que podría tener en el hijo para que fuera solidario con su credo.

–Lo celebro. Cada vez estoy más convencido de que el cristianismo es la religión del futuro –comentó–. ¿No ves que aquí en Occidente la persecución ha ido menguando, frente a la imposibilidad del Estado de extirpar la nueva fe? Verás que pronto tomarán nota también en Oriente…

–Ya –admitió Elena–. Y espero que mi hijo se dé cuenta, sumándose a la verdadera fe antes o después. Por mi parte, haré todo lo posible para convencerlo de que adopte una política en favor de los cristianos –añadió confirmándole a Osio sus presagios.

–Lo que no entiendo –continuó la mujer– es por qué tú, siendo tan favorable a los cristianos y alardeando de amistados entre ellos, como Melquiades, no te haces cristiano…

–Sabes que soy un hombre muy prudente, Elena –respondió sopesando las palabras– y también muy ambicioso. Por eso me he unido a tu hijo; sé que es un ganador, y por lo que parece lo está demostrando con su iniciativa más oportuna, que ha puesto al emperador entre la espada y la pared. Así que prefiero no comprometer mi carrera abrazando una fe que, por el momento, al menos de forma oficial, no está considerada legítima. Soy uno de los consejeros más cercanos de Majencio, y si me hiciera cristiano, esto comprometería mi cargo, que para tu hijo es muy valioso. Cuando llegue el momento y consigamos todos nuestros objetivos, entonces me tomaré en serio mi conversión.

Elena hizo una mueca.

–Abrazar la fe no es un asunto de cálculo político… No creas que no

me disgusta verte a ti y a Constantino usar a los cristianos para vuestras ambiciones…

Osio soltó un bufido.

–¿Quieres que tu hijo se convierta en el hombre más poderoso del imperio? –le preguntó con una pizca de hastío.

–Cl… claro –musitó Elena, intimidada por su reacción.

–Entonces deja que me ocupe –respondió seco.

Confusa, la mujer se acercó a él y le acarició el brazo en busca de comprensión en su mirada.

–Siento haber dudado de tus intenciones… Es que… antes me dijiste que estás alentando a Majencio a una rebelión, y a veces me preocupa que no estés trabajando para mi hijo…

Osio resopló, pero la abrazó. No quería tensiones con la madre del hombre en quien fundamentaba todo su futuro. Por eso le contó por lo menos una parte de sus planes: no quería que hubiera malentendidos. Empezó a explicárselo:

–Mira, Elena, el caos solo puede favorecer a tu hijo. Si Majencio se convierte en un usurpador, debilita a Severo porque le quita una parte de su reino. Esto significa que Constantino se hace más fuerte que ellos, y ellos dos se desgastarán en una guerra civil de la que tu hijo solo podrá sacar provecho. Si se anulan el uno al otro, Galerio se verá obligado a nombrarlo augusto. Si gana Severo, de todas formas, saldrá debilitado de la lucha; si gana Majencio (y con el apoyo del padre podría pasar), será un adversario bastante menos temible para Constantino cuando tu hijo considere que haya llegado el momento de apoderarse también del resto de Occidente que no pertenece a su jurisdicción. Y pase lo que pase, Galerio podrá hacer poco: en Oriente es un soberano casi absoluto, pero aquí cuenta de manera relativa. Y el encuentro con Melquiades me sirve también para darle a tu hijo un grupo de partidarios bien organizado, que desde dentro mine el poder de Majencio.

Elena suspiró asintiendo. Osio estaba seguro de que lo había entendido; la mujer quería lo mejor para el hijo y a su manera, ella también era capaz de dejar a un lado los escrúpulos con tal de verlo triunfar. Justo en ese momento, sin embargo, un esclavo anunció la llegada de Melquiades y Osio aprovechó para librarse de la incómoda conversación y dirigirse al *tablinum*, donde lo esperaba el prelado.

–Amigo mío, debemos prepararnos –comenzó diciendo–. Si quieres que la hora de los cristianos, tu hora, llegue pronto, debes ponerte manos a la obra. En adelante, los acontecimientos sucederán con rapidez y tendremos que estar listos para aprovechar todas las ocasiones para consolidar vuestra comunidad y garantizar que pueda apoyar una guerra.

–¿Una guerra? –repitió Melquiades asustado–. No somos soldados.

–Lo que os pido no es la guerra a la que estáis acostumbrados a asistir –continuó Osio–. Es una guerra transversal, inédita, sombría, la que espero que libréis, sin ser soldados, pero con gente dispuesta también a morir, si fuera necesario, por permitirle a vuestra fe que se consolide de forma definitiva, sin volver a correr el riesgo de persecuciones o ni siquiera de discriminaciones. El primer paso que debes dar es el de cohesionar a tu comunidad; una sólida estructura militante, con un escalafón jerárquico, capaz de ayudar a quien quiera utilizarla para beneficios comunes.

–Es una palabra… –se lamentó Melquiades–. Ahora que la persecución se ha relajado, están surgiendo disputas entre los que han sido intransigentes y aquellos que, como yo, decidieron comprometerse con las autoridades… Eusebio, por ejemplo, me persigue y no he conseguido que lo pille la policía…

–¡Resuelve esas disputas! –siseó enfadado Osio–. ¡Es demasiado importante lo que hay en juego para que os desangréis en cuestiones de principios inútiles! Y después de este primer paso, quiero gente preparada para sacrificarse con la misma determinación que han demostrado los mártires en el anfiteatro, pero esta vez sin gritos, y no para ganarse el reino de los cielos, sino un reino en la tierra, como los soldados que luchan por los emperadores. Y es que tendréis que luchar por un emperador, pero también por vosotros mismos, no solo por su gloria.

–Ten en cuenta que a los más fanáticos los hemos eliminado en su mayoría. Y los que quedan no se comprometerán –concretó Melquiades.

–¿Acaso no aspiras a ser el pastor de tu rebaño? Pues bien, si son ovejas, estoy seguro de que encontrarás a algunos dispuestos a dejarse convencer… –dijo Osio, que luego lo urgió a reunirse con los fieles, considerando aquella conversación concluida por el momento.

Así como concluidas sus tareas: había manipulado a Majencio, a Sexto Martiniano y a los tribunos pretorianos y a Melquiades. Ahora era el momento de parar y ver si el mecanismo que había puesto en marcha producía los frutos esperados.

Cuando todos los tribunos pretorianos entraron en su oficina, el vicario imperial Abelio los examinó uno a uno y les indicó que tomaran asiento. Sexto observó que estaba muy enfadado. Osio había maniobrado para que lo designaran a su escolta personal y era uno de los pocos soldados rasos presentes en la reunión que, como bien sabía, constituía el paso previo a la cadena de acontecimientos que tendrían lugar en poco tiempo.

Y de la que él sería uno de los artífices principales.

–Señores, ya sabéis lo que está pasando con el abastecimiento –dijo el vicario sin ni siquiera saludar–. Hace tres días que el responsable,

Luciano, no distribuye carne de cerdo entre los romanos. Me he encargado de hablar con él mediante carta en dos ocasiones y siempre me ha respondido con evasivas, quejándose de la ausencia de algunos de sus colaboradores, lo que le impide trabajar a pleno rendimiento. Pero mientras tanto, la ciudadanía protesta y piensa que es culpa del augusto si ya no come carne de cerdo.

–¿Y qué piensas hacer al respecto? –preguntó Ruricio Pompeyano, uno de los tribunos.

–Estoy convencido de que Luciano me está creando problemas de forma intencionada, probablemente para desacreditar al augusto –explicó Abelio–. Y ya estoy harto de esperar lo que le interesa. Además, toda la carne sacrificada y llegada de fuera de Roma se estará echando a perder, y no podemos permitirnos desperdiciarla. Por lo tanto, quiero que forméis escuadrones con vuestros hombres: unos se encargarán de mantener el orden público y otros ayudarán a mis hombres en una rápida distribución de la carne. Yo iré al depósito a arrestar a Luciano. Eso es todo. Pongámonos manos a la obra. Os quiero ver operativos de inmediato.

Sexto observó las reacciones de los tribunos. Todos conocían su papel en la conspiración y estaban atentos a que no se filtrara nada; el vicario disponía de bastantes soldados que le había aportado Severo y no podían arriesgarse a una guerra en las calles. Tenían que coger a los imperiales por sorpresa, por eso su función era fundamental. Debía esperar el momento preciso. Todos se levantaron, asintiendo, y salieron de la oficina junto con Abelio. En el patio del Castro se oían desde fuera los gritos de la turba y se escuchaban perfectamente los insultos dirigidos al emperador, a sus representantes y a los demás miembros del colegio tetrárquico. Los oficiales formaron los escuadrones y en cuestión de minutos todas las cohortes movilizadas estaban listas y en columna frente a la entrada. El primero que salió fue Abelio, al frente de un escuadrón compuesto por sus hombres, seguido inmediatamente por otros dos escuadrones pretorianos.

La multitud apiñada alrededor enmudeció en cuanto el vicario apareció seguido de los soldados y empezó poco a poco a retroceder. Luego salieron también los demás soldados, que se dispersaron en distintas direcciones, encaminándose a los puntos neurálgicos de la ciudad. La columna del vicario, de la que formaba parte Sexto, pasó por medio de los ciudadanos, que miraban con rencor a los militares. Se percibía claramente la tensión escalante cortando el aire como un manto de humo y Sexto temió que los acontecimientos escaparan al control de los conspiradores, anticipando todos sus movimientos.

Cuando cayó la primera piedra no pudo decir que no llegase sin avisar. Alcanzó a un soldado de Abelio en el casco y lo hizo tambalearse. Después de eso, la gente se envalentonó y llegaron

muchas más, mientras se elevaban nuevos gritos. En unos segundos, los soldados quedaron engullidos por una avalancha de proyectiles de toda clase y Abelio mandó levantar los escudos y dirigir las lanzas hacia los más alborotadores. Sexto miró al tribuno Ruricio Pompeyano preguntándose qué haría; las medidas de los jefes de la conspiración establecían que los pretorianos no participasen en las represiones contra la población para diferenciarse de los soldados de Severo. Mas desobedecer las órdenes de Abelio significaba entrar en conflicto con él, y en ese momento los pretorianos estaban en inferioridad numérica con respecto a sus milicias. El plan contemplaba que actuaran cuando estuvieran en el depósito, donde los esperaba otro escuadrón de pretorianos que inclinaría la balanza a su favor.

Le hubiera gustado hablar con Ruricio para saber cómo pretendía actuar, pero la muchedumbre y su traslado provisional a Abelio le impedían alejarse del vicario. El tribuno también buscaba su mirada, pero los empujones iban a más y se hacía muy difícil comunicarse. Abelio, mientras tanto, vio que los pretorianos se mantenían a la defensiva y repitió la orden, mientras los suyos ya habían atravesado a un hombre especialmente enardecido que se había acercado demasiado.

Ruricio volvió a cruzar la mirada con Sexto, quien trató de interpretarla. ¿Qué quería que hiciese? Entonces Abelio la tomó también con él:

–¡Tú! ¿Por qué no te ocupas de estos agitadores? ¿Qué te han encargado que hagas como escolta? ¿Es que quieres que me maten? –gritó.

Sexto comenzó a sentir pánico. Se había preparado para matarlo más adelante, donde habían planeado que actuase y bajo la protección de los demás pretorianos, pero en ese momento su movimiento podía comprometer toda la operación y darles a los imperiales el pretexto para reprimir también a los pretorianos. Por no hablar de él, que se encontraba en medio de los soldados de Abelio y su vida no duraría un segundo más que la de su víctima.

Con todo, a lo mejor era eso lo que quería Ruricio. Tal vez no podían esperar a llegar al depósito, el cual todavía estaba lejos. Notó que le temblaba todo el cuerpo. Sentía que su vida futura dependía de sus decisiones en los siguientes minutos. Creyó ver a Ruricio abrir los ojos de par en par, quizá para animarle a actuar. Y paciencia si los hombres de Abelio lo mataban justo después. A lo mejor también Osio lo eligió no porque se sintiera cerca de él por el sentimiento común por Minervina, sino porque lo consideraba prescindible, es más, porque lo quería sacrificar.

–¡Maldición! Inútil, ¿quieres moverte o qué? –El grito no era de Ruricio, sino de Abelio. Las víctimas que provocaron sus soldados no

solo no habían disuadido a la gente de asediar la columna, sino que, al contrario, habían intensificado la protesta.

Sexto lo entendió como una señal. Agarró fuerte la empuñadura de la espada, comprobó que Ruricio lo estaba mirando, se movió al otro lado de Abelio para dejar al vicario entre él y sus hombres, y le asestó el golpe.

En la garganta.

La explosión de sangre que se produjo dejó boquiabiertos tanto a los soldados como a los ciudadanos. Por un instante, todos se quedaron petrificados, mientras Abelio caía al suelo con la cabeza colgándole. Sexto dio un paso atrás, hacia la gente, esperando que supiera distinguir a los pretorianos de los auxiliares y que no lo lincharan, y que Ruricio actuase de inmediato. El tribuno se dio cuenta de su acción. No tardó en gritarles órdenes a sus soldados, que se abrieron en abanico y, sin prestar atención a la multitud, rodearon a los hombres del vicario. Estos últimos parecían completamente desorientados y tardaron en reaccionar.

Mientras tanto, la gente de alrededor volvía a agitarse, aumentando la confusión. Había quien entendió que los pretorianos estaban actuando contra los representantes imperiales y quien veía a todos los soldados como esbirros. Los pretorianos tuvieron que ocuparse tanto de los imperiales que tenían delante como de la gente que tenían detrás. Esto les dio la oportunidad de reaccionar a los hombres del vicario. Alguien empezó a mover la espada contra los pretorianos más próximos, que, no obstante, contaban con armaduras de escamas, contra las sencillas dalmáticas de los adversarios, y en el cuerpo a cuerpo tenían ventaja.

Los soldados que estaban más cerca de Sexto se abalanzaron sobre él, pero la gente había visto lo que había hecho y lo protegieron absorbiéndolo entre las filas de la multitud. Las lanzas de los soldados atravesaron al menos a un par de ciudadanos, pero al mismo tiempo, los pretorianos pudieron acercarse más a los enemigos que tenían detrás y también los ensartaron. Ahora cada vez más personas veían que los hombres del pretorio estaban apoyando la revuelta popular y los dejaban en paz, volcando toda su rabia en los otros. Algunos soldados tiraron las armas y se entregaron espontáneamente a los pretorianos, antes de arriesgarse a un linchamiento por parte de la multitud.

–¡Vamos a obligar a los imperiales a que os distribuyan carne! ¡Restauraremos vuestros derechos y los nuestros! ¡Dejadnos pasar! –gritó Ruricio para calmar a los más exaltados. Mientras, a Sexto lo acosaban dos guardias que habían podido abrirse camino entre el gentío. Sus espadas obligaron asimismo a los más voluntariosos a replegarse, y al final se encontró solo frente a las dos hojas, mientras

la gente amontonada a sus espaldas le impedía no solo una vía de escape, sino también los movimientos más básicos para librarse de sus tajos. Tuvo que defenderse oponiendo la espada y el escudo a sus golpes con la esperanza de que sus compañeros fueran a socorrerlo. Pero los veía ocupados con los demás imperiales, y nadie parecía prestarle atención. A todas luces, tenía que arreglárselas él solo.

Permaneció en posición de defensa, pero la gente detrás de él, aun animándole, no se daba cuenta de que le entorpecía el camino. La presión de los dos enemigos se volvió tan fuerte que entendió que tenía que contraatacar si no quería morir. Con el escudo rechazó un mandoble hacia fuera, abriendo así la guardia del adversario y lanzándose encima de este, al que desequilibró, mientras que con la espada detuvo la inevitable estocada del otro. Dio un giro sobre sí mismo y terminó detrás del contrario que apenas se mantenía en equilibrio. Sin vacilar un instante, golpeó al adversario justo debajo de la escápula. El soldado gritó y se quedó unos segundos petrificado, antes de desplomarse al suelo. Pero Sexto tenía ya al otro encima, del que tuvo que esquivar un mandoble arqueando el estómago. La espada le pasó a unos centímetros de la ingle, mientras sacaba la suya clavada en la víctima. Luego la gente arremetió contra el hombre que agonizaba en el suelo, interponiéndose entre él y el adversario.

Así pudo tomar aliento mientras los ciudadanos se abalanzaban sobre el soldado. El otro no se dio por vencido y seguía dispuesto a aprovechar el momento oportuno para retomar sus ataques, y en ese momento un empujón involuntario de un grupo de personas hizo que Sexto perdiera el equilibrio, cayendo al suelo. Su adversario lo aprovechó y se le echó encima, listo para asestarle el mandoble mortal. Martiniano miró hacia arriba y se encontró con sus ojos inyectados en sangre, pero unos segundos después toda la cara del hombre se tiñó de rojo y una espada le atravesó el cuello. Cayó sobre él y la sangre le chorreaba por debajo del casco.

Se lo quitaron de encima de inmediato y lo ayudaron a levantarse. Eran un compañero suyo y Ruricio. El tribuno le dijo:

–Muy buen trabajo, soldado. –Y se fue a coordinar las operaciones de desarme de los imperiales.

Sexto pensó que era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que alguien le hacía un cumplido.

CAPÍTULO XXIII

–Son muchos –dijo Majencio desde las almenas de las murallas aurelianas, donde junto con su padre Maximiano, Osio y su Estado Mayor, observaba los movimientos del ejército que los asediaba. Las tropas de Severo habían acampado describiendo un arco que iba desde el Tíber, a la altura de la Porta Flaminia, hasta el Castro Pretorio, al este. Los prados y bosques que rodeaban la ciudad estaban llenos de hombres, tiendas, caballos, carros y máquinas de asalto; las orillas del río y su afluente Aniene estaban desbordadas como no lo habían estado desde hacía mucho tiempo; el último que marchó contra la urbe con un ejército fue, un siglo antes, Septimio Severo. Curiosamente, el mismo nombre que el que la sitiaba en ese momento. «Pero entre aquel emperador y este –pensaba Osio con un suspiro de alivio– hay un abismo».

–No tantos como para asediar la urbe en toda la extensión de su anillo de murallas –dijo Maximiano con ojo experto–. De hecho, llevan dos días ahí y todavía no han intentado un ataque.

–¿Entonces a qué esperan? –señaló el hijo.

–Severo cree que exhibiendo su ejército puede asustarnos y hacer que aceptemos un acuerdo –intervino Osio–. Es posible que llegara convencido de que le sería fácil conquistarnos y cuando ha visto que estabas tú, augusto Maximiano, ha tenido que considerar el aprecio que sienten sus soldados por su viejo comandante. Y ahora espera negociar la paz, tal vez ofreciéndole a tu hijo el puesto de prefecto…

–¿Prefecto? Pero si ya soy césar, ¡por los dioses! –exclamó indignado Majencio. A Osio no le pasó por alto la molestia que mostró el usurpador cuando definió a su padre como «augusto». Por otra parte, lo había dicho a posta.

–Tal vez deberíamos salir y enfrentarnos a ellos para acabar cuanto antes con esto –añadió Majencio.

–De ninguna manera. Las murallas de Roma son inexpugnables y mientras permanezcamos aquí dentro, Severo no podrá hacer nada –dijo Maximiano.

–Pero a largo plazo puede matarnos de hambre si no hacemos nada. Y así tendremos rebeliones que nos costará sofocar –se permitió decir Osio.

–A él también le costará abastecerse si mantiene el asedio mucho tiempo –dijo Maximiano.

–No estoy tan seguro. Tiene la retaguardia a su favor. El norte de Italia está con él –protestó Osio.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué sugieres tú entonces? –preguntó con acritud el antiguo emperador–. Mi hijo tiene razón: son muchos de todas formas.

–Pues entonces, si son tantos, recortemos su número –declaró, despertando la curiosidad de todos.

Los presentes esperaban que continuara, lo que le provocó una punzada de placer. Disfrutaba viendo a los demás comiendo de su mano; era uno de los aspectos más agradables de dirigir algo grande, como había deseado siempre.

–Bien, ¿estás dispuesto a destinar una cantidad importante de dinero para unos cuantos donativos a tus antiguos soldados, augusto? El aprecio está bien, pero si va acompañado de dinero, se convierte en amor… –dijo al fin.

Majencio y Maximiano se miraron.

–Creo que es suficiente con el respeto que me tienen. Severo no podrá hacer que luchen contra mí. No hace falta nada más –dijo el viejo emperador.

–Pero Osio no se equivoca –replicó Majencio–. No podemos arriesgarnos. Con todo el respeto, padre, ya llevas bastante tiempo fuera de juego y la gente es voluble. Me parece que sería un dinero bien empleado.

Maximiano se mostró molesto.

–Entonces, ¿para qué me has llamado? Recuerda que fui emperador hasta hace solo dos años, y durante veintidós; ¡no puedes utilizarme como un fetiche al que ondear desde las murallas! –protestó.

Majencio no tardó en recuperar el afecto filial.

–¡Claro que no, padre! Te tengo el más absoluto respeto. Pero no puedo arriesgarme a un bloqueo. Galerio podría enviarle refuerzos a Severo y esos serían soldados que jamás han estado vinculados a ti. Tenemos que mover el suelo bajo los pies del augusto antes de que sea demasiado tarde.

Maximiano esbozó una mueca, pero no tuvo nada que objetar. Osio reprimió una sonrisa: la discrepancia soterrada que se estaba abriendo entre padre e hijo merecía ser fomentada. Maximiano no podía ocultar su satisfacción por haber vuelto a la brecha y estaba deseando recuperar su pasada dignidad. Pero, mientras tanto, el hijo, desde que se proclamó emperador, había tomado conciencia de su papel y no renunciaría a él de ninguna manera.

Desde que asumió el púrpura, pocos meses antes, Majencio había dejado atrás la actitud de hijo indolente y había aceptado con convicción la responsabilidad de su imperio, que por el momento se reducía solamente a la ciudad de Roma. Gobernaba con escrúpulo y se tomaba muy en serio el vínculo que, a la cabeza de la urbe, había formado con la ilustre tradición de la ciudad. Pensaba a lo grande y ya había puesto en marcha un programa de construcción con basílicas,

templos, mausoleos y circos que dejaría en mal lugar a muchos grandes emperadores del pasado. Había puesto en marcha por su cuenta numerosas restauraciones de monumentos y edificios decadentes, y había incrementado las distribuciones de comida gratuita a los ciudadanos para ganárselos y compartir con ellos el orgullo por su historia. Además, en su intento por conseguir el reconocimiento de Galerio, se limitó a atribuirse solo el título de césar, pero la respuesta del augusto oriental la tenía ante sus ojos, en forma de miles de soldados a los pies de las murallas de su ciudad.

Incluso había suspendido cualquier persecución contra los cristianos, tolerando que volvieran a reunirse sin demasiado secretismo y dejando correr sus escasos sacrificios a los dioses. Y esto complicaba en parte el plan de Osio, al que no le gustaba en absoluto su tolerancia: Constantino estaba lejos, Majencio cerca, y si los cristianos veían en el hijo de Maximiano a un gobernador comprensivo, existía el riesgo de que lo apoyaran a él. Así las cosas, Osio se había propuesto hacer algo al respecto cuando pasara la crisis con Severo.

Una crisis que tenía intención de terminar muy pronto. Ahora eran demasiados emperadores sobre el tablero con la entrada en escena de Majencio y Maximiano, además de los cuatro tetrarcas, y aunque esto favorecía a Constantino y sus planes, había llegado el momento de comenzar a quitar a alguno de en medio.

La mujer ya no tenía barriga. Habían hurgado entre sus huesos, arrancándole la piel y la carne y cortándole los intestinos, que enrollaron alrededor del cuello del cadáver, colgado por los brazos de las jambas de la puerta, y lo usaron como soga para estrangular a su pequeño niño, que le colgaba del pecho. Constantino pensó que los francos tuvieron que divertirse haciendo que asistiera a la tortura de la madre antes de matarlo a él también. A sus pies yacía el cuerpo de un hombre, probablemente el patriarca: tenía la boca llena de sus dedos, que le habían cortado de la mano, y era complicado determinar si había muerto ahogado o desangrado.

La vivienda, una modesta casa de madera, era el único edificio del pueblo que los saqueadores no habían incendiado, con toda probabilidad de forma intencionada, para crear el cuadro con la familia asesinada para los soldados del fuerte más cercano. Las ruinas aún humeantes enmarcaban un terreno plagado de cadáveres calcinados o decapitados, tanto de mujeres como de hombres y de todas las edades: una comunidad campesina que siempre había vivido en la frontera con la barbarie, convencida de que los baluartes de los fuertes de la frontera la protegerían. Constantino sacudió la cabeza; en el futuro debería aumentar las guarniciones fronterizas para que fueran más eficientes y capaces de intervenir allí donde hiciera falta, sin tener que repartir a los hombres. Mientras tanto, tendría que hacer

cuentas con su propia conciencia por no haber sabido defender a gente que le había confiado su protección.

Ser emperador no quería decir únicamente satisfacer sus ambiciones, sino también, y, sobre todo, pensar en el bienestar y la seguridad de sus súbditos. En los pocos meses que había pasado junto a su padre augusto, aprendió que un soberano amado y respetado tiene más posibilidades de dar estabilidad a su reino, pudiendo así partir de una buena base para expandirlo o defenderlo de ataques externos. Si ningún tetrarca se había atrevido a atacarle hasta entonces era porque disfrutaba de los beneficios de la sólida construcción erigida por Constancio, pero ya había llegado la hora de que empezase a consolidarla él mismo, conquistando la confianza de la gente común del mismo modo en que había conquistado la de sus soldados.

Desde que volvió a la Galia, estableciendo su capital en Tréveris, en la frontera renana, había hecho todo lo posible por construir otros fuertes, pero la frontera era tan amplia que los bárbaros procedentes de la orilla opuesta del Rin podían seguir actuando sin que se les molestara en zonas muy amplias. Por lo tanto, pensó reunir un ejército y pasar al contraataque, rastreando a todos los saqueadores a los que sorprendiera en la orilla gala del río. Mas los bárbaros eran rápidos y se movían en grupos pequeños. Cuando los romanos llegaban, ya habían desaparecido, dejando tras de sí una larga estela de destrucción. En el que se encontraba Constantino era el último de una extensa serie de pueblos saqueados y destruidos que había encontrado por el camino, con la diferencia de que las ruinas aún estaban calientes.

–Por muy raro que pueda parecer, lo hacen para demostrarles a los romanos que son guerreros valientes y despiadados, hasta el punto de merecerse que los recluten como mercenarios –le dijo Croco, que caminaba a su lado en aquel pueblo devastado.

–Lo sé. Y los reclutaremos, pero después de infligirles una severa lección. De lo contrario, serían unos mercenarios demasiado indisciplinados –respondió con decisión, observando un cadáver rajado en dos mitades exactas en vertical.

–¿Qué quieres hacer? –le preguntó el aliado–. Es posible que hayan desembarcado hace poco en la otra orilla del río; los incendios son muy recientes. Pero una vez que hayan cruzado, seguramente se han unido a otras bandas de saqueadores que han actuado más al norte.

–Mejor. Los sorprenderemos a todos juntos –contestó Constantino.

–Entonces tendrás que desplazar a todo el ejército que has traído de Tréveris. Y para cuando hayas trasladado a todos los soldados, los francos se habrán adentrado en sus territorios y será difícil atraerlos –explicó con cierto tono de condescendencia el antiguo soberano. A veces a Constantino le parecía que lo trataba como un muchacho

inexperto, olvidando la experiencia que, pese a que solo tenía treinta años, había acumulado en tantas campañas.

–Sé muy bien, amigo mío –le respondió–, que, de mi padre, un soldado viejo y experimentado, no tenías ninguna duda, mientras que yo aún tengo mucho que demostrar. Pero fíate de mí. He heredado sus capacidades. Por eso te digo que tú y yo, con tus alamanes y una cohorte de legionarios, pronto cruzaremos el río y les daremos caza, anticipándonos a la llegada del resto del ejército.

Croco lo miró como si se hubiera vuelto loco.

–¿Estás de broma? Son francos. ¿Has visto lo que son capaces de hacer? –se quejó–. No sabemos cuántos nos encontraremos en la otra orilla, ¿quieres terminar a su merced?

Constantino lo miró con lástima.

–Sé lo que hago, Croco –respondió–. No me sirve de nada vencer a una sola columna franca. Nosotros seremos el cebo que, cuando se corra la voz, atraerá a todos los grupos sobre nosotros. Y cuando estén todos los que han actuado durante estas semanas en esta orilla, también llegarán mis legiones, y en ese momento la victoria será definitiva.

–Eso espero por tu bien, césar. Eso espero –se limitó a decir Croco, encogiéndose de hombros.

Constantino deseaba tener razón. Empezaba a darse cuenta de que era muy propenso a correr riesgos, pero también lo fue Julio César y sus empresas le habían dado la razón. Solo mostrándose dispuesto a jugárselo todo en cada desafío podría conseguirlo todo.

Y él lo quería todo.

Ofrecerse voluntario. Siempre. Para cualquier empresa, no importaba lo suicida que fuera. Sexto Martiniano era consciente de que el escuadrón de hombres que le seguía lo estaba maldiciendo por su iniciativa, pero confiaba en que al menos una parte de todos los demás soldados del ejército de Maximiano le agradeciera haberse tomado la molestia de acortar aquel asedio infernal entre las miasmas de la ciénaga ravenesa.

Aquella noche el escenario era aún más impresionante. El cielo, cubierto de nubes que ocultaban la luna y las estrellas de la bóveda celeste, era negro como la brea, y sin la ayuda de antorchas, lo único que se podía distinguir alrededor del pequeño grupo de merodeadores era el oscuro perfil de las murallas de Rávena. Y el único ruido perceptible en mitad del croar de las ranas y el zumbido de los mosquitos era el chapoteo de las botas que se hundían en el lodo a cada paso. Aquella humedad penetraba en los huesos, provocaba escalofríos incluso en pleno verano, y Sexto no podía imaginarse cómo el ejército sitiador –cualquier ejército sitiador– podía resistir durante más de unas pocas semanas sin perder cientos de hombres por el

paludismo.

Se convenció aún más de que su acción era la única manera de zanjar de una vez por todas el tema pendiente con Severo. Como alternativa, Maximiano tendría que retirarse, del mismo modo que el augusto se había visto obligado a renunciar a asediar Roma. Y así como Majencio se había mantenido a salvo dentro de las murallas de la urbe, Severo sería inexpugnable dentro de las de Rávena, no tan poderosas como las construidas por Aureliano pocas décadas antes en Roma, pero protegidas por un escenario natural casi sin igual en el mundo.

Sexto siempre había estado en la vanguardia durante la persecución a Severo, que había tenido que irse de la urbe con el rabo entre las piernas y seguido solo por una cuarta parte del ejército; el resto de su ejército se había pasado de la noche a la mañana al servicio de Maximiano tras la distribución de dinero y los llamamientos promovidos por Osio en nombre de Majencio. Y los mismos hombres que Severo había mandado a las afueras de las murallas de Roma eran los que lo acosaban mientras buscaba refugio en Rávena. Tras solo una semana de asedio, Maximiano se dio cuenta de que se arriesgaba a terminar igual por el peligro de que sus soldados fueran diezmados por las enfermedades provocadas por aquel clima insalubre. Por lo tanto, el anterior augusto había iniciado negociaciones con Severo, prometiéndole salvar su vida si renunciaba a su título. Pero, mientras esperaba que el emperador decidiese si aceptaba su propuesta, planeó con su Estado Mayor la incursión nocturna de unos cuantos soldados dentro de la ciudad para capturar al rival y ponerle fin para siempre al enfrentamiento, dejando a su hijo como único señor de la parte meridional del Occidente romano.

Aparte de él, por supuesto, que todavía no se sabía qué papel asumiría en el futuro.

Sexto no lo dudó: cuando buscaron oficiales voluntarios, se propuso enseguida. Después de haber desempeñado un papel decisivo en la rebelión de Roma lo nombraron *optio*, pero solo se trataba del primer paso en la escalada hacia la jerarquía. Ya no le quedaba otra opción para evitar los pensamientos suicidas que centrarse en salvar el cuerpo de pretorianos de la destrucción y que su carrera no cayera en el olvido.

¿Moriría? Paciencia era en lo que pensaba mientras escrutaba en la oscuridad; era mejor morir combatiendo que quitarse la vida, admitiendo así que la vida lo había derrotado.

El perfil de las murallas estaba cada vez más cerca. Ahora eran una pantalla negra a poca distancia de él. Les indicó a los suyos que fueran más cautelosos. Ralentizó aún más el ritmo y apoyó los pies con mayor sigilo.

–¡Cuidado! –susurró deteniéndose de repente.

Como imaginaba, había llegado al foso. Mandó que adelantaran la escala especial que habían preparado. Era más sólida y larga que las que normalmente utilizaban los soldados para pasar por encima de las murallas. La apoyaron en el borde del foso y la echaron hacia delante hasta que tocó el borde opuesto. Los soldados tuvieron que hacer un esfuerzo para orientarla más hacia arriba hasta que llegó a la base de la muralla. Entonces Sexto se arrastró a gatas por la escala y, utilizándola como una pasarela, fue avanzando. Cuando llegó a la otra orilla, esperó a que los demás hicieran lo mismo, pidiéndoles a los dioses que no se cayera ninguno y alertaran a los centinelas con la inevitable zambullida en el agua.

Cuando el último de sus hombres terminó, suspiró aliviado. Después tiraron de la escalera y alzaron la vista. Acostumbrado a la oscuridad del foso, pudo distinguir mejor la silueta de las almenas e incluso vio pasar una figura humana. Esperó a que se alejase para completar la ronda del sector de su responsabilidad y ordenó que levantaran la escala. Subió en primer lugar manteniéndose a ras de los peldaños. Cuando llegó arriba, se agachó y miró al otro lado. El centinela que había visto seguía de espaldas, los otros estaban más lejos; podía ver sin problema su posición gracias a las antorchas que iluminaban prácticamente todas las zonas de la crestería.

Les dijo a sus hombres que se pararan. Dio un salto para catapultarse y luego se recostó contra el pretil, donde suponía que no lo verían. Vio que el centinela se acercaba a él sin saberlo. Los pasos del soldado retumbaban en sus oídos pegados contra el suelo de piedra. Agarró con fuerza la daga que tenía en el cinturón, lo sacó lentamente y, cuando el enemigo se encontraba lo bastante cerca de él, dio un salto felino y le acertó en la garganta. El hombre ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasaba; un torrente de sangre alcanzó a Sexto, que aguantó a su víctima y luego la colocó en la posición en que se había acurrucado él. De inmediato, con un gesto les indicó a sus hombres que subieran y se puso delante de ellos, ocultándolos de la vista del centinela menos alejado mientras accedían a la crestería.

Al parecer, los dioses estaban de su parte. Satisfecho, ordenó que se quedara un soldado de guardia, imitando el movimiento de vigilancia de los demás centinelas. Luego les indicó a los demás que lo siguieran y bajó la rampa, apresurándose para ganar la cobertura que le ofrecían los primeros edificios. Conocía al dedillo el plano de la ciudad; se lo había estudiado en profundidad en el mapa que le habían facilitado en el Estado Mayor. Por tanto, sabía dónde dirigirse y caminó con seguridad al frente del escuadrón, confiando en la ausencia de iluminación de las calles y en que los pocos ciudadanos que se

encontraran no considerarían a sus soldados como parte del ejército sitiador. Poco después, de hecho, un curtidor que iba en carro, del cual emanaba un fétido olor a orina, los vio y se volvió hacia el otro lado, ignorándolos adrede por miedo a meterse en problemas.

Había elegido un sector de las murallas cercano al palacio que los desertores le señalaron a Maximiano como la residencia de Severo y no tardó en llegar allí. La entrada estaba iluminada por dos antorchas y vigilado por el mismo número de guardias. Les explicó a sus hombres en voz baja lo que pensaba hacer; estos asintieron, luego se colocó de nuevo al frente de la columna y, en formación de marcha, avanzó con gran seguridad hacia los dos soldados que, desorientados, tendieron las lanzas hacia delante.

–¿Quiénes sois? –preguntó uno de ellos.

Sexto no respondió, pero las espadas de sus hombres enseguida alcanzaron la garganta de los guardias, que se desmoronaron al suelo con un gorgoteo común. El *optio* llamó al portón y cuando un esclavo fue a abrir, le puso la espada en el cuello y lo empujó hacia dentro. Mientras los demás soldados lo seguían y metían los cadáveres, dos legionarios se quedaron para reemplazar a los guardias asesinados, para darles la impresión a los transeúntes de que todo seguía como siempre.

A Sexto le invadió el entusiasmo. Todo estaba saliendo muy bien, mejor de lo que se podía esperar; la cuidadosa preparación de la acción estaba dando sus frutos y el puesto de centurión no se lo podría quitar nadie.

–¡Llévame hasta el emperador, rápido! –le exigió al esclavo.

–No… no está aquí –balbuceó el hombre, aterrado.

«Demasiado aterrado para mentir», pensó Sexto, espantado. De todas formas trató de insistir, aunque el instinto le sugirió que era inútil. Le apretó la barbilla con la punta de la espada provocándole un hilillo de sangre.

–¿Quieres morir? –recalcó.

–Te lo juro. Ya no está aquí –confirmó el esclavo.

Sexto miró a sus hombres. ¿Y ahora?

–¡Aquí están! ¡Al ataque, ahora! –gritó Constantino al ver al grupo de saqueadores que pretendía acampar en la orilla germánica del Rin–. Pero dejad que escape alguno. ¡Tienen que decirles a los compañeros que estamos en su territorio!

Croco les dio la orden a sus hombres y los alamanes dieron su grito de guerra al unísono, antes de lanzarse en una carga desordenada corriendo por la orilla. El rey se puso a la cabeza de la columna y, a pesar de su edad, permaneció por delante de los demás incluso al acercarse al enemigo. Constantino observó la composición de los francos. En número eran casi equivalentes a sus alamanes, pero no se

esperaban el ataque y estaban en su mayoría desarmados. El césar había elegido con sabiduría atravesar el Rin por debajo de la aldea en la que los bárbaros acababan de estar y se acercó a donde habían atracado marchando por la orilla, sin ser vistos hasta el último momento.

Los enemigos reaccionaron lanzándose desordenadamente a por sus pertrechos, que habían dejado amontonados en un único lugar. En poco tiempo se creó una aglomeración en torno a la pila de cotas de malla, escudos, lanzas y espadas, en la que los guerreros se obstaculizaban unos a otros, se daban empujones y codazos y se tiraban incluso al río, con tal de coger antes que los compañeros un arma cualquiera y enfrentarse a la carga de los alamanes. Quien conseguía armarse no intentaba formar una línea con los compañeros, sino que se lanzaba enseguida al contraataque, enfrentándose en solitario y uno tras otro a la carga enemiga. Croco y sus hombres derribaron con facilidad a cualquiera que fuera a su contra, hasta que llegaron al bulto de las tropas enemigas, donde reinaba el caos. Superaron las fogatas y los botines y se lanzaron contra los guerreros francos, que seguían buscando sus armas. La violencia del impacto retumbó tanto que la oyeron hasta los legionarios de Constantino, quienes empezaban a avanzar con el césar al frente.

Muchos francos se separaron intentando escapar o en el bosque o en el río. Otros se defendieron con las manos desnudas, con puñetazos y patadas, pero solo vieron cómo las espadas alamanas les cortaban de cuajo las extremidades. Los hombres de Croco comenzaron a ensañarse con violencia y brutalidad, aprovechando la debilidad de los rivales para desahogar la rabia acumulada en décadas de enemistad entre las dos confederaciones, que durante mucho tiempo se habían apostado una al lado de la otra a lo largo de las fronteras del imperio romano. Cuando Constantino llegó con sus romanos, se encontró unas escenas tan espantosas como a las que había asistido en las aldeas que habían visitado los francos en la Galia. Alamanes que tenían a un franco retenido contra el suelo mientras otro lo castraba, mercenarios que cegaban a enemigos hincándoles cuchillos en los ojos y luego los arrojaban al río, y también fugitivos que eran perseguidos aguas adentro del Rin, agarrados y ahogados agarrándoles la cabeza bajo la superficie, francos heridos tirados de los pelos y pisoteados por un puñado de alamanes, víctimas a las que les arrancaban la cabellera con rápidos cortes de cuchillo.

Sus ojos se posaron en Croco. Sus guerreros tenían cogido a un hombre al que el rey le estaba metiendo la espada por el ano, hundiéndola y girándola más cuando escuchaba los gritos desgarradores de la víctima. Cruzó la mirada con el césar y pareció justificarse cuando le dijo:

–Este hombre es el jefe de un clan que menospreció al padre de mi abuelo. Quería encontrarlo y ajustar cuentas antes o después.

Constantino sintió una mezcla de repugnancia y emoción. Con hombres tan sanguinarios y salvajes podría ir a cualquier parte, siempre y cuando pudieran orientar su brutalidad hacia objetivos más prácticos y no el mero gusto por la destrucción. Al igual que los cristianos, tenían un enorme potencial que podría explotar para crear un nuevo imperio, más poderoso, más despiadado, como tenía que ser para resistir a todas las presiones de disolución que provenían tanto del exterior como del interior. «Los romanos son agua pasada», pensó mientras miraba a sus legionarios observando casi intimidados la matanza que tenía lugar ante sus ojos. Habían sufrido el paso del tiempo, ya no tenían hambre de gloria, de riquezas, ya no creían firmemente en lo divino y no temían el castigo de los dioses, eran disolutos y estaban cansados de luchar, vagos y holgazanes, y creían que su dominio duraría para siempre, aunque no hicieran nada para mantenerlo.

Para construir un imperio sólido y renovar el decadente en el que tenía la sensación de estar viviendo hacía falta la convicción de los cristianos y la crueldad de los bárbaros, y cada vez estaba más convencido de que fundaría su poder sobre esos dos elementos. Diocleciano también tuvo la sensación de que, tal y como era, Roma no podría resistir mucho más tiempo y adoptó medidas drásticas para salvarla. Mas su tetrarquía y la persecución de los cristianos, con lo que creyó estabilizar las fronteras y reconstruir los valores fundacionales de los antepasados, solo eran paliativos que ya estaban mostrando extensas y evidentes grietas. Hacía falta algo aún más radical. Y solo él tenía la visión y el valor de llevarlo a cabo.

–Te debo una disculpa, césar. –Croco se acercó, ebrio de sangre de otros y satisfecho–. Otros comandantes nos habrían considerado carne de cañón y habrían seguido tu plan usándonos como cebo –le dijo–. Si los francos nos hubieran masacrado, no les habría importado. Pero tú has venido con nosotros a esta orilla del Rin, tú mismo te has mostrado dispuesto a convertirte en cebo, compartiendo el riesgo con nosotros. Mis hombres piensan muy bien de ti… y yo también. Te seguiremos adonde vayas, eres el único romano que vale la pena seguir, no solo por el dinero.

A Constantino le hubiera gustado darle un abrazo, pero se limitó a devolverle una sonrisa de gratitud. Le pareció una señal del destino, o divina, que el rey alamán lo alentara con esas palabras justo cuando pensaba en el valor de la nueva savia vital que había escogido para revivir los fastos del imperio.

Estaba seguro de que se encontraba en el buen camino. Solo esperaba que Osio, en Roma, estuviese cumpliendo con su parte.

CAPÍTULO XXIV

–Dime dónde está… –le exigió Sexto al esclavo al que apuntaba con la espada en el cuello.

–Ha abandonado la ciudad esta noche… –respondió, temblando, el hombre.

–¿Cuándo? ¿Por dónde? –le presionó.

–Hace una hora más o menos… Por la puerta de Classe. Embarcará en el puerto.

Sexto se lo quitó de encima de un empujón. Ahora tenía dos opciones: volver por donde había entrado esperando que no le impidieran salir e intentar alcanzar el campamento de Maximiano para confesar su fracaso, o seguir al emperador abriéndose camino a la fuerza si era necesario.

Le bastó un momento para dejar de lado cualquier duda.

–Saldremos por allí… luchando, y capturaremos a Severo –les dijo a sus hombres–. Todo aquel que no tenga ganas, que sepa que, si no lo matan aquí dentro, me encargaré yo cuando lo vea en el campamento. ¡Somos pretorianos y nunca nos echamos atrás!

Con respecto al que había dejado en las almenas, se limitó a esperar que bajara por la escala con la que había subido cuando oyera el ruido de los enfrentamientos. Los soldados asintieron a sus palabras convencidos, aunque unos más que otros. Les indicó que lo siguieran y empezó a marchar a paso ligero hacia la puerta de Classe. Los pocos ciudadanos que se encontró se apartaban al paso de un grupo de soldados decididos. Solo deseaba no tener que luchar antes de llegar a la puerta, pues llamarían la atención de todos los militares presentes en la ciudad. Sin embargo, la noche oscura y profunda incitaba a los soldados a quedarse en el cuartel y solo circulaban unos cuantos hombres encargados de la vigilancia de los puntos clave. Así pues, escogió las calles secundarias, donde consideraba improbable toparse con posibles adversarios. En todo caso, les dijo a los cuatro arqueros auxiliares que iban con él que tuvieran las flechas preparadas y estuvieran listos para tirar en caso de que apareciera alguien capaz de informar de su presencia.

Avanzó con confianza, yendo más lento solo cuando se encontraba con un cruce para recordar qué camino seguir. Fue en el tercer cruce donde vio dos sombras con un perfil que le pareció de soldados, con yelmo y escudo. La pareja los vio a él y a sus hombres y pareció indecisa sobre qué hacer.

–¡Ahora! –susurró Sexto bajando el brazo. Justo en ese momento, las

sombras se giraron para correr; debieron de entender que algo no iba bien. Se oyeron cuatro silbidos a poca distancia el uno del otro y las sombras cayeron al suelo. Sexto se acercó a las dos figuras, a las que vio agonizantes en el suelo: uno era un soldado, pero la otra era una mujer. El primero yacía con una flecha en la espalda y la segunda tenía dos saetas clavadas en el cuerpo, en el hombro y en la nalga.

Oyó a los arqueros discutir sobre quién de ellos había fallado el disparo, los calló y siguió caminando a toda velocidad. No encontró más obstáculos hasta que estuvo cerca de la puerta. Se detuvo detrás de la esquina del último edificio antes de las murallas y valoró la consistencia de la guarnición. Entre los hombres en la torre y los del portón contó al menos una veintena, de los cuales un par eran civiles. Él disponía de quince hombres solamente, pero con la ayuda del factor sorpresa podía conseguirlo.

–Tú y tú, lanzaos directamente sobre la puerta, destrabad la tranca de bloqueo y abrid los batientes –les dijo a dos de sus hombres–. Vosotros cinco los apoyaréis manteniendo ocupados y matando a los siervos y a los legionarios que estén más cerca. El resto conmigo, derechos a los soldados. De los que están en la torre ocupaos los arqueros antes de venir a echarnos una mano. Atacadles en cuando empecemos a correr; de lo contrario, darán la alarma. Pero si no la dan ellos, los enfrentamientos llamarán la atención, por eso es primordial no perder tiempo; quien no pueda, lo dejaremos atrás, pretorianos. ¿He sido claro?

Todos asintieron. Apelando a su orgullo de pretorianos, esperaba sacar lo mejor de cada uno de sus compañeros. Levantó el brazo y, cuando lo bajó, todos salieron disparados hacia delante. En poco tiempo cubrieron la distancia que los separaba de la guardia, y cuando entraron en contacto con el enemigo, solo a unos cuantos soldados de Severo les había dado tiempo de desenvainar las espadas. Sexto atravesó por el costado a un hombre que acababa de llevarse la mano a la empuñadura del arma y luego, al sacar el arma, detuvo el golpe de otro. Iba a contraatacar cuando algo cayó desde lo alto interponiéndose entre él y su adversario. Era uno de los centinelas de la torre con una flecha clavada en la frente; los arqueros habían hecho su trabajo.

Reaccionó antes que el rival a la sorpresa del cadáver caído del cielo. Lo atacó mientras todavía tenía la guardia baja con un tajo que le desgarró un muslo, haciendo que cayera al suelo, y después acabó con él con otro tajo en el cuello. A su alrededor la lucha era incesante; le echó un vistazo a los hombres a los que les encargó abrir el portón. Estaban levantando la tranca, pero un soldado enemigo logró escabullirse entre sus defensores y apuñaló a uno por la espalda. Sexto se lanzó sobre el adversario antes de que también matase al otro; se

escurrió entre los combates que tenían lugar delante de la puerta y se metió entre el hombre con la tranca y el enemigo. Chocó las espadas con este último, empujándolo contra el batiente; cuando le bloqueó el brazo armado contra la pared con la espada, le dio un cabezazo en la cara que lo dejó aturdido, luego lo tiró al suelo con un rodillazo entre las piernas y por último le clavó la espada entre el hombro y el cuello, haciendo que brotara un chorro de sangre.

En ese momento, se puso entre uno de los guerreros y su rival, conminando al subalterno a que se ocupara del portón y continuó peleando. El adversario intentó darle un mandoble horizontal a la altura del cuello, él lo intuyó y se agachó, asestándole a su vez un golpe que le arrancó de cuajo la pierna al enemigo. El hombre cayó a sus pies gritando a pleno pulmón y él pasó a otro que acababa de apuñalar a uno de los suyos, atravesándolo por el lado mientras todavía estaba ocupado en extraer la hoja de su víctima.

Se disponía a enfrentarse a otro cuando oyó que alguien lo llamaba:

–¡*optio*, ya está!

Se giró un momento y vio que entre los dos batientes se había abierto el paso. Luego miró a su alrededor. En el suelo había muchos cadáveres y también hombres que se sujetaban los muñones de las extremidades o las vísceras que les colgaban de la barriga. Vio a otro enemigo caer y entendió que era el último. Entonces dio la señal de retirada y esperó a que todos sus hombres atravesaran la estrecha abertura. Después de ver a siete de los suyos corriendo por delante, se dio cuenta de que ya no quedaban más; había perdido a la mitad de sus hombres. Esperaba que valiera la pena. De las almenas próximas vio bajar a más enemigos y se apresuró a salir. Pronto buena parte de la guarnición le estaría siguiendo los talones.

Ya fuera, instó a los supervivientes de su columna a correr hacia el mar, pero vio que los asediados habían inundado el único camino para carruajes para evitar que los presionaran por mar. Alrededor se extendía un pinar que, al menos, habría ayudado a que sus perseguidores les perdieran el rastro.

Estaban cansados, heridos y magullados, el terreno que pisaban era más pesado y pantanoso que nunca, y la espesura del bosque los obligaba a recorrer un camino tortuoso. Sexto sentía que el corazón le latía con fuerza por el agotamiento y la ansiedad por alcanzar o no poder alcanzar al emperador que huía. Tenía la sensación de que las piernas se le hundían cada vez más en el pantano con cada paso y que la ciénaga lo absorbía. Cuando más se acercaban al mar, más se reducía la consistencia del terreno. Empezó a tambalearse y restregó el brazo contra la corteza de un pino, arañándose la piel. Cayó de rodillas, hundiéndose casi hasta la pelvis, y se levantó pesado y empapado, arrastrándose hasta un espacio que le parecía más abierto.

Los demás también caminaban a duras penas e, irónicamente, ver a sus compañeros en las mismas condiciones animó a Sexto; no era un lugar donde pudieran ir a caballo y, seguramente, Severo también debía de haber escapado a pie. Por lo tanto, el emperador había tenido las mismas dificultades y no podía estar muy lejos.

Cuando dejó a sus espaldas el pinar no lo recibió ninguna luz y frente a él se abrió una extensión plana de arena engullida por los últimos tentáculos del mar. Miró a cada lado para buscar dónde estaba el puerto y a su derecha le pareció ver el contorno de barcos y el perfil de un muelle a lo lejos. Si Severo seguía en la orilla, seguramente avanzaba en esa dirección. Agotado, les indicó a sus hombres que lo siguieran, pero ya no había terreno firme por el que avanzar y tuvo que moverse superando la presión del agua que le llegaba hasta las rodillas, la inestabilidad del fondo blando y los obstáculos que representaban los juncos y las algas.

Se le empañó la vista por el esfuerzo, haciendo aún más confuso lo que podía distinguir en la oscuridad. Por eso, no estaba seguro de lo que veía cuando le pareció apreciar tres figuras humanas que se movían por delante de él. Tuvo que pararse un momento, tomar aliento, entornar los ojos y aguzar la mirada para entender si realmente había hombres o si se los estaba imaginando. Cuando distinguió otra vez las siluetas, sintió que le insuflaba una nueva savia y empezó a caminar con más brío. Vio que ganaba terreno con facilidad y que conforme se acercaba se daba cuenta de que dos de las figuras avanzaban abrazadas, sosteniendo una a la otra, que se movía con dificultad.

Volvió a desenvainar la espada y exhortó a los demás en silencio a que se le acercaran. Las tres siluetas empezaron a moverse más aprisa, con el puerto ya a poca distancia de ellos, pero no lograron aumentar el ritmo y Sexto no tardó en oír su jadeo agitado.

–¡Quietos! –gritó, pero los tres continuaron.

Ganó más terreno y cuando estaba a punto de darles alcance, uno de ellos se giró y le atacó con la espada. Se movía como un soldado y a Sexto le costó esquivar su hábil estocada. Antes de responder, lo miró a la cara para ver si se trataba de Severo, pero era demasiado joven y enseguida descartó esa hipótesis.

Su duda permitió al enemigo abalanzarse sobre un compañero suyo que, sorprendido por la vitalidad de un hombre hasta un momento antes apenas capaz de arrastrarse por la marisma, fue traspasado con una embestida en el hombro, hundiéndose en el limo con un grito ahogado. Sexto se culpó por haber permitido aquella pérdida gratuita y se lanzó sobre el adversario, desequilibrándolo con un aluvión de golpes. Los demás también se le echaron encima y el *optio* no pudo entender si su espada lo había atravesado antes que las otras dos hojas

que lo traspasaron casi al mismo tiempo.

Mientras tanto, los otros fugitivos se dieron prisa en dejar atrás a los perseguidores, pero uno de los dos continuaba aguantando al otro y no habían recorrido mucha distancia. A Sexto y a sus compañeros les bastó con avanzar sin esforzarse demasiado. En cuestión de unos minutos los alcanzaron y ninguno de los dos opuso resistencia, deteniéndose sin dejar de jadear. El puerto quedaba a muy pocos metros. Sexto se puso frente a ellos y los examinó; uno de los dos no podía apoyar una pierna en el suelo.

–¿Por qué nos seguís? Solo somos gente que quiere escapar de las privaciones de un asedio –dijo el otro.

Sexto volvió a mirar al hombre y le sonrió, respondiéndole a él en vez de al que había hablado:

–Claro, pero gente de todo menos común: un emperador y sus guardaespaldas. Mas los dioses, Severo, han decidido que no podías continuar tu lucha y te han lisiado para que pudiéramos alcanzarte, por lo que parece… –concluyó sarcástico.

–¡Vienen más! –gritó el vigía, que corría casi sin aliento hacia Constantino.

–¿Cuántos son? –preguntó el emperador, que echaba rápidas miradas al escenario operativo para valorar cómo enviar a sus hombres a la batalla.

–Me parece que unos mil –respondió el soldado.

Constantino se giró hacia Croco.

–Entonces, con los que han llegado aquí en los últimos dos días son más o menos unos cinco mil. La proporción es de cinco a uno a su favor. Creo que van a atacar. Ha llegado el momento.

El rey alamán asintió y les dio órdenes a sus guerreros. Después, una pequeña embarcación zarpó hacia la costa gala. Mientras tanto, Constantino llamó a las distintas unidades de legionarios y auxiliares y las distribuyó sobre el terreno. Formó inmediatamente un cuadro, asumiendo que los francos harían valer su aplastante superioridad numérica tratando de rodearlos y atacándoles por todas partes. Por tanto, los hombres se dispusieron con una línea orientada al río, una a los bosques y dos a la llanura que se extendía delante y detrás de ellos. Constantino distribuyó a los legionarios en segunda fila a cada lado para que formaran el último baluarte de defensa y evitaran la ruptura de la formación, confiando en su armamento más pesado que el de los alamanes.

Luego esperó.

Quiso que los hombres estuvieran de pie, vigilantes, y cuando los francos empezaron a avanzar, todos estaban listos para recibir el impacto del enemigo. Como era previsible, los bárbaros salieron por detrás y por delante, y luego también por los bosques de los

alrededores, precedidos del estremecedor sonido de los puños de las espadas golpeando rítmicamente en los umbos de los escudos. Constantino miró a Croco, que le sonrió y luego escupió en la dirección de los francos. Los bárbaros avanzaron lentamente por todos lados excepto el del río, y a medida que se acercaban, el emperador pudo distinguir mejor sus figuras esculturales y la variedad de formas que diferenciaba sus pertrechos. La mayoría no portaban casco ni armadura. Llevaban el pelo recogido en la cabeza y grandes y largos bigotes, túnicas variopintas, con frecuencia a rayas con colores vivos, y escudos redondos. Muchos empuñaban la francisca, la gran hacha a la que los soldados romanos siempre temían enfrentarse.

Pero no los alamanes, que llevaban mucho tiempo relacionándose con aquella inquietante arma. Constantino observó a Croco y a sus hombres y vio que vibraban, ansiosos por el combate inminente. El rey parecía haber abandonado toda duda sobre la estrategia imperial; ya no le importaba si se había metido en una trampa o no, ansiaba la lucha y anhelaba acabar con el mayor número posible de enemigos. Constantino pensó que esos eran los hombres que él necesitaba, de nuevo obligado a hacer una comparación cruel con sus legionarios, visiblemente asustados y titubeantes.

Los francos se detuvieron a pocos metros de las líneas romanas. Constantino podía observar sus expresiones furiosas, los ojos inyectados en sangre; saboreaban una matanza, la venganza por los compañeros que los alamanes habían torturado y matado dos días antes. El emperador les recomendó a los suyos que se mantuvieran unidos, con los escudos pegados al cuerpo y al de los compañeros de al lado. Para los bárbaros, individualistas e indisciplinados, las filas cerradas eran casi contra natura, pero se trataba de resistir a una carga concéntrica y no había otra manera. Confió en que Croco se lo hubiera dejado claro a sus hombres.

Cuando los francos salieron al ataque, temía que sus mercenarios reaccionaran avanzando impulsivamente. Sin embargo, vio que esperaban firmes el choque. Muchos enemigos se desperdigaron entre los imperiales y el lecho del río para cerrarlos por los cuatro lados. Constantino tuvo la sensación de que cuatro muros se cerraban sobre él para aplastarlo. A pesar de los consejos de Croco y de sus legionarios, que lo habían invitado a quedarse dentro del cuadro junto a la impedimenta, ocupaba el puesto de la esquina derecha de la formación, donde pensaba que debía de estar un comandante supremo. Así pues, estuvo entre los primeros que fue embestido por el torrente de madera y metal que se tiró encima de los imperiales. Pudo aprovechar el ataque desorganizado del oponente directo para dar un mandoble que le rajó túnica y peto. El franco cayó sobre él de golpe, bloqueándole el espacio al compañero que lo seguía. Constantino

perdió el equilibrio por el impacto, pero el alamán que tenía detrás lo sujetó, permitiéndole parar con el escudo el golpe repentino del bárbaro que, mientras tanto, se había deshecho del cadáver del compañero.

El cuadro se tambaleó, pero no se desmoronó. Constantino vio que la línea alamana era todavía uniforme y cientos de armas chocaban en arduos combates. Era ya un éxito que los hombres de Croco no hubiesen cedido en algún punto, frente al impacto con una formación de profundidad muy superior. Sin embargo, los adversarios eran muchos, demasiados, y en cuanto caían o se cansaban los que estaban en primera línea, otros más frescos podían relevarlos.

En sus oídos resonó el estrépito de los miles de hojas que lo rodeaban, igual que el clamor de los gritos de los combatientes. Se vio frente a un franco que empuñaba un hacha con las dos manos y quedó impresionado por la habilidad y la rapidez con la que la giraba. Pero los guerreros de Croco le habían explicado cómo enfrentarse a guerreros que iban armados así, y no se inmutó, dando un paso adelante, un poco más allá de la línea de sus dos escuderos. Observó los movimientos del guerrero y siguió la trayectoria del mandoble, colocando el escudo de manera que el golpe diera en un punto cerca del borde. Cuando el metal de la francisca dio en el blanco, Constantino sintió que el brazo le vibraba tan fuerte que le pareció que se le deformaba. El hacha rompió la madera del escudo y lo atravesó, luego el emperador dio un tirón que le quitó el arma al franco y después hundió la espada en el tórax del adversario. El bárbaro lo miró con la mirada vacía un instante antes de caer a sus pies.

Otro ocupó su lugar y con la misma arma. El tajo del franco le pasó a un palmo de la nariz a Constantino y estuvo a punto de cortarle la cabeza. El emperador se preparó para usar la misma técnica que había resultado acertada con el rival anterior, pero sus dos escuderos, que mientras tanto habían recuperado la posición, se cerraron sobre el enemigo y lo desequilibraron, empujándolo con los dos escudos. Constantino aprovechó para asestar su golpe y un instante después, su espada estaba roja por la sangre de la nueva víctima.

Echó un breve vistazo y vio que habían caído algunos alamanes, pero los de la segunda fila habían ocupado su lugar, estabilizando la línea. Sin embrago, en un sector la defensa parecía estar en problemas, al menos en el lateral que el emperador podía ver sin girarse y exponer así la espalda al enemigo; los francos se habían abierto camino y combatían para ampliar la brecha, mientras los romanos intentaban hacerlos retroceder con la presión de los escudos. No hacía falta. No tan pronto. Luego, sin embargo, de repente, empezaron a sonar gritos desde las filas francas y su empuje se

debilitó. El emperador no sabía qué se decían, pero le bastó un vistazo al río para entender a qué se referían: las aguas rebosaban a lo lejos de cientos de barcazas que acababan de salir de la orilla opuesta. Y no tuvieron que emplear mucho tiempo en entender que iban cargadas de soldados romanos.

Constantino se sintió aliviado. Su plan estaba funcionando. Había mantenido el grueso de su ejército oculto en los bosques cercanos de la orilla gala y los habían talado para crear embarcaciones con las que cruzar el río. Los alamanes que fueron a avisar al ejército ya habían realizado la travesía y la ofensiva había comenzado.

Como estaba previsto, los francos vacilaron un momento y luego empezaron a replegarse. Pero se suponía que no era así como debían ir las cosas. Tenía que aplastarlos de una vez por todas. Era hora de la segunda parte del plan: la más difícil. Dio la orden, que se propagó de sector a sector.

–¡Todos hacia el bosque! ¡Formemos una única fila y bloqueemos su vía de escape!

Mil hombres que deberían bloquearle el camino a cinco mil. Este era el punto débil del plan…

Osio se preguntó si alguna vez participaría en un desfile triunfal. Había sido un buen general y en otros tiempos esos habían sido sus sueños de gloria. Pero luego descubrió que estaba hecho más para la política y para la intriga. Por lo tanto, alcanzaría el poder sin luchar, haciendo que lucharan los demás. Y si ahora Majencio desfilaba por las calles de Roma exhibiendo como prisionero al que había sido emperador unos meses, era gracias a él. Si el usurpador y su padre, Maximiano, hubieran sido honestos y correctos, tendrían que haberlo hecho marchar a su lado: él había convencido a Majencio para que se rebelara y asumiera el título de césar, y Maximiano podía celebrar nuevas victorias gracias a él, ya que le había permitido quitarle el ejército a Severo durante el asedio de Roma. Y fue él, en definitiva, quien motivó a Sexto Martiniano, el hombre que se había convertido en protagonista de la rocambolesca captura en Rávena del augusto depuesto y que ahora desfilaba entre las primeras filas de soldados con el nuevo rango de centurión.

No obstante, Maximiano y Majencio se pavoneaban por las calles, alimentándose del entusiasmo de la gente, como si impedir un asedio a la urbe, asaltar una ciudad inexpugnable como Rávena y capturar a un emperador hubiera sido solamente mérito de ellos. Un día también les haría pagar esto. Y tampoco sería demasiado difícil. Solo había que mirarlos y observar sus reacciones para entender cómo debía actuar a partir de entonces. Majencio había empezado aquella aventura con muchas dudas, lleno de escrúpulos y miedos, pero ahora que veían que las cosas iban bien, le había cogido gusto. Tal vez incluso pensaba

que Galerio aprobara su usurpación, como había hecho con Constantino. Pero el joven amo de Roma se olvidaba de que había sido, al contrario que Constantino, responsable de la destitución de un augusto elegido por Galerio. Por su parte, Maximiano solo esperaba un pretexto para volver a escena y el hijo se lo había ofrecido. Probablemente creyera que, una vez eliminado Severo, Majencio le devolvería el poder, reconociendo su superior experiencia.

Osio seguía con la mirada la expresión del otrora augusto, que justo en ese momento pasaba por delante de su puesto en las laderas de la colina Capitolina, donde Majencio se disponía a subir para celebrar el tradicional sacrificio a Júpiter. Obligado a ir un paso por detrás de él, a la cabeza de los otros comandantes, Maximiano miraba ceñudo al hijo, claramente molesto por las inmerecidas ovaciones que le rendían los romanos. Tan solo cuatro años antes, había celebrado en Roma un triunfo de verdad, donde junto a Diocleciano había sido el protagonista indiscutible, y ahora se veía obligado a hacer poco más que aparecer.

Al igual que todos los senadores, Osio abandonó su lugar y siguió a los dos protagonistas de la ceremonia hasta lo alto de la colina, donde no prestó mucha atención al rito del sacrificio, pues lo había visto con un significado muy diferente cuatro años antes. Recordaba muy bien la expresión contrariada que mostró entonces Maximiano, cuando Diocleciano lo forzó a anunciar su futura abdicación; no era muy diferente de la que tenía ahora el antiguo augusto, en primera fila junto a los demás generales observando cómo su hijo celebraba un sacrificio que sin duda pensaba que debía corresponderle a él.

–Mira qué aires se da Majencio… Parece que ha sido él quien ha vencido a Severo… –dijo un senador que tenía cerca.

–Finjamos que nos lo creemos… Acuérdate de cómo era la situación aquí cuando gobernaba el padre. Esperemos que no vuelvan aquellos tiempos… el hijo no puede ser peor que él –le respondió otro.

–Pero ahora no puede mandar al padre de vuelta a Campania. No creo que Galerio se quede mirando, y Maximiano es el único que podría enfrentarse a él –intervino un tercer senador.

–De hecho, en mi opinión, Majencio dejará vivo a Severo. Sigue siendo un arma de chantaje contra el augusto. Si lo matara, perdería cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo con Galerio. Y él lucha así, con las armas de la intriga y de la diplomacia; no es un soldado como el padre –añadió el primero.

–Bueno… no sé si tenemos un trato. Nos arriesgamos a un segundo asedio, y quien ganó a los persas tiene más posibilidades de conquistarnos que uno de sus oficiales.

Osio escuchaba con atención la conversación entre los padres conscriptos, de los cuales ninguno seguía aquella insulsa ceremonia.

Sus compañeros compartían lo que él pensaba; estaba la incógnita de la reacción de Galerio, y si Majencio todavía adulaba al padre era solo porque temía que el augusto iniciara una nueva guerra civil, y no podía permitirse que volviera a retirarse. Por su parte, Osio estaba de acuerdo con quien consideraba poco probable llegar a un acuerdo con Galerio, y esperaba que así fuera; él necesitaba que Maximiano participase cada vez con más fuerza en los juegos de poder para romper las reglas y mantener el caos del que se aprovecharía Constantino. Todo aquel que debilitara a Majencio y a Galerio reforzaba al hijo de Constancio Cloro. Si además se trataba de un viejo patético, quien nunca podría minar la posición de Constantino, sería todavía mejor.

Los senadores se callaron cuando Majencio, terminado el rito, hizo ademán de querer hablar.

–Ilustres padres conscriptos –dijo–, al acabar esta conmovedora ceremonia, que revive los fastos de nuestra gloriosa tradición, quiero darle las gracias públicamente a mi padre, que ha mostrado una gran humildad poniéndose a disposición como cualquier general para llevar a cabo mis órdenes y ayudarme a ganar una dura batalla contra un hombre que no merecía el puesto que ocupaba. Los dioses me entregan ahora el imperio, el cual intentaré estabilizar con una paz duradera con el augusto Galerio. Por tanto, les pediré que sepan aconsejarle bien, haciendo que abandone su pretensión de considerar el imperio como una propiedad personal, asignando su gobierno sin ningún otro criterio que la simple amistad, y no por méritos o por herencia y linaje.

Con un gesto de la mano llamó a alguien entre el público para que se acercara.

–Este oscuro personaje, de nombre Severo, como ya sabréis, intentó fugarse de manera ignominiosa durante las negociaciones para llegar a un acuerdo. Si hubiese tenido éxito, no estaríamos celebrando este triunfo y yo no podría proclamarme césar ante los dioses. En este día quiero pues darle las gracias a quien, con valor, constancia y valentía, pudo capturarlo, demostrando una vez más que los pretorianos son la ayuda más valiosa para un emperador, y respondiendo así con los hechos a quien, como el mismo Severo, los quería dejar a un lado. ¡Senadores, debemos estarle agradecido al valiente centurión Sexto Martiniano!

Mientras rugían los aplausos, Osio, irritado, pensaba que Sexto había llegado mucho más lejos de lo que esperaba y había que bajarle los humos. No había querido premiarlo, sino solo usarlo, con la esperanza de que fuese útil y luego muriera en alguna acción desesperada por recuperar el respeto de sus superiores. Pero mientras tanto, Maximiano, visiblemente molesto por el regocijo mostrado por

un simple centurión y no por él, había abandonado su lugar con la cabeza gacha. Osio corrió para interceptarlo; era el momento de empezar a trabajárselo.

–No te lo tomes a mal, augusto –le dijo en cuanto lo tuvo delante–. Tu hijo no es soldado, por eso le hace falta un héroe que lo represente para que los romanos lo acepten y lo quieran. Lo está utilizando, con sabiduría, como nunca podría utilizar a un personaje de prestigio como tú.

Maximiano refunfuñó.

–¡He sido yo quien ha capturado a Severo, no él! –exclamó enfadado–. A mí se me ocurrió el plan para traerlo a la ciudad…

Osio asintió comprensivo.

–No tenía dudas, ni tampoco las tienen los demás padres conscriptos –afirmó solemne–. Todos sabemos quién es el verdadero estratega de la victoria. Tú, si me lo permites, eres como Escipión el Africano cuando siguió a su hermano Lucio a Asia y sin un puesto oficial lo ayudó a derrotar a Antíoco de Siria. Todos sabían que el auténtico estratega de la campaña fue él, pero se mantuvo al margen para darle más importancia al hermano…

–Han pasado quinientos años desde entonces, Osio –respondió Maximiano– y los tiempos han cambiado; ya no estamos en la república, cuando un gran caudillo era obligado a volver a segundo plano después de su mandato. Estamos en el imperio y los grandes caudillos tienen la obligación moral de hacerse cargo de las responsabilidades mientras puedan continuar, consiguiendo las recompensas apropiadas…

Osio asintió con lentitud. Era justo el tipo de respuesta que se esperaba.

–¡Delante de los árboles! ¡Poneos delante de los árboles! –gritaba Constantino, que urgía a los suyos a alinearse ante el bosque para cortarles el camino a los francos y obligarles a esperar la llegada del grueso del ejército romano, que mientras tanto se acercaba a la orilla del Rin en las barcazas. Pero sus soldados tendían a concentrarse, dejando así amplios huecos por los que pasar.

No, así no podía seguir. Si la mayor parte del ejército franco conseguía escapar, la campaña fracasaría en su propósito. La pinza que había planeado no funcionaría sin una barrera eficaz.

–¡Extendeos! Reducid las filas y desplegaos mientras podáis. ¡No dejéis que pasen! ¡Mantenedlos ocupados! ¡Los nuestros están llegando! –continuó desgañitándose, llegando a empujar a sus hombres para esparcirlos. Pero también sabía que, al reducir la línea, la marea humana de los bárbaros la atravesaría con mayor facilidad, causándole además un gran número de bajas. Los propios hombres se dieron cuenta y continuaron juntándose en pequeños grupos para

echarse una mano unos a otros; no era fácil separarlos y cuando lo conseguía, por instinto volvían a reagruparse.

Mientras tanto, los francos pasaban, adentrándose en el bosque donde serían inalcanzables. Se abrían paso dándoles vueltas a las hachas o escurriéndose por la izquierda y la derecha de los grupos de imperiales. «¡Maldita sea! –pensó Constantino–. Habría bastado con resistir un poco más…».

Reunió fuerzas y empezó a correr, dejando atrás a los escuderos. Atacó a un franco pegándole en el costado con el borde del escudo y llamando su atención. El guerrero lo miró con odio y no dudó en asestarle un golpe con su francisca. Constantino probó la misma técnica que le había permitido eliminar a otros enemigos y usó el escudo como gancho, ahora reducido a pedazos, pero aún útil. El tirón que dio poco después de que el hacha se quedara enganchada no le permitió arrancarle el arma de la mano a su rival, pero sí desequilibrarlo. De todos modos, aprovechó la oportunidad, descerrajando un mandoble de arriba abajo que le cercenó el antebrazo al franco.

Constantino se inclinó y recogió la extremidad, soltó los dedos del mango del hacha, envainó la espada y empezó a girar la francisca. Vio que un franco se escabullía un poco más lejos y corrió hacia él. Este lo vio, pero intentó librarse, Constantino lo alcanzó y finalmente consiguió bloquearle el camino, obligándole a luchar. El otro dio un golpe en horizontal con el hacha que el romano esquivó con dificultad; el metal le desgarró la carne del muslo, provocándole un ardor que lo hizo tambalearse y doblarse. Se recuperó a tiempo para evitar otro mandoble, esta vez desde arriba, que terminó en el suelo a medio palmo de su pie. No le dio tiempo al enemigo de levantar el brazo, pues le pegó en la cara de arriba abajo, abriéndosela en dos mitades a la altura de la nariz. Le sorprendió la facilidad con la que aquella mortífera arma rompía huesos, se giró hacia sus hombres y gritó:

–¿Lo veis? ¡Podemos ganarles también en combates individuales! ¿Qué esperáis para extenderos?

Los hombres lo miraron avergonzados y luego se miraron unos a otros. Al final, Croco, dando un rugido, se separó de sus hombres y fue al flanco, completamente solo, listo para enfrentarse a los francos que estaban a punto de llegar. Otro mercenario se dirigió hacia él y lo dejó atrás, colocándose en formación a poca distancia. Después la marea se les echó encima. Constantino los vio luchar encarnizadamente, luego tuvo que defenderse, mientras los demás alamanes se colocaban en abanico. Al final formaron también los legionarios y el frente se amplió lo bastante como para obligar a gran parte de los francos a dar un largo rodeo para superarlo, arriesgándose a darle tiempo al grueso

del ejército romano a que les sorprendiera por detrás, o a combatir.

Constantino continuó dándole vueltas a la francisca y los bárbaros que tenía delante se paraban antes que enfrentarse a él, reprimidos por una suerte de temor reverencial por un comandante que no mostraba reparos en usar su arma tribal. Luego se dirigían hacia otros oponentes, pero terminaban estorbándose entre sí. La barrera, por escasa que fuera, parecía funcionar; los bárbaros se amontonaban frente a la línea imperial, anulando así su superioridad numérica; los alamanes y los romanos podían entonces luchar casi en igualdad de condiciones. Muchos de ellos inevitablemente sucumbieron, pero solo después de presentar una férrea resistencia. Aprovechando su imponente estatura, Constantino echó un vistazo al río por encima de las cabezas enemigas y vio que los primeros legionarios estaban desembarcando. Animó a sus hombres a que aguantaran un poco más y aprovechó el apilamiento de los enemigos para abrir cabezas, cercenar extremidades y rajar bustos sin ni siquiera tener que apuntar.

Cuando vieron que estaban rodeados, los francos redoblaron sus esfuerzos para romper la línea enemiga, pero se amontonaron aún más unos con otros y acabaron a merced de los imperiales, que tenían tanto por delante como por detrás. El cerco se estrechó sobre ellos y muchos se apresuraron a tirar las armas. Constantino gritó que los soldados los dejaran, pero no todos los alamanes le hicieron caso. Bajo la exaltación de la batalla y del instinto de venganza por las viejas rivalidades recíprocas, continuaron matando incluso a los enemigos desarmados hasta que los propios romanos se interpusieron entre ellos y los prisioneros para que cesara la masacre. Al final, los imperiales formaron un gigantesco redil en el que terminaron todos los francos que no habían podido adentrarse en los bosques antes de que ellos llegaran.

Y eran muchos.

Constantino contempló satisfecho a sus presas. Tal vez una quinta parte del ejército enemigo se había escapado, pero se trataba igualmente de una victoria triunfal y confiaba en que los francos estarían dispuestos a firmar un tratado de paz y a aportar contingentes para sus campañas. Recorrió el campo de batalla para comprobar sus pérdidas y se detuvo cuando vio un pequeño grupo de alamanes de pie alrededor de un cadáver. Fue hasta ellos y miró el cadáver, cubierto de heridas y sangre.

Reconoció a Croco y lo asaltó una conmoción inmediata que no trató de ocultar. De los ojos le brotaron lágrimas espontáneas, pensando que era a aquel hombre, después de su padre, al que más le debía su posición de emperador.

CAPÍTULO XXV

–¡Están pasando, señor! –gritó el escolta antes de detener el caballo.

Sexto Martiniano vio que Maximiano temblaba de emoción. El general levantó el brazo y dijo:

–Muy bien. Martiniano, diles a tus tribunos que se pongan al frente con los pretorianos y que marchen en paralelo a la vía Flaminia, a través de los bosques y las colinas, tratando de que no los vean, pero observando en todo momento los movimientos del ejército de Galerio. Cuando se haya retirado por completo, poneos en el camino y cerradle al augusto el camino de la retirada a la altura de Saxa Rubra. Yo llegaré con el grueso del ejército para cerrar todos los pasos de los alrededores.

Sexto asintió, sorprendido por la estrategia ideada por su comandante. Galerio había ido a Italia para asediar Roma, liberar a Severo y reafirmar su autoridad, descartando cualquier intento de acuerdo por parte de Majencio y llevando consigo muchas más tropas que su compañero augusto. Maximiano había ordenado que apostaran una serie de exploradores en la frontera que lo advirtieran con antelación de los movimientos del enemigo, también había reunido una armada y con ella había ido al norte de la urbe para esperar la llegada de Galerio. Mas no tenía ninguna intención de enfrentarse a él; el número aplastante de las tropas enemigas lo condenaría a una derrota inevitable. En cambio, lo que pretendía hacer era incitarlo a sitiar Roma y luego presionarle desde atrás, asediándolo a su vez y extorsionándolo así con concesiones.

Pero Sexto tenía la impresión de que quería extorsionarlo para él mismo en vez de para el hijo.

Pero ahora no era eso lo que le preocupaba. Volvía a verse en medio de una contienda y la situación lo enfervorizaba. El cuerpo entero de pretorianos lo estaba. Sexto percibía el entusiasmo de sus compañeros por que los utilizaran otra vez en primera línea, después de haber estado relegados durante años a la inacción como simple guarnición de ciudad. Y si para todos los pretorianos una guerra civil, a la espera de enfrentarse a los bárbaros que instigaban a lo largo de la frontera, era una oportunidad para ponerse a prueba y ser merecedores de la ilustre tradición a la que pertenecían, para él un conflicto militar tenía un significado todavía más importante, pues le ofrecía también la posibilidad de redimir sus errores y aliviar la sensación de abandono que aún sentía por haber perdido a Minervina.

Al cabo de un rato, mientras bordeaba la vía Flaminia observando

desde lo alto de las colinas la larga columna del ejército imperial culebreando por la senda, pudo notar la emoción de sus compañeros, tanto de los más jóvenes como de los veteranos. Los primeros estaban deseando ponerse a prueba como auténticos soldados, mientras que los segundos les contaban a los novatos sus gestas pasadas, quizás enfatizando su papel en los últimos conflictos que habían visto a los pretorianos como protagonistas, como la ruptura de las líneas de Alecto en Britania doce años antes. Sexto recordó aquel episodio con ternura, al que asistió personalmente como miembro del ejército regular; aquella memorable carga fue lo que hizo que deseara formar parte del cuerpo.

–¡Dado que ese imbécil de Galerio convenció a Severo para que disolviera nuestro cuerpo, yo le demostraría de qué pasta estamos hechos, amigos míos! –dijo de repente su tribuno, Ruricio Pompeyano–. Casi esperaría antes de avisar a Maximiano y le enseñaría al augusto nuestra capacidad de resistencia, por si se le ocurre quitarnos de en medio.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó explícitamente Sexto.

–Que podríamos dejarlo escapar y luego establecernos en Saxa Rubra como dice el general, pero llamar la atención de Galerio y retarlo a romper nuestras primeras líneas antes de que Maximiano acuda a nuestro rescate. Total, tendrá que protegerse las espaldas de las posibles salidas procedentes de Roma y no podrá enviarnos todo su ejército. Y mientras tanto, haremos que se trague su decisión sobre nuestra disolución.

Un murmullo de aprobación sobrevoló las filas de la columna pretoriana. Nadie se mostró en desacuerdo con aquel descabellado plan. Sexto se dio cuenta de que el entusiasmo también lo había contagiado a él y se sorprendió aprobando la idea, a pesar de que los pretorianos solo fueran cinco cohortes, casi dos mil quinientos hombres, frente a un ejército estimado de al menos treinta mil efectivos.

–¡Cuando los hayamos repelido al menos una vez, llamaremos a Maximiano! ¿De acuerdo, compañeros? –añadió Pompeyano.

Sexto volvió a echar un vistazo a la larga procesión de tropas en el fondo del valle. Eran infinitas, y a su mando había un hombre que había demostrado ser de todo menos imbécil.

Sin embargo, no pudo evitar decir:

–¡De acuerdo! –Como todos los demás.

El conductor del carruaje le preguntó a Osio si tenía que cambiar de calle, pero él le indicó que se parase a la vuelta de la esquina y se quedara observando la escena. Contó al menos cincuenta personas, y a juzgar por su vestimenta, debían de pertenecer a los estratos sociales más dispares. Pero todos tenían la misma expresión: los ojos

inyectados en sangre y los músculos de la cara contraídos en una mueca de odio. Vio que muchos tenían un cuchillo, otros portaban palos, otros llevaban piedras en la mano y ya había un hombre tirado en el suelo, agonizando en un charco de sangre.

Osio sacudió la cabeza con un gesto de desagrado. Su previsión con Melquiades era acertada, y había hecho bien en aconsejarle que se mantuviera al margen de la disputa por la elección del nuevo obispo de Roma, después de llevar cuatro años con la sede vacante. Corría un riesgo real de perder a su hombre y de tener que reconstruir desde cero la paciente estrategia que llevaba años tejiendo, y que tenía en el prelado romano uno de sus puntos fundamentales. Observó al hombre al que los cristianos habían querido solo unos meses antes como su líder y vio que animaba a sus seguidores a infligirles una dura lección a los manifestantes, que se habían reunido al otro lado de la calle. Los suyos se lanzaron contra los rivales, ocasionando una pelea atroz, a cuyos participantes les invadía un instinto asesino.

«Es increíble –pensó Osio– que en una ciudad donde los habitantes tendrán que hacer frente a un inminente asedio, haya tiempo para matarse por temas religiosos, y encima dentro del mismo culto». Por lo que le contó Melquiades, el nuevo obispo, Eusebio, un integrista que había conseguido salvarse de las matanzas del periodo más duro de las persecuciones, había empezado una purga contra los llamados «apóstatas», o traidores, que entregaron los libros sagrados e hicieron sacrificios a los dioses paganos, abandonando su fe por salvar la vida.

Osio no pensaba que hubiera llegado el momento de proceder con una nueva elección y volver a llamar la atención de los gobernantes. Se lo dijo a Melquiades, pero su socio no había podido impedir que los más extremistas, motivados por la actitud tolerante de Majencio, restauraran la estructura jerárquica y la ritualidad como si no hubiera pasado nada en los dramáticos años anteriores. Eusebio, en especial, hacía mucho tiempo que tenía ganas de tomar las riendas de la comunidad y se las había arreglado para ser elegido. Una de las primeras tareas que había asumido fue la de ajustar cuentas con aquellos a los que consideraba traidores, le confió Melquiades, consciente de que él era uno de sus objetivos.

«Eran fanáticos», pensó, y era útil que lo fueran. Pero necesitaban que los guiaran hombres racionales, capaces de dirigir su incontenible energía para lograr una afirmación política de su culto, como tenían intención de hacer precisamente él y Constantino.

Vio al mismo obispo, un anciano lleno de vitalidad, provocar a uno de sus seguidores para que se ensañara con un muchacho al que había lisiado con un garrote. El hombre le dio otro golpe, dejando a la víctima de rodillas, y con el bastón le pegó en el cráneo al rival, que cayó al suelo. El cristiano siguió pegándole en la cabeza ya

machacada, de la que al momento empezó a derramarse materia orgánica que acabó esparciéndose por el adoquinado. Mientras tanto, uno de los apóstatas intentaba atacar al obispo, pero un hombre se puso entre los dos, llevándose una puñalada en el estómago. El herido se tambaleó y el adversario aprovechó para apuñalarlo otra vez, en el mismo lugar, rodeándole el cuello con el otro brazo y acercándoselo para que la espada pudiera clavarse aún con mayor profundidad. Cuando se separaron, la víctima se desplomó en el suelo mientras de los dedos con los que se abrazaba la barriga colgaban tripas y filamentos.

Cuando llegaron los pretorianos para sofocar la revuelta, Osio pensó que, si hubieran esperado un poco más, se podrían haber ahorrado el trabajo. En el suelo había ya bastantes cristianos y no fueron los ejecutores de los edictos imperiales y los verdugos los que causaron la carnicería, sino ellos mismos. Los soldados formaron en abanico y taponaron todas las vías de escape de la plaza en la que tuvo lugar el choque. Después empezaron a dirigirse hacia los alborotadores con las lanzas apuntando adelante, estrechando cada vez más el cerco sobre ellos. Muchos de los cristianos, de ambos bandos, habían estado tan ocupados en masacrar a sus contrarios que tardaron en darse cuenta de la presencia de los pretorianos y a nadie le había dado tiempo a llegar a las calles limítrofes. Destinados a acabar todos en la red de los soldados, se apretujaban unos con otros olvidándose de su disputa, y algunos partidarios de Eusebio cantaban himnos. Los que se habían enfrentado a ellos no tardaron en imitarlos, posiblemente para demostrar que, en lo que se refería a la fortaleza de la fe, no estaban por detrás, a pesar de su anterior traición.

Los pretorianos no perdieron el tiempo con amenazas. Actuaron directamente, clavando las lanzas en todo el que se ponía por delante. Los cristianos acabaron atravesados uno tras otro y todos, tanto los apóstatas como los partidarios del obispo, se arremolinaron alrededor de Eusebio, que mientras tanto insultaba a los soldados, vociferando sobre un «final de los tiempos» en el que Dios los castigaría por sus pecados. Las palabras murieron en su boca cuando una lanza, atravesando de lado a lado el cuerpo de uno de sus seguidores que tenía justo delante, le alcanzó en el estómago, haciendo que diera un grito desgarrado. El anciano cayó de rodillas, esforzándose por mantener las manos unidas mientras por sus ropas se extendía una mancha de sangre. Mantuvo las manos unidas incluso cuando otra lanza lo alcanzó por la espalda, tirándolo al suelo, donde, poco tiempo después, dejó de moverse y de respirar.

Había acabado. Un nuevo disturbio había sido sofocado y habían eliminado a otros fundamentalistas que, en el futuro, podrían comprometer el proceso de absorción de los cristianos en el imperio

que Osio había puesto en marcha. Melquiades había resultado ser una vez más de gran valor, el día antes, al decirle dónde y cuándo se encontrarían los miembros de las dos facciones para ajustar cuentas. Él fue a toda prisa a decírselo a Majencio, que mandó que intervinieran los pretorianos con el único objetivo de mantener el orden público. Desde que Galerio empezó a marchar para acercarse a Roma, los pretorianos habían tenido que sofocar tumultos casi a diario, pero casi siempre para apaciguar los ánimos exaltados por el racionamiento del pan.

Al ver cómo los cuerpos de los cristianos, y el de Eusebio en particular, teñían de rojo el adoquinado, se le ocurrió que, probablemente, Melquiades lo había avisado para librarse de su rival. Es más, también cabía la posibilidad de que no hubiese obstaculizado su elección para llamar la atención sobre él y quitárselo de encima. En ese caso, podía decirse que el astuto prelado lo había utilizado.

Pero, aunque hubiera sido así, se congratulaba por haber elegido a un colaborador igual que él. Cuando se volviera demasiado peligroso y pasara a ser un obstáculo para sus planes, no tardaría mucho en deshacerse de él.

Las flechas volvieron a silbar al amanecer después de haber cosechado un gran número de víctimas el día anterior. Era el preludio del nuevo ataque por parte de las tropas de Galerio. Sexto Martiniano escuchaba al tribuno Pompeyano gritar órdenes a caballo a lo largo de toda la línea. Ruricio Pompeyano era un buen capitán: valiente, decidido, perspicaz incluso en las situaciones más difíciles. Si los pretorianos fueran todavía tropas operativas, podría haber tenido una carrera brillante. Por el contrario, hasta ese momento había sido poco más que un burócrata encargado de redactar informes sobre borrachos con ganas de causar destrozos o reprimir protestas en las plazas.

Los pretorianos se agazaparon detrás de la barricada que habían levantado a la altura del pueblo de Saxa Rubra, uniendo con diferentes materiales, piedras y troncos de árboles y maleza los pocos edificios que había a cada lado de la senda, y bloqueando el camino con los muebles requisados de las casas. Habían creado así una especie de fortín, cuyas ramificaciones se extendían, a cada flanco, hasta las colinas cercanas, impidiendo que los hombres de Galerio se desviaran.

Había funcionado hasta entonces. Sexto y sus compañeros habían resistido a los ataques enemigos durante toda la tarde del día anterior, al final del cual los hombres de Galerio habían tenido que retirarse sin poder abrir una brecha en la barricada. Fue entonces cuando Ruricio dio la orden de que avisaran a Maximiano, pero el tiempo que necesitaba el viejo augusto para llegar hasta allí le estaba dando a Galerio la posibilidad de renovar los ataques. Y con las pérdidas sufridas el día antes, era muy poco probable que los pretorianos

salieran victoriosos tras un segundo día de lucha sin la llegada del grueso del ejército.

Pero Sexto no le tenía miedo a la muerte, ni tampoco se lo tenían sus compañeros. Era como si lucharan con el peso de todos los pretorianos que los habían precedido a lo largo de los siglos; como si los prefectos más célebres, y aquellos que habían acompañado a emperadores como Trajano, Marco Aurelio y Domiciano en las campañas del Danubio, los estuvieran mirando y evaluando. Cada uno de los presentes se sentía en la obligación de entregarse por completo, multiplicando sus fuerzas como si en su interior hubiera entrado el espíritu de los compañeros que habían dado la vida por el imperio.

Así pues, cada vez que los adversarios se lanzaban sobre la barricada, siempre los repelían descargando espadas y clavando lanzas con una energía inagotable, hasta el punto de que no habían necesitado siquiera turnarse. Cada pretoriano se quedó en su sitio sin pedirse un descanso, y Ruricio pudo por tanto distribuir las tropas que había dispuesto de reserva por toda la línea, vigilándola en cada sector. Cuando caía alguien, los compañeros se atrincheraban en torno a su cadáver cerrando todos los huecos y redoblando sus esfuerzos. Galerio, como era de esperar, solo había podido utilizar una parte de sus tropas en los ataques por miedo a una salida desde las murallas de Roma. Al final, el augusto tuvo que ordenar la retirada y el campo a las afueras de Saxa Rubra quedó plagado de cadáveres, mientras muchos heridos eran arrastrados por compañeros exhaustos.

Pero ahora sería una historia completamente distinta, y todos los pretorianos lo sabían. Una noche de descanso no había bastado para recuperar fuerzas y los efectivos se habían reducido en al menos un tercio, entre caídos y heridos. Además, Galerio contaba con tropas suficientes para poder mandar al ataque a soldados frescos, dejando que descansaran los que habían luchado el día antes.

Si Maximiano no llegaba, terminaría pronto.

Los escudos no se cerraban en tortuga como la víspera y alguna que otra flecha entró por los huecos entre los bordes, provocando algunas víctimas. Gritos de dolor se elevaron desde las líneas defensivas por diferentes puntos y Sexto vio que un compañero que estaba a poca distancia caía sobre un montón de maleza que lo protegía, con una flecha clavada en el cuello. Pero tuvo que pensar en resguardarse de la segunda salva, que cayó inmediatamente después sorprendiendo a los soldados que se movían para cerrar filas. Después de una ráfaga más, quedaron grandes espacios vacíos contra los que el enemigo se preparó para arremeter.

Sexto les gritó a los hombres de su centuria que estuvieran listos para abrirse en cuanto la infantería enemiga se encontrara lo suficientemente cerca como para impedirles a sus arqueros volver a

tirar. Se inclinó un poco por encima de la barrera y, protegiéndose con el escudo, observó los movimientos de los soldados de Galerio. Cayeron tres salvas más, cuyas flechas se clavaron en su mayor parte en los objetos de la barricada y en los escudos, incluyendo el del mismo Sexto. Luego las trompetas dieron la señal de ataque. El centurión les repitió a sus hombres que formaran en cuadrángulos más anchos, pero la marea enemiga que avanzaba era tan numerosa que cada pretoriano tendría que enfrentarse a más de un adversario al mismo tiempo.

Los hombres de Galerio corrieron contra las líneas enemigas al descubierto, sin miedo a ningún proyectil; desde el día anterior sabían que los pretorianos no tenían ni arqueros ni jabalinas. Apoyaron su avance varias ráfagas que obligaron a los defensores a desproteger sectores cada vez más amplios de la fortaleza improvisada. En cuestión de minutos, los atacantes estaban cerca de la barricada, impulsándose para superarla de un salto. Sexto hirió a uno en la ingle mientras estaba en el aire, pero otro sí pudo caer a su lado. Sin embargo, cuando el enemigo recuperó el equilibrio, al centurión le había dado tiempo a colocarse frente a él; con un amplio movimiento del brazo izquierdo, consiguió que la flecha que tenía clavada en el escudo le arañase la cara al enemigo, que se llevó la mano a los ojos y no pudo impedir que Sexto le atravesara la clavícula, rompiéndole los huesos entre el brazo y el pecho y provocándole una explosión de sangre.

Ahora a cada pretoriano le presionaban los adversarios que se agolpaban sobre la barrera, algunos tratando de abrir un agujero en ella y otros de derribarla. Sexto observó que sus compañeros no luchaban con el mismo ardor que el día anterior, y probablemente también se dio cuenta el enemigo, a quien aquello le daba mucha moral. A pesar de las advertencias de Ruricio y las de sus oficiales, los hombres eran más lentos, sus movimientos más pesados, y su defensa menos eficaz. Lo estaban dando todo, pero no era suficiente después de la batalla del día pasado.

Fue a ayudar a uno de sus subordinados, al que un adversario mantenía a distancia con la lanza, mientras otros dos quitaban objetos cubiertos de maleza. Entretanto, vio que los atacantes aprovechaban la actitud pasiva de los pretorianos para apilar los cadáveres de los compañeros que quedaban en el terreno del día anterior, cerca de la barrera, usándolos para treparla con más facilidad. Meneó la cabeza. Por muchos que pudieran repeler, los enemigos se impondrían por número en poco tiempo.

Él mismo se subió al montón de escombros, sorprendiendo al hombre que estaba peleando con su compañero; el enemigo no se dio cuenta de su iniciativa hasta que fue demasiado tarde y Sexto le cortó

el brazo izquierdo con la espada. El centurión agarró la lanza del soldado, se la arrancó de la mano y se la lanzó con violencia a uno de los otros dos enemigos, clavándosela en la barriga. El hombre cayó hacia atrás, mientras Sexto animaba a su compañero a que lo ayudara a reconstruir la barricada por donde la habían derribado. Pero en cuanto el otro avanzó para ayudarle, el soldado que se encargaba de los trastos le atravesó el hombro derecho, haciendo que se le cayera la espada de la mano. El pretoriano no se dio por vencido y, aun con un corte por el que brotaba abundante la sangre, continuó con el escudo en el brazo izquierdo y salió de la barrera, agarrándole el pie al enemigo que había matado Sexto y arrastrándolo a través de los escombros. El centurión asintió e hizo lo mismo con la otra víctima, apilándola sobre la primera y cerrando el agujero con los dos cadáveres. Pero, mientras volvía su compañero, el adversario que seguía en pie lo atacó por la espalda con la espada, cayendo sobre los dos cuerpos y aumentando la altura de la pila.

Antes de que llegaran más enemigos, Sexto observó la batalla en todo el frente. Los pretorianos se estaban quedando sin energías, realizando increíbles actos de valor y, como él, reconstruyendo la barricada cada vez que los enemigos la echaban abajo. Pero en un punto vio que los hombres de Galerio habían abierto una brecha. Estaba un poco más arriba que él, y en breve por ese hueco entrarían decenas, cientos de hombres. Los primeros en atravesarlo ya eran más que los pretorianos que se habían juntado para detenerlos, y pronto su superioridad sería aplastante. Tuvo la tentación de ir a ayudar a sus compañeros, pero si dejaba desprotegido el sector del que, como centurión, era responsable, los enemigos no tardarían en aprovecharlo. Por lo tanto, se resignó a lo inevitable y se preparó para defender la zona que le correspondía, ignorando lo que ocurría en otra parte.

Pero sin poder evitarlo, poco después vio que en el sector de la brecha crecía el número de defensores, no de atacantes. Siguió sus movimientos y se percató de que estaban acercándose muchos más desde atrás. Muchos más. Se fijó y vio que toda la línea se estaba reforzando. Se giró y contempló con gran satisfacción la marcha firme del ejército de Maximiano.

–¡Señora! ¡El césar Constantino ha vuelto! Victorioso, una vez más; los brúcteros han sido doblegados y la frontera se ha estabilizado –anunció el gran camarlengo entrando a la sala de audiencias.

Minervina, que estaba sentada en el trono y se ocupaba de una discusión entre dos acusados, trató de mantener la compostura que se esperaba de una emperatriz. Así pues, reprimió el gozo por el nuevo éxito de su soberano y señor, pero sobre todo por su regreso, el cual esperaba con inquietud; no solo por el legítimo deseo de volver a

verlo, sino también por el de manifestarle sus ideas, que acababa de poner en práctica.

–Señores, debemos suspender el juicio –dijo a los presentes–. Nuestro emperador debe ser debidamente recibido, por lo que les invito a volver mañana a la misma hora. Sin duda dictaré una sentencia definitiva e inapelable sobre el tema que les concierne.

Los dos hombres, un arquitecto y su cliente, que no habían llegado a un acuerdo sobre el precio de una rehabilitación inmobiliaria, la miraron sorprendidos, agacharon la cabeza en señal de respeto y se retiraron. «A decir verdad –pensó Minervina–, se han mostrado sorprendidos desde mi entrada en la sala», donde probablemente se esperaban encontrar a un hombre, tal vez a un aristócrata en quien pensaban que el césar habría delegado las funciones de justicia rutinaria durante sus ausencias, como a veces ocurría con otros emperadores. Habían expuesto sus respectivos argumentos con escasa convicción, seguramente sin considerar válido el procedimiento, ni oficial, pero intentando complacerla por miedo a desagradar a la concubina del emperador.

Se daba perfecta cuenta de ello, y lo había sabido prever, cuando decidió que la mejor manera para sentirse y ser útil era resolver disputas. Lo habló con el camarlengo, que trató de disuadirla, o de alentarla al menos a que lo hablara antes con el césar. Pero Constantino llevaba semanas fuera y no se sabía cuánto tiempo más estaría ausente; pasaba la mayor parte del tiempo, desde que era emperador, en las fronteras conteniendo las incursiones bárbaras. Por lo tanto, Minervina insistió con el cortesano, al que no le quedó más opción que rendirse. Así pues, se pusieron de acuerdo para que, mientras tanto, juzgase las causas de perfil bajo, las que de todos modos el emperador habría delegado a sus colaboradores. Las de más peso, que Constantino llevaba solo o presidiendo un tribunal, ni siquiera las tuvieron en cuenta.

Pero Minervina confiaba en que el compañero, una vez constatara su buena voluntad y los resultados conseguidos durante su ausencia, le permitiría dictar sentencias de mayor importancia. Y por fin se sentiría útil, se le daría un papel que, hasta ese momento, no estaba ni definido. Constantino no la había hecho su esposa ni le había dado otras funciones, e incluso la educación de su hijo se la habían confiado a una serie de personajes que gravitaban en torno a la corte, arrebatándole cualquier posibilidad de forjar su carácter.

Estaba al lado de un hombre extraordinario, uno de los más grandes de su tiempo, destinado a convertirse seguramente en el más grande de todos, pero ella no era nadie y no hacía nada significativo. En una palabra, era insignificante, y era consciente de los rumores de los cortesanos, que la consideraban el juguete de Constantino, una

muñeca bonita con la cabeza vacía, vaga e incapaz, que el césar tenía en el palacio exclusivamente para su propio placer.

Era su ramera. Para todos.

Había recurrido a la ayuda de Cristo para tener fuerza y enfrentarse a las miradas recelosas de quien la rodeaba. Había rezado una y otra vez hasta que encontró el valor de dar la cara y desafiar la estupidez común. Les demostraría a todos que valía mucho más de lo que creían. De hecho, pensaba que ya había empezado a hacer que sus detractores cambiaran de opinión con el equilibrio que había demostrado en los juicios emitidos hasta entonces.

Escuchó el ruido de las pezuñas sonando en el patio del palacio imperial. Corrió a la ventana y se asomó. Era él al frente de una pequeña columna formada por sus guardaespaldas, todos germanos, ahora, con sus imponentes figuras y el cabello dorado. A Constantino le encantaba hacer su entrada en escena, completamente pertrechado, con una armadura de escamas dorada, un casco tachonado de joyas y la capa de color púrpura. Se detuvo, bajó del caballo y cruzó la entrada. Como siempre, a Minervina la invadió la emoción. ¿La saludaría esta vez con pasión? Cuando Constantino volvía cada vez de sus campañas, ella examinaba cada uno de sus movimientos para entender si se alegraba de verla, valoraba su humor y hacía de todo para llamar su atención. Mandó llamar a Crispo, sabiendo muy bien que el emperador buscaría primero al hijo. Por lo menos, al encontrarlos juntos se vería obligado a agasajarlos a los dos.

–Crispo, amor mío, tu padre ha llegado. Esta vez también te contará su victoria contra los bárbaros –le dijo al niño en cuanto la esclava se lo llevó.

–¿A cuántos ha matado? Espero que los haya destrozado a todos, así no nos molestarán más –respondió Crispo, que con cuatro años ya mostraba una pronunciada inclinación por el oficio de las armas. Era enérgico y decidido, y sabía hacerse respetar entre los niños de su edad; a veces también les plantaba cara a los adultos y Constantino lo adoraba en especial por su carácter beligerante, que le recordaba a él mismo con su edad.

–Te lo dirá él –contestó ella, y en ese momento vio entrar al emperador, con el casco bajo el brazo y porte apuesto y escultural.

Crispo salió corriendo hacia el padre, que lo levantó y lo miró orgulloso.

–Veo que has crecido en estos meses, hijo mío –comentó satisfecho.

–¿Lo suficiente como para ir a luchar contigo? –respondió el niño.

Constantino se echó a reír.

–¡Noooo! ¡Pero lo suficiente como para quedarte aquí vigilando a tu madre y mi casa! –contestó mirando a Minervina, que le devolvió una amplia sonrisa.

–Bienvenido, mi señor. Las noticias de tus victorias te han precedido –dijo la mujer.

–Ha ido bien, sí –comentó Constantino con aire satisfecho–. Los brúcteros ya no deberían suponer un problema para el imperio. Hemos reclutado a unos pocos para nuestros ejércitos. Cada vez es más difícil encontrar romanos que tengan ganas de hacer el servicio militar… ¿Sabías que hay quien se corta los pulgares para no servir como soldado? Y no son los cristianos…

Minervina suspiró. No era particularmente efusivo con ella, pero al menos era bastante locuaz. A lo mejor abordar el tema que le preocupaba, ahora que parecía estar de buen humor, era una buena idea.

–Por una parte, hay gente que no quiere cumplir con su deber… –aventuró–. Por la otra, hay a quien le gustaría hacer más…

Constantino levantó los ojos al cielo.

–Otra vez el tema de «ser útil», ¿a que sí? ¡Al menos déjame respirar un poco! –respondió seco.

–Te aseguro, mi señor, que no pretendo molestarte –arguyó ella, esforzándose por ser conciliadora–. De hecho, para no causarte ninguna molestia, durante tu ausencia he actuado por iniciativa propia y he asumido la tarea de juzgar los litigios más insignificantes, aquellos de los que no te encargarías nunca o que te parecerían aburridos…

Constantino dejó al niño en el suelo y la miró desencajando los ojos.

–¿Que has hecho qué?

Minervina quiso sonreír, pero sintió que el miedo invadía todo su cuerpo.

–Puedes preguntarle al gran camarlengo, que ha asistido a los juicios. He sido escrupulosa y precisa, y he dictado sentencias de las que no te arrepentirás.

El emperador sacudió la cabeza, aparentemente angustiado.

–Quieres dejarme en ridículo… –murmuró.

–Créeme, Constantino, yo…

Pero no dejó que le explicara nada.

–Dejar que una concubina administre la justicia… ¿Qué pensarán de mí los demás tetrarcas? Peor que Nerón, o como Calígula, que nombró cónsul al caballo… ¡Pero el gran camarlengo me las pagará! –gritó, marchándose hecho una furia.

Minervina no pudo contener las lágrimas.

Se había equivocado por completo, una vez más.

–¿Qué quieres decir con que no tienes intención de atacar a Galerio? –exclamó Majencio, poniéndose de pie en el trono de un salto. A Osio le pareció tremendamente paradójica la escena: el hijo, llevando el manto regio color púrpura, estaba en el estrado de la sala de

audiencias en el palacio del Palatino, mientras que el padre, en otro tiempo señor supremo del Occidente romano, estaba de pie frente a él, cubierto de polvo y sudor, como un mendigo cualquiera. La diferencia de carisma a favor de Maximiano era abismal, y quien no conociera la historia reciente del imperio habría podido pensar en un intercambio de papeles.

–Ya te lo he dicho; no le atacaré –confirmó el anciano caudillo–. Mi intención es llegar a un acuerdo. Es el augusto que creé yo, y no repudiaré lo que hice.

Majencio negó furioso con la cabeza.

–Es increíble… Lo tienes en tu mano; lo has encerrado entre las murallas de la ciudad y tu ejército, ¿y no quieres aprovechar eso? No hay duda de que has envejecido… En otros tiempos no habrías dudado en darle el golpe de gracia –quiso provocarlo.

Maximiano se irguió con toda su robusta figura, todavía imponente a pesar de la edad y la tendencia a la flojera.

–Si acaso me he vuelto más sabio. Es inútil arriesgarlo todo si puedes conseguir tus objetivos con el mínimo esfuerzo y derroche de soldados. Ganaremos, cierto, pero a un alto precio, y nuestro poder no se mantendría firme.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué quieres conseguir exactamente? –le requirió el hijo. Para Osio, la pregunta era lícita frente a la determinación del padre de volver a escena. Hasta entonces, Maximiano no había dicho de forma explícita a dónde quería llegar, pero parecía fácil deducirlo. Poco antes, se rumoreaba, las tropas lo habían elevado a augusto.

Maximiano soltó un resoplido.

–En este momento falta un augusto. Así que he pedido que me reincorporen en mi cargo para equilibrar la tetrarquía y evitar otras crisis institucionales –contestó con sequedad.

Ya está, por fin lo había dicho. Osio se relamió. Ya era demasiado tarde para hacer que Majencio volviera al rincón al que lo había relegado el sistema deseado por Diocleciano.

El príncipe, de hecho, se puso colorado de indignación.

–Y… a ver si he entendido –respondió acercándose al padre–. Contigo y con Galerio como augustos, y Constantino y Maximino Daya intocables como césares, ¿cuál sería mi función?

Maximiano guardó silencio unos segundos y luego afirmó:

–Como Galerio tiene un sobrino como césar, supongo que yo tendría a mi hijo como heredero…

–¿Quieres que crea que marcharías contra Constantino? –le presionó–. ¡Pero si siempre hemos dicho que Galerio tuvo que aceptar su usurpación porque destituirlo es una empresa imposible! ¿Me tomas el pelo?

–Tal vez, con las fuerzas unidas de todos los tetrarcas, podríamos

conseguirlo…

–Pero ¿a quién quieres engañar? –insistió Majencio–. Di más bien que quieres que yo salga de la contienda. Estoy de más, incluso para ti. Siempre lo he estado: no moviste un dedo para defender mis derechos, como hizo Galerio con su sobrino, o Constancio Cloro con Constantino…

Los cortesanos se miraron incomodados. Nadie se atrevía a intervenir. Osio adoptó la misma actitud, pero en realidad estaba pensando en cómo atizar el enfrentamiento.

Maximiano no se inmutó frente al desahogo del hijo.

–Pero Galerio no tiene ninguna intención de ratificar tu usurpación. Al contrario, si yo vuelvo al tablero de juego como augusto, el día de mañana, cuando muera, me aseguraré de que me sustituyas como césar, mientras que Constantino pasará a cubrir el puesto de augusto…

Majencio estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

–¡Pues claro! ¿Crees que así me engatusarás? –gritó–. ¿Crees que soy tan idiota que me estaré callado y tranquilo esperando algo que, a lo mejor, no sucederá nunca? Tú decidiste dejarme fuera desde el principio, esa es la verdad… Y pensar que fui yo quien te llamó, sacándote de tu letargo y dándote una nueva oportunidad para sentirte importante… Deberías darme las gracias, y en cambio me apuñalas por la espalda… Me has utilizado…

–De ninguna manera. Te aseguro que no he planificado nada –se justificó Maximiano–. Te estaba agradecido por haberme dado la posibilidad de dirigir de nuevo los ejércitos, pero eso mismo, y mis éxitos contra Severo y Galerio, han hecho que entienda que todavía puedo contribuir en gran medida al imperio con mi experiencia. Y aún me siento lleno de vida y con buena salud, al contrario que Diocleciano, que lleva años enfermo y sentía la necesidad de descansar. Me obligó a mí también a abandonar el poder únicamente porque él ya no aguantaba más. ¡Pero yo estoy bien, por los dioses! ¿Por qué iba a tener que ceder el puesto al que me destinaron los propios dioses?

–Porque eres viejo y porque la ley que tú mismo creaste y firmaste te lo impone –respondió sin vacilar Majencio–. El imperio estaría mejor protegido con sangre joven. Ahora es mi turno. Tu momento ya pasó.

La expresión de Maximiano, hasta entonces controlada, cambió de golpe. Su rostro se volvió feroz, como podía serlo el de un hombre de rasgos hoscos y marcados.

–¿Que soy viejo? ¿Que mi momento ya pasó? Demuéstramelo, imbécil. ¡Coge una espada y rétame y veremos quién sale airoso!

Majencio se puso morado. Sin embargo, dudó en responder, y eso le

pareció a Osio una señal clara de miedo.

–No me rebajo a tanto. Un emperador no desafía a un soldado –declaró al fin.

–Solo cuando ese presunto emperador nunca ha sido un soldado –respondió Maximiano con una sonrisa burlona–. Si te hubieras dignado a participar en alguna campaña, no tendrías tanto miedo de enfrentarte a un «viejo». Y acabas de demostrar por qué ninguno de los tetrarcas te ha elegido emperador. Hace falta gente con agallas para defender un imperio. ¡Y no hay duda de que Constantino tiene muchas más que tú!

Y antes de que el hijo pudiera responderle, avanzó hacia él con paso firme y le arrancó la capa púrpura.

–¡No eres digno de llevar esto, ni ahora ni nunca! –añadió, tirando al suelo la prenda y dándole la espalda. Luego se encaminó hacia la salida, deteniéndose justo en el umbral. Se giró y dijo–: Ah, por cierto. Galerio ha rechazado cualquier acuerdo que suponga mi reincorporación en el cargo de augusto. Ha propuesto celebrar una conferencia en la que participe el mismo Diocleciano para darle un nuevo orden al imperio. Me parece que aceptaré… –A continuación, cruzó la puerta y desapareció.

–Maldita sea… Si lo reincorporan, me veré expuesto a las venganzas de todos –protestó Majencio, sin dirigirse a nadie en particular–. Y el problema es que los soldados aún lo quieren y lo apoyan; si decide seguir siendo augusto hasta la conferencia, estoy muerto…

Osio decidió que era el momento de intervenir.

–Los soldados apoyarán a quien les pague más. Y, en tu posición, eres tú quien tiene el dinero ahora, *césar* –dijo subrayando su título, antes de despedirse.

Había llegado la hora de hablar también con Maximiano.

CAPÍTULO XXVI

–César… eh… No te puedes imaginar quién ha venido a Tréveris para entrevistarse contigo… –le anunció a Constantino el nuevo gran camarlengo.

El emperador levantó la cabeza del escritorio de su *tablinum*, miró impaciente al hombre y luego le hizo un gesto brusco con la cabeza para que hablara. Todavía no había aprendido a ser lacónico.

–El augusto… eh… el antiguo augusto Maximiano.

Constantino fingió estar sorprendido, pero en realidad no lo estaba. Gracias a la mediación de Osio desde Roma, al día siguiente de romper con su hijo, Maximiano se había puesto en contacto con él, antes de ir a la reunión de Carnuntum con Diocleciano y Galerio. En esa época, pocos meses antes, el anciano le había propuesto un acuerdo en absoluto despreciable que ahora, tras el resultado de la conferencia, devastador para el otrora augusto y perjudicial para Constantino, se volvía aún más ventajoso para ambos. En realidad lo era sobre todo para Maximiano, pero Constantino también podría beneficiarse cuando llegase el momento de eliminar a Majencio.

–Condúcelo hasta la sala de audiencias cuando yo esté listo –respondió–, y mientras, haz que los esclavos me lleven el uniforme oficial. –Tenía que impresionar a Maximiano y hacerle entender que ahora el emperador era él, y el anciano un simple limosnero. Por lo tanto, se vistió con las prendas púrpuras y se ciñó la corona en la cabeza, antes de cambiar de habitación y sentarse en el trono.

En cuanto lo vio aparecer ante él, Constantino quedó impresionado por el aspecto de Maximiano. Había envejecido mucho desde la última vez que lo había visto. Su desbocada ambición, la cual le impedía disfrutar de retirarse en privado como había hecho Diocleciano, debía de ser el único sostén de un cuerpo doblegado por el paso del tiempo.

–¡Maximiano! ¡Es un verdadero privilegio poder gozar tan rápidamente de un informe de primera mano de la conferencia que ha establecido los nuevos destinos del imperio! –exclamó después de que el anciano le hiciera una leve reverencia y sobre la que el emperador consideró que no había que discutir.

–Destinos provisionales, supongo que convendrás conmigo. Es un orden que no le gusta a nadie, salvo a Licinio, que se ha encontrado con un nombramiento directamente como augusto del todo inesperado, creo –afirmó Maximiano.

A Constantino no le parecía inesperado. Desde que lo conocía, Licinio siempre había maniobrado para convertirse en emperador, y

seguro que se había ganado a Galerio en los últimos años para que lo eligiera en cuanto faltara uno de los tetrarcas. Lo consideraba su enemigo personal y no le gustó saber que al final Licinio había logrado su sueño, sobre todo porque Diocleciano y Galerio le asignaron los territorios contiguos a los suyos, es decir, los danubianos, Italia y África.

Lo que simplemente no podía soportar y no podía tolerar, sin embargo, era que a él lo dejaran en el puesto de césar, a pesar de todo lo que había hecho por reforzar el imperio en los tres años que llevaba en el cargo, poniendo como augusto a aquel despreciable individuo, el cual nunca había formado parte del colegio tetrárquico.

–Eso nadie podría ponerlo en duda –convino–. Tenemos un augusto, es decir, Licinio, que en realidad solo posee un tercio de sus territorios: Panonia. El resto está repartido entre Majencio, que controla Italia, y ese nuevo usurpador, Lucio Domicio Alejandro, que ha quedado África.

–Y luego estoy yo… –especificó Maximiano–. Un augusto destronado, de hecho.

–Entiendo que Diocleciano no ha escuchado tus peticiones… –preguntó, con sincera curiosidad por entender cómo habían ido las cosas en Carnuntum.

–Diocleciano se ha vuelto loco –afirmó Maximiano sin rodeos–. Parecía que solo le interesaban las coles que cultiva personalmente en su huerto de Split. Incluso se las trajo para enseñarlas, ¿sabes? Y hemos permitido que un loco decida cómo se gobierna un imperio…

–Pero Galerio razona con claridad. ¿Con él no has podido llegar a un acuerdo?

Maximiano resopló.

–Galerio se ha encargado de no dejarme volver al ruedo, pues sabe muy bien que mi autoridad minaría la suya. Ahora es el augusto más anciano y de mayor influencia, y el otro augusto y un césar son sus hombres. Conmigo otra vez en el campo de batalla tendría que cederme la supremacía.

Constantino asintió. Conocía perfectamente las ambiciones de Maximiano y sabía que tendría que vérselas con él, aunque se hubieran aliado. Era el momento de ver qué había decidido hacerle creer.

–¿Eso es lo que quieres, la supremacía?

–No quiero engañarte, Constantino –dijo con fingida honestidad Maximiano–. No podría conformarme con menos durante los años que me quedan de vida. Juntos, reconquistaremos Italia y África y luego avanzaremos contra Licinio en Panonia. Tú seguirás siendo césar de la Galia, yo seré augusto de los territorios actualmente divididos entre tres gobernantes, y cuando te cases con mi hija, como yerno mío, serás

el sucesor con mayor legitimidad al cargo de augusto que tanto insisten en no darte los otros tetrarcas.

Constantino apenas pudo reprimir una sonrisa. Maximiano acusaba a Diocleciano de locura, pero debía de ser el loco él si pensaba que lo engañaría.

–Me honra tu respuesta, aunque el ser hijo de un augusto como Constancio Cloro me convierta ya en legítimo pretendiente al puesto de augusto –manifestó–. Pero no cabe duda de que la alianza contigo reforzaría nuestras credenciales y pondría a Licinio, a tu hijo y a Domicio Alejandro en una situación complicada. Además, estoy muy contento de casarme con tu hija, que según me dicen es hermosa, además de muy joven.

–Fausta es poco más que una niña, y te dará un montón de herederos… legítimos –confirmó Maximiano.

Los dos permanecieron un momento en silencio mirándose. Constantino estaba seguro de que los dos eran conscientes de la farsa. Cada uno adulaba al otro, a sabiendas de tener enfrente a un hombre cuyas ambiciones iban mucho más allá de lo que dejaba ver. Tendría que guardarse siempre las espaldas de aquel individuo pérfido, intrigante, con sed de poder, incapaz de aceptar el hecho de que su momento había terminado. Se lo dijo el hijo, se lo dijeron todos los que asistieron a Carnuntum, pero él no se daba por vencido; y si no estaba dispuesto a ayudar a Majencio a legitimar su poder y consolidarlo, estaba claro que no podía esperar que mostrara más ternura por un yerno.

Pero en algo tenía razón Maximiano. Mientras tanto, aceptaría de él lo que más le convenía: una mujer legítima y creíble, joven y capaz de darle muchos herederos…

Ahora solo tenía que librarse de Minervina.

A Minervina le resultó rara la conversación con Constantino. No porque él no la buscase nunca; la había perdonado, o por lo menos ya no parecía enfadado con ella, aunque le hubiera prohibido seguir impartiendo justicia, pero no la llamaba nunca a su despacho. Por lo general, se entretenía durante el día por momentos fugaces con ella y Crispo, y por la noche, no más de un par a la semana, la buscaba en su habitación, hacía lo que le placía y se marchaba antes del amanecer. No le gustaba que la tratara como un objeto, pero se había resignado a ser su ramera, y le parecía más gratificante ser eso que estar al lado de cualquier otro hombre mediocre o menos interesante que él.

–¿Cómo estás, querida? ¿Todavía sufres la decepción por haber sido apartada de tu actividad? –la recibió el emperador.

–Un poco, mi señor. Ya sabes cuánto deseo ser útil. Además de alegrar tus noches, quiero decir –respondió con picardía, sorprendida de que a él le interesara su estado de ánimo. No solía preguntar, al

contrario que Sexto y, en ocasiones, que Osio.

Constantino no reaccionó. Permaneció serio y continuó:

–Comprendo tus exigencias. Y me doy cuenta de que tu papel de concubina te queda pequeño. Por eso estaba pensando en encomendarte una tarea.

Minervina se iluminó.

–¿De verdad? –balbuceó.

–Se trata de una tarea muy delicada pero que, estoy seguro, sabrás llevar a cabo de la mejor manera. Me fío de ti, y tu fe cristiana te convierte en la persona ideal para este encargo.

Minervina se sentía cada vez más entusiasmada.

–Estoy a tu disposición, césar, lo sabes –dijo, llena de esperanza.

–Pues bien… Yo, al igual que tu marido Osio, estoy convencido de que los cristianos son la futura fuerza motriz del imperio –empezó a explicarle Constantino–. Son valientes, decididos, y creen en algo que los lleva a pensar que se tienen que ganarse la vida eterna. Esto los obliga a comportarse de manera recta y a luchar no solo por su fe, sino también por quien la promueva.

–¿Y a ti te gustaría ser nuestro promotor? Me llenas de alegría, césar –contestó ella–. Me he dado cuenta de que en tu parte del imperio no solo no ha habido nunca persecuciones, sino tampoco se nos ha discriminado, pero no pensaba que incluso te animaras a apostar por Jesucristo…

Constantino soltó un resoplido.

–No exageremos –tiró abajo su entusiasmo–. Como ya sabes, soy seguidor del Sol Invicto, como mi padre, pero al igual que mi padre, me parece que los cristianos son gente que merece ser reconocida. Tienen todo el derecho de venerar a su dios, como todos los demás, y si existe es un dios poderoso, porque les ha permitido superar la terrible persecución. Prácticamente ya no hay ningún tetrarca que se atreva a vilipendiar a los cristianos. Mis compañeros han comprobado que son demasiados y están bien arraigados en el tejido social como para poderlos extirpar. Y la gente común nunca ha aprobado las medidas más drásticas contra ellos. La discriminación se mantiene formalmente, pero en la práctica solo se aplican levemente. En definitiva, lo mío por ahora es una toma de posición. Soy emperador, y tú entiendes que no puedo posicionarme claramente a su favor, sin perder el apoyo de los que todavía creen en los dioses tradicionales, y que son la mayoría. Pero se trata de un comienzo. En mi intimidad, me siento atraído por vuestro Cristo, podría decirse que lo estoy buscando, y si las condiciones políticas lo consienten, tal vez un día lo alcance.

Minervina se sintió feliz. Siempre había apreciado su tolerancia, y también lo amaba por esa característica, la cual le faltaba a Sexto.

Pero ahora que sabía lo predispuesto que estaba hacia su fe, sentía que lo quería más aún. Estaba convencida de que haría cualquier cosa por él.

–Entonces, ¿qué quieres que haga?

–Quiero que vuelvas a Roma mientras tanto.

–¿Contigo? –preguntó.

–No. Sola.

–Sola con Crispo, quieres decir.

–No, tú sola. Crispo te supondría un estorbo para lo que tienes que hacer.

Minervina se quedó estupefacta.

–¿Durante cuánto tiempo? –le requirió.

Constantino abrió los brazos.

–Esto no te lo sé decir. El tiempo necesario para que los cristianos, gracias a ti, aprendan a confiar en mí y me preparen el terreno para cuando yo sea su soberano también en Italia. Colaborarás con tu marido, quien todavía te quiere mucho y que ya ha movido los hilos para ayudarme. Pero tú podrás trabajar aún mejor a mi favor; Osio no es cristiano, tú sí, y te moverás dentro de la comunidad.

Minervina recibió la explicación con emociones encontradas. El entusiasmo por la consideración de la que era objeto no podía hacerle olvidar que tendría que separarse tanto del hombre al que amaba como de correr el riesgo de encontrarse de nuevo con Sexto, pero, sobre todo, abandonar durante un tiempo a Crispo. Hasta entonces, en los últimos cuatro años había desempeñado únicamente el papel de madre, además del de fulana de Constantino, y no estaba segura de si sabría renunciar tan fácilmente al hijo al que había cuidado en primera persona, negándose a confiárselo a las esclavas como todas las demás matronas romanas.

–Pero… ¿Crispo? –preguntó tímidamente.

–Crispo es el hijo de un emperador. Será el niño más atendido y protegido del imperio mientras estés fuera. Pero verás que no será mucho tiempo. Mi intención es atacar pronto a Majencio –la tranquilizó Constantino.

Minervina esbozó una sonrisa. Debía convencerse de que estar al lado de un gran hombre implicaba además grandes sacrificios, como hacía él cuando realizaba largas campañas, que lo mantenían alejado del cariño y el descanso. Por otra parte, había insistido tanto en tener un papel más activo que ahora no podía echarse atrás; lo haría sentirse orgulloso de ella.

En cuanto cruzó las puertas de entrada a Roma, Minervina le dio las gracias al Señor porque Constantino le proporcionara guardias armados.

No se esperaba ni por asomo la situación en la que se vio de un

momento a otro. Había oído decir que, desde que África había caído en manos de un usurpador, el suministro de grano de la urbe había sufrido un duro golpe. Pero no se imaginaba que las autoridades hubieran perdido hasta tal punto el control de la situación. Roma le pareció desde el primer momento una zona de guerra.

Atravesó el Campo de Marte y vio que los asientos ya no eran como los recordaba. A su alrededor no había más que devastación. Los Jardines de los Domizi ya no parecían aquellas exuberantes zonas de vegetación donde daba paseos a la sombra del follaje de los árboles. Ahora estaban parcialmente yermos, los troncos ennegrecidos por los incendios, al igual que las fachadas de los edificios y los muros que los delimitaban. Y al fondo, desde la Colina de los Jardines se elevaban humaredas que atestiguaban que allí también tenía lugar la devastación. Siguió adelante. El Mausoleo de Augusto tenía grietas en los muros de contención y se veía claramente que lo habían picado para cavar piedras. En el suelo, en la base del edificio, había fragmentos y escombros que nadie se molestaba en arreglar.

La vía Flaminia estaba bordeada de montones de desperdicios. Roma nunca había sido una ciudad limpia, pero lo que veía ahora era mucho peor de a lo que estaba acostumbrada. Y, además, más fachadas de paredes quemadas, despostilladas y escombros esparcidos por todas partes. Oyó unos gritos y estiró el cuello para ver.

–Hay un apedreamiento, señora. ¡Los soldados! –le advirtió uno de los guardaespaldas. Y antes de que el carruaje pudiera cambiar el rumbo, un grupo de personas le embistió. Tenían expresiones de terror, las caras demacradas y las ropas andrajosas. Sin embargo, de vez en cuando alguien se paraba y les tiraba piedras a los que les seguían.

Los pretorianos.

–¡Malditos seáis! ¡Vosotros siempre tenéis comida, pero nosotros no! –gritó alguien–. ¡Compartidla con nosotros! ¡A saber cuánto grano habéis acumulado en vuestros almacenes!

–Majencio quiere ser emperador, pero ni siquiera puede alimentar a sus súbditos. ¡Les da de comer solamente a los que lo mantienen en el poder!

Minervina vio que los pretorianos habían formado una hilera bien hecha de un lado al otro de la calle y tenían las lanzas extendidas. Avanzaban con paso sincronizado, con la armadura reluciente y los rostros indescriptibles bajo cascos de bronce. Puede que entre ellos también estuviera Sexto Martiniano. La invadió un miedo irracional por volver a verlo, con una mezcla de vergüenza, y sintió que tenía más miedo de verlo que de terminar atrapada en la revuelta. Cuando una piedra golpeó el lateral de su carruaje, empezó a temblar. Sus guardias se cerraron alrededor del vehículo, gritándole al conductor

que tomara la calle lateral más cercana. Pero el callejón estaba a unos pasos de distancia y la calle ya estaba bloqueada. Las lanzas de los soldados alcanzaron a los primeros rebeldes y la mujer vio con horror cómo atravesaban a un muchacho, flaco y pálido, mientras sus insultos contra los soldados se le morían en la garganta.

Un anciano, tal vez el padre, se tiró sobre su cadáver, dirigiéndole un rugido a los pretorianos. Con él ni siquiera usaron las lanzas; pasaron por encima de él, aplastándolo con sus botas tachonadas y dándole patadas y puñetazos. Cuando lo dejaron atrás, había quedado reducido a una papilla sangrienta, con la cabeza machacada y las extremidades deformadas.

Aquellos hombres con armadura dorada le parecieron ángeles de la muerte, demonios crueles y despiadados que disfrutaban ejerciendo su poder. Le pareció que todos ellos se parecían a Sexto, quien la había engañado y traicionado, siendo un pagano intolerante y vicioso como era.

–¡Minervina! ¡Minervina! –oyó que la llamaban.

Había un hombre detrás de un edificio; le pareció un simple transeúnte en vez de un alborotador. Miró mejor; ¡era Silvestre, su viejo maestro de fe! Con valor y aprovechando que el tumulto se había desplazado, el prelado corrió hacia su carruaje.

–Creía que estabas en la Galia… Has escogido muy mal momento para volver a Roma, como puedes ver –le dijo.

–Querido amigo –le respondió–, si supieras cuán útil y reconfortante ha sido lo que me enseñaste… Estoy aquí para un encargo muy importante.

–Sea lo que sea, no sé si podrás llevarlo a cabo. Esto es un caos. ¿Te alojarás en casa de tu marido? –le preguntó Silvestre.

–Sí, si aún me acepta.

–Entonces será mejor que te des prisa en llegar a su casa. Como puedes ver, la situación en la calle no es segura. Hasta yo me he arrepentido de haber salido, pero tenía que encontrarme con mis hermanos en una reunión urgente para tratar lo que está sucediendo en Alejandría con ese hereje… Arrio.

–¡Entonces llévame contigo! –exclamó Minervina con entusiasmo–. No quiero perder tiempo, también porque deseo volver con mi hijo. ¡Déjame que hable con los demás prelados y con el obispo de lo que quiere hacer Constantino por vosotros, por nosotros!

Silvestre se quedó perplejo.

–No sé si es el momento, hermana. Como te he dicho, existen tensiones entre nosotros, hay quien se quiere adherir a las teorías de Arrio…

Minervina no se desanimó.

–¡Pero no me cabe duda de que lo que tengo que deciros os

cohesionará! Por favor, deja que vaya.

El diácono se quedó unos segundos pensando.

–Está bien –dijo al fin–. Al menos, con nosotros sé que estarás a salvo. A saber en qué otros problemas te puedes meter si dejo que te marches, con el jaleo que hay en la ciudad…

Minervina se quedó contenta. Le alegraba volver a ver a Osio, pero le interesaba mucho trabajar para Constantino, tanto por complacerlo como para acabar con su tarea y volver con Crispo. No tardaron en llegar a la elegante casa que alguien les había facilitado a los cristianos para sus reuniones, y Silvestre le mostró el camino. Pero antes de entrar en el *tablinum*, allí también escucharon gritos y ruidos de peleas. Silvestre la detuvo en el umbral de la habitación, sin saber si entrar o no. Había unos diez sacerdotes, entre los que Minervina reconoció a Melquiades, que discutían airadamente. Tan airadamente que uno de ellos se abalanzó sobre el triclinio de otro y estaba intentando estrangularlo. Y resultaba increíble que nadie interviniese a favor del hombre en apuros.

–¡No te atrevas más a sembrar esta blasfemia entre nosotros, hereje! –gritaba el que había tomado la iniciativa–. ¡Que no vuelva a escuchar decir que Jesucristo no tiene naturaleza divina!

El otro, aunque estuviera a punto de ahogarse, seguía hablando mientras trataba de aflojar el apretón.

–No digo que no tenga naturaleza divina… Solo que Jesucristo no puede ser eterno, único e indivisible como Dios, ya que fue él quien lo engendró…

Un diácono intervino por fin a su favor y dijo:

–Si queréis jugar a los sofistas, de hecho, si consideramos a Jesucristo «hijo» del Padre, es decir, de Dios, admitimos implícitamente que no es eterno como Él. De algún modo, está subordinado a Dios. Por lo tanto, es lícito preguntarse cuánto hay de divino y cuánto de humano en Él…

Su consideración suscitó la indignación de los demás prelados y uno de ellos declaró:

–No son preguntas que debería hacerse un hombre de fe. ¡Estas preguntas dejémoslas a los filósofos! ¡La divinidad no se discute! ¡No es casualidad que el patriarca de Arrio lo excomulgara hace más de nueve años!

–Además, ese Arrio afirma que la naturaleza es por sí misma única e indivisible –añadió otro–. Así que excluye que haya algo divino en Jesucristo. Es un hereje, y sus teorías no se deberían tener ni siquiera en cuenta. El que lo haga es un loco degenerado.

–¿Me estás llamando loco degenerado? –inquirió el que había intervenido a favor del agredido, que mientras tanto aún se debatía para soltar el apretón de su agresor.

–Vete a paseo…

El otro se levantó y le dio un guantazo y se volvió a sentar. Su víctima le lanzó una mirada llena de odio. Alargó la mano, cogió uno de los vasos que había apoyados en la mesa junto a él y se lo tiró. Le dio en la frente, de la que le salió un hilillo de sangre, mientras el vaso caía al suelo rompiéndose en mil pedazos. El otro también tenía vasos cerca y reaccionó de igual modo. Le dio al rival en el hombro, haciendo que diera un rugido de rabia, más que de dolor. Ambos eran bastante mayores y su enfado hacía que parecieran francamente ridículos. A Minervina la escena le pareció más cómica que dramática. Sin embargo, se dirigió a Silvestre diciendo:

–Puede que tengas razón, amigo mío. Será mejor que venga en otro momento. –Se despidió y se fue con sus guardaespaldas sin que los ocupantes de la casa, demasiado ocupados en pelearse, se hubieran dado cuenta de su presencia.

CAPÍTULO XXVII

Osio tenía sentimientos encontrados por la primera cena con su mujer en años. Por la tarde la recibió con alegría, pero luego se apagó por la actitud fría de Minervina. Había olvidado lo distante que era con él, antes incluso de que Constantino apareciese en el horizonte, y la amargura que le habían provocado sus continuas traiciones. Y recordó la frustración que sintió ante sus rechazos, su reticencia y la frialdad que caracterizó su comportamiento durante tanto tiempo. El acuerdo con el que se la cedió a Constantino, más tarde, le llegó como una liberación, aunque fuese consciente de que la echaría de menos; Minervina era tan ingenua que le inculcó un sentimiento de protección que hacía que se sintiera mejor hombre. En ciertos aspectos, la necesitaba. Incluso el amor genuino que Elena, su amante, sentía por él, no había podido compensar lo que la despedida de Minervina le arrebató. Además, ahora Elena se había convertido más en una amiga que en una amante. Lo que fuera que sintiese por su mujer, entonces, era el sentimiento más puro y espontáneo que jamás había llegado a sentir en su vida.

No obstante, por mucho que la quisiera, se moría de ganas de informarla de lo que había podido conocer por Constantino. En cuanto llegó, Minervina le había comentado con convicción la tarea que creía que el emperador le había asignado, y él la había escuchado con escepticismo. Pensaba que era el único que gozaba de la confianza del emperador en ese proyecto que él mismo le había propuesto, y no creía que Constantino considerara a Minervina a la altura de semejante trabajo. Además, después de leer la carta, lo entendió. El soberano le mandó una misiva, que a espaldas de la mujer le entregó uno de sus guardaespaldas, con instrucciones sobre cómo comportarse con Minervina. En parte, a Osio le divertía la idea de destruir su sueño de amor, al igual que había disfrutado arruinando su relación con Sexto Martiniano. Y esta vez ni siquiera necesitaba inventarse una historia: Constantino ya se la proporcionaba.

Pero la noticia más bonita era que debía tenerla en Roma.

Para siempre.

Volvía a ser suya, al menos en teoría. Y con el tiempo, tal vez entendiera que era el único hombre al que merecía la pena amar.

–Querida, veo que comes con ganas. El viaje debe de haberte dejado agotada –le dijo tras un largo e incómodo silencio, observando cómo devoraba un muslo de pollo.

–Más que nada, me ha preocupado el caos que me he encontrado en

Roma. Revueltas contra los pretorianos y contra el emperador, cristianos que se pelean entre ellos por temas que, sinceramente, no entiendo. ¿Cómo podemos debatir sobre la naturaleza de Jesucristo si solo podemos suponerla? Tendremos que hacer un gran trabajo para unir a todos los cristianos y convertirlos en la milicia de Cristo que le gustaría a Constantino –comentó.

Osio se aclaró la voz y dijo:

–Eh… Por cierto, Constantino me ha escrito y me ha informado de sus planes.

Minervina asintió contenta.

–¡Bien! –dijo–. Entonces, ¿cómo propones que lo hagamos? ¿Cuándo empezamos?

Osio miró a todas partes excepto hacia ella. Constantino le había ordenado hacer lo menos amarga posible la medicina.

–Verás… Justo después de que partieras, naturalmente, se produjo un gran cambio que lo ha obligado a modificar su política –le explicó–. Mandó hasta aquí a un cartero del correo imperial que llegó varios días antes que tú. Nos lo dijo de inmediato, y eso demuestra cuánto se preocupa por ti –mintió.

Minervina adoptó una expresión de alarma.

–¿Significa que ya no hay que hacer nada y que tengo que volver con él? Lo siento, pero al menos volveré a ver pronto a mi hijo…

–No, no volverás a ver a tu hijo. No es posible –precisó Osio–. Has de saber que el antiguo augusto, Maximiano, fue a ver al emperador y le propuso una alianza que le permitirá conquistar antes y con mayor facilidad Roma.

–Entonces tenía yo razón. Ya no necesita el apoyo de los cristianos, y por tanto el mío tampoco –abrió los brazos la mujer.

–Querida, la condición de la alianza es el matrimonio entre Constantino y la hija de Maximiano, la jovencísima Fausta –afirmó, pronunciando bien cada una de las palabras.

Minervina se disponía a responder cuando entendió las palabras que había pronunciado su marido y se quedó paralizada.

–No… no puede ser…

–Es política, querida. Solo política. Ya sabes lo ambicioso que es Constantino.

De los hermosos ojos de Minervina comenzaron a brotar lágrimas. Osio sintió una fuerte emoción y el deseo de abrazarla. Se levantó fue hasta ella, pero la mujer extendió los brazos para mantenerlo alejado.

–Y… no me ha escrito a mí. Te ha escrito a ti… –murmuró.

–Está claro que le daba apuro. Y sabe el cariño que te tengo. No cabe duda de que le alegra que yo cuide de ti –respondió, sin que le extrañara su ingenuidad; cualquier otra persona habría visto una relación de causa-efecto entre su alejamiento y el matrimonio de

Constantino. Pero ella se conformaba con la explicación que le había dado y no encontraba razones para no creérsela.

–¿Y me deja así? ¿Después de haberme querido a toda costa? ¿Después de cinco años? –Su voz empezaba a adquirir un tono desesperado.

–Esa clase de hombres no se pueden permitir poner los sentimientos en primer lugar, deberías saberlo. Tal vez no tendrías que haber puesto tantas expectativas en vuestra relación. A fin y al cabo, eras su concubina.

–¡*Su puta*, decían! ¿Y qué hace falta para dejar a una puta? ¡Nada!

–Claro que no… Estoy seguro de que se preocupaba por ti. Como puede preocuparse un hombre de su clase, obviamente. No puede vincular sus decisiones y sus planes con un amor. ¿No te sentirías una carga para él si lo limitaras de alguna manera? ¿No te sentirías culpable?

Minervina estaba sollozando.

–Su… supongo que sí. Tal vez tengas razón –pudo decir entre lágrimas.

Osio intentó abrazarla de nuevo, y esta vez Minervina se lo permitió. El hombre sintió un escalofrío en el vientre que nunca había sentido con Elena, y esperó que su mujer lo superara pronto.

–¿Y mi hijo? Yo… tengo que volver a por él –dijo de repente Minervina.

Osio negó con la cabeza.

–Imposible. Es el hijo de un emperador y tiene que crecer en la corte. Constantino me ha dejado eso muy claro.

Minervina estalló de nuevo en un llanto desgarrador.

–Pero ¿cómo voy a renunciar a ser madre?

–Eso también es política, querida –le dijo acariciándola.

–Pero iré a verlo a menudo –afirmó con decisión.

–Eso tampoco es posible. Tu presencia en la corte sería muy embarazosa para Constantino. Y ofendería a la emperatriz. Y no queremos que se ofenda.

Minervina se desplomó sobre la mesa, sin ni siquiera fuerzas para reaccionar. De pronto se hundió en una profunda depresión, con la mirada perdida en el vacío.

«Como si una parte de ella hubiera ido», pensó Osio, impresionado y preocupado.

El rótulo no dejaba lugar a dudas: un falo con los testículos en relieve. Y justo debajo la frase AQUÍ VIVE LA FELICIDAD. Minervina entró decidida con la esperanza de encontrar allí dentro el olvido.

El hombre que se encontró en cuanto cruzó la entrada le pareció horriblemente desagradable. «Mejor», pensó. No debía gustarle nada de aquel lugar. Nunca había conocido a un lenón, pero era justo como

se lo imaginaba: llevaba prendas lujosas y de mal gusto, tenía el pelo rizado, pendientes y las manos llenas de anillos, los brazos decorados con brazaletes, varios collares en el cuello, una mirada lasciva, perilla y la piel grasienta, quizá más por el sudor que por los aceites, aunque olía a una mezcla de perfumes que hacía llorar los ojos.

No se había dejado aconsejar, también porque no conocía a nadie que pudiese hacerlo, y también porque le daba vergüenza. Solo había ido a Suburra y se había puesto a buscar letreros que señalasen prostíbulos. Ese era el primero que encontró y no buscaría más. El hombre la miró de los pies a la cabeza, con una mirada curiosa y lasciva.

–Hermosa señora, ¿busca alguna emoción fuerte con chicas o con chicos? –le preguntó con una voz que, si los reptiles tuvieran, tendría ese mismo sonido–. ¿O necesitas una muchachita para algún festín, para ti o tu marido?

Minervina no pudo ocultar su disgusto. Respondió con una mueca:

–Nada de eso. Quiero una de tus habitaciones de alquiler para hacer lo que hacen tus chicas. Para… digamos tres, no, cuatro horas al día, por la tarde.

–Eres una mujer de alto linaje, señora –respondió el proxeneta–. El alquiler, para ti, es veinte *follis* cada diez días. Pero ¿quién me dice que no me dejarás la habitación bloqueada y luego, impresionada por las primeras experiencias, no me la dejarás colgada? En cuatro horas puedo hacer muchos clientes. Por lo general, sin embargo, los aristócratas os ponéis quisquillosos y rechazáis a muchos antes de encontrar al que os agrade.

–Bien. Entonces debes saber que, además del alquiler, la mitad de lo que gane será para ti. Y me comprometo a aceptar cualquier cliente que me quieras ofrecer. *Cualquiera* –confirmó Minervina con solemnidad.

–Mmm… Al parecer, tenemos aquí una nueva Licista/Mesalina. –Y la volvió a escrutar–. Estás demasiado delgada, en mi opinión, para causar furor, y un poco entrada en años. Pero tienes una cara bonita. Ya veremos. Dependerá de lo que sepas hacer. ¿Cuándo quieres empezar? –le preguntó.

–Ya –respondió ella, ofreciéndole la bolsita que había llevado–. Aquí hay cien *follis*. Va más de un mes de anticipo. Y ahora llévame a mi habitación y mándame al primer cliente que aparezca.

Al alcahuete se le iluminó la cara y abrió la boca con una amplia sonrisa que reveló la presencia de pocos dientes, además de podridos en su mayoría. Agarró la bolsita con avidez, echó un vistazo a su interior, luego la guio por el lupanar a través de una serie de fétidos pasillos que apestaban a hollín, sudor y orina. A Minervina le lloraron los ojos. Sentía que se ahogaba y tuvo que reprimir el impulso de salir

corriendo. Llegaron ante unas cortinas, sucias y llenas de rasguños, que el hombre corrió revelando una pequeña habitación casi del tamaño de una cama, donde estaba, sentada, una muchacha con una profunda cicatriz en la mejilla y con una túnica transparente como única ropa. Las paredes estaban llenas de frases y dibujos obscenos, en parte ennegrecidos por el hollín, que hacía casi irrespirable la atmósfera del lugar.

–Tú, vete de aquí –le gritó el hombre a la muchacha, que no tardó en obedecerle, con un miedo evidente en los ojos–. Pero espera un momento –añadió el proxeneta–. Tú, señora, ¿qué te vas a poner?

–Eh… nada. No he pensado en eso.

–No pasa nada. Tú, dale tu túnica –le ordenó a la muchacha, que se quitó la ropa y se la ofreció a Minervina. El lenón le hizo un gesto para que se la pusiera, y ella lo miró de reojo.

–¿Qué pasa? Señora, te recuerdo que estás aquí para que todos te vean desnuda. ¿Quieres buscarte problemas con quien velará por tus intereses? –insistió el lenón.

Minervina volvió a dudar, pero luego concluyó que tenía razón. Se quitó la palia, la echó sobre la cama, luego la túnica, y se quedó en ropa interior y banda pectoral. Luego empezó a vestirse.

El proxeneta negó con la cabeza.

–La túnica es transparente precisamente para dejar que los clientes admiren vuestras curvas. Ya sé que las señoras estáis acostumbradas a dejaros la banda pectoral incluso durante los momentos más íntimos, pero en este oficio no hay esa costumbre… –especificó con severidad.

Minervina suspiró, luego se quitó la banda y, después de dudarlo un poco, la ropa interior. Sufrió como una profunda humillación la mirada escudriñadora del proxeneta, entre lasciva y profesional. Pero ya no había nada que pudiera humillarla más de lo que había sufrido.

–Ya lo había dicho yo, demasiado delgada –comentó–. Pero tienes unas piernas muy largas, y unas tetas pequeñas pero perfectas, además de unos hombros anchos. Seguro que encuentras muchos clientes. Además, si no te disgusta, te publicitaré como la matrona que eres, así la gente de más baja clase se irá contigo, aunque no le gustes, solo para darse la satisfacción de haberse tirado a una aristócrata.

Minervina se encogió de hombros y miró sus ropas, la cual también apestaba, y pudo ver unas manchas inconfundibles. Las mismas que vio justo después en el colchón, sobre el que ni siquiera había sábanas. Se tendió en él y percibió con mayor claridad el olor a sudor y secreciones masculinas y femeninas.

–Necesitas un nombre artístico –añadió el hombre–. Mesalina se hacía llamar Licista. ¿En qué nombre has pensado tú?

Minervina mostró su indiferencia con la mano.

–No lo he pensado. Elígelo tú por mí.

El hombre frunció el ceño, pensó unos segundos y luego dijo:

–*Spes*. Sí, te llamaré Esperanza. Como la esperanza de que me hagas ganar un montón de dinero y mi lupanar se haga famoso.

Minervina sonrió por la ironía. A ella, que ya no tenía esperanza, la llamaría Spes. Se tumbó en la cama en cuanto el hombre salió abriendo la cortina, tratando de superar la repulsión que le provocaba sumergirse en aquel maloliente colchón. Estuvo a punto de quedarse dormida, pero no pasó mucho tiempo antes de que se abriera la cortina. El lenón se la enseñaba satisfecha a un cliente. El hombre, un viejo gordo de barba espesa y un aliento de borracho que olía desde la distancia, la miraba con lascivia.

–... Una señora de la alta aristocracia, nuestra Spes –dijo el lenón–. Se llama Esperanza, pero es una certeza, te lo puedo garantizar; la certeza de que te hará disfrutar, amigo. Es toda tuya. Apuesto a que no puedes esperar a meter tu pajarito en ese elegante cuerpecito. Y mira qué atlética, verás qué maniobras... Tú solo tendrás que tumbarte y ella se encargará del resto.

«Maniobras». Sí, se le daba bien bailar sobre la pelvis de los hombres, como siempre decía Sexto. Mientras el cliente empezaba a desnudarse, se recordó a sí misma hacer como hacía con su antiguo amante, más que con Constantino. Solo con Sexto liberó por completo su naturaleza salvaje.

Tan solo esperaba poder hacerlo también sin amor.

Los últimos prisioneros entraron en la arena del anfiteatro de Arelate con el mismo porte orgulloso que distinguió su resistencia en la batalla. Sabían lo que les esperaba; vieron los restos de sus compañeros en la arena, pero no mostraron miedo. Se juntaron en el centro y esperaron su destino, dirigiéndole miradas de orgullo a quien les había vencido. Constantino asintió y les hizo una señal a los guardias para que dejaran entrar las fieras. Luego se dirigió a Maximiano, que estaba sentado a su izquierda en el palco imperial.

–Ya ves que son huesos duros de roer. Incluso ahora me desafían –le comentó el emperador a su suegro–. Créeme, no habría llegado al punto de matar a tantos en el circo; habría preferido reclutarlos para mis ejércitos. Pero no nos han dado alternativas: si no les doy una lección que tarden en olvidar, me los encontraré siempre presionando en las fronteras.

Maximiano estaba de acuerdo.

–Yo habría hecho lo mismo –respondió–. Es más, me gustaría hacer lo propio si me dieras la oportunidad de guiar, como general, una campaña en las fronteras. Me parece que los alamanes todavía están desbocados.

Constantino no tenía ninguna intención de hacerlo. Confiarle un ejército al ambicioso suegro equivalía permitirle cumplir su propósito:

echarlo del trono imperial e instalarse en su lugar.

–Llegará tu momento, señor –dijo diplomáticamente–. Con los alamanes tenemos una cuenta pendiente. Desde que murió Croco, que los tenía bajo control, se sienten con derecho a crearnos problemas, y tenemos que derrotarlos si queremos ganarnos su respeto y volver a reclutarlos. Nos han dado muchas satisfacciones como auxiliares; les debemos muchas victorias y, además, mi ascenso al trono. –Sabía bien que Maximiano no se conformaría con la respuesta; hacía meses que había mandado que lo siguieran y sus espías le habían informado de que con frecuencia se reunía con algunos tribunos y centuriones que estuvieron a su servicio. La razón estaba clara: estaba conspirando para poner al ejército de su parte.

Las bestias entraron en la arena antes de que Maximiano pudiese responderle. Y los bárbaros ni se inmutaron. El público, excitado por la sangre que había corrido como ríos con anterioridad, saboreaba el gran final.

–Se nota que estos son los jefes. Son los más fornidos y fuertes. Y también los más fieros –comentó Fausta, la mujer de Constantino, que estaba sentada a su derecha. El marido había notado su malestar ante todos los desmembramientos que había presenciado, pero también su esfuerzo por mostrarse imperturbable, lo que la convertía en una merecedora consorte a pesar de su corta edad.

–Esa es la costumbre entre los bárbaros. Y si son fieros es sobre todo porque deben mostrarse más valientes que sus subordinados, que han muerto bajo los colmillos de las fieras antes que ellos –explicó Constantino. La familia imperial había asistido solo a la última parte del espectáculo, que había empezado por la mañana, con la matanza de miles de prisioneros. Constantino estaba pensando; le había dicho la verdad al suegro: no le hacía gracia desperdiciar a todos aquellos auxiliares en potencia, pero francos y alamanes eran confederaciones tan vastas de tribus que derrotar a algunas no significaba intimidar a las demás. Sin embargo, necesitaba atajar todas las amenazas de las fronteras si quería poder afrontar los conflictos intestinos que pretendía provocar en poco tiempo. Al igual que Julio César, que puso fin a las guerras galas cortándoles, a modo de recuerdo, la mano a todos los defensores de la fortaleza que le opuso la resistencia más tenaz, decidió darles de alimento a las bestias del circo la mayoría de los prisioneros de la última campaña. La voz se propagaría más allá del Rin y, en el futuro cercano, los bárbaros se lo pensarían dos veces antes de adentrarse otra vez en territorio romano.

–Bueno, yo nunca los vi porque hace un par de años era demasiado pequeña –continuó Fausta–, pero me han contado que los cristianos se mostraron igual de valientes. A lo mejor no tan fieros, pero sí valientes; no se movían y rezaban mientras las fieras los devoraban…

–Los cristianos son una auténtica desgracia para el imperio –intervino el padre–. Pero ya son demasiados como para poder erradicarlos. Al fin y al cabo, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos los gobernantes –añadió, atribuyéndose un papel que no tenía y que ya no le correspondía–. No son verdaderos rebeldes, ni han dado nunca lugar a revueltas, aunque a menudo provocan disturbios peleándose entre ellos. Solo son unos fanáticos parásitos que evitan sus deberes para con el Estado.

–Sin embargo, los cristianos podrían ser un recurso para el imperio –objetó Constantino–. Su determinación podría resultarnos más útil, a «nosotros los gobernantes», que la indolencia de los tradicionalistas. Su dios es dinámico, su credo muy atractivo para las masas, y sobre todo para quien no tiene nada que perder en esta vida y quiere ganarse otra más gratificante después de la muerte. –No añadió, para no ofender al suegro ni desvelar sus planes, que esas mismas masas apoyarían preferiblemente a un comandante y a un gobernante que combatiese y actuase en nombre de un credo de ese tipo, en vez de por cualquier otra religión que no prometía ningún premio.

Pero Maximiano había perdido el interés en la conversación. Había empezado la matanza y ver la sangre despertó su naturaleza animalesca. Los reyes bárbaros se habían apiñado en el centro de la arena y los rodeaban cuatro bestias, entre leones y panteras, que se movían a su alrededor con paso suave, estudiando a sus presas. Una pantera fue la que acabó con los rodeos, dando un salto espectacular hacia el hombre que tenía más cerca. El bárbaro se defendió instintivamente poniéndose los brazos delante de la cara. Segundos después, los colmillos de la bestia se cerraron alrededor de una de sus dos extremidades y le desgarraron la carne. Al caer, la pantera arrastró a su víctima, tirando de ella como si fuese un muñeco, hasta que le arrancó el brazo. Del muñón brotó un chorro de sangre que provocó a las demás fieras. El ataque fue casi simultáneo, casi como si se tratara de una táctica estudiada. Los hombres, que habían pensado en defenderse mutuamente juntándose unos con otros, se vieron en apuros al enfrentarse a ataques desde todas partes, y los que no fueron atacados de inmediato no pudieron ayudar de ninguna manera a los que habían tenido la mala suerte de que les mordieran.

Alguno intentó luchar con una fiera saltando sobre ellas desde detrás, mientras el animal estaba ocupado despedazando a otro bárbaro, pero no consiguió otra cosa que llamar su atención y convertirse en su víctima. Nadie corrió para retrasar lo inevitable, como solía pasar con los condenados a las bestias. El público había enmudecido; decepcionados por no poder ver las persecuciones de las bestias y los intentos más curiosos por evitarlas, por parte de sus presas, los espectadores quedaron a la vez impresionados con la

fortaleza de los bárbaros, que permanecían en el sitio intentando luchar con sus propias manos contra colmillos y zarpas. Pero estaban destinados a morir, así que la arena no tardó en quedar salpicada otra vez, como en los episodios anteriores, de muñones arrancados y bustos descuartizados o destripados, cabezas vacías y manos amputadas de cuajo. Los que estaban heridos esperaban de rodillas, llamando con gestos teatrales a la fiera más próxima, para invitarla a atacarle de nuevo, gritando en su idioma y dirigiéndole oraciones a sus dioses.

Duró menos que cualquier otra *damnatio as bestias*. Menos que la de los compañeros que habían estado antes, muchos de los cuales habían intentado escapar de los mordiscos de las fieras, alargando así la tortura. Demasiado poco para el público, que cuando murió el último bárbaro, empezó a abuchear. Sin embargo, Constantino quedó satisfecho; los bárbaros habían demostrado tener el valor que jamás habría demostrado un romano. Valientes como los cristianos.

Una vez más, se descubrió pensando que apreciaba más a los bárbaros y los cristianos que a los romanos sobre los que debía fundar su imperio. La respuesta que se daba era siempre la misma: lo fundaría sobre las nuevas milicias. Ellas eran las que tenían lo que él necesitaba.

Así pues, se permitió pensar en su próximo movimiento.

–Querida esposa, en cuanto volvamos a palacio me gustaría decirte cosas más importantes –le susurró a Fausta, acercándose a su oído.

–Todo lo que quieras, mi señor –fue la reconfortante respuesta de la muchacha.

También en ese caso, ella era lo que le hacía falta.

Sexto Martiniano recibió la visita de Osio con el mismo estupor con el que la había recibido años antes, pero con menos desconfianza. Después de todo, le debía a su mediación –antes que a su propio valor– haber vuelto a la cima y llegar al rango de centurión. Naturalmente, no olvidaba que era la misma persona que mató a su padre y frustró su carrera, pero el sentimiento común que compartían por Minervina, y la también común sensación de abandono que experimentaron cuando se fue con Constantino, le impedía considerarlo el enemigo al que matar a cualquier precio, como ocurría en el pasado. Lo recibió con cortesía y le ofreció de comer. Se sentaron juntos en el triclinio de la habitación de Sexto, a donde el centurión, gracias a su rango, ya podía permitirse el privilegio de ir con bastante frecuencia sin tener que corromper a sus superiores.

Desde el principio lo notó consternado y taciturno; no era el hombre triunfal y de mirada despiadada que conocía. Osio no se animaba a hablar. Entrelazaba los dedos con una expresión avergonzada y miraba a todas partes menos a él, se mojaba los labios con la lengua y hacía por abrir la boca, pero luego se callaba. No, él no era así.

Decidió tomar la iniciativa.

–¿Qué puedo hacer por ti, senador? –le preguntó a bocajarro.

–Nunca… nunca pensé que te pediría que hicieras algo por… Minervina –susurró.

Al escuchar aquel nombre, el cual no escuchaba pronunciar desde hacía mucho tiempo, Sexto se estremeció y le preguntó con preocupación:

–¿Le ha pasado algo?

–Sí… creo que sí.

–Dime. ¡Dime! –le apremió.

Osio suspiró y se pasó la mano por la cara.

–Constantino la ha dejado. Ha tenido que casarse con la hija de Maximiano, así que la ha echado. Además, le ha quitado el hijo. Y ella ha reaccionado muy mal… –explicó.

Sintió un mordisco en el estómago.

–Preveía que no duraría. Ese hombre solo piensa en su ambición. ¿Se ha hecho algún daño? –preguntó.

–Se lo está haciendo… y no lo aguanto.

Sexto se levantó y se acercó a él. Lo miró fijamente a los ojos para comprender si mentía, por si se trataba de una encerrona; le parecía absurdo que fuese a hablar de Minervina precisamente con él. Pero vio que estaba llorando.

–Si supieras la pena que me da… –siguió lamentándose Osio–. Es una niña. No debería ir a ciertos sitios. Cualquiera puede aprovecharse de ella. A saber lo que le estarán haciendo…

–Pero bueno, ¿dónde está? –insistió, agarrándolo por el ribete de la dalmática.

Osio lo miró disgustado, pero luego relajó los músculos de la cara. Sexto también lo soltó.

–En un prostíbulo.

Sexto se quedó desorientado.

–¿Y qué hace allí? –consiguió decir, después de que le costara tanto asimilar la noticia.

En ese momento fue Osio quien estalló.

–¿Qué crees que hace? ¡Lo que hacen todas en esos sitios! –gritó–. Según ella, trabaja allí. Se entrega a todos, a cualquiera que le pague a ella y al rufián que gestiona ese lugar infame…

Sexto estaba cada vez más confundido.

–¿Y por qué demonios haría tal cosa? –le preguntó–. Alguien la habrá obligado. ¡Ya entiendo: has sido tú y ahora estás escenificando esta farsa!

–¡No entiendes nada! –protestó enfadado Osio–. Se está castigando por algo, y de hecho sospecho que no eres ajeno a su forma de reaccionar ante lo que considera una desgracia.

Sexto se estremeció de indignación, pero en su interior sintió que ese era el modo en que podría reaccionar Minervina ante un fuerte dolor. Tenía tanta energía sexual en el cuerpo que un trauma podría haber liberado la bestia que guardaba dentro de ella, el lado oscuro que él, de una manera u otra, le sacaba cuando estaban juntos.

Entonces, en cierto modo, Osio tenía razón: era culpa suya.

Pero no se lo diría jamás.

–¿Por qué has querido compartir esta noticia conmigo? –quiso saber.

–Porque lo he intentado todo para disuadirla, para sacarla de allí y dejar de lado este comportamiento enfermizo. No me hace caso.

–¿Quieres que intente convencerla?

Osio asintió. «Al fin y al cabo, él también debe de amarla», pensó Sexto.

–¿Quieres que vaya a la Galia a traerla de vuelta? –preguntó.

–No está en la Galia. Está aquí, en Roma.

CAPÍTULO XXVIII

Sexto entró en el prostíbulo con todo el pertrecho de centurión pretoriano. Pretendía que no le molestara nadie mientras sacaba de allí a Minervina, y su uniforme bastaba para intimidar incluso al más desaprensivo de los lenones. El hombre que gestionaba el lupanar, sentado a un escritorio lleno de papeles y registros, lo miró cauteloso y le dijo sin inmutarse:

–¿Quieres divertirte un poco con una de mis chicas, centurión? Tengo para todos los gustos.

–Cállate, inútil, y llévame con la que llamáis Spes –respondió tajante.

–Veo te han hablado bien de la mercancía… Y que tienes gustos refinados –comentó el hombre–. Tú también has venido a probar esta flor del placer de la que toda Roma habla… Pero tendrás que esperar, centurión. Sus clientes son tantísimos que tendrás que coger cita. Te la puedo dar… a ver… –Y empezó a consultar un librito que tenía encima de la mesa.

Sexto le lanzó sobre la mesa una bolsita de monedas.

–Esto debería bastar para dejarme pasar ahora mismo. Quiero verla *ya*.

El hombre cogió la bolsa, la sopesó y le brillaron los ojos.

–Bueno, si el cliente con el que está ahora termina pronto, podemos encontrar un hueco delante del siguiente. Pero breve –dijo.

–Yo digo cuánto dura. Muéstrame dónde está –le exigió.

El proxeneta pareció al fin impresionado. Se levantó y lo guio por un estrecho pasillo en el que de vez en cuando se abría una celdilla cerrada con una cortina sucia. Se detuvo y se lo señaló.

–Está aquí dentro. Espera que salga el cliente y haz tus cosas rápidamente –añadió.

Sexto no tenía ninguna intención de hacerlo. Oyó un resoplido ronco dentro y se apresuró a recoger la cortina. La escena que se encontró hizo que se arrepintiera de no haber esperado fuera. Entre dibujos de falos gigantes y vulvas bien abiertas, en un colchón lleno de manchas, se desenvolvía, de la manera que tanto lo había deleitado, Minervina, empapada de sudor. Debajo de ella yacía y babeaba, gimiendo como un cerdo, un viejo enjuto.

Minervina estaba de espaldas a la entrada y no vio al pretoriano. El viejo solo tenía ojos para ella y estaba ocupado apretándole los pechos con violencia, sin que la mujer mostrase ninguna señal de molestia.

Tenía el magnífico cuerpo de siempre, pudo observar incluso en ese

momento. Más delgada de como la recordaba, pero seguía siendo elegante y escultural, a pesar de la sordidez que la rodeaba. Se acercó, la cogió de un brazo y la levantó del hombre, provocando un grito de frustración y de dolor por parte del anciano.

–Pero ¿qué diantres estás haciendo? –gritó el proxeneta, mientras Minervina intentaba soltarse instintivamente.

–Tú, sal de aquí –le exigió Sexto al cliente, y luego se dirigió al gerente–. Y tú, largo de aquí ahora mismo y déjame solo con ella.

–Pero ¡por los dioses! ¿Quién eres, su padre? –respondió el último, pero una mirada aviesa de Sexto hizo que saliera a toda prisa de allí. El viejo, mientras tanto, había dejado de protestar cuando se dio cuenta de que tenía delante a un oficial pretoriano. Se dio prisa en recoger su ropa, amontonada en la silla, y se fue a otra parte a vestirse.

Minervina cejó en sus intentos por querer soltarse cuando se dio cuenta de quién era. Sexto la dejó delicadamente en el suelo, miró a su alrededor para ofrecerle algo que ponerse, pero solo vio una prenda transparente colgada de un gancho clavado en la pared. La consideró innecesaria.

Se miraron largo rato a los ojos, de pie, en silencio. A continuación, ella adoptó una expresión desdeñosa y dijo:

–Sí. Estás acostumbrado a irrumpir en este tipo de lugares, ¿no es verdad? Los pretorianos entráis aquí y os vais con quien queráis…

Sexto la miró, desorientado.

–Nunca he hecho nada semejante, Minervina. Estoy aquí para llevarte conmigo.

Ella resopló e hizo una mueca.

–Sí, claro… –Estaba tan guapa como siempre. «Antes bien, aquellos seis años de más le confieren una mayor sensualidad», pensó Sexto, que la deseó ardientemente. Se habría acostado con ella en aquel mismo lugar. Pero no estaba en aquel tugurio por ese motivo.

Pero sintió la necesidad de manifestarle sus sentimientos.

–Eres preciosa, Minervina. Y no puedes echarte a perder así. Por favor, ven conmigo –le dijo.

–No me estoy echando a perder. Estoy haciendo aquello para lo que nací. Tú siempre decías que era lo que mejor sabía hacer… –respondió ella, sentándose en la cama.

–No digas tonterías. Solo es una de las cosas que sabes hacer. Y, conociéndote, sé que no te da el mismo placer con los extraños –protestó Sexto.

–A Minervina no le daría placer. Pero a Spes sí.

–¿Con gente como con el que te he encontrado ahora?

–Atracción y repulsión son dos caras de la misma moneda para gente como yo. Soy una ramera. Era la fulana de Constantino, y antes

incluso, una de tus putas. Está claro que es lo que debo hacer en la vida.

–No, tú tienes que hacer feliz a un hombre, y solo a un hombre. Eso es lo que mejor sabes hacer y lo que realmente te hace feliz. Y no hablo solo del sexo.

Minervina suspiró.

–¿Por qué estás aquí, Sexto, fingiendo que te importo? Déjame seguir mi destino, que es este. Siempre he acabado con los hombres equivocados a los que no les importaba nada. Siempre he errado cuando he querido hacer feliz a un hombre, así que debo hacerlos felices a todos, sin distinción.

Sexto se acercó a ella e intentó abrazarla. Sintió que le vibraba el cuerpo y que el de ella se ponía tenso. Aquel olor… inconfundible, incluso en aquel hedor; no lo olía desde hacía tiempo, pero lo tenía grabado en la nariz. Como siempre, ocurría algo realmente extraordinario cuando se tocaban.

–¿Cómo puedes decir que no me importas nada? Estoy aquí ahora. He venido en cuanto me he enterado de que estabas aquí. Y no he dejado nunca de amarte.

Ella no le prestó atención a su declaración de amor.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Los rumores vuelan –mintió–. Dentro de tus posibilidades, te has convertido enseguida en una celebridad y he supuesto que esa Spes eras tú: con tus facciones… únicas, era difícil que hubiera otra como tú…

Minervina negó con la cabeza.

–Ya, un visitante habitual de prostíbulos como tú no podía perder tiempo en ir a conocerla…

–Pero ¿qué dices? –exclamó indignado.

–¿Me quieres decir que nunca has frecuentado un sitio de estos? –insistió ella con expresión imperturbable. Le hacía daño verla tan distante. Y parecía estar muy a gusto en aquel tugurio maloliente. Su actitud era tan diferente de cuando se amaban sin límites…

–Yo… Si he venido, fue después de perderte –admitió.

–¡Anda ya! ¡Sé muy bien que los frecuentabas de antes! –estalló de repente ella–. A lo mejor en pocilgas como esta… y luego ibas a verme fingiendo estar enamorado.

Sexto estaba atónito.

–Durante todo el tiempo en que estuvimos juntos, te lo juro por los dioses, ¡ni siquiera miré a una mujer que no fueras tú! Te amaba con locura y todavía te amo de la misma manera –alzó la voz, desesperado.

–Pero ¿qué vas a jurar por tus falsos dioses? ¡Es un juramento que no tiene ninguna valía, como tus palabras, mentiroso! –chilló ella

también. Luego se levantó y lo empujó al otro lado de la cortina, que se había quedado abierta. Sexto quiso volver a entrar cuando vio que alrededor había varias personas reunidas, entre meretrices y clientes, espectadores más interesados en su discusión que en volver a lo que estaban haciendo.

Y entre ellos, Sexto vio a Melisa. En ese momento recordó que la mujer iba de vez en cuando a ejercer también en aquel lupanar.

Le parecía que lo miraba con una mezcla de disgusto y conmiseración.

El escolta llegó al galope.

–Lo ha hecho, césar –gritó.

Constantino asintió, miró a los oficiales de su Estado Mayor y un momento después, todos juntos, sin necesidad de dirigirse la palabra, recibieron de sus asistentes lo que les faltaba para completar el uniforme y se fueron a caballo. Sonaron las trompetas y al instante también la tropa se puso en marcha, formando en columna por la senda que conducía a Arelate.

El escolta cabalgaba al lado de Constantino.

–¿Le ha costado mucho conquistar Arelate? ¿Ha habido combates? –preguntó el emperador.

–Por lo que sé, ninguno. Los oficiales de la guarnición han hecho lo que dijiste y se han rendido enseguida a Maximiano cuando ha encerrado al prefecto con los soldados de los que disponía. Tu suegro, además, ha dado un discurso frente a las tropas y se ha proclamado augusto…

«Todo como estaba previsto», pensó Constantino. Era fácilmente previsible lo que haría su suegro para prevenir su reacción. Iría a la ceca y cogería el dinero para pagarles a todos los soldados que pudiera, luego iría de ciudad en ciudad para ocuparlas en su nombre y reuniendo más tropas, preparándose para atacar al yerno cuando volviera de su campaña en el Rin contra los alamanes.

Una lástima que en realidad él no fuera al Rin.

Fausta fue la que lo advirtió. La pequeña, dulce y querida Fausta. Inmediatamente después de la matanza de los bárbaros en el circo, le pidió que le dijera con total franqueza a quién elegiría, entre él y su padre, en caso de conflicto. La muchacha no lo dudó un segundo; se le echó al cuello, lo besó y le dijo que lo amaba. Tal vez fuera solamente el encaprichamiento de una adolescente, pero de todos modos Constantino sabía que una muchacha, en esa etapa, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por el objeto de su deseo.

Incluso traicionar al padre.

Por lo tanto, la animó a contarle a Maximiano que era profundamente infeliz en su matrimonio y que le parecía injusto que él, Constantino, fuese emperador y el antiguo augusto no. En su lugar,

estas confidencias podrían empujar a Maximiano a revelarle sus planes, y eso fue lo que pasó. Fausta informó al marido de que el padre tenía intención de actuar cuando él partiera hacia la expedición contra los alamanes. Así, Constantino se organizó para simular la campaña. Mandó al Rin la mayor parte de su ejército, haciendo creer que se dirigía hacia la frontera, y en cambio, se mantuvo en secreto a mitad de camino con el resto de los soldados para poder atacar al rebelde mucho antes de lo que se esperara. Además, había acordado con los oficiales de la guarnición de Arelate una línea de acción, para que no reaccionaran, dejando así que Maximiano quedara al descubierto y le hicieran creer que todavía podía influir en las tropas. Era un césar legítimo y tenía todo el derecho de perseguir a un hombre que había sido oficialmente destituido y actuaba como ciudadano particular; se llevaría el aplauso indiscutible de los otros tetrarcas. Y si Majencio –que tampoco era tetrarca– no quedaba contento, sería únicamente porque el señor de Roma sabía que debía temer mucho más a Constantino que no a su anciano y patético padre.

Había llegado ya la hora de acabar también con Maximiano. El matrimonio con su hija había servido para legitimar a Constantino, que, como césar, hijo de un augusto o yerno de un augusto retirado, era ahora el más acreditado para convertirse en emperador supremo después de la muerte de Galerio, la cual, como aseguraban los rumores, estaba próxima. Y pronto le tocaría a Majencio…

–Ha llegado la hora de poner en marcha nuestro plan –dijo Osio en cuanto Melquiades lo invitó a sentarse en su *tablinum*.

–¿Sabes algo que yo no sepa? –preguntó el prelado, mirándolo a los ojos.

–Bastantes cosas –precisó mordaz Osio–. Por ejemplo, que Majencio está a punto de enviar a África un contingente para deponer a Domicio Alejandro.

Igual de mordaz, Melquiades respondió:

–¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

–Tiene mucho que ver con nosotros –precisó Osio–. Constantino se librará ya mismo del loco de Maximiano, Galerio está enfermo, y Licinio no está en condiciones de recuperar sus territorios, y no puede impedir que lo haga Majencio. Pero nuestro amigo podría incluso ser derrotado y dejar Italia con un vacío de poder, haciéndole un favor a Licinio, que lleva tiempo estudiando la manera de quedársela, ya que como augusto le correspondería por derecho. Así pues, nosotros debemos hacer que Constantino actúe antes que él. Por lo tanto, hace falta que te conviertas en obispo. *Ya*.

–Desgraciadamente ya hay obispo, y desde hace pocos meses… –contestó Melquiades, desconsolado.

–Bueno, eso, para un hombre de tu ambición, no debería ser un

problema, ¿no? ¿Ya no tenéis problemas entre integristas y apóstatas? ¿O entre ortodoxos y herejes? ¿O entre rubios y morenos? No sé, los cristianos discutís por cualquier sutileza…

Melquiades continuó mirándolo y Osio tuvo la impresión de que lo detestaba. Esperó un momento antes de responder:

–Todavía tenemos, en efecto –dijo al fin–. Pero no puedo dedicarme a crear tumultos entre nosotros justo ahora que Majencio nos deja en paz. Me arriesgaría a llamar de nuevo su atención y reactivar la discriminación, cuando no la persecución…

–No te faltan recursos, amigo mío –insistió Osio–. Estoy seguro de que puede sucederle algo feo a tu obispo en cualquier momento.

Melquiades dejó ver una mueca.

–¡Jamás llegaría a ese punto! –protestó.

–¿Por qué no? –objetó Osio–. Si no quieres que crea que lo harías por tu ambición personal, piensa que tienes un motivo excelente para hacerlo de todos modos: la supervivencia, o mejor dicho, la afirmación de tu religión. Tu obispo es, de hecho, un obstáculo en el camino hacia esos objetivos. ¡No querréis que os persigan o discriminen eternamente! Y aunque no lo seáis, ¿no te gustaría que declararan lícito el cristianismo? O mejor aún, ¿que se confirmarse como religión oficial del imperio con el tiempo? Sabes muy bien que eso no ocurrirá nunca si no hay un emperador que lo proteja y fomente su desarrollo. Un soberano que os subvencione, os done edificios que podáis transformar en auténticas iglesias, sin veros obligados eternamente a celebrar vuestros actos en criptas o en casas privadas. Un soberano que os permita ocupar las cúpulas de la administración, permitiéndoos tomar decisiones políticas e influir en sus elecciones.

–Eh… Todo eso está muy bien, pero a Marcelo, nuestro obispo, lo consideran apóstata, como a mí. Es de mi bando y le gusta a Majencio –objetó Melquiades.

–Bueno, entiendo que para creer en Cristo hay que estar dispuesto al sacrificio –insistió–. Él no nos hace falta como cabeza de la comunidad, nos haces falta tú; solo así podremos apoderarnos de la ciudad y entregársela a Constantino antes de que llegue Licinio. Considera a tu obispo como un mártir.

Melquiades levantó las cejas y asintió con gravedad, suspirando preocupado. Pero Osio no tuvo dudas de que lo haría. Le había dado una excelente excusa, hablando de la necesidad de afirmar el cristianismo, cuya posición seguía siendo bastante precaria, pese a que ya unos pocos gobernadores provinciales, y solo en Oriente, aplicasen los edictos imperiales. En realidad, sabía que Melquiades deseaba aquel trono más que cualquier otra cosa en el mundo. Había tenido que esperar años, por el calibre de los oponentes, por las condiciones políticas, por las estrategias elaboradas para Constantino… y ahora

mordía el freno. No se echaría atrás ni ante la necesidad de matar a un amigo.

Esta era la gente que necesitaba.

Sexto dejó el vaso de vino y miró a Melisa, esperando que se percatara de su presencia, para ver cómo reaccionaría. Pero ella continuó sirviendo las mesas y, si lo había visto, lo estaba ignorando claramente. Se quedó sentado un largo rato, sin que la mujer se dignase a dirigirle la mirada. Fueron las otras dos meretrices que servían los platos las que se acercaron, le sirvieron y le hicieron proposiciones, pero Sexto la esperaba a ella. Al final, poco antes de que empezara el turno de Melisa en la parte trasera de la fonda, entreteniendo a los clientes de otro modo, decidió levantarse e ir a buscarla. La muchacha llevaba una bandeja en la mano, con una copa y dos vasos de vino, cuando se paró delante de ella.

–Creo que es hora de que hablemos –le dijo con el tono de voz más amable que podía ofrecer.

Ella mantuvo la cabeza agachada.

–Ahora estoy trabajando –contestó seca, con la voz rota por la emoción.

–Está bien. Pero luego te sigo a la parte trasera –respondió.

–Allí también estaré trabajando –dijo ella, dejándolo atrás y acercándose a la mesa donde tenía que servir el vino.

Sexto esperó a que terminase de complacer a los clientes y la volvió a interceptar mientras volvía a la barra de la taberna.

–De acuerdo. Entonces te pagaré, así estarás conmigo.

–No me apetece –dijo ella, con la voz entrecortada.

Sexto negó con la cabeza, fue al lenón y puso en el mostrador el triple de la cantidad de lo que solía pagar. El hombre miró a Melisa de forma intimidatoria y con un movimiento de la cabeza le indicó que se fuera enseguida a la parte de atrás. La mujer suspiró y obedeció. Sexto la siguió y juntos entraron en su celdilla.

Ella se desnudó sin ganas, pero él la detuvo. Ahora que había vuelto a ver desnuda a Minervina, las otras mujeres le interesaban menos aún y estaba seguro de que le parecería desgarbada. No la besó, sino que la sentó en la cama y la abrazó con delicadeza, sintiendo lo rígida que se ponía. Se sintió fatal; era la segunda mujer que se ponía tensa al abrazarla en pocos días. Y no tendría otra oportunidad para intentarlo de nuevo.

–No creía que te lo tomarías así. Pero te hablé muchas veces de ella –le dijo.

–Sí. Yo también lo creía –respondió Melisa con la mirada clavada en el frente–. Pero escucharte decir aquellas cosas, verte demostrándole cuánto te importa, y verla… me hizo daño.

Sexto suspiró.

–Lo siento. No quería hacerte daño –se justificó.
–Lo has hecho muchas veces al hablarme de ella.
–Perdóname, pero al parecer necesitaba una amiga. Una mujer que entendiera los sentimientos que puedo llegar a sentir. Y siempre te he considerado así porque te aprecio mucho.
Por fin lo miró, también desconsolada.
–Eso es lo que hizo que me enamorara de ti, Sexto. Te leí el corazón y entendí de lo que eres capaz cuando amas. Y envidiaba al objeto de tu amor. Me hubiera encantado ser ella y, por una vez en la vida, sentir lo que está claro que no se merece: ser considerada una reina, una diosa, por un hombre tan extraordinario como tú.
Sexto se inquietó por sus palabras. Era consciente de que tenía mucha influencia sobre ella, pero no hasta ese punto, aunque tal vez ello facilitara las cosas.
–Ha habido muchos malentendidos entre Minervina y yo… Diferente fe, su marido, su fragilidad. Es una niña, está confundida, es ingenua y comete errores.
Melisa se enfadó:
–¡Te acabo de decir lo que siento por ti y sigues contándome lo que sientes por ella! ¡Y a justificarla! ¡Es una puta, igual que yo, pero ella lo hace por placer, no por necesidad, esa es la verdad! –le gritó a la cara y luego se derrumbó en un llanto desconsolado.
Sexto se odió por lo que había dicho. Era un soldado tosco e insensible. Parecía que no podía seguir sin hacerle daño. Sin embargo, la necesitaba desesperadamente.
Como amiga.
–Perdóname, por favor. No puedo evitarlo –le explicó–. Llámalo hechizo, llámalo obsesión, pero no me la puedo quitar de la cabeza, aunque no me quiera. Desde el día en que nos viste juntos, he ido más veces a verla, tratando de convencerla de mi amor y de que deje esa vida. Pero no me quiere escuchar. Y ya no puedo hacerlo. Y ahora ni siquiera puedo hacer eso.
Ella lo miró:
–¿Por qué?
–Porque parto para África –le contó–. El emperador, me refiero a Majencio, ha decidido que para recuperar la aprobación de los ciudadanos hay que reconquistar África a toda costa. Necesitamos el grano que Domicio Alejandro nos niega. Enviará un pequeño destacamento de pretorianos a las órdenes del prefecto, y quiere que yo esté entre ellos; me ha prometido nombrarme tribuno si vencemos. En cualquier caso, no puedo negarme. Todos tenemos ganas de volver al campo de batalla y demostrar una vez más nuestro valor después de tantos años. Si no fuera por Majencio, nuestro cuerpo llevaría tiempo disuelto, así que le debemos una lealtad absoluta, por no hablar de

cuánto nos paga y nuestro papel.

La manera en que se quedó mirándolo le hizo entender que estaba dispuesta a perdonarle cualquier cosa.

–Entonces… vete a la guerra… –susurró asustada. Luego, para su sorpresa, lo acarició.

«Sí, su amor es verdadero», pensó Sexto. Ahora debía ver hasta qué punto. Cuando la besó, los labios de Melisa se abrieron ansiosos, envolviendo los suyos con fuerza. Le hubiera gustado decirle lo que tenía intención de pedirle, pero no encontró la fuerza para detener la pasión de la mujer, que se desató al instante y la siguió cuando lo desnudó, lo tumbó y, sin ni siquiera quitarse la ropa, se apartó la ropa interior y se subió encima de él, montándolo salvajemente.

Duró poco. Su miembro no estaba especialmente turgente y su pensamiento estaba otra vez concentrado en Minervina. Intentó imaginarse al amor de su vida encima de él, pero la forma diferente de jadear que tenía Melisa, su corpulencia más robusta y todo lo que le faltaba lo hicieron imposible.

Pero cuando se tumbaron el uno junto a la otra, ella parecía satisfecha.

–Espero haberte dejado un buen recuerdo que llevarte a la guerra –dijo Melisa con una sonrisa.

Él decidió que había llegado el momento y se lanzó a decirle:

–Claro. Partiré tranquilo. Y si quieres que de verdad esté tranquilo, me gustaría pedirte un favor.

–Dime, a ver. Lo que quieras –le sonrió ella, alegre.

Justo lo que esperaba oír:

–Me gustaría que vigilaras a Minervina. Asegúrate de que no se eche a perder del todo. Cuando yo vuelva, volveré a ocuparme de ella.

Melisa entornó los ojos, de donde le cayeron copiosas las lágrimas.

Él empezó a vestirse.

–¿Cómo puedes pedirme eso? –protestó ella con la voz rota por el dolor.

–Lo hago porque sé que tienes buen corazón y no sabría a quién pedírselo –respondió él, besándola en la frente y marchándose con la certeza de que lo haría.

Constantino empezó a observar con atención el contorno de las murallas de Massilia, estudiando sus puntos débiles, desde que la vio aparecer en el horizonte. Estaba pensando, tratando de entender cómo obligar a Maximiano, que se había refugiado en la ciudad, a rendirse sin tener que mantener un largo asedio. En cuanto se acercó a la población, un escuadrón de sus soldados dirigidos por uno de sus legados le salió al encuentro; formaban parte de la vanguardia que había mandado a que siguieran al anciano usurpador, que había huido de Arelate en cuanto se enteró de su llegada.

–¿Maximiano sigue dentro? –quiso asegurarse Constantino.

–No hay duda, césar. Le pisamos los talones desde que escapó de Arelate y no le ha dado tiempo de organizar una fuga. Y está con sus pocos seguidores, que han ocupado la ciudad. Dudo que la población esté a favor de este lío –explicó su general.

–¿Sabemos de cuántos hombres dispone? –preguntó el subalterno.

–No deben de ser más de mil.

–Entonces el problema no es si podremos conquistar la ciudad con un posible asedio, sino que no se nos escape –comentó–. Aunque no tenga a quien acudir. Ya ni el hijo lo quiere… Ordena que tus tropas y las mías formen en abanico por toda la muralla en el frente terrestre.

–Sí, señor.

–Pero tenemos que encontrar la manera de controlar también el mar, evidentemente –continuó–. Ya he dado la orden de que la flota llegue a Massilia, pero tenemos que tomar el control del puerto antes de que intente zarpar –dijo.

–Podría hacerlo esta noche.

–Entonces, dado que no podemos acceder al puerto, vamos a requisar todas las embarcaciones que se encuentran fuera del mismo, las de los pescadores y las de transporte, y las vamos a cargar de soldados. Después de eso, las desplegaremos a las afueras del puerto.

El legado asintió y salió corriendo a cumplir sus órdenes. Pero en el tiempo que tardaría en conseguir las embarcaciones, consideró Constantino, a Maximiano le habría dado tiempo a escapar de todas formas. Tenía que actuar en ese intervalo. Se dio cuenta de que solo se podía hacer una cosa, aunque implicaba un riesgo para su persona.

Les ordenó a sus escuderos que le siguieran en dirección a las murallas. Cuando estuvo cerca de la ciudad, no hizo caso a las advertencias de sus guardaespaldas, que le gritaban que se parara, y siguió avanzando hasta que consideró que los defensores en las almenas podían escucharlo. Su avance hizo que frente a él se reunieran bastantes soldados de la guarnición. Vio también un escorpión y una balista y les indicó a sus escuderos que lo rodearan, aunque serviría de poco si los defensores decidían accionar las máquinas de guerra.

–¡Soldados de Massilia! ¡Soldados de Arelate! –gritó–. Soy Flavio Constantino, vuestro césar. ¡Vuestro *verdadero* emperador! Y estoy aquí, ante vosotros, para hablaros del hombre que os ha traído hasta aquí. Es mi suegro, lo conozco bien. Todos lo conocen, ya que gobernó el imperio durante más de veinte años. Luego abdicó junto al ilustre Diocleciano, dando paso a herederos más jóvenes, fuertes y decididos. Hombres como yo, capaces de defender el imperio como él, anciano y lleno de achaques, ya no puede más. Sueña con seguir los pasos de Gayo Mario, quien nunca se cansaba de recibir honores, con setenta

años aquel hombre quería el séptimo consulado a cualquier precio, y cuando lo consiguió, murió enseguida, después de haber provocado guerras civiles, destrucción y dolor sin fin.

»Entonces, ¿de qué serviría que Maximiano vuelva a ser augusto? Tiene una edad que lo acerca a la muerte, y más todavía a la incapacidad senil. ¿Qué podría aportarle al imperio? ¿Y qué podría aportaros a vosotros, aparte de un poco de dinero que no os va a dar tiempo a disfrutar? Está solo, ni un tetrarca lo apoya. Ni siquiera el otro usurpador, su hijo, pretende apoyarle. ¿Qué puede hacer ese viejo contra todo el imperio, contra cuatro emperadores y otros dos usurpadores? Sin embargo, vuestro emperador puede hacer mucho por vosotros. Puedo conduciros a una campaña por las fronteras y recompensaros con un rico botín, o puedo recompensaros, por ejemplo, si me traéis su cabeza…

Vio movimiento entre los merlones. Aprovechó la desorientación de los soldados, que lo escucharon con interés. Pero era inevitable que entre ellos hubiese camaradas de Maximiano; estos no tardarían en aprovechar la oportunidad para ganarse su consideración eliminando al rival.

El primer silbido de flecha le confirmó sus sensaciones. Cuando una segunda flecha, más gruesa, acabó en el escudo de uno de sus guardaespaldas que, por la violencia del golpe, cayó de la silla, se dio cuenta de que había entrado en acción el escorpión. Observó al soldado y vio que la punta de la flecha había atravesado incluso su coraza, pegando el escudo al cuerpo. Dio la orden de replegarse; había logrado su objetivo, hablándole a la guarnición y despertando en los soldados enemigos el germen de la duda. Pero observó también que en las almenas se afanaban con la balista. Momentos después, oyó un crujido. Le siguió un pesado silbido; luego, a su lado apareció de repente una enorme masa oscura que se estrelló contra la espalda de otro de sus guardaespaldas, arrollándolo junto a su caballo. Hombre y animal acabaron en el suelo, aplastados por una roca que rodó sobre ellos y continuó unos metros más.

El escuadrón que protegía al emperador se lanzó al galope, pero mientras tanto volaron más flechas, y Constantino oyó más gritos de dolor, relinchos estrangulados y silbidos malignos. No tardó en estar fuera del alcance de los tiros que provenían de las almenas y pudo detenerse. Se giró y miró lo que se había dejado atrás. En la parte inferior había tres cadáveres y los restos de un caballo, más un herido, al que era imposible ir a buscar sin poner en peligro la vida de otros soldados. En la parte superior, había una gran agitación en las almenas. Los defensores discutían airadamente entre ellos.

La acción había sido un éxito. Ahora lo único que había que hacer era esperar.

No tuvo que esperar mucho. Esa misma tarde, dos enviados de la guarnición se presentaron ante él con un regalo.

La cabeza de Maximiano.

CAPÍTULO XXIX

–¡Ahí vienen! ¡Nos atacan! –exclamó un centinela.

Sexto Martiniano miró al prefecto del pretorio, Rufio Volusiano, y tuvo claro que su comandante estaba pensando lo mismo que le pasaba a él por la cabeza: no estaban en condiciones de resistir un ataque enemigo.

Solo había desembarcado una parte de las tropas, y el escenario, acantilados escarpados e irregulares, no favorecía la rapidez de las operaciones. Él sugirió, mientras se encontraban en alta mar, entre Sicilia y África, desembarcar en una zona más alejada de Cartago que el enemigo no estaría vigilando y donde habría sido más fácil tomar tierra. Pero el prefecto no había querido escucharlo. Decía que Majencio quería una victoria rápida y pensaba que desembarcando a unas millas de la capital de la provincia podrían sorprender a los rebeldes y acortar la campaña. Esto era lo que ocurría si las cuestiones estratégicas de una guerra las establecía un hombre que nunca había luchado, como Majencio, y no los militares de carrera, como los pretorianos. Se les condenaba a la derrota antes incluso de que empezaran las operaciones de guerra.

El prefecto ladró órdenes para que se desplegaran los pocos soldados con los que contaba en ese momento. Sexto miró alrededor; era absurdo, pero el ejército romano iba a afrontar la batalla solamente con la quinta parte de sus fuerzas. Luego miró el horizonte. Se encontraba entre los que habían llegado a lo alto del acantilado y disponía de una vista bastante acertada del ejército enemigo. No parecían muchos; debían de ser pocos más de desembarcados de Rufio. Escuchó las órdenes del prefecto y empezó a preparar a los hombres de su centuria, de las primeras en desembarcar, en línea con las demás. Pero muchos soldados, incluso entre los de su unidad, todavía estaban subiendo la pendiente y no formarían parte de las filas cuando comenzara el enfrentamiento.

–¡Prefecto! No podemos formar una línea cohesionada si los hombres continúan llegando a la primera línea con cuentagotas –le gritó a Volusiano, que asintió. El prefecto estaba a caballo sobre una leve colina, y tenía una perspectiva aún mejor que la suya. Cabalgó hacia él y le dijo–: Sin embargo, ellos tampoco tienen las filas completas. Solo son las tropas que nos han enviado a toda prisa para devolvernos al mar, o para tenernos ocupados hasta que llegue el grueso del ejército. Veo que frente a las murallas de la ciudad se están moviendo más tropas.

–Entonces avancemos un poco el radio de nuestra acción, así dejamos espacio para que los soldados que vayan llegando puedan acoplarse –sugirió.

–¡Buena idea! –admitió Rufio–. Ocúpate tú, centurión; avanza con tu centuria y las demás te seguirán. Pero, recuerda, quédate siempre en la vanguardia. El emperador te considera un símbolo y te quiere al frente de la formación. Y no te preocupes, ¡yo haré lo mismo!

Sexto no tenía dudas, ya que no conocía a ningún pretoriano cobarde. Vio a su tribuno Ruricio Pompeyano reuniendo a los soldados y avanzando como preveía la orden del prefecto. En poco tiempo quedó una zona vacía en los márgenes de la cima del acantilado, donde los hombres se paraban un momento para retomar el aliento y luego sumarse a la primera fila. Pero como nadie sabía dónde estaba su unidad, perdían tiempo buscándola, seguían direcciones diferentes, se cruzaban y, por las prisas, se obstaculizaban unos a otros. Sexto tenía que estar volviéndose todo el tiempo para llamar a los hombres de su centuria que todavía tenían que llegar, y al mismo tiempo no perder de vista al enemigo, que ya estaba cerca.

Estudió la composición de las tropas rebeldes. Se trataba de hombres con armas ligeras, en su mayoría caballeros númidas dotados solamente con jabalinas. Inmediatamente detrás seguían soldados de infantería mauritanos con pequeños escudos redondos y espadas. Si los romanos hubieran tenido las filas cerradas, les habrían dado un baño fácilmente. Cuando primeros caballeros entraron en el radio de tiro, Sexto les gritó a sus hombres que se juntaran unos a otros con los escudos. Los soldados se cerraron poco antes de que una ráfaga de jabalinas les alcanzase. Luego, Sexto dio la orden de abrirse y avanzar contra el enemigo, pero con cuidado. Los pretorianos dejaron atrás a los muertos y los heridos y dieron un paso al frente con las lanzas preparadas, pero los caballeros númidas ya habían detenido el galope y habían dado media vuelta.

No obstante, llegaba un segundo grupo, el cual lanzó una nueva salva, sorprendiendo a los romanos de manera salteada. Los númidas dieron en varios objetivos y luego volvieron atrás. Por suerte, eran menos que los compañeros que habían atacado antes y esta vez Sexto no tuvo que lamentar demasiadas pérdidas. Miró al flanco y vio que otras unidades tenían muchos más hombres fuera de combate. Reunió a los suyos, que volvían a compactarse. Entretanto, entraban en las filas otros guerreros. El centurión buscó la lucidez necesaria para poner en práctica una táctica más eficaz; si seguía enfrentándose a los númidas, los legionarios tendrían que enfrentarse a los mauritanos en clara inferioridad numérica cuando llegara la infantería.

Observó que los caballeros estaban listos para cargar de nuevo.

–¡Cuando se acerquen, moveos todos a la izquierda o a la derecha y

luego formad en columna y avanzad aprisa! ¡Les cortaremos el camino! –exclamó de repente, indicándoles a los soldados quién tenía que ir a la derecha y quién a la izquierda. Él eligió la primera ala. Los cascos de los caballos comenzaron a rugir sobre el terreno, cada vez con más fuerza. Sexto miró hacia los númidas, que se acercaban al galope, con rostros oscuros, contraídos y concentrados, y sus fuertes rasgos cada vez más definidos.

–¡Ahora! –gritó, y enseguida los pretorianos corrieron hacia el exterior del campo de batalla. Empezaron a volar las jabalinas, pero los romanos fueron lo bastante rápido como para encontrarse ya lejos de su trayectoria; solo los últimos de la fila tuvieron que hacer frente a los proyectiles, y al menos un par de soldados encontraron la muerte. Sexto dispuso a sus hombres en columna y los condujo hacia las líneas enemigas, instándoles a seguir corriendo. Los númidas, desorientados, tardaron en dar media vuelta y perdieron tiempo. Cuando empezaron a espolear a sus caballos y volver a sus líneas, era demasiado tarde: los romanos estaban ya más allá y el segundo grupo de tiradores ya había partido al galope. Los dos grupos chocaron, perdiendo más tiempo y dándoselo a los pretorianos para formar detrás de ellos, dejándolos fuera de la infantería.

Sexto vio que las demás unidades intuyeron su táctica y la estaban copiando. Después desplegó a sus hombres a lo largo de la línea, justo a tiempo de impedirles el paso a los númidas. Los jinetes intentaron lanzar sus animales al galope, pero el espacio era reducido y no pudieron tomar impulso. Los romanos usaron sus lanzas para tirarlos de las monturas y matarlos cuando cayeran al suelo. Esto dio lugar a un enfrentamiento en el que los rebeldes se vieron penalizados: sin armadura y con jabalinas más cortas que las lanzas romanas, quedaron expuestos al enemigo, y estar en una posición más elevada que los adversarios no servía de nada, solo para convertirse en un objetivo más visible. Sexto usó la espada, e incluso con esa arma lo tuvo fácil contra los enemigos, neutralizados por el poco espacio. Rompía astas, desgarraba carne, cortaba extremidades y le caían encima los chorros de sangre de los hombres y los animales.

Los númidas, muy temidos en campo abierto, ahora en el cuerpo a cuerpo habían quedado completamente a merced de los romanos; eran simples marionetas indefensas, vapuleados por el pesado armamento de los pretorianos y sus caballos desbocados y enloquecidos por el olor de la sangre, que brotaba a chorros allí donde llegaba una espada o una lanza. Sexto dejó de considerarlos un problema. Miró a los compañeros de las demás unidades y vio que también estaban ganando. Aun así, recordó que los mauritanos de la infantería ya estaban muy cerca.

Se giró y vio que estaban cerca de su centuria también.

Solo en ese momento cayó en la cuenta de que la vanguardia romana se encontraba entre los númidas por un lado y los mauritanos por el otro.

Los mauritanos tenían armas ligeras, pero eran muchos. Les bastaría con resistir un poco para que las tropas pesadas procedentes de Cartago pudieran llegar y arrollar a los invasores. Cuando llegaron al impacto, Sexto se sintió como si dos paredes lo estuvieran aplastando; por una parte, ellos, los númidas con sus caballos y sus muertos por la otra. Notó que le faltaba el aire durante el largo momento de la colisión. Aunque no había armaduras contra las que pelear, el peso de la masa de hombres que lo empujaba a chocar con sus propios compañeros protegidos con lorigas y escudos hizo que se sintiera como apedreado, embestido por una descarga de piedras.

Balanceó la espada aguantando la respiración. Detuvo las estocadas de los mauritanos que, sin embargo, también tenían a sus compañeros detrás. De hecho, los romanos no retrocedían por su empuje debido a la presencia de los númidas, y los recién llegados se apilaban los unos sobre los otros conforme llegaban al punto de intersección entre los dos bandos. Sexto pudo clavarle la espada en la ingle a un adversario, en el muslo a otro, en el esternón a otro, antes de que los enemigos pudieran levantar el brazo para dar su golpe.

Sin embargo, los númidas cedían terreno y empezaban a escapar, dejándoles espacio a los romanos para que pudieran golpear, sin tener que protegerse las espaldas. «Es una buena noticia», pensó Sexto, pero la masa de mauritanos todavía era suficiente para anclar a los pretorianos en el punto de batalla hasta que llegasen las tropas pesadas. Había que hacer algo para romper su formación. En cuanto tuvo algo de espacio a su alrededor, utilizó su silbato para llamar la atención de los soldados y luego gritó:

–¡Pretorianos! ¡Todos detrás de mí, en columna! ¡Intentemos avanzar! ¡Los del acantilado vendrán detrás de nosotros!

Siguió batiéndose en duelo para mantener a raya a sus oponentes, ayudado por los compañeros que estaban más cerca de él. Los pretorianos difundieron la orden y, luchando por abrirse camino, se unieron detrás de su centurión. En poco tiempo se creó un grupo de soldados romanos, rodeado en todas partes por los mauricianos. Pero el equipo pesado y la dureza de las filas permitieron a los pretorianos resistir la presión enemiga. Se apretaron entre sí, hundiendo sus lanzas y blandiendo sus espadas, empujando hacia afuera con sus escudos, hasta formar una columna de tres hombres por línea.

–¡Ahora! –gritó Sexto después de silbar de nuevo, y luego empujó hacia delante con su escudo, dando mandobles sin parar. Los hombres a su lado hicieron lo mismo, clavando las lanzas y atravesando a los enemigos que bloqueaban el paso. Al principio, los romanos no

pudieron avanzar: cuando caía un adversario era inmediatamente reemplazado por el guerrero que tenía detrás. Parecía que su número no disminuía nunca. Sexto vio fluctuar ante él una infinidad de rostros oscuros; en sus oídos resonaban sus aullidos de guerra, rítmicos y lúgubres, y los aullidos de incitación y dolor que salían de sus filas. Por fin abrió una brecha haciendo caer a su nueva víctima –un guerrero al que le había quitado la parte superior del cráneo de un tajo– encima de los dos que le seguían. Se aprovechó de la pérdida de equilibrio de sus adversarios directos para avanzar unos pasos y, con el impulso, empujó con sus compañeros de primera línea a aquellos que venían hacia él.

Utilizó todo aquello de lo que disponía –espada, escudo, cabeza y codo– para abrirse camino hasta que pasó por encima de los cuerpos de los hombres que había derrotado, matado, herido o que solo había tirado al suelo. Vio cómo moría el compañero que tenía al lado, al que un mauritano le clavó una jabalina en el cuello. Pero desde atrás, otro pretoriano lo sustituyó y le hizo pagar al guerrero su acción, atravesándole la clavícula y retorciendo la hoja en la carne, para luego aprovechar el arma como palanca y lanzarlo contra los guerreros que tenía al lado. La columna romana empezó a partir el confuso despliegue enemigo por el centro, mientras que los mauritanos, asustados por la potencia que producían aquellos hombres con armaduras de escamas, se mostraban cada vez menos vehementes. Sexto pudo dar un tajo con todo el brazo de arriba abajo, partiéndole a un hombre en dos la cabeza y luego el torso, que se abrió como una manzana, bailando como un monstruo delante de él antes de caer sobre los cuerpos de los compañeros.

Las armaduras protegían a los romanos de los intentos enemigos de golpearles, y solo en raras ocasiones un mauritano podía alcanzarles en los lugares no protegidos por las escamas metálicas. Ocurrió cuando la presión de los africanos consiguió desequilibrar a un pretoriano, haciéndole perder el equilibrio y haciéndolo vulnerable. Sin embargo, Sexto empezó a sentirse cansado y se dio cuenta de que sus movimientos se habían vuelto más lentos. Hacía un calor devastador, y su pesado equipamiento le daba la sensación de estar luchando en un horno que poco a poco le iba dejando sin aliento. Vio que los demás soldados también empezaban a caminar a trompicones; rezó a los dioses por haber calculado bien. Si desde la retaguardia no hubieran intervenido los legionarios del ejército regular ya desembarcados, su acción habría sido en vano; de hecho, se habrían entregado a las fauces del ejército enemigo que se aproximaba.

Jadeando, se dio cuenta de que, desde hacía un rato, se había limitado a esquivar los golpes en lugar de darlos. Estuvo tentado de ordenar una retirada, pero el símbolo del régimen de Majencio no

podía hacer algo semejante, y en su lugar les gritó a sus subordinados que se mantuvieran firmes. Cuando le respondieron con un grito de triunfo, se volvió y vio que se a él acercaban grupos de legionarios. En ese momento los mauritanos, ya desunidos, abandonaron todo intento de resistencia y comenzaron a huir antes de verse rodeados. Sexto observó cómo se precipitaban hacia sus propias tropas pesadas, que habían iniciado su avance desde Cartago. Se detuvo a descansar, dejando escapar a los fugitivos, a los que vio abalanzarse presas del pánico sobre las primeras filas enemigas, desbaratando sus filas.

Rufio Volusiano, que había luchado a caballo, llegó y ordenó que las tropas se detuvieran. «No, no es una buena idea», pensó Sexto. Corrió a él y le dijo:

–Prefecto, tenemos que aprovechar la confusión que los mauritanos han provocado en el ejército enemigo antes de que vuelvan a entrar en la ciudad y nos obliguen a un complicado asedio. ¡Debemos continuar con el ataque! ¡Ya!

El prefecto lo miró sorprendido. Parecía estar pensándose la propuesta que le había hecho el centurión.

–¡Ya, prefecto! –le presionó Sexto.

Rufio miró a su alrededor para calcular cuántos hombres tenía a su disposición. Sexto lo imitó. No eran muchos para enfrentarse a un ejército, pero puede que fueran suficientes para enfrentarse a un ejército desorganizado. Si esperaban más refuerzos desde el acantilado, los enemigos se volverían a organizar o, peor aún, se desvanecerían dentro de las murallas. Al final, el prefecto mandó que sonaran las trompetas para renovar el ataque. Sexto se sentía como si fuera a estallar por el calor y por el cansancio, pero reunió todas sus fuerzas y empezó a avanzar, repitiéndose sin parar que, si las tropas de Rufio obtenían pronto una victoria decisiva, él podría volver enseguida con Minervina.

Mientras perseguía a los mauritanos a la fuga, Sexto Martiniano se preguntaba si era convenientes matarlos. Eran blancos fáciles que daban la espalda sin ninguna protección y no pensaban siquiera en defenderse, sino solamente en correr más rápido que los pretorianos. No obstante, cuantos más mauritanos se acercasen al ejército enemigo que avanzaba, más caos se crearía entre sus filas, facilitando el contraataque romano. Se vio tentado a frenar a sus hombres, que se ensañaban con los enemigos más lentos o entorpecidos por las heridas, pero luego decidió que valía la máxima de Julio César: jamás frenar el ímpetu de los soldados.

Miró a sus espaldas y vio que muchos legionarios regulares seguían a los pretorianos. Ahora una buena parte del ejército de invasión había desembarcado, y aunque no pudieran utilizarla por completo para el inminente enfrentamiento, la situación táctica que se había

creado podría favorecer de algún modo la victoria; una derrota, por otro lado, por el mismo motivo no sería irremediable.

Aunque habría complicado enormemente las cosas.

Se sintió responsable de la decisión que había tomado el prefecto, al que le sugirió atacar enseguida. Si las cosas salían mal, pondría en peligro la reputación adquirida en Rávena, y también se convertiría en un símbolo, pero esta vez de la derrota. Y se la harían pagar, sin lugar a dudas…

Estas consideraciones aumentaron su determinación de que los romanos prevalecieran de inmediato. Ya había caído en desgracia dos veces y dos veces había resurgido; no estaba seguro de volver a conseguirlo otra vez en caso de derrota. Los pretorianos, mientras tanto, corrían veloces, casi ansiosos por conseguir la victoria ellos solos, sin tener que compartirla con los regulares. Eran pocos con respecto a los enemigos, pero todos deseaban demostrar que eran los mejores soldados del mundo. Sexto tenía claro que, al igual que él, sus compañeros también anhelaban despertar la admiración de los tetrarcas, haciendo que se arrepintieran por haber querido disolverlos. Cuando se encontró próximo a los enemigos, entendió que él y sus hombres podían conseguirlo; combatían por sí mismos, por su orgullo, la tradición, la supervivencia, mientras que los oponentes estaban allí únicamente por oportunismo u obligación.

Además, no podían reaccionar a un ataque decidido. Entre sus hombres y las tropas de Domicio Alejandro había mauritanos que, para huir de las espadas pretorianas, arremetían contra sus compañeros con equipo pesado casi con la misma violencia que si fueran enemigos. Las filas de la infantería que salió de Cartago ya no eran tan compactas como las había visto Sexto cuando empezaron a avanzar. Los mauritanos intentaban escabullirse entre los hombres, rompiendo así la formación, dando codazos y patadas, desequilibrando a los compañeros y a menudo obligándoles a repelerlos con los escudos, o incluso blandiendo las espadas y clavando las lanzas.

Cuando entraron en contacto, los pretorianos empezaron a empuñar las espadas, golpeando un blanco con cada mandoble. Sexto le abrió un profundo tajo en la espalda a un mauritano, que cayó con los brazos abiertos y bloqueó el intento de contraataque de los dos legionarios de Domicio. Al centurión le dio así tiempo de golpearles a los dos, cortándole el brazo a uno y clavándole la punta de la espada en el ojo a otro. Los soldados obstaculizaron asimismo a quien tenían detrás y al lado, mientras otros mauritanos se agolpaban contra ellos, intentando saltar por encima. Pisotearon los cuerpos, mientras Sexto y sus compañeros los usaban como escudos humanos para abrirse camino y protegerse de los intentos de reacción enemiga.

Las lanzas de la infantería enemiga emergían de la multitud confusa, tratando de alcanzar a los pretorianos, pero casi siempre desviaba un mauritano su trayectoria, obligando involuntariamente al compañero a abrir la guardia y ofreciéndoselo a la espada de Sexto y de sus compañeros. El centurión oyó varias veces las varas y las puntas de las lanzas enemigas golpeándole contra la armadura, pero ninguna estocada tenía la fuerza y la dirección adecuadas para traspasar la coraza. Entorpecidos por los mauritanos, la infantería púnica pertrechada como legionarios se movía con torpeza, parecían reclutas inexpertos y novatos, y los romanos lo tenían muy fácil para penetrar en sus filas. Sexto vio que unos pocos hombres estaban haciendo retroceder a una gran cantidad de soldados y, una vez más, se sintió orgulloso de pertenecer al cuerpo de los pretorianos.

Los oficiales enemigos gritaban sin cesar, aullándoles a sus soldados que volvieran a formar las filas y, si era necesario, se deshicieran de aquellos inútiles nativos. Alguno empezó a clavarles el arma a los mauritanos, aclarándose la perspectiva y el campo de batalla. Sexto vio caer a un soldado delante de él, atravesado por una lanza que provenía de la línea de Domicio, pero aprovechó para asestarle el golpe antes de que el oponente pudiera extraer el arme y usarla contra él. El hombre cayó de rodillas con la cara destrozada por la hoja de Sexto, que tuvo que saltar el cuerpo del mauritano para seguir avanzando. Pero ahora no quedaban fugitivos que obstaculizaran la formación enemiga. Los legionarios púnicos se habían librado de casi todos los nativos y su objetivo ahora era recuperar la cohesión.

Era el momento de lo difícil: no solo aguantar hasta la llegada de los legionarios, sino también ejercer más presión para evitar que los adversarios reconstruyeran las filas desbaratadas. La victoria dependía de su tenacidad. Ahora se convertiría en una lucha abierta, los pocos pretorianos contra los numerosos hombres de Domicio, que podrían hacer valer su enorme superioridad numérica. Pero Sexto no tuvo que gritarles órdenes a sus hombres; sabían lo que había que hacer, y todos siguieron presionando al enemigo, tratando de mantenerse cerca unos de otros, para crear un cordón y evitar ser engullidos por la multitud.

Ahora las lanzas enemigas podían seguir la trayectoria que quisiera el que las empuñaba. Ahora, los golpes de los hombres de Domicio tenían la fuerza necesaria para penetrar de cerca las corazas de los pretorianos. Ahora, más soldados podían crear una formación que acosara a golpes a un solo pretoriano. Sexto empezó a ver caer a sus compañeros y en la delgada línea que había creado empezaron a abrirse brechas. Él mismo se vio luchando solo contra tres adversarios, cuyas estocadas tenía que detener y esquivar. Estuvo a punto de perder el equilibrio varias veces al esquivar los cuerpos de los caídos,

pero logró alcanzar a un contrario en el antebrazo, abriéndole un corte que obligó al soldado a soltar la lanza.

Siguió peleando como un león, como vio que hacían sus compañeros. Dio numerosos giros sobre sí mismo para desorientar a los enemigos, atacándoles ahora por la derecha e inmediatamente después por la izquierda. Manteniéndose en continuo movimiento, era un blanco más difícil al que darle. Pero la punta de una lanza le dio en la pantorrilla, provocándole un ardor penetrante y haciendo que perdiera por un instante el apoyo de esa pierna. Se dobló sobre una rodilla y, poco antes de tocar el suelo, soltó por instinto un mandoble de derecha a izquierda que le abrió el estómago al rival. Sin embargo, otra lanza lo alcanzó en el hombro; el golpe, que no tenía fuerza para atravesar la coraza, fue sin embargo suficiente para desequilibrarlo. Segundos después estaba en el suelo.

Y sobre él, un enemigo se cernía con otra lanza apuntando en su dirección.

El soldado rival hundió la lanza con un golpe certero. Sexto rodó y la punta del arma le arañó la espalda, provocándole otro corte de un dolor atroz. Tras realizar un giro sobre sí mismo, vio que la lanza le apuntaba de nuevo. Soltó un golpe con su espada por puro instinto y la espada se estrelló contra el asta del arma enemiga a pocos centímetros de su pecho, desviando su trayectoria. Por el rabillo del ojo, notó que otro cartaginés se acercaba a él, con la expresión voraz de quien sabe que tiene una presa fácil. Tenía que levantarse inmediatamente, de lo contrario estaría a merced de cualquiera. Intentó hacerlo, pero un cuerpo cayó sobre él y lo derribó. No entendía si el hombre estaba vivo o muerto, si era amigo o enemigo.

Una vez más, por instinto, lo utilizó como escudo para parar la nueva embestida del adversario. La lanza se clavó en la carne sin causar ningún respingo. Era un cadáver, y Sexto lo movió, quitándole el arma del enemigo, que estaba incrustada. El legionario estaba desarmado y el centurión, desde el suelo, le puso una zancadilla que le hizo perder el equilibrio. Rodó a su lado, evitando otra lanza, y le destrozó la mejilla golpeándole con la empuñadura de su espada. Entonces puso las dos manos en el suelo y se puso en pie de un salto. Demasiado tarde, sin embargo, para hacer frente al envión de un asta que corría hacia él.

Estaba vendido y no podía pensar en otra cosa que en Minervina, a quien nunca volvería a ver. Ya no la salvaría. Nunca más podría recordarle lo bien que habían estado juntos.

De repente, esa lanza cayó al suelo, y con ella la persona que la sostenía. El soldado tenía la cabeza colgando de forma antinatural hacia un lado, mientras la sangre brotaba profusamente de un corte en su cuello. Sexto se volvió y vio a los legionarios correr hacia la

espesura de soldados enemigos. Por fin juntos, pretorianos y regulares volvieron a presionar a los hombres de Domicio, que no pudieron resistir la repentina presión. Por un lado, estaba el impulso de los recién llegados, por otro la desintegración parcial de las filas enemigas. Los hombres del usurpador africano comenzaron a retroceder, tratando de luchar mientras mantenían el frente dirigido hacia los romanos, pero fue suficiente con que algunos de ellos arrojaran sus armas y comenzaran a huir para que otros sectores también se asustaran, rompiendo aún más la formación.

De nuevo, Sexto volvía a ver espaldas con más frecuencia. En unos instantes, la inercia de la batalla había cambiado. Ahora los pocos oponentes decididos a resistir se reunían en pequeños grupos, que poco a poco eran rodeados y engullidos por la marea de romanos que avanzaba. Sexto escuchó el grito de un oficial enemigo, que luchaba por mantener junta su unidad, para aguantar y que el emperador pudiera refugiarse en la ciudad. Entonces, Domicio estaba fuera de las murallas. Había que capturarlo, y consideraba que era el deber de los pretorianos hacerlo. De lo contrario, los legionarios habrían declarado a los cuatro vientos que la victoria en el campo de batalla era suya. Sin embargo, si los legionarios se enfrentaron a un ejército que se desmoronaba, fue gracias al sacrificio de los pretorianos. Para no dejar que aquello pasara desapercibido, era necesario tomar la delantera en la captura del comandante enemigo.

Convocó a una docena de sus hombres más cercanos.

–¡Mientras los regulares se ocupan de poner al ejército a la fuga, muchachos, nosotros debemos dedicarnos al usurpador! ¡Venid conmigo! –gritó, y luego comenzó a correr en paralelo a la línea de batalla, llegando al borde mismo de la lucha. Los adversarios le dejaron en paz; estaban demasiado ocupados esquivando las espadas de los invasores e intentando ponerse a salvo dentro de las murallas. Por tanto, Sexto pudo seguir avanzando sin ser molestado en la misma dirección en la que escapaban los cartagineses, hacia la ciudad, manteniéndose al margen de la lucha. Cuando se fijó en un escuadrón de jinetes pesados que se agolpaban en torno a un anciano que llevaba una clámide púrpura, tuvo la certeza de haber visto a Domicio Alejandro.

Estaba bastante cerca de las murallas y la puerta principal de la ciudad estaba entreabierta. Muchos soldados ya se agolpaban allí, pero los defensores formaron una barricada y los hicieron retroceder, probablemente para permitir que el emperador entrase antes que nadie. Pero, aunque Domicio también estaba tratando de refugiarse dentro de la ciudad, la multitud de fugitivos que habían sido más rápidos que él obstruía el camino. Y esto fue lo que le ofreció a Sexto la oportunidad de interceptarlo.

Cuando llegó a su altura, les indicó a sus hombres que rompieran la masa enemiga. La atravesó sin que nadie se atreviera a enfrentarse a él. Cuando se dieron cuenta de la presencia de los pretorianos, los que huían se asustaron y, temiendo que les cortaran el camino de la retirada, se alejaron tomando otras direcciones. De este modo, el centurión encontró vía libre y llegó rápidamente a las inmediaciones del usurpador, sin tener que soportar más que unas breves refriegas. Los guardaespaldas de Domicio, ocupados en observar a los perseguidores que tenían detrás, solo se dieron cuenta más tarde de que había un grupo de pretorianos en el flanco. Tres de ellos trataron de correr hacia Sexto y sus compañeros para bloquearlo mientras Domicio se acercaba a la ciudad.

–¡Abríos en dos alas ahora! –les gritó Sexto a los suyos, que le obedecieron de inmediato. La maniobra desorientó a los tres auxiliares enemigos, que tardaron en reaccionar, pero interceptaron a los dos hombres más adentro. Sexto se obligó a no seguir su destino y continuó corriendo, empujando y dando codazos, blandiendo la espada, para abrirse camino. Por suerte para él, Domicio se había mantenido al margen de sus propias filas, precisamente para poder moverse con mayor facilidad y no tener que adentrarse demasiado en la multitud. Cuando se acercó al usurpador, se encontró frente a la barrera de lanzas de los guardaespaldas, y una de ellas dio inmediatamente en el blanco, atravesando a uno de sus hombres, que, demasiado impetuoso, se había acercado sin ninguna precaución.

Sexto intentó moverse entre la ciudad y Domicio, pero la aglomeración era aún mayor allí. Se resignó a luchar contra los guardaespaldas desde la posición en la que se encontraba. Miró a su alrededor, cuidando de evitar las embestidas de sus lanzas, y luego interceptó a un soldado de a pie que intentaba ponerse a salvo; aprovechando su distracción, lo derribó con un violento golpe de la empuñadura en el casco y le quitó la espada, pasándosela a la mano izquierda. A continuación, agarró su propia arma con la derecha, apuntó y se la lanzó a la cara al guardia más cercano, dándole de lleno en el rostro.

El hombre se balanceó en la silla de montar durante un momento y luego cayó al suelo. Sexto se apresuró a recoger su lanza, que clavó en el vientre del caballo en el que cabalgaba el guerrero más cercano. El animal se desbocó, derribando al soldado, que cayó de la silla. Fue otro pretoriano quien acabó con él, tomando su lanza y adoptando el mismo sistema que Sexto. En unos momentos, Domicio se encontró con su guardia reducida a la mitad. El centurión vio el terror en los ojos del anciano, un individuo delgado y demacrado que parecía incluso incómodo en la silla de montar. A su lado, Sexto vio que uno de los enemigos había logrado apuñalar a un pretoriano, pero los

demás, mientras tanto, lo habían agarrado por los pies y lo bajaban de la silla.

Otro pretoriano terminó bajo las pezuñas de un animal, para ser luego derribado por el jinete. Sexto dio un salto a la grupa del caballo y, rodeando a su oponente por detrás, le degolló limpiamente con un movimiento horizontal de la espada. Lo empujó y se lanzó contra Domicio, ahora solo, mientras sus guardias supervivientes se enfrentaban a los otros pretorianos. Se acercó a él y le puso la espada en la garganta.

–¡Tirad las armas! –les gritó a los guardaespaldas. Estos dudaron, deteniéndose y dándoles así a sus respectivos oponentes la oportunidad de desarmarlos o golpearlos. En un instante, el usurpador ya no tenía a nadie que lo defendiera.

–¡Soldados! –gritó Sexto–. ¡He capturado al hombre que os ha llevado hasta esta locura! Lo mataré si intentáis acercaros. Será mejor que renunciéis y os rindáis ahora, antes de que terminéis masacrados. ¡Ya estáis huyendo!

Sus hombres supervivientes se hicieron eco de él, para que sus voces llegaran lo más lejos posible. En el caos de la batalla, con el estruendo de las armas, los gritos de dolor y de incitación, el choque de las armaduras y los escudos, el sonido de sus palabras solo alcanzó al círculo más pequeño de fugitivos que los rodeaban, que sin embargo comenzaron a arrojar sus armas y a rendirse, con los brazos levantados para evitar ser asesinados. Los que estaban más lejos se fijaron en ellos y, al darse cuenta de lo que ocurría, los imitaron uno tras otro. Pronto se corrió la voz de la captura y sectores cada vez más grandes del ejército africano abandonaron tanto la lucha como la huida, entregándose a los vencedores.

Sexto miró a los hombres que le habían ayudado. Quedaban tres. Sonrió, sin poder ocultar su satisfacción. Había logrado el objetivo que se había fijado; el ejército de Majencio había ganado, los pretorianos habían causado una gran impresión, y su carrera recibiría un nuevo impulso.

Un buen viático para arreglar las desavenencias con Minervina.

CAPÍTULO XXX

–Galerio ha muerto y no hay nadie que se tome la molestia de nombrar a nuevos tetrarcas. Pronto Majencio atacará a Licinio. Y entonces se hará más poderoso. O bien Licinio atacará a Majencio y será él quien se haga más poderoso. Quiero hacerlo ya. –Las últimas palabras de la carta de Constantino estremecieron a Osio, pero también le provocaron escalofríos de emoción. Sí, era hora de actuar, por fin, y de cosechar los resultados de la gran telaraña que llevaba años pacientemente tejiendo.

Se puso a reflexionar. Había mucho que hacer para allanarle el camino a la empresa de Constantino. Si quería estar seguro de que tendría éxito, tenía que planificar todo con detalle, en el momento y lugar adecuados. A pesar de las predicciones, el régimen de Majencio no se había derrumbado como resultado de la campaña africana. Paradójicamente, gracias sobre todo a Sexto Martiniano, el señor de Roma había ganado, decapitó al usurpador y recuperó África y su grano bajo la autoridad de la urbe. Pero también podría ser algo bueno. Como oponente, Majencio era menos peligroso que Licinio, y era bueno que Italia todavía estuviera bajo su dominio. Dependía de él, Osio, debilitarlo aún más y ofrecerle a Constantino la península en bandeja de plata.

Llamó a un esclavo y le dijo que fuera a buscar a Melquiades.

–Que venga inmediatamente –especificó.

Sabía que Constantino esperaba resultados, información, indicaciones para una campaña de conquista con riesgos mínimos. Allí estaba Licinio al acecho, y Maximino Daya vigilaba en Oriente. Cualquiera de los otros tetrarcas supervivientes podría haber aprovechado un paso suyo en falso, una prolongada estancia en Italia, para atacarlo en Galia y separarlo de sus posesiones. Ningún detalle debía pasarse por alto; no se necesitaba solo la victoria, sino una victoria rápida y aplastante, decisiva, que convertiría a Constantino en el monarca más poderoso del imperio.

Cuando el obispo de Roma, pomposo en la vestimenta sacerdotal que tanto había anhelado, se presentó en su casa, Osio incluso fue a su encuentro en el atrio, deseoso de hablar con él, y lo condujo al *tablinum*, donde lo sentó frente a su escritorio.

–Ya está –comenzó–. Tenemos que poner en marcha el plan. Yo haré mi parte con Majencio, tú la tuya con tu comunidad.

Melquiades se movió en la silla, visiblemente incómodo.

–¿Ya? –comentó–. ¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? –se sorprendió Osio–. Constantino ha decidido que es el momento, y eso es suficiente.

–Pero a mí no me lo parece. Quizá los cristianos ya no lo necesitamos –respondió Melquiades, melifluamente–. Después de todo, antes de morir, Galerio emitió un edicto declarando lícita la religión cristiana. Hemos recuperado todos los derechos que nos fueron arrebatados, no corremos ya ningún peligro y, de hecho, algunos de nosotros estamos subiendo rápidamente la escalera del poder. Pronto tendremos algunos en la corte y a la cabeza de la burocracia, en el ejército y en la política. Y ahora que ya no temen ser perseguidos, los simpatizantes ricos han vuelto a hacernos importantes donaciones, en dinero y bienes. Entonces, ¿por qué deberíamos poner en peligro este ascenso con actos que podrían suscitar un reproche general?

Osio se levantó de la silla, furioso.

–¿Por qué? Porque si no lo haces, ¡usaré la influencia que tengo sobre Majencio para que renueve su discriminación contra los cristianos! Y tal vez incluso la persecución –siseó–. ¿Crees que no puedo? Ponme a prueba. Podría incluso hacer que sus medidas se centraran en ti, hacer que perdieras esa tiara que llevas tan pomposamente, gracias sobre todo a mí, y tal vez incluso la cabeza, si quiero.

Melquiades se puso blanco.

–Pero… debes entender que ahora la situación para nosotros se ha tranquilizado. Los hermanos que recluté quizá ya no quieran involucrarse… Y no será fácil convencerlos…

–¡Tú hazlo igualmente! –se indignó Osio–. Hazles entender que se trata de una misión para vuestro señor. Utiliza la influencia que tienes sobre ellos como obispo, ¡maldita sea! Diles que una cosa es una religión lícita, igual a todas las demás, y otra es una religión *privilegiada*, como sucedería si Constantino ganara. Por ahora son los particulares los que os dan dinero y casas, pero en el futuro podría ser el mismísimo emperador, y podrías hacerte realmente rico. ¿Te imaginas lo que eso significaría?

Melquiades no respondió, pero Osio estaba seguro de que había dado en el blanco. Insistió:

–Te jactas de que uno de tus hombres ha ocupado un pequeño puesto en la administración de Roma. Además, no estamos hablando de la imperial, sino de la de un hombre considerado un usurpador por todos los demás. ¿Tienes un gran camarlengo? ¿Un gestor de la correspondencia? ¿Un secretario imperial? Nada de eso. Los papeles principales están todavía reservados para los que adoran a los antiguos dioses. Pero con Constantino todo cambiaría: se rodearía de consejeros cristianos, o al menos les asignaría funciones clave, lo que al fin os permitiría ser importantes de verdad, participar en las

decisiones de alto nivel, dirigirlas incluso. Ahora, como mucho algunos de vuestros funcionarios pueden determinar en qué foro debe celebrarse el mercado semanal…

El obispo suspiró. Resignado, dijo:

–¿Cuándo quieres que empiece?

–De inmediato, diría yo. Empecemos por las alcantarillas, luego te diré cómo proceder. Majencio tendrá que sentirse inseguro en esta ciudad. Y será tu responsabilidad que eso se haga realidad –ordenó tajante Osio, saboreando la sensación del poder que le suponía poder determinar los acontecimientos que cambiarían el mundo romano para siempre.

Por ahora, actuaría en las sombras, pero una vez que Constantino ascendiera a las alturas que ambos deseaban, muy pocos estarían por encima de él en el imperio.

Tal vez nadie.

Constantino despidió a su secretario personal y se quedó solo en su *tablinum* para examinar los documentos de Roma. Los examinó cuidadosamente, uno tras otro, apreciando cada vez más la agudeza de Osio, su eficiencia y el cuidado que ponía en los detalles. Encontró la consistencia numérica de tropas, no solo pretorianas, sino también de las destinadas por toda la península itálica, unidad por unidad, guarnición por guarnición; una descripción meticulosa de los flujos de suministro de grano; la ubicación de las fuentes de materias primas que utilizaban los romanos fuera de las ciudades; la composición de las poblaciones y el porcentaje de cristianos; los senadores y notables corruptibles, o solo los descontentos con el actual régimen; la ubicación de las fábricas de armas utilizadas por el ejército de Majencio; y además, lo más interesante, el carácter del usurpador, sus costumbres, sus miedos y sus debilidades; su familia, empezando por su esposa Valeria Maximila, todavía angustiada y deprimida por la muerte de su hijo Rómulo dos años antes; sus más fervientes partidarios y amigos más cercanos, su influencia en él y su grado de peligrosidad; estaban incluso sus amantes en la lista de personajes que gravitaban a su alrededor, su grado de implicación con ellos.

Osio estaba demostrando ser un valioso consejero y colaborador. Quizás el más valioso que podría tener un emperador; no podría haber imaginado uno mejor incluso en el futuro, cuando gobernara sobre una mayor parte del mundo romano; y luego sobre *todo* el mundo romano. También agradeció sus sugerencias sobre cómo ganarse la simpatía de los cristianos. Más allá de las puramente prácticas, que iban de las promesas de donaciones monetarias a la comunidad cristiana en Roma y la construcción de edificios eclesiásticos en la urbe, a la concesión de zonas urbanas enteras, había una en particular que le parecía muy astuta. No podía esperar a ponerla en práctica y

ver la reacción de sus soldados; pero pensó que lo haría de camino a Roma.

Con semejante recopilación de información, ni siquiera un caudillo menos hábil podría haber fracasado. Podía permitirse llevar un ejército reducido, dejando la mayor parte de sus tropas para vigilar las fronteras, para protegerlas de los bárbaros que seguían amenazando la frontera del Rin, pero también contra posibles golpes de los otros tetrarcas. Estimó en veinte mil el número de hombres que tenía que llevar: un ejército de tamaño modesto favorecería la velocidad de movimiento, esencial para sorprender a las guarniciones y conquistar los distintos baluartes itálicos, y el suministro, que en territorio hostil nunca era demasiado fácil de asegurar.

Garantizar que nunca chocaría con ejércitos más grandes sería preocupación de Osio. La estrategia estaba definida desde hacía tiempo: el primer movimiento sería apoderarse de los puertos de Cerdeña y Córcega para obstaculizar las flotas de suministro de grano desde África a Roma. Roma debía quedar reducida a la inanición. Luego, se trataba de inducir a Majencio a salir del caparazón que le había permitido superar dos intentos de derribarlo, con Severo y Galerio. Había que obligarle a dispersar sus fuerzas, haciéndole temer la invasión e intentando frenarla con guarniciones avanzadas, desarmando así la zona de su capital. Y una vez que estuvieran cerca de Roma, tendrían que asegurarse de sacarlo fuera de las murallas para luchar contra él en campo abierto, sin tener que enfrentarse a las incógnitas de un asedio, en el que todos los que lo habían intentado habían fracasado inexorablemente. Roma era inexpugnable y no arriesgaría su reputación como general aceptando una apuesta tan arriesgada. Pero incluso para eso estaba Osio.

Y no dudaba de que Osio, un verdadero maestro de la intriga, lo lograría.

Pero había una cosa que tenía que hacer sin poder utilizar su valiosa contribución. Una cosa desagradable, pero sin la que la campaña sería muy arriesgada. Los bárbaros no eran la única amenaza que tenía que temer si se aventuraba en el sur de Europa. Tenía que neutralizar a otros también; a uno, en particular, que podría representar una gran molestia durante la operación, pero también después. Suspiró, llamó a su secretario y le anunció que le dictaría una carta para Licinio.

Con una propuesta de matrimonio.

Minervina hizo que la esclava le llevara una palangana con agua y se apresuró a enjuagarse las partes íntimas, disfrutando por fin de un poco de refresco. Dio un largo suspiro. El cliente que acababa de irse le había hecho daño. Ella no le había dicho nada, no le había impedido que la penetrara con esas monstruosas herramientas que había llevado consigo, solo para mantener su propio nombre como

una puta dispuesta a todo y capaz de complacer cada lujuria, pero en cierto punto el dolor y la humillación se habían convertido en insoportables. Tanto es así que recordó las palabras de Sexto, que la visitó de nuevo a su regreso de la campaña de África, donde se había distinguido como el más valiente de los pretorianos, de tal modo que se había ganado un ascenso a tribuno.

Se había alegrado por él, e incluso estaba orgullosa. Pero, en ese momento, no les dio demasiado peso a sus sermones. Le había dicho que se estaba echando a perder, que estaba desperdiciando su potencial, que había muchas otras cosas que podría hacer además de eso… y que él siempre la había amado, de hecho, más que al principio. Ella recibió sus muestras de amor con mucha desconfianza, y luego se preguntó qué sentía todavía por él. Estaba segura de que sabía lo que sentía por Constantino, con quien habría vuelto al instante si se lo hubiera pedido –y no solo porque el emperador tuviera a su hijo–, pero en cuanto a sus sentimientos por Sexto… Bueno, la situación era mucho más confusa. De vez en cuando se acordaba de los alegres momentos que pasaron juntos en un pasado lejano, y que tal vez serían insuperables en espontaneidad e intensidad. En un rincón de su memoria conservaba la atmósfera chispeante de sus encuentros, la energía que emanaban sus cuerpos al menor contacto, la diversión que sentía al hablar con él, la sensación de bienestar que la envolvía cuando sus ojos se posaban en ella.

Alguna vez pensó que estaba tan atrapado por ella que no podía ni siquiera mirar a otra mujer. En cambio, había descubierto que estaba tonteando con todo el mundo, y nunca podría perdonarlo por ello. Tampoco podía perdonar su impaciencia por su fe, que le hacía incapaz de comprender sus necesidades espirituales, que eran incluso más importantes que las materiales. Osio, por ejemplo, no era cristiano, pero respetaba sus creencias, y ella lo apreciaba por ello. Todavía podía llevarse bien con Sexto, le gustaba oírle hablar, aunque él hiciera alarde de indiferencia y a veces de desprecio; pero lo que sintiera por él, quería creer, no debía ser diferente de la gratitud que sentía por haberla convertido en una verdadera mujer.

Miró a su alrededor, y por primera vez se sintió asfixiado por la miseria del lugar. Miró las paredes ennegrecidas por el hollín y llenas de dibujos obscenos, el colchón sucio y destrozado, la cortina rota que la ocultaba de las miradas lascivas de los otros clientes, y se preguntó cómo podía haber caído tan bajo.

Constantino la había alejado. La había engañado al confiarle una supuesta misión en Roma, y en realidad la había abandonado. No había podido odiarlo ni siquiera cuando se enteró. Ahora empezaba a entender lo que significaba la necesidad de Estado de la que le había hablado Osio. Constantino era el emperador. Tenía enormes

responsabilidades como gobernante, incluidas las que tenían que ver con las relaciones y las alianzas. El matrimonio con la hija de Maximiano había sido necesario, y podía entender cómo Constantino no había tenido el valor de decírselo personalmente. Le habría costado demasiado, y eso podía darle la medida de su amor. Si ella no le importara nada, simplemente se lo habría dicho, sin importarle las consecuencias, supuso. Por supuesto, ahora que Maximiano estaba muerto podría haberse divorciado de Fausta, si hubiera querido volver con ella… Pero también era cierto que Fausta era joven, y le daría un heredero tras otro, mientras que ella difícilmente podría tener más niños. Y entre los deberes de los gobernantes estaba también el de asegurar una vasta descendencia.

Sin embargo, ni siquiera le había escrito una carta. Quizá le daba vergüenza, quizás estaba demasiado ocupado… Quizás no había encontrado tiempo. Ella había tenido la tentación de escribirle, y quizás lo haría. Tal vez al recordarle su amor y la dedicación que ella le había mostrado, el emperador se conmovería y encontraría la manera de llamarla de nuevo. Comprendió que su presencia en la Galia podría causar vergüenza, pero tal vez la haría alojar de incógnito en una vivienda al alcance de la mano para unos cuantos encuentros clandestinos, que a ella le parecerían una bendición. Especialmente si le permitía ver a Crispo.

Quién sabe, tal vez un día, cuando hubiera cumplido sus ambiciones y su presencia no fuera un obstáculo, Constantino dejaría de lado a Fausta y la volvería a llamar a ella. Sí, probablemente lo haría; estaba segura de que con aquella joven no había experimentado las mismas emociones que ella le había hecho vivir. Quizás había sido su puta; pero había sido una puta imperial.

Sexto tenía razón. Se estaba echando a perder. No debería marchitarse dejando que unos viejos babosos le pusieran las manos encima y envejecer prematuramente debido a una vida agotadora y desgastante. Tenía que mantenerse joven el máximo tiempo posible para estar lista para cuando Constantino la volviera a aceptar.

Porque Constantino la volvería a aceptar. Estaba segura de ello.

Sexto contempló desconsoladamente el montón de escombros amontonados en la Cloaca Máxima, tratando de soportar el nauseabundo hedor que le atormentaba el sentido del olfato. Caminó por las alcantarillas, a la tenue luz de las antorchas, intentando entender lo que había sucedido.

–Es malintencionado, tribuno –lo recibió el centurión pretoriano que dirigía el grupo de hombres de mantenimiento encargados de despejar la obstrucción–. Se puede ver claramente; alguien ha colocado una barrera de madera contra la que se ha ido amontonando la montaña de desechos, causando la obstrucción.

«Al igual que hace dos días en la Cloaca de Alejandría», pensó Sexto, que asintió.

–Así que ahora es un hecho, alguien está saboteando el alcantarillas –comentó.

–Sí. Pero ¿por qué motivo? –respondió el centurión–. ¿Qué consiguen? ¿Y quiénes son?

«Buenas preguntas», pensó el tribuno. Preguntas a las que deseaba poder dar respuesta. Fue el héroe de la campaña de Rávena, y todavía más el héroe de la campaña de África, un tribuno recién nombrado entre los más célebres de Roma, y se sintió en el deber de ser el que le presentara a Majencio la solución al problema. La gente se quejaba del mal funcionamiento de las alcantarillas, las dificultades para eliminar las aguas residuales y el hedor en las calles, y estaba enfadada con el emperador. Tal vez eso era exactamente lo que querían conseguir los saboteadores: la propagación del descontento con el gobernante.

Decidió que estudiaría la situación cuando tuviera todos los datos; sus hombres también estaban examinando otras cloacas. Ahora tenía otra tarea que realizar. Salió del alcantarillado y se dirigió a casa de Osio y Minervina. Había vuelto a hablar con ella con cierta regularidad desde su vuelta de África. Como amigo, siempre como amigo. Ni siquiera se había acercado a ella para no dejarse absorber por el torbellino de la pasión. Sin embargo, la deseaba fogosamente mientras hablaban, primero en el lupanar, donde la había encontrado, y luego, cuando finalmente dejó ese horrible burdel, en casa, a veces incluso con Osio presente. Siempre salía de aquellas reuniones deprimido, abatido, frustrado, pero no se sentía capaz de renunciar, y cada vez que estaba a punto de ir, su corazón comenzaba a latir más rápido, impulsado por la nunca apagada esperanza de que el sentimiento del pasado renaciera en ella. Y después, para calmar su tristeza, se acercaba a ver a Melisa y le hacía el amor, esforzándose infructuosamente por imaginarla como Minervina.

La prostituta sí había cumplido con el compromiso que le había pedido injustamente controlando a la señora y a veces intentando frenar sus excesos, con la esperanza de ganarse el amor de Sexto. No había tenido éxito, por supuesto, pero se había ganado su aprecio, y más que nunca el papel de sustituta de Minervina. El tribuno era consciente de que la utilizaba, pero tenía menos reparos al respecto cuando pensaba que ella también lo sabía, aunque fingiera que no pasaba nada para no perderlo.

Llamó a la puerta principal, reflexionando sobre la ironía de la situación. Nunca habría pensado, en el pasado, que llegaría un día en que conversaría amablemente con Minervina sin siquiera tocarla, saludando a Osio como a un viejo amigo. Últimamente, el mundo estaba realmente al revés: con la mujer desempeñaba el papel de

confidente y consolador, escuchando sus interminables glorificaciones de Constantino, de quien evidentemente seguía enamorada; con Osio, el asesino de su padre y al que había soñado con matar durante años, compartía una visión política común y la amistad con Majencio, así como el amor por la misma mujer.

–Pero, por favor, Sexto, ¡toma asiento! –La puerta se abrió justo cuando salía el senador y le saludó con una sonrisa amable–. Siempre es un honor recibir la visita de uno de los grandes héroes de Roma.

–Salud, Osio. ¿Hoy no te quedas con nosotros? –dijo por pura amabilidad.

–Me encantaría, pero tengo sesión en el Senado –respondió Osio–. ¿Sabes que hay rumores de que Constantino quiere atacar a nuestro emperador? Tenemos que decidir qué contramedidas tomar… Pero estoy seguro de que Minervina se deleitará con tu presencia. Le haces mucho bien… Y nunca dejaré de agradecerte que la hayas sacado de ese inmundo tugurio.

Sexto había oído hablar de los objetivos de Constantino. Constantino, siempre él… Parecía que el hombre había nacido para meterle adrede un palo en las ruedas. Y pensar que una vez creyó que Osio era su enemigo…

–No tienes que agradecerme lo de Minervina: sabes muy bien que lo habría hecho por iniciativa propia –replicó–. En cuanto a Constantino, estoy seguro de que podemos encontrar una solución para hacerlo retroceder, como hicimos con Severo y Galerio.

–Yo también estoy seguro de ello. ¡Especialmente contigo al frente de nuestras tropas! –respondió Osio alegremente, subiendo a la litera y haciendo un gesto a los esclavos para que se fueran.

Una vez terminadas las formalidades con el dueño de la casa, Sexto esperó a que lo anunciaran a Minervina y luego fue conducido al triclinio, consciente de que tendría que sufrir nuevas decepciones, pero sin voluntad de escapar de ellas. La mujer le recibió cordialmente y, como de costumbre, sin acercarse a él, le hizo señas para que se tumbara en el triclinio de enfrente: Sexto consideró esto –quiso considerarlo– una prueba de que ella percibía una perturbación en su presencia, y temía no poder controlarse, una vez cerca de él.

–¿Cómo te sientes hoy? –le preguntó con la habitual preocupación.

–Bastante bien, gracias. Me duele un poco la cabeza, pero menos de lo que me dolía ayer.

–Me alegro. ¿Esta noche has dormido? –La pregunta fatídica. Normalmente, era la que introducía el tema de conversación más peligroso: Constantino. Sexto sabía que, al hacerla, le ofrecía la posibilidad de herirlo, pero al mismo tiempo siempre tenía ganas de formularla para saber si, por fin, aquel hombre había desaparecido de sus sueños y de sus pensamientos.

Como siempre, esperó con ansias su respuesta.

–No mucho, la verdad –era la respuesta que hizo que empezara a temblar–. Los recuerdos de nuestra vida juntos me perseguían… Y me pregunto si con Fausta se divertirá igual –dijo Minervina, como siempre sin ninguna sensibilidad hacia él.

Pero, por otra parte, pensaba Sexto para excusarla y para tener un pretexto para seguir escuchándola, él hacía lo mismo con Melisa. «Cuando se ama tanto a una persona que nos ha dejado –pensaba–, no se puede evitar hablar de ella a quien nos concede su tiempo para escucharnos». Por lo general, los que prestan más atención y disponibilidad son los que están enamorados de nosotros.

–Claro que no. El suyo es un matrimonio político –la quiso tranquilizar, como siempre–. De todas formas, ninguna mujer es tan divertida y excitante como tú. Así que estoy seguro de que se estará aburriendo y arrepintiéndose de haberte dejado. Y no es el único… –añadió.

Minervina no reaccionó. No reaccionaba nunca.

–¡Ay, de eso estoy segura! ¡Antes o después me buscará, estoy segura!

–¿Y si no lo hace?

Minervina frunció el ceño.

–Lo haré yo. Le escribiré. Lo haría ya si no supiera que está tan ocupado. Además, Osio me ha dicho que va a intentar conquistar Roma. A lo mejor quiere venir a por mí.

Se engañaba, como siempre. Ahora había llegado incluso a pensar que Constantino quería conquistar Roma para llevársela a ella.

–Constantino es un hombre ambicioso, Minervina. No tiene tiempo para el amor –trató de explicarle.

–Para mí lo tuvo –afirmó ella con decisión.

–Fue un capricho, y como todos los caprichos, se le pasó.

–En absoluto, lo siento –decía, dando la sensación de querer convencerse más a ella misma que a él.

–Bueno, los hombres como él no aman. No saben amar a nadie más que a ellos mismos. Me parece que te lo ha dejado bien claro.

–Solo ha hecho lo que era necesario para su imperio. Además, no es verdad que no sepa amar –protestó ella–. ¡Constantino ama a sus súbditos, aprecia a los cristianos, quiere el bienestar de su pueblo!

Resultaba difícil hacer mella en la enorme consideración que tenía Minervina por Constantino sin volverse odioso a sus ojos. Así las cosas, en algún momento, Sexto tenía que parar y dejar que exaltara los elogios del emperador, el más brillante ejemplo de rectitud moral, el caudillo más extraordinario que jamás había existido, el gobernante más iluminado, el amante más apasionado, el padre más tierno, y cosas por el estilo… Estaba harto de escuchar cómo lo alababa

siempre así.

Sin embargo, sabía que pronto volvería a visitarla y a permitirle que le hiciera daño otra vez.

Era el héroe de Roma, pero al mismo tiempo, se sentía como un idiota…

Majencio se levantó y arrojó su cetro al suelo.

–¡No es posible! Anteayer demolieron ese tramo de cloaca, hoy este incendio en los graneros… ¡Y aquí estoy, impotente, mientras alguien hace pedazos la ciudad!

Los presentes permanecieron en silencio, inmóviles, avergonzados. El señor de Roma vio sus expresiones de asombro y luego se dio cuenta de que había perdido el porte al que debía atenerse un soberano. Le indicó a un esclavo que recogiera el cetro, que se lo entregara, lo miró fijamente para comprobar que no se había estropeado, y después volvió a sentarse, tratando de adoptar una pose digna.

–Alguien quiere meterme en problemas, eso está claro. Pero ¿quién? –preguntó a su grupo de concejales, sin dirigirse a nadie en particular.

A Osio le pareció que había llegado su momento e intervino:

–Creo que son seguidores de Constantino.

–¿De Constantino? ¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿No podría tratarse únicamente de gente que quiere hacerme daño? –le preguntó Majencio.

Osio meneó la cabeza negando.

–La coincidencia de estos atentados con las noticias de que el césar viene hacia Italia me parece demasiado sospechosa –explicó–. Parece que Constantino quiere socavar tu poder en la ciudad para obligarte a enfrentarte a él en campo abierto, para no arriesgarse a fracasar como les ocurrió a Severo y a Galerio.

Uno de los cortesanos dijo:

–Pero aquí estamos tratando con una organización criminal de vastas proporciones, capaz de causar un desastre tras otro sin que se les pille in fraganti ni dejen rastro… y que ciertamente tiene cobertura en las altas esferas… ¿Cómo puede Constantino tener una red tan vasta y estructurada aquí en Roma, si nunca ha estado aquí?

«Porque la red de colaboradores se la ha encontrado ya lista en la comunidad cristiana», pensó Osio, pero dijo en su lugar:

–De hecho, no parece ser un movimiento espontáneo a su favor. Debe de haber preparado las cosas con cuidado.

–¿Y si fueran los cristianos? –intervino otro miembro del Consejo–. Ellos sí que son una organización fuerte y cada vez más poderosa.

Majencio negó con la cabeza y dijo:

–Lo considero poco probable. No se les discrimina desde antes de que Galerio emitiese su último edicto de tolerancia haciendo legítima

su religión. No tienen ningún motivo para quejarse de mí.

–Pero podrías acorralarlos y averiguar algo –insistió el consejero.

–¿Arriesgándose a molestarles? –objetó Osio–. Nuestro señor acaba de decir, muy acertadamente, que son poderosos. Si volvemos a hostigarles, corremos el riesgo de que de verdad se pongan en nuestra contra, y entonces sí que tendremos media ciudad en estado de rebelión para cuando llegue Constantino.

Majencio asintió:

–Estoy de acuerdo. Hay que buscar a los responsables en otro sitio. Deseo que los pretorianos intensifiquen las investigaciones. Pero quiero que me informen en todo momento de los movimientos de Constantino. ¿Qué dicen los informes más recientes de la Galia?

Osio fue quien habló, otra vez, adelantándose a los demás. Podía confiar precisamente en los informes de los agentes romanos destacados en los territorios bajo la soberanía del césar. Había conseguido que le asignaran la evaluación de estos, y dejó que se filtrara solo lo que quería. Poniendo el énfasis en lo que pensó que más podría asustar al gobernante, comentó:

–Parece que está casi listo para iniciar la campaña. Ha pensado sobre todo en equipar las fronteras, así que también es inútil agitar a los bárbaros: no pasarían. Ha movilizado para la campaña fuerzas relativamente limitadas, un ejército que le permita marchar rápidamente. Y tendremos que esperar el ataque para el verano.

–En cambio, siempre pensé que sería Licinio la amenaza más peligrosa para mí –estimó Majencio–. Reclama Italia y África como posesiones suyas desde que las asignaron en la conferencia de Carnuntum. Poco importa que ese encuentro no tenga valor para mí, él lo cree.

–Pero Licinio, en este momento, solo posee Panonia, y no es lo suficientemente poderoso como para desafiarte, mi señor –explicó Osio–. Es consciente de que si Galerio, que tenía medio imperio, no pudo triunfar, él nunca podrá hacerlo. Y por eso se contentaría con lo que Constantino le daría si pudiera derrocarte. De hecho, nuestros agentes nos hablan de contactos entre los dos soberanos. Ciertamente pretenden repartir los territorios bajo tu soberanía, señor; supongo que Constantino le dará al augusto África, quedándose con Italia. Para Licinio es mejor que nada. Tampoco descarto la posibilidad de que Licinio suministre tropas o actúe en conjunto, enviando una columna de apoyo desde el frente oriental.

–¡Una invasión doble! –exclamó Majencio asustado.

Osio asintió con gravedad, sintiendo una gran satisfacción. Fue exactamente la reacción que esperaba, jugando con sus miedos.

–No hay que descartarlo. Por eso creo que tendremos que cambiar nuestras defensas hacia el norte de Italia. Esta estrategia serviría para

un triple propósito. En primer lugar, sería más adecuado para hacer frente a los ataques de múltiples direcciones. Segundo: obligar a Constantino a enfrentarse a los combates a lo largo de la ruta podría causarle a su pequeño ejército pérdidas que le impidieran sitiar Roma con suficientes tropas. Tercero: lo mantendría alejado de la urbe donde, si me lo permites, la situación no es tan tranquilizadora con todos estos atentados.

Majencio permaneció en silencio, evaluando la situación que Osio había previsto.

–No puedo quitarte razón, Osio. Estás lúcido, como siempre. Evaluaré tu propuesta y el tamaño de las tropas con las que guarnecer el norte de Italia. Pero mientras tanto quiero que los pretorianos patrullen las calles día y noche para evitar estos atentados o para atrapar a los autores en el acto.

Todos los presentes asintieron y Osio, en su interior, se regodeó con satisfacción.

Todo iba según lo previsto. Sintió una emoción de omnipotencia y se vio como un genio político y estratégico a la altura de Augusto. Realmente se merecía dominar el imperio.

CAPÍTULO XXXI

La luz del amanecer se filtraba por las grietas de la cortina, pegando por partes la litera de Constantino. Pero el emperador ya llevaba tiempo despierto. Escuchó los ruidos producidos por su ejército al volver a ponerse en movimiento, después de una noche de descanso en el campamento de marcha, a lo largo de la frontera entre la Galia y Recia. Su asistente, según lo acordado, se encargaría de ir a llamarlo solo cuando todos estuvieran listos para partir, reunidos en un pequeño espacio antes de que el ejército se deshiciera en una larga columna, para reanudar el viaje hacia Italia.

Los sonidos familiares de las armas, los relinchos y resoplidos de los caballos, los bramidos y rebuznos de las bestias de carga, las palabrotas de los soldados adormecidos, los gritos de las órdenes de los centuriones… Era la música que prefería escuchar al levantarse por la mañana. Y ese día en particular. Repasó mentalmente las palabras que pretendía decirles a los soldados, la mayoría sugeridas por Osio por carta, y le parecieron eficaces. Esperaba poder motivar incluso a los partidarios más reticentes del viejo orden; todos sus hombres le servían, y por ello les había prometido enormes recompensas al final de la campaña, asegurándose su apoyo, independientemente de sus motivos políticos, religiosos e ideales.

Cuando recibió la opinión de su asistente, ya estaba preparado. El hombre simplemente le ayudó a ponerse su mejor equipo: quería aparecer como un semidiós resplandeciente en presencia de la tropa. Salió de la tienda, mientras los asistentes se encargaban de desmontarla, y observó el sol emerger más allá de la línea de los arbustos hacia el este. Se giró y miró en dirección a su objetivo: Italia. Vio el contorno de las altas montañas que formaba la barrera alpina, iluminada por la tenue luz del amanecer, e imaginó que ya estaba al otro lado, en una marcha triunfal a través de la península, cosechando la rendición de ciudades y guarniciones.

El asistente le llevó el caballo. Montó con un ágil salto y cabalgó hacia la tropa, ya lista para partir. Cuando lo vieron, los soldados gritaron saludos y su reacción lo estimuló. Se acercó a unos pasos de la línea del frente y tiró de las riendas. Estaba preparado.

–¡Soldados! –anunció–. ¡Nos hemos lanzado hacia una de las mayores hazañas de la historia! Estamos a punto de superar ejércitos y guarniciones para llegar a la ciudad que nadie ha conquistado nunca, excepto, hace siete siglos, los bárbaros galos. Pero entonces Roma no estaba todavía rodeada de murallas, esas poderosas murallas

construidas por el emperador Aureliano que impidieron que Severo primero, y Galerio después, conquistaran la ciudad. Y aunque el usurpador Majencio sea un hombre de poco valor, dedicado más a los placeres de la vida que a los deberes y las responsabilidades, aunque sea un príncipe que no ha librado una sola batalla en su vida, ni haya participado en una sola campaña, las murallas lo protegen y le han permitido imponerse a rivales mucho más hábiles y experimentados que él. Sus victorias inmerecidas deberían hacernos reflexionar sobre el hechizo por el que está encantado ese lugar, sagrado para todos los ciudadanos del imperio, que por arte de magia ha permanecido inviolable. Nuestros predecesores Severo y Galerio convocaron a los dioses para que apoyaran su empresa, pero a los dioses no les interesaron sus ambiciones. Pero tal vez porque no recurrieron a los dioses adecuados.

Hizo una pausa para ver qué efecto producían sus palabras en el público. Los soldados parecían intrigados y sin duda se preguntaban a dónde quería ir con esto.

–De hecho –continuó–, esos dioses a los que se dirigieron, son los que le dieron tanta suerte a Roma, y eligieron proteger la ciudad, ¡no los que quieren conquistarla! Y si hay dioses para custodiar la antigua capital del imperio, ¡se necesitan dioses igualmente fuertes para contrarrestarla! Esta noche, mis valientes, he tenido una visión en mis sueños, clara, inequívoca, nítida, y desde entonces he estado meditando su significado, para compartirlo con vosotros, que compartís conmigo esta empresa tan llena de riesgos e incógnitas. Me ha aparecido un signo que quizás muchos de vosotros habéis visto: es la letra griega X, con sus bordes superiores doblados. Ya sabéis lo que representa, ¡representa el símbolo de Jesucristo, el dios de los cristianos!

Esta vez, en la nueva pausa, hubo un murmullo. Constantino sabía que había cristianos en sus filas, pero eran una minoría insignificante; la mayoría de los soldados habían visto la persecución de Diocleciano con satisfacción, habiéndose convencido de que las víctimas eran saboteadores, cobardes e inútiles como combatientes.

–Anoche me pregunté durante horas qué significaba este sueño, y luego lo entendí –continuó–. La visión me recordó lo tenaz que es ese dios de los cristianos, que les permitió superar los terribles castigos que les infligió el Estado, hasta el punto de convencer al augusto Galerio de que les reconociera el derecho a practicar su religión en plena libertad, como todos los demás. Este dios derrotó a un emperador, ¿entendéis? Es un dios poderoso, quizás el único capaz de derrocar a los que gobiernan verdaderamente la urbe en lugar del tirano que es Majencio.

Más murmullos. Pero también muchos guiños de aprobación,

soldados que asintieron con la cabeza, realmente asombrados por el poder del dios de los cristianos. Sabía que tenía que apelar a esos mismos miedos cuando se trataba de la soldadesca.

–Lo sé, soldados, que cada uno de vosotros tenéis vuestros propios dioses a los que acudís en busca de protección y consuelo. Algunos seguís a Mitra, otros al Sol Invicto, otros a un dios tradicional concreto… Pues bien, os pido que añadáis a vuestras oraciones habituales las dirigidas a Cristo para que nos ayude en esta empresa. Y para que este poderoso dios sepa que anhelamos su protección, sabed que esta noche, cuando descanséis, daré la orden de que, en vuestros escudos, en todos vuestros escudos, se pinte el signo de Jesucristo.

Esta vez hubo protestas veladas desde las filas. Pero se lo había imaginado. Alguien negó con la cabeza.

–No tenemos nada que perder, soldados –insistió–. De hecho, tenemos mucho que ganar. Muchos de vosotros, durante la persecución, pudisteis apreciar el valor de los cristianos devorados por las bestias feroces. Y eran personas insignificantes, que nunca habían luchado o peleado, en su vida. Vosotros, en cambio, sois soldados. ¿No os gustaría tener esa determinación divina? Os podéis imaginar el impulso que os podría dar en el combate, qué fuerza motriz podría representar. Sois soldados y debéis usar todas las armas a vuestra disposición, y entre ellas está el apoyo de la divinidad. Si todavía hay algún dios que apoya al tirano, pero solo porque apoya a Roma, entonces solicitaremos la ayuda de otro dios que ha demostrado ser poderoso. Estoy seguro de que ese es el significado de mi sueño, y en cuanto me he despertado he querido contároslo, para que seáis mis compañeros, mi recurso, el sostén de mi imperio, ¡mis más fieles seguidores!

Algunos gritos de aclamación surgieron de la multitud. Gritos aislados a los que siguieron otros más corales. El rostro de Constantino se iluminó con una amplia sonrisa que alumbró el amanecer todavía brumoso. Y finalmente todos lo aclamaron como su emperador.

El caudillo los contempló con satisfacción. Era el momento de enviar un mensajero a Roma para hacer saber en nombre de quién lucharía el gobernante legítimo. Y a Majencio no le quedaría más opción que enfrentarse a él en campo abierto.

Minervina estaba sentada en un banco del jardín, a la sombra de un platanero cuyas ramas se extendían sobre una fuente, en la elegante *domus* de Osio, y estaba leyendo las odas de Horacio, cuando recibió la visita de Sexto Martiniano. El tribuno pareció inmediatamente preocupado; al verlo llegar ella no vio en su rostro la habitual expresión de ternura que él siempre asumía estando con ella.

–Me da la impresión, Sexto, de que hoy no has venido a conversar conmigo de cosas sin importancia…

El pretoriano tomó asiento en el banco junto a ella. La miró intensamente a los ojos, antes de responder:

–No, en efecto –dijo con un mueca–. Roma está en peligro.

A Minervina comenzó a latirle el corazón con fuerza.

–¿Constantino? –preguntó ansiosa.

Sexto asintió:

–Ha sido más rápido de lo que pensábamos. Ya ha entrado en Italia, ha conquistado Susa masacrando a la guarnición y ha derrotado a nuestro ejército más avanzado cerca de Turín. Milán le ha abierto las puertas y ya se ha instalado allí.

Minervina era consciente de que debería haber mostrado su consternación, pero no se sentía capaz de ocultar su entusiasmo. Su rostro se iluminó ante la perspectiva de volver a ver al emperador, haciéndose la ilusión de que la llevaría de vuelta con él. Y ella realmente necesitaba un amigo con quien sincerarse. Pensó que podría ir a ver al diácono Silvestre, pero estaba impaciente, y sentía que Sexto era una persona igualmente comprensiva.

–Confieso que una gran parte de mí espera que gane –dijo finalmente, provocando la inmediata consternación de su interlocutor–. Así me llevará con él, lo que me permitirá reunirme con mi hijo.

–Pero… ¡no puedes estar hablando en serio! ¡Y menos aún a mí! –balbuceó consternado Sexto.

–Lo siento, pero pienso todo el tiempo en él, y espero volver a verlo pronto –declaró sin vacilar. Realmente necesitaba decírselo a alguien.

–Pero a Constantino ya no le importas, te lo dejó claro. Viene a Roma para ampliar su imperio, no por ti. Solo te estás engañando…

–¿Y cómo puedes saberlo? –exclamó irritada–. Solo estás celoso…

Vio que Sexto temblaba de indignación, pero luchaba por contenerse.

–Cualquiera lo entendería… Si no fueras tan ingenua, si no estuvieras tan cegada por tu absurdo enamoramiento… te darías cuenta del verdadero amor, el que siempre ha estado a tu lado sin hacer aspavientos, le dieras lo que le dieras –declaró en un tono quejumbroso.

–¿Te refieres a mi marido? Es verdad, y le estoy muy agradecida por eso. Pero él también entendió que amo a Constantino.

–Pero no es amor, ¿lo entiendes o no?

–Eso no puede saberlo un hombre que va de un burdel a otro, de una amante a otra, sin manifestar nunca sus verdaderos sentimientos –le flageló–. ¿Crees que no sé que te acuestas con esa ramera de Melisa?

Sexto dio un puñetazo en el puño el banco.

–Solo porque ahora esté teniendo una aventura con una prostituta

no significa que sea un putero. Y sabes muy bien que es un parche… porque la mujer que quiero está enamorada de otro.

–Ah, muy bien, se lo diré entonces. Le gustará mucho.

Sexto resopló:

–No quiero que sufras más haciéndote ilusiones con Constantino. Ese hombre no tiene escrúpulos, y tú ya perteneces al pasado para él. Te ha borrado. Te ha utilizado, como ha utilizado a tantos otros y como hará en el futuro, si nosotros los pretorianos no se lo impedimos.

–¿Sí? ¿Y cómo vas a detenerlo? Es un líder valiente, y tu Majencio es un imbécil, además de un usurpador…

–Ya no es un usurpador –señaló el tribuno–. Cuando supo que Constantino se había aliado con Licinio, prometiéndole en matrimonio a su jovencísima hermanastra Constancia, Majencio se puso en contacto con el augusto Maximino Daya, que lo invistió legalmente como emperador. Vuelve a haber una tetrarquía, y es Constantino quien la está violando.

–¿Tetrarquía? –Minervina soltó una sonora carcajada–. Bueno, no estoy del todo despistada. Osio me habla de política de vez en cuando. Hay cuatro emperadores, es cierto, pero nada parecido al sistema ideado por Diocleciano, dice mi marido. Los cuatro soberanos hacen la guerra entre sí, se alían de dos en dos, invaden los territorios de los demás u ocupan los territorios de otro. No hay concordia, y es difícil imaginar que seguirán siendo cuatro durante mucho tiempo.

–No puedo discutirlo –convino Sexto–. Pero si dejamos que Constantino haga lo que quiera, a la larga solo quedará él.

–Eso espero yo. Es quien más se lo merece, el más capaz, el que más favorece a los cristianos. He oído decir que ha ordenado que pongan el signo de Cristo en los escudos de sus soldados. Eso demuestra lo recto y puro que es, pues Cristo es amor.

Sexto negó con la cabeza, desesperado.

–Te lo he dicho ya: todo lo que hace Constantino, lo hace por cálculo. No cree realmente en nada, y te dará más decepciones, te hará sufrir de nuevo.

Minervina negó con la cabeza con decisión. Sabía que todo sugería que las palabras de Sexto eran ciertas, pero por dentro sintió que algo había quedado entre ella y Constantino, y que cuando él la viera de nuevo, el fuego bajo las cenizas volvería a surgir. Tenía que creerlo para darse esperanza, un propósito en la vida. Estaba hecha para amar, el mismo Sexto se lo había dicho muchas veces, y ella había elegido a Constantino.

El tribuno le cogió las manos con suavidad, le levantó la barbilla y la miró fijamente a los ojos y le dijo:

–Escucha, Minervina. No sé si podré volver a verte. La ciudad empieza a sufrir escasez de grano, tras el bloqueo de los puertos por

parte de Constantino, y los pretorianos estamos en alerta día y noche por todos los atentados que se producen desde hace algún tiempo. También estamos perdiendo existencias de grano, por los incendios en los almacenes. Y se nos confía la defensa de Roma y la protección del emperador. Nuestra última esperanza para impedir que Constantino llegue a Roma y la asedie reside en el prefecto Ruricio Pompeyano, destinado con un ejército en Verona. Solo podemos esperar que gane, o al menos que pierda infligiéndole un gran número de bajas al invasor. Porque si Constantino llega a Roma, con todos los problemas que tenemos en la ciudad, no sé en qué condiciones nos enfrentaremos a él…

–¿Por qué me dices esto, Sexto?

–Porque puede que no nos volvamos a ver, durante una temporada o para siempre, si tenemos que hacerle frente en el campo de batalla. Y quiero que sepas que el único amor sincero que has conocido en tu vida no ha sido el de tu marido, y mucho menos el de Constantino, sino el mío. Te he amado desde el primer momento en que te vi, y he seguido haciéndolo en todas las circunstancias, a pesar de las apariencias. Lo que te hayan dicho de mí no es cierto: yo te quería. Y todavía te quiero. Sé que ya no sientes por mí lo que sentías antes, pero estoy seguro de que es solo porque estás cegada por el enamoramiento de Constantino. Cuando hayas sufrido otra decepción por su parte, entonces sentirás que mi corazón vuelve a latir, y quizá también oigas el tuyo, que puede que haya seguido latiendo un poco también por mí, sin que te des cuenta. Estábamos tan bien juntos que no es posible romper un vínculo así. Cuando lo tengas más claro te darás cuenta. Solo espero que no sea demasiado tarde en ese momento…

A continuación, el hombre acercó sus labios a los de ella y la besó. Minervina se puso rígida instintivamente, pero un instante después saboreó esa agradable sensación que había olvidado sentir cuando sus bocas se fundían. Y se rindió con sorpresa a ese calor, que se dio cuenta que necesitaba. Cuando Sexto se apartó, ella lo lamentó, pero no pudo decir nada. El tribuno se levantó, le sonrió, se dio la vuelta y se alejó en silencio.

Sintió el impulso de correr tras él y abrazarlo. No sabía si era por gratitud, por cariño, por amor o por deseo.

Pero no hizo nada.

–¡Son más que nosotros, césar! –exclamó el tribuno más cercano al puesto de Constantino, al ver que las tropas enemigas salían en tropel por las puertas de Verona y se desplegaban más allá del río Adigio.

El emperador estudió las fuerzas del prefecto pretoriano de Majencio, Ruricio Pompeyano, y le asaltó la duda de si podría derrotarlas. Sabía bien, gracias a la información de Osio, de cuántos

hombres disponía su adversario, y le había instado a refugiarse en la ciudad con la esperanza de obligarle a rendirse por inanición. Verona no habría podido aguantar durante mucho tiempo el suministro de un ejército tan imponente. Él no había pensado que Ruricio podría intentar jugárselo todo intentando romper las líneas de asedio. El movimiento del prefecto le obligó ahora a una batalla campal contra fuerzas muy superiores, teniendo que ceder parte de su ejército para mantener el bloqueo en las murallas.

–En dos líneas, ¡rápido! –ordenó con una pizca de aprensión en su voz, que deseaba poder ocultar a sus subordinados. Las trompetas sonaron y los soldados se dispusieron como debían, con la eficacia que habían demostrado innumerables veces en las campañas a lo largo del Rin. Pero cuando completaron el despliegue, Constantino, que estaba observando los dos ejércitos desde terreno elevado al lado de su ejército, pudo ver la diferencia numérica. La primera línea de su formación era mucho más corta que la del enemigo, y corría el grave peligro de ser rodeado, con los flancos muy expuestos. El prefecto también debía de haberse dado cuenta de esto, porque ya había comenzado a avanzar, evidentemente meditando asaltarlo antes de que Constantino le pusiera fin.

–¡Que la segunda línea avance por los flancos de la primera! –gritó, y sus oficiales cumplieron las órdenes. Rápidamente, los soldados de la retaguardia avanzaron en tropel, extendiéndose y situándose en los laterales. El frente casi duplicó su tamaño, y Constantino estimó que era casi idéntica al del enemigo.

Pero ahora era mucho más sutil. El prefecto tenía un despliegue mucho más profundo, y en el inminente choque se impondría fácilmente, abriéndose paso por donde quisiera. A Constantino no le sorprendió ver cómo el ejército enemigo cambiaba de configuración y se engrosaba en el centro; Ruricio tenía la intención de dividir el ejército enemigo en dos, aislando una mitad de la otra.

«Bien, volveré su propia táctica en su contra», pensó Constantino.

Espoleó al caballo y se precipitó a la llanura, seguido por sus guardaespaldas bárbaros. Galopando a lo largo de la línea, instó a la mitad izquierda a abrirse aún más hacia afuera, luego llegó a la altura de la mitad derecha y la instó a ensancharse a su vez, animando a los hombres a que se dieran prisa:

–¡Dejadlos pasar, y cuando estén más allá, girad cuarenta y cinco grados y atacarlos por el flanco! –les gritó a los oficiales que dirigían cada unidad. Cuando llegó al borde del despliegue, se detuvo y esperó con las tropas la llegada del enemigo que, mientras tanto, avanzaba en una disposición cada vez más en cuña, con el vértice en el centro. Si el prefecto se hubiera dado cuenta de su contramaniobra no había nada que pudiera hacer ahora para alterar su despliegue, en la que los

soldados se concentraban en el sector central, sin más espacio para el movimiento que no fuera hacia delante.

Constantino se movió lentamente hacia afuera, siguiendo la dirección de sus tropas y ordenó el alto cuando vio que en el centro se había abierto una brecha lo suficientemente grande como para que el enemigo pasara. Si alguna vez Ruricio Pompeyano hubiera leído a Tito Livio –pensó Constantino–, entendería que su oponente estaba copiando las tácticas de Aníbal en Cannas, pero no había nada más que pudiera hacer al respecto: una orden de detención solo habría creado más confusión en ese punto de la carga.

Los enemigos estaban ya tan cerca que podía distinguir las expresiones en sus rostros; estaban desesperados, conscientes de que la alternativa al enfrentamiento sería la muerte por inanición. Algunos de los oficiales, observó, habían entendido su táctica, y trataban de frenar a sus hombres, con el único resultado de amortiguar el empellón y hacer que se apelmazaran detrás de él. En una ocasión, vio a un centurión que incluso fue atropellado, inmediatamente después de detenerse. Pronto los hombres de Ruricio comenzaron a desfilar por delante de la línea de Constantino, chocando solo con los soldados enemigos en el borde de la brecha y arrasándolos con facilidad. Solo empezaron a reducir la velocidad después de haber pasado más allá. Los que estaban detrás de ellos se les echaron encima, y lo mismo les pasó a los legionarios que venían más atrás. La cuña enemiga se convirtió en una masa desorganizada de hombres armados, que se molestaron unos a otros.

Había llegado el momento. Constantino les ordenó a los oficiales que hicieran rotar a sus hombres. Los legionarios más alejados de la formación comenzaron entonces a avanzar, seguidos poco a poco por sus compañeros más al interior, hasta que se formó una columna paralela al flanco de la cuña enemiga. Constantino no puso más tiempo de por medio; los hombres de Ruricio no tenían espacio de maniobra, y no podían reagruparse para enfrentarse a la amenaza lateral. Instó a sus hombres a atacar, y para motivarlos al máximo él mismo se lanzó al ataque, cabalgando contra las filas enemigas. Flanqueado por sus guardaespaldas, pasó por encima de los soldados de infantería enemigos, barriendo sus filas, blandiendo su espada a izquierda y a derecha y abriendo instantáneamente una brecha. Inmediatamente después, sus legionarios atacaron a sus respectivos oponentes, que ni siquiera habían tenido tiempo de darse la vuelta. Muchos lograron oponer sus escudos contra el ataque enemigo, pero muchos otros tuvieron que sufrir estocadas y embestidas antes de poder empezar a reaccionar.

Los que intentaron darse la vuelta fueron obstaculizados por sus compañeros y se vieron obligados a enfrentarse al enemigo al través y

solo para defenderse. Los hombres de Constantino fueron ganando terreno, empujando a sus oponentes cada vez más a unos sobre otros. Estos últimos no tenían ni siquiera espacio para levantar sus armas y cargar los golpes. Muchos tuvieron que abandonar sus lanzas, que eran inútiles en la multitud, y desenvainar las espadas; pero incluso sacarlas de sus vainas era misión imposible. Constantino, uno de los pocos combatientes a caballo, pudo observar la situación mejor que los que le rodeaban. Sus adversarios eran muchos, demasiados para esperar que cedieran pronto. De hecho, había conseguido rodearlos con un número menor de hombres, pero precisamente porque combatía superado en número, no tenía ninguna posibilidad de obligarlos a rendirse. Ruricio sabía que tenía los números de su parte y resistiría tenazmente, con la esperanza de que, al final, la abundancia de reservas le permitiera imponerse.

Iba a ser difícil. Pero comenzar la batalla en condición de ventaja, como lo había hecho, ya era media victoria.

La piedra atravesó la ventana y cayó a los pies de Majencio, que dio un salto hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó rozando el borde de una mesa. Los cortesanos se apresuraron a ayudarle a levantarse, y alguien se interpuso entre el emperador y la abertura para evitar que fuera golpeado por algún otro objeto lanzado por la multitud. Sexto se precipitó hacia la ventana, seguido por los otros cuatro guardias del palacio real palatino, mientras el edificio vibraba bajo los golpes de más proyectiles. Observó cómo la gente se agolpaba cerca de las entradas del palacio de Domiciano en el Palatino, mientras los escuadrones de soldados trataban de contener la presión. Había cientos, tal vez miles de personas, amotinadas a lo largo de las laderas de la montaña y en la explanada frente al complejo imperial, hasta abajo, frente al templo de Júpiter Ultor, despotricando contra Majencio, contra los pretorianos y contra el prefecto urbano.

También se dio cuenta de que dos soldados heridos eran arrastrados por los compañeros, que tuvieron a su vez que defenderse de una densa lluvia de piedras. La situación se le estaba yendo de las manos a la administración.

–Esto lleva muchos días así. ¡Tenemos que hacer algo! –se quejó Majencio.

–Tenemos que gastar las reservas de grano, entonces. Con el bloqueo del suministro de grano que nos impuso Constantino –afirmó un cortesano.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué haremos si Constantino nos asedia? –protestó Majencio–. Una parte de las reservas ha terminado quemada con los atentados de los últimos meses. Un mes con las tropas enemigas a las puertas y los ciudadanos empezarían a morir de hambre…

–¿Qué está pasando ahora? –preguntó provocativamente otro

cortesano más irreverente.

El emperador resopló mientras iba a sentarse en el trono, que estaba fuera del alcance de cualquier proyectil. Sexto volvió a mirar por la ventana. A los soldados les resultaba cada vez más difícil contener a la multitud. Se sintió obligado a señalarlo.

–César, dentro de poco el pueblo podría abrirse paso. Podrían entrar en la corte y subir hasta aquí –dijo.

–Entonces hay que reaccionar ya. Esos soldados son demasiado blandos –declaró Osio.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Una masacre? Así la tomarán más aún conmigo… –protestó Majencio.

–Es más probable que entren en pánico y huyan despavoridos. La próxima vez, ya verás, se lo pensarán dos veces antes de volver a la multitud alrededor del palacio imperial –insistió Osio.

El emperador parecía dudar. Sexto se sintió obligado a intervenir y dijo:

–Perdóname, césar, pero tienes razón al temer una revuelta en toda regla; debemos andar con cuidado. El pueblo está exasperado, y si los soldados reaccionan será una masacre. Si el prefecto Pompeyo no logra detener a Constantino, tendrás que lidiar con la presión externa e interna; y será difícil resistir…

Osio intervino de nuevo:

–Pero ya están en tu contra, césar. Te ven como un gobernante que es incapaz de alimentarlos. Así que no puedes empeorar las cosas; si Constantino llega frente a las murallas y su bloqueo persiste, empeorarán por sí solas de todos modos. Seguiremos teniendo rebeldes en el interior, pero con una intervención decisiva ahora, al menos podrás contenerlos, mostrándoles que aún tienes el control de la situación. De lo contrario, podrían pensar que eres débil y optas por apoyar a Constantino desde dentro de la ciudad…

Majencio asintió, pensativo.

–Eso también es cierto… –Sexto se maldijo por su incapacidad retórica, que destacaba aún más ante a la habilidad de Osio–. Que así sea –declaró al final el emperador–. Sexto Martiniano, coge a la guarnición que hay dentro de la corte y dirígela para apoyar a los pretorianos ahí afuera. ¡Dadles una buena lección a esos alborotadores! Y ten cuidado porque te vigilaremos desde aquí. ¡Queremos verlos que salen huyendo como conejos!

Abatido, Sexto asintió. Miró de reojo a Osio, que se limitó a levantar las cejas. Bajó las escaleras y reunió al pelotón de soldados en la Sala de guardias, y luego continuó hacia la entrada. Se paró delante de una impresionante multitud, contra la que los centinelas de guardia se limitaban a agitar las lanzas, manteniendo a los más exaltados a distancia. De vez en cuando, alguien se acercaba y lanzaba una piedra,

bien a los guardias o al edificio. En esos casos, los pretorianos se unían de dos en dos y cargaban con los escudos, haciendo retroceder a los civiles. Entonces vio que, sobre los dos soldados que habían tomado la iniciativa en último lugar, se acercaron bastantes personas, que los rodearon y los atacaron. Los pretorianos no pudieron hacer nada más que defenderse, sobre todo con sus escudos; el cuerpo a cuerpo les impedía usar sus lanzas, pero también desenvainar las espadas. Cuando lograron liberarse y alcanzar a sus compañeros, tenían los cascos abollados y sangraban por varios sitios, llenos de arañazos y moratones por todas partes.

Era el momento. El emperador lo estaba mirando. Sexto mandó que abrieran la puerta, les ordenó a sus hombres que formaran en cuña e invitó a los más cercanos a él a formar. A continuación, lanzó la carga levantando y bajando el brazo con un grito. En un instante, los pretorianos corrieron la corta distancia que los separaba de la multitud y, manteniendo sus lanzas apuntando hacia delante, se lanzaron de forma compacta contra el pueblo. Derribaron a cualquiera que se interpusiera en su camino en cuestión de instantes, barriendo, atravesando, pisoteando, cortando la multitud hasta crear un pasillo. A Sexto, que iba a la cabeza de la columna, le pareció repugnante que su espada cayera sobre las cabezas, las extremidades y los bustos de personas indefensas, y sintió una sensación de náusea. Pero «mi trabajo, como el de todos los pretorianos –pensó–, es defender al emperador», y no tenía otra opción en ese momento. Cuando consideró que había profundizado lo suficiente, se detuvo e hizo que sus hombres giraran hacia el exterior. De la formación surgieron púas a cada lado, que se extendieron hasta las personas más próximas.

La multitud crecía. Desde el momento en que los pretorianos habían arrollado a un parte de los alborotadores, la gente no había pensado en otra cosa que en huir. Pero la pendiente, bastante pronunciada en el lado del foro, y la multitud hicieron perder el equilibrio a un gran número de personas, que arrasaron a los que iban por delante de ellos y acabaron siendo pisoteadas por los que les seguían. Por cada hombre o mujer que un soldado golpeaba, al menos otros cinco eran heridos o morían por los empujones y los golpes de sus compañeros. Algunos fueron tan lejos que destrozaban a cualquiera que se interpusiera en su camino con puñetazos y bofetadas.

Sexto consideró que había hecho suficiente. Ensañarse no tenía sentido. Ordenó que se detuvieran y se quedó observando cómo se alejaba la gente. Poco después, las laderas del Palatino habían quedado cubiertas de muertos y magullados, de los cuales muy pocos habían sido realmente golpeados por los pretorianos.

«Ha sido una masacre», pensó el tribuno. Aquello no le traería nada bueno a Majencio.

Sombras. A estas alturas ya eran solo sombras vagando por el campo de batalla, moviéndose con exasperante lentitud, arrastrando sus exhaustas extremidades, sin emitir ya ni un grito, incluso cuando eran golpeados hasta la muerte.

Constantino pudo distinguirlos a todos, a los soldados, habiendo acostumbrado la vista a la oscuridad por haber luchado toda la noche. Podía distinguir a un amigo de un enemigo por el símbolo de Jesucristo que había mandado pintar en los escudos de sus hombres. Podía entender cómo se desarrollaba la batalla como si fuera de día, aunque el esfuerzo ininterrumpido de una tarde y una noche le hacía dar vueltas a la cabeza, que las sienes le palpitaran y que se le nublara la vista.

Se había convertido en una batalla antinatural entre espectros. Solo se oía el estruendo de las espadas chocando, pero a un ritmo lento y anodino, y la respiración agitada de los soldados exhaustos. De vez en cuando alguien levantaba las manos en señal de rendición, y siempre eran los hombres de Ruricio Pompeyano. Las filas del prefecto eran cada vez más delgadas, y hacía tiempo que Constantino podía decir que había anulado la superioridad numérica de su oponente. Se rendían porque se veían condenados, o simplemente porque estaban hartos. Nunca había tenido dudas sobre el temperamento de sus hombres: eran veteranos forjados en muchas campañas a lo largo del Rin, en lugares salvajes e inhóspitos, en un clima duro e insalubre, entre pantanos y bosques; los soldados del prefecto, en cambio, eran en su mayoría reclutas, que a lo sumo habían luchado un par de veces en los fértiles páramos de la península o de África. Pocos eran los veteranos de Maximiano, que, sin embargo, les habían hecho pasar un mal rato a sus hombres durante esa interminable noche.

Hizo una pausa para recuperar el aliento, observando un duelo entre sombras que estaba teniendo lugar a pocos metros de él. Se trataba de dos soldados de gran complexión, y se movían pesadamente, como si lucharan en el agua. Estaban cubiertos de heridas, pero ninguno de los dos se mostró dispuesto a rendirse. Gruñían, suspiraban, jadeaban, y sus golpes se quedaban cortos más a menudo de lo que chocaban las hojas; y cuando se tocaban con las espadas, lo hacían tan débilmente que no podían infligir heridas decisivas. De repente, uno de los dos se desplomó de rodillas, pero siguió blandiendo su espada. El otro trató de aprovechar esto, pero se tambaleó cargando el brazo para soltar el golpe, y también se desplomó de rodillas. Los dos se encontraron frente a frente. Se miraron durante unos cuantos momentos, mostrando respeto mutuo, luego levantaron sus espadas, que parecían pesar como rocas, y se prepararon para dar un nuevo golpe.

Constantino se acercó unos pasos para observar mejor. Inmediatamente después, las dos espadas se cruzaron sobre las

cabezas de los combatientes. Los dos soldados empujaron con todas las fuerzas que les quedaban para romper las defensas del adversario, pero los recursos que aún tenían debían ser los mismos, ya que permanecieron inmóviles: dos estatuas de granito en la niebla de la noche. Por fin uno de ellos tomó la iniciativa y empujó a un lado a la espada del contrario. Las dos hojas se cruzaron de nuevo, pero en el suelo. Cuando intentaron levantarlas otra vez para dar un nuevo tajo, se encontraron con la espada de Constantino, que las bloqueó.

–Ya basta –dijo el emperador–. Ambos habéis demostrado ser valientes y merecéis vivir. Serás nuestro prisionero –especificó, dirigiéndose al soldado de Majencio, que tras un momento de vacilación inclinó la cabeza en señal de respeto, mientras los guardaespaldas de Constantino lo rodeaban y lo desarmaban, apoderándose de él.

El césar volvió a caminar por el campo de batalla. Largas filas de prisioneros desfilaban hacia su campamento, arrastrándose tan cansados como sus captores. El suelo estaba sembrado de cadáveres y un suave gemido de los heridos parecía surgir del subsuelo. Pequeños grupos de soldados luchaban aquí y allá, con gestos mecánicos y atrofiados, como marionetas a las que una magia les hubiera dado una precaria animación. Constantino se dirigió hacia el Adigio, en cuyas orillas había montones de cuerpos. Muchos soldados habían buscado la huida en sus aguas, después de horas y horas de lucha, pero no lo habían logrado. Otros seguían ahogados en el lecho del río, con sus armaduras brillando a la pálida luz de la luna.

Observó que uno de los hombres de Ruricio seguía luchando contra tres de los suyos. Se había escondido detrás de una pila de muertos y se defendía con pericia de los ataques de sus adversarios. Pero dos enemigos más aparecieron detrás de él, apuntando sus lanzas a su espalda e inmovilizándolo. Un momento después se unió a una columna de prisioneros. Un grupo de soldados del prefecto intentaba abrirse camino hacia el Adigio, bloqueado por una formación de Constantino. Luchaban en silencio, y de vez en cuando alguien se derrumbaba en el suelo o en el río. El emperador pasó y llegó a un sector donde los cuerpos se habían apilado en un gran montón irregular, en el que algunos de los heridos aún se movían y se oían algunos gemidos. Constantino reconoció el epicentro del enfrentamiento, donde se había concentrado el ejército de Ruricio, cuyos soldados se habían inmolado casi sin remedio ante las espadas amenazadoras de sus hombres.

Contempló los restos humanos, consagrados a su ambición, las extremidades rotas y dispuestas de forma antinatural, miembros cortados, gargantas rajadas, cabezas abiertas, vísceras esparcidas por todas partes, en el suelo sembrado de sangre y otros fluidos. No sentía

ninguna simpatía por ellos. Así era como habían sido las cosas desde que nació el hombre: todo se ha construido sobre la sangre de miles de seres humanos. Y estaba a punto de fundar lo más desafiante de todo: un imperio firme y cohesionado bajo su cetro, donde nadie tendría que temer nunca más la agresión de los bárbaros, donde todos comerían y nadie sería perseguido nunca más por sus creencias religiosas.

Un centurión se acercó a él y le dijo:

–César, un prisionero ha reconocido el cuerpo del prefecto del pretorio. Ruricio Pompeyano está entre los caídos.

Constantino consideró la noticia y asintió. Esto confirmaba su victoria de una vez por todas. Pronto su gente dominaría los últimos focos de resistencia y, con la derrota del ejército, incluso la guarnición de Verona también tendría que rendirse.

Así que ahora Roma. Pronto haría que Majencio se tragara la arrogancia que le había mostrado nueve años antes, cuando le propuso una alianza.

Osio llegó al palacio de Domiciano en el Palatino y preguntó dónde estaba Majencio. Lo llevaron a las Termas de Severo, en la ladera oriental de la colina, donde vio al emperador tomando un plácido baño en el *tepidarium*.

–Aquí estás, querido Osio –lo recibió Majencio–. Parece que ya está. Ya viene.

–¿Tienes noticias frescas? –preguntó el senador.

–Fresquísimas –contestó Majencio–. Ha llegado un correo hace tan solo una hora de la guarnición de Split. Ya ha pasado la ciudad…

Osio estaba asombrado y exclamó:

–¡Por los dioses! Ha sido de una rapidez impresionante… Hace solo unos días estaba en el valle del Po, más allá de los Apeninos.

–Desde luego –dijo desconsolado Majencio–. Después de la clemencia mostrada en Susa y Verona, las ciudades le abren las puertas y no tiene que perder tiempo en asediarlas… Llegará aquí con su ejército casi intacto. Veinte mil veteranos que no se asustan de nada…

–¿Y tú tienes miedo, césar? –le preguntó. Como siempre, tenía que aprovechar sus miedos y frustraciones.

–Claro que lo tengo. A ti te lo puedo decir. Aunque estas murallas nos hayan protegido en el pasado contra Sever y Galerio, no estoy seguro de que puedan hacerlo esta vez… La situación en Roma está muy tensa…

–¡Entonces enfréntate a él en campo abierto! –le animó.

Majencio lo miró como si hubiera enloquecido y declaró:

–¿Estás de broma? ¡Sería un suicidio! ¿De qué sirve enfrentarse a él si tengo las murallas más sólidas del mundo?

–Las murallas serán muy sólidas, pero tú mismo has visto que aquí dentro no estás a salvo. La gente sufre por la falta de alimentos, tienes enemigos en todas partes, y te sabotearán. No puedes afrontar una rebelión y un asedio a la vez. Te arriesgas menos saliendo y enfrentándote a él, créeme.

Majencio valoró sus palabras.

–Sí, es verdad. Cualquier podría abrirle las puertas por la noche, tal y como van las cosas aquí en la ciudad, para ahorrarse los rigores de un asedio –declaró desconsolado–. Creo que muy pocos están ahora dispuestos a sacrificarse por mí. Me odian porque no los alimento. Pero ¿qué puedo hacer al respecto? Me culpan, pero es a él, a Constantino, a quien deben culpar.

–Has hecho todo lo que podías, césar –le dijo–. Pero ahora debes arriesgarlo todo en una batalla campal. Después de todo, Ruricio Pompeyano estuvo muy cerca de la victoria, y tenía menos tropas a su disposición, en comparación contigo; Constantino tuvo que luchar toda una tarde y una noche para superarlo.

–Incluso suponiendo que acepte tu idea… –evaluó con cautela Majencio–, ¿a quién puedo poner a comandar nuestras tropas? El prefecto murió a las afueras de Verona, y el único caudillo que podría guiarlos a la victoria es Sexto Martiniano. Pero no puedo ascender a un tribuno a prefecto de un día para otro…

–Podrías comandarlos tú mismo –sugirió–. Piensa en lo que los pretorianos serían capaces de hacer si vieran al propio emperador al frente. Lucharían hasta la muerte para demostrarte su valor en el campo de batalla e irían más orgullosos que nunca al encuentro del enemigo.

Majencio soltó una carcajada.

–¡Ah! ¿Y qué ejemplo podría dar? Nunca he estado en un campo de batalla, nunca he tenido una espada en las manos, al menos no en los últimos años… Ni siquiera estoy seguro de cómo podría reaccionar al ver sangre y el combate… No, corro el riesgo de desanimar a mis hombres, si me uno a ellos.

No marchaba bien. Tenía que salir de Roma.

–No importa que luches –le dijo–. La mayoría de los emperadores de los últimos siglos no lo han hecho. Solo hay que situarse en una posición estratégica y observar el combate, dando órdenes sobre la disposición de las tropas y haciendo las correcciones durante la batalla.

Majencio reflexionó y luego sacudió la cabeza.

–No, eso no funcionaría. Quizás sea mejor idea ascender a Martiniano.

Osio se estaba poniendo nervioso. La situación se le estaba yendo de las manos.

–Perdóname, césar, pero en el pasado muchos han comparado el valor militar de tu padre y tu falta de experiencia en la guerra –insinuó–. Tus hombres, que lucharon con entusiasmo por Maximiano contra Severo y Galerio, podrían preguntarse si vale la pena sacrificarse por un emperador que siempre se queda encerrado en el palacio sin compartir sus glorias. Tu padre te dejó una pesada herencia y la gente piensa que debes esforzarte por ser digno de ella.

El emperador guardó silencio durante unos instantes y luego suspiró profundamente.

–Aparentemente, los dioses me enfrentan a mi destino. Ya no puedo escapar de ellos por más tiempo –comentó–. Ahora veremos, entonces, si estaba predestinado a gobernar Roma o si me la encontré por casualidad.

–Entonces, ¿saldrás a la cabeza del ejército? –quiso asegurarse Osio.

–En este momento me gustaría hacerlo, pero temo que, si lo hago, la gente piense que me estoy yendo de la ciudad porque no estoy seguro en mi propia casa –argumentó–. Y entonces todo el mundo, desde los ciudadanos hasta los soldados, me consideraría solo un emperador inestable y precario. Eso no es bueno para la moral de las tropas…

Osio se quedó pensando. «Tiene razón, desde su punto de vista», pensó.

–Entonces invéntate una excusa para salir –sugirió–. Qué sé yo, una profecía…

Majencio se iluminó y exclamó:

–¡Qué buena idea! –pero luego frunció de nuevo el ceño–. Pero tendría que convencer a un arúspice para que dijera lo que quiera yo, en un sacrificio…

Osio se encogió de hombros y declaró:

–No sería la primera vez que un emperador hace tal cosa. Pero puede que no haga falta si apelamos a los libros sibilinos…

Majencio recuperó otra vez el entusiasmo.

–¡Pues claro! ¡Nadie podrá dudar de mi interpretación! ¡Ahora encontremos una fórmula para justificar una batalla campal! –añadió, saliendo del agua, por fin recuperado del estado de letargo y depresión en el que se lo había encontrado Osio.

Osio soltó un suspiro de alivio. Una vez más, le dio un escalofrío de placer por la sensación de triunfo que sentía cuando conseguía manipular a una persona.

CAPÍTULO XXXII

Sexto observó a los ingenieros trabajando en los puentes y se preguntó si Majencio había adoptado la estrategia correcta. Como pretoriano, se alegró de poder demostrar su valor en una batalla real en campo abierto, y no había un compañero suyo que no sintiera la misma satisfacción; pero como oficial del emperador, tenía serias dudas sobre la decisión. Renunciar a beneficiarse de la protección ofrecida por las murallas de Aureliano parecía una locura… Pero Majencio había declarado públicamente que, según los libros sibilinos, el que hiciera algo en detrimento de los romanos encontraría inevitablemente una triste muerte. Por lo tanto, seguro de que el oráculo se refería al agresor, se había sentido animado a salir y enfrentarse a él en campo abierto, confiando en la victoria.

Sexto habría querido estar igualmente seguro. Le pareció que los altos mandos hacían todo lo posible para complicarse la vida. Si era cierto que los dioses habían decretado la victoria para los defensores de Roma, era igualmente cierto que no se podía probar su paciencia haciendo la tarea cada vez más difícil.

No menos insensata, de hecho, le había parecido la decisión de situar al ejército frente al Tíber, sin ninguna vía de escape. Y esta vez no había justificación religiosa para ello. La intención de Majencio era forzar a los soldados a luchar, temiendo que lo abandonaran durante el enfrentamiento ante las primeras dificultades. Con Roma sumida en atentados y revueltas, ya no se fiaba de nadie, pero sobre todo no se fiaba de los muchos reclutas inexpertos que formaban su ejército. Además, temía la enorme fuerza de atracción de Constantino, un vencedor bajo el cual todos estarían orgullosos de servir.

Oyó un violento golpe a poca distancia. Justo después, el agua del Tíber se levantó y unas cuantas salpicaduras le alcanzaron también a él, enfriándolo. Después de un largo e intenso golpe, la sección central del puente Milvio se había derrumbado sobre el lecho del río. Respiró aliviado, había temido que no llegaran a tiempo. Durante dos días, dos equipos de ingenieros habían trabajado sin descanso, día y noche, cada uno partiendo de una orilla, para cortar el puente. Cada equipo había demolido el punto más allá del último pilón antes del centro, hasta que se desprendió toda la parte central, desprovista de pilones de soporte.

Ahora que el puente utilizado por los viajeros que llegaban por la vía Flaminia había quedado inutilizable, la única forma de cruzar el Tíber y llegar a Roma era utilizar el puente de madera cuya

construcción estaban completando otros equipos de ingenieros. Se movió solo unos pasos más allá y se subió a él, probando su consistencia. Era más estrecho que el puente de piedra, con vigas de apoyo en lugar de pilones de piedra, y la plataforma consistía en pasarelas que se unían en la sección central mediante ganchos de hierro. Algún genio le había sugerido a Majencio construirlo de esta manera para poder cortarlo fácilmente, desprendiendo los ganchos cuando el ejército de Constantino pasara por encima. Era la única vía de escape para el ejército de Majencio, que ya había pasado en gran parte por la orilla opuesta de Roma, acampando cerca del río. Sexto temía que este sistema traicionero se volviera en su contra si, presionados por el enemigo, se vieran obligados a concentrarse en el puente y retroceder.

Cuanto más inspeccionaba la zona, más perplejidad surgía en él. Tenía la impresión de que Majencio había obligado a sus hombres a luchar de espaldas a la muralla: una gran diferencia con la que imaginaba que sería la situación en el ejército de Constantino, donde el emperador tenía fe ciega en sus veteranos, y los dejaba libres para dar rienda suelta a todo su poder.

Una vez fuera del puente, volvió a montar su caballo y galopó hacia la guarnición avanzada de la que era responsable, a una milla al otro lado del río. Nada más desmontar, escuchó el sonido de las pezuñas de los caballos resonando en el suelo. Miró en dirección a Veyes, luego a su alrededor, y finalmente vio perfilarse a lo largo de la vía Flaminia, entre las colinas boscosas que la rodeaban, las siluetas de los jinetes mauritanos y númidas enviados en avanzadilla. Galopaban rápidamente, todos a la vez, como si alguien les persiguiera, y sintió un escalofrío en la columna vertebral: su experiencia le transmitió la percepción de la inminencia del combate. Antes incluso de que se lo comunicaran, supo que el enemigo había llegado.

–Tribuno, la vanguardia de Constantino está a unas quince millas de aquí, en Saxa Rubra –anunció el primero que se presentó ante él–. Hemos tenido que entablar una lucha, pero nos liberamos antes de que afirmaran su superioridad numérica. Aun así han seguido persiguiéndonos, y ahora están deshechos…

Sexto sintió que los pretorianos que lo rodeaban se estremecían de emoción. Todos lo miraron; era el de mayor rango, en ese momento y en ese sector. Y era un símbolo de heroísmo y valor.

Ya sabía qué tenía que hacer.

Convocó a la cohorte de pretorianos que comandaba y todos respondieron rápidamente, desplegándose totalmente equipados a su alrededor en pocos momentos y gritó:

–¿Qué decís, muchachos? ¿Queremos mostrarles a estos bárbaros del norte de qué están hechos los pretorianos?

Los soldados respondieron a coro en forma afirmativa, incluso antes de que terminara la frase, y un momento después Sexto estaba a la cabeza de una columna que marchaba rápidamente por la vía Flaminia. El tribuno percibió el ambiente de exaltación que reinaba entre las filas de sus hombres. Todos alababan a Roma, al emperador, incluso a él, pero sobre todo a los dioses tradicionales. Se había extendido el rumor de que los soldados de Constantino luchaban en nombre del dios de los cristianos, con un símbolo en sus escudos; un signo que, para muchos pretorianos, era objeto de bromas y desprecio, y sinónimo de cobardía. Sexto no estaba seguro de que pudiera llamarse cobardes a los veteranos como los que componían las legiones y las unidades auxiliares en el Rin, pero se cuidó de no socavar la gran confianza que tenía su gente en la batalla que se avecinaba.

Al igual que todos sus compañeros, sentía que estaba a punto de producirse una batalla trascendental. La que tuvo lugar contra Domicio Alejandro en África había sido poca cosa en comparación, al igual que todas aquellas en las que los pretorianos habían participado antes. Esta vez su cuerpo, estimado y execrado a partes iguales durante siglos, luchaba realmente por la supervivencia. Todos eran conscientes de que, en caso de derrota, Constantino les haría pagar por su apoyo al rival y llevaría a cabo las disposiciones de los demás tetrarcas, que hacía tiempo que habían dispuesto la disolución del cuerpo. La lealtad que los pretorianos tenían a Majencio se debía a la gratitud por haberlos mantenido no solo como una unidad de élite de los ejércitos imperiales, sino también por haberlos revalorizado como soldados, sacándolos de la perezosa existencia de una guarnición de la ciudad, a la que habían sido relegados por otros emperadores, dándoles confianza en las campañas militares.

Ya sabía que, cuando llegara a la vista del enemigo, no tendría necesidad de exhortar a los hombres. Si acaso, de contenerlos, para evitar el riesgo de enfrentarse sin la compactibilidad necesaria. Cuando vio las siluetas de los guerreros contrarios avanzando por el camino, se paró y detuvo a sus hombres, haciendo que cambiaran instantáneamente de columna de marcha a la formación de batalla. Algo más de cuatrocientos hombres, que rápidamente se dispusieron en ocho filas de cincuenta, que solo esperaban su señal para salir al ataque. Estudió al enemigo. Eran auxiliares bárbaros, muy diversamente pertrechados, y avanzaban en filas abiertas. Al ver la presencia de los pretorianos, asumieron una vaga formación de cuña y aumentaron su ritmo hasta que avanzaron a la carrera.

Sexto levantó el brazo y comenzó a marchar él mismo a paso ligero. Sus hombres le siguieron de forma compacta. Y a medida que las dos columnas se acercaban, los bárbaros perdían compactibilidad,

mientras que los pretorianos la mantenían. Incluso antes de que llegaran al choque, Sexto estaba seguro de que el impacto destrozaría cualquier resistencia del enemigo.

Constantino contempló desconsoladamente los cadáveres que yacían a lo largo de la vía Flaminia. Eran casi todos sus auxiliares, a quienes había asignado a la vanguardia para actuar como pantalla para el grueso del ejército. Yendo mucho más allá de sus instrucciones, se habían adelantado tanto que terminaron metiéndose en un enfrentamiento no solo con la vanguardia enemiga, a la que habían hecho huir fácilmente, sino también con parte de las tropas pesadas de Majencio.

Miró el cuerpo de uno de los pocos enemigos caídos. Llevaba una armadura de escamas y estaba de rodillas, apoyado en las tres lanzas que lo habían ensartado al lugar. Era un pretoriano. No pudo evitar notar que los otros cadáveres adversarios, todos pretorianos, tenían la frente dirigida al enemigo.

Al parecer, el cuerpo que todo el mundo consideraba desde hacía tiempo digno de jubilación seguía rugiendo, y no había que subestimarlo. De hecho, los pretorianos habían acudido incluso a enfrentarse con su vanguardia, en lugar de esperar con el resto del ejército. Por lo visto, tenían muchas ganas de demostrar su valor y desmentir su reputación como tropas de desfile que le habían acompañado durante las últimas décadas. Además, sabían que los disolvería, dispersando a sus miembros entre las legiones fronterizas. Tenían mucha motivación para luchar al máximo y eran, quizás, los oponentes más temibles del ejército de Majencio. Afortunadamente, su número era limitado, nueve cohortes como máximo, y solo constituían un pequeño porcentaje de las tropas enemigas.

Pero no se afligió por ese incidente. Había sido un choque de poca monta, una escaramuza, con algunas bajas en ambos bandos. Sin embargo, seguro que los vencedores habían cogido una gran confianza, y bajarían la guardia.

Estaba muy satisfecho de cómo estaban yendo las cosas. La campaña no podría haber ido mejor. Había conquistado fácilmente Susa, luego ganó claramente dos batallas, en Turín y Verona, privando a Majencio de una buena parte de sus tropas, dispersadas en numerosos ejércitos y guarniciones en el norte de Italia. Luego, con la magnanimidad demostrada al impedir el saqueo de los soldados que habían entrado en Verona, consiguió la rendición incruenta de muchas ciudades itálicas, evitando desperdiciar tiempo y soldados en una serie interminable de asedios. Para entonces, a Majencio solo le quedaba la mitad sur de la península y, aparte de los pretorianos, disponía en gran medida de reclutas y tropas africanas, equipadas con armamento ligero e inexpertas, pero, sobre todo, poco motivadas. Estaba seguro

de que sus veteranos y los truculentos bárbaros que había llevado consigo les intimidarían, incluso les aterrorizarían, y dudaba de que estuvieran dispuestos a morir por un hombre que no tiene nada más que ofrecerles que su propio destino ya condenado.

Era una victoria anunciada para él. Con la colaboración de Osio, había preparado la campaña con una estrategia impecable, a la que solo le faltó el sello final de una batalla campal decisiva. Y ahora Majencio, el único, junto a los pretorianos, que no había entendido por dónde iba el viento, se la ofrecía en bandeja de plata. La coronación de la paciente obra de Osio se había cumplido. Su rival estaba decidido a enfrentarse a él en campo abierto, como había esperado desde que trazó con el senador romano el plan para hacer inestable su poder intramuros, que había sido su arma ganadora en anteriores campañas contra él.

Dio órdenes de despejar el terreno y les indicó a los oficiales que siguieran adelante. El ejército enemigo recibía información de los exploradores a lo largo del Tíber, cerca del puente Milvio, que había sido cortado y sustituido por un puente provisional. Majencio no confiaba en sus propias tropas si las obligaba a luchar sin vías de escape. Y no podían confiar en un comandante que nunca había dirigido ningún ejército en la batalla; es más, que nunca había participado en una batalla o ni siquiera en una campaña.

Sí, era una victoria anunciada.

Por el rabillo del ojo vio a un par de soldados arrastrando el cadáver de un pretoriano. Observó su pecho desgarrado, a pesar de la consistencia de la armadura de escamas. Habían tenido que perforarlo una y otra vez, y en el cuerpo a cuerpo, evidentemente, para que cediera. Debió de luchar hasta el agotamiento, con una determinación aún mayor que la de sus veteranos más experimentados.

Sí, era una victoria anunciada.

Si no hubiera sido por los pretorianos.

–¿Ha… llegado? –le preguntó temblando Minervina a Osio en cuanto el marido entró en casa en plena noche.

–Sí, ha llegado –respondió Osio, sorprendido porque siguiera levantada esperándolo, y posiblemente porque hubiera ido a recibirlo a la puerta de entrada.

Pero Minervina no temía ocultar su preocupación. Osio conocía muy bien sus sentimientos y fue muy comprensivo. Ella lo quería también por esa razón. Le preguntó:

–Y… ¿qué vas a hacer?

Osio esperó unos instantes antes de responder, se dirigió al *tablinum* y finalmente contestó:

–Luchar, por supuesto. Esta tarde ha acampado a menos de una milla de nuestras posiciones en el Tíber, y creo que dará batalla al

amanecer. El emperador está listo para llegar al puente Milvio mañana por la mañana. Será el día decisivo.

A Minervina le asaltó la aprensión y se atrevió a preguntarle:

–Y tú… ¿quién crees que ganará?

–Es difícil decirlo –admitió Osio–. Constantino es sin duda un comandante más experto y sus hombres son todos veteranos. Por otra parte, Majencio tiene un ejército más grande. En el Senado estamos todos pendientes, nadie se posiciona. Venza quien venza, será el señor de esta parte del imperio durante muchos años más, los dos son jóvenes…

Minervina asintió y se despidió. Ella, sin embargo, no tenía dudas: deseaba que ganara Constantino. Si fuera derrotado, regresaría inmediatamente a la Galia y ya no tendría esperanzas de verlo. O, peor aún, estaría muerto, y su hijo se quedaría solo, o asesinado como el peligroso heredero de un hombre influyente.

Se fue a dormir con el temor de no volver a ver al hombre que la había embrujado. Y no pudo pegar ojo. Los emperadores que habían intentado conquistar Roma antes que él habían fracasado… Por muy hábil que fuera como líder, la suya era una empresa difícil. Una cosa era enfrentarse a los bárbaros en el Rin, y otra muy distinta enfrentarse a tropas romanas bien entrenadas e incluso con superioridad numérica. No podía permitir que acabase así, que no se volvieran a ver más. Tenía que saberlo. Tuvo que saber si la había dejado por necesidad política o porque se había cansado de ella. Necesitaba saber si la había amado como ella le había amado a él, o si había sido solo un pasatiempo, un encaprichamiento trivial. Tenía que averiguar si había valido la pena dedicarle todos aquellos años, incluso aquellos en los que había estado alejada de él, dejándose llevar y tirando su cuerpo, su dignidad y su alma por el dolor que le había causado que la abandonara.

La decisión tomó forma en la oscuridad y se consolidó hora a hora. Al amanecer, aunque destrozada por una noche de insomnio, Minervina estaba preparada, lista para ir al campo de batalla y tratar de reunirse con Constantino.

Constantino hizo que su asistente le entregara su casco de oro con incrustaciones de joyas, se lo puso y miró a través de la densa niebla matinal de octubre. La combinación de la niebla con la incierta luz del amanecer hacía que la formación enemiga ante el Tíber fuera una línea de espectros listos para atrapar a sus hombres. El canto de los grillos y las cigarras acompañaba los bufidos de los caballos y el traqueteo de las armas de los soldados, que arreglaban su equipo.

Reflexionó sobre el hecho de que, en ese momento, cada soldado de ambos bandos estaba invocando a su dios. Los suyos, a pesar del símbolo pintado en sus escudos, tenían muchos: los bárbaros a sus

dioses de los bosques y pantanos, los romanos iban desde los dioses tradicionales hasta Mitra, pasando por el Sol Invicto, Cibeles, así como a Jesucristo, por supuesto. Deseaba apelar a algunos dioses también, y solo unos años antes habría sido el Sol Invicto, como para su padre… Pero la experiencia acumulada le había llevado a pensar que no había más dios que el dios interior; una especie de demonio que determinaba la vida de un hombre condicionándolo a sus decisiones. Quizás existían todos los dioses en los que creían los hombres, o quizá no existía ninguno. Y quizás el dios de los cristianos, como había pretendido para convencer a los soldados de que lucharan en su nombre, era más poderoso que los demás. Sin embargo, le parecía que nada ni nadie era más poderoso que la línea del destino que cada hombre dibujaba para sí mismo.

«Este día –pensó– es uno de los que mi dios interior ha elegido para establecer mi destino». ¿Protección divina? Era la única que había organizado con la estrategia cuidadosamente preparada en el transcurso de largos años de conspiraciones e intrigas, pero también de luchas por abrirse paso entre los personajes del poder.

Se volvió y miró a su ejército. Detrás de él se extendía hasta donde alcanzaba la vista, a lo largo de la vía Flaminia, y a ambos lados de esta. Los soldados estaban allí con él porque se había ganado su confianza con sus victorias y sus recompensas. Pero era consciente de que le abandonarían si fracasaba. Al imperio no le faltaban hombres ambiciosos capaces de hacer promesas a los guerreros desilusionados. Además, si fracasaba, perdería credibilidad ante los pueblos había derrotado a lo largo de las fronteras y el imperio volvería a estar en peligro. *Su* imperio, del que había asumido la responsabilidad y que tanto había deseado dirigir desde la infancia.

La niebla otoñal se estaba disipando. Los adversarios parecían cada vez menos fantasmas y más víctimas de sacrificio, hombres de carne y huesos, sangre y vísceras, que pronto salpicarían las orillas del Tíber con sus cadáveres despedazados por las espadas de los invasores. Los observó en su absurda disposición, cerca del río. Bastaría con darles un pequeño empujón para que cayeran al agua y se ahogaran, con la pesada armadura que llevaban.

Bueno, ya era hora de darles ese pequeño empujón.

Levantó el brazo, llamando la atención de los trompetistas más cercanos. Los jinetes, a su lado y detrás de él, en el ala derecha de la formación, manoteaban los animales, preparándose para cargar. Constantino esperó unos momentos más, inmóvil, escultural, con su equipamiento dorado, que le hacía fácilmente visible en la batalla que se avecinaba para sus hombres, para que supieran que el que los mandaba estaba siempre a su cabeza, pero también era un objetivo igualmente fácil para los enemigos, que todos se abalanzarían sobre él.

Bajó el brazo de repente, con un gesto brusco y decidido. Espoleó a su caballo y fue el primero en salir al galope, inmediatamente seguido por sus guardaespaldas, un escuadrón de jinetes bárbaros con equipo pesado. Inmediatamente después, toda el ala de caballería que el emperador dirigía personalmente y, en unos momentos más, también el ala opuesta, mientras que la infantería del centro comenzaba a avanzar lentamente. Constantino se lanzó con decisión contra el ala izquierda enemiga ala izquierda enemiga, formada por jinetes ligeros mauritanos y númidas, mientras que la caballería en el lado opuesto de las legiones apuntaba al ala derecha de Majencio. Cuanto más se acercaba, el emperador podía leer con más facilidad el miedo en los rostros de los jinetes adversarios de piel oscura, ante la perspectiva de ser embestidos por una carga de caballería pesada. Estaba seguro de que, para cuando sus soldados de infantería entraran en contacto con los contrarios, estos últimos ya se encontrarían con sus flancos expuestos y serían fácilmente rodeados.

Vio a algunos de ellos huir. Incluso antes del impacto. Varios mauritanos intentaron girar sus caballos y desentenderse, pero en algunos casos encontraron la oposición de sus compañeros o simplemente no encontraron espacio para moverse. Fue un caos; un momento antes del impacto, Constantino notó que solo una parte de los jinetes ofrecía el frente al enemigo; los otros fueron sorprendidos por el flanco, otros incluso por la retaguardia, mientras algunos habían logrado escapar, dejando una amplia brecha en el línea.

Rodeado por sus guardaespaldas, que apretaban sus escudos hacia él extendiendo las lanzas hacia delante, Constantino rompió las filas enemigas con una facilidad asombrosa. Mauritanos y númidas se apartaron, en lugar de hacerle frente, para no ser arrollados por su impetuosidad, permitiéndole penetrar profundamente en sus filas. Una vez dentro, ordenó que sus escuderos se dispersaran para que pudiera enfrentarse a sus enemigos. A su alrededor había caballeros con armamento ligero, con simples túnicas, pequeños escudos de mimbre y jabalinas, y no temía ningún daño. Apuntó a un caballero que le miraba desconcertado y de un tajo le cortó la cabeza de cuajo, tiró de su caballo desbocado y se abalanzó sobre otro enemigo, golpeándolo. Cuando intentó oponer el escudo y golpearlo con la jabalina, Constantino lo alcanzó en el brazo, causándole un corte que le obligó a soltar el arma, luego le atravesó el costado, clavándole sin encontrar ninguna oposición la hoja entre las vértebras, los músculos y la carne.

Un númida en su flanco le lanzó una jabalina, pero uno de los escuderos estaba listo para interceptarlo, levantando el escudo. El asta se estrelló contra la superficie y cayó al suelo, dejando al enemigo desarmado, contra el que se lanzó Constantino, soltando un mandoble que le abrió la túnica y la carne desde el hombro izquierdo hasta el

lado derecho del estómago. El emperador siguió abriéndose paso entre las filas contrarias, pero la mayoría de los guerreros tendían a girar sus caballos y evadir la lucha. Al mismo tiempo, sin embargo, algunos soldados, conscientes de a quién se enfrentaban, intentaron abrirse camino entre sus propias filas para entrar en contacto con él y enfrentarse a él, para presumir de haberle dado muerte. Pero se lo impedían sus propios compañeros, que no querían participar. Uno de ellos consiguió deslizarse a través de los obstáculos, pero los guardaespaldas lo atravesaron antes de que se acercara al emperador. Otro, sin embargo, aprovechó la distracción de los bárbaros y avanzó hasta Constantino. Empuñando la jabalina, se puso de pie en el lomo del caballo y dio un salto, superando al guardia más cercano al emperador. Constantino lo vio venir, pero estuvo rápido para levantar la punta de la espada y el númida cayó sobre ella, terminando atravesado por el estómago. Pero el emperador no pudo evitar su cuerpo, que seguía retorciéndose con espasmos. Descompensado por el impacto y su peso, se balanceó en la silla de montar y luego cayó al suelo.

Por un momento, aturdido por el impacto, no comprendió dónde estaba. Pero recuperó enseguida la lucidez y trató de ponerse en pie. Una patada lo desequilibró de nuevo. Un casco de caballo le había golpeado violentamente en la espalda, y solo la presencia de la armadura le permitió resistir el impacto, que, sin embargo, le dejó sin aliento. Antes de que consiguiera incluso ponerse de rodillas, recibió un terrible pisotón de otra pezuña, que le causó un dolor insoportable en el muslo. Las patas de los caballos en esa zona eran tan gruesas que no tenía espacio para levantarse. Dos guardaespaldas se bajaron de la montura y lo rodearon para protegerlo. Constantino tenía ahora espacio, pero no podía apartar su pierna herida. Sus hombres intentaron ayudarle, pero se desequilibraron también por los choques con las bestias que les rodeaban. Cuando lo agarraron por los brazos terminaron arrastrándolo donde los empujaron los golpes.

Constantino sintió dolores punzantes en los lugares donde había sido golpeado, pero apretó los dientes. Era vital que volviera a montar en su caballo inmediatamente, para demostrarles a sus hombres que estaba vivo y bien. Se recompuso y, tras varios intentos, se puso de nuevo en pie. Sus hombres querían sacarlo de la refriega, pero les ordenó que le ayudaran a volver a montar en el caballo. Uno de ellos agarró las riendas de su caballo, que, privado de espacio para escapar, relinchaba, bufaba y pateaba en las cercanías. Lo obligó a quedarse quieto mientras el compañero acercó al emperador y lo sostuvo. Constantino trató de darse impulso con el apoyo del subalterno, y montó en la silla, apretando los dientes, quedándose sin aliento durante unos momentos. Luego estiró el brazo y levantó la espada

hacia el cielo, aguantando el dolor en la espalda por el golpe que había recibido. Así atrajo la atención de sus hombres que, al verlo emergiendo de la refriega, levantaron gritos de júbilo. Por el momento, todavía no tenía ganas de volver a la batalla. Les ordenó a sus guardaespaldas que se acercaran a él y siguieran cortando las filas enemigas. Lo importante es que permaneciera en primera línea y fuese un ejemplo y un faro para sus soldados.

CAPÍTULO XXXIII

Sexto tenía la sensación de que enseguida iba a salir mal. La caballería era demasiado débil comparada con la de Constantino. Desde su puesto en la primera fila, en el centro de la infantería, donde se concentraban los pretorianos, asistía impotente a la desintegración de las alas, tanto a la derecha como a la izquierda, mientras con un ojo seguía el lento y cadencioso avance de las legiones enemigas. Vio cómo los mauritanos y los númidas eran arrollados por la carga del adversario, balanceándose hacia atrás, dispersándose hacia afuera, cayendo sobre los soldados de infantería más cercanos y rompiendo filas. Sin espacio para maniobrar, los jinetes africanos acabaron en el río, donde los caballos, fuera de control, los tiraban de la silla de montar, haciendo que cayeran al agua. Algunos fueron arrastrados por la corriente, otros se ahogaron en los remolinos, otros nadaron tratando de llegar a la orilla opuesta, y su final les quitaba el valor a los compañeros que se quedaban para enfrentarse a la caballería pesada de Constantino.

Vio que los caballeros galos se adentraban cada vez más en las filas africanas. Eran como una ola que arrasaba con todo lo que golpeaba. La infantería marchaba con confianza. Se sentía impotente, con el río a sus espaldas y el enemigo en los otros tres lados.

Desde el primer momento, quedó patente lo absurdo de la estrategia ideada por Majencio, que condenó a su ejército a la inmovilidad. Si hubieran tenido espacio detrás de ellos, los soldados habrían maniobrado para implementar una defensa elástica, y habrían podido desplegar tropas de refuerzo en los sectores amenazados. En cambio, así eran como estatuas condenadas a sufrir todo tipo de atropellos, y sin poder reaccionar desatando la fuerza de la que disponían.

En el tiempo que tardó en dirigir la mirada del ala al frente, y luego de nuevo al ala, la situación se había precipitado definitivamente. En un momento, el flanco derecho de la infantería seguía protegido por numerosos africanos de piel oscura, presionados por el enemigo; un poco más tarde, vio a casi todos los germanos de pelo largo y rubio. E incluso el casco y la armadura dorada del emperador.

Temblaba de indignación, no podía decir si por la súbita debacle de númidas y mauritanos, o si por la aparición del hombre que lo había separado de Minervina. Sin embargo, estaba seguro de que, si hubiera podido abandonar su unidad o abrirse paso entre la masa de soldados, habría optado por atacarlo y hacerle pagar de una vez por todas su ambición desmedida, pero sobre todo el daño que le había hecho a la

mujer que amaba.

Miró hacia el puente de madera. Parecía que Majencio no había llegado todavía al campo de batalla, lo que fue una verdadera desgracia. El emperador, por lo que se sabía, desde la noche anterior había decidido unirse al ejército por la mañana, pero Constantino había atacado al amanecer. Además, el repentino colapso de los africanos había acelerado los tiempos del enfrentamiento. La presencia del comandante supremo podría haber animado a los hombres, motivarlos, estimularlos a realizar hazañas en su presencia, mientras que, por el contrario, su ausencia restaba determinación incluso al más orgulloso de los veteranos.

A estas alturas, los jinetes enemigos podían abalanzarse sobre los soldados de infantería, embestidos por el flanco por sus cargas. Ya no había protección en los laterales. Preocupado, Sexto volvió a observar el avance de los legionarios de Constantino, y vio que estaban ampliando su despliegue, extendiendo el frente. Estaba clara la intención de rodearlos, ahora que los flancos estaban desprotegidos. Habría querido gritarles a sus hombres que se repartieran también, pero no había espacio. Los jinetes enemigos seguían presionando los flancos, impidiéndoles los defensores de Roma cambiar la disposición de sus unidades.

El prefecto Fufio Volusiano, elegido tras la muerte de Ruricio en Verona, asumió el mando en ausencia del emperador, y gritó a los soldados que avanzaran hacia el centro con todos los pretorianos, para crear una formación en cuña e intentar dividir las filas del enemigo en dos. El contacto era ya inminente, pero Sexto aceleró las operaciones, y en poco tiempo sus hombres avanzaron hasta formar la punta avanzada del ejército. Pero también serían los primeros en ser arrollados por los legionarios contrarios.

Ordenó a sus hombres que se agacharan detrás de los escudos y extendieran las lanzas hacia delante, para resistir el impacto. Esta vez fueron legionarios contra pretorianos, un desafío que coronaba siglos de rivalidad. Dejó escapar un grito liberador un instante antes de que se produjera el impacto, e inmediatamente después aguantó la respiración, aguantando el violento contacto con los soldados enemigos, en un choque que fue físico antes que de habilidad con las armas. Empezó a dar golpes cuando todavía estaba desequilibrado por el impacto, parando los de los legionarios e intentando con todas sus fuerzas llegar a sus partes desprotegidas. Hizo a un lado la hoja de un soldado abriendo su guardia y atravesándolo en la axila antes de que tuviera tiempo de oponerse con el escudo, sacó la espada, realizó un giro sobre sí mismo para evitar un tajo desde arriba y golpeó al autor con una trayectoria horizontal, cortándole el costado.

El estruendo de las espadas chocando resonaba ferozmente en sus

oídos, la sangre brotaba copiosamente allá donde mirase, en un torbellino de salpicaduras de color rojo que atomizaba el aire de alrededor y por encima de él. Y sintió el calor de la sangre sobre él que provocaban sus tajos y sus embestidas, cubriéndolo y convirtiéndolo en un monstruo bermellón.

—¡Empujad! ¡Empujad! ¡Somos pretorianos, valemos más que esta gente! —gritó varias veces, animando a sus hombres a penetrar todo lo posible en la formación enemiga. Solo dividiéndolo en dos limitarían los efectos del inminente cerco. Siguió presionando a los oponentes del frente, golpeándolos con la espada y el escudo y logrando ganar algunos metros. Pero la masa enemiga era imponente, y pululaban por los flancos de su unidad, ignorando a sus hombres para dirigirse al resto del ejército de Majencio. Se dio cuenta después de que había avanzado más que se arriesgaba a encontrarse aislado tras las líneas enemigas. Y temió que fuera un sacrificio en vano. Los pretorianos debían ser la última defensa del emperador, no apartarse de la batalla desde el principio.

Era él quien comandaba lo que se había convertido en la vanguardia del ejército de Majencio. Era él quien debía decidir cómo actuar. Se detuvo, gritando a sus hombres que extendieran el frente. Los pretorianos trataron de apartarse lateralmente, pero la presión del enemigo era implacable. Intentó darse la vuelta para ver lo lejos que estaba del resto de la línea amiga. Lo primero que vio fue que el ejército enemigo se había dividido por la mitad, y esto le había dado un respiro al ejército que Volusiano todavía comandaba. Los soldados podían converger en el centro, donde habían ganado espacio, quitando al menos parte de la presión lateral.

Pero también vio que, detrás de su columna, había soldados enemigos.

Se había adelantado tanto que se había separado del resto del ejército. Justo en ese momento, escuchó desde las filas del ejército que Majencio estaba llegando.

Y estaba sin sus pretorianos.

Constantino gritó a su infantería que siguiera ejerciendo presión sobre el flanco enemigo. A pesar del agudo dolor que sentía donde lo habían golpeado los cascos, insistió en permanecer en la silla de montar para motivar a sus hombres, asegurándose no solo de que vieran su uniforme dorado, sino también que escucharan su voz. Rodeado de sus guardaespaldas, estaba en medio de ellos, llamando por su nombre a los que conocía personalmente, y exhortándolos a todos a realizar actos de valor que serían bien recompensados. Y los soldados, conscientes de su presencia, luchaban con toda la determinación posible, sin mostrar nunca signos de debilidad o cansancio.

–¡Tito, viejo cerdo, te estás relajando! ¡Pareces un recluta! ¿Tengo que mandarte a la jubilación? –le gritó a un veterano que, en su lugar, estaba haciendo el vacío a su alrededor.

–Ezio, ¿recuerdas cuando rodeamos a los francos en el Rin hace años? ¡Entraste por el flanco y les cortaste la vía de escape! ¡Así es como tienes que hacer ahora! –le gritaba a otro de sus soldados preferidos, al que ya había premiado con anterioridad.

–¡Centurión Máximo, lleva a tus hombres por detrás del enemigo, como hiciste con los brúcteros! –exhortaba a un oficial con el que había estado en muchas campañas.

Y todos redoblaron sus fuerzas al oír sus incitaciones, blandiendo golpes contra un enemigo desconcertado, desorientado por tanta camaradería entre comandante y subordinados. Muchos adversarios vieron a Constantino e intentaron acercarse a él para golpearle, pero rindiéndose a las espadas de sus hombres más audaces, que hacían de pantalla entre el emperador y sus enemigos. El soberano miraba con orgullo a sus criaturas, que en muchos casos había heredado de su padre y luego moldeado con absoluta dedicación a él, como Alejandro Magno había hecho con su padre Filipo II.

Majencio también había heredado legiones enteras de su padre Maximiano, y muchos probablemente estuvieran presentes en el campo de batalla. Pero faltaba el propio Majencio, al que aún no se le había podido ver por ningún lugar. Si estaba allí, no había duda de que no estaba en primera línea. A Constantino incluso le asaltó un sentimiento de compasión por los soldados de su rival. Estaban luchando sin su comandante, y no había peor disuasión para un soldado.

De hecho, su determinación se desmoronaba inexorablemente. Fueron retrocediendo paso a paso, terminando apiñados cada vez más por toda la orilla del Tíber, donde se obstruían mutuamente, empujándose incluso al agua, tratando de liberar las extremidades para usar las armas. Sus hombres los presionaban, luchando a través de juncos y ciénagas, sobre fondos fangosos que paralizaban las piernas, en un torbellino de salpicaduras de agua que acompañaban cada movimiento. Algunos cayeron, para no volver a levantarse, quedándose tirados en el lecho del río, o a lo largo de la línea de flotación, mientras el agua a su alrededor se teñía de rojo. Algún otro se caía y se levantaba de nuevo, mojado, cubierto de barro, y luchaba contra un nuevo oponente hasta que lo mataba o era asesinado. Pero muchos de los oponentes también trataban de escapar de la lucha, arrojando sus armas y tirándose al agua, probando suerte con la corriente, que arrastraba a la mayoría de ellos.

Era un combate reñido, pero con una conclusión previsible. Sus soldados luchaban de forma compacta, coordinados en pequeños

grupos, dándose cambios regulares, con los oficiales dictando cada paso, mientras que los de Majencio solo se defendían a la desesperada, cada uno por su cuenta, de forma confusa, sin atender a las órdenes de los oficiales. Y cada intento, por su parte, de crear líneas de defensa, era destrozada por la falta de voluntad de lucha de algunos soldados, y la despiadada eficacia de la máquina de guerra de Constantino.

Oyó un grito, y luego otro, y luego otro. Y fueron los gritos que esperaba escuchar desde el principio del enfrentamiento:

–¡El emperador! ¡El emperador está aquí! Ha venido a luchar con nosotros –decían los soldados de Majencio. Miró hacia el puente, a unos cientos de pasos de su posición, y creyó ver a su rival. Debía de ser él, con armadura dorada y envuelto en un manto púrpura, con un montón de guardaespaldas a caballo. Estaba galopando por el puente, avanzando hacia el corazón de la batalla. Por fin aquel cobarde había tomado una decisión. El espectro de su padre Maximiano debió de ir a provocarlo, haciéndole sentir todo el peso de la vergüenza que sentía por un hijo así.

Constantino suspiró aliviado. Había temido que Majencio se mantuviera atrincherado en la ciudad, con una guarnición todavía fuerte. En ese caso, incluso la victoria campal no habría sido suficiente para proporcionarle el triunfo definitivo. Pero Osio también había conseguido sacarlo de su caparazón, y ahora el rival, el usurpador, el imbele estaba ante él, y pronto le obligaría a revelar todas sus limitaciones. Escuchó que sus filas lo aclamaban, pero no todos, y estaba seguro de que pronto lo odiarían, escupiendo sobre su cadáver.

Se juró a sí mismo que jamás lo dejaría volver a la ciudad.

No vivo, al menos.

«Sería bueno que ahora pudiera atacar a mis enemigos por la espalda», se dijo Sexto. La cuña que había formado con sus hombres había llevado a los pretorianos al borde de la batalla, y justo en el momento en que Majencio estaba llegando. Ahora, el emperador necesitaba a su guardia, y también lo necesitaba a él, el hombre que había elegido para ser el héroe de su propio régimen. Majencio no podía hacer frente a la primera batalla campal de su vida sin los pretorianos y Sexto a su lado. Tenía que volver al corazón de la batalla.

Su maniobra solo había retrasado el inevitable cerco de las fuerzas romanas. Desde su posición, podía ver que la formación de combate de Majencio se balanceaba hacia atrás, cada vez más aplastada en dirección al río y engullida por la marea enemiga que avanzaba.

–¡Pretorianos! ¡Vamos, abramos el camino y vayamos a apoyar el contraataque de nuestro emperador! –gritó. Fue el primero en lanzarse contra los guerreros enemigos, que presionaban contra el frente del grueso del ejército romano. Después de acribillar al menos a tres

soldados por la espalda, provocó la reacción de los otros galos más cercanos a él, que comenzaron a girar para enfrentarse a los pretorianos. Un hombre levantó el brazo para golpear a Sexto, pero se quedó petrificado con el miembro suspendido, antes de derrumbarse en el suelo. Detrás de él, el oponente al que se había enfrentado hasta ese momento había aprovechado para atravesarlo.

Sexto asintió al legionario y dirigió su atención a otros enemigos de las cercanías. Ahora los soldados de Constantino, al fondo de sus filas, estaban entre dos fuegos: los pretorianos detrás, los legionarios de Majencio en el frente, mientras que alrededor, en las alas, las fuerzas galas estaban ganando terreno. Pero debían ser barridos inmediatamente, para que los pretorianos pudieran llegar al emperador. Sexto clavaba su espada dondequiera que viera un objetivo, con el único propósito de despejar el camino, y por lo tanto sin perder el tiempo infligiendo golpes letales a sus adversarios. Se contentaba con dejarlos fuera de combate, aturdiéndolos con un golpe certero del escudo, o hiriéndolos en los muslos o las pantorrillas, y también cortando brazos y manos, o golpeándoles en el casco y dejándoles inconscientes. Mientras tanto, vigilaba constantemente los movimientos de Majencio, que había llegado a la retaguardia del ejército y se había situado en el centro, en el punto más alejado del enemigo que presionaba en los flancos y en el frente.

Sexto continuó dando mandobles y embestidas hasta que se encontró frente a los legionarios de su propio ejército. Miró a su alrededor y vio que ya no había ningún enemigo al que derribar. Los que habían caído en sus garras estaban muertos o habían desaparecido, uniéndose a sus compañeros más allá. Ahora se había formado una cuña en el ejército de Majencio, que dividió en dos secciones el ejército galo. Esto le permitía moverse sin el aliento en el cuello del enemigo. Les ordenó a sus hombres que le siguieran y se abrió paso a través de las filas de legionarios para llegar a la retaguardia.

Los soldados se abrieron ante él y los pretorianos en señal de respeto, algunos felicitaban su acción y los aclamaba. Sexto sintió un escalofrío de satisfacción. Los pretorianos siempre habían sido envidiados, despreciados, incluso odiados por los legionarios ordinarios, y sus hombres habrían cambiado gustosamente la paga de un mes por el tributo que otros les rendían en ese momento. Henchido de orgullo, caminó sin ser molestado toda la distancia que le separaba de Majencio, mientras que unos cientos de pasos más adelante se estaba produciendo una feroz lucha.

Finalmente llegó hasta el emperador, a quien encontró montado en su caballo unos pasos por delante de la orilla del Tíber, no muy lejos del puente de madera. Majencio lo saludó con entusiasmo,

reconfortado por su presencia:

–Me dicen, Sexto Martiniano, que, si el ejército enemigo lucha en dos secciones es gracias a ti, y que has eliminado a bastantes de ellos dando la vuelta, estrechándolos entre tus hombres y los de Volusiano –exclamó el soberano–. ¡Bien hecho! Bien hecho.

Sexto agachó la cabeza en señal de deferencia.

–Pero sabía que nos necesitabas, césar, y he vuelto de inmediato. Ahora puedes afrontar la batalla con sus guardaespaldas –respondió.

Majencio asintió.

–Parece que no estamos en una posición favorable. Nos tienen rodeados y están limitando nuestro margen de maniobra, pero no pueden comunicarse entre sí, y el ala derecha no sabe lo que hace la izquierda, así que no pueden coordinar sus movimientos, y podríamos aprovecharlo.

–Es verdad. No pueden atacarnos al mismo tiempo, así que podemos ejercer más presión sobre un ala, tratar de romperla y luego dedicarnos a la otra –explicó Sexto, no muy seguro de que el emperador entendiera el significado de sus palabras–. Pero te aseguro que es bueno que los hombres puedan verte aquí, así seguro que se animan.

Majencio tosió avergonzado. Sexto no quería reprocharle indirectamente por su ausencia hasta ese momento, pero era probable que el emperador lo hubiera entendido así. El tribuno lo observó mejor; el gobernante parecía incómodo, se revolvía por todos lados, como si cada ruido le aterrorizara. Nunca había estado en un campo de batalla, y el impacto de la muerte generalizada, las heridas de los hombres que se llevaban continuamente a la retaguardia junto a él, con muñones goteando sangre, vísceras que colgaban de los estómagos destrozados, rostros desfigurados por las armas y los miembros fracturados y orientados de forma poco natural, debía perturbarle seriamente. Su actitud parecía totalmente artificial. Se esforzaba por parecer relajado, pero se movía a trompicones, rígido, tieso, con la frente perlada de sudor, y sus sonrisas eran visiblemente forzadas.

Tenía miedo.

Sexto esperaba que no se la transmitiera a la tropa.

Aunque encantado por la llegada de Majencio, Constantino estaba furioso por el cambio táctico que se había producido nada más aparecer. El cerco de las fuerzas enemigas se estaba desarrollando bien, y los pretorianos estaban ahora aislados de la batalla. Predijo que pronto los soldados contrarios se rendirían o se ahogarían en el río, hacia el que eran constantemente empujados. Pero entonces los pretorianos, con un avance realmente asombroso, consiguieron volver a entrar en el juego, abalanzándose detrás de sus unidades en el centro y barriéndolas y rompiendo su ejército en dos, para luego volver a

reunirse con su emperador.

Había hecho bien en temerlos. Eran tropas de gran valor, y le habría encantado tenerlas de su lado cuando todo terminara. Pero no podía. Estaban demostrando demasiado apego a Majencio como para considerarlos fiables bajo otro señor. Ahora más que nunca, siempre estuvo convencido de que tendría que disolverlos una vez conquistara Roma.

Ahora todo se volvía más complicado. Se corría el riesgo de que sus hombres, divididos en dos secciones, no pudieran cerrar el espacio de maniobra de los hombres de Majencio, y eso les habría permitido liberarse, o aguantar hasta el anochecer. Si la batalla no terminaba ese día, la victoria habría estado en peligro.

La situación estaba en un punto muerto. Los enemigos no tenían suficientes recursos para salir del espacio reducido en el que habían sido confinados, pero sus hombres no tenían suficiente para lanzar el ataque decisivo. Debía hacer algo, y de inmediato, si quería que la empresa que había preparado meticulosamente durante años no se fuera por el desagüe. La única manera de recuperar el control del enfrentamiento era anular la ruptura que los pretorianos habían creado entre las dos alas de su ejército, restaurando la cohesión y permitiéndoles así a sus tropas completar el cerco. Estaba a punto de darles la orden a sus legados de dirigir las cargas hacia el centro, pero decidió que tenía que hacerlo él mismo. Solo en su presencia los hombres harían el esfuerzo necesario para romper la cuña enemiga.

Dio órdenes y reunió al núcleo de la caballería detrás de él, tras lo cual dispuso una fuerte columna de infantería, concentrando las tropas para el asalto en un frente estrecho pero profundo. Cuando todo estuvo listo, dio la señal y partió una vez más al ataque, montando al galope, azotado por el viento, a la cabeza del destacamento mixto. Las sacudidas del galope le infligían terribles dolores en los moretones, pero se esforzó por adoptar una pose erguida y orgullosa, tratando de no poner una mueca de dolor. Ni siquiera sus escuderos se dieron cuenta de su sufrimiento.

Volvió a sentir la emoción de lanzarse a toda velocidad contra un bosque de hombres, que lo veían como un proyectil, como la roca lanzada desde una catapulta, y temblaban ante su avance. Disfrutaba saboreando la sensación de poder que le proporcionaba estar al frente de una carga y ver cómo sus objetivos vacilaban por miedo a ser arrollados. La exaltación que sentía embotó los dolores hasta hacerlos desaparecer, y cuando se lanzó sobre los soldados de Majencio, volvió a sentirse omnipotente. Llegó a la primera línea del enemigo y, mientras su caballo barría bajo sus pezuñas al menos a dos legionarios, le cortó el brazo a otro de un tajo. La multitud obligó al animal a frenar y luego a detenerse, haciendo que se desbocara. Se

levantó sobre sus patas traseras y Constantino tuvo que apretar los muslos para no caer hacia atrás, sujetando las riendas con fuerza. Cuando sus patas delanteras volvieron a tocar el suelo, el emperador estuvo listo para esquivar la embestida de una lanza que venía del lado, y luego, con un giro del torso, soltó un nuevo tajo desde arriba abajo, que cortó limpiamente la mano que sostenía la lanza.

Sus escuderos pararon más golpes en los flancos, y con sus lanzas mantuvieron alejados a los enemigos más impetuosos, pero mientras tanto los otros jinetes ayudaban a presionar a los soldados de infantería contrarios, obligándoles a retirarse unos pasos atrás. Sin embargo, el caballo de uno de sus guardaespaldas fue atravesado en el vientre por una lanza y se desplomó sobre su costado, barriendo en su caída a la bestia que estaba a su lado, que se desbocó. Ambos caballeros cayeron al suelo, donde inmediatamente fueron víctimas de las lanzas de sus enemigos, que los atravesaron y avanzaron hacia el emperador. Constantino miró a su alrededor para encontrar un hueco y evadir el ataque, pero todo el espacio estaba cerrado por hombres armados en ambos lados. Entonces resolvió enfrentarse a ellos, mientras los escuderos supervivientes intentaron acercarse a él, con las dificultades a las que la presión de la pugna los obligaba.

Bloquearon a algunos, pero otros dos ya habían logrado pasar. Extendieron sus lanzas hacia Constantino, que intentó girar su caballo para colocarlo de frente a sus oponentes, ofreciendo así un objetivo más pequeño. Una de las lanzas impactó en vacío, la otra hirió de refilón el cuello del animal, que relinchó y se levantó sobre sus patas traseras por un instante. Constantino soltó un mandoble a la derecha mientras la bestia caía al suelo, tocando con la punta de la espada al soldado que había llegado a su lado. Soltó el arma y trató de desenfundar su espada, pero abrió la guardia y el emperador tuvo tiempo de dar un segundo golpe, hundiéndole la punta de la espada en el ojo.

Pero el otro, en el lado opuesto, lo agarró por la pierna tratando de arrastrarlo hacia abajo. Le dio una patada, pero no consiguió que lo soltara, entonces sacó la espada del cráneo de su víctima y le asestó un golpe horizontal, retorciéndole el torso. La cabeza de su atacante se desprendió limpiamente, aunque sus manos permanecieron agarradas durante unos momentos más al muslo del emperador, antes de que el cuerpo se desplomara en el suelo. Inmediatamente después, los escuderos se agruparon a su alrededor, permitiéndole descansar. Constantino tuvo tiempo de mirar a su alrededor, dándose cuenta de que había ganado terreno, al igual que los demás caballeros. La línea enemiga se había movido hacia el río, reduciendo en unos pocos metros la cuña que obstaculizaba la unión de las dos alas galas.

Ahora le tocaba a la infantería romper definitivamente ese

obstáculo. Él le había allanado el camino al desbaratar las filas enemigas. Se giró y la vio venir, a paso ligero. Les gritó a los jinetes que retrocedieran para darle espacio. Sus hombres se retiraron con rapidez, sin que los legionarios oponentes pudieran hacer nada para bloquearlos. Poco después, la infantería gala se abalanzó sobre los romanos, ya en tal estado de confusión que no pudieron, por el impacto, oponer lanzas y escudos al enemigo. Fueron derribados y pisoteados como arbustos, o se apresuraron a retroceder antes de ser alcanzados por un arma enemiga. En asombrosamente poco tiempo, la formación de Majencio había vuelto a ser lineal, sin prominencias ni cuñas. Constantino levantó el brazo, y los sectores más internos de las dos alas pudieron converger hacia el centro y juntarse, eliminando cualquier ruptura del cerco.

Ahora el ejército de Majencio era una media luna encerrada en la parte curva por las tropas enemigas, y en la parte lineal por el río Tíber. Era una masa indistinta y confusa, sin orden en sus filas, aparte de los pretorianos, fácilmente reconocibles por su armadura de escamas, que se habían agolpado alrededor de Majencio a lo largo de la orilla del río.

–¡No os paréis! ¡Insistid! ¡Presionad de nuevo! ¡No les deis tiempo para reagruparse! ¡Acabad con ellos ahora que están confundidos! –gritó Constantino, instando a los soldados a renovar todos los esfuerzos para darle el golpe final al enemigo.

Y llegar a Majencio.

CAPÍTULO XXXIV

Ya todo el mundo estaba huyendo. Los que no huían tiraban las armas y se rendían. Frente al despliegue de los pretorianos a lo largo del río, se abrían temibles brechas en el ejército de Majencio, y el enemigo se acercaba cada vez más al emperador. «Pronto les llegaría el turno de nuevo», pensó Sexto.

Desde el momento en el que los galos consiguieron volver a unirse a sus filas, los romanos ya no pudieron resistir la presión. El enemigo apretó por tres lados, cada vez más, hasta que los hombres de Majencio ya no pudieron defenderse. Ahora los pretorianos corrían el riesgo de ser arrollados por los que huían, que buscaban escapar al río, hacia el puente, o a lo largo de la orilla, corriendo entre los juncos para ganar un vado más allá de las líneas enemigas. El emperador romano se desgañitaba casi histérico al exhortar a los legionarios a detenerse y luchar, pero nadie le hacía caso. Pasaban por delante de él aterrorizados y ansiosos por salvarse. Algunos, sin embargo, encontraron tiempo para arremeter contra él, acusándolo de la insensata elección de querer luchar fuera de las murallas.

«Sí, se equivocó al aceptar la batalla campal, además con el Tíber a la espalda, o incluso al interpretar los libros sibilinos», pensó el tribuno. Pero era el emperador y había que defenderlo a toda costa y hasta la muerte. Una vez más, los legionarios, que habían mostrado tanto desprecio hacia los pretorianos, abandonaron el campo de batalla antes que ellos. Algunos de sus hombres intentaron detenerlos, amenazándolos con sus lanzas, pero Sexto intervino, gritando que los dejaran ir; solo descompondrían las filas compactas de los pretorianos. Y pronto necesitarían toda la cohesión posible para salvar al emperador.

Observó que las tropas galas se acercaban. Acribillaban a los fugitivos clavándoles las lanzas en la espalda, saltando sobre ellos y degollándolos, sin encontrar oposición, masacrándolos sin piedad. En los laterales, los perseguían hasta el río, lanzándoles golpes incluso dentro del agua. Mientras el número de legionarios romanos y auxiliares africanos menguaba a cada momento, cada vez más galos aparecían ante él. Ordenó a sus hombres que cerraran filas y acercaran sus escudos, apuntando hacia delante las lanzas. Mientras tanto, Volusiano le gritaba al emperador que se moviera hacia el puente y regresara a Roma.

La rugiente marea de galos se abalanzó sobre la primera línea de pretorianos, pero casi rebotó, repelida por el puercoespín que había

formado la guardia del emperador. En las lanzas de los pretorianos quedaron muchos enemigos, atravesados e inmovilizados. Sus cadáveres obstaculizaron a los hombres de Sexto, que tardaron en sacarlos de sus armas, dándoles tiempo a los galos de renovar su ataque. «No era necesario ganar –se dijo el tribuno–. Bastaba con resistir, para dar al emperador la oportunidad de retroceder». Lanzó golpes sin cesar, parando otros tantos con su escudo. Obligado a enfrentarse a varios enemigos a la vez, comenzó a utilizar el escudo como arma ofensiva, girando su brazo para asestar golpes horizontales. Mientras mantenía a raya a un oponente con su espada, amagó con un tajo bajo con el escudo hacia otro enemigo, luego elevó la trayectoria y llevó el golpe a la altura del cuello, utilizando el borde para cortarle la carótida. Luego volvió a centrar su atención en su otro oponente, al que persiguió hasta que lo sorprendió en la ingle, casi empalándolo.

A sus hombres les iba igual de bien, y los galos ya no podían avanzar. Satisfecho, Sexto esperaba que el emperador aprovechara el momento de inmovilidad para liberarse. Reanudó los golpes con ambos brazos, cruzando espadas con un enemigo y manteniéndolo inmovilizado mientras le golpeaba con el escudo la cara, haciendo que cayera al suelo. Repelió el ataque de otro con un puñetazo fortalecido por la empuñadura de la espada, luego le arrancó el casco y le golpeó con él en la cabeza, causándole un profundo corte en la piel.

Pero el número de enemigos era abrumador, y los pretorianos se vieron obligados a retroceder luchando. Pronto no habría más espacio, y terminarían en el río. Pero nadie le dio la espalda al enemigo. Sexto vio a uno de los soldados que tenía en más alta estima desplomarse con la cabeza colgando sobre un hombro. De la amplia herida en el cuello brotó una fuente de sangre. El hombre que lo había matado fue atravesado en la ingle por otro pretoriano, pero al caer acabó sobre su asesino, que perdió el equilibrio exponiéndose a la embestida de un lancero, terminando atravesado en el muslo de lado a lado. Se derrumbó de rodillas, pero, aun así, siguió blandiendo su espada con una angustiosa expresión de dolor en el rostro, hasta que otro oponente le arrancó la cabeza del cuello con un tajo certero.

Sexto se dio cuenta de que todos estaban cayendo, uno por uno, y pronto sería su turno. Pero cada pretoriano que caía se llevaba al menos cinco oponentes con él. Intervino en apoyo de un *optio* en problemas contra dos soldados enemigos, atravesando a uno de ellos en el costado. Sacó la espada y se abalanzó sobre el otro, golpeándolo en el esternón mientras su subalterno lo apuñalaba justo por debajo de la cintura. Sin ni siquiera decírselo al otro, ambos encontraron natural apalancar sus cuchillas simultáneamente, levantándolo y lanzándolo contra otros enemigos que estaban a punto de lanzarse sobre ellos. Los

desequilibraron y aprovecharon para abalanzarse encima de ellos y golpearles con fuerza. Mataron a uno, pero los otros dos se defendieron y se enfrentaron en un reñido doble duelo.

Sexto presionó a su oponente, obligándole a luchar desde detrás del escudo para aguantar su vehemencia, mientras que el *optio* consiguió herir inmediatamente a su rival en el brazo, obligándole a tirar el escudo y a luchar con la mano izquierda, con el brazo derecho chorreando sangre. Cuando este último quedó a merced del pretoriano, sin embargo, otro galo se hizo cargo, atacando al opio en el costado e hiriéndolo en el muslo. El romano dejó escapar un grito feroz y, cojeando ostensiblemente, le atacó, golpeándole en el pecho con la espada. El hombre paró un golpe tras otro, pero cada vez la espada del adversario se acercaba más a su cara, hasta que le arrancó la nariz. El galo se llevó las manos a la cara gritando de dolor, y el *optio* aprovechó para atravesarlo en el estómago. Pero incluso antes de que sacara la espada, fue alcanzado por una lanza justo debajo de su axila, que lo penetró por completo. El pretoriano se volvió hacia su nuevo atacante, levantando débilmente el brazo para golpearlo, pero otra lanza lo atravesó bajo la otra axila. Se desplomó cayendo de rodillas, y cuando con un tirón los galos sacaron sus armas de su maltrecho cuerpo, cayó boca abajo en el barro.

Sexto se deshizo de su oponente con un golpe bajo en horizontal, que le cortó las dos pantorrillas al galo. El rival cayó gimiendo al suelo, pero detrás de él aparecieron tres más, que se abalanzaron sobre el tribuno. Sexto se dirigió hacia el que estaba a su derecha, para mantenerse al margen de los golpes de los otros dos, paró su golpe con el escudo y lanzó uno hacia atrás que alcanzó a su oponente en el cuello, provocando una explosión de sangre. Mientras el soldado se hundía en el fango que cubría la orilla del río, los otros dos se acercaron. Sexto paró una lluvia de golpes, pero no pudo evitar ser golpeado en el hombro izquierdo, justo por encima del escudo, donde le abrieron un tajo del que la sangre fluyó copiosamente. Continuó el duelo, pero sintió que las fuerzas le abandonaban. Llevaba horas luchando, siempre en primera fila y sin haber sido relevado nunca, y la pérdida de sangre le estaba debilitando.

Se siguió defendiendo con la fuerza de la desesperación, lo que le permitió amagar una embestida a la figura de su oponente más cercano. Aquel retiró el vientre, pero al hacerlo estiró la cabeza hacia delante y Sexto le clavó la punta de la espada en la boca, destrozándole la mandíbula y los huesos del cuello, por donde salió la hoja, levantando el casco. Pero mientras sacaba el arma, hurgando aún en los huesos de su víctima, el otro enemigo tuvo tiempo para asestarle un tajo en el muslo, que le abrió una brecha desde la ingle hasta la rodilla. Sexto se tambaleó y luego cayó de rodillas, parando

otro tajo justo por encima de la cabeza. Superado por un ardor insoportable, reaccionó dando un golpe con el borde del escudo al bajo vientre de su oponente, obligándole a agacharse y golpeándole después con un mandoble en la nuca, lo que hizo que el galo se desplomara en el suelo con el cuello abierto.

Luchó por levantarse, y justo en ese momento un soldado le gritó:

–Tribuno Martiniano. ¡El emperador te necesita! ¡Corre hasta él!

Sexto se dio la vuelta y vio que Majencio seguía a ese lado del Tíber. Se preguntó por qué, y luego asintió al relevo. Estaba a punto de irse, arrastrándose con dificultad sobre la pierna herida, pero se detuvo un momento para observar lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Los pretorianos eran los únicos soldados del ejército romano todavía capaz de ofrecer resistencia. Pero montones de muertos se habían amontonado a lo largo de su línea cada vez más delgada, y muchos tenían armaduras de escamas. Muchos luchaban cubiertos de sangre, con heridas evidentes por todas partes, cojeando, sin escudo, con el espada en la mano izquierda, el casco abollado o incluso sin él, algunos incluso de rodillas. Sintió un bocado en el estómago. Debería quedarse allí para morir con ellos, como era lo correcto por parte de un alto mando.

Pero Majencio lo quería con él. Tal vez tenía la intención de establecer un núcleo de defensa extrema en las afueras de la ciudad, o tal vez en el interior. Sintió que le brotaban lágrimas de los ojos. Le costaba abandonar a sus hombres. No les había mandado en muchas empresas, pero las pocas que habían compartido habían sido suficientes para que se encariñara con ellos y los apreciara como los mejores soldados del mundo. Y lo estaban demostrando. Realmente eran, y con mucho, los mejores luchadores en aquel campo de batalla que, probablemente, decidiría el destino del imperio.

Decidió ir. Se abrió paso entre sus compañeros, saludándolos a todos, uno por uno, y cada uno de ellos le dio una palmadita en la espalda. Ninguno le siguió ni dio un paso atrás, a pesar de la presión enemiga. Sabían que retrocedía a su pesar y no se atrevieron a dudar de su valor.

Alcanzó al emperador, que estaba a caballo entre sus guardaespaldas, a lo largo de la orilla del Tíber.

–¡César! ¿Puedo preguntarte por qué sigues aquí? –le preguntó, con más agresividad de la deseada.

Majencio adoptó una expresión altiva.

–No quería abandonar a mis hombres hasta que viera que estaba todo perdido –respondió–. Ahora solo me queda irme. Pero te quería a mi lado, Sexto Martiniano.

–¿Volvemos a Roma? –volvió a preguntar el tribuno.

–Sí, pero por poco. La urbe no es segura. Cogeré a mi familia y

saldré por la puerta Apia inmediatamente, en dirección sur, donde navegaré hasta África. Allí pondré los cimientos de mi nuevo imperio.

A Sexto le pareció un proyecto razonable, aunque dudó de que Constantino dejara de perseguirlo. Le ayudaron a montar al caballo que habían preparado para él. Lanzó una última mirada a sus compañeros, que estaban ocupados en frenar con sus últimas fuerzas el avance del ejército enemigo, luego siguió al escuadrón hacia el puente de madera, donde ya se estaban amontonando los fugitivos del ejército romano. Encontraron la entrada obstruida por la multitud. Los soldados, aterrorizados, no se inmutaron ni siquiera cuando se dieron cuenta de que era el emperador el que les pedía que le abrieran paso. Tampoco podrían, aunque quisieran; el espacio era tan reducido que nadie controlaba sus movimientos. Muchos, empujados por la multitud, acabaron en el agua, y no podían acceder al paso. El puente estaba lleno de gente y se balanceaba temerosamente bajo el peso de los soldados que lo atravesaban.

Majencio les ordenó a sus guardaespaldas que se abrieran paso, y los caballeros, sin dudarlo, cargaron contra sus propios camaradas, echando contra ellos con los animales. Clavaron las lanzas en la multitud, atravesando indiscriminadamente a todo aquel que se pusiera a su alcance, y atraparon bajo las pezuñas a los que derribaban con el peso de sus monturas, como si hubieran atacado a un ejército enemigo. Para escapar, muchos se lanzaron al agua, otros se fueron conscientemente hacia el enemigo galo, hasta que se despejó el espacio suficiente para acceder al puente. Una vez sobre el entarimado, Sexto oyó el crujido de los tablones y la estructura tambalearse. Su caballo, como el de los demás, relinchaba, pataleaba y bufaba, nervioso por la masa de gente que lo rodeaba y le obstruía el camino. El torrente de soldados pasó a trompicones, y el tribuno se sintió doblemente afortunado por estar en la silla de montar. Con sus heridas y la debilidad que le había invadido, se habría visto obligado a sucumbir a los empujones y los choques de los que huían.

Sin embargo, mientras avanzaba hacia el extremo opuesto, podía sentir cómo el puente se balanceaba cada vez más, y los chirridos cada vez más fuertes conformaban el fondo de los gritos de la gente y de los sonidos de los choques entre los uniformes. Todos querían correr, pero la obra había sido construida deliberadamente estrecha para dificultar el posible paso de Constantino. Los guardaespaldas del emperador, Majencio y él no podían hacer más que seguir la corriente, sin poder esquivar o adelantar a los que iban por delante. Los caballos eran demasiado engorrosos para escabullirse, aunque habían conseguido ganar algo de espacio.

A mitad del puente, oyó chirridos que se convertían en el sonido de vigas rotas. La superficie se tambaleó, y un prolongado estruendo de

madera desmoronada precedió una repentina inclinación del entarimado hacia delante. Sexto sintió el vacío bajo sus pies, y vio que los hombres que tenía delante se resbalaban, y luego por debajo.

Y frente a él vio el agua del Tíber.

Cuando Constantino vio a Majencio entre la multitud que rodeaba el puente, hizo un gesto de fastidio. Estaba huyendo, y existía el riesgo de no volver a atraparlo. A causa de los pretorianos, que habían ofrecido una resistencia extenuante, sus hombres no habían podido romper las últimas defensas a tiempo ni flanquear las filas enemigas y cortarle el paso. Se sintió impotente como nunca se había sentido en una batalla. Estaba logrando una clara y sólida victoria, con el grueso del ejército contrario ahora en sus manos, en el suelo, en el río, pero la huida de su rival solo la hacía interlocutoria.

Le hubiera gustado espolear y alcanzarlo personalmente, pero tenía que pasar la pantalla formada por los últimos pretorianos, y no habría llegado a tiempo. No obstante, se acercó a la línea de batalla e instó a sus hombres a aumentar la presión. Pero los pretorianos también luchaban de rodillas, desde el suelo, a una pierna, con un solo brazo, con un heroísmo que le hacía admirarlos y odiarlos al mismo tiempo.

De repente, escuchó gritos en el puente. La obra comenzó a balancearse violentamente y luego se dividió en dos mitades, que se inclinaron hacia adentro, precipitando en el río a todos los que estaban en el centro.

Entre ellos, también Majencio. Vio cómo su rival estrellaba su caballo contra el parapeto y lo destrozaba, para luego ser arrojado de la montura y caer al agua. Lo vio braceando junto con todos los que estaban en el Tíber con él, con los brazos extendidos más allá de la superficie del río en movimientos convulsivos, tratando de agarrar los restos de las vigas rotas para mantenerse a flote, y disputándoselas con otros soldados al son de bofetadas y puñetazos. Pero el peso del uniforme arrastraba a cualquiera con armadura, y el primero en desaparecer entre las olas fue él. Se quedó mirando el lugar donde se había hundido, para asegurarse de que no volvía a emerger, y entonces lo vio resurgir, más allá, reconociéndolo por su casco con cresta. Pero fue un momento; poco después volvía a desaparecer. Observó durante largo rato, y cuando estuvo seguro de que se había ahogado, sintió una emoción de triunfo. Se acabó.

Se acercó más para observar los estragos que se estaban produciendo alrededor del puente. Muchos intentaban volver a trepar por el entarimado, algunos ayudados por compañeros que habían logrado mantenerse arriba, otros repelidos por los propios compañeros, que temían ser arrastrados al agua. Otros soldados con armamento pesado, en su mayoría pretorianos, salían de vez en cuando del agua para desaparecer bajo las olas, mientras que los

romanos que permanecían en este lado del Tíber se despojaban de su equipo y nadaban hasta la otra orilla. Pero muchos no llegaron a tiempo y fueron sorprendidos por las tropas galas, que los mataron fácilmente o los hicieron prisioneros.

Constantino llamó a uno de sus tribunos y le asignó la tarea de construir un puente de pontones junto al destruido para poder pasar a la otra orilla tan pronto como fuera posible y seguir hacia Roma. Luego les ordenó a otros dos oficiales que fueran a echar una mano con sus unidades a aquellos que todavía luchaban contra los pretorianos, que no querían saber nada de la rendición. No parecían darse cuenta de que habían perdido no solo la batalla, sino también a su emperador.

Todas las demás unidades estaban ahora ocupadas acorralando a los enemigos que huían y en la detención de prisioneros. El ejército de Majencio estaba destruido, y Roma le esperaba para celebrar el mayor de sus triunfos. Se le ocurrió que no podía celebrarlo sin exhibir a su víctima más ilustre, y ordenó a otro oficial que formara un equipo para buscar el cadáver de Majencio sondeando el lecho del río. Le sugirió que estableciera un cordón aguas abajo del puente para evitar que la corriente lo arrastrara.

Se quedó observando el extraordinario espectáculo de los pretorianos que estaban inmolándose hasta el último hombre. Rechazaron las propuestas de rendición de los oficiales galos que, admirando su valor, les instaron a salvarse, y también incluso se lanzaron heridos contra los enemigos para acabar invariablemente masacrados por un centenar de cuchillas. Cuando el último defensor, de rodillas y cubierto de sangre, fue decapitado por una compasiva espada, Constantino avanzó hasta la orilla pasando por un terreno sembrado de cadáveres. Todos atravesados por delante, todos acostados uno al lado del otro, todos distantes del agua, en la que ninguno de ellos se había atrevido a sumergirse para salvarse. Sus armaduras de escamas cubrían el suelo formando una especie de alfombra dorada, desfigurada por la sangre y el barro, las vísceras y los fluidos orgánicos y los excrementos.

Su resistencia había hecho que el choque, por lo demás predecible y trivial, fuera memorable, gracias a la mal pensada disposición de Majencio y su incapacidad para dirigir. En su interior estaba inmensamente agradecido a aquellos valientes soldados por haber hecho noble, con su sacrificio, su victoria.

En cuanto Minervina vio el cuerpo de un soldado que salía a la superficie en los pantanos que rodean el Tíber, sin un brazo y con la cara deformada por un corte que le había abierto la mejilla, se dio cuenta de que nunca había visto un campo de batalla. Se sintió asaltada por una sensación de náuseas, a la que siguió un terrible

ardor en el estómago. No pudo evitar vomitar, e inmediatamente Melisa la abrazó, sosteniéndole la frente y apoyándola de pie. Minervina se soltó y le sonrió para que supiera que iba todo bien. Pero no todo iba bien; levantó la mirada y vio, junto al parcialmente demolido puente Milvio, columnas de soldados amontonando cadáveres en pilas a lo largo de ambas orillas del Tíber. Y se preguntó a qué horrible espectáculo se enfrentaba.

Le agradeció a Melisa que la acompañara. Inmediatamente después de levantarse de la cama al amanecer, le habían faltado las fuerzas para aventurarse hasta el escenario del choque y había decidido pedirle a la mujer de Sexto que la acompañara, sacando a relucir su preocupación por el destino del tribuno. Melisa accedió de buen grado, y subió al carruaje que acababan de dejar más atrás esperándolas, con la intención de buscar a su hombre con la misma determinación con la que anhelaba encontrarse con Constantino. De hecho, le molestaba que la chica mostrara tanto interés por Sexto. Había sido su hombre, y difícilmente podía tolerar que otra lo considerara suyo. Pero se obligó a no culparla demasiado. Después de todo, era Constantino quien le importaba ahora.

Cruzaron el puente de pontones y llegaron a lo que, se dieron cuenta inmediatamente, había sido el epicentro de la lucha. El suelo estaba todavía sembrado de cadáveres, cuerpos desfigurados y deformados, rotos, acuchillados, destripados, desgarrados, bañados en un hedor de muerte y descomposición, de vísceras esparcidas por todas partes, de excrementos, que la impulsaron a vomitar de nuevo. Tuvo que sentarse sobre un cuerpo al que le habían cortado los pies y esperar a recuperar la lucidez, antes de reanudar la marcha en busca de Constantino. Notó que Melisa estaba ansiosa por buscar a Sexto, pero acordaron que hablarían primero con el emperador, también para conseguir ayuda en la búsqueda del tribuno, que podría estar entre los prisioneros.

Hicieron que un soldado señalara el pabellón donde estaba el césar, ocupado con sus compañeros en trasladar y amontonar cadáveres, mientras otros escuadrones cavaban fosas comunes a lo largo del río. Se dieron cuenta de que no eran las únicas mujeres que deambulaban por allí. Muchas otras habían salido de Roma para pedir noticias de sus maridos, hijos, padres y parientes que Majencio había utilizado en la batalla. Avanzaron en ese ambiente siniestro, curiosamente animado por el tono jocoso de los vencedores, que hacían bromas entre ellos y celebraban su éxito, pero también marcado por el llanto de las mujeres romanas cuando descubrían el destino de sus familiares.

Cuando llegaron al campamento de Constantino, vieron que delante de las tiendas se había instalado cercas para los prisioneros, que

parecían ser miles. Melisa la miró y, sin mediar palabra, las dos mujeres se separaron. La prostituta fue hacia los hombres capturados para buscar a Sexto y Minervina entró en el cuartel de los soldados y se dirigió al centro, donde se encontraba la tienda del emperador. La decepción la invadió cuando vio que frente a la entrada se agolpaba un gran número de dignatarios romanos que se habían apresurado a ir a rendir su homenaje personal al vencedor.

Se preparó para esperar y se animó al ver que cada visitante se despejaba en poco tiempo. La cola fluía rápidamente, y entre las personas que esperaban también vio a su obispo, Melquiades. Cuando llegó el turno del prelado, el tiempo de espera se alargó y Minervina se impacientó más. Melquiades salió pasado mucho tiempo, y la mujer se sorprendió al verlo acompañado por Osio, que evidentemente había estado en la tienda desde antes de que esas reuniones comenzaran. Atrajo la atención de su marido, que la miró con asombro, despidiéndose del obispo y acercándose a ella.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó molesto.

–¿No te lo imaginas? Deberías saberlo –respondió decidida, con el corazón latiéndole cada vez más fuerte.

Osio asintió gravemente.

–No va a querer verte.

–Eso es lo que dices tú. Déjame que pruebe –insistió.

–Lo avergonzarías.

–Estoy aquí, a pocos pasos de él, y no me iré hasta que no lo haya visto.

Osio soltó un suspiro y, resignado, la invitó a seguirle con un gesto. Se acercaron a la tienda y, cuando salió uno de los visitantes, el marido detuvo al siguiente de la fila y le hizo una señal al centinela para que le dejara entrar. Minervina se sorprendió de la influencia que ejercía en el círculo del emperador, y concluyó que, como siempre, Osio sabía hacerse querer por todo el mundo, aun siendo uno de los consejeros más cercanos de Majencio. Naturalmente, había sido el primero en rendirle honores a Constantino después de la victoria, y había conseguido hacerse valer a sus ojos.

Entraron en la tienda y a Minervina se le encogió el estómago cuando vio, después de seis años, al hombre que había amado visceralmente. Constantino se había vuelto aún más robusto y, aunque seguía siendo un coloso de físico esculpido, había cogido peso. Las facciones de su rostro se habían endurecido, y su expresión se había vuelto más astuta y sombría.

Seguía siendo él, pero de alguna manera era diferente del hombre del que ella se había enamorado.

El emperador la miró durante mucho tiempo antes de darse cuenta de su identidad. Y cuando la reconoció, desvió inmediatamente su

mirada y la llevó a Osio, que lo miraba de reojo.

No, no se alegraba de verla.

–No tengo tiempo para temas que están fuera de la política, Osio. Deberías saberlo –observó con frialdad, sin mirarla.

Minervina sintió un fuerte impulso de llorar, pero se obligó a no hacerlo frente a él. Le hubiera gustado contarle una infinidad de cosas, pero se dio cuenta de que el emperador haría oídos sordos a cualquier súplica, más aún a cualquier ternura. Estaba segura de que se arrepentiría más tarde, pero por el momento no quería someterse a una nueva humillación. Osio estaba a punto de decir algo, pero ella le puso la mano en el brazo y se dio la vuelta para irse.

–Tu hijo está bien. No te echa de menos –escuchó decir a sus espaldas a una voz más profunda de lo que recordaba.

Un momento después estaba fuera de la tienda y las lágrimas le brotaron todas a la vez.

–Te lo he dicho, no era el momento –le dijo Osio–. Ahora discúlpame, pero debo volver. No sé cuándo regresaré a casa esta noche. Ahora tengo mucho trabajo con el cambio de régimen.

Pero Minervina no le escuchaba. Se dio cuenta de que ella y Melisa también habían ido a buscar a Sexto y se dirigió hacia el recinto de los prisioneros. La prostituta se acercó a ella, negando con la cabeza. También estaba llorando. Se miraron y luego se abrazaron y, sin decirse una palabra, se pusieron instintivamente a mirar los cadáveres, buscando uno que llevara la armadura anatómica de un tribuno. Recorrieron toda la zona donde yacían los pretorianos, inconfundibles con sus armaduras de escamas, pero no reconocieron a Sexto ni en el suelo ni entre los cadáveres ya apilados. Así que volvieron al puente para buscar en la orilla opuesta, también sembrada de cadáveres.

Minervina se dio cuenta de que su corazón seguía latiendo rápidamente. Se preguntó si Sexto no estaría entre los cuerpos que flotaban en el agua, o entre los que los soldados galos estaban sacando del río. También se descubrió preocupada, como Melisa. «Tal vez quiero participar en algo que me distraiga de la amarga decepción que acabo de experimentar con Constantino», pensó. Al llegar a la orilla opuesta, buscaron con creciente ansiedad, girando cualquier cuerpo que llevara una armadura con la forma que utilizaba el tribuno. Un soldado tras otro, Minervina dejó de lado su horror por aquellas figuras destrozadas, pero sintió crecer en su interior el terror de encontrar a Sexto en las mismas condiciones. Cuando Melisa soltó un grito, le dio una sacudida el corazón.

La vio sosteniendo la cabeza de un hombre tendido en el suelo. Se precipitó hacia ella y reconoció a Sexto, cubierto de sangre, con cortes en el hombro y el muslo, con la cara hinchada.

Pero vivo.

Se lanzó sobre él y le cogió la mano. Parecía estar solo parcialmente consciente, y no parecía reconocer a ninguna de las dos. Melisa le acarició en las sienes, susurrándole que estuviera tranquilo. Ella, en cambio, fue incapaz de decir nada, paralizada por la emoción y el asombro ante su propia reacción emocional. Pero continuó sosteniéndole la mano, y sintió que él se la estaba apretando.

—¡Ve a por el carruaje, rápido! —le dijo a Melisa, agitada.

La miró, estupefacta. Sintió la tentación de hacer valer su rango y ordenarle que se fuera, pero no dijo nada. Se resignó y trató de levantarse, pero la mano de Sexto cerró el apretón. Sus ojos se encontraron, y esta vez Minervina sí estaba segura de haber sido reconocida. El hombre le sonrió débilmente, con ternura, y le recordó cuando la miraba fijamente, asombrado, en la cama, tumbados uno al lado del otro, como si nunca hubiera visto una cosa tan maravillosa.

Minervina miró a Melisa y notó que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Las dos mujeres se miraron, una vez más sin decir una palabra. La prostituta adoptó una expresión triste y derrotada. Asintió y apoyó la cabeza de Sexto suavemente en el suelo. Se levantó y se alejó en silencio, con la cabeza inclinada y los hombros encorvados, aplastados por el peso de la decepción.

Minervina ocupó su lugar, levantando la cabeza del tribuno y sonriéndole, por primera vez feliz después de tantos años.

EPÍLOGO

De pie junto a Melquiades y todos los ciudadanos principales en la cima del Capitolio, Osio contempló su trabajo. Constantino se acercaba, encabezando la procesión triunfal, seguido por la cabeza de Majencio izada en una larga pica. Inmediatamente detrás, comenzaba la larga fila de soldados, legionarios comunes que la gente estaba acostumbrada a ver, y guerreros germánicos por su equipamiento y vestimenta, incluso por su pelo, inusual para los ciudadanos que nunca habían viajado fuera de la península. Parecía una invasión de bárbaros, y en cambio era solo un síntoma de los tiempos, que estaban cambiando. El nuevo emperador venía del lejano norte, tenía milicias sin precedentes, estaba a favor del cristianismo y pretendía cambiar las cosas.

Los espectadores, agolpados a lo largo de la vía Sacra y al pie de la colina, observaban el ejército que desfilaba con una mezcla de curiosidad y temor, incluso de desconfianza, pero el júbilo era general. Durante demasiado tiempo los romanos habían sufrido por el hambre y los atentados, bajo el gobierno de Majencio, para no estar bien dispuestos hacia un nuevo gobernante, del que todos habían oído hablar como un vencedor. Constantino era el defensor del imperio, el hijo de un amado gobernante como Constancio Cloro, un gobernante sabio y previsor, y un soldado cuyas hazañas fueron celebradas desde muy joven. explota. Todos lo aclamaron, todos cantaban su nombre, y las mujeres le mostraban sus hijos, en un delirio colectivo de alegría que delataba una sensación de liberación por el sufrimiento que habían padecido. Y los gritos de júbilo fueron se mezclaban con las imprecaciones al tirano, cuya cabeza fue objeto de insultos y abucheos.

Osio lanzó una mirada a Elena, su amante y madre del triunfador, que esperaba a Constantino no muy lejos de él. La mujer le sonrió con suficiencia, mostrando todo el orgullo que sentía en ese momento por su extraordinario hijo, a punto de comenzar una nueva aventura como el emperador más poderoso que había sobrevivido a las guerras civiles. Le hubiera gustado que Minervina también estuviera allí, pero al final también podía permitirse el lujo de dejarla marchar. Cuando la mujer le dijo el día anterior que quería marcharse junto a Sexto Martiniano, no fue capaz de decirle que no. Una vez conseguido su objetivo, se había dado cuenta de que todo lo demás le parecía menos importante. Estaba feliz, satisfecho de sí mismo, y quería que ella también lo estuviera, si era posible. Así que le había proporcionado un

salvoconducto, le había dado dinero y le había instado a empezar una nueva vida con el tribuno en los dominios de Licinio o Maximino Daya, donde estarían a salvo de la venganza de Constantino contra todos los pretorianos supervivientes.

Ahora podía concentrar todas sus fuerzas en gobernar el imperio. Era a lo que siempre había aspirado y ahora, gracias a Constantino, se había hecho realidad. El emperador se detuvo frente a él, descendió del carro tirado por cuatro caballos blancos y se acercó a los senadores que le esperaban alineados frente al templo de Júpiter Capitolino. Tenía la cara pintada de rojo, según la tradición que exigía que el vencedor desfilase a imagen del padre de los dioses. Era una concesión al Senado, anclado a los valores antiguos. Pero Constantino también había luchado en nombre del dios de los cristianos, y la primera persona a la que fue a saludar fue a Melquiades, el obispo de Roma. En el campamento, dos días antes, le había asegurado que no solo respetaría el edicto de tolerancia de Galerio, sino que también haría todo lo posible para aumentar la importancia de la iglesia cristiana en sus dominios.

La decepción de los senadores por su gesto se atenuó al saber que el emperador continuaría la ceremonia en la estela de la tradición, celebrando el habitual sacrificio a Júpiter. Pero Osio no estaría presente. Miró a Melquiades y, mientras Constantino honraba a los demás personajes importantes de la urbe, se marchó junto al prelado. Durante el viaje que los llevó del Capitolio al Aventino no hablaron. Él y el emperador se lo habían contado todo dos días antes, en la tienda de Constantino. Solo era cuestión de formalizar el acuerdo con la única pieza que faltaba.

Cuando llegaron a la *domus* utilizada como iglesia, encontraron a los otros sacerdotes que los esperaban. Llegaron al atrio, donde se había reunido un grupo de fieles de adoradores, esperando alrededor del impluvio, que desempeñaría el papel de pila bautismal. El diácono Silvestre ya lo había preparado todo para la ceremonia, y había memorizado los pasajes básicos de la liturgia. Osio se arrodilló junto a la piscina, mientras Melquiades llevaba los ornamentos sagrados. Por último, el obispo se instaló detrás del altar preparado poco más allá, levantó los brazos y dijo:

–Hermanos y hermanas, estamos aquí reunidos, en este día de alegría, para acoger entre nosotros y en Cristo a un nuevo hermano, Osio, a quien bautizaré hoy, en el nombre del Señor, y luego consagraré como obispo de Córdoba…

«Obispo de Córdoba…», Osio repitió mentalmente su nuevo papel. Constantino le había asignado una diócesis en Hispania, de la que acababa de fallecer el responsable. Iba a demostrarles a todos que su consejero personal era un alto prelado de la iglesia cristiana,

reforzando así la credibilidad e influencia de la religión en cuyo nombre había derrotado a Majencio.

Osio no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. Era el asesor personal del soberano, ahora el segundo hombre más poderoso del imperio. Y Melquiades el tercero, probablemente. La iglesia romana sería recompensada por su apoyo a Constantino en esos años, y una avalancha de dinero entraría en sus arcas para construir iglesias, para obras de caridad y para subvencionar la actividad misionera. Pero también para mantener a los miembros más influyentes del credo unidos al emperador. Todo el dinero pasaría por sus manos. Él sería el responsable y decidiría cómo y con quién utilizarlo.

Ese día, Constantino desfilo triunfal, pero tendría razones igualmente válidas para hacerlo también él.

Al final, tras décadas de intentos, después de haber preparado el camino con cuidado, había encontrado la manera de estar en la cumbre del imperio.

POSFACIO DEL AUTOR

Los protagonistas de esta historia existieron realmente, aunque, dejando de lado a los tetrarcas, se sabe poco de ellos. Esto me permitió construir una vida para ellos adaptada a mis necesidades como narrador. Minervina fue la primera esposa o concubina de Constantino, y no se sabe si fue abandonada con motivo del matrimonio político del emperador con Fausta, la hija de Maximiano, o si murió en el parto con motivo del nacimiento de su hijo Crispo. Si sobrevivió después de ser repudiada, es probable que cayera en el olvido. Por otro lado, si Constantino no se hubiera convertido en quien fue, su madre Elena, abandonada por Constancio Cloro con motivo de su matrimonio, también político, con Teodora, habría desaparecido del escenario de la historia. Tal vez si su hijo Crispo hubiera ascendido al trono, también Minervina habría reaparecido en las crónicas que han llegado hasta nosotros como fuentes primarias.

Sexto Martiniano se menciona muy poco en las fuentes, pero desempeñó un papel importante, aunque efímero, en las guerras civiles que se narrarán en el próximo volumen de esta saga. Por último, Osio de Córdoba fue un obispo entre los asesores más cercanos de Constantino el Grande. Melquiades era en realidad obispo de Roma en ese momento de la decisiva batalla, y fue de hecho uno de los prelados que salieron de las feroces luchas entre fundamentalistas y apóstatas (o traidores; *traditores*, en latín, eran «los que entregaban» los libros sagrados). Incluso de Constantino sabemos muy poco, antes de que se convirtiera en emperador. Aun así, estamos seguros de que luchó en Egipto y Persia, siguiendo a Diocleciano y Galerio respectivamente.

Pero tan importante como los protagonistas son, en este libro, los acontecimientos que sirven de escenarios para sus hazañas: los intentos de salvar la institución imperial con el sistema tetrárquico, la restauración de Diocleciano, las luchas por la supervivencia del cristianismo primero y su afirmación después, los grandes contrastes entre las antiguas y las nuevas religiones, el creciente peso de los inmigrantes bárbaros en el imperio. Son todos temas principales a los que espero haber dado suficiente espacio para que el lector comprenda lo trascendentales que fueron los cambios a principios del siglo IV d. de C. en el imperio romano.

Sin embargo, la cuestión de la supuesta conversión de Constantino antes de la batalla del puente Milvio sigue siendo objeto de acalorados debates, y cualquier solución que se decida adoptar en la novela es

completamente arbitraria. Solo puedo señalar que el primer cronista que habló de ella fue Lactancio, ya en el año 314, es decir, solo dos años después del enfrentamiento. Lactancio solo habla de un sueño del emperador, del cual se originó la idea de marcar los escudos de sus hombres con el símbolo de Cristo en griego. Muchos años después, en el 338, Eusebio de Cesárea escribiría en su *Vida de Constantino* que sus soldados vieron una cruz brillante en el cielo con las palabras *In hoc signo vinces* («En este signo vencerás»). Esa misma noche, el Señor instaría al emperador a poner su símbolo en las banderas, creando el estandarte llamado lábaro, que, en realidad, sería el símbolo de los emperadores bizantinos solo en tiempos posteriores. También hay que añadir que otro cronista, Nazario, narra el episodio antes que Eusebio, es decir, en el año 321, y no aporta detalles muy diferentes de los relatados por Lactancio. Zósimo, más tarde, un autor pagano que vivió de los siglos v y vi y que siempre está dispuesto a culpar a Constantino, mientras habla con bastante detalle de la campaña itálica del emperador, no menciona ni la visión ni el sueño.

Por tanto, parece legítimo deducir que Eusebio se encargó de darle a la campaña itálica de Constantino un valor simbólico más relevante, «embelleciendo» el episodio en una época en la que, para entonces, el cristianismo había adquirido un papel muy importante en la sociedad romana. Pero puede que ni siquiera sea él quien lo mencione. La sospecha de una interpolación posterior adquiere fuerza cuando se considera que, en su *Historia Eclesiástica*, Eusebio no menciona la visión diurna de la cruz, como tampoco lo hacen los escritores cristianos posteriores.

Por lo tanto, en presencia de elementos tan discordantes, me he permitido hacer una reconstrucción «política» de la aproximación de Constantino al cristianismo. Dejo que el lector decida si es plausible o no. Pero, aunque no se lo parezca, después de todo, esto no es más que una novela, y lo importante es que, al terminar de leerla, quede cautivado por ella.

Título original: *Roma Caput Mundi. L'ultimo pretoriano*

Primera edición en formato digital: febrero de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20, 3.º B, Barcelona 08012 (España)
www.newtocomptoneditores.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-12614-55-8
Código IBIC: FA
DL: B 22.237-2022

Diseño y composición de interiores: David Pablo

Conversión a formato digital: David Pablo

Imágenes de cubierta: © Luca Morandi

Créditos